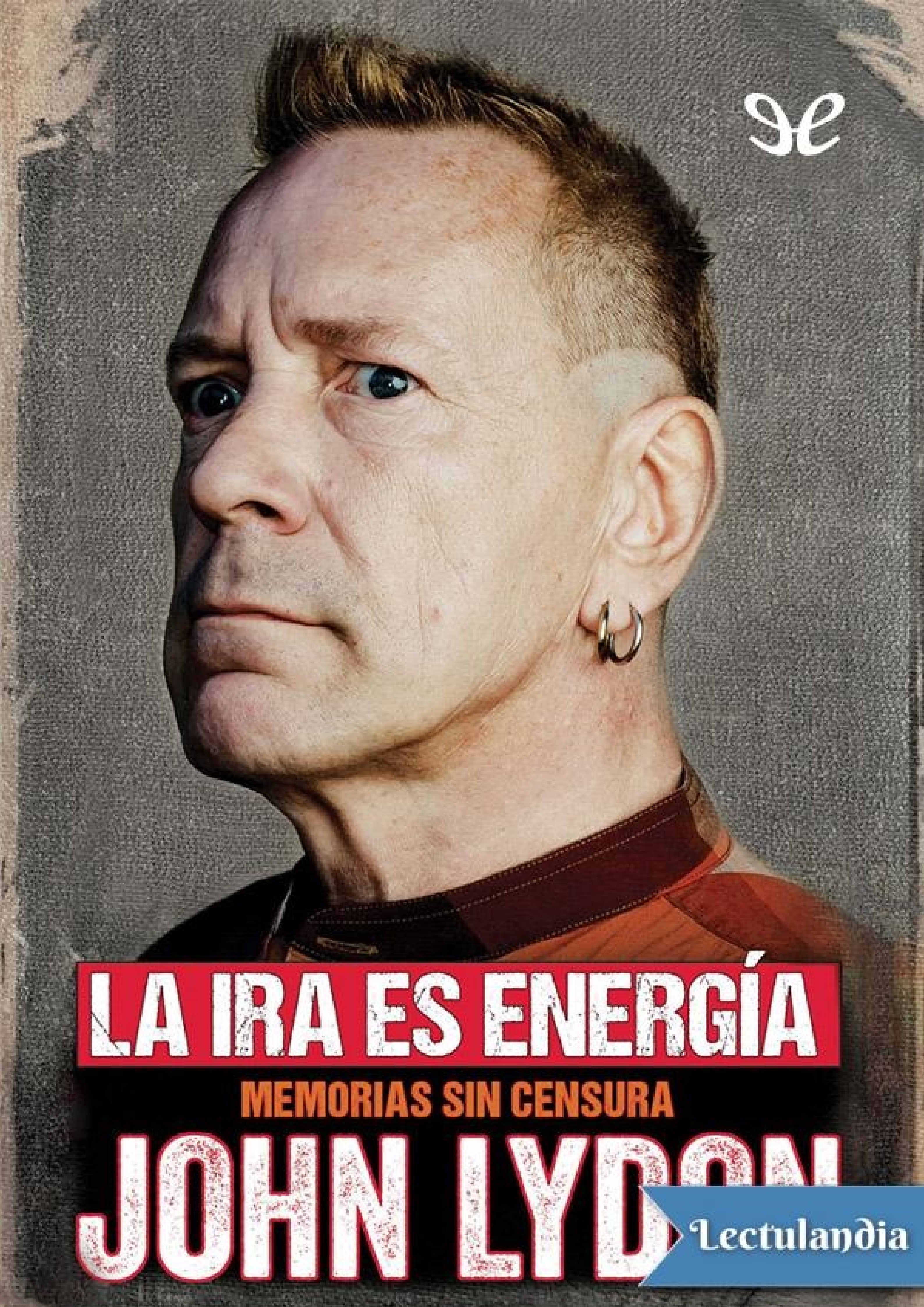


LA IRA ES ENERGÍA
MEMORIAS SIN CENSURA
JOHN LYDON
Lectulandia

Estas son las memorias de John Lydon, rey sin corona del *punk* británico y uno de los iconos más irreverentes en los anales del pop, en ellas nos habla de tú a tú y le da un «repaso» a su vida y a la de los que tuvieron a suerte -no- de coincidir con él. Sin censura, sin pelos en la lengua y a calzón quitado: así habla John Lydon y esta es la característica que mejor define a *La ira es energía*. A diferencia de lo que ocurriera con su autobiografía, en este caso Lydon reflexiona sobre lo que hizo, sobre las consecuencias que tuvo y, lo que es mejor, sobre la época que le toco vivir. Este punto de vista, más maduro y articulado, no ha perdido ni un ápice de frescura y descaro. Lydon no tiene reparos en decirnos lo que piensa sobre personajes como Vivienne Westwood o Malcolm McLaren, sobre Sid Vicious —un gran amigo perdido— o sobre temas como el *punk*, la música, la enseñanza, la creatividad o la moda. Lydon es energía en estado puro y reivindica a la ira como motor para construir y seguir adelante.

John Lydon

La ira es energía. Memorias sin censura.

ePub r1.0
Titivillus 17.10.16

Título original: *Anger is an Energy*
John Lydon, 2014
Traducción: Emilia García-Romeu & Jaime Blasco

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2

Nota editorial

El lector advertirá que la prosa de John Lydon no siempre se ajusta a las convenciones gramaticales. También hallará palabras no registradas en los diccionarios o empleadas de forma poco ortodoxa. No son erratas o errores, sino elementos sustanciales de la singular jerga que utiliza el autor y que, por ello, esta editorial ha respetado casi sin excepción. Como diría el señor Lydon: «No perdamos el tiempo con chorradas».

Los Lydon: no puedo agradecer a mi familia que me diera una carrera (eso me lo hice yo solito), pero sí que permaneciera a mi lado. Muchas gracias.

Nora: el amor de mi vida, mi mejor amiga. Nuestros desencuentros son bellos y nuestros reencuentros bellísimos. Ojalá sepa devolverte todo el cariño y el apoyo que me has dado. Gracias.

Este libro está dedicado a la integridad.



ÍNDICE

Introducción

Que la carretera se alce contigo

La ira es energía. Es la puta verdad. En la vida se me ha ocurrido otra frase tan potente. Cuando estaba escribiendo «Rise», una canción para Public Image Ltd, no fui consciente del impacto emocional que tendría sobre mí y sobre la gente que después la escucharía.

La escribí distraído, casi sin pensar, justo cuando me disponía a cantar la canción entera por primera vez, en mi nueva casa de Los Ángeles. Es una idea llena de dureza y espontaneidad.

«Rise» hacía referencia al contexto de Sudáfrica bajo el *apartheid*. Por entonces, la CNN transmitía noticias horrorosas sobre el país; versos de la canción como «They put a hotwire to my head, because of the things I did and said» [me pusieron un cable eléctrico en la cabeza por las cosas que yo había hecho y dicho] describen las técnicas de tortura del régimen. Era insoportable.

Veías los reportajes de la televisión y los periódicos y sentías que no había posibilidad de cambio. Así que en el contexto de «Rise», «La ira es energía» era una declaración de intenciones para que la gente deje de ver la ira como algo negativo y empiece a usarla de forma creativa. La combiné con otro verso que también se repite: «May the road rise with you» [que la carretera se alce contigo].

Cuando era pequeño, había una frase que solía decir: «May the road rise, and your enemies always be behind you!» [que la carretera se alce y tus enemigos vayan siempre a la zaga].

Una expresion que sugiere que siempre hay motivo para albergar esperanzas y evitar recurrir a la violencia. La ira no equivale exactamente a violencia. La mayor parte de las veces, la violencia no soluciona nada. En Sudáfrica, al final, encontraron una solución relativamente pacífica a través de la ira, una energía que consideramos tan negativa, pero que si se utiliza positivamente puede lograr que las cosas mejoren.

Cuando grabamos la canción en el estudio, el productor y yo no parábamos de discutir, lo cual, por otra parte, es de lo más normal. Discutir es bueno, es una forma de encontrar soluciones. Cuando lanzamos «Rise», a principios de 1986, se convirtió en el himno de una época, justo cuando la prensa decía que yo estaba acabado, que no había hueco alguno para mí. ¡Claro que había hueco para mí! Y allí es adonde fui. La ira es energía. Es imparable.

Ahora, cuando canto en los conciertos, me emociono muchísimo porque me siento muy conectado con el público. Tengo unas reacciones un tanto melodramáticas, siento que el público es pura empatía con las letras, con el sentido de la canción, con lo que quiero decir. Lo entienden perfectamente y podemos

compartirlo juntos. Me quedo sin respiración. A veces oír a toda esa gente coreando me impresiona tanto que me olvido de cantar y dejo que ellos lo hagan por mí. Creo que eso es lograr el éxito total: que toda la gente en la sala llegue a comprender una experiencia tan enriquecedora.

La ira está en la raíz de mis canciones. A veces me da la sensación de que cuando compongo apenas tengo control sobre mí mismo. Si existen los ángeles de la guarda, el mío es un tío de cuidado. En mis canciones y en mi vida en general, hay mucha reflexión y también muchas experiencias. Cuando me pongo en *on*, las palabras simplemente fluyen. Porque cuando estoy *on*, estoy *ON*.

Sea lo que sea lo que tengo en mi interior, me ayuda a continuar y a ser yo mismo, a no rendirme, a tener mi propia forma de entender las cosas que, de hecho, no es muy distinta a la del resto de los mortales. Mucha gente la comparte, pero yo soy el único que se levanta y habla.

Vengo de la basura. Nací y crecí en un barrio muy pobre del norte de Londres, un lugar parecido a como te imaginas Rusia hoy en día. No sólo era una sociedad extremadamente controlada sino que la sensación de estar vigilado era también enorme. La gente que nacía en este sistema de mierda, *shitstem*, como lo llaman los jamaicanos, estaba convencida de que había personas que tenían derecho de mandarte. A la familia real le dije: «Podéis pedir lealtad, pero no exigirla. No estoy para servir a nadie».

No creo que muchos británicos estuvieran de acuerdo conmigo, quizás sí lo hiciera hace siglos, pero esa forma de pensar, más libre, quedó anulada por la mentalidad victoriana. De hecho, el Reino Unido posee una estimulante tradición de desórdenes civiles que, cuando terminó la Segunda Guerra Mundial, fue barrida de la vida y de los libros de historia. No obstante, los aficionados a la lectura, como yo, fuimos capaces de encontrarla.

Aprendí a leer y escribir a los cuatro o cinco años. Mi madre me enseñó. Pero luego, a los siete, cuando contraje la meningitis, me olvidé de todo, perdí la memoria por completo hasta el punto de olvidar quiénes eran mis padres. Me costó mucho recuperarla. Después del colegio me iba a la biblioteca y me quedaba leyendo hasta que cerraba. Mis padres eran geniales. Me dejaban volver a casa solo, confiaban en que encontraría el camino, aunque a veces la verdad es que había olvidado (¡literalmente!) hasta dónde vivía.

Después de la meningitis, me maravilló volver a leer (historia, geología o cualquier cosa sobre fauna salvaje; luego «subí de nivel» y leí a Dostoievski). Más o menos a los once años pensaba que *Crimen y castigo* era un libro profundamente revelador. También muy triste, pero regodearse en las miserias y penalidades de otro a veces resulta gratificante e incluso provechoso. Es decir, por contraste te das cuenta que en desgracias y mala suerte te ganan por goleada. Los libros fueron muy

importantes para mí, una especie de salvavidas.

Aquí, en Estados Unidos, hace poco surgió un debate sobre por qué cada expresidente se dedica a fundar una biblioteca, cuando es notorio que ningún político ha abierto un libro en su vida. De hecho, eso podría explicar la política estadounidense. Leer me salvó, fue una forma de regresar de la enfermedad. En la lectura me hallé a mí mismo; gracias a ella volví a acordarme de las cosas que para mí tenían sentido, me di cuenta de que era la misma persona de antes de olvidarlo todo. Pero ahora se me daba mucho mejor, era capaz de verme a mí mismo desde fuera, de salir de mí mismo y decirme: «Pero ¿qué estás haciendo? Intenta hacerlo bien en vez de actuar impulsivamente y sin pensar». Quizás estaba metiéndome demasiada caña, sólo tenía siete años, pero es que soy tremendamente exigente conmigo mismo (y me temo que eso no va a cambiar). Nadie puede escribir algo negativo sobre mí sin que yo lo haya pensado antes; la mitad de las veces, cuando la gente se mete conmigo a saco, me siento aliviado porque creo que no se han pasado todo lo que podrían. Como verás en las páginas que siguen, soy un verdadero tirano conmigo mismo. Este libro responde al autoanálisis que he practicado toda la vida y que sigue en curso.

Cuando tenía casi veinte años, sentía que estaba preparado, listo. Y lo que sucedió llegó de una forma totalmente alucinante y sin que yo lo buscase para nada. Desde el mismo momento en que me preguntaron si quería cantar en una banda sentí que todo encajaba finalmente y me aferré a esa oportunidad. Tuve mucha paciencia: con la gente que no se presentaba a los primeros ensayos y con todo lo negativo que al principio nos pasó a los Sex Pistols. Yo no llegaba con cuadernos llenos de canciones, las letras me salían de forma natural, directamente. Mi cerebro era como una biblioteca. Me gusta tomar notas, pero normalmente no valoro mucho las cosas una vez las he escrito. Pienso más rápido de lo que escribo, digamos que tengo un buen almacén entre las orejas.

Era de puta madre poder gritar todas esas cosas y de verdad que entonces no me podía imaginar la cantidad de gente que acabaría escuchándolas. Antes de unirme a los Pistols, los había visto tocar en un club y no tenía muchas esperanzas al respecto. En aquel momento el negocio de la música era un monopolio, como lo era todo, donde parecía que los grupos a favor del amor libre de los sesenta se habían adueñado de los mejores sitios del autobús, como quien dice, y ni locos pensaban dejarlos libres.

En un año o dos, sin embargo, dos de mis primeras canciones, «Anarchy In The UK» y «God Save The Queen», dieron en la diana. Me gustaría dar las gracias al sistema británico de bibliotecas públicas, pues fueron mi campo de pruebas, allí es donde aprendí a lanzar granadas verbales. Porque yo no arrojaba ladrillos a los escaparates en nombre de la rebelión sino palabras allí donde importaba. Las palabras cuentan.

Diputados y concejales hablaban de mí e invocaban, furiosos, la ley de traidores y

traiciones, la cual era letal; una ley muy antigua, que, según mi abogado, todavía podía suponer la pena de muerte. ¡Dios mío!, pero ¿por qué? ¿Por unas palabras? Que el Gobierno pueda dictar lo que la población debe o no debe hacer es absurdo. Si somos nosotros los que los elegimos, ¿encima van a poder decirnos lo que hacemos mal? Al contrario, deberían visibilizar las cosas que hacemos bien. ¡Derechos civiles para todos! No juzguéis y no seréis juzgados.

La farsa que se montó alrededor de mí y de los Sex Pistols despertó al puñetero hijo de puta que llevo dentro. Me di cuenta de que, en efecto, las palabras podían ser armas y que así eran percibidas por el *establishment*… Menudo subidón. Sentí que de alguna forma todo eso me legitimaba. Era un asunto realmente comprometido, serio, no un motivo de risa banal. Me disgustan todos los gobiernos. Éste al menos me estaba diciendo que me prohibían decir ciertas cosas o, en otras palabras, tener una opinión propia. Descubrí que yo era tóxico para los poderes fácticos.

Pocos cantantes pop han llegado tan lejos en este sentido. Ahora están las Pussy como-se-llamen, en Rusia. Pero antes de ellas, yo era el cantante pop que había vivido la situación más extrema, la más política y la más peligrosa. Y la verdad es que entonces yo me descojonaba. Nuestro supuesto mánager, Malcolm McLaren, se cagaba vivo, al igual que el resto del grupo. Ésa fue, básicamente, la razón por la que empezamos a distanciarnos: tenían miedo de verse involucrados en lo que consideraban un escándalo. Yo pensaba que eran preguntas que necesitaban hacerse, una investigación pública en todos los sentidos, poner sobre la mesa cuestiones como «¿qué es lo que se puede y no se puede decir?», «¿por qué “cojones” es una palabra que no puedes ni tocar?» o «¿quién decide estas cosas?». Eso es lo que me dirigió en la senda en la que estoy desde entonces: cuento las cosas como son y nunca doy marcha atrás.

Una vez vi el vídeo de un directo de Iggy Pop, sólo una canción. Estaba cantando «Down In The Street» y me quedé tan impresionado con lo valiente que era su música, tan ruidosa. Y no le temblaban las piernas, al contrario, el tío lo daba todo, A TOPE. Ahí estaba él, con su larga melena rubia, tan *lujuriosa*, y con su rímel (¡Iggy, por favor!). Me encantó porque el tío no escondía ni huía de su mensaje, para nada; parecía estar diciendo «aquí estoy, así que ve acostumbrándote». Menudo coraje. Sin concesiones.

Nadie puede esperar gustar a todo el mundo y os diré que a veces es mejor no gustar. En cualquier caso, una vez has tenido la cara dura de subirte a un escenario, *te pertenece*. No huyas, no te escondas. Yo no huyo. Nunca me he dado palmaditas en la espalda por lo que he conseguido, aunque he salido de la nada. Siempre he tenido problemas y, cuando terminaba uno, empezaba el siguiente. Para mí, la música no ha sido una forma de ganar trofeos. Simplemente, sentía que había cosas que era necesario decir.

Ya he hecho mi parte, como por ejemplo poner sobre la mesa los corsés y los estereotipos de los británicos. Eso lo hice con los Sexy Piss-ups [Sex Pistols], así que

luego me puse a otra cosa: me dediqué a la política interior, es decir, a intentar aclararme *yo*, a entender lo que *me* pasaba *a mí*. Antes de hacer carrera señalando a los demás y juzgándolos, es mejor sentarse y ver los problemas que *uno mismo* tiene. Para eso me sirvió la siguiente banda, Public Image Limited [abreviado, PiL]. Me permitió dejar de ser tan arrogante e intentar que en la banda todos fuéramos iguales.

Así hemos conseguido hacer cosas muy buenas, importantes, interesantes. Me encanta Pubic Hair Ltd.[1] Nos enfrentamos a todo lo que se pensaba que tenía que ser la música en ese momento y cambiamos el concepto de música por completo. De hecho, hay que decir que he transformado la música dos veces en mi vida: una con Sex Pistols y otra con PiL.

Es difícil recordar los detalles, pero allá por los años ochenta o noventa, alguien me dijo: «¿No sería genial que te hicieran Miembro de la Orden del Imperio Británico?». Quizás lo decía porque pensaban que me había ablandado, pero eso es que no había escuchado mis dos discos con PiL, *Metal Box* y *Album*. La gente creía que mis letras eran menos agudas e incisivas, pero se equivocaban. Lo que pasa es que en vez de volcarse hacia el exterior se centraban en asuntos más íntimos. Por eso se suponía que el «sistema de mierda» sería capaz de domarme, mimarme y sorberme el cerebro. Pero, no, no, «Johnny, no vayas por ese camino…». Esos títulos de grandeza me provocan mucha desconfianza. No creo que sean necesarios y eso que me chifla la pompa y el boato, pero no quiero formar parte de él.

Y al mismo tiempo, paradójicamente, hace poco tuve trato con el Gobierno americano, porque solicité la nacionalidad estadounidense y me dijeron que los británicos ¡todavía tienen un expediente abierto sobre mí! ¡Qué fuerte!

Todo lo que quiero en la vida es claridad, transparencia, de manera que yo pueda saber quién está haciendo qué y a quién en todo momento. Mis únicos enemigos de verdad son los embusteros, que harían cualquier cosa por detenerme para poder continuar contaminando, sólo porque les resulta más cómodo. Tampoco aguanto a los ignorantes descerebrados que se creen todo lo que sale en los periódicos.

Sé perfectamente que los que más van a disfrutar de este libro es la gente que más me detesta y que cada línea confirmará su desprecio. Pero ése es en parte el interés del libro, POR ESO LO ESCRIBO. Mientras piensen, aunque sea negativamente, ¡al menos están pensando! ¿Acaso ya habíamos olvidado que la ira es energía?

Así que ésta es mi vida sin censura. Debería llevar el subtítulo «aunque algunos lo han intentado». Siempre he estado en contra de la censura. Son leyes que provienen de gente que no suele pensar mucho y que carece de capacidad de introspección. No conocemos el futuro, así que tirémonos a la piscina a ver qué pasa. Hay un viejo dicho que contiene una gran verdad: «A lo único que hay que temer es al miedo».

Este libro es básicamente la vida de un temerario impenitente. Me gusta arriesgarme, es algo natural en mí porque deja salir mis mejores cualidades. A principios de 2014 acepté uno de los mayores retos de mi carrera: me comprometí a

irme tres meses de gira por Estados Unidos haciendo de Herodes en *Jesucristo Superstar*. Sabía que aquello tendría su morbo y que mucha gente me pondría verde (lo cual me encanta, creedme), pero eso no es nada en comparación de lo que saqué de aquella experiencia. Me tuve que obligar a obedecer órdenes y a seguir un guion: ¡la prueba de fuego! Una semana antes del estreno del espectáculo, se canceló sin que nos dieran ninguna explicación.

Intentaré ser lo más preciso posible sin causar daños personales. Todo el mundo merece otra oportunidad por muchas veces que haya caído. He llevado una vida dura, pero no deseo convertirla en un ajuste de cuentas con personajes secundarios y perder así la perspectiva. Cedo el rencor a esas sabandijas.

Trataré de recordar lo mejor posible quién coño soy. En ocasiones no sigo un orden cronológico, pero el objetivo es ser lo más sincero y abierto posible y decir la verdad y nada más que la verdad… PERO, *puede que me equivoque y también puede que no*…

En la vida todo está interconectado. La imprevisibilidad ha marcado la mía. He abierto camino y he hecho que éste sea más seguro para los que me han seguido. Soy el elefante en la cacharrería, el que siempre dice lo que piensa y se queda hasta el final. El último hombre en pie… en un mundo donde nadie importa.

1. Nacido con un propósito

Escribí los versos «Pruebas y tribulaciones» a principios de los ochenta, quería intentar entender el caos y la confusión que acompañaron mi llegada al mundo: «When I was born, the doctor did not like me. / He grabbed my ankles, held me like a turkey. / Dear Mummy, why d'you let him hit me. / This was wrong, I knew you did not love me» [Cuando nací, no le gusté al médico. / Me agarró por los tobillos y me sostuvo como a un pavo. / Querida mamá, por qué dejaste que me pegara. / Eso estuvo mal, supe que no me querías]. Tres versos después se llega a la conclusión, que es que yo era un bebé muy fácil de cabrear. De esa canción, «Tie Me To The Length Of That», me siento muy orgulloso. Entonces había un montón de programas médicos en la televisión donde mostraban partos reales, lo cual rompía los moldes de lo que hasta entonces estaba permitido mostrar. Contemplar a esos bebés saliendo de sus madres y ver cómo luego les daban unos azotes en el culo me parecía alucinante. Tenían buenas razones para hacerlo, pero es una manera muy traumática de venir al mundo: pasar del paraíso uterino a esas tortas en el trasero.

Mi padre se enfadó muchísimo al oír la canción, porque hago referencia a él cuando digo «stupid drunk — then the bastard dropped me» [estúpido borracho, luego el cabrón me dejó caer]. Era una historia que mi tía me había contado y que mi madre repetía: que el orgulloso padre había aparecido borracho. Se había tomado el día libre y, llevado por el pánico, una cosa condujo a la otra. Nací la madrugada del 31 de enero de 1956, un día increíblemente frío, y mi padre había estado «paniqueando» —por decirlo de alguna manera— toda la noche.

El retrato que hice de él lo enfurecí. «No fue así… Bueno, puede que sí, pero no por las razones que imaginas.» Pobre papá. No lo hice para ajustar cuentas ni para molestarlo. Como decía, sólo estaba intentando trasladar a una canción las emociones por las que debí de pasar al nacer. Por eso me encanta componer canciones: escribirlas constituye una investigación introspectiva elevada a la máxima potencia.

Hay una foto de la boda de mis padres que me parece tremendamente interesante. En la esquina derecha, al fondo, está mi tía Agnes con un niño en brazos. La explicación más plausible es que ese niño soy yo. Así que… ¡soy un cabrón! En los últimos años, he conocido a otros niños que mi madre, al parecer, tuvo fuera del matrimonio. Nunca he conseguido que nadie de mi familia me diera una respuesta sincera. A ninguno le gusta hablar, silencio absoluto, de manera que todo es un misterio. Sin duda, hasta que consiga desentrañar el misterio de mi propia vida y mi propia situación, veo difícil ocuparme de otros presuntos miembros de mi familia.

No tenía certificado de nacimiento y pensé que quizás ni siquiera había nacido en Londres. Mi padre estaba preocupado porque lo llamaran al Servicio Militar, así que se escondió durante un tiempo. Por motivos obvios, no puedo ser muy explícito sobre este asunto, porque mis padres tampoco lo eran. Era como intentar sacar sangre de una piedra. «Oye, ¿pertenezco a esta familia?», «bueno, no sé yo…», ése era el

sentido del humor de mi madre, que me costaba mucho pillar cuando era joven. Me tenía en un constante estado de alerta, sentía que de repente las cosas podían volverse del revés. Los padres tienen muchas tretas, muchos juegos para burlarse de sus hijos. Resultan muy útiles en la edad adulta.

Mis padres me enseñaron a ser sagaz, que es mucho mejor que ignorarte y contarte el cuento del ratoncito Pérez. En mi casa se jugaba a otro nivel. No me atiborraban con fantasías. Nosotros teníamos claro que si Santa Claus bajaba por la chimenea se quemaría y que luego, probablemente, la gente del barrio lo molería a palos por la pinta de pedófilo que tenía.

En aquellos días, las cosas eran un poco diferentes. No te fiabas de nadie. Mi madre y mi padre eran gente un tanto simple. Ojo, no tontos, para nada, eran listos a su manera, porque eran supervivientes, pero siempre se sintieron manipulados por la forma en que funcionaban las cosas en Inglaterra.

Mi padre, John Christopher Lydon, procedía de Galway y estaba acostumbrado a trabajar con todo tipo de maquinaria pesada. Llegó a Londres con catorce años buscando trabajo en las obras de construcción y enseguida se hizo con un permiso para conducir grúas y cosas así. Nunca se consideró un *quitaescombros*.

Su padre era un personaje violento, camorrista y *raro*. Había llegado a Inglaterra antes que mi padre y vivían cerca, pero nunca se gustaron mucho. Mi padre se pasaba el día en su casa, intentando conectar con mi alma de alguna manera. Era muy triste. Le llamábamos «el Viejo», aunque la verdad es que nunca se pareció a un búho.[2] Era un fumador impenitente. Siempre olía a tabaco y nunca le faltaba una colilla en la boca. Tenía una voz gutural y no se le entendía bien porque era alcohólico, además de un playboy entre las prostitutas. Era extraño ver esa relación.

Mi madre, Eileen, de una forma callada y discreta, era muy cariñosa y encantadora. En casa no se hablaba mucho. Lo único que necesitas cuando eres pequeño es la atención de los adultos, pero el tipo adecuado de atención. Mi madre siempre tuvo problemas de salud. Mis padres tenían sólo diecisiete o dieciocho años cuando se casaron y enseguida empezaron a tener hijos.

La familia de mi madre, los Barry, procedían del condado de Cork, de un lugar llamado Carrigrohane, en Irlanda. Al parecer se conocieron mientras él estaba trabajando allí. Íbamos todos los veranos de vacaciones a la granja sólo para complacer a mi madre. Allí no nos podían ni ver, y nosotros, lo cual era muy molesto, teníamos que aguantarnos. Nos sentábamos y nadie hablaba. Mis abuelos maternos tampoco eran grandes habladores, así que toda la familia podía sentarse en silencio días y días, como si fuera necesario apuntarles con una pistola para que pronunciaran palabra. Tenían una forma de ser muy tranquila (y muy extraña). Mi padre se volvía loco, porque, a su manera, le encantaba hablar.

Sentían una especie de rencor soterrado contra él. No le dirigían la palabra y él se contenía. Creo que quizás aquello se debía a que, según ellos, él no estaba a la altura de ella, lo cual es muy extraño, porque años después me enteré de que mi abuela

materna había sido condenada al ostracismo por casarse con Jack Barry, que fue una especie de héroe en la lucha por la independencia (me troncho…).

Por lo visto la familia de ella «tenía dinero», algo que en Irlanda significa tener una granja. Jack construyó la suya propia después de la guerra, cuando el sur conquistó sus derechos. No le fue mal, pero tenía prejuicios y los irlandeses pueden ser increíblemente esnobs, mucho más incluso que los ingleses con su sistema de clases. Eso siempre estaba latente. En Londres vivíamos en un barrio pobre y deprimido. La gente allí era la hostia de pobre, nosotros incluidos. Vivíamos en Benwell Road, donde el Arsenal ha construido el Emirates Stadium. Estaba justo al lado del puente de las vías del tren, en un bloque de viviendas subvencionadas de Guinness Trust llamado Benwell Mansions. Había un local en el bajo que cuando nos mudamos había ocupado un vagabundo, Tom «el Mierdas». Bajabas por un vestíbulo y nosotros vivíamos en dos habitaciones que rodeaban el jardín trasero: una cocina y un dormitorio. El baño era exterior, lo que significaba que te acostumbrabas rápidamente a usar el orinal. También había un refugio antiaéreo, pero como la gente lo utilizaba de basurero, estaba lleno de ratas.

En el dormitorio vivíamos mi madre, mi padre, yo y mis hermanos pequeños a medida que fueron llegando: Jimmy, Bobby y, para terminar Martin. Así que éramos seis: dos adultos y cuatro niños. Como familia no éramos muy de toquetearnos, tampoco era necesario. Dos camas dobles y una cuna en una habitación con una estufa de aceite: te tocabas aunque no quisieras. Lo último que deseabas eran unos buenos achuchones. De todas formas, en invierno estábamos todos envueltos con capas hechas de abrigos viejos.

El alquiler era de unas seis libras al mes. Hasta hoy, cuando oigo un comentario racista tipo, «mira esos *pakis* de mierda, ocho en una habitación», pienso «no sólo son las palabras de un racista, es que yo crecí así». Y sé que también es el caso de la mayoría de mis vecinos de entonces. No pensábamos que aquello tuviera que ver en absoluto con el color de nuestra piel sino con la miseria.

Cuando Tom «el Mierdas» se murió, nos mudamos al local del bajo. Aquel hombre no tiraba nunca nada, así que imaginaos la montaña. Y el olor no se fue durante mucho tiempo porque allí estuvo muerto una semana sin que nadie lo advirtiera. Parece que siempre me rodeo de cadáveres malolientes.

Desde pequeño tuve que acostumbrarme a limpiarles el culo a mis hermanos. Por pura necesidad, así eran las cosas: mi madre estaba enferma todo el tiempo y alguien tenía que hacerlo. Ahora lo pienso y no me desagrada en absoluto, es algo humano. Es genial que mi madre me lo pidiera, porque lo hacía a gusto, me gustaba esa responsabilidad. Sabía que quizás tuviera que levantarme al amanecer y no importaba hacer *porridge*.[3] Y también me gustaba poner en orden las cosas.

En mi barrio eso era muy corriente: había muchas personas que se hacían cargo de los más pequeños. Son valores comunales que por desgracia están desapareciendo. No lo digo en un sentido romántico o sensiblero, porque me imagino que antes de la

Segunda Guerra Mundial las cosas eran así: «Yo te odio más que tú a mí». No creo que entonces hubiera mucho espíritu comunitario, más bien ricachones victorianos por un lado y muertos de hambre por otro. Pero después de la guerra, supongo que la comunidad se convirtió en otra cosa: tocaba juntarse porque no había otra manera de sobrevivir.

Mi padre estaba fuera gran parte del tiempo. Cuando tenía más o menos cuatro años, vivíamos en Eastbourne. Aquello era un infierno. Mis recuerdos de ese sitio son terroríficos porque nuestro piso estaba justo a la orilla del mar y por la noche me asustaba muchísimo escucharlo. No podía evitar pensar que una ola nos arrastraría y moriríamos ahogados. Mi madre era quien se ocupaba de nosotros casi siempre. Y con mi padre fuera, no me importaba nada ocuparme yo también de ella. Me gustaba asumir esa responsabilidad. Es algo instintivo en mí, me gusta cuidar de la gente.

Mi madre estaba siempre muy preocupada. Por aquellos días, era usual que los ligones del barrio se pasaran por mi casa de vez cuando, porque sabían que había una mujer sin protección. De repente alguien llamaba a la puerta y ella decía: «Cerrad las cortinas, no hagáis ruido, esperad a que se vaya». Crecimos con un sentimiento de recelo hacia los extraños. Hacia los hombres. «No confíes en ellos.» Tenía un fuerte sentimiento protector hacia mi madre. Cuando pienso que alguien puede hacer daño a mi familia o a mis amigos, se me va la olla. Ahí es cuando Gandhi saca el bazuca.

Mi madre siempre estaba enferma. Sufrió infinitos abortos y eso tampoco la ayudó. Supongo que por aquel entonces no se sabía mucho sobre métodos anticonceptivos. De hecho, seguramente lo habían considerado pecado mortal de acuerdo con la doctrina de la Iglesia (los curas católicos: siempre imponiendo hijos a la gente).

Una vez tuvo un aborto y yo era el único que estaba en casa. Teníamos parientes que vivían muy cerca, pero, amigo, hay veces en la vida en que estás solo. Es muy fuerte llevar un cubo con el aborto y todo, había dedos y cosas así, y tener que tirarlo por el váter. No teníamos teléfono, así que primero tuve que encargarme de todo eso y luego de ir a buscar al médico, que estaba bastante lejos andando.

Había otros miembros de la familia cerca cuando hacía falta. Mi tía Agnes, casada con el hermano de mi padre, vivía en las mismas viviendas de Benwell Road. También estaba mi tía Pauline, que vino a vivir con nosotros cuando todavía estábamos en las dos habitaciones de Benwell. Al pensar en ello ahora, como adulto, me imagino lo difícil que debió de ser para mi padre y mi madre dormir en una cama y tener otra justo al lado con Jimmy, mi tía y yo: calentito y confortable, ¿no? Pues más bien todo lo contrario.

Yo adoraba a mi tía Pauline. Ella era como la hermana mayor que nunca tuve, tan increíblemente cariñosa y al mismo tiempo tan ausente, al estilo Barry. Cuando Tom «el Mierdas» se murió, tuvimos una habitación más para la tía Pauline (y aquí entra en escena el tío George, al que yo adoraba, era estupendo). Unas Navidades fuimos a la iglesia, pero tía Pauline prefirió quedarse en casa. Cuando volvimos les había

mordido las cabezas a los soldaditos que me acababan de regalar. Todavía hoy desconozco el motivo. Cuando George volvió, me trajo una casa montable del estilo de Lego, pero obviamente más barata. Abrió el paquete y paré de llorar. Jugué con él toda la tarde y nunca lo olvidaré, porque pasó mucho tiempo conmigo enseñándome cosas y consiguió ganarse mi interés.

Unos años más tarde, se casó con Pauline y se fueron a Canadá. La boda me impresionó bastante por muchas razones, sobre todo por conocer al hermano de George. No me acuerdo de su nombre, pero era un absoluto hooligan de los Celtics, con una cicatriz en ángulo que le cruzaba la cara y un acento cerradísimo. «No *paisha ná*. Me *lan* hecho con un hacha.» ¡Madre mía! ¡Qué fuerte! Este tío era un puto peleón callejero. ¡Hostia puta!

Mientras, mi madre se dedicaba a hacer de mí un ser humano inteligente. Fue ella la que me enseñó a leer y a escribir a los cuatro años, mucho antes de ir al colegio. Cuando me tocó entrar en la escuela de primaria Eden Grove, un colegio católico, me convertí en un problema para las monjas porque era un zurdo que ya sabía escribir perfectamente. Así que me decían algo así como: «Siéntate en ese rincón hasta que la clase te alcance». En el colegio reinaba la desidia; además, por algún motivo (y eso que yo era muy callado y tímido), me gané el rencor de las monjas. Me atacaban con frases como «eres zurdo, ésa es la señal del demonio». ¿Qué tipo de mensaje es ése, decir eso a un niño de cinco años sólo porque ya sabe leer y escribir? ¿Qué clase de malvada estupidez es ésa? El desagrado que sentían por mí continuó, quizás porque me consideraban «un listillo» o algo así. Normalmente nos golpeaban en la mano derecha con la parte afilada de la regla, pero, como yo escribía con la izquierda, me pegaban en la izquierda, para asegurarse de que escribiera con la otra. Pero era incapaz: no estoy cableado así. Era completamente ridículo porque ni siquiera necesitaba que me enseñaran a leer ni a escribir. Ya había aprendido en casa.

Eden Grove era un colegio estrechamente vinculado a la Iglesia católica: de hecho, todas las clases del piso de arriba daban, literalmente, a la iglesia por medio de una rampa y, las de abajo, a través del patio, así que era imposible sortearla. Todo era sacrosanto y todo lo que hacías era malo y Dios te iba a castigar: una actitud muy peculiar. Nada que ver con lo que espera un niño de cinco años del mundo, es decir, que la gente no sea tan retorcida.

Los curas siempre me metían miedo. De niño, ir a la iglesia me resultaba aterrador. Me daba la sensación de que aquellos cosas no eran muy diferentes de Drácula y de los personajes de las películas de terror de Hammer, como Christopher Lee. Los curas solían dirigirse a ti de una manera dogmática y dictatorial, juzgándote con condescendencia. Las monjas eran peores, unas viejas malolientes y amargadas que odiaban a la humanidad. ¿Esposas de Cristo? ¡Seguro que él fantaseaba con otras cosas!

Algunos de los lugareños no estaban muy contentos con los inmigrantes irlandeses y mucho menos con tener un colegio católico, con iglesia y todo, en medio

de un barrio obrero. Lo veían como supongo que se perciben las mezquitas en este momento, como algo absolutamente ajeno. Quien tuviera algo que ver con el colegio era considerado un extraño.

Nunca me he sentido irlandés, yo soy inglés, vengo de Inglaterra. Siempre me lo recordaban cuando iba a Irlanda. «No eres irlandés», solían decir los lugareños y entonces yo recordaba lo que dice la canción de los Magazine: «*Bloody hell, shot by both sides here*» [Joder, me disparan por ambos lados], un verso que todavía me viene al pelo.

Mis hermanos y yo hablábamos la jerga local, pero había olvidado lo cerrado que era el acento de mis padres. El de mi madre era genuinamente de Cork y muy campesino. Después de que Malcolm falleciera, un día en que estábamos viendo películas de los Sex Pistols y encontré la cinta de una entrevista a mi madre. La cinta había estado mucho tiempo sepultada en un almacén y, cuando volví a oírla, me quedé atónito de lo cerrado y difícil de entender que era su acento. Me resultaba casi ininteligible.

Mis padres intentaban ser religiosos, pero aquello no les acababa de funcionar. En la Iglesia Católica todo está relacionado con el dinero y nosotros no teníamos un céntimo. Los domingos nos arrastraban a la iglesia, pero eran lo suficientemente buenos como para no llevarnos a la misa de primera hora de la mañana sino a la de las siete de la tarde. Eso nos parecía genial, porque así nos perdíamos Jess Yates y su programa de televisión *Stars On Sunday*.

En el colegio, intentaba entender todo por mi cuenta. Si alguien me pregunta si era consciente de que se cometían abusos sexuales, la respuesta es la siguiente: «Joder que si lo sabía, por supuesto que había abuso: institucionalizado, encubierto y permitido». Todo el mundo sabía que había que correr cuando venía a visitarnos el cura y que tampoco había que meterse en el coro ni de monaguillo ni de nada de esas cosas por nada del mundo, porque implicaba contacto directo. Por eso me esforzaba por desafinar, porque sabía que de otra forma me metería en terrenos pantanosos. Así que el gusto por cantar me lo quitaron los putos curas. No podéis imaginar la alegría que me dio unirme a los Sex Pistols y hacer del mundo un lugar mejor: fue una especie de revancha.

A pesar de todo esto, yo era un pollito tranquilo y feliz. Convivía con la suciedad y la pobreza e Inglaterra acababa de salir del período de racionamiento, pero creo que a mí lo que más me importaba era pasármelo bien los días calurosos de verano, esos que llamábamos «días de ensalada». Cuando era joven no entendía qué significaba esa expresión porque la ensalada no me gustaba nada. Lo que mi madre entendía por ensalada era una montaña horrorosa de hojas verde pálido con salsa de ensalada Heinz. Lo único bueno que tenía era la remolacha porque siempre me ha encantado la remolacha en vinagre, soy capaz de abrir un bote y comérmelo entero de una sentada. Y también me encantaban las grosellas y mi madre compraba en verano, aunque ahora no las aguanto. Son horribles. No sé cómo podía soportar algo tan amargo. Era

una tortura comérselas, pero quizá por entonces tuviera escorbuto o deficiencia de vitamina C y eso provocaba que me entraran muchas ganas de llevármelas a la boca.

Me gustaba la ropa que nos ponía mi madre. Adoraba los chalecos escoceses y los trajes de chaqueta de cuadritos de tres piezas, con chaleco y pantalones cortos. Me encantaban. Era como decirle al mundo: «Mi pandilla y yo vestimos así, ¿pasa algo?». Nos vestía bien, a los dos igual, a Jimmy y a mí, pero no me importaba. Era muy distinto de lo que otros niños llevaban y quizás por eso comencé a comprender que era importante tener un gusto propio.

Con el tiempo lo he apreciado todavía más, porque ahora soy consciente de lo pobres que eran y entiendo el esfuerzo que les costó llevarnos así. Siempre teníamos la sensación de que no nos podíamos permitir comprar nada. Me acuerdo de un día en que casi nos morimos de hambre. Es un recuerdo al que incluso tengo cariño. No teníamos ni un penique y lo único que había para cenar era una lata de sopa al curry Heinz. La había comprado mi padre para darnos la bienvenida. Así que allí estábamos los cuatro alrededor de una lata de sopa. Ya no creo que la fabriquen (y con razón). Era una sopa al curry y para nosotros, entonces, el curry era algo incomible, muy picante. Uno podía pensar: «Antes de comer eso me muero de hambre». Pues muere.

Veía grandes casas y cosas por el estilo, pero no sentía que me atañeran de ninguna forma, no lo entendía. Para mí era un sinsentido que la gente viviera en sitios tan grandes. Solía preguntarme, ¿qué hacen en todas esas habitaciones? ¿Cómo pueden dormir por la noche sabiendo que hay que cerrar el pestillo de todas esas ventanas?

Me encantaban los veranos porque significaba que estábamos fuera todo el día; no teníamos que ir a casa para nada, de hecho, te olvidabas de que existía. Me enfadaba muchísimo cuando oscurecía. Oías los berridos: «¿¿¿¡¡¡Dóooonde estáis!!!???». Todavía quedaban ruinas de los bombardeos y había un montón de niños correteando a su antojo. Esas ruinas eran un parque de aventuras en todos los sentidos, tan emocionantes, sorprendentes, algo maravilloso para un niño. Nunca te aburrías, siempre había algo que desentrañar y que explorar y, además, también estaban las fábricas.

Joder, cuando uno tiene cinco, seis o siete años, colarse en una fábrica es muy divertido. Toda la zona entre Benewell Road y Queensland Road había quedado derruida por la guerra, pero estaban erigiendo fábricas alrededor. Teníamos una pandilla (para cualquier cosa nos juntábamos al menos veinte niños) y montábamos escaleras con los ladrillos de las ruinas para subir por las paredes. Una vez llegábamos al tejado, era muy fácil entrar, simplemente tenías que dejarte caer. Era todo un desafío y me chiflaba. Estaba la fábrica de helados Walls al principio de la Queensland Road y entrar nos atraía enormemente, pero resultaba imposible. Era demasiado moderna y tenía contraventanas y verjas de hierro, además de candados. En su lugar, esperábamos a que cargaran las furgonetas y, cuando los obreros se iban a cargar la carretilla, intentabas afanar un polo. Lo que fuera por conseguir un

Raspberry Split, que era el polo de moda. Helado por dentro y hielo con sabor a frambuesa por fuera: el polo más rico del mundo, hacías lo que fuera por conseguir uno gratis.

El hielo que usaban entre las cajas de helados no era nitrógeno líquido sino algo parecido; hay alguna sustancia química para conservarlos fríos mientras los transportan entre la fábrica y el camión. Una vez, para hacerme el chulo, puse la lengua en lo que parecía un bloque de hielo, pero no lo era. ¡Se me quedó pegada y al intentar separarla me dejé una tira de piel!: «¡Venga, atrévete a chuparlo!». «Uuuuuurrr, me atrevo a todo, estoy looocooo» «¡Corre, que vienen!»

Otra vez me pillaron colándome en una fábrica con mi primo Peter, Jimmy y otros dos chicos. Los maderos nos llevaron a casa a Jimmy y a mí y debieron de notar nuestra cara de angustia. Mi padre abrió la puerta y dijeron: «¿Son éstos sus hijos? Les he pillado forzando la entrada…». Él dijo: «No son míos, no tienen nada que ver conmigo». Obviamente, se estaban haciendo señas y guiñándose el ojo; el policía continuó: «Bueno, la cuestión es que no sabemos qué hacer con ellos. Quizás deberíamos llevarlos al norte y dejarlos allí». ¡Dios mío, qué sensación de abandono! No parábamos de llorar, parecía que de verdad nos iban a llevar al norte. Supongo que ambas partes se estaban tronchando de risa. Sólo habíamos entrado en un garaje vacío, allí no había nada. Fue un modo bastante inteligente de advertirnos «manteneos lejos de lo que no es vuestro» y «que no os pillen», que era el lema de mi padre. «Si vais a hacer el puto imbécil, que no os cojan, ¡no me avergoncéis!»

Así que al final nos dejó entrar en casa, pero nos hizo esperar fuera un buen rato y pensar en lo que habíamos hecho. Y funcionó. Terminó con la racha de meternos en la propiedad ajena. ¿Quién sabe adónde nos hubiera llevado? Es un terreno resbaladizo: el hurto, el asalto… y pensar que tienes derecho a disponer de las cosas ajenas. Pero así era Londres.

No había muchos coches, las calles estaban vacías y mal iluminadas y había cientos de niños sin vigilancia, haciendo lo que les daba la gana entre los cascotes de los bombardeos. Bueno, no del todo, algo de vigilancia sí había: «¡Sal y aprende! ¡Y cuando vuelvas, no traigas a la policía!».

La meningitis provenía de las ratas. Había ratas por todas partes. Mean en el suelo y, como hacen los roedores, arrastran la parte posterior de su cuerpo y dejan un rastro. Y, por entonces, yo hacía barquitos de papel y los dejaba flotar en los charcos del patio, tocaba el agua y luego me tocaba la boca, así es como me infecté.

No pasó de la noche a la mañana. Primero tuve unos dolores de cabeza horrorosos, ataques de vértigo, desmayos, veía cosas que no existían, como dragones verdes que respiraban fuego. Eso era lo más terrible de todo, sentirme aterrorizado por algo que sabía que en realidad no existía. Pero no podía evitar que mi cuerpo reaccionara de ese modo. Me daban ataques de miedo y me ponía a gritar.

La víspera de mi ingreso en el hospital, comí una chuleta de cerdo y no las he

vuelto a probar en mi vida. No puedo ni verlas. Ni olerlas. No me importa el beicon churruscado, pero una chuleta de cerdo… ni en broma, porque durante años les eché la culpa de todo y llegué a convencerme de que fue la chuleta lo que provocó la enfermedad. (Qué sano soy…)

A la mañana siguiente, cuando mi madre se dio cuenta de que había empeorado, llamó al médico y me desmayé durante su visita. Lo siguiente que recuerdo es estar en una ambulancia. Luego me volví a desmayar y meses más tarde me desperté en un hospital. Estuve en coma profundo seis o siete meses. Cuando estaba en coma, no sentí nada en absoluto.

Al despertar, recuerdo unos dedos que se movían frente a mis ojos. «Intenta seguirlos», me decían. Y yo no lo hacía porque, aun estando grave, creía que debía fingir estarlo aún más. ¿Qué pudo llevarme a hacer algo así? Pero me acuerdo de ello, como si ya entonces fuera un tramposo cabroncete, incluso conmigo mismo, alguien discretamente malvado aunque estuviera enfermo.

Estaba en el hospital Whittington, que siempre asocio con Dick Whittington,[4] es una agradable asociación de ideas. Estaba en una sala enorme con cuarenta niños, muchos en un estado más grave que el mío, así que no podía sentir autocompasión. En medio había una gran biblioteca con libros fascinantes, algunos superaban con mucho mis capacidades, pero precisamente por ello me seducían aún más. Es extraño lo que se borra y lo que no. No me había olvidado de leer, pero no podía hablar, el lenguaje hablado había desaparecido. Yo pensaba que articulaba palabras, pero luego me dijeron que sólo emitía ruidos.

Algunas veces, hasta tres veces al día, drenaban el líquido de mi espina dorsal: la horrible punción lumbar. «Vas a sentir un pinchazo en las lumbares, John.» Dolía mucho cuando insertaban la aguja en la base de la columna y, luego, cuando habían sacado el líquido, lo sentías a lo largo de la espalda y la cabeza. Era absolutamente nauseabundo. Desde entonces tengo pavor a las agujas. Las odio. A los futuros yonquis les recomiendo que antes de nada se hagan una punción lumbar, así probablemente cambiarán de idea. Que te pinchen la espalda de ese modo es espantoso y hasta embarazoso, incluso para un crío de siete años. Siempre he pensado que mi culo es mío y no me gusta que me lo miren. Las enfermeras me dejaban literalmente clavado cuando me sometían a semejante tortura. Me ponía a gritar de miedo porque sabía que el dolor iba a empezar de nuevo.

Aquello sin duda afectó a mi postura corporal de por vida. Aquella práctica curvó mi espalda, algo que puede suceder si se drena demasiado líquido. Se suponía que tenía que pasear sujetando el palo de una escoba con ambas manos para arquear adecuadamente la espalda y lograr mantenerme de pie totalmente recto, pero hasta el día de hoy, cuando estoy de pie e intento estirarme al máximo, me mareo. Por lo visto, se interrumpe el suministro de sangre al cerebro, así que prefiero andar como Ricardo III.[5]

También me afectó a la vista. Tuve que llevar gafas durante mucho tiempo, pero

al final no las aguanté. Veo bien de lejos, con bastante claridad, pero de cerca… hasta cortarme las uñas es una tortura porque veo todo borroso. No tengo más remedio que llevar gafas. Para distinguir las caras de las personas, me veo obligado a fulminarlas con la mirada. La gente suele pensar que doy mucho miedo. Qué suerte tengo, ¿no? (ja, ja).

Después de otros cinco meses de recuperación en el hospital, me había acostumbrado por completo a la institución. Había llegado un punto en el que me sentía cómodo no sabiendo nada. Un estado que, gracias a Dios, ni los médicos ni mis padres ni nadie estaban dispuestos a tolerar.

Mis padres tuvieron que sacarme de allí a pesar de mis gritos y pataleos. Me dijeron quiénes eran y yo tuve que creerlos.

—Tienes que venirte con nosotros, eres nuestro hijo, te queremos.

—¿Y cómo sé que eso es verdad?

Volver a casa fue muy confuso porque yo no sabía dónde estaba. Era como estar en una sala de espera y olvidar para qué has ido, como cuando te dejan tanto tiempo esperando que te olvidas del motivo de la visita o cuando vas a darte de alta en el paro, era ese tipo de sentimiento de abandono. No lograba adaptarme, me costó muchísimo tiempo. ¿Qué pintaba yo con esos extraños? No tenía ningún sentido. La única manera de poder acercarse a mí, porque estaba en un estado de constante agitación y pánico, era lograr que me acordara, con toda la tranquilidad de la que era capaz, de por qué estaba tan molesto, del motivo por el cual nada me resultaba familiar, y convencerme de que ésa era mi casa *de verdad*.

Por raro que parezca, nunca me sentí fuera de lugar con mis hermanos. Con ellos me sentí a gusto desde el primer momento: nunca actuaron como si me pasara algo malo, que es lo que hacían los adultos. Para ellos yo estaba perfectamente. Jimmy decía cosas como «¿dónde has estado? ¡No te visto en un montón de tiempo!» yo respondía «no lo sé». Él pensaba que a lo mejor me había ido yo solo de vacaciones.

Por fin empecé a aceptar a mis padres, fue como si una puerta se abriera en mi mente. Algo hizo clic en mi cabeza y los recuerdos comenzaron a fluir. Tuvo que pasar mucho tiempo para que recobrara la memoria por completo, pero acabó sucediendo, poco a poco y fragmento a fragmento. Vivía cada pequeño logro con una intensa alegría. Corría hacia mi madre, me moría de ganas de contarle lo que había recordado y que de repente entendía las cosas que me había contado.

Aceptar por fin que mis padres eran quienes decían ser fue un hecho crítico y revelador. Se habla mucho de la culpa católica, pero, creedme, negar a tus propios padres produce un sentimiento de culpa mucho mayor que ése con el que te putean los curas. Una culpa enloquecedora. Pero también es maravilloso darte cuenta de que nunca te mintieron, de que sí eran quienes decían ser. ¡Qué revelación más maravillosa!

Lo que nunca llegué a creerme es que tenía que volver al colegio. Eso no me lo tragué jamás. Ahora estoy quitándole importancia, pero lo digo muy en serio. Es el

modo en que un niño de ocho años reacciona cuando lo llevan a su casa y no se acuerda ni de una puta cosa. Más de una vez me olvidaba del camino a casa y me pasaba un buen rato dando vueltas. Entraba en las tiendas. Menos mal, porque debido al espíritu solidario me decían: «Ay, ¡tú eres el niño que se puso enfermo!, ven, que te enseño dónde vives». Pero a mí me daba rabia y decía: «¡Yo no estoy enfermo!».

En cuanto a la rehabilitación, el Servicio Nacional de Sanidad no hizo nada en absoluto. Mis padres me contaron que lo único que les dijeron en el hospital es que nunca cedieran, me consintieran o me mimaran, porque entonces me volvería perezoso y el problema no se resolvería nunca. La agitación que sentía me dio que pensar, porque, a veces, la inquietud es una herramienta muy poderosa.

El estado más o menos me había abandonado y el colegio sin lugar a dudas. Pasan tantas cosas en un año y yo iba tan atrasado con respecto a los demás niños… Daba igual que hubiera estado a punto de volverme loco: el hecho era que había perdido un año. Readaptarme fue muy difícil. Ese primer año estuve solo y sin amigos porque los niños no querían acercarse: «Está enfermo, aléjate de él».

Odiaba los recreos porque no hacía nada. Nadie me dirigía la palabra. Por el colegio circulaba el rumor de que me había quedado un poco «colgado» y así es como acabé: vetado, expulsado. Sé lo que es la soledad y es la hostia de dañina. Las únicas personas que me hablaban en el recreo eran las empleadas del comedor, unas señoras irlandesas muy amables: «Nos hemos enterado de que has estado enfermo, ¿cómo estás?». La verdad es que yo no recordaba haber estado enfermo, simplemente me hacía la misma pregunta: «¿Por qué estoy aquí?».

Para tener algo que hacer, pensé en quedarme hasta más tarde y apuntarme a los Cub Scouts. Me parecieron horribles, me asustaba sentarme en círculo y cantar «¡dob, dob, dib!». Menuda tontería y, además, era antisocial, porque todo funcionaba a base de manuales con reglas y tenías que comprarte un uniforme y, cuando ganabas tal o cual insignia, te daban nosecuántos puntos. En media hora me di cuenta de que era una pérdida de tiempo. El jefe era un tío siniestro con aspecto de cura, oscuro y sombrío. Al sonreír, enseñaba los dientes y apretaba las mandíbulas de una manera muy tensa. Sólo duré una noche.

Una monja me llamaba «tonto del bote» y todo el colegio empezó a llamarme así. Es estremecedor lo que esas hijas de puta te pueden hacer pasar. Pasé de ser el niño que sabía leer y escribir a los cuatro años a convertirme en el «tonto del bote». Me costó muchísimo superarlo, pero lo conseguí. En un año o dos volví a sacar sobresalientes. Esas cabronas me hicieron la vida imposible, así que tuve que educarme yo solo. Y seguí adelante. Si había un libro, lo cogía y me ponía a leer. *Adoraba* leer. No los periódicos. Me aburrían. Son las opiniones de ayer, siempre lo he pensado. No. A mí me gustaban los libros de cualquier tipo y condición. Tras la enfermedad me apunté a un curso que había en la biblioteca local después del colegio. Allí me quedaba pintando hasta las nueve de la noche y luego me iba a casa cargado de libros, que leía hasta quedarme dormido. Tenía un miedo atroz a no volver

a despertarme o a despertarme y no acordarme de nada otra vez. Sinceramente, eso es lo peor que te puede ocurrir.

Lo que aprendí es que cuanto más duro trabajas, más obtienes. De hecho, me gusta en igual medida trabajar mucho que no hacer nada en absoluto. Me gusta que mi vida oscile entre ambos extremos. Cuando tenía unos diez años, un amigo de la familia me dejó encargarme de gestionar un servicio de minitaxis los fines de semana. A pesar de que todavía estaba intentando recordar quién coño era yo, ya era lo bastante inteligente para hacer bien ese trabajo.

Me encantaba la presión, el estrés. Tenías que tener una memoria clara y precisa. Me tocaba gestionar el trabajo de dieciséis conductores al mismo tiempo y tenía que acordarme de dónde estaban todos en todo momento, tenía que llamarlos, hablar con ellos por radio y programar los servicios por adelantado. Me encantaba estar siempre al borde del ataque de nervios, justo a punto de cagarla y sin que el desastre llegase nunca a producirse. Esa responsabilidad hizo que me sintiera orgulloso y eso me ayudó infinitamente.

Pronto descubrí que las palabras eran mi arma. Comprendí que siendo gracioso podía resolver una situación tensa y evitar que me acosaran. La frase adecuada era capaz de descolocar y divertir y, así, podía lograr que me aceptaran, quizás como un tío raro, pero interesante al fin y al cabo. Ni que decir tiene que, cuando dirigía mi artillería contra los profesores (a los que consideraba una pandilla de pringados y vagos), despertaba el interés de toda la clase. Me convertí en una especie de portavoz del terror sin tener que recurrir a la brutalidad o a la violencia. Siempre me aseguré de que mis argumentos eran correctos, no se trataba simplemente de interrumpir o molestar. Mi ambición es llegar adonde yo quiero, conseguir el grado de información que necesito y a continuación ocuparme del siguiente problema.

Cuando perdí la memoria, esperaba que los demás me explicaran qué era cada cosa. Y era vital para mí que me dijeran la verdad porque necesitaba desesperadamente sus respuestas. Sigo siendo así. Deseo creer lo que las personas dicen. Y soy muy abierto y confiado, pero algunas personas se aprovechan de eso (como bien sabemos), gente que oculta motivos egoístas.

Durante los años siguientes, recobré la memoria y mis recuerdos de manera casi fotográfica, por lo que no soy muy dado a exagerar las cosas que me han sucedido. Son tan importantes para mí que me aferro a ellas. No sé cómo explicarlo, pero las fantasías se crean a partir de la realidad y hay una manera de hacerlo. Incluso antes, cuando tenía visiones y pesadillas terribles, antes de ir al hospital, veía un dragón en un extremo de la cama y mi madre y mi padre me decían: «No hay ningún dragón». Y yo sabía que tenían razón, que no había ningún dragón. No es que lo viera, sino que mi cerebro me estaba diciendo que estaba allí. Sabes que el cerebro te está engañando. Por eso pienso que existe algo diferente al cerebro que podría llamarse alma. Ambos se comunican, cerebro y alma, pero yo los veo como entidades separadas entre sí.

Francamente, no soy muy fantasioso. No me queda espacio para eso. Puede que a veces eso me lleve a meter la pata y a ser un poco cortante. Detesto perder el tiempo. Me cuesta muchísimo levantarme por la mañana, pero mucho más irme a la cama. No me gusta dormir. Me asusta, por si no me despierto o me levanto sin acordarme de nada. Supongo que eso me va a pasar hasta que me muera. Así que, como no va a cambiar, prefiero mantenerme despierto y alerta. Puede que en ocasiones haya contado con «ayuda adicional» para conseguirlo (ja, ja).

Durante un tiempo, tras abandonar el hospital, seguí teniendo visiones realmente terroríficas. Había una con un hombre con aspecto de cura. Todavía me visita de vez en cuando. Es muy alto y delgado, moreno, de ojos negros, muy, muy malvado y me mira fijamente. Lo paso fatal: a veces aparece en mis sueños y me obligo a enfrentarme a él. Si lo consigo, se marcha. Pero es muy difícil hacerlo. Cuando estás soñando, apenas tienes control. Pero de un modo u otro, creo que sí he logrado controlar mis sueños. Son años de práctica.

En resumen, sobreviví a una enfermedad muy grave que tuvo efectos en el modo como funciona mi cerebro y que explica por qué soy como soy. Por investigaciones recientes sobre el funcionamiento del cerebro y por cómo la ciencia actual entiende la vida humana, estoy convencido de que existe algo más grande en ella. Existe una personalidad, no sólo una serie de reacciones químicas; también un alma y, por encima de «la máquina», del cuerpo, está el ser humano.

Sé que a causa de la enfermedad tuve una infancia extraña, pero mis padres me enseñaron a ser independiente y capaz de identificar problemas, también a diferenciar la realidad de la fantasía. De pequeño me encantaba un programa de televisión titulado *Mystery and Imagination* que daba un miedo horrible. Lo solían poner los domingos por la noche y mis padres no querían que lo viera, lo que hacía que todavía tuviera más ganas de verlo. Me encantan las historias de terror y de fantasmas, pero sé que pertenecen a un nivel de realidad distinto, lo cual me ha resultado muy útil en la vida. Me descojono con lo que sale por televisión, porque no reproduce ni de lejos lo que sucede en realidad.

Lo que no me tomo a risa en absoluto es la posibilidad de percibir fenómenos paranormales. De vez en cuando me han pasado cosas extrañas. Es como si fuera consciente de la atmósfera: no sé exactamente lo que es pero soy capaz de sentirlo y de saber si el clima o el ambiente de una habitación o de una casa no es del todo normal. Puedo sentir presencias y distinguir a la perfección cuando se trata de mi imaginación y cuando es real. Puedo sentir las vibraciones, empatizar con la sintonía del entorno. Hay formas de sintonizar y de desintonizar. Lo puedo ignorar por completo o dejarme llevar y entonces veo cosas. A veces, las visiones y situaciones se me imponen.

Una vez, en un viejo estudio de grabación, el Manor, sentí con toda claridad que un gato saltaba sobre mi cama. Sabía y sentía cómo se movía. Sentía que estaba transmitiéndome que era un gato, pero no podía verlo, aunque de alguna manera sabía

que estaba ahí. Antes de entrar en coma debido a la meningitis, podía imaginar, por ejemplo, que había un dragón junto a mi cama, pero mi mente sabía que en realidad no había nada. Tengo una especie de perro guardián en la cabeza y entiendo muy claramente cuál es la diferencia entre lo real y lo irreal. Es difícil de entender, pero está ahí.

Me han pasado muchas cosas. Supe que mi abuelo materno había muerto. Corrí a la habitación de mis padres y se lo dije. Había visto un gran destello inexplicable en el pasillo. Parecía moverse buscando algo. Salí y lo seguí hasta la habitación de mis padres y les dije lo que había visto. Ya me había pasado antes. «Pero, qué dices?», me preguntaron. No penséis que es como en *Most Haunted*.[6] Eso es precisamente lo que no es. Considero un fraude total las cosas que esos imbéciles se dedican a hacer en sótanos y castillos supuestamente embrujados. Se trata de otra cosa: una especie de pulso perceptible por quienes saben cómo escucharlo, en la radio lo llaman cerebro. No me asusta. Es un área en la que me siento muy valiente. O no existe en absoluto o sí existe y yo he encontrado la manera de que no represente ningún peligro o daño para mí.

Volviendo al hospital, mi mente creaba personajes que surgían alrededor de la cama o en la distancia dentro de la habitación. Todavía los recuerdo. Uno de ellos es ese cura tan alto, ese personaje extraño y abominable que aparece de vez en cuando. Parece más alto que el espacio que ocupa, no está en ninguna dimensión que yo pueda comprender. Pero sé que es malvado y cómo puedo detenerlo. Normalmente estoy profundamente dormido cuando esto ocurre y me fuerzo a despertarme y a mirar directamente al lugar donde me imagino que está. Y entonces desaparece, se disipa. Puedo hacerlo si no me gusta lo que estoy soñando. Puedo encontrar la forma de salir del sueño y recobrar la consciencia. Normalmente, este tipo de incidentes ocurren cuando estoy solo. Superar ese tipo de experiencias requiere habilidad. Después tienes una sensación de poder y capacidad personal, pues se trata de un ataque a tu psique. De hecho, *es* un ataque, un desafío. Tienes que vencerlo y, de alguna manera, eso te da fuerzas. A lo mejor es mi mente ejercitándose diariamente. No hago ejercicio físico, pero está claro que yo soy quien dirijo mi espectro mental, mis retos.

Finsbury Park: suena a sitio agradable, ¿no? Bueno, pues no lo era. Allí no había equitación ni nada que se le pareciera, excepto la policía persiguiendo a la gente joven los sábados por la tarde. Tenía once años cuando nos mudamos allí desde Holloway, justo antes de entrar en el instituto. Al final, en el piso anterior vivíamos demasiados y mi padre le salió con la siguiente frase al diputado local, que tenía raíces irlandesas: «Oiga, que nosotros también somos irlandeses, ¿sabe?». Fue la única vez que sacamos partido de esa circunstancia. Supongo que estaba intentando ayudar a la gente afín a su política. Toda la operación despedía un tufillo mafioso de tal calibre que me imaginé que había habido algún tipo de soborno de por medio, porque esos pisos del Ayuntamiento eran muy difíciles de conseguir.

Estaba en Honeyfield, a una manzana de Durham Road en Six Acres Estate. Por entonces sonaba una canción romanticona insufrible de Roger Whittaker que decía «me voy de la vieja ciudad de Durham…» y que acababa por matar el buen rollo, pero, aparte de eso, yo estaba muy ilusionado; ¡sólo pensar en tantas habitaciones…! Me encantaba pasearme por el interior de la casa, subiendo y bajando las escaleras, tocando el pasamanos. «Ahora me apetece asomarme a esta ventana.» No me cansaba. Por supuesto, mi padre se quejaba siempre del alquiler. A eso equivalían tantas habitaciones: a una factura enorme todas las semanas. Aquello supuso el final de mi trabajo en los minitaxis. Estaba demasiado lejos para ir por las mañanas. Más o menos treinta metros más lejos que antes.

Me apetecía mucho empezar el instituto porque suponía empezar de cero. Iba a asistir a William of York, otro colegio católico que estaba en Caledonian Road. El primer día me encantó. Todo el mundo era a un tiempo tímido y abierto. El rollo del tonto del bote se había acabado. Lo que no sabía es que el colegio ya me había calificado de «chico con problemas». El primer día (lo cual me ofendió amargamente) me pusieron con los peores, los de la «D». De de deficiente, claro. ¡Pero bueno! Simplemente supusieron que tenía problemas cerebrales y punto. Pero una semana más tarde ya me habían cambiado a otra clase mucho más adelantada.

Pronto, como cabía esperar, el sistema de los matones se puso en marcha, todo se convirtió en el típico rollo «nosotros» y «ellos» por el que los adolescentes suelen clasificarse. Y entonces empecé a detestar ese colegio. Además, era sólo de chicos, lo cual se hizo abominablemente aburrido una vez entramos en la adolescencia. No había curas, sólo uno que venía a dar matemáticas de vez en cuando. También tenía un coro, del que también me mantuve alejado. De verdad, el catolicismo es letal para los cantantes, se debería hacer algo al respecto.

Algunas clases me gustaban un montón, pero detestaba la educación física porque me hacía ser consciente de lo pobres que éramos. Teníamos que comprarnos el uniforme de ciertas actividades, como el rugby. Era inaceptable. Si aparecías sin el equipo no podías hacer educación física (¡estupendo!); entonces te mandaban inclinarte y el profesor te golpeaba en el trasero con una zapatilla. Siempre me ofrecía para que me pegaran y eso que dolía mogollón.

La rabia que sentía por que trataran de imponerme su uniforme hacía que el dolor fuera algo casi placentero, algo que yo asociaba con algún tipo de satisfacción personal («¡Ja, no vais a poder conmigo!»). Muchos otros niños hacían lo mismo y acabamos convirtiéndonos en mayoría, así que había muy poca gente en esas clases y al final también se hartaron de darnos con la zapatilla. Los vencimos. Cuando llegaba la hora de esa clase, salía por la verja del colegio y me iba a hacer algo más interesante.

A los doce o trece años, empecé a tener mis propios amigos, uno de ellos John Gray. John era un tipo extravagante. Estudiaba conmigo en el William of York y no encajaba allí para nada, no se plegaba a los planes de nadie y a mí me encantaba por

su singularidad. Era una joya por ese motivo y también por su arrogancia, que se fundaba sobre el conocimiento real de las cosas. Un conocimiento enciclopédico, muy útil. Con cualquier cosa que no supieras, ibas y le preguntabas, «¿John?», y ya tenías la respuesta.

Me recuerda a la película *Su otra esposa,* con Katharine Hepburn y Spencer Tracy. Trata de la sustitución del personal especializado de una compañía por un ordenador. Al final se dan cuenta de que la mente humana es más fiable y da mejor respuesta a los problemas desde el punto de vista emocional. Bueno, pues eso era John Gray.

David Crowe era otro de mis amigos, un tío muy raro, oscuro, siniestro, un poco Frankenstein, también por su cuerpo, a lo hooligan, grande y torpe. Callado, muy callado, pero podía ponerse mortalmente serio. Estaba en mi clase, pero sólo empezamos a quedar después de un año o dos. Era un genio de las matemáticas, algo que desde la meningitis siempre me ha desconcertado muchísimo. Encuentro muy confusa la concepción matemática del mundo. O entiendo el ritmo instintivamente o no lo cazo en absoluto.

Dave se aburría saliendo con la gente del Arsenal, porque él era del Tottenham. Como él era raro en ese mundo y yo era raro en el mío y ninguno quería hacer educación física (tampoco John Gray), nos juntamos. Una panda rara pero decidida, que prefería un zapatillazo a tener que disfrazarse para jugar al bádminton.

Los humos que se daba ese miserable colegio de Caledonian Road… ¿De verdad pensaban que estaban entrenando a futuros jugadores de bádminton? ¡Pero si eso era imposible en un barrio con una realidad tan brutal! ¡Pero si el colegio estaba rodeado de guerras de bandas, peleas de hinchas y delincuentes! Y mira que lo intentaron, además con toda la cursilería que uno pueda imaginarse. ¿Cómo se puede pedir a un tío que ha nacido en ese ambiente que golpee *suavemente* la pluma de bádminton? ¡Imposible, de ninguna manera! Ni los chavales gais se prestaban a ello. Ni de coña.

Enseguida, mi hermano Jimmy se unió a mí en William of York, pero los más pequeños, Bobby y Martin, fueron a Tollington Park. Por entonces, mis padres empezaban a distanciarse de la Iglesia católica, así que descartaron William of York: mis hermanos pequeños no tendrían que tragarse la mierda que soltaban los curas. Mi padre estuvo muy acertado.

El problema era que el colegio que escogió para Bobby y Martin era probablemente la escuela más hooligan de todo Londres. Tollington Park era el foco de todos los elementos peligrosos del Arsenal de la zona. Ahí es donde mi mánager, Rambo, *no* fue al colegio, pues la asistencia no era lo que se dice un distintivo propio de la institución.

Yo he sido del Arsenal toda la vida, así que no haber ido al Tollington puede considerarse una desgraciada laguna en mi educación. William of York estaba al principio de Caledonian Road, pero eso no significaba que no nos mezcláramos con la chusma de la calle. Nosotros estábamos metidos en una memez católica, muy

cerrada y aislada, que intentaba bloquearte la vista, ocultar la realidad del mundo, pero un colegio *heavy* como Tollington consistía en «mira, tío, esto es lo que hay, no le gustas a nadie y nos importa una mierda». El tema «Pretty Vacant» es una especie de himno de Tollington Park. Aquello era todo menos un colegio.

Justo cuando empezaba a integrarme en William of York, pasó algo terrible. Mi abuelo paterno, «el Viejo», se murió y tuve que identificar el cadáver. Por aquel entonces ya tenía catorce hijos y vivía con una prostituta. Mi padre se debió de sentir fatal de que yo viera todo aquello.

Mi tía, también madre de catorce hijos, vino desde Galway, pero mi padre tenía que trabajar y me quedé solo con ella en la morgue. Tuvieron que apañarle el cráneo un poco porque, cuando estaba follándose a una prostituta en el umbral de la casa, se había caído de espaldas y se había abierto la cabeza. Así es como murió. Cuando lo tumbaron, la tenía dura. ¡Y no era la torre inclinada de Pisa!

Allí estaba yo con mi tía Lol, que empezó a gritar y a llorar porque era su padre. Ese histerismo me hizo mucho daño, un horror que los adultos puedan infligirte tanto dolor cuando son ellos quienes deberían asumir la responsabilidad de la situación. «¡Ayyyy, ayyy, no puedo mirarlo! ¡Es lo peor que he visto en mi vida!», exclamaba. «Sí, pero necesitamos a alguien que identifique el cuerpo», decían ellos. Así que me tocó a mí. Parecía Frankenstein, con puntos que le cruzaban la frente, pero se lo reconocía bien.

A pesar de mi juventud, sabía que era probablemente el viejo más cerdo que había conocido en mi vida. Para que mi tía se comportara así al verlo desnudo y con una puta erección… Joder, yo no estoy tan dotado. Aquello era realmente grande. ¡Dios mío, y ése era su padre! Lo que ha debido de pasar en esa familia…

Así es el territorio Galway, la familia de mi padre. La familia de mi madre, gracias a Dios, tenía formas distintas de decirme que habían muerto, a veces con destellos en el pasillo. Por alguna extraña razón, mis padres se querían mucho y nos tuvieron como resultado de ese amor, pero ambos venían de familias muy locas. No tiene ningún sentido, pero es así. La frialdad de la familia de mi madre, su miedo irracional y los infinitos desastres de ambos lados.

Esa noche, en nuestra casa en Six Acres, la tía Lol estaba en el dormitorio contigo. Mis padres la dejaron dormir sola, lo que significaba que Bobby, Martin, Jimmy y yo teníamos que compartir cama. Y la oímos gritar toda la noche, chillidos terribles, y entonces mi padre nos pidió que intentáramos calmarla. Aquello le resultaba insoportable. «¡Ha vuelto para atormentarme!», gritaba.

Algo debía de haber pasado porque uno no llora a su padre de esa manera. Algo terrible. Así que justo cuando empezaba a superar mis propios problemas me di cuenta de la realidad de mi familia.

Todo mi mundo se reducía al colegio y a una pequeña porción de Londres. ¿Qué más conocíamos? No había ido más allá de la granja de Carrigrohane y, cuando mi

padre tuvo que marcharse a trabajar, los Hastins y Eastbourne. Ése era el recuento de mis viajes hasta que me uní a los Sex Pistols. Con el colegio fuimos de excursión a Guernsey y con la clase de Geografía a Guildford. Por aquellos días, Guildford estaba lejísimos de Londres (un viaje mortalmente aburrido en autobús por estrechos y ventosos caminos rurales) y tardamos siglos. Estuvimos una semana en esas espantosas cabañas de Box Hill (a las que hago alusión en un tema de PiL, «Flowers of Romance»), lidiando con el profesor de educación física, que nos amenazaba con la zapatilla si no entrábamos en las duchas comunes. «¡Prefiero la zapatilla, gracias!»

A nosotros lo que de verdad nos importaba era encontrar alguna forma de colarnos en los pubs. Eso es lo que hacíamos. Era una forma de hacerte mayor: sentíamos que entrar en zonas prohibidas era un gran logro que nos hacía más hombres.

Mientras estaba en William of York, mi padre consiguió un trabajo manejando una grúa en las plataformas petrolíferas de la costa de Norfolk. Era invierno y nos instalamos en un cámping de veraneo de Bacton-on-Sea. No había nadie, sólo nosotros. No estuve mucho tiempo, pero se me pegó un poco el acento y eso, cuando volvimos a Finsbury Park, no me benefició en absoluto. «¿Quéeeee? ¡No te entiendo!», me decía la gente.

Solía ir por ahí con un gorro de lana típico de Norwich, pero sin pompón. Me gustaban los colores: amarillo y verde. Tenía otro gorro de un solo color (también sin la borla). La forma en que yo vestía, la pinta que tenía, un tanto diferente del resto, parecía molestar a la gente del fondo norte, es decir, el fondo del Arsenal en su antiguo campo, el Highbury.

Una de las primeras veces que me puse ese gorro, coincidí con John Stevens. «Rambo», así lo llamaba todo el mundo, conocía a Jimmy de los bloques de pisos. En su día logró expulsar la violencia del fútbol gracias a su compromiso y a su capacidad organizativa. ¡Es imposible seguirlo! Siempre con ganas de pelea, rápido y menudo, salía victorioso de cualquier pelea con Arsenal, ¡y siempre con una gran sonrisa en la cara! Un idiota como yo, a pesar de ser más alto, era el que se llevaba el primer puñetazo en la cara. Y mis dientes: debo de haber roto unos cuantos nudillos con los piños que tengo.

No me gusta meterme en ese lado psicópata de la violencia porque no soy así. No suelo guardar rencor mucho tiempo y, cuando me enfado, se me pasa en cuanto se soluciona el asunto. En realidad, las cosas son mucho más simples: por favor, no te pongas a apoyar al Tottenham o al Chelsea en el fondo norte. Ni se te ocurra. Pero una vez que te hemos expulsado, todos contentos, vamos, que no insisto en el tema. Sí, me mola ir a su campo y ponerme a gritar el nombre del Arsenal. Podría considerarse hipócrita, pero eso es lo maravilloso del fútbol, el increíble sentido de la unidad que genera y que cruza todo el estadio.

No vas al campo sólo a verlos ganar sino también a verlos luchar. Me parece glorioso. Cuando estaba en el colegio me encantaba la historia: de pequeño, la

invasión de Inglaterra por los romanos era mi tema favorito. También las invasiones de los sajones y los vikingos. Me gustaba imaginarme aquellos escenarios. Bueno, pues la grada de un partido es exactamente igual y funciona de la misma forma. La defensa es fundamental. En la biblioteca hay un libro sobre la batalla de Agincourt. La táctica fue definitiva y Rambo, creedme, la ha dominado siempre, incluso de niño. Éramos muy jóvenes en comparación al resto de la afición del Arsenal, unos tiarrones de treinta y cuarenta años, pero aguantábamos, no salíamos corriendo.

Una noche, el Tottenham jugaba en casa. Corría el rumor de que iban a acudir un montón de hooligans. Nos reunimos cuarenta en el patio de Sir George Robey, en Finsbury Park. Yo llevaba mi gorro de lana monocolor. Rambo les había tendido una emboscada a los del Tottenham y a cualquiera de los suyos que intentara regresar del partido. Me miró y le dijo a mi hermano Jimmy: «No, ese tío no nos vale, que se vaya a casa». Jimmy contestó: «Es mi hermano y es mucho más duro que yo». Por aquel entonces yo estaba trabajando en una obra, así que las apariencias engañan. Tenía quince o dieciséis años y ni una pizca de miedo. A diferencia de antes, en aquel momento podía enfrentarme a una pelea. Aun así, si alguien como John se ofrece a respaldarte no se te ocurre rechazarlo ni de coña. Es una ayuda muy valiosa, de eso me di cuenta años después.

En el colegio comencé a convertirme en un tipo problemático. No de forma habitual, sino por instinto. Estaba desconcertado y quería respuestas que no me daban. Si les molestaba explicar de qué coño estaban hablando, que se fueran a tomar por culo. Así que acabaron enfadándose conmigo. No se puede esperar que gente como yo se quede quieta mientras se nos anula. Estaba convencido de que estaba allí para aprender, para que me educaran. Cuando unos profesores de mierda se niegan a enseñarte, te entra una rabia de la hostia. No es que me pusiera violento, pero acababa encontrando la palabra justa.

Me frustraba mucho con asignaturas como Historia, que me encantaba. Llamaba a gente como John Gray y les preguntaba: «¿De qué va hoy la clase?». Se aburrían explicándomelo, así que me iba a la biblioteca y lo investigaba por mi cuenta. Pero poco a poco, abandonado a mi suerte, perdí el interés. No ves las ventajas de estudiar, todo deja de ser novedad y se convierte en algo molesto.

Al final me expulsaron del William of York, a mitad de año, en medio de la evaluación. Llegaba tarde (la impuntualidad fue la excusa), no llevaba el uniforme inadecuado y el pelo demasiado largo. Creían que era de los Ángeles del Infierno porque llevaba un abrigo de cuero de mi padre. No podíamos permitirnos el abono del autobús, así que iba en bicicleta al colegio y sacaron las conclusiones equivocadas. Fue Prentiss, el profesor de Lengua, quien hizo que me expulsaran, el hijo puta de «Manchas-de-Pis» Prentiss. Ahora suelo dejar que los muertos descansen en paz, pero a ese tío lo odiaba. Lo despreciaba, pero, curiosamente, era un profesor brillante. Era muy emocionante la manera en que explicaba a Shakespeare, me fascinaba. Analizaba desde las palabras y el ritmo poético de cada verso hasta la

estructura global del poema de un modo muy complejo y profundo. Absolutamente alucinante. Los entresijos de la lengua inglesa. Un profesor realmente magistral, maravilloso, pero también un cabrón insufrible.

Como todavía era demasiado joven para dejar el colegio y quería graduarme, me metieron en el College for Further Education en Hackney. Se trataba de una especie de colegio diurno para inadaptados al que te enviaban cuando decidían que ya no podían contigo, una especie de correccional municipal. A todos nos consideraban unos vagos incorregibles. Tenía que coger el autobús y luego caminar diez minutos.

Desde luego, Hackney nunca fue un gran sitio. Allí había otra clase de fans del Arsenal.

Allí conocí a Sid.

Raíces y cultura

A los Lydon siempre nos ha gustado la música. Era algo habitual en mi casa. Mi padre era especialmente musical. Tocaba el acordeón de niño. A los doce o trece años ya tocaba en orquestas de baile irlandesas, tipo duduá, duduá, pero nunca me enseñó nada de eso, lo cual me parecía muy raro. Quizás, como en todo, quería que yo encontrase mi propio camino. Cuando yo era pequeño, todavía tenía el acordeón, pero estaba olvidado en un armario y no quería ni oírlo mencionar. El aire que rodeaba todo el asunto era muy extraño. No quería enseñarnos nada de lo que sabía de música.

Pero mis padres tenían una colección de discos enorme. Ponían música todo el rato, especialmente los fines de semana. Tenían gustos muy variados, también amigos muy variados. Todo el mundo aparecía con música para escucharla, así que en mi casa circulaba un número infinito de discos, lo cual era genial. *A Boy Named Sue*, de Johnny Cash, era el típico disco que a mis padres les gustaba pinchar para poner a prueba a sus amigos y ver su reacción. A mi madre le gustaban las baladas tradicionales y el folk, pero también los Kinks, los Beatles y las grandes cantantes como Petula Clark y Shirley Bassey, además de la música de baile.

Recuerdo vívidamente a mis padres bailando «Welcome To My World», de Jim Reeves, en el tocadiscos Dansette del salón: mi madre con su cardado y su vestido de poliéster rosa y mi padre de traje y corbata. Era una canción muy romántica, pero también algo política, porque habla de que el mundo puede ser un lugar mejor; una canción esperanzadora, positiva. Una canción maravillosa.

En mi casa aprendí a ser un buen DJ, porque de pequeño consideraba que aquello era tarea mía. Eso y servir copas. En ese tipo de eventos, el DJ también se encargaba del bar y, cuanto más joven, mejor porque así ponía buenas dosis de alcohol para que los mayores estuvieran contentos. Me encantaba pinchar discos. Ése era el tipo de maquinaria que yo entendía porque el resultado era palpable. «¡Bien! ¡Un sonido placentero a todo volumen!», genial, ¡menudo regalo! Yo mismo me aficioné a

comprar discos y así hasta el día de hoy.

Es extraño, pero en el hospital no eché de menos la música en absoluto, y eso que estuve casi un año, probablemente porque la había olvidado, pero en la habitación no había música ni radio ni nada parecido. De hecho, no creo ni que hubiera televisión.

Pronto me encontré absorbiendo toda la cultura popular que me salía al paso. Me acuerdo de haber tenido siempre una tele, puede que fuera una pequeña Rediffusion. Aquella tele parecía inglesa (y lo era), así que no funcionaba muy bien: era pequeña, en blanco y negro y de imagen granulada. A mi padre no le interesaba mucho, tampoco a mi madre: para ellos sólo era algo que se quedaban mirando cuando llegaban exhaustos por la noche.

Después de la Segunda Guerra Mundial se redefinió totalmente el sistema de clases británico. La nobleza terrateniente se había convertido en un dinosaurio agonizante, así que tenía que haber necesariamente un reajuste. Estaban la BBC (*tory*, clase media-alta) y ITV (laborista, clase trabajadora). Las líneas de separación eran así de claras y definidas. Nosotros no veíamos la BBC jamás, aparte del fútbol, porque pensábamos que sólo salían pijos haciendo el gilipollas. Me encantaban las obras de teatro, crecí con ellas, pero el acento pijo me ponía malo.

Detestaba los domingos porque no había nada en la tele. Programas religiosos por la mañana temprano. Luego, por la tarde, *The Big Match* [*El gran partido*], que nos encantaba. Después más himnos y programas horribles como *Stars on Sunday* [*Domingo de estrellas*] y *Sunday Night at the Palladium* [*Domingo noche en el Palladium*], que eran un bajón. Los odiaba, odiaba a la gente que salía en ellos, también a los humoristas. Se notaba que les habían hecho rebajar el tono. Incluso un niño pequeño se daba cuenta de que su humor era infantil. Acababa viendo *Arriba y abajo* porque no había otra puta cosa. Me encantaba la madre, con esos cuellos altos y estrechos.

Es interesante recordar cuántos canales teníamos entonces. En ese momento, tres. Para niños sólo ponían basura como *Thunderbirds*, *Supercar* (¡puaj!) y *Fireball XL5*. Ésa fue mi adolescencia. Me parecían asquerosos. Eran programas de marionetas medio tontas, ¡pero si se veían los hilos! A lo mejor podía haberme echado unas risas con ellas pero no me daban ganas ni de eso. También estaba *Doctor Who*, donde salían personas, pero lo único que tenía interesante eran los Daleks. El resto eran unas hormigas que parecían idiotas, con unas piernas largas y gordas. Vamos, que se notaba perfectamente que eran personas disfrazadas, tíos con botas altas y disfraz de hormiga, algo muy ridículo.

Lo que sí me encantaba eran las comedias, en especial *Steptoe and Son* [*Steptoe e hijo*] porque iba de chatarreros y basureros y estaban escritas de maravilla. Los personajes, tipos de la clase trabajadora, eran muy reales, no caricaturas, y con los diálogos aprendías de lo lindo sobre los deliciosos matices de ser británico.

Ver al pobre Arnold intentando ser sofisticado era la bomba. Cuando se equivocaba sin parar, y me identificaba de inmediato con lo mal que lo pasaba, pero

no tanto con el hecho de que nunca aprendiera nada de nada. Eso se veía en sus intentos de parecer pijo y su profunda incomprensión de en qué consistía serlo. Cualquiera que fuese el ambiente en el que pretendiera colarse con su servil «*oh, yaaah*», al final la gente más agradable eran los supuestos pijos, que no lo toleraban debido a su esnobismo. Recibía continuas reprimendas por ser un trepa y juzgar a todo el mundo. Al menos eso era lo que yo deducía de niño.

También me encantaban las películas de Norman Wisdom: un corazón de oro siempre incomprendido. Pero la música se convirtió muy pronto en lo mío. Lo que me gustaba era descubrirla yo solo. Por supuesto, seguía las pistas que me daban mis padres, pero su gusto no coincidía siempre con el mío. Para nada. Y por alguna extraña razón no lograba pillar a los Beatles, por más que a ellos les encantaran. «*She loves you, yeah, yeah, yeah, yeah*», menudo coñazo. Su peinado me parecía horrible, esos tíos no me gustaban nada.

Así que, cuando reuní un poco de dinero de algunos trabajillos que había estaba haciendo, me fui a varias tiendas de discos y me lancé a la aventura de descubrir quién era quién. Mis primeras compras fueron un desastre porque me guie por los colores de las carátulas, pero una cosa llevó a la otra. Me encantaba la forma de los discos, me encantaba la potencia que salía de los altavoces cuando los ponías. Escucharlos me resultaba increíblemente gratificante. Me emocionaba con todo tipo de ruidos.

Cuanto tenía diez u once años, allá por 1966 o 1967, tener determinados álbumes se convirtió en algo muy importante para mí, pero no podía permitírmelos. Así que me conformaba con los sencillos. En algunas tiendas te dejaban escuchar el álbum entero y eso era maravilloso. Tenías que descubrir tiendas muy concretas con gente a la que de verdad le gustara la música, quisiera compartirla contigo y fuera capaz de darse cuenta de que eras un musicohólico en potencia. Ya pueden hablar de los *Swinging 60s*, pero por aquel entonces el Reino Unido aún estaba enganchado a la era de Max Bygraves, es decir, a la música de variedades de lo más empalagosa. Como siempre, lo que ponen en la radio no es necesariamente lo realmente popular, sino lo que ellos deciden que es popular. Lo realmente fascinante es siempre aquello a lo que te niegan el acceso. Hasta que empezó el punk, no había lugares donde pudieras escuchar nuevos y diferentes tipos de música. Se ha insistido en que John Peel o las radios piratas hacían eso, pero no era así. Se trataba aún de música que estaba por encima de las posibilidades del oyente de la clase trabajadora. En mi barrio a nadie le importaba una mierda *Sergeant Pepper's*. Por entonces los Beatles eran niños ricos pasándoselo bien. Todavía se vivía un ambiente profundamente orquestado y organizado, donde se invertía mucho dinero en promoción.

Los Beatles: sí, de acuerdo, tienen un par de discos buenos, pero como mis padres me volvieron loco con sus primeros discos, cuando empezaron rollo Yunga Din y sus bongos, yo ya estaba más que harto. La gente que había a su alrededor resultaba presumida, con flores pintadas en la cara y gafas gigantes con cristales rosas. No hay

palabras para describir semejante bobada. Me acuerdo de haberlos visto en *Top of the Pops* cantando «All You Need Is Love», todo ese «la la la la-laaaa». ¡A tomar por culo! Joder, pues yo también necesito otras cosas. Y no me gusta que me hagan sentir que soy un egoísta por ser consciente de la realidad desde tan joven.

Siempre me dio la impresión de que eran muy fríos y de que lo suyo no era compartir. Prefería escuchar a Slade, una panda de dementes de aspecto estúpido. Noddy Holder, por ejemplo, estaba ridículo con esa permanente, pero ¡menudo guitarrista!

A los trece años empecé a comprar discos a saco, ésa fue la época de los álbumes. Escuchaba de todo, no sólo pop y rock. Me encantaba Rajmáninov y cualquier cosa de Rimski-Korsákov aporreando el piano me molaba. Un material muy heavy. Se titulaba *Romeo y Julieta*, creo recordar, pero había una parte que sonaba como si unos tanques atravesaran una loma, ¡me encantaba!

Además, me emocionaba formar parte de la orquesta del colegio, que era espantosa y gloriosa a la vez. Me ponía en el lateral, golpeando el triángulo, mientras los demás producían un ruido infernal. Intentaba escuchar desde dentro del tintineo y escogía diferentes melodías, a cada cual más discordante. Estaban los cabrones que aporreaban los instrumentos y los gilipollas que intentaban hacerlo bien (los Matlocks). Y luego estaban los fiesteros como yo.

El profesor se ponía de los nervios. No me acuerdo de su nombre. Era un tipo afeminado y ridículo al que le encantaban los Bee Gees. Tenía uno de esos xilófonos de plástico con un clip metálico y un mazo minúsculo y esperaba que nos corriéramos de gusto con los discos de los Bee Gees. No me malinterpretéis, era genial poder escuchar a los Bee Gees en el colegio, pero tampoco es que fueran la voz de la revolución. Y, por entonces, el profesor de música tenía que soportar la aversión e ira de la jerarquía católica de William of York, que pensaba que los Bee Gees eran una influencia perniciosa para la juventud. Lo que te puedo asegurar es que en mi barrio no había chicos intentado copiar la pinta de los Bee Gees.

También por entonces, en Finsbury Park teníamos de todo, que es de lo que habla «Lollipop Opera», del álbum *This Is PiL*. Se escuchaba reggae a todas horas, era imposible no oírlo porque muchos caribeños vivían en el barrio. Mmmm, la suciedad de los primeros discos ska… Me acuerdo de un tema en particular, «Dr. Kitch»: *«I cannot stand the sight of your injection. / I put it in! / She pulls it out! I push it in…»* [No puedo soportar ver tu inyección. / Me la pongo. / Me la saco. / Me la vuelvo a meter…].

Desde que era muy pequeño, acudía a mi tienda favorita, la que estaba bajo el puente de Finsbury Park, regentada por una viejecita. Vecinos de otros barrios solían aparecer por el nuestro sólo por esa tienda. No sé cómo lo hacía, pero tenía el mejor reggae del mundo, importado directamente desde Jamaica. La tienda estaba llena de jamaicanos y heavis. Tenía un montón de discos de Jimi Hendrix y de hardcore heavy metal, que por entonces no tenía ese nombre y se llamaba progresivo. La magistral

combinación de estos dos elementos me parecía de lo más natural.

Yo solía mezclar discos; nunca tomé, digamos, una decisión cultural. Mis discos parecían combinar bien, componían una buena mezcla. Cogía un poco de esto y otro poco de aquello y mezclaba alegremente reggae con música clásica: Alice Cooper con Hawkwind. Me di cuenta de que todo existe en la mente, de que la mente es un universo en sí misma. Tan real como cualquier otra cosa es el don que tenemos las personas, una forma extra de comunicación que va más allá de las palabras y los sonidos. Es una especie de paisaje hecho de sueños y, de los sueños, surgen cosas extraordinarias.

Me encantaba Status Quo, por ejemplo. Me gustaba lo que habían descubierto a través del formato muy simple con el que decían muchas cosas. Su metodología era la sencillez y alcanzar la perfección dentro de esa sencillez. Conecto mucho con lo que hacen: sonidos simples, como si se tratara de un simple y ligero movimiento de pico y pala. Desde mi punto de vista, poseen una gran maestría, soberbia, y un ritmo perfecto. Un rock fantástico. Maravilloso, genial, hermoso.

También estaba enganchado a lo bestia con Captain Beefheart. No tenía ni idea de qué iba, pero me gustaba. Captain Beefheart era casi un número de humor. Cuando se metía de lleno en la parodia o en la comedia no paraba. Era un poco el Tommy Cooper de la música. Lo que hacía era fantástico: tomaba el blues profundo del delta del Mississippi y lo mezclaba con ritmos sureños, dándoles la vuelta y haciendo melodías buenas, buenísimas, a partir de una cacofonía atonal. A muchos músicos serios de blues no les gustaba en absoluto por lo caótico de su enfoque. En mi opinión se tomaban a sí mismos demasiado en serio y estaban demasiado obsesionados con su papel de historiadores, lo cual implica no comprender para qué sirve la música (que no es otra cosa que entretener, embelesar y educar, y en ningún caso dictar). ¿Y la pureza? ¡Por favor, no me jodas! En cuestión de música, eso es veneno. La gente que predicaba la pureza del blues era gente como Eric Clapton. ¡Un momento! Aparte de provenir del país equivocado, tenía otras cosas que le fallaban: para empezar, imitaba algo que no le era propio y, luego, encima se dedicaba a dictar lo que estaba permitido y lo que no. No entendía que la música está escrita por la gente y para la gente. Sí, ya lo sé, la pureza es fantástica, pero a algunos nos gusta más la impureza. Y, ya sabes, a mí me gusta mezclar bebidas.

«Rock progresivo» era un nombre desafortunado para la música que surgió a principios de los setenta, porque la mayoría de los grupos bajo esa rúbrica no eran nada progresivos: se imitaban entre sí y había demasiada influencia de los Beatles. Nunca me gustaron los Yes. Me encantaban las carátulas y el material gráfico, pero las ridículas memeces que sacaron no tienen nada que ver conmigo. Sin embargo seguí muy de cerca la pista de Roger Dean. Me compraba álbumes de bandas como Paladin, cualquier disco que tuviera diseños suyos. Eso me expuso a música que de otra forma no habría escuchado. Hay muchas formas de llegar a la música y una de ellas son la fundas de los discos. Me encantaba el sello Vertigo, cuando tenían la

espiral que daba vueltas en la cara B, eso era genial. En sus sencillos y sus 45. siempre la ponía primero para ver cómo giraba en el plato. Me encantaba, aquello era como un tripi. Tras la meningitis, soy dado a sufrir ataques epilépticos, así que un movimiento de ese tipo me produce una sensación un tanto alucinógena. Observar la espiral girando, esa especie de túnel sin fin, e intentar pinchar el disco… ¡Madre mía!

Cuando tenía quince o dieciséis años, el glam rock estaba de moda. *Electric Warrior*, de T. Rex, era un álbum alucinante. Me encantaba la cubierta, con el color dorado y el ampli, era cojonuda. Y también la suavidad, la sutileza de la guitarra. Desde luego, un homenaje y un guiño a Bo Diddley, pero ¡Dios, lo que habían hecho con ello!

Las producciones de ese momento me entusiasmaban. La música pop en general sonaba genial, tan sofisticada y elegante, incluso el puto Alvin Stardust, al que adoraba, el «Rock On» de David Essex y «Rock and Roll (Part 1 & 2)». De alguna manera, en todos ellos la música no era lo mejor: lo mejor era la atmósfera que creaban. Supuso la modernización del rock and roll, el llevarlo a otro nivel. Y no siempre se trataba de Yes y bandas como ésa, que te torturaban con sus afinadísimas producciones. De esos pensábamos: «¡A tomar por culo!».

Como Bolan había abandonado el folk hippie, muchos de los jipiosos lo detestaban, pero a la gente joven de la discoteca local les encantó de inmediato. Muchas de sus letras hablaban de sexo, lo cual no era nada despreciable. Tamla Motown hacía lo mismo. Así que nos llegaba de todas partes. Uno tiene que dejar que los jóvenes se junten.

También estaba David Bowie, que cantaba sobre sexo gay. «Moonage Daydream». Ésa era la canción de Sid, le encantaba, pero no me decía por qué. Para mí es todo la puta guitarra de Mick Ronson, que hasta el día de hoy me ronda en la cabeza como el sonido más maravilloso que he oído en mi vida. Suave, deliciosa, melodiosa… Ohhhh, qué cosa más maravillosa llegar a comprenderla. Te sientes lleno de poder.

En cuanto a guitarristas legendarios, antes de él, estaba, por supuesto, Jimi Hendrix, pero nadie sabía exactamente qué era lo que hacía Hendrix porque, de una manera extrañamente maravillosa, parecía estar más allá de la música. Pero como provenía de la cultura norteamericana y todavía existía cierto misterio sobre lo que significaba «lo norteamericano», a la gente de la calle le resultaba difícil conectar con él. Mick Ronson parecía un tipo normal, con su purpurina y sus pantalones de raso, pero sus melodías resonaban profundamente dentro de mi entorno, de mi cultura.

Cuando salíamos, pasábamos todo el rato bebiendo, metiéndonos y yendo de putas, pero no lo llamábamos así, sino «relaciones mutuamente beneficiosas». Crecer, en otras palabras. Saber para qué sirven las diferentes partes de tu cuerpo. Nada de eso estaba mal y, como trasfondo, tenías las guitarras de Mick Ronson. Y también otros sonidos. Pero la música tiene el poder de hacer eso: que la mente se aparte de todo lo demás.

Todo eso no lo sacábamos de grupos intelectuales como Emerson Lake & Palmer o Yes sino del pop más estándar y genuinamente local, como el absurdo Marc Bolan, o de la absoluta belleza de cosas muy sencillas, como los consabidos (y maravillosos) tres acordes. Algunos sostienen que eso no es música. ¡Joder si lo es! Hay algo en esos tres acordes que llega a todo el mundo. Por eso, hasta el día de hoy, lo que yo hago, tal y como yo lo veo, es componer música pop. Las canciones pueden ser más o menos complicadas, pero su base es siempre la música pop. Me encanta «Storm In A Teacup», de los Fortunes, tanto como (o mucho más que) «Smoke On The Water», de Deep Purple.

Bowie difundía el amor homosexual, pero lo hacía de una manera tan valiente que a los hinchas del Arsenal les encantaba. A esos matones les gustaba la audacia y el arrojo de Bowie y, de repente, los extravagantes gais pasaron a ser percibidos entre los hooligans como respetados guerreros. Toda una lección de cómo las cosas funcionan de manera inesperada: lo que parecen perfectos opuestos pueden hallar un punto de encuentro. Si defiendes tus convicciones, si realmente luchas por ellas y respondes de ellas, la gente te tendrá en consideración.

Mucho del glam rock sonaba genial, pero nadie era tan complejo como Bowie. Bolan sacó discos muy buenos, pero al final se quedaba en elfo caprichoso. Bowie, sin embargo, era muy claro y explícito de una forma que los carcas del momento calificaban de antisocial. Además, los conciertos de Bowie eran el lugar perfecto para conocer chicas, de eso no había duda. Estaban llenos de chicas descontroladas.

La curiosidad sexual del glam estalló en ese momento, cuando Bowie decía: «¿Quién eres tú para decirme lo que tengo que hacer?». El punk no nació de la noche a la mañana sino que surgió a partir de todas esas cosas. Fue una puta gravitación progresiva hacia lo evidente.

2. El primer váter dentro de casa

¡Hackney & Stoke Newington College estaba lleno de chicas! Chicas problemáticas, ¡ñam, ñam! En Eden Grove también había chicas, pero en la escuela primaria son todas unas abusonas. Parecen mayores que los chicos. William of York era sólo de chicos, ¡así que Hackney & Stoke Newington me pareció genial!

Yo era un gilipollas y me enamoraba de lo primero que se me cruzaba, era muy romántico, muy fantasioso, y me imaginaba todo tipo de situaciones (que, por supuesto, arruinaba en cuanto abría la boca).

Después de la meningitis me esperaba otra pesadilla a la vuelta de la esquina: la adolescencia. Muchos chicos cuentan con algún tipo de munición para enfrentarse a ella, pero mis defensas estaban muy bajas o hechas puré, así que todo me costaba el doble. Había mucho que pensar, madre mía si pensé, porque tenía verdadera fijación con las chicas en vestiditos veraniegos. Me convertí en un sucio *voyeur*. No creo que entonces lo llamáramos *voyeur*, teníamos nombres más crudos. Tampoco era consciente de que las mirara tan fijamente, pero no podía evitar quedarme extasiado ante la belleza de esas colegialas en vestidos veraniegos. Fantástico.

En aquel momento, no obstante, no tenía palabras para lidiar con ellas. No era muy hábil con los grupos de chicas, era más bien tímido, muy, muy tímido con ellas. Y no sabía qué hacer ni qué decir, porque tampoco había nadie a quien preguntar, no se hablaba abiertamente con otros tíos de tu relación con las chicas. «Sí, me tiré a ésa y luego a esa otra.» Y sabías perfectamente que eran putos embustes.

Así que me convertí en árabe durante una temporada: Johnny el-Pa-jah. No llegué a mucho más. Había chicas que vivían por nuestro edificio. Y hacíamos cosas detrás de los cobertizos de las bicis que ahora pienso y… «Oh, prefiero no acordarme». ¡Por lo menos espero que ellas no se acuerden!

En cuestión de enamoramientos, la verdad es que me colgaba de cualquiera. Era una especie de sanguijuela: me agarraba a ellas, las seguía a todas partes, las ponía histéricas. Había varias, no recuerdo sus nombres. Había una que vivía justo encima de nosotros. Iba a un colegio de monjas en Highgate y me volvía loco. Se me acercaba con aquel uniforme y ¡bufff! Ahora lo pienso y me doy cuenta de que era un chicazo con gafas, granos y rodillas huesudas, ¡pero, a mis ojos, estaba buenísima! Aunque, por lo visto, yo, a sus ojos, no valía la pena, así que… El rechazo es terrible, ¿no?, pero eso forma parte de hacerse un hombre. Necesitas que te manden a la mierda de vez en cuando.

En Hackney empezamos a salir con las chicas: a quedar, a ir al cine y cosas por el estilo. O sentarse en un café, que era una cosa que estaba muy bien vista. Aquello era diferente y me gustaba. Pero nunca he sido un caza-chochos profesional. No se me da bien. Soy más de relaciones profundas. La frivolidad no va conmigo, me cuesta mucho abrirme. Primero tiene que haber confianza.

En Hackney todos tenían algún tipo de problema social: por eso estaban allí. No

era un lugar violento. Uno podía imaginarse que allí sucederían todo tipo de fechorías. Pues no, la gente de ese colegio también quería prosperar, pero les era imposible debido a las restricciones del sistema de mierda. Como, al fin y al cabo, era un colegio, seguí llevando el uniforme del William of York porque no quería que se gastara la ropa que me gustaba. Aquello parecía un desfile de modelos. Desde luego Sidney sí desfilaba.

El tipo al que rebauticé Sid Vicious era un personaje increíblemente gracioso. Estábamos en pleno invierno, cuando hacía un frío brutal (el típico día de noviembre londinense, con un viento que te hiela los huesos) y el tío aparecía con una camisa de manga corta de estopilla, un tejido que estaba de moda en ese momento, sin abrigo y unos pantalones muy finos, sintiéndose probablemente muy a la moda pero congelándose vivo. No le importaba porque pensaba que se veía muy bien.

Lo había visto por el colegio y había pensado que era divertidísimo. Se pasaba el día peinándose e intentando parecerse a Bowie sin conseguirlo. Qué tío más extravagante. Muy gracioso, una excelente compañía, pero más tonto que Abundio y absolutamente convencido de ser un bellezón. Y lo decía. Me encantaba su extroversión. «Las chicas me adoran», decía siempre. Cuando salió en el documental de los Pistols, *The Filth & The Fury*, sentí una gran alegría porque era una frase que le había oído decir desde el mismo momento en que lo conocí. Y él sabía que yo lo pillaría. Hasta el día de hoy hace que me parta de risa. Muy típico de él. Porque lo que está claro es que no era ningún bellezón. Genial.

Su nombre de verdad era Simon, pero a él nunca le gustó, así que usaba su otro nombre, John. La historia que me contó es que su padre era de la Guardia de Granaderos. Solía decir: «Sí, como Bob Marley». Su madre era una hippie de Ibiza y él, un embarazo no deseado. Su padre no quiso saber nada, así que fue ella quien lo crio. Era una mujer educada, pero no parecía tener trabajo. La típica con largos y vaporosos vestidos hippies y uñas negras. A veces la veía con uniforme de enfermera, pero de color caqui. Muy extraño. Nunca me enteré de lo que hacía. Probablemente metía uñas postizas en bolsas. Alguien debía empaquetar todas esas uñas en cajas.

El apellido de su padre era Ritchie, Beverly el de su madre, no tengo ni idea de cómo constaría en su partida de nacimiento. Como no le gustaban, le encantó que le empezara a llamar Sid, porque era un nuevo nombre que añadir al repertorio. Se lo puse por mi hámster, un animalillo estúpido pero muy simpático, y pensé que le pegaba. Por aquel entonces, Sid era un nombre que estaba mal visto porque se asociaba directamente a Sid James,[7] es decir, a todo tipo de cosas horrorosas. Era el típico nombre de la clase trabajadora y, por eso precisamente, a Sid le gustaba aún más, se deleitaba pensando en ello. Así era él. Vivía con su madre en Fellows Court, una torre de pisos en Hackney. Al principio pensé que era un sitio estupendo para vivir. Pero no. El ascensor no funcionaba nunca y, cada vez que ibas a verlo, había que subir once pisos a pie, así que al principio no tenía muchas ganas de hacerle una visita.

Sid era muy ingenioso y el humor, su táctica de supervivencia. Pronunciaba el nombre de la revista *Vogue* de una forma muy graciosa: «Vogg-you-ee». La única razón de que yo lo hiciera mejor es que en William of York nos habían dado clase de francés. De hecho, como Sid, yo prefería su «Vogg-you-ee». Captaba su esencia mucho mejor. Él solía utilizarla como si fuera la Biblia, aunque nunca se compró ni un solo número porque se iba al quiosco a leerla. O sólo a ver las fotos, sin leer nada. Le gustaba la moda hasta límites insospechados y su icono era David Bowie. Si Sidney quería ser alguien, ése era Dave.

La especialidad de Sid era ponerse el pelo de punta al estilo de Bowie. Cogía dos sillas del salón y las colocaba enfrente del horno; se tumbaba y metía la cabeza bocabajo con el horno de gas encendido para que el calor le pusiera el pelo tieso. Una vez se quemó así. A veces también se le chamuscaban las puntas, pero le quedaba bien: «¿Cómo lo hará Bowie?». «¡Seguro que como tú, Sid!»

Era desternillante llevar a Sid a Finsbury Park. Había tíos del Arsenal a diestro y siniestro y todos flipaban: «¿Pero qué coño es eso?». Y yo les decía: «Hay que admitir que es un tío valiente, en pleno invierno y con una camisa sin mangas: ya sabes, la moda es lo primero.» Y ellos: «Tienes razón. Visto así…».

Una vez lo llevé al final del fondo norte para ver al Arsenal. Por lo visto tenía amigos allí, unos tipos de cuidado. Me sorprendió. Uno de ellos terminó siendo un tío muy problemático, un broncas total. Sid no era de corazón débil, pero ahí estaba con su tupé a lo Bowie, se había pasado dos días con la cabeza dentro del horno para perfeccionarlo. ¡Y todo porque no se le ocurría usar laca ni secador!

Un día apareció en mi casa con una camiseta muy fina y un abrigo afgano que un amigo le había birlado a un hincha del Mánchester City y todavía tenía las iniciales MC grabadas en la espalda. Y me dice: «¿Tienes un *spray* de pintura?». Y yo: «Venga, Sid, tú crees que uno del Mánchester va a venir a Londres con eso? Ni de coña. Yo creo que son las iniciales del nombre de alguna chica, como María Cachuba». Y Sid: «Que no, que lo he ganado en una pelea». No era verdad, no lo había ganado en ninguna pelea. Al final resultó que se lo habían robado a una hippie. Pero Sid no era un peligro para nadie. Su lema era: «Soy más guapo que Bowie y virgen». Era su eslogan y a esa edad decir eso era increíblemente valiente. Todo el mundo de nuestra edad, entre los catorce y los quince años, andaba diciendo: «Qué va, yo no soy virgen». Cuando regresabas al colegio después de tres semanas de vacaciones de verano, todo el mundo se ponía a contarte cuántas tías se había tirado. Era un principio básico y Sid hacía todo lo contrario: «No, yo soy totalmente virgen». Eso me encantaba de él.

Quizás le tomara el pelo por lo de Bowie, pero cuando uno intenta imitar a alguien se expone a la burla. Por aquel entonces yo llevaba el pelo muy largo y tenía el nombre de Hawkwind estampado sobre una cazadora vaquera negra que me ponía sobre el uniforme (no tenía mangas, era muy motera). Había adoptado como imagen aquello que se me había echado en cara en William of York. Sid hizo un dibujo

tronchante de mí: una cabeza minúscula de la que salía una línea muy larga y unos hombros enormes, parecía un ladrillo con un guisante encima y un mechón colgando. Ésa era su imagen de mí, así que el que acabáramos yendo juntos es un misterio, salvo por el humor y su preferencia por llamarse John en vez de Simon. El colegio estaba lleno de Johns. «No me lo creo, ¿otro John? Bueno, sígueme. A ver, John Gray, John Stevens… ¡Dios, mío, pero a cuántos Johns vamos a llegar!»

Otro de los Johns del colegio era un tío con el pelo larguísimo y tendencias psicóticas. Era un artista brillante y un gran jugador de fútbol, pero también era muy antisocial y terminó en una residencia para criminales. Lo habían adoptado y sus padres adoptivos no lo querían, así que tenía verdaderos problemas tanto mentales como sociales. Aprendí muchísimo de él y nada en absoluto del profesor de arte. Era un John más de la colección. Supongo que después de la guerra a la gente no se le ocurría otro nombre: «Llámalo John, seguro que se morirá». Y, si no se moría, siempre podría elegir su propio nombre: «Ahora ya es cosa tuya. Llámate como te dé la gana pero lárgate de casa».

En Hackney & Stoke Newington se organizaban bailes los viernes por la noche. Acabé montándolos yo y eran una yuxtaposición genial de eventos: mucha música tipo Kool & the Gang, luego reggae hardcore, algún que otro tema de Hawkwind… y a todo el mundo le encantaba. Una mezcla estupenda entre diversos sistemas de creencias musicales que se reunían porque era una oportunidad de colar botellas de alcohol y hacer travesuras, mirar a las chicas y ver qué pinta tenían cuando estaban «fuera de servicio», cuando bajaban la guardia. De eso van todas las reuniones sociales, de bajar la guardia y obtener como recompensa la simpatía y el buen rollo de los demás. La música actúa como un gran igualador.

Empezamos a ir de garitos en Hackney porque había un montón de sitios. Primero iba a casa de Sid y luego seguro que había bronca por la pinta que llevábamos. Muchas veces tuvimos que volver a casa de Sid corriendo porque habíamos perdido el último autobús y yo por lo menos no estaba dispuesto a ir andando por esa zona por la noche. Siempre me quedaba en casa de Sid porque ya no había más autobuses y Finsbury Park estaba demasiado lejos para ir andando. También era muy peligroso por la noche. Si cruzabas Hackney y luego Stroud Green te podía pasar de todo.

La madre de Sid, Anne Beverley, nunca me dirigió la palabra. Nunca le gusté ni tampoco me entendió. Supongo que le parecía un personaje muy callado. No conocía mi potencial; ni siquiera yo mismo lo conocía por entonces. Siempre tenía la cena de Sid preparada, sólo la de Sid, al que ella inexplicablemente llamaba Michael, aunque para nosotros era John de nombre y Sid de apodo. Ni siquiera Simon. Aquello era muy raro y, de una forma extraña, muy alejado de la realidad. Así que ahí estaba yo, el tío que había salvado a su hijo de una paliza y no se me permitía comer. Tenía que sentarme ahí y mirar a Sid zampárselo todo.

Los profesores de Hackney & Stoke Newington eran muy buenos, algunos de

ellos incluso magníficos. Me abrieron la mente a toda clase de cosas. Por ejemplo, había uno que nos hizo escribir una redacción sobre la palabra «encuentros» y lo que significaba. Se negaron a darnos ni una sola respuesta y, aunque entonces me fastidió un montón, eso era lo genial: «Pero ¿qué quiere decir con eso? ¿Qué es un encuentro? ¡Explíquemelo!». «Nooo, has de averiguarlo por ti mismo. Luego lo explicas en la redacción.» Por supuesto, nunca llegué a terminarla. Era algo iluminador pero al mismo tiempo muy irritante y yo deseaba más desafíos de ese tipo.

Según creo recordar, me examiné de siete asignaturas. Algunas las había dado desde pequeño y quería examinarme por una cuestión de orgullo personal y también porque pensaba (ingenuamente) que aprobar todos esos exámenes me convertiría en una persona inteligentísima y que todo el mundo querría contratarme. Curiosamente, no fue así.

Yo sentía que tenía el deber de educarme y de mejorar. Así que decidí matricularme en el curso de acceso a la universidad en otro sitio, pero eso se tenía que pagar, así que mi padre me consiguió trabajos en obras para poder ir al Kingsway College. No me concendieron ninguna beca. No cumplía los requisitos. Los informes negativos de los colegios anteriores no ayudaban. Tampoco conseguí un préstamo para estudiantes. Nada. Lo pagué todo con el dinero que gané trabajando en las obras y la verdad era que me pagaban tan bien que podía pagar el colegio, vivir holgadamente y contribuir al alquiler de mis padres en Honeyfield. Pensaba que Kingsway era una gran inversión en mi futuro. Y, sin duda, lo aproveché, porque al margen de las asignaturas, adquirí habilidades sociales, aprendí a llevarme bien con la gente y a escuchar a los profesores. ¡Cuando se dicen cosas interesantes, soy todo oídos!

Kingsway estaba a diez minutos andando de King’s Cross y de Gray’s Inn Road. Siguiéndola hasta el final se llegaba al Soho, en el mismo corazón de la ciudad. El colegio estaba justo enfrente de una propiedad municipal con viviendas sociales para pobres.

Quería seguir estudiando literatura inglesa porque me encantaba leer: a pesar de los pesares, «Manchas-de-Pis» Prentiss me había aficionado a Shakespeare (¡gracias, tío, algo bueno saqué de ti!). También quería matricularme en dibujo técnico porque me encanta dibujar, pero para eso también tenía que cursar matemáticas y física, así que ni de coña.

Al parecer las matemáticas se me daban bastante bien antes de la meningitis, pero después fue como si esa capacidad hubiera desaparecido de mi cerebro. Para mí, la física es literalmente ingeniería nuclear. No entiendo nada. En áreas como la física, mi mente se bloquea totalmente porque soy incapaz de relacionarla con algo real. Para mí no son más suposiciones complejísimas. Es como imaginarse un ajedrez de tres pisos pero sin los tableros. ¿Dónde está la inspiración en los logaritmos y los números binarios? Nunca me explicaron por qué teníamos que repetir como bobos «cero, cero, cero, uno», una y otra vez. «¿*X* más *Y* igual a…?» ¿Pero a quién coño le

importa qué es X?

Así que me apunté a tres cursos: literatura, arte e historia. Al principio me resultó muy difícil que las clases fueran debates y no lecciones magistrales. Yo estaba acostumbrado a que me dijeran: «Esto es así y se acabó, y nada de preguntas». Pero resultó que lo importante eran tus propias ideas y opiniones, y eso era genial porque hacía que las expusiera ante los demás y, así, poco a poco, fui rompiendo el cascarón.

Comprendí que podía hacer lo mismo que hacía socialmente en un contexto académico. Qué emoción: había perdido la timidez y podía levantarme para leer en alto unos versos o el fragmento de una novela. Aprendí a hablar en público. No es algo que buscara antes de ir a ese colegio, pero es lo que obtuve (la insistencia en las palabras y en las estructuras gramaticales, una delicia). Por aquel entonces comencé a escribir cosas mías. Me azuzaba a mí mismo con cualquier tema sobre el que no sabía nada y luego intentaba encontrar el máximo de información y componía una pieza sobre el asunto. Lo hacía para completar mi educación y me encantaba. En Kingsway podia compartir mis ideas con los demás porque ellos estaban haciendo algo parecido, así que podía levantarme y exponer orgullosamente mi tesis. Sí, aquello era escritura creativa. Sentía que estaba listo para algo, pero no sabía para qué.

La profesora de literatura inglesa era especialmente buena. La adoraba. Riguroso análisis poético y palabra escrita. Incluso echamos un vistazo a los diarios de Samuel Pepys. Fuera del colegio, yo leía todo lo que caía en mis manos, caóticamente, probablemente de la misma forma que me acercaba a la música: «¡Me encanta el azul eléctrico de esa cubierta!».

Me encantaba Ted Hughes. Era divertido. Años después tuve una conversación sobre él con Pete Townsend, de los Who, porque él había escrito la introducción —¡en alemán!— a una antología de Ted Hughes. Su poesía es magnífica. La primera que me viene a la memoria es un poema titulado «Thrushes», como el pájaro. Perdón, no ese pájaro, sino un pájaro. Era estupendo en ese sentido, muy bueno para adolescentes de dieciséis o diecisiete años. De primeras parece muy complicado y confuso, pero a medida que creces te das cuenta de que lo es sólo a un nivel más bien infantil. Todo se aprende poco a poco: no hay por qué empezar con filosofía polaca.

Dostoievski: éste también es complicado a una edad temprana. No puedes entender lo audaz de su grandeza. *Crimen y castigo*, bien, pero *Anna Karenina*, de Tolstói, no me gustó. Y no toleraba de ninguna manera novelas tipo *Jane Eyre* ni nada por el estilo. Para mí eso es Barbara Cartland, no me puedo identificar con la historia de una mujer llena de autocompasión que tiene que vérselas con un mundo masculino. Para mí son novelas presbiterianas, ésa es la palabra. Todo el mundo es tan educado y la crueldad tan exagerada que roza lo caricaturesco, así que no pierdo el tiempo con ellas.

Oscar Wilde me parecía escandalosamente gracioso. Ese tipo era muy adelantado a su época. Y no pudieron con él; llevó un estilo de vida muy peligroso para los cánones de su tiempo. No me voy a meter mucho en lo que hacía o dejaba de hacer

porque no hay detalles sobre el asunto, pero sin duda se burló magistralmente de la clase a la que pertenecía. Poseía todos los defectos de su clase, de manera que así también se criticaba a sí mismo. Eso me gustaba, fue una lección para mí. No somos perfectos. Por mi parte, si me pusiera a analizar el punto de vista de la clase trabajadora, sin duda pondría sobre la mesa todos sus aspectos negativos, que son muchos.

Sid también fue al Kingsway. La primera o la segunda semana conocí a John Wardle, a quien Sid empezó a llamar «Jah Wobble» [Jah Bamboleo] una noche que estaba tan pedo que no podía ni hablar. Los tres éramos chicos problemáticos por muy diferentes motivos. Por una u otra razón no encajábamos en el sistema, como mucha otra gente que no puede aunque lo intente. El sistema se debería ajustar a nosotros, a nuestros gustos y necesidades. «Si no colmas nuestras expectativas —parecen decir—, vivirás en un mundo hostil.» Wobble era tronchante. Tenía un aspecto rarísimo. Parecía estar torcido. Intentaba parecer un tipo duro, pero no le salía bien. Tenía más el aspecto de un padre de los tiempos Segunda Guerra Mundial, con su pañuelo de cuatro nudos y sus *brackets*. Y una gran bufanda del Tottenham y una enorme sonrisa. Un tipo muy gracioso pero siempre insatisfecho. Vivía cerca del pub de Krays, el Blind Beggar, en Whitechapel. La primera vez que fui allí, le dije: «¿Pero no te has dado cuenta de que es un pub del Arsenal?». Nunca se peleaba por temas de fútbol. No era necesario. Ya nos peleábamos por otras cosas con otra gente. Tenía otros amigos como Dave Crowe, de William of York, que era del Tottenham. Siempre ha existido una gran rivalidad entre el Arsenal y el Tottenham, pero no era algo por lo que te resintieras porque teníamos otras cosas además del fútbol. No me veo matando a alguien por un partido de fútbol. El fútbol es un juego. Y como no soy uno de los jugadores ni nadie del equipo, prefiero mantenerme a distancia de las trifulcas (aunque alguna vez he disfrutado de una buena bronca futbolera). De todas formas, a Sid le resultaba indiferente.

Nunca me enteré muy bien de qué estudiaba Wobble. No recuerdo haber hablado de las clases o de lo que estábamos estudiando. Simplemente nos juntábamos a la hora de la comida. Había gente con la que te relacionabas algo, pero, por supuesto, nosotros éramos los raros. Wobble no entendía a Sid y yo era el nexo de unión entre ellos, el motivo por el que se hubieran conocido.

Sid, Wobble y yo, también otros, como John Gray, no encajábamos en ese ambiente en absoluto. Se nos consideraba gente potencialmente violenta. Nos habíamos enterado porque un amigo se había metido en los archivos del colegio y había visto que en los expedientes de Wobble, de Sid y en el mío constaba que teníamos tendencia a las peleas. Pero no era verdad. Lo que teníamos era tendencia a cuestionar las cosas y, si te andabas con gilipolleces con nosotros, te zurrábamos. Todas esas acusaciones y malentendidos sobre lo que éramos y de dónde veníamos eran un fiasco ridículo, una completa estupidez, y de alguna manera, te empujaban a la violencia. Wobble, al principio, no era violento. Deseaba prosperar tanto como

cualquiera, pero el sistema lo encasilló y lo expulsó. Él era de Stepney, Sid de Hackney y yo de Finsbury Park. Básicamente lo mismo con pequeñas variaciones. El problema era que el sistema educativo nos había declarado inenseñables, ineducables.

Wobble se fue a los seis meses (¡ya estaba bien!), más aburrido que una mona. Pero siguió siendo mi mejor amigo durante un tiempo. ¿Sabéis por qué? Porque defendía al Tottenham. Confiaba en su equipo, por muy ridículo que parezca. Y estoy seguro de que también confiaba en mí de la misma forma en que yo confío en mi equipo, el Arsenal. Formábamos parte de las pandillas que estaban generando tierra firme fuera de los límites del sistema. Buenas raíces para el punk.

Yo era un estudiante aplicado, pero sólo para lo que me interesaba. La imposición rígida de horarios y clases no me resultó muy útil a largo plazo. Ni a corto. Un año después ya estaba mortalmente aburrido. Las clases no eran ni lo suficientemente ágiles ni llenaban mi cabeza lo suficiente. Todavía trabajaba y ganaba dinero. Hacía todo tipo de trabajos, cogía todo lo que me salía, sobre todo trabajos de construcción. Mi padre me consiguió trabajos de ese tipo durante un tiempo. Me encantaba, pagaban muy bien.

En las obras, era duro tener que lidiar con la actitud amenazadora de los irlandeses. Siempre estaban intentando imponerse sobre mí, cosa de la que yo pasaba totalmente. «Tienes que aprender cuál es tu lugar.» «Ni de puta coña, tío.» Me fastidiaba que me dieran una pala y me ordenaran que cavara un agujero. No me hacía ninguna gracia. Lo que sí me fascinaba eran los ingenieros de caminos y los arquitectos, porque podía mirar sus dibujos técnicos y eso me encantaba. Tampoco me importaba que me mandaran medir el terreno.

A mi padre le encantaban las grúas, las adoraba. Empezaba a hablar de grúas y no había manera de pararlo. Le encantaba cualquier vehículo de carga que llevara una grúa. Le gustaba controlar máquinas y lo hacía muy bien. Lo suyo era Manipular grúas y mover cosas de un lado a otro: era excelente, trabajaba con gran precisión.

Los obreros lo adoraban por ello, porque si era él quien distribuía los fardos de cemento, sabían que los entregaría en el lugar preciso. A veces sucedían percances horribles. He visto accidentes muy graves por causa de las grúas. Si el operario de la maquina no está atento, puede cargarse a unos cuantos.

Mi padre me enseñó a controlar las grúas. Me encerró en la cabina y me dijo: «Venga, a por ello». El ruido me aterraba. Por aquel entonces no existían protectores para los oídos y esos bichos pueden armar un escándalo tremendo (levantaba de todo: piezas de hierro colado, lo que hiciera falta). Hacía mucho frío, te congelabas y era espantoso. No puedo entender qué era lo que a mi padre le gustaba tanto de las grúas. Desde luego, aquello no era lo mío. Si me equivocaba con el pedal, mi padre ponía el pie encima del mío y pisaba con todas sus fuerzas y eso me dolía un huevo. Supongo que es lo que tenía que hacer, pero, a mí, tratar de manejar dos brazos y dos piernas a la vez y que cada uno hiciera una cosa distinta me superaba con creces.

Una vez me rompió el tobillo con una pala. Estaba en la cama viendo *Mystery*

and Imagination y me dijo que no lo viera porque tendría pesadillas y golpeó la cama con la pala justo donde estaba mi pie, se dio cuenta después de haberlo hecho. No recuerdo muy bien cómo reaccionó mi madre, sólo el dolor. Desde entonces, el tobillo me ha dado problemas. Si se enfría o se moja, madre mía, me duele un montón. Tengo algún tipo de artritis. Es una de esas molestias que no desaparecen. Como cuando me disloqué el hombro. Me lo lesioné por una tontería: me daba mucha pereza estirarme para coger un vaso de leche (me encanta la leche, me puedo pasar bebiendo leche toda la noche, así que siempre tengo un vaso cerca de la cama), pero no me apetecía moverme, así que retorcí el brazo para cogerlo y me lo disloqué. Jorobado, con un hombro dislocado y un tobillo machacado. Ahora ya no puedo moverme elegantemente y estoy jodido.

Ya no me gustaba llevar el pelo largo. Era una molestia, aunque me encantaba que los viejos de las obras se indignaran al verme con las melenas. Llevar el pelo largo te convertía en un imán para la poli. Pero la verdad es que la mayoría de los delincuentes lo llevaban así. Una melena significaba muchas cosas. Para algunos: «Paz, tío, quiero parecerme a Jesús y por eso llevo estas pantuflas». Para otros, era un acto completamente agresivo: «Jódete, no pienso cortármelo».

Rapárselo, rapárselo por completo como un skinhead era un acto de agresión total. Creo que la mayoría de las cosas comienzan con un acto de agresión, incluso los hippies más pasivos, porque su actitud es casi pasivo-agresiva. Consiste en declarar «no encajo en el sistema, así que me voy a dejar crecer el pelo y a ver cómo me paras». La historia de la humanidad ha sido siempre así y así va a continuar siendo: siempre vamos a luchar por ser diferentes. Y cuando todo el mundo asimila una tendencia, te das cuenta de que es la norma y de que hay que inventarse otra cosa. Así que decidí raparme el pelo y teñírmelo de verde.

La marca Krazy Color era genial. Es una pena que ahora sus tintes ya no tengan la densidad ni la duración de entonces. Me da la sensación de que han diluido los colores y que ya no son tan brillantes. Son un desastre a no ser que te dé igual parecer un puto periódico desteñido. ¿Os acordáis de los chistes en color que salían antes en los periódicos? Pues ese tipo de colores: eso es lo que te venden ahora. También puede que la gente no sepa decolorarse como es debido. Por aquel entonces los colores eran deslumbrantes, espectaculares.

Mi padre lo desaprobó totalmente, aquélla fue la gota que colmó el vaso y me echaron de casa. Mi padre me despidió con su célebre frase: «¡Lárgate de casa, pareces una col de Bruselas!». No la he olvidado nunca. En ese momento me hizo mucha gracia. Era doloroso separarme de mi padre, pero por lo menos me despidió con humor. Me encantaba el ingenio de mi padre, lo adoraba por ello. De hecho, hasta ese momento no me había dado cuenta, pero era verdad: parecía una col de Bruselas. Desde entonces la única forma de entrar en casa era colándome por la ventana a las cuatro de la madrugada. (Excepto si mi tía Pauline había viajado desde Canadá y

estaba en casa, porque se me consideraba una vergüenza y no podía aparecer por ahí.)

Después de que me echaran, me fui directamente a Hampstead, donde Sid vivía de okupa. Sid era el que había okupado la casa (bien por él). Su madre, al parecer, lo había largado de casa y él fue uno de los primeros.

La madre de Sid era adicta a la heroína. Un día estaba en su casa de Hackney y estábamos escuchando el álbum *Tago Mago*, de Can. Era el cumpleaños de Sid (a mí se me había olvidado) y ella le dio una bolsita de heroína para que se la chutase. Yo me quedé de piedra. Sid me dijo:

—¿Quieres?

—Ni de puta coña. No me gustan los bajones.

—Bueno, pues entonces mejor que te vayas.

Allí estaba yo, a las tres de la mañana en Hackney. Me tuve que ir corriendo hasta Finsbury Park y cruzar lo que se consideraba reino de las bandas. Era un recorrido muy peligroso, letal, especialmente para mí por la pinta que llevaba y el rollo del que iba. No podías poner la mano en el fuego por nadie. Me podía haber pasado cualquier cosa. Incluso los chicos del Arsenal de la zona podían haber visto algo en mi actitud que los llevara a empezar una pelea. Y yo nunca me echaba atrás. Por aquellos días, te clavaban un cuchillo en la calle y nadie te ayudaba porque no eras «local». Era un sitio aterradoramente peligroso, pero de alguna manera logré llegar a mi casa.

Anne Beverley tenía una relación bien extraña con el pobre Sidney. Aquello no parecía una familia. Nunca me ofreció nada, ni una sola vez, ni un vaso de agua. Es rigurosamente cierto: jamás. A veces también venía el resto de la «panda de los Johns» (Jah Wobble y John Gray), que también se daban cuenta de eso.

—Pero, bueno, ¿es que nosotros no existimos o qué?

—Me temo que no.

Era una mujer rarísima. No le gustaba que Sid tuviese amigos. No le gustábamos ninguno de nosotros. Por aquel entonces, Sid tenía un amigo que se llamaba Vince y solía decir: «Me cago en la…, esta casa parece de hielo».

Le dije a Sid:

—No puedes vivir así con tu madre. Mírala, si te está poniendo heroína espolvoreada en los riñones que te comes. Es demasiado.

De hecho, cuando lo conocí, Sid era antidrogas. ¿Pero sabes lo que hacen las madres adictas? Lo ponen en la comida. Una locura, ¿no? Su madre decía: «Aquí tienes la comida, Sid. No dejes que tu amigo la pruebe, ¿eh?». Y Sid: «Vale, mamá». Pero luego, cuando se metía en su cuarto, me decía:

—Oye, prueba esto, que no tengo ni idea qué me está dando.

—No tengo hambre, tío —le contestaba.

Ésa era la herencia de Sid.

Su nuevo domicilio estaba detrás de la estación de Hamstead, así que fui allí y le pregunté:

—¿Me puedo venir contigo?

—¡Claro que sí! —me constestó.

Vivía allí solo y no tenía nada que hacer. Así que ya éramos dos sin nada que hacer. Y, la verdad, es mejor no hacer nada con otro que solo.

No teníamos ni agua ni electricidad, pero los váteres funcionaban, así que aquello no era tan deprimente. Eso es lo que tenía y, sinceramente, tampoco era tan distinto a lo que estaba acostumbrado en Benwell Road. Pero en este sitio por lo menos el váter estaba dentro, así que se puede decir que había ascendido en la escala de Richter.

Todo el edificio estaba okupado por viejos hippies y rockers. Nosotros representábamos los restos del naufragio entre ambas generaciones. Los edificios okupados reunían un montón de formas de vida diversas, porque la okupación era fundamental en ese momento. El Gobierno no estaba haciendo nada en política de vivienda, así que era dificilísimo encontrar piso y los que estaban disponibles eran un timo tan grande que simplemente no valían la pena. Había muchísimos pisos viejos desocupados, pisos donde no vivía nadie. No es que estuviéramos privando a nadie de su vivienda ni expulsando a ninguna familia de su casa. Eran edificios vacíos y al borde de la ruina. Fuera había carteles: «Edificio en ruinas — Prohibida la entrada». Genial, pues vamos a vivir ahí, ¡p’adentro! ¡Funcionaban como carteles publicitarios!

Estuve en el paro un período muy breve, más o menos dos semanas. No quería hacer cola en la oficina del paro. Detestaba ese lugar, no quería tener nada que ver con él. Ése no era lugar para mí. Las dos veces que me presenté, me arrepentí de inmediato y juré no volver. No me gustaba el formato, la institucionalización que comporta ni cómo, de algún modo, te hace sentir culpable de estar allí. Es un derecho: has trabajado o tus padres han trabajado. Si el Estado no puedo proveer de trabajos a la gente, ¿qué coño se supone que vas a hacer? En cierto modo, entiendo perfectamente que la gente se meta en actividades ilegales porque, francamente, no hay otra manera de hacer dinero o de salir de la miseria. Yo, personalmente, nunca he participado en un robo, soy incapaz. No quiero lo que no es mío. Eso es lo que me enseñaron mis padres.

En lo que a trabajo se refiere, hacía cualquier cosa que me ofrecieran. Estuve trabajando en una fábrica de zapatos. Me encantaba meter zapatos en las cajas. También en Heal’s, el almacén y tienda de muebles en Tottenham Court Road. Al principio de la calle había un restaurante vegetariano de última generación y Sid y yo lo limpiábamos. La cosa era experimentar con la comida vegetariana, porque siempre quedaban restos. Es la primera vez que probé la carne de nueces. Por entonces, el vegetarianismo era algo nuevo, una moda pasajera para la gente con dinero. Y absolutamente insípida. Era todo colores y formas, pero de sabor nada. Muy divertido. La verdad es que no había mucho que limpiar. Unos cuantos cacahuetes triturados en el suelo y poco más. Pero trabajábamos esas dos horas todos los días porque para eso nos pagaban.

En las vacaciones de verano, John Gray me consiguió un trabajo en una guardería del norte de Londres. Tenía que cuidar a niños de siete, ocho, nueve y diez años.

Podía jugar con los niños, eso no era un problema en absoluto. El problema lo tenía la institución que gestionaba estos centros: no les gustaba que una persona como yo se acercara a los niños. ¡Y eso en el mundo de Jimmy Savile![8] Esa es la amarga ironía, porque lo último que haría es molestar a un niño, pero se me encasilló muy fácil, muy rápidamente. La gente no sabe ver el corazón, el alma de una persona, su carácter.

Hacíamos aviones de madera de balsa biplanos o triplanos. Todo el mundo quería ser el Barón Rojo, así que todos querían construir ese avión. Por las clases de dibujo técnico y el trabajo con madera del colegio, y también por el trabajo en la construcción se me daba bien trabajar con la madera. A veces, en las obras, ayudaba al carpintero y aprendí un montón, pero en vez de sierras y martillos, las herramientas eran cúter minúsculos y madera de balsa.

Los principios, sin embargo, eran los mismos y a los niños les encantaba involucrarse. A mí también me encantaba, y en eso consistía mi trabajo. Si quieres que los niños se calmen y dejen de pelearse, no tienes más que captar su interés. A todos los niños les encanta crear y sentir que han inventado algo ellos solos y también que han logrado hacerlo por sus propios medios. Por ejemplo, cuando un niño te hace una pregunta, no te cortes en darle una respuesta, porque, si no lo haces, no te lo perdonará en la vida. Eso es lo que hago y voy a seguir haciendo.

Allí me di cuenta de que los profesores me habían convertido en una caricatura de mí mismo que nada tenía que ver conmigo. Me habían hecho sentir muy incómodo. Yo ya me sentía incómodo, pero ellos me hicieron sentir indeseado y molesto por estar allí y, por supuesto, yo había reaccionado ante eso. No creo que ningún niño nazca como don Desagradable o doña Palabrotas. Eso lo aprendes según el ejemplo que te den. Y pienso que he transformado esos aspectos en ventajas. No soy una basura que va de víctima ni tampoco tengo una mente criminal. Gracias a Dios me dieron herramientas para evitarlo.

Para apañárnoslas, Sid y yo empezamos a pasar sulfato de anfetamina. Sí, trapicheamos con drogas durante un corto tiempo. Era muy difícil conseguir dinero y a veces estábamos sin blanca.

A mí no me gusta drogarme especialmente, pero sí me gusta el estado de alerta que proporcionan algunas sustancias químicas. Cuando era muy joven, a los dieciocho o diecinueve años, me apetecía. No quieres perderte nada de lo que está pasando en todo momento y todo lugar. De hecho, quieres participar en todo, todo el tiempo. Y cuando no pasa nada y sólo existe desidia a tu alrededor, te cabreas. Por aquel entonces pillaba todo tipo de resfriados, gripes y alergias que me dejaban hecho polvo, pero las anfetaminas que rulaban por ahí parecían eliminar sus síntomas en un santiamén. Pueden ser útiles en casos así.

No es que te tomes una anfetamina y de repente creas que eres la bomba, si es buena, no. Simplemente estás más despierto, más alerta. No te coges un pedo, te activas. Yo las uso como la llave que abre mi cerebro. O al menos solía hacerlo.

El problema era el siguiente: ¿has oído decir que un buen vendedor nunca debe

consumir su propia mercancía? Pues aquí hay un culpable, así que no era muy bueno vendiendo. Me sentaba con una bolsa grande de anfetas y acababa con ella. El *speed* no me hace tener ganas de levantarme y ponerme a correr sin parar sino de sentarme, pensar y disfrutar de lo que estoy haciendo, aunque sea cortarme las uñas. Tenía la virtud de evitar que me sintiera todo el rato cansado, otra de las secuelas de la meningitis.

Ahora a eso lo llaman automedicarse. Mi existencia normal por entonces podía haberse reducido a la total inactividad: cero, machacado, sin hierro en la sangre. Mi cerebro no podía lidiar con muchas cosas a la vez y físicamente todo me sobrepasaba. Exceptuando, extrañamente, el trabajo en la construcción, que implicaba diez horas de trabajo manual continuado, pero que nunca fue un problema. Sí lo era, sin embargo, reparar el alféizar de la ventana o arreglar la cisterna. Con el tiempo he comprendido que ésas pueden ser grandes aventuras, pero entonces no. Yo me metía drogas de una forma un tanto diferente. Las entendía más como algo necesario que recreativo, algo que me permitía ponerme en marcha. Después de la meningitis y hasta los veintitantos, tuve cierta tendencia a la depresión.

Las anfetaminas se movian por la calle desde hacía años. Era una herencia de los mods. Desde luego, nos mantenían en pie toda la noche, podías ir a un mogollón de clubes y todas esas cosas. Por aquel entonces, lo que más me gustaba era que el *speed* le quitaba el efecto soporífero al alcohol, así que podías beber lo que quisieras sin emborracharte. Me encanta el sabor de la cerveza. No me gustan los combinados, a no ser que consideres una mezcla la cerveza con *speed*. Todos los putos roqueros andábamos metidos en drogas. Pero, oh, gozo entre los gozos, los hooligans también, o al menos los de entonces, así que teníamos algo en común.

Ése era el telón de fondo del edificio okupado de Hampstead. Jane la Loca se vino a vivir con nosotros una temporada. ¡Estaba como un cencerro! Se arreglaba como una de esas mujeres voluptuosas del cine negro de los años cuarenta. Llevaba el pelo largo y ondulado hacia un lado y vestidos de esa época. Una chica muy extraña. Sus referencias provenían de los años cuarenta y utilizaba frases como «ven a verme un día de éstos», a lo Julie London; una imagen muy difícil de mantener en la cagada que entonces era Londres, así que admiraba su valentía. Supongo que no nos llevábamos muy bien, pero tampoco mal. De vez en cuando también se pasaba Keith Levene, que luego sería guitarrista en PiL. Le pasó algo relacionado con las sustancias químicas, lo mismo que a tantos.

Había drogas en todas partes, probablemente por culpa de los mods. A los mods les encantaban las drogas speedicas, pero llegó un momento que pasaron de ella. El rollo de los skinheads era un poco más purista, pero no al estilo del Arsenal.

No me refiero a la heroína; para casi todos era una gran desconocida. Para nosotros el caballo era algo que se metían los de Grateful Dead y se les notaba porque no he visto una banda más aburrida en mi vida. Qué pérdida de cuatro horas y media. Los vi una vez en el Alexandra Palace cuando era joven. ¡No, no, no! No me podía

relacionar con la multitud que se volvía loca con ese tipo de música. Para mí era mortal, comatosa.

1973 y 1974 fueron años difíciles: todo era acampanado. Por favor: evitad las campanas. No teníamos relación con los hippies, nos parecían pijos mimados. Eso es probablemente lo que me llevó a los uniformes militares y al look irlandés. Estábamos saliendo de la década de los sesenta y yo sentía que tenía más que ver con el estilo de los skinheads que con el de los hippies, así que opté directamente por los primeros.

Desde bastante pequeño había pasado los domingos en el Roundhouse. John Gray vivía en Kentish Town y el Roundhouse no está lejos de Chalk Farm, así que lo que hacía era coger el bus de Kentish Town, recogerlo y caminar hasta Chalk Farm, donde pasábamos el día, hasta muy tarde, viendo tocar a entre doce y quince grupos. Cuando me hice un poco mayor, desaparecía de casa el viernes por la noche y ésa era la forma perfecta de acabar el domingo.

La diversidad de los estilos musicales era alucinante. Vi a Roxy Music, Judas Priest, Queen (cuando eran jovencísimos), T. Rex, los Seeds, Mott the Hoople, la variedad era asombrosa y no había pretensiones sobre quién tocaba primero y cosas así. Tocaba el que se presentaba antes, así de simple: montaba su equipo en el escenario y allá que iba. El público era en su mayoría hippy, con un montón de estampados florales y chicas bailando descalzas y gente tocando los bongos, olor a incienso… Yo intentaba no prestar atención a todo eso, sólo a lo que pasaba sobre el escenario, absorbiéndolo todo.

Luego la historia del punk dictaminó que toda la música hasta mediados de los setenta había sido una puta mierda. Eso no es verdad, siempre que supieses donde encontrarla. Es lo que me convirtió en lo que soy. Podía pasarme el fin de semana entero (¡alerta!) recorriendo la ciudad y yendo a los clubes que abrían toda la noche. El Roundhouse estaba lleno de bandas muy locas. Gente como Pink Fairies, un grupo heavy muy duro, agresivo y estridente, lo opuesto al rollo hippie. Llevaban el pelo largo, pero parecían echártelo a la cara de una manera ruidosa y destructiva. Fantástico.

De forma similar, los de la Edgar Broughton Band llevaban las barbas más largas y asquerosas que he visto en mi vida. Vestían como ciclistas y cantaban canciones como «Gone Blue», con el ya clásico verso: «I’m all undone by the things she said, but I love that little hole in the back of her head» [estoy hecho polvo por las cosas que me dijo, pero me encanta el agujerito que tiene en la parte posterior de la cabeza]. ¡Ja! ¡Qué bestias! En ese momento y con esa edad pensabas: «Estos tíos van por buen camino». Desde luego no era un mensaje hippie, ¿no? Y la cubierta de su disco era sensacionalmente tronchante: hileras de vacas muertas colgando de ganchos. No creo que su música aguantara muy bien el paso del tiempo, pero eso tampoco es lo sustancial.

Black Sabbath eran iguales: una visión de la música muy diferente, con drogas

distintas, más para estar de marcha toda la noche. ¡Oooohhh, yeahhh! Uno era plenamente consciente de lo que esos tíos eran capaces de hacerse a sí mismos. Cuando escuchabas a bandas como éstas o los Deviants, sabías que las cadenas habían caído. Las reglas eran para los tontos, eso es lo que deducías. Por lo menos lo que yo deducía. «¡No hagas eso, que no es bueno para ti!» «¡Tus cojones! Al contrario: ¡sigue adelante, genera el caos y empieza por tu propia cabeza!» ¿Qué tiene de malo que se te vaya la olla de vez en cuando? ¿Nada? Es saludable. Los miembros de estas bandas eran jovencísimos, sangre nueva a la que los carcas habían hecho sentir indeseada. Yo iba a los conciertos a bailar. Me metía por el gaznate y otras partes de mi cuerpo todo lo que pillaba y siempre salía indemne.

Una de las personas que de verdad me gustaban era Arthur Brown, del grupo The Crazy World of Arthur Brown. Se paseaba primero entre el público y luego se subía al escenario y saludaba. Me parecía genial. Contrataron a su banda de teloneros del concierto de Alice Cooper en el Finsbury Astoria, antes de que se convirtiera en el Rainbow y, por alguna razón, Alice Cooper canceló el concierto. Había comprado entradas para John Gray, Dave Crowe y algunos más y, como era fanático de las dos bandas, las guardé, nunca fui a que me devolvieran el dinero. De hecho, todavía las tengo.

Incluso me hice del club de fans de Alice Cooper y me mandaron una caja con plumas de gallina y una estúpida carta informativa. Me pareció bastante gracioso. Había gente que se tomaba las cosas demasiado en serio.

Así que le dije a Arthur: «Todavía tengo las entradas para el concierto que cancelasteis».

Y me dijo: «¡No fuimos nosotros!». Así empezó la conversación. Yo era sólo un chaval que estaba haciendo la vida imposible a sus profesores, pero Arthur era tan estupendo que me trató como a un igual. No tolero que nadie hable mal de él porque en el mundo hay muy pocas personas de su talla. Si la gente me habla abiertamente, todo va bien. No aguanto a las personas que van de superiores y te miran por encima del hombro. Pero ese tipo estaba majara, se le iba totalmente la olla. Extrañamente, los locos hacen buenos discos y también buenos cuadros y escriben buenas novelas. Pero no encajan en el sistema de mierda.

Otro grupo increíble que vi en el Rounhouse era Can. Tenían un equipo que llegaba a graves tan bajos que no los oías, sólo los sentías. Bueno, también los sentía el escenario, que vibraba de tal forma que se desmoronó. Todo el andamiaje se vino abajo. La gente tuvo que esperar horas a que lo montaran, y, finalmente, volvieron con la percusión más alucinante que he oído en mi vida. ¡Gracias, Jaki Liebezeit! Sólo su sonido y su audacia… y de dónde venía. Sobrepasaba con mucho al típico grupo de bongos tripi-hippies que había en el público. El suyo era un mensaje mucho más duro, sin rastro de la blanda estupidez del «paz y amor» hippie.

También de Alemania, Faust se ganó mi adoración por vender su álbum *The Faust Tapes* por cincuenta peniques, un chollo incluso en 1973. Los vi en el Rainbow

de Finsbury Park y se limitaron a hacer su ruido, sonidos interesantes e hipnóticos producidos por un sintetizador, mientras ellos aparecían frente a una pila de viejas televisiones en medio de un inmenso escenario. Debo admitir que en su momento me enfadé bastante porque yo entones no tenía televisión y pensaba: «Qué coño hacen con tantas teles. ¡Me podían dar una!». Pero las patearon hasta hacerlas añicos y luego las volvieron a cablear. Era el fondo apropiado para lo que hacían musicalmente pero (y ahí me sale el pragmático que llevo dentro) intenté por todos los medios colarme entre bastidores y agenciarme uno de esos aparatos.

No me perdía nada. También iba a festivales gratuitos. Hasta fui a una de las primeras ediciones de Glastonbury. Creo que tocaban Audience, quizás también Atomic Rooster, incluso Melanie. La verdad es que no lo sé. Era una fase en la que bebíamos sin parar ayudados por las maravillosas anfetaminas. Estábamos en la mismísima gloria.

No recuerdo que nadie presentara a las bandas. Parecía que una se mezclaba con la siguiente sin solución de continuidad. No se disponía de grandes equipos de sonido, ni de técnicos ni de disk jockeys ni de nada de nada. Al parecer, la gente tocaba según iba llegando, estabas viendo a un grupo y de golpe y porrazo terminaba y te encontrabas escuchando a una banda totalmente distinta. Era algo extraordinario.

Y, en medio de todo eso, también había ocasión de sentarse a lo indio y escuchar a Nico divagar sobre el «Janitor of Lunacy» [El cuidador de lunáticos]. Fue John Gray el que insistió en que fuéramos a verla. Todo el mundo sabía que era una yonqui de cuidado y eso no auguraba un concierto agradable, pero lo fue. Lo recuerdo como la cosa más siniestra del mundo, ella tocando el armonio durante una hora y media, ambos gimiendo un poco desafinadamente, lo cual lo convertía en algo incluso mejor porque transmitía bien su angustia. Su trágica voz me parecía abrumadora y muy potente. Aprendí muchísimo de los conciertos que vi en aquellos primeros años. Comprendí que la música no tenía nada que ver con alcanzar el tono perfecto sino con la emoción.

No soy de los que se sientan estilo indio más de tres minutos seguidos y siempre estoy más que dispuesto a levantarme y a bailar, aunque sea «Janitor of Lunacy», no me importa que me miren. Me encantaba bailar, mucho, mucho, mucho. Allí estaba yo, con el pelo largo, el nombre de Hawkwind bordado en la espalda de mi cazadora y mis zapatos teddy boy, que eran los más cómodos para bailar. Me negaba a llevar pantalones de campana. En cualquier concierto, cuando fuera y donde fuera, me levantaba y ¡a bailar!

El que era el mejor en eso era Jesus, un tío que iba con dos chicas que habían bailado para Hawkwind. Creo que sus nombres eran Sasha y Stacia. Mientras bailaba se iba quitando la ropa hasta quedarse desnudo y tenía el pito más pequeño del mundo, pero le importaba una mierda que lo mirasen. Me parecía genial. Pensaba: «Le importa un pepino y, mira, parece totalmente feliz. Trae unos bongos que no sabe

tocar porque no tiene ningún sentido del ritmo, ¡ninguno!, pero él, tan contento». Desde luego no era el Jesús que mis padres tenían en mente.

Pero su mensaje era guai y, años después, cuando empezó el punk y los Pistols comenzamos a dar conciertos (creo que fue en el Marquee, como teloneros de Eddie and the Hot Rods), volví a encontrármelo. Estaba totalmente cambiado, con traje y un peinado absurdo que consistía en un flequillo muy largo y el resto del pelo (rubísimo, de un rubio natural) muy corto en las sienes y largo en la nunca.

Era muy difícil arrastrar a Wobble a esos sitios. Detestó el Roundhouse desde el primer momento. «¡Odio a esa gente!» Pensaba que todo el mundo en el Roundhouse era tipo «paz y amor», pero eso se debía a su falta de perspicacia. No se daba cuenta de que el local estaba lleno de bichos raros y de que él mismo era uno de ellos simplemente por estar allí, aunque sólo fue en una ocasión. Con una vez fue suficiente, ya no se me ocurrió sacarle más por ahí. Los clubes de soul eran más el rollo de Wobble, eso era lo suyo.

Más o menos por aquel entonces, sin embargo, yo había estado yendo a Ilford, en Essex, para escuchar soul en un club que se llamaba Lacy Lady. No iba solo sino con el resto de la panda de los Johns. Éramos Sid, John Gray y otros dos más. Parecía un local de mafiosos.

El resto de la clientela era muy interesante. Estaban los hampones locales. Te miraban amenazadoramente sin contemplaciones. Pero nosotros teníamos también una pinta bastante enloquecida. Ahí es donde surgió el *pogoing*[9] y así es como bailábamos: dando botes sin parar. No sabíamos ningún paso, así que nos los inventábamos y nos lo pasábamos genial. Como resultado, no nos percibían como una amenaza, porque estabas a tu rollo, pasándotelo bien a tu modo y sin intentar robarles las chicas, aunque a las chicas les encanta lo «diferente». ¿Querían hacer de madres con nosotros? No creo, pero eso también estaba bien. Era muy inexperto para mi edad. Todavía no había tenido oportunidad de llevarme a una chica a la cama y eso que lo intentaba con tesón. En cualquier caso, no podía hacer nada, no podías desaparecer de repente porque eras responsable del grupo.

Lo que sonaba en el club era como un curso básico sobre las tendencias que regían la música soul norteamericana de entonces. Tamla Motown estaba empezando a escindirse en diversas corrientes. Estaban surgiendo variedades más interesantes y estimulantes y aquello no estaba tan orquestado desde Detroit. Tocaban todo tipo de west funk, que era realmente interesante, mucho material de Filadelfia y Chicago que luego se transformó en un montón de cosas distintas.

Era una especie de temprana música disco y a mí me encantaba. «*Hi-jack your love, hi-jack your love!*»,[10] etc. Los DJs de ese sitio eran buenísimos. Algunos trabajaban en la BBC, pero allí tenían la oportunidad de pinchar cosas que realmente les gustaban y que no ponían en la radio, cosas más auténticas. Me encantaba. Y en aquellos tiempos podías acercarte y preguntar: «¿Qué disco es ése?», y te lo decían. Es una lección que deberían aprender los DJs de ahora. Allí husmeaba futuras

adquisiciones. Para eso me servía Ilford, «ay, tengo que conseguir ese disco», y me lo compraba.

¿Que la música disco era una mierda? Yo nunca he dicho tal cosa. El que escribió el manifesto punk no estaba en contacto con los punks de verdad, con los que empezaron la movida. Nadie le prestaba atención, todo era negativo, algo estúpido. Una pena. Todavía siento una profunda admiración por The Fatback Band. Sacaron unos sencillos bailables muy pegadizos: me encantan. ¿Y Kool & the Gang? También me encantan. ¿Qué más tengo que decir?

La única desventaja de ir a Ilford es que no había forma de volver a casa y la única persona que conocíamos por allí era un tío llamado Tony Colletti, que no quería que nos quedásemos en su casa. Tres o cuatro veces casi nos congelamos hasta que, a las cuatro de la madrugada, llegó el primer tren, así que al final se nos quitaron las ganas de ir al Lacy Lady. No teníamos edad para sacarnos el carné, además, siempre íbamos ciegos, y tampoco teníamos dinero para un taxi. Así que tuvimos que buscar otro sitio donde pusieran este tipo de música.

Si ibas a Soho, en el centro de Londres, los clubes gais eran los únicos que acogían a gente con una imagen distinta y allí no te molestaban ni los hooligans ni los skinheads. En esos bares no tenías que vértelas con ese tipo de gente. «¿Y tú de qué equipo eres, del Arsenal o del West Ham?» Había chicas muy bien vestidas, con ideas realmente ingeniosas sobre la moda. Así que era muy divertido mirar y mezclarse con esa gente y, francamente, las drogas eran mejores.

Normalmente, la música era de baile. Siempre ponían cosas nuevas e interesantes de grupillos raros del norte de Inglaterra, y no me refiero al Wigan Casino, porque la escena musical de esa zona no se reducía a quienes tocaban allí.[11] Había muchas interpretaciones, muchas formas diferentes de ver las cosas, remixes de canciones de Bowie, etc. Era muy, muy divertido. No ponían música alucinantemente novedosa ni reveladora. Era más bien un sitio donde te encontrabas con gente y te lo pasabas de puta madre, un lugar donde si se te iba la olla no te partirían la cara. Al contrario, la gente te ayudaba. Era un ambiente muy abierto y fácil, donde no se te juzgaba.

La actitud machista del rock progresivo me resultaba repulsiva. Me encantaba Status Quo, siempre me gustará, pero el público estaba compuesto por los mismos lerdos de siempre: los mismos tipos agitando la melena. Eran todos idénticos, de la primera a la última fila. No tener tiempo para eso. No quería alistarme en una especie de ejército y sentía que ninguno de esos imbéciles escuchaba realmente el concierto. Fuera lo que fuera de lo que estuvieran disfrazados, no tenía nada que ver con la banda.

Eran estudiantes con el pelo largo y abrigos de la RAF, tipo Led Zeppelin. Esos abrigos, gruesos como mantas y con botones plateados, estaban en todas partes gracias a las tiendas de segunda mano del Ejército. A mí no me importa disfrazarme e ir un día de esto y otro día de lo otro, ¿pero asumir un uniforme como estilo de vida? Jamás.

Me divertía conocer gente afín que vestía de forma diferente. Por ejemplo, John Gray y yo solíamos ir a Canvey Island a ver a Dr. Feelgood: Wilko Johnson, ¡qué gran guitarrista! Ese tío me ponía los pelos de punta. ¿Cómo coño lograba tocar así? Increíble. Y el vocalista, Lee Brilleaux, Dios, la armónica más sucia, hortera y asquerosa que he oído en mi vida, como una mancha de albóndigas en una camisa de esmoquin. Parecía un vagabundo intentando parecer elegante. Una gran imagen. Todo lo que tenía que ver con ello estaba fuera de los cánones establecidos y la verdad es que tenían algo de mugrientos. Vestir así debe haber exigido valor, porque supongo que la sociedad siempre intenta regularte. Te dan un uniforme y una etiqueta y ya te tienen controlado. El control no me interesa. Lo quiero todo.

Por aquel entonces me gustaba ponerme trajes cruzados. Me gustaba ese look en las obras, cómo los irlandeses venían a trabajar, pues lo que en su día fue el mejor traje de los domingos era lo que se ponían para cavar una zanja. Me encantaba cómo les quedaba. En un mundo acampanado, que yo detestaba, era la alternativa perfecta. También me encantaban los trajes de los dependientes de las gasolineras. Eran de color azul eléctrico y me los ponía todo el tiempo. Consistía en una cazadora cortita con pantalones a juego y quedaba fenomenal con unas botas militares rojas con puntera de acero. El pelo al uno, pues decidí que debía ser radical; así que pasé de «col de Bruselas» a «perro rabioso».

Todo lo que tiene un origen callejero está relacionado con la falta de dinero. A veces tenía dinero y podía permitirme artículos caros, pero era solo una cosa, como un par de zapatos alucinantes que me quedaban mejor que cualquier otra cosa que pudiera tener, pero me gustaban esos zapatos: el discordante estilo del despreocupado Johnny Rotten se desarrollaba sin incidentes. Incluso me compré unas botas de plataforma, pero de las que tienen la plataforma continua, sin marcar el tacón. Eran un enorme bloque de madera. Estabas a 17 centímetros de suelo: era muy peligroso ir por Londres con eso, pero me encantaban porque eran azul clarito y azul eléctrico y pespunteadas, como los zapatos de los skinheads pero estilo intergaláctico. Peligrosos porque era dificilísimo andar con ellos y subir en las escaleras mecánicas del metro una pesadilla sin igual. Además, si un grupo de tíos quería pegarte, no podías correr. Tenías que aguantar lo que viniera y esperar que tu ingenio te sacara de la situación, lo cual era lo que solía suceder pero no siempre sucedía.

Quizás en cuestión de estilo era un adelantado a mi tiempo, pero el caso es que me puse a currarme los trajes cruzados. Pensé: «La idea es buena, pero el estilo una mierda; vamos a cambiarlo. Para empezar, le corto las solapas, naaaa, estaba mejor con ellas. A lo mejor, quitándole las mangas… Naaa, está mejor con ellas… ¡A por los imperdibles!».

3. Johnny viste como quiere

Fashion victim donde los haya, Sid había oído hablar de una tienda que se llamaba SEX y que tenía una ropa muy estrambótica y nos propuso que nos acercáramos. Encontrarla nos costó dos expediciones en las que nos recorrimos Kings Road de arriba abajo. Alguien nos podía haber dicho que estaba al final de la calle, alejada de todo. Nosotros, al ser jóvenes y estúpidos, no lo dedujimos. Pero, una vez llegamos…

Eso sería a mediados de 1975 y, por entonces, la tienda vendía ropa estilo años cincuenta, a lo rocker. Aquello era lo que daba dinero: prendas muy especiales para hombre y zapatones, los *boogies*. No obstante, en la tienda fueron apareciendo otros estilos, como alguna que otra prenda de goma tipo pervertido y máscaras a lo violador de Cambridge,[12] que poco a poco desplazaron todo lo rocker (aunque, en mi opinión, deberían haberlo mantenido).

Más que una tienda era el punto de encuentro de todo tipo gente rara e interesante. Unos meses después trabajé allí un tiempo. Venderle a Reginald Bosanquet una camiseta apretadísima de goma fue todo un subidón. Era un presentador del telediario bastante famoso. En la tienda, la gente solía preguntarte:

—¿Tú crees que me queda bien?

—¡Te queda perfecto! —respondía sin dudar.

Bosanquet era un tío enorme y parecía un brazo de gitano embutido en esa camiseta, con las lorzas rebosándole por debajo. Muy gracioso. Además, me encantó el morro que le echaba, ¡no le daba ninguna vergüenza! Eso era lo que quería y eso se compró.

Vivenne Westwood hacía los diseños y Malcolm McLaren hablaba (él elaboraba la verborrea intelectual que legitimaba la ropa). Vivienne era una típica tendera a lo Margaret Thatcher. Una dictadora absoluta.

—No puedes comprar eso si no te lo vas a poner con eso otro. ¡No te lo vendo si no te llevas el conjunto completo!

—¿Cómoooo? —pensaba yo inmediatamente.

Se me daba bien mezclar y combinar la ropa, así que a la Westwood yo le caía fatal. Nunca le gusté y nunca me llevé bien con ella. Cuando estaba en la tienda, me quedaba callado porque sabía que si abría la boca podíamos montar una pelotera en cuestión de segundos. Era una persona ridícula, pero increíblemente creativa. Sacaba provecho de todas sus obsesiones. Para ella todo tenía un significado, a veces demasiado, y ella le atribuía demasiada importancia. Una vez le dije: «Mí pensar tú proyectar demasiado». ¡Y a la mañana siguiente estaba despedido!

La máquina de discos de la tienda tenía música de grupos como los Flamin' Groovies, bandas *abstract-garage* de Estados Unidos, un par de grupos mod británicos y un montón de rock and roll, debido, fundamentalmente, a la ropa rocker. La filosofía de Malcolm y Vivienne podría resumirse en algo así: «Creemos

firmemente en los movimientos callejeros, pero irían mucho mejor vestidos si nosotros nos encargáramos de ello».

La tienda era tan descarada e inconformista que me encantaba. La verdad es que disfruté un montón trabajando allí, aunque sólo fueran dos semanas y Sid se pusiera celoso porque me habían cogido a mí y no a él. Después también Sid trabajó en la tienda. Yo pensé: «Aquí me puedo desmadrar a lo loco». Aparecía con una camiseta lila a la que había cortado dos agujeros para los pezones (¡muy repulsivo!), zapatos de chúpame la punta, vaqueros pitillo y un gran cinturón dorado que me había comprado en la tienda. La pinta era brutal.

Era un look que todas las semanas me creaba problemas con las pandas de hooligans que salían por Chelsea los sábados. Un día los hinchas del Nottingham Forest intentaron asaltar la tienda, pero me parapeté ante la puerta (mientras ésta, por cierto, se cerraba tras de mí). Cuando acabó la bronca (en realidad, una pelea de pacotilla, una farsa), Vivienne me dijo que ya me había advertido que no trajera a ese tipo de gente: o sea, que la tía me dejó colgado para que yo solo me las apañara con ellos y luego encima me culpó de haberlos llevado a la tienda. ¿Qué podía decirle? «Vale, Viv.» Así es ella.

Malcolm era increíblemente ingenioso y culto. Entendía a la perfección los dilemas de la época, pero trabajaba de profesor de lengua y literatura inglesa y en realidad no conocía ni la una ni la otra. Se comportaba como si supiera mucho, una actitud que nunca me ha impresionado. Me hace sospechar automáticamente del sujeto en cuestión y dudar de lo que dice (como, mira tú por dónde, me pasa con el actual entrenador del Arsenal, Arsène Wenger).

Curiosamente, sus libros favoritos eran novelas tipo *Jane Eyre* y no paraba de hablar de ellas. Al parecer, las había leído de pequeño con su madre y ése era el motivo principal para que le gustaran. No es que fantasease con ser una muchacha delicada o algo por el estilo, sino más bien que de niño le había faltado afecto. No se le habían dado.

Todos sus amigos contaban la misma historia. Habían ido juntos a las revueltas estudiantiles de Grosvenor Square en el 68, pero en cuanto la cosa empezó a ponerse fea, Malcolm desapareció. No tuvo inconveniente en vociferar eslóganes, pero en cuanto comenzaron las cargas de la policía, se esfumó misteriosamente. Es de lo que trata «Albatross», que escribí para PiL unos años más tarde: de su falta de compromiso, de su huida constante.

Malcolm había sido mánager de los New York Dolls cuando ya estaban acabados. Cuando aparecieron por Londres disfruté mucho porque me contaron lo que pensaban de Malcolm y ni que decir tiene que no era nada favorable. Si hay una persona que en realidad no había hecho nada en la vida, ése era Malcolm. Los New York Dolls decían que sólo aportaba ideas absurdas, que nunca les había dicho nada que fuera ni remotamente útil.

En una ocasión les vistió de plástico rojo pero a lo comunista, con martillos y

hoces por todas partes. Vamos, una gilipollez, como si eso fuera a asustar a la gente. Los únicos que se quedaron realmente asustados fueron los New York Dolls al pagar la cuenta. Cuando vi las fotos en la tienda, dije sin cortarme: «Malcolm, me recuerdan a "Back in the USSR", de los Beatles». Fui directo a la yugular. Pero, al fin y al cabo, fueron los New York Dolls los que permitieron e incluso cubrieron los gastos de ese despropósito. Nunca se plantaron ni se negaron a ponerse esa ropa. Me imagino que con tanta tontería lo que en última instancia ambicionaban era darse a conocer y hacerse populares.

La relación entre Malcolm y Vivienne era muy extraña. Todavía me cuesta creer, me parece rarísimo, que pudieran manufacturar un niño entre los dos. ¡Pero el niño era pelirrojo, así que debía de ser suyo! Vivienne tenía otro hijo de un matrimonio anterior; cuando el que tuvieron juntos era pequeño, me daba la sensación de que lo ignoraban un poco. Me daba pena el chaval. Era como una bolita, bastante rollizo. Me acuerdo de él corriendo por esa casa repleta de artilugios sadomaso y maniquíes con ropa de goma, mientras Vivienne cosía suspensorios y cosas por el estilo. Una educación extraña lo mires por donde lo mires, pero tampoco más que la mía.

Su casa era un desastre. Nadie lavaba nada jamás y el crío parecía tener hambre siempre. Eso me enervaba, aunque lo cierto es que el niño estaba enorme. Para ser justo diré que no creo que educaran mal a sus hijos porque no había maldad en esa casa… Todo derivaba del comportamiento naif, ingenuo, de Malcolm y Vivienne, su modo de proyectar su sexualidad sobre otra gente, historias que a ellos mismos no les interesaban ni experimentaban. De ahí surgía su necesidad de manipular una banda pop según sus propias ideas. De ahí, también, los problemas que surgieron con la siguiente banda que intentaron dirigir. Porque aquí, Johnny, nunca ha estado dispuesto a postrarse ante nadie JAMÁS.

Creo que fue un amigo de Malcolm, Bernie Rhodes, quien me vio entre la clientela y le dijo: «Eso es lo que queremos». No Sid, el *fashion victim* oficial, porque eso estaba muy visto. «Necesitas a alguien con un poco de brío.» Los tres éramos una panda de tíos raros que habíamos empezado a ir por la tienda: John Gray tenía pinta de tirado; Sid era el típico descerebrado, y yo, no sé cómo me verían lo demás, pero probablemente como un cabrón amargado y retorcido. Sin decir nada pero echando chispas. «*An angry yooong man*» [un joven airado], como diría Jim Morrisey.

En ese momento no se me había ni pasado por la cabeza formar parte de una banda. Fue Bernie quien lo pensó: «¿Qué me dices del tipo del pelo verde y la camiseta de "*I Hate Pink Floyd*"? Tiene pinta de cantante.» Eso pasó en agosto de 1975, más o menos. Bernie era uno de esos intelectuales-ideólogos que frecuentaban a Malcolm; se conocían de la universidad.

Era un agitador, de eso no hay duda, pero en ocasiones también una persona rencorosa y retorcida. Se lo tomaba todo demasiado a pecho. Políticamente, Bernie era de extrema izquierda, casi comunista, pero, luego, a pesar de su filiación comunista la manera en que dirigió a los Clash estaba destinada a amasar grandes

cantidades de dinero. Así que Bernie Rhodes era una curiosa mezcla.

Este rollo de los cazatalentos nos dio la reputación de ser una banda prefabricada, pero lo cierto es que Steve Jones y Paul Cook ya tenían un grupo, por lo menos desde 1971-1972. Solían dejarse caer por la tienda y Glen Matlock, que trabajaba allí, les venía bien porque estaba aprendiendo a tocar el bajo. También necesitaban un cantante, así que, a través de Bernie y Malcolm, ¡aparecí yo!

Bernie sabía muy bien cómo se podía manipular al público, lo cual dejaban muy claro las camisetas que había diseñado para ellos. Había una (que todavía hoy conservo) con un triángulo en cada lado y una línea en medio. El triángulo boca arriba contenía cosas buenas y el que estaba boca abajo cosas negativas. ¡Eso dice ya bastante de la forma de pensar en blanco/negro de Bernie! En el lado bueno, más o menos cerca del culo, está el nombre QT Jones and his Sex Pistols. Ése era su modus operandi antes de que yo llegara, hasta que descubrieron que en realidad Steve no sabía cantar y que no tenía la personalidad adecuada para proyectar la imagen del grupo.

Nuestra primera reunión fue tan horrorosa que es un milagro que acabáramos tocando juntos. Nadie se lo cree, pero tuve que hacer gala de mis dotes diplomáticas. Por un lado, quería que pensaran que yo era asqueroso y repugnante, pero por otro también quería formar parte del grupo, así que mis intereses estaban en conflicto. Me habían pedido que nos viéramos después del cierre de la tienda y yo quería, por encima de todo, que me eligieran para cantar en la banda.

Ahora que soy consciente de por qué hago lo que hago, tengo la necesidad de explicar cuál es mi visión del mundo y me lo paso muy bien haciéndolo. Cuando conocí a la banda esa primera vez, tuve que asumir todo lo que tenía dentro allí mismo y de sopetón. No había lugar para la reserva: no hubiera sido aceptable; si me iba a subir al carro de esa gente, tenía que ser completamente claro.

Me puse a cantar «Eighteen», de Alice Cooper, y otros discos que había en la gramola. Me metí por completo en el papel, me apetecía todo. Los gestos y el énfasis en las palabras estaban de puta madre, pero cantaba de pena. Un pequeño inconveniente. Para ser justos con Malcolm, fue él quien dijo «Eso se puede arreglar», lo cual me dejó de piedra, porque no era ninguna tontería. Pero tenía razón: si funcionaba todo lo demás, eso ya llegaría. Es cuestión de disciplina. Para que conste, diré que tome clases de canto, pero no fueron de mucha ayuda porque no era lo que a mí me interesaba. El *do-re-mi* me superaba, no tenía nada que ver con lo que yo quería escribir. Pero fue útil ver cuál es el enfoque de los cantantes profesionales. En resumen, que acabé encontrando mi propia forma de hacer las cosas y así di con ese tono melodioso que enamora a todo el mundo.

Luego fuimos al pub de la esquina, el Roebuck, y no había manera de que la cosa fluyera entre nosotros. Me había presentado a la entrevista, por llamarla de alguna manera, con John Gray, un tío que por entonces no había salido del armario. Pensé que quizás representaba una forma de pensar muy avanzada para ellos. Y no me

equivocaba, les perturbó profundamente. No esperaban una cosa así de lo que ellos percibían como un estudiante de arte mindundi. Les provocó mucho rechazo, un tío así de afeminado les ponía nerviosísimos. Pero John hablaba con mucho sentido común y tenía un conocimiento asombroso de todo lo relacionado con la música, casi como un bibliotecario, de modo que entre los dos conseguimos tener respuesta para todo. Eso los dejo alucinados. Glen no podía nombrar un disco raro de los Kinks que me sorprendiera, porque yo los conocía al dedillo (de siempre, los Kinks me han encantado a más no poder).

Me había tomado unas cervezas antes para calmarme los nervios y el día acabó convirtiéndose en una enorme infusión alcohólica sólo interrumpida porque teníamos que coger el autobús nocturno a casa. La verdad es que no me habían cogido. Me dije que había sido una noche estupenda y, en el autobús, estuvimos riéndonos todo el camino de vuelta, totalmente borrachos, lo cual podía ser peligroso en aquellos días. Las pandas solían subirse en el autobús y los robos y las palizas estaban a la orden del día. Pero logramos llegar a casa sin que nadie nos molestase, así que tuvimos una suerte de la leche.

No pensaba que fueran a llamar, pero el teléfono sonó dos días después. Era Boogie, el apodo de John Tiber, de la oficina de Malcolm, diciéndome que había ensayo en Rotherhithe. Así que allá que me fui y, cuando llegué, no había nadie. Se había cancelado, todavía desconozco el motivo, pero nadie se molestó en decírmelo. Y eso era muy duro para Johnny Rotten a esa edad, ir a Bermondsey Wharf y dar vueltas por los muelles, solo, sin que nadie se disculpara. Estaba furioso.

Así que les llamé y les dije adónde podían irse, lo cual fue seguido de una serie de llamadas telefónicas. Creía que la había acabado de cagar porque se pusieron a decirme que estaban muy interesados y a intentar convencerme (los empleados de Malcolm, no la gente de la banda). «La verdad es que carezco de herramientas para lidiar con este mogollón», pensé.

Se programó otro ensayo en un pub de Chiswick. No había aprendido la lección y me volví a presentar. ¿Por qué fui? Lo cierto es que estaba dispuesto a aguantar lo que hiciera falta. Yo, desde luego, no iba a rajarme y además quería avanzar un poco más. Para ser sincero, no se oía ni una sola nota afinada. Nos habíamos puesto a tocar temas que se podrían llamar mod, clásicos de los sesenta, de los Who, los Small Faces y grupos por el estilo, los típicos éxitos pop de estrofa-estribillo.

Mi única experiencia había sido la práctica en el coro, donde había perfeccionado el arte de desafinar para que me echaran. Tenía que olvidar totalmente aquello y encontrar mi propia voz, intentar no sonar como si estuviese imitando o copiando a nadie. Así es como lo enfoqué y para mí fue una tortura.

Esa noche terminó en una discusión, una buena discusión, sana, porque era sobre experimentar y hacer las cosas bien. Creo que entendieron lo que yo quería decir: que independientemente de lo que pensaran sobre mí, me dieran una oportunidad y no fueran tan maleducados. Si crees que ignorarme es muy gracioso, te equivocas,

porque no lo es. Por aquel entonces, era mejor que no te convirtieras en mi enemigo porque podías vivir para lamentarlo.

Desde ese momento demostraron ser unos cobardes. Yo era muy decidido y, pasara lo que pasara, iba a lograr que la banda funcionara. Ellos también me habían impresionado. Había un piano completamente desafinado en la esquina, un piano de pared, el típico de pub, y Steve y Paul tocaron «Good Golly Miss Molly». Steve tenía ritmo, Paul tocó tin-tin-tin después y, escuchándolos (creo que a pocos les hubiera pasado lo mismo), pensé: «Quiero formar parte de esta banda, me gusta cómo crean destruyendo».

Intentaban hacer rock and roll primitivo pero no les salía. Las notas no estaban bien, pero la estructura sí. El énfasis, la energía, fantásticas. Me encantaba escucharlos, no me importaba la discordancia ni la falta de precisión de las notas, ni tampoco, obviamente, la incorrecta colocación de los dedos… La energía era perfecta y Paul Cook siempre tenía una cadencia magnífica. Y el ritmo, la cadencia, lo es TODO. Si tu batería está desacompasado no funciona nada, porque es la base de la música. Desde ese momento, siempre me fijé muy atentamente en Paul Cook, se convirtió en mi guía siempre que tocamos.

Aquella noche me fui al Sir George Robey, en Finsbury Park, e intenté repetir lo que habían hecho. Me había fijado dónde ponían los dedos y me acordaba de la posición de sus manos. Ahora creo que son muy simples, pero en entonces me parecían alucinantes, increíbles. Era como si de repente hubiera comprendido una fórmula química.

La primera vez que vi a Malcolm no sabía si le había caído bien o mal. Nunca lo consideré un amigo ni él me entendió jamás. Probablemente me presentó a Steve y Paul para fastidiarme. Nunca he llegado a entenderlo, pero de una manera u otra debió de darse cuenta de que yo era un personaje que iba mucho más allá de lo que había sido hasta entonces la mediocre actividad de la banda. Lo que no estaba claro era hasta dónde, en opinión de Malcolm, podíamos llegar, pero me apoyó porque yo era una persona de ideas, siempre lo seré.

Yo fui el que aporté las letras y la agresividad que rompieron la insulsez y los límites que se había trazado el grupo. Sin mí, habían sido como mucho una imitación de Small Faces, probablemente un banda de pub, y a ellos les hubiera encantado. También a Malcolm, porque sentía adoración por la escena neoyorkina y, en ese momento, todo pasaba en clubes muy pequeños. El CBGB, por ejemplo, era minúsculo. Todo en plan muy delicado, «ay, somos creadores superespeciales, y nadie importa aparte de nosotros». Pues no, perdona, yo soy una atracción de feria. Me encantan los parques de atracciones, el caos, también la posibilidad de llegar y retar al mayor número posible de gente.

No lo siento, la verdad. De hecho, me arrepiento de haber utilizado la expresión «lo siento». No lo siento en absoluto. Lo que sí siento es que la mayoría de la gente

no entienda cómo cambiar y acepte sin rechistar formatos ya dados. Y Malcolm estaba completamente convencido de ello (y la banda también, aunque menos, porque él era su mentor): «Todo lo que tenemos que hacer es llevar ropa molona y parecer ridículos, así ganaremos dinero, ¿no?». Y eso es en lo que se habrían convertido. Adoro a Steve, a Paul y a Glen, pero carecen de una perspectiva general de las cosas, por lo menos en aquel momento no la tenían. Para nada.

Cuando yo llegué, QT Jones and his Sex Pistols se convirtieron en los Sex Pistols. Los ensayos para mí eran: por favor, sin altavoces. Se ponían a aporrear la guitarra y a tocar a lo loco con sus amplis y no me oían. No me conocían de nada, pero Steve ya había decidido que cantaba fatal. Yo le preguntaba:

—¿Y en qué te basas para decir eso?

—¡En que no puedo oírte!

—Pues dadme un micrófono.

Cogimos un micrófono del pub de abajo y entonces yo mismo me di cuenta de que, en efecto, cantaba fatal. Pero Paul Cook se puso de mi lado.

—Bueno, tíos, vamos a darle una oportunidad… —Paul era muy agradable y me ayudó mucho en ese sentido.

Uno podía pensar, con toda la razón: «Sois unos putos flojos, por qué no conseguís un cantante de verdad que tenga su propio altavoz, pero no pasaron de mí, no me echaron, y Paul siguió apoyándome en secreto. Yo contra el mundo. Eso me volvió aún más loco, más salvaje. Empecé a presentarme vestido con ropa que realmente me gustaba. No soy ninguna drag queen sino un hardcore total, un desquiciado, y era como si no hubiera pasado nada antes en la música, desde yo qué sé cuándo, desde que los rockers se inventaron a sí mismos. Y, por cierto, siempre he sentido una gran afinidad con los primeros rockers. La verdad es que con cualquier movimiento colectivo o callejero. Entiendo completamente de qué van, lo que son.

En esos primeros ensayos en Chiswick, me ponía mucho una chaqueta de remera. Sólo más tarde me enteré de eso. Como era de color blanco, siempre pensé que se trataba una chaqueta de críquet. Pues no. Era una chaqueta de señora que teñí de rosa accidentalmente lavándola en una vieja lavadora con unos pantalones rosa de la tienda de Vivienne. Así que escribí sobre ella un gran «GOD SAVE OUR GRACIOUS QUEEN» [Dios salve a nuestra graciosa majestad] y más tarde se me ocurrió que no sería mal título para una canción…

Teníamos que pagar todas las prendas de SEX que nos poníamos. Nos hacían un descuento mínimo y no podíamos ni rechistar. «Es absurdo, estamos haciendo promoción de vuestra ropa y de vuestra marca.» La respuesta siempre era la misma: «Pero si os hacemos descuento». Luego, algunas de las bandas que se hicieron punk nos ponían verdes diciendo que para nosotros había sido muy fácil porque siempre llevábamos ropa de Vivienne. No, hijos míos. Aunque al pagar, podía decirle lo que me gustaba y lo que no, independientemente de sus ideas sobre el buen gusto. Vivienne necesita que le digan un par de cosas de vez en cuando, si no, como todos,

la termina cagando.

Veinte o treinta libras por un jersey era mucho dinero, muchísimo, pero allí todo eran piezas única. Podía haber una colección con un diseño parecido, pero cada copia era ligeramente distinta, cada una era especial por alguna razón, pero mejor no lavarlas porque los colores desteñían y las costuras se descosían.

Las prendas de Vivienne no estaban hechas para durar. Se caían los botones, saltaban disparados por el aire como si te tuvieran alergia. Los cuellos de sus camisetas se descolgaban después del primer lavado debido al modo en que habían sido cortadas, así que una camiseta bonita acababa convertida en sujetador masculino.

Antes de los Sex Pistols yo ya había empezado a usar imperdibles, pero entonces lo hice mucho más. De hecho, en las fotografías de esa época se aprecia que siempre llevo un juego de imperdibles en el cuello. Cumplían una función: un juego de herramientas por si acaso las prendas de Viv se desmontaban.

Nunca nos sentamos a discutir la dirección que íbamos a tomar, ni con la banda ni con Malcolm. Nada ni remotamente parecido a una reunión. Nos metieron en una habitación a patadas y ¡bang, crash, zas! No importa lo que haya dicho Malcolm después, pero los únicos que estábamos en esa habitación discutiendo a gritos éramos los cuatro. De hecho, una mirada retrospectiva no le haría ningún bien a Malcolm, porque él jamás decidió ningún aspecto de nuestra trayectoria, tono o contenido y, claro, se había sentido ofendido.

Me gustaban Captain Beefheart y Can, pero eso no significaba que quisiera que la banda sonara igual. Para nada. Tampoco, eso quita para que el primer álbum de 10CC fuera lo mejor que he escuchado en mi vida y ese disco está súper estructurado. Pensaba que su perfección provenía de su contención. Pero en mi música pasaba de todo. No tenía más expectativa que lo que me diera el sonido que lograba Steve, su punto, su universo. Me proporcionaba un montón de material con el que trabajar, un caleidoscopio de posibilidades, de elementos que yo no había considerado, de cosas que no había oído en ninguno de los discos de mi colección ni en cualquier otra parte. Así perfeccioné mi estilo, a través de Steve y de sus supuestos fallos, que no eran fallos en absoluto.

Todos le daban la lata a Steve por su falta de musicalidad; yo, en cambio, le decía: «Que les den, no existen notas desafinadas. Tienes los huevos de plantarte ahí y tocar esa cosa, pues ya está bien; con el tiempo, el resto irá poniéndose en su sitio». Creía que Malcolm no hacía bien presionándolo porque lo machacaba y hacía que se comiera el coco. Steve necesitaba que le dieran ánimos, no los comentarios de Malcolm, llenos de petulancia e insatisfacción. Steve y yo nos parecemos en algunas cosas. Él también se puede desconcentrar muy rápidamente y perder el norte. Me reconozco en esas cosas suyas, son rasgos que compartimos.

Siempre tuve la sensación de que Steve era como un carterista, un ladrón de baja estofa, un embustero. Tenía un sentido lúdico muy insolente. Un personaje del que no te puedes fiar, como un pícaro dickensiano del tipo del Jack de *Oliver Twist*: «¡Y

ahora me voy a robar un par de carteras!».

Él era así, pero, por lo menos, era real. Malcolm andaba todo el tiempo detrás de él diciéndole que parecía que se había hecho la permanente. (La verdad es que yo también lo creía, porque de hecho parecía se había hecho la permanente. Parecía una vieja con el pelo rizado. No puedes llevar un tupé rizado, eso es un crimen, casi contra natura. ¡Y no queríamos un Robert Plant en el grupo!)

Steve pasó una infancia horrorosa, pero lo cierto es que todos éramos mercancía dañada, juguetes rotos. Por una u otra razón, por aquel entonces, todos habíamos estado detenidos.

De entrada, Steve parecía un guaperas, pero no era ni tan guapo ni tan listo. Quería dar la impresión de que se traía algo importante entre manos, aunque hacía todo lo posible para que no le hicieras preguntas. Además, juzgaba arteramente y guardaba las distancias, nunca se comprometía. Fuimos muy amigos, Steve y yo, hubo momentos en que nos reímos un montón, pero la verdad es que en cuanto teníamos un pequeño encontronazo nos distanciábamos.

Podía ser graciosísimo, pero no le gustaba que hubiera otro gracioso en el grupo. Y bueno, si estoy yo, es lo que hay, ¿no? Luego, la llegada de Sid fue demasiado para él. Si se hubiera molestado en abrirse, podríamos haber ido ayudándonos mutuamente; había estado genial, pero a él no le salía y, además, éramos muy jóvenes. Curiosamente, todos pensábamos que era mayor que nosotros, aunque sólo era un año mayor que Paul, no estaban en el mismo curso del colegio. Así que era la típica influencia de una persona mayor que no te apetece nada.

Glen era (y cito) «el músico» de la banda y su punto de vista consistía en lo siguiente:

—¡No hagas eso, no es música!

—¿Perdón?

Desde el principio tuvimos nuestras diferencias porque él quería que fuésemos una especie de dandis, unos tipos pretenciosos de Soho, un remedo de los mods. Eso no iba a funcionar jamás, no podíamos fingir lo que no éramos, así que me reí en sus narices: «Mira, tío, no somos dandis, así que ¿para qué vamos a fingir que sí lo somos?». Para mí tenía que provenir de una emoción fuerte, auténtica. Uno no puede fabricar una fantasía de la nada y pensar que puede personificarla y que todo el mundo va a tragársela tranquilamente. En mi opinión, eso es despreciable.

Inconscientemente, Glen nos fue muy útil. A veces es necesario un poco de antagonismo, una fuerza realmente impulsora que te lleva a esforzarte más. Cuando esta situación desconcertante comenzó a convertirse en música, fue algo extraordinario. Nuestros intentos de hacer versiones de otra gente, como los Who, eran geniales. Empecé a tener la sensación de que realmente estaba en una banda y eso me encantaba.

Podríamos (y deberíamos) haber salido juntos por ahí, pero eso no sucedió jamás. Si Malcolm aparecía por los ensayos sólo era para recoger a Steve y a Paul, y quizás

a Glen, que normalmente tenía algo mejor que hacer. Los llevaba a clubes que él mismo frecuentaba, pero desde el principio me di cuenta de que yo no estaba incluido. Así que después de las primeras negativas, nunca me molesté en volver a preguntar. Al escuchar sus excusas de mierda uno captaba el mensaje «es que no cabe nadie más…».

No creo que a Malcolm le gustara la música. Sólo era ruido para acompañar el futuro-de-ropas-exóticas que imaginaba. No comprendía su importancia o trascendencia social en absoluto. Y, la verdad, ¿por qué debería haberlo hecho? No existía nada parecido hasta que llegamos nosotros. Antes de los Sex Pistols, ¿qué significaba el que una canción tuviera trascendencia social? A lo mejor un cantante folk deprimente canturreando con su guitarra acústica. Un horror.

Un día nos reunimos en el piso superior del Tottenham Court Road. Habíamos estado peleándonos y Malcolm nos había enseñado lo que era un Bloody Mary («¿Hay un cóctel con ese nombre? Sabe genial, además te ahorras el sabor del vodka y te beneficias de todos su efectos»). Sonaba «Working Class Hero» y yo me la sabía de memoria. Dije: «Ésa es una canción con significado social, ése es mi estilo». Creo que Malcolm comprendió lo que quería decir, aunque no sé si le gustó. Ni después ni nunca volvimos a tener una conversación que se precie, aquello fue una cosa muy rara. Malcolm no era de los que mueve montañas; más bien se limitaba a reubicar pilas de purpurina.

Yo, por mi cuenta, me puse a escribir letras casi inmediatamente. Eso es lo que me daba Steve, esa explosión de energía. Para mí Steve era una especie de diamante: millones de posibilidades rutilantes, deslumbrantes, espléndidas. Cuando me dieron la oportunidad de cantar, me convertí en dinamita. Me entregué a tope. Me concentré en escribir canciones y me pasaba todo el día haciéndolo. Las palabras fluían de mi interior. Muchas cosas que antes habían estado reprimidas y que yo no había podido expresar, que yo pensaba que no tenían ni importancia ni utilidad, encontraron su lugar de repente. Fue increíble, magnífico.

Estaba experimentando con un montón de cosas. Ya no lo recuerdo, pero, al parecer, una de las primeras cosas que probé estaba relacionada el arcángel san Gabriel y con poner verde a la Iglesia católica. Quizás podríamos haber hecho algo con eso, pero la verdad es que lo que sacamos fue un concentrado de nuestra energía y esfuerzo. Todo lo demás era ganga, como los desechos que acaban en el suelo de sala de montaje. Y, si algo no se llegó a acabar, alguna razón habría.

Lo primero que ensayamos, creo, fue «Mandy». Había estado en una fiesta en casa de esa chica y daban ponche de Southern Comfort, Martini, zumo de fruta con alcohol, licor y hielo. Bebí tanto que estuve dos días durmiendo (John Gray, Dave Crowe y Sid tuvieron que llevarme a casa de mis padres). De vez en cuando, me paso. Soy una criatura de excesos estúpidos. Y, aunque soy consciente de las señales de alarma, una vez empiezo, me dejo llevar y acabo pasándome. No suelo ser muy sutil. Puede que con los años haya adquirido algo de sutileza. Pero volviendo al tema,

de eso trataba mi primera canción, que por cierto no llegamos a grabar.

En los ensayos alguien se ponía a tocar y a mí se me iba ocurriendo la letra. Hacíamos las cosas de una manera totalmente abierta y espontánea (eso, en ocasiones, soy consciente, puede ser un desastre). Pero nos funcionaba muy bien y toda la vida ha sido mi método de trabajo. Las primeras dos semanas con los Pistols siempre había alguien en una esquina tocando lo que le salía del alma, como quien dice. Yo estaba muy atento, me concentraba en ello, «¡Eso me gusta!». Escribía con la melodía en mi cabeza, ahí mismo, de pie, en ese mismo momento. Me ponía a cantar espontáneamente. A veces no puedo cantar lo que escribo, no puedo convertirlo en una canción, y entonces me pongo a rebuscar en el cerebro cualquier cosa que pueda usar, que pueda serme útil, por pequeña que sea.

«No Feelings» era un análisis satírico de la personalidad de esos rocanrroleros que van de tipos por encima del bien y del mal, pero que en realidad son unos pringados. Había muchas bandas que iban de «auténticas», que se tomaban muy en serio y que querían proyectar una imagen de gente dura. Yo, por el contrario, era totalmente sincero, no iba de duro, pero mucha gente a mi alrededor sí quería parecer algo que no era. ¡Qué embusteros! Los fantasmas siempre han sido un buen tema.

«Lazy Sod» [Perezoso cabrón], que más tarde fue elegantemente retitulada «Seventeen», fue idea de Steve Jones. La letra me mataba. Lo siento, Steve, mi intención no es humillarte; aunque quizás sí deberías haberte avergonzado, pero la letra era alucinantemente mala. ¿De dónde salían esos versos tan simplones? No eran mucho mejores que «la niña se comió la piña». Creo que el tema de la canción era sentirse víctima y no conseguir conectar con nadie. La idea no era mala, pero yo no estaba preparado para ese tipo de cursiladas, así que para cuando la vi, le dije: «¡Yo no trabajo, sólo me meto *speed*!», era lo único que necesitaba en la vida. Se trataba de actuar de una forma indudablemente antihippie, de enfrentarnos claramente a ellos. Los hippies, con sus «y ahora nos vamos todos a vivir al bosque…». Pero ¿qué tonterías son ésas? ¡A tomar por culo! No os confundáis, estoy a favor de la resistencia pasiva y entiendo que es una forma crucial de derribar imperios, pero el rollo hippy de paz y amor me resulta totalmente vacío. En el fondo no significa nada ni nunca se ha hecho nada serio en su nombre.

Cuando iba a los festivales, veía a los hippies pelearse desde sus Volkswagen por las plazas de aparcamiento y montar sus tiendas mientras se disputaban las piquetas. ¿Y ahí dónde estaba la paz y el amor? Pero entre ellos había espíritus generosos, normalmente gente que no llevaba el uniforme oficial de hippy, porque desde luego los de pantalones de campana de terciopelo, ¡ésos sí que no te echaban una mano!

En «New York», tomé a los New York Dolls como referencia y jugué un poco con eso. Personalmente, no tengo ningún problema con los New York Dolls, creía que eran geniales, pero dentro del rock británico ya había muchas bandas de hombres que se disfrazaban de zorrones. Y, luego, cuando vinieron a Londres, madre mía, qué desastre… Acabaron disolviéndose para siempre. Otras bandas de Nueva York, como

Television o los Ramones… no nos podíamos creer lo viejos que eran y lo forrados que estaban. Podían permitirse cosas que nosotros deseábamos con toda el alma, pero ellos no tenían gusto y tenían una pinta horrible. Trataban de ir más sencillos y se vestían de negro y cuero. Llevaban una pinta muy deprimente y diría que casi intentaban parecer sucios. Pero, al mismo tiempo, no llegué a conocer a ningún estadounidense que no llegara con la cartera repleta.

Nosotros éramos mejores que todo eso. Chrissie Hynde intentó ayudarme en el aspecto musical. Comenzó a frecuentar la tienda un año antes que yo, quizás dos. Vivienne y ella hicieron buenas migas, pero luego se enfadaron. Una de las frases más deliciosas que Vivienne le dijo a Chrissie fue «lo que no me gusta de ti es que siempre te dejas llevar por la corriente; pues mira, la corriente va en esa dirección», y le señaló la puerta. A Chrissie le dio un ataque de risa. Lo dijo con tanta gracia que no pudo más que decir «vale», y largarse. A Vivienne se le ocurren frases muy ingeniosas, de eso no cabe duda.

No puedo recordar el motivo de la bronca, pelea, escena, lo que fuera aquello. Pero cuando las mujeres deciden que ya no se caen bien, se arma la de Dios es Cristo. Son momentos en los que uno se siente orgulloso de ser tío, porque nosotros no llegamos a esos niveles. Bueno, la verdad es que conozco a algunos capaces de eso y más. Ya hablaremos de ellos.

Chrissie: ¡qué loca más encantadora! Nunca tuvimos una relación física pero mentalmente estábamos en completa sintonía. Respeto muchas cosas de Chrissie. Era una chica muy lista con una infancia llena de traumas y una adolescencia tremenda; una persona complicada y muy difícil, pero creo que merece más tiempo y espacio, porque sus dificultades provienen de una intensa búsqueda de respuestas. De cuando en cuando da con ellas y eso, a mis ojos, la convierte en una persona muy importante.

También es muy divertida y te lo pasas bomba con ella. Me llevaba a Clapham Common y caminábamos durante horas hablando de música y de cómo veíamos las cosas. Intentó enseñarme a tocar la guitarra. Yo me quejaba de que era zurdo, pero eso no le servía de excusa: «Jimi Hendrix era zurdo». «Qué te parece esta excusa, Chrissie. Mira, me han clavado una botella en la muñeca.» Lo cual era verdad, me tuvieron que dar puntos en dos dedos y perdí parte del control de la mano izquierda.

Una noche Paul Cook me llevó a Chiswick con unos amigos suyos. Dos de ellos se mosquearon con Paul por estar en una banda. Empezamos a pelear y se montó un escándalo tremendo. No me acuerdo muy bien porque estaba muy trompa. Nos fuimos de Chiswick andando y por fin llegamos al hospital de Hammersmith, donde me dieron puntos en la mano. Me habían hecho una raja en los dedos medio y anular que llegaba hasta el hueso. Sangraba muchísimo.

Eso es lo que pasa cuando eres zurdo. Lo primero que metes en una pelea es la izquierda. Nadie se lo espera, todo el mundo piensa que eres diestro.

Sí, soy zurdo y por eso tocar me resulta difícil, pero es que, además de eso, no tengo ni la paciencia ni el tiempo de aprender a «tocar un instrumento» (y utilizo la

expresión de forma peyorativa). Soy incapaz. De hecho, no tengo un cerebro matemático capaz de asimilar ese tipo de conocimiento. Tener éxito en el maravilloso mundo de la música (del tipo que sea) es ya de por sí un logro alucinante. He conseguido romper esa barrera y aún soy capaz de componer una canción sin esas supuestas leyes lógicas.

Para Chrissie todo era muy difícil. Es una pena que yo no pudiera pedir consejo a mis «compañeros» de grupo. Desde un principio, las cosas entre Glen y yo no marcharon bien. No tendría por qué haber sido así, pero cuando a Glen se le metía algo en la cabeza era imposible hablar con él. Malcolm pensaba que Glen era «el músico». También debió de pensar que yo aportaba algo positivo, porque un día nos llevó a los dos a un pub para que arregláramos las cosas entre nosotros y escribiéramos canciones juntos. La leyenda dice que nos dio veinte libras para que nos las gastáramos, pero nosotros no éramos tan tontos: le pedimos veinte libras por barba. Después se fue para que hiciéramos lo que nos diera la gana.

Nos reímos mucho. En ese momento nos entendimos, se abrió una tregua. Aunque éramos archienemigos, teníamos algo en común: Malcolm («¿De qué coño va ése?»). Y esa noche nos lo pasamos guai. Sabíamos que teníamos que encontrar una solución, porque éramos los únicos que podíamos mejorar la banda. Malcolm y sus acólitos no iban hacer nada, no aportaban nada desde el punto de vista intelectual. Esa noche nos llevamos muy bien y «Pretty Vacant» fue una de las ideas que se nos ocurrieron.

Al salir, Malcolm dijo: «Os voy a dar una idea: sumisión, como en el *bondage*, ¿se os podría ocurrir algo con ese tema?». Siendo como soy, me lo tomé literalmente y, para burlarme de Malcolm, le di un giro. La titulé «Submission», pero la letra decía «*I'm on a submarine mission for you, baby*» [estoy en una misión submarina por ti, baby]. Si me hacen una sugerencia, puede que me chotee o haga una parodia de ella, pero le saco partido.

Sabíamos perfectamente lo que estaba intentando hacer, utilizarnos para promocionar la nueva línea S&M de la tienda. Habían descartado la ropa rocker a favor del estilo sadomaso. Y eso Malcolm y Vivienne, dos personas que se relacionaban con el mundo de la perversión como la extraña pareja de un barrio conservador. Para ellos sólo constituía un medio para conseguir un fin, porque no formaban parte del mundo del *bondage* en absoluto. Eran unos mirones encantados de «estar manipulando» el maravilloso mundo del fetichismo, pero en realidad sólo eran dos simples tenderos, dos vendedores de ropa. Malcolm y Vivienne no se enteraban de nada. Sabíamos de sobra que, casi con toda seguridad, no les gustarían las cosas que ideábamos.

De hecho, nunca me hicieron ningún comentario sobre lo que escribía. Malcolm y yo no hablábamos. Había pasado del entusiasmo y apoyo inicial a, de repente, nada de nada, pasotismo total. Supongo que en cierto modo me veía como una amenaza para su teoría sobre los movimientos artísticos. Su interpretación de las inclinaciones

artísticas de los Sex Pistols era muy distintas de las mías y, la verdad de las de cualquiera. Yo no pensaba que necesitáramos construir nuestra imagen cuidadosamente. Para mí, las palabras ya hacían eso, al igual que yo mismo, lo que transmitía mi imagen y mi persona pública. Sólo esperaba que los miembros de la banda salieran al escenario y fuesen como a ellos les diese la gana, siempre y cuando fuera genuino y no prefabricado.

Aquella noche en el pub, Glen y yo comprendimos que teníamos que fundir nuestros puntos de vista sin concesiones con el fin de crear algo mucho mejor de lo que cada uno había pensado por separado. Creo que lo conseguimos y sé que al menos yo quería seguir por ahí y que Glen también, pero esos otros asuntos nunca desaparecieron por completo.

La gente no me cree, pero en aquellos primeros tiempos casi no veíamos a Malcolm. No aparecía por los ensayos (hay que decir que no me habría gustado nada). Que en el local haya un montón gente no mola nada, eso sí que no. Todo el mundo necesita apoyo, así que si ellos traen a sus amigos, pues yo también y serán sus amigos contra los míos. Y los míos ganarán, pero eso no nos lleva a ningún lado…

En las raras ocasiones en que lográbamos pescarlo, se limitaba a decir vaguedades del tipo «sí, bueno, sí, a ver si os consigo algún concierto».

Los primeros bolos fueron estresantes y aterradores. Como banda, siempre me sentí muy inseguro y temeroso. Era el escenario: te enfrentas al juicio de los demás. De hecho, sólo parecíamos cosechar juicios negativos. ¡Pero eso llegó a gustarnos un montón! O, al menos, a mí sí, y empecé a resentirme con el público porque nosotros éramos frescos y distintos de todo lo demás. Aunque quizás «frescos» no sea el adjetivo que la gente del público hubiera usado.

Nuestro primer concierto fue en noviembre de 1975 en la Facultad de Arte de Central St. Martin’s, en Londres. Ni siquiera la había organizado Malcolm: al parecer Glen estaba matriculado allí y él lo organizó. Bien por él: tuvo la audacia de presumir de nosotros frente a sus amigos. Estaba justo enfrente de donde ensayábamos, en Denmark Street, pero eso hizo que no pareciera un bolo de verdad. (He de decir que alquilar ese sitio fue una ocurrencia genial de Malcolm, pues estaba justo al lado de Soho, en el centro de la ciudad.) Sólo tuvimos que cruzar la calle con nuestro equipo, unos cuantos pasos y… ¡bingo! No es precisamente como te imaginas que va a empezar tu carrera musical.

Ni que decir tiene que estábamos nerviosísimos, completamente aterrados de lo que estaba a punto de suceder. ¿Acabaría aquello con nosotros o nos haría más fuertes? ¡Es un alivio cuando pasa y te das cuenta de que te ha hecho más fuerte! Aunque probablemente esa noche ninguno de nosotros lo sintió así.

Éramos los teloneros de Bazooka Joe, una banda horrible, tan horrible como su nombre (el de un chicle americano, a quién se le ocurre: así no vais a ningún lado,

chicos). Además, iban todos conjuntados y llevaban zapatillas Converse blancas de baloncesto. A pesar de que Adam Ant era el bajo del grupo, no era de extrañar que les disgustara el tipo de música que hacíamos.

Nunca había cantado más de quince minutos seguidos. Esa noche fueron más de doce, con los nervios y todo. Y, si contamos los Strepsils que tuve que mascar para suavizar la garganta, se quedan en diez. ¡Y luego repetir todo otra vez para llenar la media hora!

Enseguida me di cuenta de que dependía completamente de mi ego y de que la resistencia era vital, no en el sentido de «Yo corro diez kilómetros sin problema», nada de eso. Era resistencia mental, aguantar a pesar de los dificultades que surgieran, echar el resto, tener la suficiente confianza en uno mismo para salir victorioso. ¡Y eso sin el entrenamiento ni el aprendizaje necesario!

Cuando me pongo a pensar en ello, me doy cuenta de que indudablemente los ensayos nos habían servido de entrenamiento. Algo sacamos de ellos y lo subimos al escenario y, al final, reprodujimos frente al público lo que hacíamos en el local. ¿Cómo lidiar con los primeros abucheos? Pues de una manera positiva, sin acojonarse. Al respecto, creo que saqué de apuros a la banda en más de una ocasión. Cuanto más negativa era la respuesta del público, más positiva era mi reacción. No me importaba bromear con el público. En el mejor de los casos, intercambiaba algunas frases con los asistentes, aunque la mayoría de las veces el intercambio se limitaba a un simple «¡jódete!».

Entré en una especie de trance para intentar acostumbrarme a todos esos extraños que nos miraban y parecían estar juzgándonos. Me sentía muy protector del grupo. No hubo literalmente ni un aplauso (el silencio es dorado)[13] y al final se montó una bronca monumental. Casi siempre se montaba, Dios sabrá por qué. La mayoría de las peleas eran por otras bandas. A menudo estaba el típico hijo de puta que, por putos celos, empezaba a gritar: «No sabéis tocar, esto es una mierda, esto no es música», y toda una sarta de clichés. Ahora casi me parecen pintorescos, pero en aquel momento nos los tomábamos como insultos.

Después del bolo, me fui a casa, no podíamos hacer nada. No teníamos dinero, no lo celebramos yendo de bares y nada de «uno para todos y todos para uno», ni de coña. Sentí que me sumergía en un largo, aburrido y solitario trayecto en metro. Puede que estuviera con amigos, pero estaba totalmente ensimismado. De hecho, estaba con amigos, pero yo no podía conectar con ellos. Estaba muy preocupado por las cosas que no habían ido bien, obsesionado por cómo podía hacer que la próxima vez salieran mejor.

Después aquello, y durante los siguientes meses, tocamos en todas las escuelas y universidades que pudimos, tanto en Londres como en los alrededores. Me di cuenta de que los estudiantes no eran el polvorín de rebeldes que nos habían hecho creer. De hecho, eran bastante conservadores, pero estaban forrados y se gastaban el dinero en cualquier cosa.

Esos conciertos nos sirvieron para reunir el suficiente dinero para mejorar el grupo. Como las aplicaciones gratis que te descargas en el móvil (vídeojuegos y cosas por el estilo), que te enganchan, pero que para subir de nivel te hacen pagar. Así es exactamente cómo funciona una gira: tienes que ganar más y por eso trabajas más; pero, para trabajar más, tienes que comprar el equipo necesario para sonar mejor, así que tienes que ganar más. En resumen, que a final de mes con suerte te quedan veinte libras para vivir: no te queda más remedio que sobrevivir con eso.

Nos encantaban los bolos en las universidades porque había bocatas gratis. Tocábamos para gente a los que no les gustábamos y nunca les gustaríamos, que no entendían lo que hacíamos, que no aplaudían y que ni siquiera tenían el coraje de abuchearnos, pero que, oye, nos mantenían bien alimentados.

En High Wycome, fuimos teloneros de Screaming Lord Sutch. Para mí fue muy emocionante porque siempre me habían encantado. Ese tío era la bomba, había comprendido lo que era el reggae en un momento en que estaba totalmente prohibido. Y ahí estaba él: absolutamente perfecto. Me parecía increíble tocar en el mismo bolo y poder saludarlo. Pero su respuesta fue nula. Me dijo «No entiendo en absoluto lo que hacéis» y se dio la vuelta.

En esos primeros momentos, los desafinados de Steve me parecían geniales porque a él no le cortaban el rollo en absoluto, el tío seguía tocando. No le entraba el pánico ni pensaba que estaba fuera de lugar sino que lo mandaba todo a tomar por culo y seguía como si tal cosa. Si me pongo a pensarlo, el ritmo es lo que importa, no las notas. Es más emocionante, más interesante, porque te permite cambiar la forma cuando quieres. Te ayuda a desarrollar tu oficio mucho más que unas lecciones de canto con Tona de Brett. Tras esos inicios, me acostumbré a tomarme los bolos muy en serio y a tener muchísimos. Luego, enseguida, llegaron las prohibiciones y tuvimos que irnos a tocar al extranjero.

Nunca quisimos ser sólo un escándalo o parte de las noticias de cotilleo de los periódicos. Malcolm no aguantaba que tuviéramos buenas críticas: «Eso no es lo que queremos. ¡Necesitamos que esos carcas de mierda nos odien!». Pero en eso los cuatro estábamos de acuerdo: nos gustaban nuestras canciones y queríamos que funcionaran. Si sólo…

Hermosa vergüenza

Así es como lo explicaría si fuera un crítico de salón, aunque hasta eso me da flojera: mi experiencia en todo lo que tiene que ver con el ejercicio físico es nula. Como han señalado muchos de mis amigos, casi no sé andar y no corro aunque me maten.

Mi conocimiento táctico del fútbol es casi inexistente. Me quedo en blanco cuando la gente se pone a hablar de formaciones y jugadas maestras. El sobreanálisis del fútbol es sin duda uno de los problemas del mundo moderno, una aportación de la

clase media y, sintiéndolo mucho, una imbecilidad. Los jugadores deberían ser capaces de jugar en cualquier posición y en toda el área del campo. Si no, ¿para qué coño se han metido en el fútbol? Tener un jugador que no sabe hacer un pase, regatear o chutar (y, de ésos, mi equipo, el Arsenal, ha conocido unos cuantos) es completamente inútil.

El fútbol, después de todo, no es más que un juego. Es de esperar que haya caos en el campo. Por mucho que uno se empeñe en tener todo planificado, eso es lo que hay. No importa quién da la patada a la pelota: hay un cincuenta por ciento de posibilidades de que caiga en un sitio y otras cincuenta de que caiga en otro. Me importa una mierda si se les paga demasiado o demasiado poco: todo se reduce a lo mismo. Puedes volverte loco delineando una estrategia o te puedes comprar los mejores jugadores, pero quizá eso no te funcione. A veces es resultado de la mezcla de personalidades del vestuario y la confianza que el entrenador inculque en ellos. Eso es lo que hace que un equipo alcance el éxito y que sea emocionante verlo jugar. Lo bueno del fútbol es que, si tu equipo está jugando bien, puedes disfrutar incluso si pierde. (Bueno, aunque, no del todo: ¡por favor, dadme aunque sea un gol chapucero!)

Llevo siendo del Arsenal, que era el equipo local por Finsbury Park, desde chaval. Solía juntarme en el fondo norte, la grada del Arsenal en el antiguo estadio de Highbury, con un grupo de chicos. Ése era nuestro territorio, nuestra mansión. El Arsenal es ante todo un equipo antirracista, entre sus seguidores siempre ha habido mezcla de razas y credos. Es una pena ver en qué se ha convertido hoy el fútbol, con todos esos niños pijos de clase media y todo eso, cómo se ha confundido por completo. Todo lo que tenía de bueno ir al campo de fútbol ha desaparecido. Desde los cánticos hasta el ambiente… Todo se ha convertido en algo más bien hueco.

En el campo, no entiendo toda esa basura sobre el marcaje por zonas, etc., el formato en el que juegan es muy confuso. ¡Venga ya! Si tu obsesión por la alineación hace que dejes áreas muy amplias sin marcar, te acabarán cogiendo por sorpresa. Y si tienes defensas débiles y lentos, morderás el polvo. El fútbol es el tipo de deporte donde, aunque tu equipo esté jugando fatal, puedes llegar a descojonarte de risa e incluso a esperar con emoción la siguiente y trágica derrota. Yo no soy así con nada más en el mundo. El fútbol logra de mí algo hermoso y genial. Es el teatro de las emociones y no de los sueños.

La mayor alegría de un aficionado al fútbol es que, al final, no hay ninguna alegría. En otras palabras: todo puede ir siempre a peor. Hace años, cuando el West Ham descendió a segunda división, sus seguidores se pusieron a cantar: «Qué será, será, nos vamos con los del Buuuuurnley,[14] que será, será», con un sentido del humor fantástico. En el fútbol perder es la hostia de doloroso y, cuando ganas, la sensación no dura lo suficiente. Los pubs cierran demasiado pronto y se acabó. Todo el mundo se va a casa y tú te quedas ahí solo ¡Arrrrrgggggggggg! Es como intentar sobrevivir a las aplicaciones del iPad. Son tan frustrantes que se deberían llamar

«fútbol». Te decepcionan sí o sí y, para cualquier cosa, hay que pagar.

Jugar bien es ver que el equipo se lo está pasando bien, que van a por ello y que están entregados al cien por cien. Ganar, perder o empatar en realidad da igual. Es como un bolo: siempre ganas algo, siempre pierdes algo. Pero cuando los ves bajar la cabeza o ser lentos e incapaces de hacer una buena entrada o de tener una idea interesante, es muy mediocre. Te deja chafado.

Ahora vivo lejos de Finsbury Park y no consigo seguir el calendario de partidos. Todos los sábados por la mañana, al alba, llamo a Rambo, que también vive en Estados Unidos, veinte minutos antes del partido, muerto de pánico, intentando averiguar si lo ponen en la televisión por satélite. Me cabrearía mucho perdérmelo aunque tuviera que aguantar la tortura de ver al Arsenal derrotado.

Cuando estoy en Londres, no me gusta ir a los palcos de los famosos. Nunca me han invitado y tampoco iría. Me gusta mucho más verlo en el pub con la gente, con aficionados de verdad y poder escuchar las conversaciones. El fútbol es fantástico en eso: oír lo que dice la gente, los chistes, el humor, algo que considero genuinamente británico.

Ahora una entrada para ver al Arsenal cuesta 75 libras. Por ese dinero tendrías que tener derecho a meterte en la cama con todas las mujeres de los futbolistas. Prefiero ir a ver a un club pequeño como el Torquay United. ¿Qué puede costar una entrada? ¿Veinte libras? Es el precio de un masaje, ¡incluso con final feliz!

4. En el infierno

El tema de los Sex Pistols en el Reino Unido se ha tratado hasta la saciedad, aunque la mayoría de las veces de forma incorrecta. Todo el mundo ha tenido algo que decir sobre lo que éramos y lo que no éramos, hasta el punto de que a ninguno los cuatro nos quedan ganas de discutirlo. Si la gente es tan imbécil como para creer las versiones de otros sobre lo que vivimos, pues muy bien. No tiene ningún sentido que intervengamos. El trabajo es lo que cuenta.

La banda eclosionó de una forma muy rápida y agresiva y, en muy poco tiempo, se convirtió en la más potente del mundo. Recuperarse de eso es bastante difícil, también asimilarlo, porque fue un proceso muy dinámico durante el cual traspasamos todos los límites imaginables. Supuso una apertura de mente por el que todas las puertas que habían permanecido cerradas acabaron abriéndose. Pero, lamentablemente, para muchos esas puertas fueron sólo de ida y vuelta, puertas giratorias (*open and revolving*, una referencia a una canción de PiL).

Los Pistols fueron una unión alucinante de un grupo de personas que se detestaron nada más verse, que recelaban unos de otros y que, sin embargo, sacaron el mejor provecho de estar juntos. Un viaje, un torbellino de ideas. Había muchas cosas que me habían estado rondando la cabeza durante años pero que no sabía cómo organizar ni exponer, así que para mí los Pistols fueron una oportunidad fantástica: de repente, todo tenía sentido. Al parecer, era flipante que la letra de «Anarchy In The UK» se la hubiera inventado un chaval de sólo veinte años. No lo digo en plan creído. Me refiero, más bien, a que en aquel momento no tuve ocasión de tomar distancia y de calibrar lo que estaba haciendo porque todo era demasiado frenético, demasiado rápido. Pasaban cosas todo el rato y mi cerebro parecía implosionar por la presión. Si escucho esa canción o cualquier otra de ese momento, me sorprende que se me ocurrieran esas frases. Provienen de muy dentro de mí y son plenamente sinceras.

En aquellos días, vivir en Reino Unido era como haberte quedado en la década de los cuarenta: penuria energética, cortes de electricidad, calles llenas de bolsas de basura… El país había contraído una gran deuda por la guerra y, a diferencia de Alemania, que se reconstruyó a base de ayudas, Inglaterra, como había ganado, nada de nada. Una importante lección: la guerra acarrea el desastre económico. Los que sí ganan dinero son los fabricantes de armas y las grandes compañías. La industria petrolífera se beneficia enormemente de las guerras. Ésos son los que más se benefician. De nosotros se espera que funcionemos como buenos escudos humanos.

Cuando mi tía vino a vernos desde Canadá, como había leído artículos en la prensa sobre el racionamiento, se ofreció a enviarnos paquetes de comida desde allí. Nunca lo olvidaré porque mis padres se pusieron furiosos: «¡Nunca, jamás! ¡No queremos caridad!».

Esa situación me empujaba hacia posturas revolucionarias. Sabía perfectamente que las cosas iban muy mal y que eso, de algún modo, era el combustible que

alimentaba lo que hacíamos. Teníamos la clara sensación de que nos estaban desperdiciando, de que éramos una generación cuyo potencial se estaba echando a perder, se estaba ignorando. Y aguantarlo era duro y deprimente, pero también sentíamos que todos estábamos en el mismo barco. Y lo malo es que parecía que no podíamos hacer nada. Ése es el carburante de lo que se con el tiempo se convertiría en el movimiento punk.

Con los versos de apertura «I am an antichrist / I am an anarchist» [soy con anticristo, / soy un anarquista] no es que intentara convertirme en el demonio ni nada parecido. Nunca se me pasó por la cabeza. En absoluto: surgía de algo que yo sentía muy profundamente. Pensaba que se me vería como una víctima del entorno, que les ayudaría a identificarse conmigo y que en respuesta me llegarían oleadas de amor y de alegría. ¡Os lo juro! No creía que se me percibiera como un impertinente hijo de puta. Ése no era mi rollo y, desde luego, tal y como yo lo veía, no se trataba sólo de *mí* sino de *nosotros*. Teníamos la oportunidad de decir cómo eran las cosas y había que aprovecharla, ¿no?

Al mismo tiempo, todo el mundo a nuestro alrededor no paraba de decirnos: «¿Y por qué no escribís una balada? ¿Y por qué no sacáis un súper éxito? Sería genial, la gente os adoraría». Y nosotros: «¿Qué pasa, es que no nos adoran ya?». El sector comercial del negocio me sigue dando ese tipo de consejos y os puedo asegurar que son tonterías.

En el verso «I wanna destroy passers-by» [quiero destrozar a los transeúntes] (ya lo sé, soy pura cortesía) me refería a ese tipo de personas indolentes que no aportan nada y se pasan el día quejándose. No hacen nada por sí mismos ni por los demás. Los llamo la «mayoría moral no participativa». Pero pensé que la palabra «transeúnte» lo expresaba mejor, que era más directa y que en vez de utilizar cuatro palabras podía decir lo que quería con una.

«Your future dream is a shopping scheme» [el sueño de tu vida es una tarjeta de crédito]. Ese verso ha demostrado ser bastante acertado. El mundo de hoy funciona así, ¿no? Lo veíavenir.

Las referencias a la U.D.A. (Ulster Defence Association) y al I.R.A. (Irish Republican Army) no tenía tanto que ver con el terrorismo y los chanchullos políticos que se traían en Irlanda sino con la idea de que nuestro «Reino Unido» no lo estaba tanto, ¿no? Todas esas intrigas políticas de «Divide y vencerás». Siempre he pensado en Reino Unido como un conjunto de buenas personas que se llevan bien, no como el «Imperio». No creo que con mi actitud promoviera el colonialismo británico: todo lo contrario.

Pero tampoco soy anarquista. Estoy convencido de que las palabras pueden tener mayor efecto que la detonación de una bomba en un supermercado. La palabra escrita es algo muy poderoso; las letras no estaban entonces muy consideradas, al menos no en la música pop hasta que llegué yo. En mis canciones no hay rencores personales ni maldad. Sólo trato de exigir claridad a los políticos. Mientras sepa lo que hay, lo que

esperas de mí y lo que yo espero de ti, todo va bien. No voy a ser el chivo expiatorio de nadie. Y una cosa está clara: si tu causa no vale la pena, me sumaré a tus contrarios.

A medida que íbamos progresando y me empezaban a salir canciones de ese tipo, me sentía cada vez más involucrado, más comprometido, a pesar de los mosqueos de Steve. Steve estaba enfadado todo el tiempo y a menudo se descolgaba la guitarra y se largaba. Paul me decía: «Bah, no te preocupes, él es así, ese cabrón tiene muy mal genio». Veía por el rabillo del ojo como Steve decía: «Dios, ese tío no tiene ni idea de cantar, no es bueno», sin darse cuenta de que *él tampoco sabía tocar* y de que cada uno hacíamos lo que buenamente podíamos. Habíamos estado juntos, ¿qué?, ¿seis meses?, y ya habíamos decidido que todos éramos una mierda.

En realidad, los otros tres miembros del grupo eran para mí una enorme fuente de inspiración. Estaba profundamente impresionado. ¿Y qué coño importaba la musicalidad? Lo que estábamos intentando hacer, entre un océano de bandas pijas, era valiente. Siempre me encantó la forma en que Steve Jones tocaba la guitarra. Hay un punto en que parece que la guitarra está a punto de desmontarse, pero luego logra recular, lo cual me resulta fascinante. Lo más parecido que me viene a la mente es Neil Young en *Zuma*: la canción parece colapsar y es ahí, precisamente, donde alcanza su punto más dinámico. Y para mí era genial poder integrarme en ello. Me salían estrofas enteras casi instantáneamente. La forma de tocar de Steve me permitía hacer muchas cosas distintas, aunque no creo que él se diera cuenta. Me da la sensación de que él nunca comprendió lo mucho que sacaba yo de su forma de tocar. Le estoy profundamente agradecido, a pesar de su desprecio (que, en cierto modo, podría verse como la guinda que corona el pastel).

El ritmo de Paul Cook era asombroso, siempre lo ha sido. A Paul no le gustaba tocar los cojones, él era pura estabilidad, y yo contaba con su respaldo. Cuando la cagaba en el escenario, Paul me lo hacía saber con crudos comentarios que me bajaban a la tierra. Las pullas de Glen y de Steve, por el contrario, me entraban por un oído y me salían por el otro. Paul me decía lo que debía limar y corregir.

Enseguida me di cuenta de que Paul se dejaba influenciar mucho por Steve. Steve le pedía a Paul que me preguntara si creía que una idea era mejor que la otra. Y yo, cuando me venía con ésas, me burlaba de él, lo cual generaba mal rollo entre Paul y yo. Él pensaba que yo le estaba mandando a la mierda, pero no era así: a quien estaba mandando a la mierda era a Steve, que lo manipulaba. Paul era un tío legal con el que me llevaba bien. El conflicto surgía cuando Steve o Malcolm le comían laoreja.

En el grupo todos éramos unos bichos raros. Paul era una persona tranquila, no le gustaba montar pollos sino que era como mi padre, callado y conciliador. No sé lo que pensaría Paul. No le gustaba llamar la atención. La combinación de esas cuatro personalidades hizo que el grupo fuera lo que fue. Y, para ser justos, si todos hubieran estado tan pirados como yo, se habría ido a la mierda enseguida. Si hubiera podido

hacer sólo lo que me daba la gana, habría sido un desastre total: no sé si tengo límites, pero siempre estoy dispuesto a averiguarlo.

Creía que ya había encontrado mi propia voz, pero sólo me oí de verdad la primera vez que utilizamos altavoces, que fue en el concierto con Eddie & The Hot Rods, en el Marquee. Me quedé de piedra, hasta me cargué «accidentalmente» uno de los altavoces porque no aguantaba oírme. Nos peleamos por eso, por haber sido tan imbéciles como para dejar que me oyera.

Ellos me decían que contara los compases pero yo no tenía ni puta idea de a qué se referían. O «¡entra en el [acorde] G!». Y yo «¿qué?», ni puta idea de todo eso, aunque sabía de música un montón, y no sólo de su estructura.

Era fascinante, como enfrentarse a un mecano por primera vez. ¿Os han regalado alguno por Navidades? Abres la caja después de haber visto las fotos que hay en la tapa con todas las cosas que puedes construir y no tienes ni idea de por dónde empezar. Para mí eso es lo que supuso entrar en los Pistols. Tuve que encajar las piezas a toda pastilla y ponerme aldía.

Steve, Paul y Glen hicieron cosas alucinantes por mí y por eso los querré hasta que me muera. Que digan lo que les dé la gana de mí, como si quieren ponerme verde, creo que están en su derecho, como todo el mundo que ha trabajado conmigo. Creo que eso siempre es positivo. Por lo menos averiguas enseguida lo que pasa y, si es así, no vuelves a trabajar conellos.

El local de Denmark Street debería haber sido nuestro cuartel general, pero como Steve no era bien recibido en casa de su madre y no tenía donde vivir, se quedaba allí. Por eso, de alguna forma se convirtió en su apartamento y siempre que nos pasábamos para ensayar parecía que lo molestábamos. El local era muy oscuro. Las paredes estaban desnudas y pintamos en ellas dibujos guarros. La mayor parte del tiempo la invertíamos en ser bordes los unos con los otros y en sacarnos de quicio. También teníamos la esperanza de que si Steve se concentraba en la banda, dejaría de robar. Pero dioigual.

Era muy difícil llegar a Steve cuando estaba de mal humor. Sólo Paul lo entendía. Se le daba bien hacer putaditas cuando le entraba la rabia y Paul se las tenía tragar igual que todo el mundo. A todos nos tocó aguantar alguna que otra broma, alguna de ellas muy peligrosa. Típico de tíos de esa edad. Hombres jóvenes a la fuga.

En cuanto a Malcolm, le hubiera encantado que yo no fuera tan bocazas porque quería congraciarse con la gente «guai» del mundo del arte. Uno de los primeros bolos que nos consiguió fue en el *loft* de Andrew Logan. Se llamaba Valentine’s Ball. Era un lugar extraño, fantástico para tocar, pero no les caí bien. Quizás metí la pata con algo.

Malcolm anhelaba participar en ese tipo de gilipolleces y era capaz de arrastrase por ello. Le chiflaban los famosillos de pega, personas autocomplacientes y seguras de su propia importancia. Artistas malos y escultores pretenciosos. Todo muy «artístico» y muy falso. Malcolm y su grupito no eran más que unos capullos medio

hippies que iban de artistas. Ni más ni menos. Su ropa podía ser diferente, pero su mentalidad seguía siendo igual de banal y mezquina. Era una pandilla que se chupaba el culo y no hacía nada, no generaba nada ni ofrecía nada. Estaban tan ensimismados y fascinados con ellos mismos que habían perdido el contacto con la realidad. Una realidad en la que yo estaba firmemente anclado.

En los grupitos del Londres «guai» no hay lugar para personas como yo. La verdad es que lo agradezco porque ese torbellino puede tragarte con mucha facilidad. En un abrir y cerrar de ojos te ves dedicado exclusivamente a tu arreglo personal y a la autocomplacencia y acabas pensando que en eso consiste disfrutar de la vida. Me temo que no es así. Esa gente es superficial y despectiva. Sólo tienen alabanzas para ellos mismos y para sus pares, lo cual refleja su estrechez de miras y sus limitaciones. No entienden cómo funciona el mundo real porque todo tiene que estar al servicio de sus propios intereses. Eso es lo que yo descubrí. Desde fuera impresionan un montón: «Mira esa gente, qué ropa y qué forma de vivir tan loca, el sexo debe de ser genial». Qué queréis que os diga, son burgueses de barrios residenciales.

Malcolm era el eterno estudiante de Bellas Artes, aunque nunca vi ninguna obra suya. Se rodeaba de gente como Jamie Reid, un artistilla dedicado al aspecto comercial del arte, como la presentación de producto y el merchandising. De la pandilla de Malcolm, Jamie era uno de los que mejor me caían, igual que Sophie Richmond, su asistente. Sophie era una persona taciturna («Todo es horrible y estoy cansada y deprimida»). Me divertía estar con alguien que parecía siempre tan desanimado. Nada de lo que ocurría en el mundo podía hacerla sonreír. Espero que lea esto, porque seguro que le saco una sonrisa.

Malcolm alquiló una oficina en Oxford Street. Tenía dos habitaciones y siempre estaba encerrado en la trasera. «¿Qué pasa, Sophie?» «No lo sé, se ha vuelto a encerrar.» La mayor inversión, aparte de la instalación del teléfono, la mesa y la silla, fueron los cerrojos dobles que puso en su puerta para que no entrásemos. Allí se escondía, acojonado, para no lidiar con nada ni con nadie. No quería que nadie interfiriera en sus planes secretos. Tampoco comentaba sus ideas con nadie porque sabía que probablemente la gente se burlaría de ellas. Como era una persona egoísta e irracional, supongo que intentaba evitar tener que defender lo indefendible. Quizás pensaba que su comportamiento, su eterna inconstancia, era artística. Pues no lo era. Más bien era *autista*, diría yo, y provocó muchos conflictos entre nosotros.

Tuvimos muchísimas de peleas. Hubo una en un pub de Kensington, el Nashville. Tocamos dos veces allí y la segunda había un ambiente horrible. Vivienne abofeteó a alguien del público y eso degeneró en una bronca descomunal. Glen se puso en plan «o él o yo». ¿Y sabéis qué? Al final fue él.

Desde que nos conocimos, Glen y yo hemos tenido muchos motivos para resentirnos y emparanoyarnos. Yo habría preferido que no fuera así, porque la verdad es que me cae bien. Lo digo en serio. Bueno, vale, sólo a veces (ja, ja). Lo entiendo, pero para mí no es ni nuevo ni interesante. No creo que sea una persona oscura ni

malvada. Sólo quiere vivir en un mundo feliz en el que la gente se lleve bien. Pero, desgraciadamente, para nosotros, ese mundo feliz tiene que ser como él dice y eso es inaceptable.

También había otros problemas. Corría el rumor de que querían que nos pareciéramos a los Bay City Rollers, pero a mí nadie me había dicho nada. Luego se me propuso solapadamente a través de Malcolm, pero a mí no me apetecía nada. Por contra, las letras se hicieron cada vez más crudas. Aún no sabía que Steve era analfabeto, así que interpretaba como dejadez su falta de interés en las letras. Pero lo cierto era que no se enteraba de nada. Él único que las leía era Paul Cook, y a él le encantaban. A Glen sólo se le ocurría decir que no encajaban con la música o que estaban desacompasadas. Yo pensaba «no te jode, ¡y tú también!». Pero nunca hubo violencia entre nosotros. Tuvimos nuestros roces, pero nada brutal o desagradable.

Todo se podía haber ido al carajo, pero perseveramos y funcionó un tiempo. Metimos muchas horas y eso es algo de que nadie ha tenido en cuenta. Curramos un montón sin ganar un duro. Una de las personas que sí se dio cuenta fue Chris Spedding, por entonces guitarrista de Brian Ferry. Invirtió gran parte de su tiempo libre enseñándonos unas cuantas cosas. Por ejemplo, nos llevó a un estudio de grabación en condiciones y nos ayudó a grabar una maqueta fantástica. Nos mostró las posibilidades que teníamos.

Ya habíamos hecho otras maquetas con un par de hippies que tenían varios amplificadores, pero, claro, no tiene nada que ver con estar con alguien que se dedica a grabar discos y que te enseña cómo se hacen las cosas. Fue fantástico y nos llevó a comprometernos todavía más.

Malcolm no tenía ninguna estrategia pensada. Todo era por casualidad: «Hala, haced lo que os salga». De vez en cuando, cogía el teléfono y hacía una llamada (ni siquiera la hacía él sino Sophie). Eso no es tener una estrategia. Malcolm tenía la virtud de molestar a todo quien se le acercaba. Muchos agentes lo echaban de sus oficinas, uno hasta le pegó. No les gustaba su arrogancia, su tonito de superioridad, su superficialidad. Uno puede ser estirado y respetuoso. Esos tipos no querían invertir en lo que percibían como un chulo y un capullo.

Nos consiguió mogollón de conciertos en el norte, pero, por ejemplo, nos contrató para tocar en una reunión de rockers de Barnsley, lo cual no fue muy brillante por su parte, ¿no te parece, Malcolm? Podría haber sido una noche mortal. Si estás en el lugar equivocado con el tipo equivocado de gente, la noche se puede convertir en una batalla campal. Por entonces, sólo teníamos preparado unas cuantas canciones que duraban quince minutos y que tocábamos dos veces. Los de Barnsley eran unos rockers violentos y maduritos. Estaban intentando recordar su juventud y nosotros, la nueva juventud, no íbamos a aguantarlo.

Scarborough, la noche siguiente, fue alucinante: ¡nos odiaban a muerte! Como no era temporada alta, sólo había lugareños local. En el mar se había desencadenado una tormenta brutal, llovía a cántaros y hacía un frío de perros. Podíamos ver el océano

desde el escenario porque la pared posterior del club estaba acristalada.

Frente al escenario había una masa compacta de unos trescientos cenutrios hasta arriba de cerveza, probablemente pensando: «¿Vais a estar a la altura, pringados del sur?». Yo intentaba cantar mientras golpeaba a la peña con el extremo del micrófono, la parte de hierro que lo sujeta al suelo. Y, una vez me puse a ello, no me salté ni una nota y continué cantando como si tal cosa. De repente la gente que supuestamente era nuestra enemiga empezó a interesarse por el concierto y a prestar atención. No estábamos ahí para meternos en una bronca de mierda sino para algo más. En esas ocasiones, terminas haciéndote amigos porque tienes los huevos de plantarte y de cumplir y eso inspira respeto.

Cada bolo era una batalla pero conseguíamos llegar hasta el final. La prensa musical comenzó a cubrir la «violencia» (como ellos lo llamaban) de nuestros conciertos. Pues deben de haber tenido que indagar mucho para descubrir esos incidentes. Vete a un concierto de Justin Bieber y ya verás cómo hay peleas entre el público. Es de esperar. Si hay un montón de gente en el mismo momento y en el mismo lugar, puede haber bronca.

Nunca, nunca, nunca, jamás he predicado la violencia. Vengo de un contexto de clase obrera muy heavy donde la violencia estaba a la orden del día. Es posible que la enfermedad que tuve de niño me hiciera ver otra salida.

Sí, quizás he dicho cosas en el escenario, pero ¡por favor!, eso era pura verborrea y no se puede confundir con amenazas reales (a no ser que estén intentando matarme, pero seguro que entonces tengo algo más serio de que decir). Me gusta el toma y daca. Me gusta responder a la gente que me grita en los conciertos. Se establece una conexión. Son seres humanos intentando decir «hola». No pretenden ser ofensivos, aunque algunos comentarios pueden rozar el insulto.

A veces se producen verdaderas cagadas. En ocasiones, alguien del público te detesta a más no poder y no hay otra salida que enfrentarse directamente. Lo último que se debe hacer es abandonar el escenario porque la gran mayoría de la gente ha ido a verte actuar. Pero no puedes evitar la confrontación cuando es necesaria.

A causa de estas chorradas, llegó un momento en que nadie nos contrataba para tocar en su club excepto Ron Watts, del 100 Club. Me caía muy bien. Su bagaje era el jazz. Era un club de jazz, pero era un tío muy abierto y le daba una oportunidad a cualquiera, «George Melly o Sex Pistols, ¿cuál es la diferencia?».

No creo que Malcom le cayera muy bien, pero, bueno, no le caía bien a mucha gente. Llegaba con su pomposa actitud de «su alteza real» y conseguía ofender tanto al personal como a los dueños. Siempre se estaba dando el pisto, lo cual lo dejaba en ridículo no sólo ante los extraños sino también ante nosotros. Steve Jones se descojonaba. Esos dos tenían una relación extraña. Steve no quería hacer nada sin la autorización de Malcolm, pero luego se pasaba el día burlándose de él. Me parecía muy retorcido, pero a Malcolm parecía gustarle (¡imaginaos!).

Yo no quería gastar energía siendo sarcástico con Malcolm. Cuanto más me

mantuviera al margen, menos probabilidad habría de que me soltase una fresca tipo «John, lo que deberías hacer es…». Malcolm me ha hablado así sólo una vez en la vida y no se ha vuelto a repetir.

Durante la ola de calor del verano de 1976, hice todo posible para no ponerme moreno, pero es que aquello no se aguantaba. Me encantaba estar blanco como un muerto porque me daba el aspecto de criatura de la noche, pero era imposible dormir con el calor que se acumulaba durante el día. Así que invertí mi horario y comencé a vivir de día. No se podía dormir con ese calor. El bochorno era horrible, estábamos a treinta y pico grados. Muy raro y nada británico. No vi que ningún concejal laborista se quejara.

El tiempo influye en todo, es un fenómeno natural; te acostumbras a adaptarte a los ciclos naturales. No puedes luchar contra ellos porque son más fuertes que tú. En realidad, la ola de calor fue un regalo y hubo cosas de Londres que cambiaron para siempre. Los restaurantes comenzaron a sacar sillas fuera porque hacía demasiado calor dentro y la ciudad empezó a parecerse a la Europa continental. Hay puertas dentro del ámbito social que una vez se abren no se vuelven a cerrar, porque lo nuevo es mucho más agradable.

Me lo pasé genial tocando en el 100 Club todo ese verano y nuestra reputación fue creciendo. Era un sótano caluroso, pero había algo parecido a un aire acondicionado (que sonaba igual que el motor revolucionado de un avión). Hay una foto en la que salgo de rodillas en el escenario con un jersey hecho jirones y gritando por el micrófono. Eso hace que me acuerde de ese momento, de haber estado allí, admirándome de lo que sabía hacer; de lo que me gustaba estar en una banda; de lo que me encantaban las canciones, su potencia, su energía, y de ver todas esas caras de felicidad y sentir que las posibilidades eran infinitas.

A menudo se ha dicho que en nuestros conciertos íbamos hasta arriba de *speed*. Nada más lejos de la verdad. Los otros tres no estaban colocados en absoluto. A pesar de que años más tarde Steve entrara en Alcohólicos Anónimos, nunca se metió mucho, apenas el equivalente a una pizca de sal. Yo también paré. No quería intoxicarme con los placeres de las drogas porque lo que realmente me interesaba era aprovechar la oportunidad de los Pistols. Además, no se puede cantar con estimulantes. Es imposible, el corazón se pone a toda pastilla y acabas la canción antes de que la banda haya entrado en el escenario. Te pone demasiado nervioso para concentrarte en lo que tienes que hacer, que no es precisamente lo ideal cuando estás en el escenario. Sientes estar sufriendo un ataque al corazón, un pánico horroroso. Ya te entra todo eso sin tomarte nada, así que imaginaos con drogas. No me gusta nada la ansiedad ni la angustia. Para mí, las drogas siempre han sido algo extracurricular, algo que hago fuera del trabajo.

Mi bebida favorita antes de actuar me la descubrió la que sería mi mujer, Nora. Es *Liebfraumilch*, un vino alemán que a ella le parece horroroso. Para mí, es como si

fuera leche materna. Horrible, pero me ha ayudado a sobrevivir… ¿cuántosbolos?

Otra leyenda punk es que todos estábamos en el paro. No es cierto. Paul conservó su trabajo en la fábrica de cerveza Fullers, en Chiswick, durante mucho tiempo. Tenía un puesto de electricista aprendiz. Yo intentaba ganar todo el dinero que me era posible. Todavía estaba en Kingsway, pero, a medida que me fui metiendo en los Pistols, se hizo imposible. No me podía concentrar en ambas cosas. Sentía que tenía que arriesgarme, tirarme a la piscina y conseguir que saliera bien. Estaba absolutamente comprometido con la banda y me exasperaba que Paul no hiciera lo mismo, porque teníamos que organizar los ensayos según su horario laboral.

Estábamos demostrando a la gente que era posible montar una banda sin un gran respaldo económico. De hecho, habíamos llegado hasta allí sin ninguno. Conseguimos que el grupo funcionara antes de tener una compañía de discos, antes de nada. Abrimos camino. No teníamos a nadie que nos enseñara a ser unos engreídos. La arrogancia es algo que se aprende, no caes en ella de forma natural.

Cuando un concierto se llenaba, lo que me gustaba no era sólo el bolo en sí sino lo que sucedía después. Poder hablar con la gente, conocer sus intereses, sus opiniones, sus aspiraciones, y darme cuenta de que tenían diferentes puntos de vista. La gente de Bromley era muy diferente a, por ejemplo, lo que te encontrabas en el norte del país, pero igualmente interesantes e «igualmente iguales».

El llamado Bromley Contingent[15] surgió a raíz de los Sex Pistols. La mayoría eran fans de la escena que rodeaba a Bowie y a Roxy Music, que era gente que solía disfrazarse. El rollo en un concierto de Roxy Music (sobre todo en los grandes) no era tanto la actuación en sí sino ser visto en el vestíbulo. Había muchos grupúsculos con formas de vestirse diferentes y, aunque existía un sentimiento de camaradería, también eran muy competitivos entre sí.

Cuando los Roxy dijeron que se iban a separar, la gente pensó que nadie podría sustituirlos. Y entonces aparecimos nosotros. Fue fantástico. Por fin podíamos ser nosotros mismos, admitir que nos gustaba todo tipo de música, crear nuestro imaginario y no copiar a nadie. Abrimos la puerta a la libertad y a la falta de competición y de restricciones. Todo se había vuelto demasiado rígido y elegante, casi como un baile de salón, y nosotros ofrecimos una salida. Aparecieron nuevos caminos donde la orientación sexual no importaba una mierda. Nadie juzgaba anadie.

De hecho, al principio tuvimos a muchas bandas de glam-rock como teloneros. Cuanto más diferentes eran, más nos interesaba que abrieran el concierto. Pero ese tipo de ambiente estaba acabado. Esa música llena de drama y de angustia estaba superada. Además, si los Roxy Music eran los mejores en eso, ¿para qué ser un segundón?

La gente empezó a comprender de qué íbamos y a formar sus propias bandas. Si yo puedo, tú también puedes. Eran chicos de nuestra edad, pero no sólo de nuestro mismo bagaje sino de otros muy diversos. La amalgama de diferencias era fantástica. Había maravillosas bandas sólo femeninas, como las X-Ray Spex o las Slits. Había

tantas bandas y tan diferentes desde un punto de vista musical… Fue un período increíblemente interesante e intenso. Y poder ver y escuchar a todas esas bandas…

El Roxy era el sitio ideal. Aunque los Pistols nunca llegamos a tocar allí, sí se podían compartir distintos puntos de vista. Nunca me dio la sensación de que fuera un ambiente muy competitivo. Por lo menos antes de que el punk se hiciera popular entre un público más amplio. Eso lo hicieron los medios de comunicación. Entonces comenzaron a generarse clichés, como que una canción tiene que ir a mil por hora o que hace falta gritar.

Más que de nosotros, esa idea provenía de Clash y los Damned. Su música era muy parecida al rhythm and blues de Joe Strummer antes de que se uniera a los Clash, una especie de rockabilly a cien por hora. A mí nunca me llegó a gustar. No me malinterpretéis, me encantaba Joe. Al principio, era supersimpático y muy agradable, pero, luego, cuando se empezó a tomar el grupo demasiado en serio, cambió.

Para mí, la estrella de la banda fue siempre Mick, un pijo de buena familia pero que hablaba como si no hubiera diferencia entre croqueta y *cocreta*. Yo lo atribuyo a la timidez. Los dos me caían muy bien por separado. Sólo llevaban tocando dos meses cuando fueron nuestros teloneros en el Screen on the Green, de Islington. Los tíos se trajeron un equipazo: tenían unos altavoces enormes que por supuesto no nos dejaron. Así que cuando los teloneros se llevaron sus inmensos cacharros, aparecimos nosotros con unos altavoces enanos.

Los que me encantaban eran los Buzzcocks, que tenían unas letras muy divertidas. Hacían música muy diferente, pero, por desgracia, como en ese momento todo se etiquetaba como «punk», la gente no se llegó a enterar de lo mucho que se apartaban de un camino más que trillado.

Tocaron sus primeros conciertos con nosotros, en Mánchester. Todo lo que recuerdo es que nos pasamos el día peleando, cualquier cosa nos servía de excusa. El cantante, Howard Devoto, que dejó la banda poco después, y Pete Shelley, que lo sustituyó, nos llevaron a un pub que se llamaba Tommy Ducks. La gran atracción era que tenía ropa interior pegada al techo y yo la monté por eso. Me pareció todo muy tonto. La verdad es que uno está nervioso antes de un concierto y no me apetecía un entorno tan absurdo. Fui injusto con ellos, pero creo que lo entendieron, es que te pones así, tienes que ser tú mismo. Muchos años más tarde, me pude disculpar.

A Malcolm le encantaba pintarse como el instigador de un floreciente movimiento, pero había muchas cosas que él no controlaba ni media. Se notaba que no se enteraba de nada. Ese septiembre nos llevó a Francia por primera vez y acabamos tocando en una discoteca parisina llena a rebosar. «¿Vosotgos no sois los Bee Gees?» «¡NO!»

Qué bien nos lo pasamos. Yo llevaba una boina. Malcolm nos llevó a una terraza que estaba de moda, donde, al parecer, iba la gente «guai» de París. Nos presentó a un amigo suyo multimillonario que nos llevó a un restaurante francés de cinco estrellas.

Me encantó comerme el filete más grande, jugoso, crudo y sangriento que podáis imaginaros. Lo acompañe con una codorniz (una entera), que se parecía mucho a un periquito que tuve. Una cosa pequeñísima, absurda. Nunca llegué a verle el sentido, aunque sí se lo vi a lo deliciosa que estaba.

Este tipo de cosas nos abría a otra experiencia de la vida, pero nunca nos dejamos seducir por una cultura en decadencia. Muy al contrario. Creo que todos deberíamos tener acceso a ese nivel de calidad. Es mi forma de pensar. Deberían abrir las puertas. Si por casualidad vislumbras una grieta en la puerta, pégale una patada, ábrela del todo y haz que la gente te siga. E intenta hacer del mundo un lugar mejor, no peor.

Glen pensaba de modo parecido, pero su idea de lo que es mejor implica muchas reglas. «No digas tacos porque, ejem, hay niños y no es bueno para ellos.» Para mí era una gran lucha entonces y todavía hoy sigue siéndolo. Yo no pienso que existan tacos, no hay tal cosa, es una cuestión de interpretación. Son sonidos que las personas emiten y que tienen su efecto. *Todas* las palabras producen un efecto y, si te pones a prohibir determinadas palabras, acabas prohibiendo la esencia del ser humano. ¿Cómo podemos reprimir así nuestra vida? No son actos de violencia, sólo opiniones y, cuanto más erróneas son tus opiniones, más divertido es todo. Pero, bueno, ¡no os vayáis a derrumbar ahora! Sentíos libres de soltar por vuestra boca toda la basura del mundo, pero sabed que lo que recibiréis a cambio será también basura.

Otro de nuestros conciertos legendarios no fue cosa de Malcolm, sino que nos invitaron. Fue una cosa rarísima: la prisión de máxima seguridad de Chelmsford nos invitó a tocar ante asesinos y dementes. Un concierto fantástico y unos prisioneros también fantásticos. ¡La cantidad de droga que tenían esos tíos! Todos cumplían condenas largas, nadie estaba allí por haber birlado un bolso, por lo menos no entre el público del concierto. Eran personas profundamente afectadas por un sistema de mierda que ellos no habían inventado. Y estaban atrapados en los problemas derivados de ese sistema. Si no entiendes las reglas, es muy fácil convertirse en un criminal. Creo que las personas que están en la cárcel son víctimas de una manera u otra. Me identifico con ellos. Me gustó mucho tocarallí.

Esos tíos pillaban nuestras canciones, de eso no había duda. A mitad de «Anarchy», les dije. «Ejem, ejem…, el olor a marihuana me está desacelerando…». Pero cuando estás encerrado lo único que te queda son las drogas. Me sentí fatal por ellos, encerrados ahí y sin esperanza de salir.

Después pudimos hablar con algunos, no había ningún control, no nos separaron. No querían hacernos daño. Algunos de ellos creían que yo acabaría allí: «¡Te vas a buscar la ruina!». Bueno, el tiempo ha demostrado lo contrario, pero entienden bien cómo funciona la sociedad y cómo se puede volver en tu contra.

Cuando juntamos a un grupo de bandas durante dos días en el 100 Festival Punk del 100 Club, utilizamos una palabra que no pegaba nada, «festival», sólo para divertirnos, sin ninguna intención de que se tomara en serio. Llamarlo «festival» era una broma, un chiste. La cobertura del momento (y desde entonces) lo consideró un

asunto muy serio, solemne, importante, y se adhirieron marcialmente a la causa. ¡Pero qué tontería, por favor! Sólo éramos un montón de bandas que nos juntábamos para pasárnoslo bien, gente que queríamos entretener e informar. Lo que le pasó con el periodista de *NME*, Nick Kent, ocupó gran parte de la cobertura del evento. Kent se había considerado parte de los Sex Pistols porque había participado en los ensayos que se habían organizado mucho antes de que yo me uniera a la banda. A partir de entonces se había erigido en el portavoz de nuestros enemigos y cada vez que aparecía, era «a por John».

Esa noche, Sid le pegó. ¿Qué puedo decir? Me alucina hasta mencionarlo porque que Sid te pegue es prácticamente imposible. Si vas difamando a la gente, más pronto o más tarde te van a callar la boca. Mucha gente tenía problemas con Nick Kent. No puedes ir por ahí escribiendo cosas horribles e inexactas y que la gente se quede tan tranquila. Sid todavía no era parte de los Pistols, simplemente se enfadó por lo que había escrito.

A pesar de ello, me lo pasé en grande. Había bandas de todo tipo y eso fue genial; además, podías estar viéndolas entre el público y, luego, cuando te tocaba, subirte al escenario. Una gozada. Y, por supuesto, bebimos un montón, así que todo el mundo iba borracho. No había ninguna presión para que te saliera de puta madre. Te limitabas a ser tú mismo y después te mezclabas entre el público. Había un sentimiento de camaradería muy grande. Me gustó. Tampoco había ni celos ni esnobismo entre las bandas.

Por entonces, las chicas que venían a los conciertos se inventaban su propia ropa. Muchas empezaron a ponerse bolsas de basura antes de que la prensa se hiciera eco de ello. Debido a las huelgas, había mucha basura en la calle, así que era natural que pasara algo así. Las autoridades se habían quedado sin bolsas de basura negras y empezaron a hacerlas verde y rosa fosforito. Colores alucinantes y perfectos si no podías permitirte el punk «de primera»: te envolvías en una de ellas, unos cuantos cinturones, otros tantos broches y, ¡hala!, ¡listas!. «¿Dónde están los chicos?»

El traje *bondage* (sadomaso) de Vivienne era de lo más asqueroso, fastidioso e incómodo. Me encantaba, pero era horrible llevarlo puesto. La cremallera de los pantalones iba del culo al frente. El problema es que eran muy estrechos y tenían un corte femenino, así que, si eras un tío, te forzaba a colocarte los genitales de una forma increíblemente incómoda. Tenían un corte en *V* y no en *U*, así que no había sitio para el paquete: tenías que ponerlo a la derecha o a la izquierda, como en el chiste del sastre: «¿Y usted, dónde carga?». Pero incluso así no había suficiente tela: una tortura. Vivienne nunca entendió la forma del cuerpo humano. Creo que eso le daba mucha rabia. Lo que es indiscutible es que no tenía ni idea de dónde iba el paquete. Es lo que tiene vivir con Malcolm como amante: te dedicas a castrar a tus devotos seguidores con prendas carísimas.

La correa entre las piernas, pase. De hecho, debido a la cultura *hoolinganesca* de mi infancia, que no pudieras correr y tuvieras que quedarte a pelear molaba. Pero lo

de la cremallera… Era imposible, muy molesto, hacía mucho daño en los huevos. Vivienne me dijo que si me molestaba, me dejara la cremallera desabrochada, así que lo intenté en un concierto en Leeds, no, aquello fue en Middlesbrough. Me puse esos pantalones y me dejé la bragueta abierta. Los dientes de la cremallera a ambos lados de los huevos cortaban que daba gusto y me provocaron una grave infección. Dos días después una revista musical importante nos hizo una entrevista. Nos preguntaron cómo era ser una estrella del rock. «Venga, hombre, John, seguro que las chicas se te tiran encima…» Y yo pensando: «Sí, como que voy a enseñarle unos huevos cercenados a una tía». Había puesto en peligro mis pelotas.

Dios, si tenías muy mala suerte con esa cremallera, la que iba del culo al frente, ¡qué dolor!, tenías que tener mucho cuidado al sentarte. Eran pantalones de corte femenino. Vivienne lo explicaba diciendo: «Forman parte de la experiencia sadomaso». Es una cita literal. ¡Tendrá morro!

No obstante, pronto la gente se tropezaba con las correas de sus pantalones, y eso en todo el mundo. Como nota aparte diré que a un amigo mío le pasó una cosa muy divertida. Se compró uno de esos pantalones y su madre le planchó unas pinzas en la parte delantera. La mujer tenía buena voluntad, pero menuda putada para un adolescente. De todas formas, con lo que sudabas con ellos puestos seguro que en una hora se le habían quitado.

A decir verdad, las camisetas de Vivienne eran alucinantes. Se le ocurrió una cosa que a mí me encantaba, que era hacerlas cosiendo dos cuadrados de tela entre sí y luego ponerles en el pecho frases o lo que fuera. Me parecía una idea brillante: coser los dos cuadrados por los hombros y luego desde debajo de la axila hasta la cintura. ¿Para qué necesitabas más? Me encantaban. Aunque hay que decir que en alguna que otra foto de mí cantando y corriendo arriba y abajo del escenario se me ve una barriga cervecera, lo cual es imposible, porque yo no tenía más de veinte años. Sí, eran demasiado cortas.

En mi opinión, el problema de los diseños de Vivienne es que el aspecto estético siempre contaba más que la forma del cuerpo. Y también que se descosían porque las costuras nunca estaban bien terminadas, pero la verdad es que ella tampoco tenía dinero para pagar a una buena costurera y un acabado en condiciones, así que era todo un tanto azaroso. Me refiero a que ella tuvo que superar muchas adversidades. Luego nos hemos visto. Ha dicho cosas bastante feas de mí a lo largo de los años y yo también la he puesto verde, pero la respeto. Porque, a ver, ¿es que hay alguien más que camine al borde del precipicio? Cuando hablamos así el uno del otro, en realidad nos estamos picando para azuzarnos. Es la prensa quien lo malinterpreta y lo convierte en una pelea entre brujas.

Vivienne siempre tuvo un carácter muy difícil. Es implacable y un juez severo, llevarse bien con ella no es fácil. Por entonces, podía estar pegándote unos gritos horrorosos mientras iba vestida de pavo. Recuerdo que una vez me estaba gritando antes de un concierto. Llevaba un mono de una pieza de goma color carne con

cremallera en la espalda y anillos rojos en los pezones. El mono tenía el cuello alto y se le había metido el pelo dentro, así que parecía un auténtico pavo (uno delgaducho y desplumado). El cuello de Viv, lleno de arrugas, colgaba por encima. Fue antes de que Sid se uniera a la banda. No sabía por qué me estaba echando la bronca y la verdad es que me daba igual. Me había quedado mirándola con la pinta absurda que llevaba, hasta que Sid le dijo: «¿Por qué no te callas, cuello de pavo?».

Yo vivía con Linda Ashby en St. Jame's, justo detrás del palacio de Buckingham, casi enfrente de Scotland Yard. Linda salía con la gente del Bromley Contingent. Trabajaba, al igual que el resto de sus amigos. Me encantaba su compañía, los encontraba muy abiertos y sinceros. Una vez se quitaban de encima la pesadez del sexo y de la rutina, resultaban ser muy divertidos porque con ellos no había que ocultar nada.

Nos conocimos por unas chicas que siempre venían a los conciertos de los Pistols por el colectivo lesbiano. Las lesbianas sentían un gran apego hacia los Pistols y a mí me encantaban. Son gente muy cariñosa y cálida. Comprendo que lo que se dan entre ellos no se lo puede ofrecer un hombre. ¡Más poder! Estar sentado entre dos lesbianas es algo maravilloso, no he sentido tal calidez en mi vida. Es increíble lo receptivo que te puedes sentir. Donde no te sientes avergonzado de ti mismo es donde debes estar. Es la forma de encontrar gente que vale la pena. Sal con gente que no se siente avergonzada de sí mismo, sean lesbianas, gay, heteros, negros, blancos, lo que sea; hechos puré, desequilibrados, retorcidos o normales. Si sienten lo que dicen y son quienes son, es un entorno agradable.

Disfrutaba muchísimo de la compañía de Linda. La quería a morir. No teníamos más «relación» que la de estar igualmente locos, supongo. Era una chica maravillosa y gracias a ella tuve experiencias increíbles. Por ejemplo, me llevó al bar del Parlamento y me presentó a Jeremy Thorpe. Por entonces, Thorpe era el líder del partido liberal en Reino Unido, aunque su carrera terminó súbitamente debido a un escándalo homosexual. En el Parlamento se bebía hasta bien entrada la noche y a ella la dejaban entrar, así que nos llevó a mí y a otra gente. Te podías tomar una pinta por unos cuantos peniques (algo fantástico, desde luego era un buen sitio para beber). Allí estábamos, mirando el Támesis bajo un paraguas, con el imponente Parlamento como escenario, rodeados de diputados supuestamente enfrentados discutiendo tranquilamente quién se iba con qué prostituta.

El observar a los diputados con la guardia baja hizo que lo que yo pensaba de ellos, que eran unos guarros, se multiplicara por mil. Supongo que ellos pensaban que yo era un gigoló con una forma de vestir un poco rara. Nunca he vestido de una manera abiertamente sexual, así que siempre he tenido suerte en ese sentido, nunca he atraído a los gais, les resulto desagradable.

Así que esa noche, los diputados gais me dejaron en paz. Yo no era lo que Jeremy Thorpe andaba buscando. Los escándalos en que ambos nos vimos envueltos sólo dos

meses más tarde… ¡Él y yo! Thorpe era famoso por sus trajes de tweed, cien por cien británicos, ése era su rollo. Eso y un estúpido sombrero. Cuando empecé a llevar *tweeds* en 2007, cuando bailé el vals con ese traje, tenía en mente a Jeremy Thorpe.

Al final del verano, los conciertos se convirtieron en momentos de mucha tensión. El de Screen on the Green estaba lleno de gente de la industria discográfica, la división de A&R y toda la mandanga. Fue un bolo rarísimo desde el principio. Yo no estaba nada contento con que Malcolm decidiera proyectar primero las películas de Keneth Anger. «¡No me jodas! ¡Pero si son gais vestidos de Ángeles del Infierno chupándose el pito, no me digas que eso es arte!» Pero Screen on the Green lo llevaba un tipo muy simpático, Roger, y su trabajo consistía promover ese tipo de películas extravagantes. Supongo que es mejor que lo pusieran en un concierto de los Pistols y no entre el pato Donald y Bugs Bunny.

Me senté entre el público para ver la película, preguntándome qué estaría pensando el resto del público. Probablemente que unos viejos estaban intentado impresionarlos. Era la actitud habitual de la gente joven. Ese día se respiraba hastío, como de película mala de James Dean. Me acuerdo de habérselo comentado a Malcolm. Era todo muy gracioso. John Gray, que estaba sentado a mi lado, fue y le preguntó: «Oye, ¿en esta peli no hay chicas?».

Yo no tenía ni idea de cómo se cerraban los contratos con las discográficas. Ni que decir tiene que Malcolm se estaba encargando de todo eso con su abogado (un tipo al que, por cierto, no he visto nunca en persona) a nuestras espaldas. Desde un principio, tuve grandes dudas sobre el valor de nuestro contrato con EMI porque yo no había contado con el consejo de un abogado. Desde entonces, ese incidente se convirtió en un punto de referencia para mí. Siempre llevo a un abogado como apoyo por si surgen problemas. El contrato con EMI tenía muchas lagunas. Como me ocurría siempre en tales cuestiones, me había vuelto a topar con la ley.

¡¡Tened mucho cuidado con lo que firmáis!! Aunque creas que sabes de qué va la cosa, pronto te das cuenta de que no tienes ni idea. El lenguaje en los contratos es tan enrevesado y legalista que a mí me suena a chino. Crees que una cosa quiere decir claramente esto o lo otro y resulta que para nada, que significa algo completamente distinto. Te enredas en ciertas cosas y pasan años hasta que consigues desenredarlas. Cuando firmas tu primer contrato discográfico, estás emocionado. No hay duda, te lo has montado, tienes la vida solucionada. Es tu primer gran logro. Nada más lejos de la realidad. La vida es eso: una serie de decepciones y contratiempos.

Se había hablado de otras discográficas como Harvest y Chrysalis, que me encantaban de chaval, pero todavía estaban muy vinculados a la escena jipilondia y no eran lugar para los Sex Pistols. El nuestro era un género totalmente diferente, uno que proponía renovar la perspectiva de la vida de la gente, de arriba abajo. Y eso allí era imposible.

Era muy difícil saber con exactitud lo que estaba pasando. Sólo sabíamos que

EMI nos parecía antigua, acabada y, sobre todo, muy perdida. No sabían qué hacer para invertir en el futuro. Probablemente pensaron que formábamos parte de un movimiento más grande y que estaba bien ficharnos. No éramos la primera banda punk en firmar un contrato. Los Damned ya lo habían hecho antes, lo cual era muy raro: copiarnos para luego ir de pioneros. Desconozco si ellos estaban contentos con su situación. No dijeronmucho.

Supongo que los de EMI creyeron que aquello iba a ser un concurso de risas y fliparon con lo que se les vino encima. Teníamos un punto *hardcore* que hacía temblar sus cimientos, así que pensamos que nos teníamos que ir cuanto antes. Fue estupendo, porque las grabaciones que habíamos hecho con ellos eran una mierda total, estaban tan mal grabadas que nos habrían hundido para los restos. Lo que se oía era todo ruido y cero talento.

Grabamos una versión infame de «Anarchy», una auténtica cagada que gracias a Dios nunca llegó a lanzarse. Teníamos el rabo entre las piernas, nos sentíamos muy avergonzados porque era muy mala. En la siguiente sesión, Chris Thomas dio en el clavo: «Vamos a hacer esto bien, vamos a cuidarlo». Lo cual no significaba que no pudiéramos desafinar: no era eso, lo que fallaba era elritmo.

Mi voz, en ocasiones, adquiría un tono enloquecido: «Is this the I-R-*Aayyeeaaaye*». Para mí formaba parte de la magia de la canción, así es como yo lo sentía en ese momento, pero a la gente del estudio no les gustaba. No entendían que quería decir con *Iiyiis thii-iis ver …*». «No, no, así no, John, vamos a repetirlo.» Y yo: «No, yo lo doy por terminado, punto». Para mí, con una toma era suficiente. Muchos de los productores profesionales con los que he trabajado me han insistido (o pedido amablemente, que es más agradable), que lo intente de otra forma. Pero es que yo no tengo otra forma. Es así como lo he escrito. No soy Roy Orbison. Tengo mi voz, mi forma de hacer las cosas, mi estilo, mis escalas, y prefiero ceñirme a eso porque me parece más sano.

Cuando salió el disco, no cambiaron mucho las cosas porque la pasta seguía sin llegar. No presté mucha atención a nuestra posición en las listas de éxitos ni nada de eso. Buscarme la vida a diario me tenía absorto. Algunos cabrones sarcásticos nos invitaron a sus programas de televisión: *So It Goes*, de Tony Wilson, un tipo con una mente ingeniosa que luego se fue a Factory Records. También recuerdo a Clive James, un intelectual que intentó destrozarnos antes incluso de que empezara nuestra actuación. Me enzarcé en una discusión con él y le puse los puntos sobre las íes, tras lo cual me gané fama de violento. Soy así: me planto y defiendo lo que hago. En vez de admitir él que yo podía tener razón, se convirtió en una bronca desagradable.

Ni siquiera pedimos aparecer en *Today*, de Bill Grundy. Nos cogió por sorpresa. Sólo nos llamaron porque Queen había cancelado su aparición en el último minuto y también eran de EMI. Media hora después estábamos en el estudio, disfrutando tranquilamente de nuestro tiempo libre y ese borrachuzo de mierda se puso a picarme. Ni de coña.

Para ver la entrevista con Grundy hay que entender cuál era el contexto. La gente en Inglaterra era superdisciplinada según la típica educación británica, todo el mundo sabía cuál era su sitio, eso era precisamente lo que te enseñaban en el colegio: a estar en tu sitio. La entrevista no es simplemente parte de un espectáculo sino el retrato de cómo la gente joven se buscaba la vida en un mundo que negaba la realidad. Si hago algo, lo hago desde la sinceridad. «All I want is the truth» («lo único que quiero es… la verdad: gracias», John Lennon).

Teníamos que estar allí a las cuatro y esperar porque el programa se emitía a las seis. Nos metieron en una sala que estaba bien provista de alcohol y he de decir que Bill Grundy fue el primero en animarse: «¡Venga, bebed, hay copas gratis para todos!». Él mismo se tomó unas cuantas y no se cortaba un pelo en comerse con los ojos a Siouxsie Sioux y a las chicas de Bromley, a quienes habíamos invitado a pasarse. Aquello se convirtió en una fiesta, pensamos que podría ser divertida, el tipo de juerga que nos apetecía y un ambiente que no auguraba más que problemas

La primera palabrota la dije yo y Grundy saltó inmediatamente: «¿Qué has dicho?». «Una palabrota.» No quería ser el primero en salir por la puerta, pero él nos provocó. «Él se lo buscó, señoría. Todo lo que pasó fue culpa suya. Soy inocente.» Si llegas a comprender por dónde va la conversación, es fascinante. Debería estudiarse en la facultad de psicología, porque todos estábamos pensando en un montón de cosas al mismo tiempo. Casi parece una escena de Harold Pinter.

Si te fijas en mí, te das cuenta de que estoy más blanco que una momia. Es porque me había pasado dos días seguidos metiéndome *speed*. ¡El chico de las anfetaminas! Grundy, por su parte, era el representante de la mayoría moral y del mundo del espectáculo. Era un tipo cínico y totalmente corrupto, claramente incapaz de dar una oportunidad a unos chavales de la clase obrera. Debería haberlo hecho, porque tenía nuestro mismo origen. A la larga su animadversión hizo que la gente pensara que tampoco estábamos tan mal. No vendíamos humo. No éramos extraterrestres ni llevábamos un rollo esotérico.

En el estudio, Malcolm se cagó por las patas. Nos dijo: «Me ha parecido oír que van a llamar a la policía, ¡vámonos corriendo!». «¿Por qué?», dije yo. Siempre he sabido que Malcolm era un cobarde que huía a la primera oportunidad, que nunca se quedaba hasta el final, que nunca llegaba a enfrentarse a las dificultades. Tal vez tenía aspiraciones distintas a las mías. Puede que sea un poco injusto con él, pero está claro que él no estaba dispuesto a llegar tan lejos como yo. Steve, en ese momento, era el que demostró más capacidad. En el programa estuvo genial, demostró una increíble seguridad en símismo.

Justo después del programa, el teléfono empezó a sonar como un loco, nos espachurraron en un coche y nos fuimos. Me dejaron en la estación de metro más cercana y se fueron, probablemente a una fiesta o algo así, pero yo no estaba invitado. Tenía que aprovechar su coche, porque si no hubiera tenido que volver andando por la carretera.

Todo estaba estallándome en las manos y de pronto me di cuenta de que no tenía a donde ir. Me quedé en la casa de una chica que vivía por King's Road. Tenía que esconderme de la prensa porque los paparazzi nos seguían a todas partes. Siempre digo que ése fue el comienzo de los paparazzi estilo inglés. Había hordas de ellos en todos lados, fueras donde fueras. Destrozaban tu vida social. No podías ser normal ni sentarte en el pub del barrio con tus amigos porque había veinte capullos reinterpretando la situación, siempre de forma desfavorable, hallando el escándalo donde no lo había. Una pesadilla total.

No suelo leer la prensa, pero por ese entonces lo que escribían era asombroso. Yo lo leía alegremente, pensando: «No he hecho nada y ¡mira lo que dicen! ¿Para qué sirve un publicista, si escriben mentiras sobre ti gratis?». De la noche a la mañana, nos vimos envueltos en un caos total. Y todo por no tener un buen conductor al volante, así que derrapamos y nos pusimos a dar vueltas de campana. El caos es una herramienta estupenda, pero hay que tener oficio para manejarla bien. Lo de dejarse llevar e ir dando tumbos de una situación a la siguiente (que era lo que en mi opinión estaba pasando) nos estaba sentando fatal. Y ahí estábamos los cuatro, con capacidad para provocar cambios en muchas áreas (y no sólo en el maravilloso mundo de la música) y Malcolm estropeándolo todo. No se atrevía a subir de nivel. Siempre le asustó la posibilidad de que lo arrestaran y lo encerraran.

Todas esas estupideces que anhelas cuando eres joven… Tienes la disposición, la juventud, también la ignorancia, porque no eres totalmente consciente de las consecuencias. Yo sentía que podía asumir lo que viniera porque podía justificarme, podía plantarme y defender misactos.

La gira que habíamos planeado para promocionar «Anarchy» se convirtió en una auténtica anarquía. Una perversa manipulación totalmente fútil y totalmente estéril: nos vetaban en todas partes y Malcolm era incapaz de defendernos. En ese momento deberíamos haber ido a por todas y ponernos a llamar a todas las emisoras, confrontarlas, preguntarles por qué no nos defendían. Nos sentíamos como si perteneciéramos a los moonies o a cualquier otra secta peligrosa, en vez de a una maquinaria exacta, bien engrasada, amplia, a la vista y transparente.

La idea original había sido sumarnos a un circo y hacer la gira con ellos. Me entusiasmaba la idea y además había trabajado mucho en su desarrollo. De pequeño me encantaban las ferias y los circos y a los rockers que trabajaban en ellos. En mi opinión, significaba ir más allá, subir de nivel. Había un agente que estaba muy interesado en que saliera, pero al final aquello se quedó en nada.

Nuevamente, *Mr. Mánager* dejó que se diluyera. En su lugar, fueron tres semanas de autobuses incómodos, bolos cancelados por todos lados y la perspectiva de no tener hotel fuéramos a donde fuéramos. Eso era porque teníamos que esperar a que nos pagaran el bolo, pero si se cancelaba, teníamos que conducir hasta el siguiente y convencer al dueño del hotel de que les pagaríamos a la mañana siguiente, cuando la verdad era que no teníamos ni un penique.

Otras bandas, como los Clash y los Damned, también participaron en esa gira, pero fue imposible sentir camaradería alguna entre nosotros. Se instaló entre nosotros una actitud muy competitiva (todos menos los Heartbreakers, que no eran así para nada). Estaban todo el rato buscando algo para meterse y, cuanto más al norte íbamos, menores eran las posibilidades de encontrarlo. Pronto los Clash empezaron a viajar en un autobús distinto y algunos de los Damned hicieron lo mismo. Empezamos todos juntos, pero luego todo se fue a la mierda.

En un concierto en Caerphilly, había unos coros cantando. Pensaban que éramos algo así como el anticristo. «¿El anticristo? No, por favor, al contrario, ahora me veo más como el Salvador. Creo que estáis muy equivocados, ¡el anticristo es la religión!» Es muy difícil hacer comprender a la gente que los titulares de los periódicos manipulan su opinión, especialmente si luego no leen más allá de las letras de molde junto a la fotografía, siempre bien elegida para retratarte negativamente. La prensa escribía sobre nosotros lo que le daba la gana.

Había tal falta de actividad en la gira que llegué a probar la heroína. La abulia da lugar situaciones increíblemente negativas. Eso lo sabe cualquiera que haya pasado por la adolescencia. Nunca quise que la banda se viera envuelta en la heroína. Si te gusta la música tanto como a mí, anticipas los problemas fácilmente porque has aprendido de las correrías y calamidades de otros rockeros famosos. Pero, hagas lo que hagas, es imposible conseguir que alguien deje de meterse. Es el beso de la muerte. Fui testigo de lo que le ocurrió a Eric Clapton. Mi aversión no se funda en el miedo a lo desconocido, sino más bien en haber visto cómo terminaba otragente.

Estando allí sin hacer nada, pensé: «Voy a ver en qué consiste ese gran tabú. Me han advertido mil veces, pero no puedo predicar en contra sin probarla». La probé con Jerry Nolan, el batería de los Heartbreakers. Pensé que con ese nombre seguro que era irlandés y que no me daría elpalo.

Me pareció horrorosa, me provocó náuseas. ¿Qué sentido tiene meterse algo así? Me dijeron que si seguías metiéndote, se te quitaban las náuseas. ¿Y para qué vas a querer que se te quiten? Hay gente a la que no le pasa y adora la heroína, la falsa sensación de seguridad que crea en el cerebro. Puede ser algo muy agradable, pero lo que haces es huir de tu propia creatividad. Mata por completo esa área en las personas. Te conviertes en un inútil. Toda tu atención se centra en una única cosa: dónde conseguir un chute. Y eso me parece mucho más coñazo que la perspectiva de trabajar de nueve a cinco en una oficina. Y, además, te plantea el dilema de cómo vas a financiarte una situación a la que estás enganchado. Es ahí cuando un tipo como yo se da cuenta de que ese rollo no le va.

Los bolos que siguieron fueron horribles. En Plymouth, había estallado una guerra entre skinheads y marineros y, por supuesto, utilizaron el concierto como escenario. Nada más llegar, nos echaron la culpa de ser los instigadores de los disturbios, lo cual era totalmente falso. Yo intentaba que las facciones en conflicto se tomaran la noche libre: por favor, tratad de pasarlo bien en vez de pelear y estar

enfrentados. Creo que en parte lo conseguí. Les di algo que todos podían odiar en igual medida: Johnny Rotten. Mira, si es necesario, se hace y punto. Sales al escenario abriendo fuego contra el público y provocas a todas y cada una de las personas de la sala y, de repente, se acaban las peleas. En mi opinión, eso es un gran éxito. Lo único que de verdad me daba miedo cuando subía al escenario era el silencio del público. Es el arma más difícil de combatir.

Me parece que todo empezó en el concierto de Caerphilly, cuando un grupo de cristianos apareció con pancartas que rezaban «cuando el mundo se pudre». De repente, se mencionó nuestro nombre en el Parlamento. Fue un concejal tory del Ayuntamiento de Londres,[16] Bernard Brook-Partridge, quien lideró el ataque. Lo vi pontificar en las noticias de las seis: «Hay que impedirlo, es la perdición de nuestra sociedad…». Y lo que fuera que siguiera diciendo. Qué idiotez, qué cosa más pueril.

Lo más gracioso es que muchos, muchos años después, tenía un amigo que se hizo masón y al parecer Brook-Partridge, que era el líder de su capítulo, sólo decía cosas buenas de mí. Es como todos los políticos, hablan como si fueran superiores, pero en el fondo lo que dicen no son más que maniobras para desviar la atención. No creen en nada. Éramos un blanco fácil: un puñado de chavales insolentes de la parte chunga de Londres que estaban armando jaleo y eran fáciles de eliminar.

Ni que decir tiene que todo eso sucedió después de que hubiera estado bebiendo copas con Jeremy Thorpe. No sé, quizás *ese* fue el acicate, pero la idea de Brook-Partridge de declararnos enemigos públicos y de tramar nuestra perdición era ridícula, porque las leyes en las que se basaba eran muy antiguas.

¿Cómo podía el Parlamento recrear en pleno siglo XX el famoso «que los cuelguen» de la ley de traidores y traición? La respuesta es que sencillamente no podían. Ellos mismos se acorralaron a sí mismos y se pusieron en ridículo. Y, francamente, nosotros ganamos en poder. ¡Strongbow![17]

Desde entonces, sé que esas instituciones que tanto miedo nos dan son como gallinas sin cabeza. Están ahí para que las tomemos, si es que alguna vez logramos organizarnos de una manera concreta. Las distracciones y los conflictos personales impiden que haya movimientos sociales, y no me refiero a movimientos violentos. Me refiero a que, si realmente quieres que algo cambie a mejor, se puede.

Al final, se te pasa todo el miedo. A veces sientes temor y piensas, «Dios mío, esta gente me va a encerrar» o algo así, pero ¿sabes?, acabas aprendiendo de esas experiencias y llega un momento en que no te importa si te encierran o te dejan de encerrar. En el fondo, da igual. Sólo les hace parecer aún más tontos. Nunca te hagas la víctima. Y no permitas que te victimicen ni te den órdenes esos niños mimados y maleducados.

Pero… ¿qué me vais a contar? ¿Por qué no generáis trabajo y unas condiciones de vida dignas, hijos de puta? ¿Me vais a mandar callar porque creo que la situación económica a la que habéis llevado al país es un problema? Y encima a través de la democracia, ese mecanismo al que todo el mundo en Occidente quiere asociarse. El

derecho a decir lo que quieras, a levantarte y ser tenido en cuenta. Creo que les pinché la burbuja. Un pinchazo monumental. Me di cuenta de que nada era verdad y de que no podía tolerarlo y, aun así, les gané la batalla. Así que, chicos y chicas del mundo, esto es lo que habéis ganado gracias a mí, así que, joder, empezad a darme las gracias, hijos de puta.

Nunca me he dedicado a soltar la charla. Me limito a señalar los fallos. La letra de «Problems» dice: «*Too many problems*. / *Why am I here?*» [demasiados problemas, / ¿por qué estoy aquí?]. Sólo son problemas, así que no hay más que resolverlos, uno detrás del otro. Eso no se puede hacer quedándose sentado en el sofá sin decir nada ni tampoco pontificando gilipolleces encima de un cajón. Las canciones deben ser una forma razonable de comunicar un mensaje. No pueden convertirse en charlas. Por eso mis canciones no dan la chapa sino —dentro de las ideas que promuevo— toda la libertad de pensamiento del mundo.

Creo que entonces dejé bien claro que Johnny Rotten no era un cobarde y que no me iba a rendir. Y salí victorioso. De verdad. Me enfrenté a todos. Ése era y es mi mensaje a las bandas punk que se pasan la vida peleándose entre ellos e intentando reventarse por cuestión de celos. El más peligroso de los enemigos está ahí fuera, así que sal y derríbalo, lucha por todos y no sólo por conseguir tus objetivos. Es mucho más divertido. Oye, mis enemigos no son las personas, da igual si les gusto o no: mis enemigos son las instituciones.



Mi familia hacia 1966. Detrás: Jimmy, Bobby y yo. Delante: mi madre y mi padre con Martin en brazos. Estamos en el apartamento de Benwell Road.



Con tres o cuatro años en las atracciones de Hampstead Heath.



Con mi chalequito escocés junto al coche de mi padre durante una de las excursiones familiares a Southend o Canvey Island.



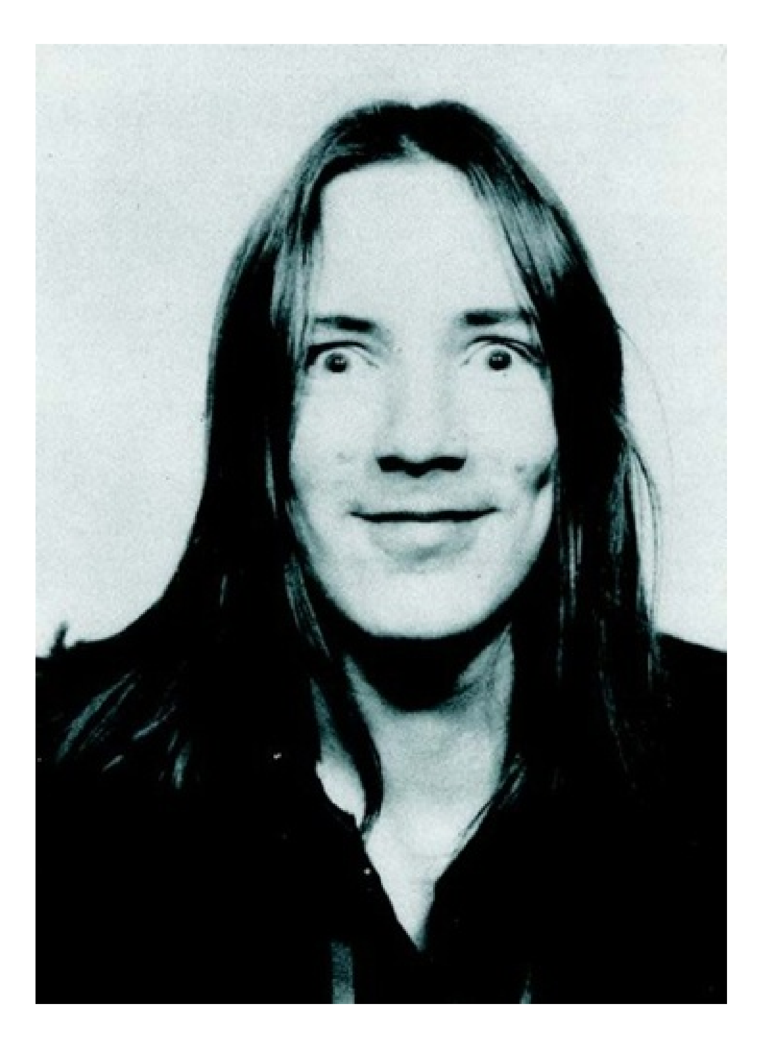
Con mi madre y su bolso en Highbury Fields.



A los seis o siete años, antes de la meningitis.



A los once o doce, ya con gafas tras superar la enfermedad.



A los dieciséis o diecisiete (hacia 1972) durante mi fase Roundhouse.



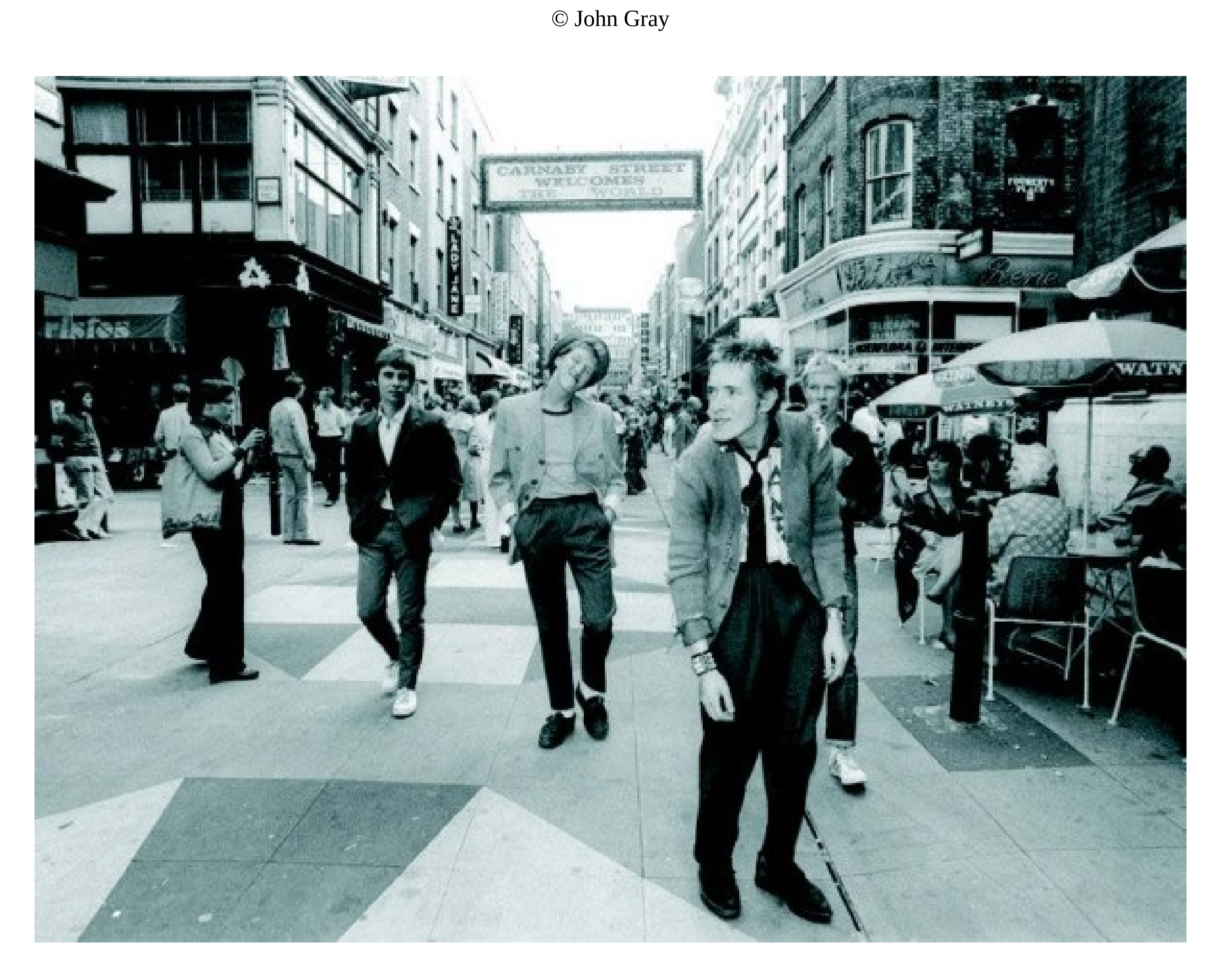
Con John Gray en Finsbury Park justo antes de los Sex Pistols. John lleva una camiseta de Vivienne Westwood.



Menores bebiendo sin que los adultos pusieran objeciones. Aquí aparece mi hermano Jimmy (izquierda) con John Stevens (antes de convertirse en Rambo).



Primera fotografía de los Sex Pistols. Estamos en el patio de un pub de Chiswick donde ensayábamos hacia agosto-septiembre de 1975. **De izquierda a derecha:** Yo, Glen Matlock, Steve Jones y Paul Cook.



Jolgorio forzado por Malcolm para una sesión de fotos en Carnaby Street (abril de 1976).



Concierto en el Paradise, un club de estriptis del Soho (Londres, 4 de abril de 1976).

© Ray Stevenson/Rex



Navegando por el lago Serpentine de Hyde Park en abril de 1976 (no teníamos nada mejor que hacer). Sólo yo sabía remar, pero no quería hacerlo.



Mi madre se apuntaba a un bombardeo. Acababa de regalarle un muñeco hinchable.

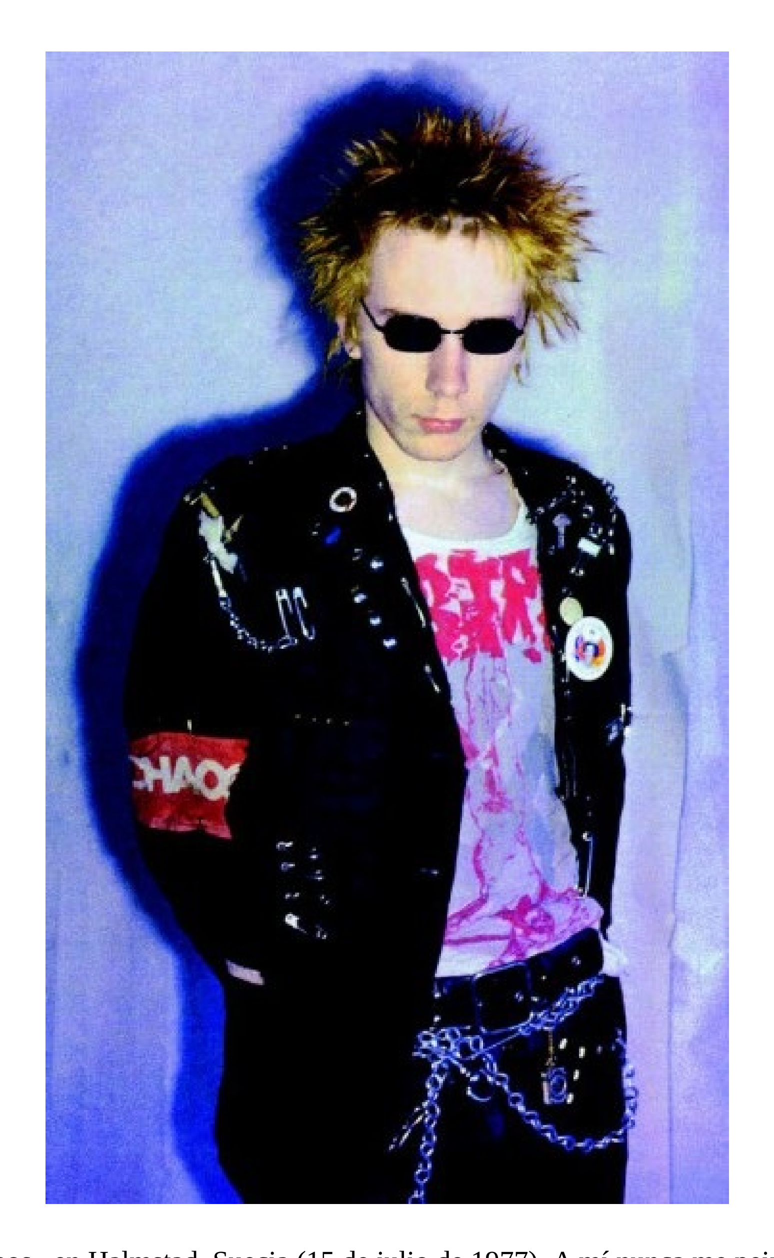
Nora, yo, John Gray y Paul Young caminando hacia el palacio de Hampton Court en mayo de 1977 con nuestras camisetas de «God Save The Queen».

© John Gray



Concierto en el Queens Hall (21 de octubre de 1976). Siempre dejo el escenario bien limpio.

© Redferns/Chris Morphet



Con un brazalete de «caos» en Halmstad, Suecia (15 de julio de 1977). A mí nunca me peinó Vivienne Westwood.



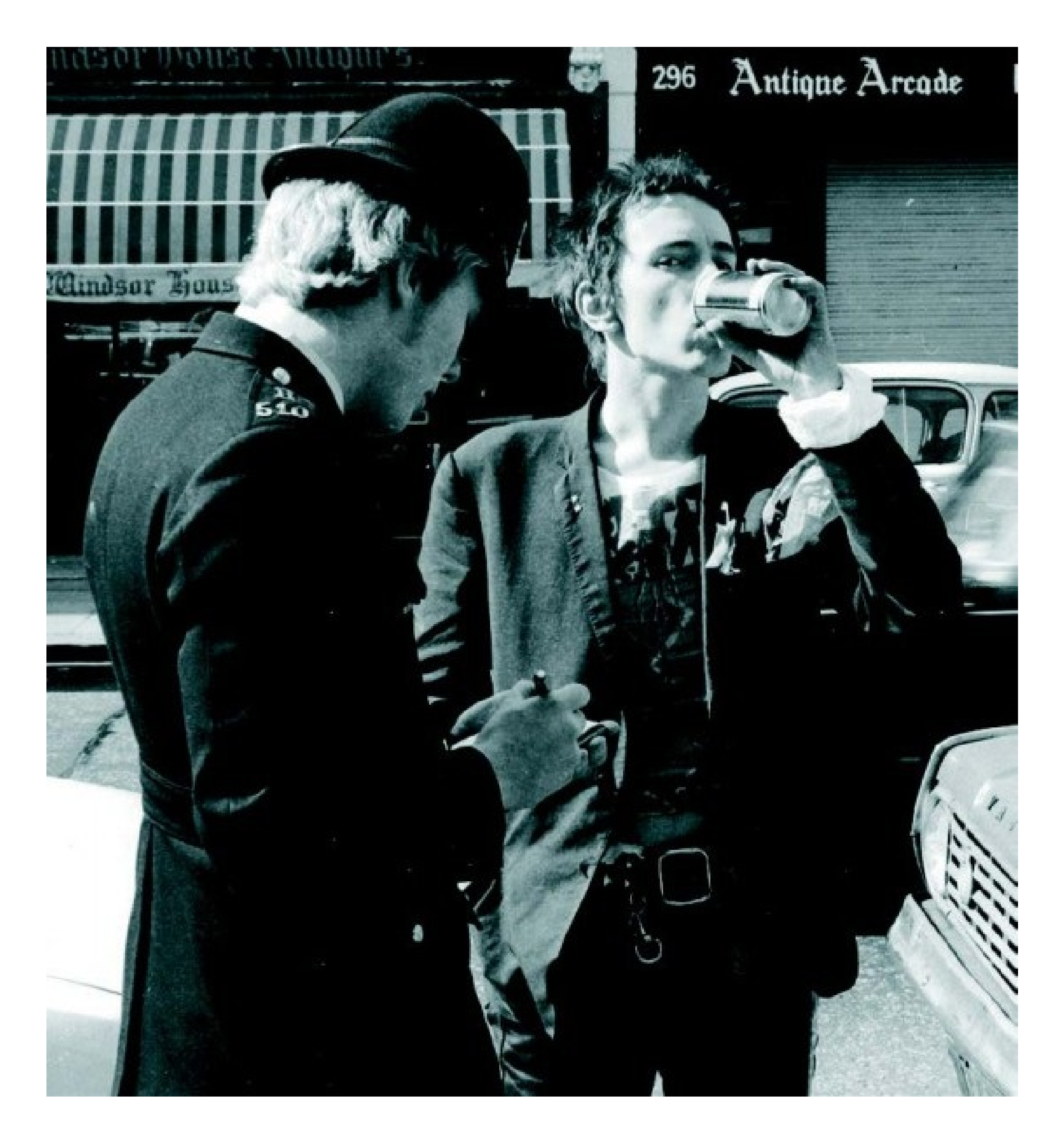
En el café Les Deux Magots de París (4 de septiembre de 1976). Creo que la boina era de Nora. Las prendas femeninas causaban serias fricciones en la banda.



En el aeropuerto de Heathrow (septiembre de 1976). Fue divertido atravesar la aduana con insignias nazis y crucifijos invertidos. Llevo una de las chaquetas sadomaso que Vivienne produciría después en masa.



En los Wessex Studios durante la sesión de *Never Mind The Bollocks* (26 de abril de 1977).



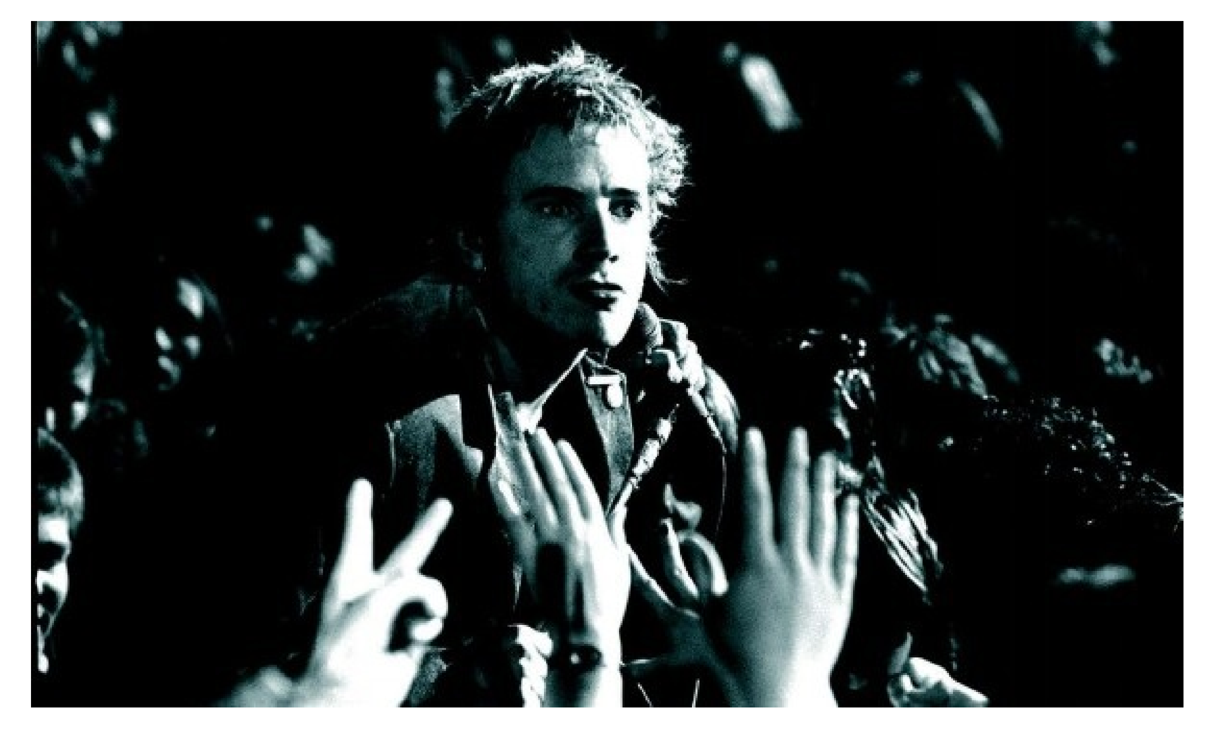
¡Yo no he sido, señor agente! (Westbourne Grove, 23 de mayo de 1977).



Los Sex Pistols en el Stokvishal (Arnhem, Holanda, 8 de diciembre de 1977).
El mural representa la batalla allí librada durante la Segunda Guerra Mundial.

En los juzgados de Malborough Street (11 de marzo de 1977) después de que nos pusieran la estúpida multa por posesión de anfetaminas. Estaba muy cabreado con Malcolm porque se presentó sin la pasta.

© Daily Mirror



Gesticulando durante nuestro legendario concierto en el Ivanhoes de Huddersfield (Navidad de 1977).

©Alex Sokol



Con Sid Vicious en el autobús de la catastrófica gira por Estados Unidos (8 de enero de 1978).



(De izquierda a derecha): Steve Jones, Sid Vicious, yo y Paul Cook en Oxford Street (Londres, 14 de abril de 1977).
Se trata de una foto para la revista alemana *Ohr*. Mandé a la mierda la pinta punk cuando se convirtió en estereotipo.

¡Besos y abrazos, cariño!
Primera parte

El punk abrió la puerta al sexo de una forma guai, muy inocente y abierta. No me había dado cuenta hasta entonces de lo fácil que era de conseguir. Fue así desde el primer concierto de los Sex Pistols. Sorprendente.

Si me remonto a antes de los Pistols, cuando íbamos a clubes como el Lacy Lady, tu principal atractivo era cómo ibas vestido. Y también el principal problema, porque podía hacer que los hooligans se fijaran en nosotros, así que teníamos que lidiar con dos objetivos contrapuestos.

A las chicas les parecía interesante y siempre me trataban de una manera maternal, que es como a mí me gusta. Siento verdadera debilidad por los mimos, aunque haya proyectado una imagen de tío duro, frío, borde o indiferente… ¡No soy así para nada! Pero las chicas parecen entender instintivamente que lo que en el fondo quiere un rebelde es cariño y que le hagan caso. Es un proceso que te ayuda a reafirmarte de una forma sana: te dice que no eres tan feo como crees. Hay esperanza.

Desde el momento en que me subí a un escenario con la banda, dejé de andar detrás de las chicas como un loco y de sentirme cortado cuando no tenía nada que

decir. Algo muy interesante. Las noches del primer punk fueron gloriosas, superdivertidas, y las chicas eran igual de duras de pelar que los chicos.

Por entonces, hubo un momento en el que llegué a pasar del sexo: era como si sólo fueran dos minutos de jadeos y ya. Sinceramente, eso era lo que sentía. ¿O quizás dos minutos y cincuenta segundos? Sí, puede que subiera con la inflación. Bueno, a veces sí duraba más. Ése era más o menos mi tiempo record. Pero no me parecía una experiencia muy profunda y al final me cansé. Me pasa lo mismo con las drogas: no puedo ser un drogadicto porque me aburre mortalmente repetir siempre lo mismo. Me mataría antes el aburrimiento que las drogas.

Como era el «rey del punk», de repente las chicas empezaron a hacerme mucho caso, demasiado. Siendo como soy, mi reacción era preguntarme si lo que buscaban era estar conmigo o con «una estrella del pop». Si era lo último, me retiraba, porque no me gusta que me traten como si fuera mercancía. Pues eso, que con los Pistols, las cosas cambiaron de tal modo que de la noche a la mañana pasé de ser del tipo feo de la esquina al guaperas oficial (pero no os creáis que se me escapó su lado irónico).

La primera vez que vi a Nora fue en la tienda de Malcolm en 1975. Vino con Chris Spedding que, por aquel entonces, tocaba la guitarra con tipos como John Cale y Bryan Ferry. Él era muy tímido, pero Nora no. Chris estaba preocupado de que sus camisas de flamenco no le quedaran del todo bien. Nora se puso a alborotar y de sopetón se cayó una de las mamparas del probador, dejando al descubierto a Chris Sepedding embutido y con la tripa saliéndole por debajo, porque la camisa le venía demasiado apretada.

Eso era muy típico de la ropa que hacía Vivienne. No la hacía para que quedara bien, así que tenías que encargar todo unos centímetros más grande. Nora tenía una hija, Ariane, que había nacido y crecido en Alemania, de donde Nora venía. Nora trabajaba promocionando conciertos en Alemania, gente como Wishbone Ash, Jimi Hendrix y Yes. Después salió huyendo de la estrechez de la sociedad alemana, que era muy restrictiva y cotilla. Todo el mundo se metía en tus asuntos.

Durante el punk, Ariane se convirtió en Ari Up, la cantante de las Slits. Su padre era Frank Forster, un cantante del estilo de Frank Sinatra muy conocido en Alemania. En Londres, Nora educó a Ari muy bien, animándola a tocar todo tipo de instrumentos musicales que siempre andaban esparcidos por la casa. Ari tenía sólo trece o catorce años cuando la vi brincando por ahí la primera vez.

Nora, pronto lo descubrí, es una especie de faro, también una criatura muy caótica. Es un alma distinta y rara, nada que ver con las chicas hippies, que no tenían claro lo que era el punk (había muchísimas de ésas), tampoco tenía nada que ver con las chicas trabajadoras, salidas de las viviendas protegidas, que te mandaban al carajo a la mínima de cambio. Ninguna de ellas era una opción para mí. Nora, sin embargo, iluminaba la habitación. Desde el otro extremo la veías resplandecer, ¡es que brillaba!

Al principio me conocía solo de vista y creo que le parecía aborrecible. Al menos era lo que yo me imaginaba. Quizás por lo que todo el mundo le decía de mí, que yo

era horrible y que ni se le ocurriera hablar conmigo, atribuyéndome un personaje que no era cierto.

La recuerdo bajita, rápida, brutal; sus comentarios eran muy inteligentes. Todo lo que sabía sobre mí era por otra gente. Pero como Nora es Nora, es decir, una curiosa impenitente, si le dicen que no hable con una persona, ella va directa a hacer lo contrario. Yo soy exactamente igual. A mí me habían dicho que ella era una creída, pero yo la encontraba fascinante. En cuanto nos pusimos a hablar, nos dimos cuenta de que todo lo que nos habían contado eran chismes. ¡Pero es que entonces todo el mundo mentía! Era flipante.

Siempre me ha encantado la forma de Nora de entender la ropa. Tiene un estilo increíble y completamente singular y ese estilo es el reflejo de su personalidad. Eso me atrajo un montón desde el principio, hasta el punto de que antes de conocer a Nora yo no fumaba y, como ella fumaba Marlboro, yo empecé a fumar Marlboro también. ¡Su resplandor me llevó a la ruina! Nora dejó de fumar hace años y yo aquí sigo, sin parar hasta el día de hoy. Nuestra relación fue complicada, no entramos enseguida en una nube rosa. Teníamos muchas discusiones acaloradas, pero en esos momentos servían para descubrirnos como seres humanos.

Para ser sincero, antes de conocernos, tanto Nora como yo, nos habíamos trabajado el terreno, pero resultó que en el terreno sólo había tías que no molaban y que esas tías no eran más que musas y ése no es el fundamento para construir una vida sólida. Demasiado banal. Yo, personalmente, no encuentro muy gratificantes los polvos de una noche. Al final siempre me siento vacío, me doy la vuelta y pienso «¡madre mía, qué pinta tiene!», y sé que ellas piensan lomismo.

Tuve mi fase de polvos de una noche, pero llegó un momento en que se convirtió en una experiencia fútil, aburrida, repetitiva. Entonces yo no era consciente, pero estaba buscando una relación de verdad y eso es lo que me pasaba con Nora. Hubo otras chicas que me prepararon para ese momento, chicas con las que había estado más de una semana, pero lo que pasó con Nora fue increíble, algo más serio. Aprendimos a conocernos el uno al otro y eso es lo mejor que puede encontrar una persona: alguien que te acepte como eres, con verrugas y todo y que no te haga avergonzarte de ti mismo por nada en absoluto. Tu inseguridad entonces desaparece, eso es lo que te enseña el compañero adecuado.

Al principio, Nora vivía en un apartamento cerca del campo de fútbol del Chelsea, en el oeste de Londres. Era un sótano húmedo, frío y oscuro, muy desagradable. Nunca me gustó ese sitio, pero luego se mudó a una casita en el sur de Londres, cerca de Gowrie Road. Allí es donde pasó todo, donde creamos fuertes vínculos entre los dos. Por entonces gente como Neneh Cherry se mudó de Estados Unidos a Londres. Neneh se hizo amiga de Ari.

La gente no se da cuenta de que Nora es la madre coraje del punk. Sin Nora, no habría habido Slits. Ella fue quien fundó el grupo y lo mantuvo unido, no importa que haya gente que diga lo contrario. Nora ha jugado ese papel con mucha gente y en

muchas situaciones. Y aquí no hablamos de dinero sino de ser una ser un cicerone benéfico.

Hay que tener en cuenta que ninguno de nosotros pensábamos que el punk duraría. Ni que se convertiría una cosa complicadísima para los mortales que se aventuran en él. No lo hacíamos por los títulos, así eran las cosas. El sentido común prevalece, igual que una casa bien administrada.

Ari tenía sólo catorce o quince años cuando empezaron las Slits. Era como ver una película de Torres de Malory[18] pero en plan hooligan. Algo verdaderamente fascinante. Me encantaban las letras de sus canciones porque sólo dos de ellas hablaban bien inglés. Palmolive y Ari eran un lío en lo que al lenguaje se refiere. Palmolive hablaba mejor el español que el inglés. Ari, por su lado, tenía un mal inglés, un mal alemán y un peor patois rasta, lo cual tenía como resultado canciones auténticamente disparatadas. Sé que Nora las ayudó mucho. Eran muy graciosas.

Siempre me he sentido muy orgulloso de Ari como, bueno, ¡ella me llamaba abuelo! A mí me encantaba, me hacía sentir muy cerca de ella, aunque luego nos pusiéramos a discutir acaloradamente por alguna tontería, como la religión, por ejemplo. ¿Te imaginas al movimiento punk dividido por la religión? Todo es posible. Ari y yo nos llevábamos bien, el que estuviera con Nora nunca fue un problema y Ari me valoraba porque yo no era un parásito. Tenía mi propiapasta.

Nora tenía experiencia y yo también, y eso fue bueno. Entramos en una lenta progresión hacia algo increíble, que es la mejor forma de hacerlo. Esas cosas no pasan de repente. Cuando estás intentando conectar con otros seres humanos es mejor que te des tiempo, como he aprendido de varios miembros de la banda…

5. Este chico no se rinde

Se me veía de lejos. Llevaba la chaqueta rosa de un club de remo femenino, la del GOD SAVE OUR GRACIOUS QUEEN; un chaleco de leopardo, que terminé regalando a Sid, y un par de pantalones grises de la tienda de Vivienne que acabaron en el armario de Paul Cook (mezclábamos y nos intercambiábamos todo). El pelo color naranja y de punta.

Lo que no debería haber hecho es ir a dar una vuelta con esa pinta y un paquete de speed. Era justo después de la Nochevieja de 1977 y todavía hablaban de nosotros en la prensa por el programa de Bill Grundy, por «Anarchy» y porque nos hubieran echado de EMI. Estábamos ensayando en Denmark Street y salimos un rato con Nils Stevenson, que trabajaba para Malcolm. Se me fue la olla. Pensé que si me dejaba el *speed* en el estudio, aunque lo escondiera muy bien, Steve Jones lo encontraría. Steve era muy bueno «encontrando» cosas. Siempre quería estar enterado de todo y se quedaba lo que se le pusiera por delante. Deberíamos haberlo apodado Drano o Domestos.[19]

La detención fue muy extraña porque no me sonaba la insignia de los cascos de los policías (con serpientes pitones). Pensé, ¿quién demonios son ésos? Parecían mercenarios, tenían una pinta mucho más dura que el *bobby* habitual y con más rango (luego averigüé que pertenecían a un cuerpo especial). Me sentaron en la parte posterior de la furgoneta y condujeron hasta que arrestaron a suficiente gente. Yo estaba allí sentado, pensando «Estoy jodido. Llevo también un cuchillo, ¿cuánto tiempo me va a caer?». Me imaginaba que tardaría mucho en salir y, también, que, cuando fuera a juicio, el disco que acabábamos de sacar no despertaría las simpatías de esos tíos con togas negras y pelucas.

Yo no me consideraba una mente criminal pero en aquellos tiempos la policía era tela marinera y te colgaban por menos de nada. Me dieron a elegir: «A ver, por qué quieres que te detengamos, ¿por las drogas o por el cuchillo?». Fácil: por las drogas. Una decisión bastante tonta, como luego se demostró.

El agente al mando metió el *speed* en una bolsa de plástico, se la guardó en el bolsillo trasero del pantalón y se sentó sobre ella. Luego condujeron por Soho un rato. Iban diciendo. «mira a ése, vamos a pillarlo». Yo me imaginaba cómo reaccionaría el sulfato de anfetamina en contacto con la carne sudorosa del poli. Dado mi minucioso conocimiento del *speed,* estaba totalmente seguro de que se evaporaría. Así que a medida que pasaba el tiempo, mis posibles cargos disminuían.

En la comisaría me desnudaron y me registraron con una mujer policía delante, lo cual se supone que no deben hacer, pero ¿qué iba a decir: «Paren, es de mala educación»? Me temo que no. Cuando estás detenido, tienes que amarrarte los machos y tener cuidado con lo que dices. Incluso tratas de menguar en tamaño y de no llamar la atención.

Cuando llegó el momento de pagar la fianza, me di cuenta de que toda la gente a la que podía llamar había estado en la cárcel. ¡Qué sometida está la clase obrera!: a los ojos de las instituciones, todos sus miembros somos culpables. Malcolm me podría haber sacado, pero no se presentó. No sé cómo, mi padre consiguió sacarme bajo fianza. Hubo un error sobre cuándo tenía que presentarme a juicio, las fechas eran incorrectas, en el formulario que me habían dado figuraba una fecha que no era. Así que el día de mi supuesto juicio, la policía asaltó la casa de mi padre y me pillaron saltando por la ventana de arriba. Me detuvieron por evadir arresto, pero, como era el informe el que estaba mal, me soltaron. No puedes evadir arresto si no hay motivo para arrestarte.

En la vista citaron a Malcolm a una hora concreta. Por supuesto, llegó tarde, ni siquiera tenía las cuarenta libras de la multa, así que se tuvo que ampliar el plazo unas horas. Malcolm apareció sólo minutos antes de que venciera. Si no llega a aparecer, me habrían llevado a la cárcel y habría cumplido condena.

No creo que el escándalo alrededor de la banda me convirtiera en blanco de la policía. Simplemente debería haber sido máscauto.

Por entonces la frase de la chaqueta ya se había convertido en una canción. Me salió un día que estaba esperando a que empezaran los ensayos y la cosa se acabó alargándose. Por aquellos días, me levantaba hacia las doce, me sentaba en la mesa de la cocina, me hacía unas alubias, cogía un trozo de papel y me ponía a escribir. Eran borradores sin acabar, pero la esencia de las canciones estaba ahí.

Si pienso en ella, me impresiona que no siguiera una estructura de estrofa-estribillo. Las frases principales no daban la impresión de ser un estribillo, sino que servían para enfatizar y establecer los sucesivos versos. Creo que «God Save The Queen» es un ejemplo muy potente de cómo el pop puede volverse del revés y seguir siendo pop incumpliendo todas sus reglas. Lamentablemente, Glen pensó que «God Save The Queen» era una canción fascista, sólo porque se dice esa palabra en el segundo verso, no entendió el sentido general. Y a ver cómo arreglábamos eso. De hecho, las cosas con Glen se habían puesto tan feas que un día se negó a subirse al escenario. Ése fue el momento en que todo se fue al carajo. Antes de que empezara el concierto, escribí con tiza en su amplificador Ampeg «nazis fuera» (lo cual, obviamente, no es pronazi, ¿no?). Pero Glen pensó que era fascistoide (¡Dios mío, líbranos de ser malinterpretados!). También es verdad que Glen y yo no teníamos el mismo sentido del humor. En ese momento, no creía estar haciendo nada malvado ni despreciable, aunque quizás sí infantil y un poco tonto. Sólo quería divertirme.

Por entonces, Glen y yo ya habíamos entrado y salido del grupo un montón de veces: «Me voy», «Me largo», «Vete de una vez», pero creo que Malcolm y Glen ya habían llegado a la conclusión de que, desde el punto de vista artístico, la banda no iba en la dirección que Glen deseaba. Y así es cómo se solucionó el asunto: Glen tenía que irse. Cuando se fue (y como no teníamos nada mejor que hacer), nos filmamos andando por Londres. En la película, alguien me pregunta por Glen: «Si

pareces un pato, andas como un pato y hablas como un pato, eres un pato». Pero sustituí la palabra «pato» por «capullo».

En aquel momento, nuestro problema más serio es que no teníamos bolos, así que el aburrimiento empezó a hacernos mella y a sacar lo peor de nosotros. Empezamos a pelarnos. Me debería haber dado vergüenza comportarmeasí.

Cuando entré en los Sex Pistols, Sid flipó. No se le había ocurrido que yo pudiera ser capaz de hacer una cosa así. Wobble también alucinó. No se lo imaginaba para nada. A Sid le fascinaba, se sentía muy atraído por todo ese rollo e inmediatamente se convirtió en nuestro fan número uno. A Wobble, por el contrario, le molestó mucho y se comportaba de forma muy agresiva con la banda. A ellos terminó dándoles miedo porque se ponía violento. Cuando llegó el momento de reemplazar a Glen, propuse a Sid instintivamente, aunque sabía que no tenía oído para la música. Nunca pensé que se lo tomarían en serio, pero yo necesitaba un aliado dentro.

Me daba la sensación de que por un lado estaba «yo» y, por otro, «ellos», lo cual no me beneficiaba en absoluto. No se puede llevar las tortas siempre el mismo, hay que tener refuerzos. A pesar de que Paul era muy agradable (y que de vez en cuando nos íbamos juntos por ahí), cambiaba de opinión constantemente y se andaba siempre con rodeos, basculando entre una opinión y otra continuamente. Además, en ese momento, su amistad con Steve era muy sólida. Siempre tuve la impresión de que un día Steve diría «se acabó, ya no puedo trabajar con él» (refiriéndose a mí), y la banda se disolvería. Como a Steve era al que se le había ocurrido la idea de la banda, Malcolm le había concedido ese poder, aunque había otras razones: Malcolm pagaba las facturas de Steve y por eso Steve dejaba que Malcolm hiciera lo que le diera la gana.

Lemmy, de Motörhead, entre otros, intentó enseñar a Sid a tocar el bajo. Se lo tomaba con mucho humor, decía: «Sid no tiene ninguna aptitud para esto, no tiene ningún sentido del ritmo, no tiene oído para nada». Sid siempre había fantaseado con ser batería, creo que debido al disco de Can *Tago Mago*, su favorito. Siempre estaba haciendo ruiditos imitando el redoble de un tambor. Era parte de su comportamiento habitual y mucha gente no lo entendía. Había gente que pensaba que era retrasado.

Asumimos que poco a poco iría pillándolo, como nos había pasado a todos. Y hay un peligro en la palabra asumir: que cuando asumes, haces un gilipollas de ti y de mí.[20] Luego nos dimos cuenta de que a mitad de concierto Sid todavía no había enchufado el ampli y de que ni siquiera tocaba las canciones del grupo sino lo que le daba la gana.

No supe hasta mucho después que Malcolm no sólo pasaba de conseguirnos bolos sino que estaba rechazándolos. Me decía: «Mira, John, tú no lo entiendes, lo que quiero es hacer que la gente piense que eres un tipo misterioso, mejor que nadie sepa nada de ti». No quería que fuera a muchos eventos públicos porque, en su opinión, destruiría la imagen que quería proyectar de mí.

Según él, eso explica lo que pasó la horrorosa noche en que no me dejaron entrar

en la fiesta anual de Andrew Logan. Llegué con algunos amigos y no me dejaron entrar. «¡Pero si toqué en esta misma fiesta el año pasado!» Malcolm y los demás ya estaban dentro. Vi a Vivienne y le pregunté por qué no me dejaban entrar y ella pasó de mí totalmente.

Entonces comprendí que esa gente no iba a dar la cara por mí en su vida, lo cual fue una dura lección. Podría haberme colado sin problemas, pero no. Lo que yo quería era que me aceptaran. No lo conseguí jamás: ni por los Pistols ni por la gente de esas fiestas elegantes a las que nos llevaban para presumir.

Sin nada que hacer, sin bolos, Sid y yo estábamos volviéndonos locos. Teníamos que hacer algo, cualquier cosa. Se me ocurrió que podíamos irnos a Jersey de vacaciones, porque cuando estaba en William of York habíamos ido de excursión a las Islas del Canal y me lo había pasado muy bien. Nos imaginaba bajando el avión y pasándonoslo genial en ese mundo tan raro y extravagante.

Cuando nos bajamos del avión nos registraron a todos. Nada más abrir la maleta de Sid, encontraron un montón de calcetines sucios y eso les hizo desistir. Sí cancelaron, no obstante, las reservas del hotel y acabamos caminando por la playa con todo nuestro equipaje apilado en un carrito. Gracias a Dios, el tonto del pueblo nos ayudó a encontrar un sitio donde quedarnos.

A la mañana siguiente, nos piramos a Berlín. Malcolm no se fiaba de que fuéramos solos, así que nos mandó a Boogie, su socio, en calidad de mentor. En Berlín, todos nos lo pasamos bomba. Qué desvanecimiento.

Casi ni vimos el hotel. No nos apetecía. Era el Kempinski y no podéis imaginar lo mal que se dormía en esas habitaciones tan severamente alemanas. Se suponía que tenías que dormir en línea recta y el edredón no te llegaba más allá del pecho. La madera era muy oscura y todo eran ángulos rectos. Yo allí no me quedo ni un minuto, ¡gracias!

No podías escapar al ambiente de Berlín: la guerra y el muro con los rusos, arriba, vigilando. Berlín occidental estaba organizado para molestar al oriental. Aquello era glorioso, pero también demente, muy loco. Podías conseguir cualquier cosa que se te pasara por la cabeza para estar de marcha toda la noche. Los soldados británicos y americanos tenían el lugar bien engrasado, «aumentado y mejorado». Me enamoré de Berlín, lo adoro desde entonces. La palabra decadente le va muy bien. Berlín occidental se lo montaba bien: era su libertad lo que atormentaba a los rusos. Y ellos, ¿qué ofrecían a cambio?

Eso es lo que inspiró la letra de «Holidays In The Sun»: «*I don't want a holiday in the sun*. / *I want to go to the new Belsen' — from Jersey to Berlin*» [no quiero unas vacaciones en el sol. / Quiero ir a la nueva Belsen, desde Jersey a Berlín].

Ya al entrar en el primer club nos quedamos alucinados de la música que ponían: aquello era excepcional, una especie de house temprano desde todos los puntos de vista. Con un bajo y una percusión muy graves, era una especie de código de baile teutón totalmente despojado de todo y estructurado de una forma muy rítmica.

Por entonces estaba Romy Haag, una drag queen. La conocíamos sólo porque Bowie la había mencionado hacía unos años en una entrevista y Sid se acordaba. «Tiene un club al que sólo van degenerados.» Para encontrarlo, Sid y yo deambulamos durante horas por las calles de Berlín sin tener ni idea de dónde estaba. Al final resultó ser una puertecilla horrorosa que conducía, bajando las escaleras, a un sótano. Un sitio rarísimo lleno de soldados británicos.

No creáis que estaban allí para ya-sabes-qué sino sólo para pasárselo bien, porque en aquel momento los bares drag eran sitios divertidísimos y muy sociables. Eran menos gregarios de lo que se piensa, un lugar increíble para cogerse un ciego de la hostia y además nadie te metía mano. Por aquel entonces, hay que recordar, ser gay y, en particular, travesti, era durísimo. No estaba en absoluto aceptado y, sin embargo, ellos siempre me parecieron gente muy tolerante, muy abierta.

Ha habido rumores de que Sid y yo teníamos este tipo de inclinaciones: ni de coña. Hay un verso fantástico en una canción de las Slits titulada «So Tough» [Tan duro]: «*John don't take it serious, Sid is only curious*» [John, no te lo tomes tan en serio, Sid sólo tiene curiosidad]. Eso era todo.

Quizás con Sid fuera verdad. No sé si él llegó a enterarse de lo que era o no era. Era una persona excepcionalmente extraña y diferente. Muy abierta, muy feliz, nada le molestaba. No le importaba una mierda lo que la gente pensara de él, sólo quería ser igual de guapo que David Bowie. Pero una vez que se unió a la banda todo eso evaporó. Se convirtió en tipo melancólico y triste que trataba de hacerse el duro. Antes ni se habría molestado…

El «soy totalmente virgen» se terminó en el momento en que apareció Nancy Spungen, una *groupie* adicta a la heroína llegada de Nueva York y que yo tuve la gran desgracia de pasarle. Siempre pensé que terminaría en tragedia, pero no de esa forma. Pensé que se la follaría y la dejaría, que por la mañana se daría la vuelta y pensaría: «¡Madre mía, qué tía más fea!». Pero a él le encantó la idea de que ella estuviera tan colgada.

Eso se remonta a años atrás. ¿Cómo interpreta uno lo que dicen las canciones? ¿Cómo interpretas *Berlin*, el disco de Lou Reed? ¿Lo interpretas como el final de una relación o como una apología de la drogas? Ése es el problema. «Take a Walk in the Wild Side», para Sid, no significaba «hazte gay», sino «métete de todo». Así es cómo él se lo había tomado. Probablemente se sentía muy abrumado por una persona como Nancy, todo el día diciendo cosas como: «En Nueva York, te metes todo el rato, es genial». Y, en efecto, se metieron todo hasta matarse. Luego he vivido en Nueva York y sé que no todo es así, pero Sid no. No creo que en el cielo sea más listo, quizás haya olvidado su existencia anterior.

Sid era adicto a cómo vivían los adictos. Su madre era una yonqui oficial y él pensaba que ése era el camino a la felicidad. Él entendía la vida así, así la percibía. Su forma de ver la existencia era estrecha, desesperada e inmediata. No es que no fuera inteligente, de ninguna manera, pero la influencia de su madre limitó su forma

de ver la vida.

Los heroinómanos te roban todo, hasta las uñas de los pies si te descuidas. Cualquier cosa que les dé un dólar o una libra o un penique. Y va derecho a la vena. No puedes fiarte de ellos, no tienen alma. Estar con alguien que lleva metiéndose mucho tiempo produce una sensación extraña: parece que están muertos. Sus ojos están vacíos, no reflejan ni empatía ni amabilidad ni nada de nada. En el fondo, son verdaderos zombis, muertos vivientes.

Cantar para A&M, nuestra siguiente discográfica, al lado de Palacio de Buckingham, fue un descontrol. Sid podía ser muy malvado cuando encontraba tu punto flaco. Insistía sobre el tema y se pasaba cada vez más con comentarios muy graciosos, pero también muy crueles. Con Paul estaba dale que dale con que parecía un gorila albino. En la limusina, cuando íbamos a firmar el contrato esa mañana, Paul acabó dándole un sopapo en la boca. De repente, Dios sabrá por qué, todos empezamos a pegarnos dentro del coche y aprovechamos para endilgarle un mamporro a Malcolm. De hecho, ese momento tuvo la virtud de generar un vínculo entre nosotros (una vez terminamos de ponernos verdes mutuamente, nos dimos cuenta de que existía un blanco común a todos).

Firmamos en la línea de puntos, todos sonriendo y haciendo el tonto, segundos después de haber intentado reventarnos la cara. Había mucha tensión acumulada debido a la «gestión» de Malcolm, que generaba un perpetuo (y nada agradable) caos. Así que ése fue un momento de alivio. Luego, todos, con un ciego considerable, dimos una rueda de prensa. Sid lanzó una tarta de crema, para hacerse el duro, lo cual es sólo un anuncio de lo que estaba porvenir.

En las oficinas de A&M no había nada de beber, así que les dijimos que compraran algo fuera. Después de cuarenta y cinco minutos trajeron una caja de cervezas bastante mierderas, lo mismo que nos solían dar cada vez que firmábamos un contrato (un raterío total). Nunca he visto nada igual. Las discográficas no saben cómo dar la bienvenida. Si alguien viene a mi casa, lo primero que hago es ponerle una cerveza en la mano, tengo todo listo para que mis invitados se lo pasen bien.

No saber ser un buen anfitrión puede encender la cólera de tus invitados, así que lo que pasó fue una situación que ellos mismos se buscaron. Me puse a potar en una maceta (como lo oyes) y nos acusaron de romper el retrete. Yo les dije que a Sid nunca le habían enseñado a usarlo.

Si haces que la gente se sienta incómoda y desagradable y quieres que se vayan, lo más probable es que queden más tiempo. Por lo menos es lo que yo hago y a Sid también le iba ese rollo. En cuanto a Steve y Paul, no tenían nada mejor que hacer. De repente, estábamos cooperando entre nosotros, como si fuéramos una avanzadilla vikinga y estuviéramos todos a una. Me encanta sentir esa camaradería en unabanda.

No duramos ni una semana en A&M. Me sorprende que tardaran tanto en largarnos. Al parecer, fue Herb Alpert (la «A» de A&M), quien mandó un

comunicado desde Los Ángeles diciendo que nos tenían que echar, que no quería ese tipo de indeseables en su sello. En resumen, que éramos una amenaza para la máquina de hacer churros a la que estaban acostumbrados.

Las bandas carcas habían dado con una fórmula con la que se sentían cómodas y les molestaba que apareciera alguien que les hiciera replanteárselo todo, lo cual es atroz, porque nosotros no teníamos ningún interés en reemplazarlas. Simplemente queríamos quitar la porquería que estaba obstruyendo las cañerías para que el resto pudiéramos tirar de la cadena y tener una oportunidad.

Nunca se me ha ocurrido poner obstáculos a las bandas que empiezan, pero a nosotros al principio nos pusieron muchos. Hubo músicos (entre ellos, Rick Wakeman, de Yes, y Steve Harley, de Cockney Rebel) que se mostraron inequívocamente hostiles al exigir a su sello que nos echara. ¿Quién coño eran ellos para exigir tal cosa? A mí no me importa quiénes están en mi discográfica, me parece irrelevante.

En aquel momento me pareció muy gracioso que un capullo como Wakeman, que hacía música de ascensor, tuviera el morro de decirnos que no valíamos. No me lo puedo tomar en serio. Los Yes estaban acabados, no se les ocurría nada nuevo y se dedicaban a criticar a los demás: eran fantasmas en estado de putrefacción. Pero fueron un problema y por ellos nos dieron la patada y eso hizo que ascendiera el nivel de malrollo.

Desde un principio, Malcolm había estado esquivando las propuestas de Richard Branson para que firmáramos con Virgin, porque, según él, era una discográfica hippy. De Virgin, a mí me atraían sus tiendas de discos, que eran alucinantes. La primera estaba en Oxford Street: te dejaba con la boca abierta, ¡la de cosas que metían en un sitio minúsculo! ¡Si tenían sólo una habitación! Sólo con dar una vuelta rápida te dabas cuenta de lo amplia que era su oferta: quería comprármelo todo pero no tenía dinero. Hacían que la música pareciera algo fantástico, diverso, ilimitado. Ojeabas las cubiertas de los discos y te quedabas flipado con lo creativa y maravillosa que era.

Así que después de A&M, a quien teníamos que presionar era a Malcolm para que nos consiguiera un contrato que realmente funcionara. Le decíamos: «Deberíamos tener una discográfica. Sería interesante, ¿no te parece? Somos la banda punk número uno, ¡y no hemos sacado un disco!».

Mientras, nosotros empezamos a grabar un disco por nuestra cuenta con el dinero de los adelantos y las indemnizaciones. Yo conseguí que las palabras me salieran concisas, claras, estaba contento. Grabábamos una o dos tomas por canción como mucho. Y no doblábamos, así que, cuando me tocaba, tenía que darlo todo. No aguantaba las sesiones en que se grababan los dobles de la guitarra porque eran interminables. Desde el principio, las sesiones de grabación se convirtieron en dominio de Steve y Chris Thomas, el productor, porque ambos se habían empeñado en «explorar las posibilidades de la guitarra». A mí me exasperaba enormemente y

me iba del estudio ratos bastante largos porque no lo soportaba.

Chris Thomas me volvía loco. En mi opinión, quería hacer algo demasiado elaborado para nosotros. Quitar al cantante de la banda para meter dobles de guitarra no tenía sentido. El único interés que yo le veía era que había salido con Mika, de The Sadistic Mika Band, un grupo que a mí me encantaba. Con él sólo hablaba de eso («¿cómo es ella en realidad?»). No os creáis que por ello se ganó mis simpatías. Era una banda impresionante con una mujer japonesa que gritaba cosas en japonés. Por lo visto Thomas era sordo de un oído. Nadie me comentó eso hasta la mitad de la grabación, cuando se puso a dirigir el cotarro con sólo un oído. «Pero ¿qué haces?» «Nada, es que no oigo nada por el otro.»

Justo cuando estábamos grabando el disco (cómo no), Sid pilló una hepatitis. Guai. Creo que lo hizo a propósito para no tener que lidiar con su incompetencia musical o que esforzarse para el disco. En mi opinión, estaba confundido. Nunca se enteró de nada de nada. Nunca comprendió lo que significaba estar en esto juntos o venir de los mismos barrios u otras cuestiones de importancia.

Sid introdujo en los Sex Pistols un elemento que acabaría jodiéndonos vivos: las drogas. Nunca me lo habría imaginado, pensaba que era más listo. No tenía ni idea de que fuera tan inseguro y que usaba las drogas para tapar su sentimiento de inadaptación. Con su presencia, inició una guerra sobre la heroína dentro del grupo y, además, de una forma muy cabrona y lamentable.

Estaba muy perdido (me debería haber dado cuenta antes) por culpa de su madre, una mujer que le regalaba heroína el día de su cumpleaños. Siempre decía que él no era como ella y, de hecho, se enorgullecía de poder coquetear con el caballo y luego poder pasar y estar bien, pero cuando Nancy Spungen llegó a su vida, cambió y se metió hasta el cuello en el «rollo Lou Reed».

Pobre Sid, no podía acostarse con nadie. Era una basura. Pero yo lo quería por eso, porque era una basura. No era un tío despectivo, sólo una persona confundida. Era increíblemente gracioso, tenía un sentido del humor brillante. Podía hacer una parodia de lo que fuera en cualquier momento. Qué pena que quisiera convertirse en una parodia de la forma de vida neoyorquina.

No sabíamos lo que eran las bodas de plata de la reina hasta que me llamaron para celebrar una fiesta en un barco sobre el río Támesis. Había dejado de leer la prensa y de prestar atención a las noticias y Sid ni te cuento (de todas formas, Sid nunca se enteraba de nada). «Pero qué coño es eso?», y Malcolm, al teléfono, «las bodas de plata de la reina». «¿Qué significa eso, nos van a pagar?»

Para mí y para Sid fue la pasta, las veinticinco libras que íbamos a ganar, lo que nos convenció de hacer «la legendaria fiesta del barco» (que acabaría siendo un hermosísimo fiasco). Toda farsa tiene su belleza y, creedme, ésta fue una farsa de principioa fin.

Virgin había lanzado «God Save The Queen» y, para sorpresa de todos, era un

éxito total. Un momento… No, me equivoco: esa semana no hubo número uno, por lo menos nuestro no. Eso demuestra lo corruptas que son las instituciones mucho más que cualquier cosa que podamos decir o hacer. El que estuviera prohibido que ocupáramos el número uno en las listas de éxitos británicas sólo prueba una cosa: que había unos chanchullos monumentales y gente utilizando estrategias ilegales (de tapadillo) para manipular los gustos del público. Eso nos dio una rabia horrible y alimentó la ira que expresaba la canción.

Llegó la fecha del aniversario real y de nuestra insolente fiesta acuática. Yo estaba helado y aburrido y además no había comido en casi una semana. La fiesta se parecía demasiado a un circo, con una selecta lista de invitados y toda la prensa en mogollón. Me hacía gracia ver a Richard Branson, el dueño de Virgin, que, con su barba y su melena, era igual que Guy Fawkes[21] (en su favor hay que decir que parecía dispuesto a pasárselo en grande). Se puso un poco tonto cuando se acabaron las bebidas y yo le dije que si no aparecía una caja de cerveza por arte de magia, no saldría a cantar. Y, ¡milagro!, ¡apareció! Y las veinticuatro latas se esfumaron en doce segundos.

Nos pusimos a tocar y no podíamos oírnos, como ocurría más o menos en nuestros comienzos, aunque a esas alturas del partido nos daba igual y, además, parecía la única forma de entrar en calor. Era una noche fría, en mi caso mucho más por lo mal alimentado que estaba. Hicimos todo lo posible para resultar provocativos, pero después de pasar tres veces delante del Parlamento, allí no pasaba nada. Así que volvimos dar otra vuelta. «¿De verdad? ¿Otra vez? Bueno, venga, vaaaamos.» Tuvimos la suerte de que justo en ese momento a la policía se le ocurriera parar a nuestro lado y decir: «Detengan eso. No es patriótico».

Atracamos y yo miré a la policía. Pensé: «Igual pasa algo, igual no, pero prefiero salir de este lío lo antes posible», así que corrí hacia el frente y fui el primero en bajar del barco. Un poli se me acercó y me dijo: «¿Quién es Johnny Rotten?». Y yo: «¡Está ahí arriba!». Y por supuesto se fueron directamente a por el melenudo con barba (¡pobre Richard Branson!), porque en aquellos días la gente pensaba que los culpables de todo eran los melenudos. ¡Me parto! Dicen que Malcolm les dijo a la policía quién era yo. Pues le salió fatal, yo ya me había ido.

En aquel momento la policía era atrasada y brutal, no hay otra manera de verlo: matones de colegio dispuestos a dar patadas y porrazos a cualquiera que cuestionara su autoridad. Pero cuando atracamos, no tenían ni idea de qué pinta tenían los Sex Pistols. No había nadie al mando de ese fiasco de fiesta, así que se pusieron a buscar melenudos. También tiene mucho que ver con lo joven que era yo entonces: un chaval con granos en la cara, una americana y sesenta centímetros de cintura. «¿Ése, un hooligan? ¡Venga ya! Coged a los mayores.» Arrestaron a mi hermano Jimmy y a otras muchas personas.

Parece que ese día todo el mundo gozó de amnistía menos los Sex Pistols. Impresionante. No podíamos ni siquiera salir en barco por el Támesis. Estábamos en

medio del río y de repente alguien decide que se siente ofendido. Ojalá algún día exista una sociedad que se ocupe sólo de sus propios asuntos: ni soplones ni cotillas, sólo gente que se haga cargo de las cosas que le conciernen. Fuera los matones, así cuidamos de los nuestros. No queremos a gente así. Fuera también los pederastas.

Esa noche, Sid, Vince (un buen amigo de Sid) y yo fuimos a dar una vuelta por la zona del Embankment para ver si encontrábamos algo interesante que hacer, pero, como no teníamos dinero, al final me volví andando a mi humilde morada. Recuerdo que anduve un montón y estaba muy enfadado porque no me gusta andar cuando estoy borracho, porque es como si no andara en absoluto.

Debido al escándalo y a los titulares, dos semanas después me atacaron en la puerta de un pub detrás de Highbury Quadrant, cerca de Wessex Studio, donde estábamos grabando un álbum. Una zona chunga. Allí se juntan todo tipo de tribus. Y, cómo no, típico en mí, escogí el pub más problemático de todos. Era consciente de que quizás habría movida, pero ni en cien años me habría imaginado el lío que se montó, con machetes y cuchillos nepaleses de por medio. De vez en cuando hay gente que quiere matarte. Si tienen razón o no, es lo de menos, *pero ni se te ocurra dudar de su determinación*.

Para mi desgracia, iba acompañado de dos bobos que no sabían defenderse: Chris Thomas y su ingeniero de sonido Bill Price. Porque, ¿qué coño sabía Chris Thomas de la vida? No mucho. ¿Cómo puedes hacer discos buenos si eres sordo? Bueno, retiro eso: sordo de un oído y, el otro, sin sentido delritmo.

Al haber crecido en esa parte de Londres, yo ya estaba acostumbrado a los actos de violencia arbitrarios. Estaban a la orden del día. Les avisé de que me iban a cascar, pero ellos no me hicieron caso. Nos las teníamos que ver con mogollón de tíos pero quizás nos habríamos apañado, pero en ese preciso momento esos dos me dejaron solo. Entonces fueron a por mí. Era más grave de lo habitual porque con cuchillos y machetes es otro nivel. Uno llevaba una especie de espada (no sé cómo se llaman, pero la hoja era larga). He visto cosas parecidas en películas de la selva, pero, como es de suponer, no me esperaba encontrármela en el norte de Londres. Bueno, no pasa nada, todavía estoyvivo.

Me clavaron una hoja muy delgada en la muñeca, justo en la misma mano donde me habían pegado el golpetazo cuando estaba con Paul Cook, al principio de los Sex Pistols. Creo que esa mano ya la he amortizado.

Menos mal que esa noche yo llevaba unos pantalones de cuero superincómodos que eran tan gruesos que no podía sentarme con ellos sin hacerme daño en las corvas. La piel debía de ser de una vaca muy vieja porque tenían una resistencia industrial. Si me hubiera puesto otra cosa, ahora sería Lázaro sin piernas o Ian Dury. Sin ninguna duda tendría una cojera o un muñón. Y, al contrario, si hubiera llevado algo más ligero, podría haberme movido más ágilmente, así que no nos apresuremos a dar las gracias a la moda.

La vida es así. Pueden surgir situaciones donde te lo juegas todo y en las que

tienes que reaccionar muy rápidamente. A veces tu vida, tu dinero o cualquier otra cosa están en riesgo y tienes que estar preparado para defenderte. Cuando eres un personaje público no puedes andar por ahí borracho porque te conviertes en una víctima en potencia. Hay personas que se alimentan de ello y suelen acechar ocultos entre la manada.

A una persona normal puede que no le pase nada, pero enseguida me di cuenta de que no podía volver a dejar que me acorralasen de esa manera. No podía permitir que una panda de animales así me derrotara. De vez en cuando te topas con tíos de mucho nivel, pero suele ser gente que no está mal. No tienen que demostrar nada, tampoco están ahí para que les den un premio. Ése es el problema.

En ese momento, yo era el blanco principal y quizás sigo siéndolo en muchos sentidos. Es un sambenito del que no te libras jamás y tengo que ser consciente de ello. Supongo que en el fondo son celos. ¿Pero celos de qué? Dios mío, si ellos supieran. Ser Johnny Rotten nunca ha sido fácil. Mantener la integridad que creo poseer es un curro diario.

Desde entonces, sé que no puedo ir a una licorería cuando estoy pedo, como si estuviera desesperado por meterme otra copa. La gente me señalaría, así que es mejor aprovisionarme cuando estoy sobrio. Gran lección.

Ese verano, mi vida social se evaporó. Ya no iba a los conciertos tan tranquilamente, como lo había hecho siempre. No podía ir solo a ningún sitio, era imposible. La animadversión no sólo provenía del público de los conciertos sino también de los porteros de los locales. Empezaba en la puerta y llegaba al dueño del local, que te miraba con recelo o con una actitud o unas convicciones opuestas a las mías.

Al mismo tiempo, estaba verdaderamente contento porque hay que disfrutar de la vida lo más posible. Y saber que era capaz de molestar a todo el mundo todo el tiempo era la recompensa que yo necesitaba. Desde los tiempos de Prentiss Manchas de Pis, mi antiguo profesor de Lengua y Literatura, había conseguido cosas importantes…

Para esconderme de la prensa, Malcolm arregló que viviera en un apartamento de Chelsea que tenía una niña pija. Hasta el día de hoy, cuando oyes que tal o cual estrella del pop está envuelta en un escándalo y quiere ocultarse de la prensa, está en un apartamento que una niña pija tiene en Chelsea. Es donde acaba todo el mundo. Me descojono. Me imagino toda una cohorte de chicas pijas con apartamentos en Chelsea dedicadas a esconder a estrellas del pop con problemas. Estoy seguro que desde el punto de vista de Malcolm, esta historia alimentaba la imagen de «tipo misterioso» que él quería dar de mí.

Estaba aislado en este barrio elegante y lo único que se me ocurría para distraerme era ir al restaurante indio que había al final de la calle. Y siendo Chelsea el sábado por la noche, también allí había buitres. Allí estaba yo, Johnny Rotten, un individuo de la clase obrera deseando volver a su terreno de caza, pero no podía por

las calumnias que la prensa publicaba sobre mí. No podía hacer nada. Sólo aislarme.

Amigos y conocidos venían a verme pero pronto se aburrían porque yo no quería salir. Al principio no lo entendían. Luego empezaron a pensar que era una tontería ir a verme si yo no iba a salir; además, ellos tampoco querían que yo saliera. Y eso mis mejores amigos.

Hay que entender que la antipatía que yo despertaba era muy volátil y exagerada. Tenía unas dimensiones mucho mayores de todo lo que se hubiera publicado en los tabloides desde la guerra, y era difícil de asumir. También hay que reconocer que yo me había ganado a pulso tanta atención. Me había ganado el pasaporte y las alas.

No duré mucho en Chelsea. Enseguida estaba trotando por todos lados, por aquí y por allá, desde los edificios okupados de antaño a pisos alquilados. Tiempos horrorosos, terribles.

Compartir un apartamento con Sid fue un gran error porque él estaba saliendo con Nancy y eso me resultaba insoportable. Estaba en Sutherland Avenue, Maida Vale. No podíamos haber elegido un sitio peor porque en esa zona había mucha droga, especialmente caballo. Ves todas esas casas de clase media «tan monas» y no puedes ni imaginártelo, pero ahí es donde reside la verdadera oscuridad.

¿Dónde estaría yo sin las cazas de brujas? Después de todos estos años, han llegado a gustarme. Las adoro, las encuentro profundamente reconfortantes. Lo que quiero decir es que yo no hago daño a nadie, no es mi rollo. Cualquiera que sean los motivos o las excusas para encerrarme, tal vez logren encarcelar mi cuerpo pero no mi mente. Esonunca.

Para lidiar con la prensa y con el rollo de que éramos unos «gamberros asquerosos que no sabían hablar», teníamos la respuesta perfecta: *Pretty vacant*.[22] ¿Eso es lo que piensas de mí? Pues chúpate esa. No soy guapo [*pretty*] ni estúpido [*vacant*]. ¿Sigues pensando lo mismo? No es que pensáramos que la mejor defensa es un ataque, pero quizás era la única manera que teníamos de enfrentarnos al acoso de nuestros enemigos.

Era gente poderosa. Rupert Murdoch y Robert Maxwell y todo el turbio mundo de los tabloides ingleses nos hostigaban sin cesar, azuzando el desprecio y la rabia de la gente. Tuvimos que aguantar lo que se nos vino encima de la manera más sana posible y elegir nuestras batallas cuidadosamente para poder sobrevivir.

Participamos en todo tipo de discusiones de radio y televisión y hay que decir que el resultado siempre fue penoso. En una entrevista me preguntaron si Malcolm era el cerebro que había detrás del grupo o algo con por el estilo. «Malcolm es el quinto miembro de la banda, somos todos iguales.» Malcolm se lo tomó como un cumplido pero ésa no era mi intención. Al contrario, quería que no tuvieran una imagen tan buena de él. Durante todo ese proceso, tuve que ser diplomático y a la vez implacable y exacto, para evitar que me acorralaran en una esquina y me trataran como a una trivialidad sin importancia. Tenía el motor siempre en marcha.

El principio del punk fue muy emocionante. X Ray Spex, los Adverts, los Raincoats, las Slits… todas esas bandas tan diferentes entre sí, tan fascinantes. Las mujeres participaban y tenían influencia, lo cual era muy interesante desde el punto de vista musical. Fue un momento en el que se desarrollaron nuevas conductas sociales y se introdujeron formas de pensar hasta entonces ajenas al mundo de la música. Hombres y mujeres juntos en una misma banda y ambos al mismo nivel: alucinante. Las mujeres estaban allí sólo para acompañar la música con algo bonito. Eran iguales en todos los sentidos. Fue algo muy divertido y también novedoso porque las canciones empezaron a incorporar nuevas posibilidades. Un momento increíble. Tampoco éramos muy competitivos entre nosotros, no competíamos. El punk se convirtió en algo alucinante.

Pero, por alguna razón, los Clash comenzaron a posicionarse como nuestra competencia. Un titular de Joe Strummer en el *Melody Maker* decía: «Vamos a ser más grandes que los Sex Pistols». No me gustó nada y se lo dije. Si creo que una declaración va a provocar divisiones, lo digo, porque no me interesan nada los malos rollos. No me gusta esa actitud. No estábamos en la música para ser los primero en las listas. Cuando empieza a haber ese tipo de luchas entre unos y otros, se abren las compuertas y entran todo tipo de gilipollas. Y entonces ya da igual lo que hagas creativamente, siempre tienes que estar alerta e intentar que los capullos estén quietos.

Al parecer, Malcolm y Bernie se habían enfadado (el típico altercado entre viejos amigos) y Bernie trataba de utilizar a los Clash para vengarse. Algo muy tonto. Allí estaba yo, un chavalín contemplando a dos adultos comportarse como idiotas. Lo peor era que algunos miembros de los Clash le seguían el rollo a Bernie.

Bernie los atiborraba de doctrina política. Cada vez que Joe ha venido a verme a las distintas casas en las que he vivido (incluso una muy lejos, en Edmonton), ha tenido en las manos un libro marxista que estudiaba y anotaba. Luego quería ver las noticias de las seis, pero en vez de tomarse lo que decía la BBC con cierta distancia y ser capaz de leer entre líneas, oía los titulares y se «inspiraba». De ahí viene lo de «sten guns in Knightsbridge» [metralletas en Knightsbridge] y todas esas idioteces. [23]

No era mi rollo. Me caían bien Joe y también Paul. Mick Jones era el típico tío superalegre, pero Bernie los adoctrinaba con discursos de sindicato de estudiantes: «Declara la guerra a la sociedad…, etc.». Si querías pasártelo bien una noche o conocer a gente interesante, mejor no ir a un concierto de los Clash. Estaba lleno de cerebrines con ganas de aprender: «Sí, mmm, sí, ahora me he metido en un curso de tal y tal y tal…». UN COÑAZO, UN PUTO COÑAZO.

Joe siempre había sido muy agradable, pero en cuanto se empezó a tomar a los Clash en serio, se convirtió en un tío antipático. De hecho, se peleó con varios amigos míos. Ya no se reía de él mismo. Se tomaba muy en serio su papel como mensajero de un extraño socialismo y se notaba que quería colgarse una medalla. Se pasó de la

misma forma que Hemingway se pasó. ¿Conoces esa estatua del hombre ceñudo? ¿La estatua de «he estado pensando», como yo la llamo? Pues él se convirtió en eso conscientemente. Su arrogancia me resultaba repulsiva. Menuda pose… Pero si he aprendido una cosa es que todos somos humanos y todos tenemos defectos.

Los Clash tenían un punto de vista muy burgués, igual que su público. Los periodistas estirados los adoraban. Prepararon el terreno para lo que yo llamo los parásitos, es decir, bandas que iban a dos mil por hora y no paraban de gritar. Esa gente nunca me ha interesado.

Gracias a ellos, el punk se convirtió en un modelo estandarizado y dirigido por los medios de comunicación. El *Daily Mirror* llegó a publicar artículos titulados «Cómo vestir como un punk». Entonces comenzaron a aparecer ese tipo de idiotas y se fue todo al garete. Muchas bandas que salieron en ese momento pensaban que se trataba de expulsar a Rotten-Rotten. Y la violencia empezó a ganar terreno y enseguida aparecieron los Sham 69s, propagando la violencia a través del ballet. Unos imbéciles. Bobos, estúpidos, se daban cabezazos contra la pared sólo para demostrar lo duros que eran. No escuchaban a nadie. Eran incapaces de aprender o de crecer, de tener esperanza o una perspectiva de futuro.

En «God Save The Queen» decimos que «no hay futuro» porque era la única forma de que lo hubiera. Pero esta gente no quería un futuro, parecían caballos desbocados. Cuando se desata una estampida, ¿cómo haces para que vuelvan a la manada? Y, ¿qué pintaba yo en todo eso? Si eso era lo que querían, pues que se fueran y atacaran. Y mejor que llegaran cuanto antes a la siguiente colina y los perdiéramos devista.

Mis padres fueron un gran apoyo durante el descrédito al que me vi sometido, pero les resultaba muy duro. Las críticas negativas los alteraban mucho. Tampoco es que les encantara el alboroto que estaba armando, pero sabían que lo que decía la prensa de que yo era mala persona era mentira.

Mi madre quiso saber cuál era mi mundo, para ella una especie de misterio, así que le mostré que no era ni tan oscuro ni tan hermético ni tan malo. La lleve a un par de conciertos: Alice Cooper, Gary Glitter, todo lo que pasaba en el Rainbow de Finsbury Park. ¡Y ella siempre queríavenir!

Se sentía orgullosa de que yo, sin talento aparente, hubiera encontrado la puerta de entrada a ese mundo. Hasta el día en que entré en los Pistols nada había sugerido que yo estuviera interesado en cantar en un grupo o en escribir canciones. A mí no me importaba llevar a mis amigos a casa. Siempre fueron tipos raros. Mis padres se reían (mi padre con sarcasmo), yo siempre había tenido amigos extraños. Probablemente eran los únicos tíos que se atrevían a dirigirme la palabra. Todos estábamos más o menos en la misma situación social: todos nos sentíamos fuera delugar.

Llamaba a mis padres por teléfono y les rogaba (¡rogaba!) que no dieran entrevistas y les advertía de que probablemente se aprovecharían de ellos. «¡Pero es necesario que te defendamos!» «Por favor, no. Sólo vais a empeorar las cosas.» Hubo

una entrevista en la *Islington Gazette* especialmente difamatoria. Para empezar, mis padres les dieron un montón de fotografías mías de pequeño que nunca les devolvieron. Y luego publicaron un artículo terrible, despreciable.

Instintivamente quería proteger a mi familia del circo que se había montado. Los Pistols y yo estábamos metidos hasta el cuello, pero no creía que mi familia tuviera las herramientas necesarias para lidiar con ello. Es difícil comprender que un mundo que solías considerar importante, de peso, solidario, real (como, por ejemplo, el periodismo) era en realidad una gran bolsa de bilis salvaje, vengativa y tendenciosa.

Por la prensa nos vimos atrapados en un lodazal de mentiras y malentendidos. Como en el juego del teléfono, la cadena solía empezar con una mentira insignificante que luego se convertía en un notable embuste y que terminaba en una explosión atómica donde no existía ni un ápice de verdad, pero era muy difícil de perseguir y corregir.

Y no es que a la prensa se la castigue precisamente por meter la pata. ¿Y a quién te diriges? No puedes llamar por teléfono y decir: «Oye, no puedes escribir eso sobre mí. Es una patraña, es falso». «Pues vas a tener que demostrarlo.» «¿Con qué dinero?» En aquel momento estábamos sin blanca. No teníamos ni un céntimo, no nos dejaban tocar en ninguna parte, no podíamos hacer nada.

Todo aquello hizo que nos distanciáramos entre nosotros porque este tipo de cosas no crean un sentimiento común, al contrario, separan. Creo que la prensa no es consciente de ello, pero, *si eres débil*, te destruye. Nosotros éramos débiles, pero no tanto, porque de alguna manera conseguimos mantenernos aflote.

Como era de esperar, Malcolm se escondió y dejó de hablarnos. No podíamos dar con él. Se parapetó detrás de un montón de gente, amigotes de la universidad: «Malcolm tiene dolor de cabeza», «Malcolm no puede ponerse al teléfono, ahora está ocupado». Y así siempre. Nunca entendí qué animaba a Malcolm. Tenía una mente muy fértil pero con tendencia a ser venenosa. De alguna manera, Malcolm era contradictorio, porque creaba situaciones maravillosas y luego se desentendía. Encendía una bomba y luego no quería que explotara. No era como Guy Fawkes. Le gustaba más lo que representaba Guy Fawkes que lo que suponía ser Guy Fawkes.

Después de nuestra entrevista con Grundy en la televisión, parecía que lo habían castrado, que se había quedado sin huevos. Y eso se lo hizo él mismo. Tenía miedo. Quizás era un exceso de educación. El proceso intelectual lo llevaba a dudar siempre de sí mismo; pensaba las cosas demasiado, hasta el punto de aniquilar su alegría y su instinto. Hay situaciones en la vida en las que el instinto manda. Con Malcolm, no. Su instinto acertaba, pero el proceso intelectual se lo negaba. Yo primero pienso y luego actúo. Malcolm primero piensa y luego se raja.

Malcolm no era un sinvergüenza ni tampoco un ladrón, pero no se gastaba el dinero en lo que yo consideraba importante. Los motivos de Malcolm siempre eran artísticos y descabellados, mientras que los míos tenían que ver con mi supervivencia: «Necesito vivir en algún lado, dame dinero». El argumento de Malcolm era: «Mira, si

utilizas mi nombre, la transacción será más rápida». Steve y Paul habían tenido muchos problemas porque su piso estaba a nombre de Malcolm y yo sabía perfectamente que a mí me pasaría lo mismo. Tenía la astucia del adulto que desea manipular a un niño. A pesar de todos los adelantos, sólo nos pasaba cincuenta libras a la semana. El resto se lo guardaba para hacer una película de los Sex Pistols. Era un proyecto que me molestaba amargamente porque quería hacerlo él solo: *su* proyecto y *sus* ideas. Eso es lo que aporta una persona que se cree Andy Warhol. Estaba muy impresionado con la frase de Warhol, esa que dice que todo el mundo tiene sus quince minutos de fama. Y quería que le pasaraa él.

Una de las personas a las que entrevistó para su obra maestra fue Russ Meyer, el rey de la «tetaxplotación». Cuando lo conocí me cayó fatal. Un patán dominante, un bruto y, evidentemente, un depravado. Había una dinámica muy rara entre Malcolm y él. Enseguida me di cuenta de que esos dos nunca se llevarían bien. Jamás. No tenían nada en común. Meyer concebía la sexualidad de una forma muy atrevida y supongo que Malcolm quería aprovecharse de eso. Malcolm solía atribuirse las facultades de quien tuviera al lado, en este caso las de Meyers, que era un ligón. En ese momento, pues, él también se veía como un conquistador, pero Russ lo miraba y le decía: «Tío, tienes pinta de mujer».

Yo propuse a Graham Chapman, de Monty Python, como director, porque había visto sus números antiguos en un pub de Archway. Tenía un truco con un perro pequeño. Él se tumbaba bocarriba en el suelo y se echaba sidra en los genitales y el perro, como es de suponer, se los lamía. Si Malcolm estaba pensando en hacer una película sobre nosotros, la tenía que dirigir una persona de ese tipo, pero, claro, seguro que Chapman no aguantaba la impostura de Malcolm. Antes o después, Malcolm saldría huyendo y ocultándose porque siempre llega el momento de dar la cara y demostrar que hablas en serio. Cualquiera puede decir lo que le dé la gana, pero al final tienes que mostrar el tamaño de tus rifles. Los de Malcolm no existían.

Al final logré que Malcolm me consiguiera un sitio para mí solo en Gunter Grove, cerca de World’s End, en Chelsea. Estaba harto de dar tumbos y ya sabía que, con un mánager como Malcolm, no íbamos a durar mucho. En cualquier momento podía quedarme colgado. Quería algo que me diera seguridad, no me importaba dónde, y Gunter Grove era barato. Creo que Stevie Winwood era el propietario e Island Records su intermediario. Allí me metí y allí celebramos las mejores fiestas de mi vida.

Al mismo tiempo, las autoridades estaban deseando endilgarme algo, así que más o menos por aquel entonces empezaron las redadas que, de algún modo, nunca han cesado.

Yo sentía que estaba solo y que tenía que cargar con ello sin ayuda de nadie. La banda pasaba de mí totalmente y el mánager, para qué os voy a contar. ¿Quién coño me iba a ayudar? ¿Uno de mis fans? ¿Un chaval aburrido en su habitación con el que no podía contactar?

Creo que fue entonces cuando empecé a responder las cartas de los fans. Solía hacerlo porque era el único medio real que tenía de comunicarme. No recuerdo que llegara a conocer ni a quedar con ninguno de los remitentes, pero sí me acuerdo de que muchas de las cartas me daban las gracias por haberlos ayudado a pensar por sí mismos y cosas por el estilo. Frases reconfortantes. Y al minuto siguiente llegaba la policía y tiraba la puerta a patadas. Siempre he encontrado tiempo para la gente que quiere comunicarse conmigo de esa manera. Siempre.

El que yo tuviera un piso molestó muchísimo a Steve y a Paul. «¿Quién te has creído que eres?» «Bueno, yo escribo las canciones, ¿no? ¿Y quién coño es el capullo de Malcolm? Tu amiguito, tu amorcito de King's Road, ¿no? Desde luego, el mío no. No le gusto ni yo ni las cosas que hago, pero todos ganáis dinero a mi costa. Sinceramente, si "Anarchy In The UK" o "God Save The Queen" hubieran tenido otras letras, no serían lo que son. Les faltaría un propósito claro, no tendrían sentido, serían anodinas, basura. Y vosotros una puta banda del montón.»

El rollo de «tú no sabes cantar» se debía a que ellos lo que querían en realidad era un grupo pop de chicos. Para ser brutalmente sincero, si yo no cantaba bien, ¿qué hacían conmigo Paul, Steve (y Glen)? Querían ser famosos, supongo. Yo me sentía instintivamente atraído por todo lo contrario y, sin proponérmelo, los llevé a donde yo quería.

Como era algo que no llegaban de comprender del todo (el espíritu rebelde, etc.), se convirtió en un problema que nunca llegamos a resolver. Fuera de ese ambiente, elegí a Sid de forma natural. Os vais a cagar con este elemento, majos. Pobre Sid, amigo mío. Entrar en la banda acabó con él. Me rompe el corazón. Lo arrastró al abismo y, al mismo tiempo, hizo que la banda fuera mejor. Nuestro rollo no iba de melodías bien interpretadas, ¿y por qué coño íbamos a ir de eso? No existe nada en una rebelión que incite a utilizar melodías suaves. Así es.

Yo tenía una imagen de gamberro proscrito, pero no era nada de eso. Soy un espíritu más bien tranquilo y contemplativo, un pensador profundo y, aunque parezca extraño, bastante racional. Pero no era eso lo que movía la máquina publicitaria. Una pena. Por mi parte, intentaba hacer lo posible para corregirla cuando me invitaban a programas de radio y podía poner la música que me gustaba. Hice un programa en Capital Radio, en Londres, con Tommy Vance, que tuvo mucho éxito. Puse Can, Beefheart, Culture, Neil Young, Peter Hammill, Dr Alimantado. Después lo único que me dijo Malcolm fue: «Cómo te atreves, vas a cargarte el punk». «¿Quéeeeee? ¿Perdóooooon?»

Ése fue el principio del fin. Prácticamente ni nos hablábamos. Para mí había sido una oportunidad de pinchar la música que adoraba, para explicar lo que estaba haciendo, mis motivos y cuál era mi postura respecto al esquema general de las cosas. Todo eso enfureció a Malcolm porque él creía que el punk se limitaba a gente como los New York Dolls, Iggy Pop, los Ramones… Pero yo, en ese momento, tenía a los Status Quo, así que, ¿para qué quería a los Ramones? Y los Flaming Groovies nunca

fueron los primeros de milista.

Malcolm intentaba manufacturarnos como si fuéramos una puta camiseta. Era un tipo muy controlador. ¿Qué te has creído que soy? ¿Un hámster que te has comprado y al que le has puedes poner un collar de lentejuelas? Que imbécil de mierda, atreverse a decirme cuáles tenían que ser mis gustos. ¡Vete a tomar por culo! Me enfadé mucho, *muchísimo*. Tenemos que dejar de pensar en términos de categorías y especies. «Esto es esto y aquello es aquello.» No es así. En todo momento se produce una polinización cruzada. No creo en los seis grados de separación sino en un continuo.

En ese momento se produjo una fisura, una grave fractura entre lo que se suponía que era y no era el punk. Lo siento, pero en esto yo estaba en el lado de los buenos, es decir, combatiendo una forma retrógrada de pensar que trataba de justificarse generando antagonismos absurdos. Eso no tiene nada que ver con Iggy o con los New York Dolls, a los que adoro y que para mí encajan perfectamente con alguien como Todd Rundgren. La gente que me interesa es la que experimenta, no la que hace mierda y tiene pinta de tirada.

Quería evitar que se nos asociara al rollo yonqui, pero Sid estaba metido hasta el cuello y quería vivir como en Nueva York (y eso era influencia de Malcolm, un enamorado de NuevaYork).

Finalmente persuadimos a Malcolm para que nos consiguiera bolos en Inglaterra para agosto. Tuvimos que acabar anunciándonos bajo nombres falsos como Tax Exiles, Acne Rabble y S.P.O.T.S. (Sex Pistols On Tour Secretly) [Sex Pistols de Gira en Secreto]. Ir de incógnito era a la vez ridículo y emocionante, refrescante. Se convirtió en el secreto peor guardado, pero consiguió que las autoridades nos dejaran en paz. A ciencia cierta, no sabíamos si estábamos realmente vetados. Quizás formaba parte del plan maestro de Malcolm. No tengo ni idea de cuáles creían esos ayuntamientos que eran nuestros planes y qué desórdenes se imaginaban que íbamos a provocar. Pero no pasó nada de eso. El único perjuicio vino de supuestos «amantes de la música» (ja, ja, ja).

En esa gira (de sólo seis conciertos, así que no teníamos la sensación de estar de *tour*), conectamos mucho con la gente y eso fue muy gratificante, pero cada vez que algo parecía estar funcionando bien, tanto para nosotros como para el público, Malcolm encontraba la manera de sabotearlo, como si le asustara que tuviéramos éxito de verdad.

Tenía miedo del largo brazo de la ley, que nos miraba con muy malos ojos, y parecía haber encontrado refugio en su mierda de película (titulada *Who Killed Bambi?* [¿Quién mató a Bambi?]). Era una vía de escape ligerita de lo que representábamos nosotros y de lo que en el fondo eran los Sex Pistols. También lo aterrorizaba tener algún tipo de enfrentamiento verbal conmigo porque sabía perfectamente que yo estaba bien armado.

Era un juego de poder en muchos sentidos. A la vez, empezó a crearse una

situación extraña, porque Steve y Paul me culpaban de haber metido en la banda al «capullo de Sid». Era Malcolm el que los azuzaba y al final logró que se mosquearan seriamente conmigo y que yo acabara aislado. También intentó crear fricciones entre Sid y yo porque, aunque suene raro, Sid y Malcolm se llevaban bien. Así que Malcolm jugaba a dos bandas y yo salía perdiendo en ambos casos. Y luego esas situaciones derivaron en un absurdo sinsentido.

Desde el principio, Malcolm descuidó las relaciones interpersonales de la banda. Tendría que haberle dado vergüenza. Para entonces la cosa era un descontrol total, pero él seguía lanzando pullas y difundiendo rumores que provocaban todo tipo de problemas. Además, a cada uno le contaba una cosa distinta. Estar en una bronca constante no era nada divertido y, cuando luego descubríamos lo que nos había dicho a cada uno, nos dábamos cuenta de que el motivo de nuestras diferencias había sido creado por él. «Vale, pues vamos a hacer que lo admita» y, entonces, ni que decir tiene, Malcolm se encerraba.

Me acuerdo de una vez en que Steve le sonreía mientras le decía en su puta cara y tan tranquilamente que era un cabrón hijo de puta. Malcolm le respondió con una sonrisa, como si fuera un triunfo. Así es como funcionaba *su* relación. Y yo no podía mover lo inamovible.

Así que seguí solo y a mi rollo hasta que, después de intentar compartir un apartamento con Sid, empecé a pensar: «¿Es realmente necesario que siga en esta banda?». Las cosas que estaba escribiendo y pensando parecían ir más allá. Tenía ambiciones mayores que pasarme la vida metido en dramas internos sin tregua aparente.

En octubre se lanzó por fin el álbum *Never Mind The Bollocks, Here's The Sex Pistols*. Había quedado genial. Me demostraba que Steve tenía aptitudes: podía llevar la guitarra a lugares distintos, nuevos, emocionantes, originales. Sonaba como un ejército de guitarras y no como un barullo. No valía cualquier cosa. Había aprendido mucho. Así es como lo vi entonces. Hacer el *recording* nos había parecido eterno y casi había acabado convirtiéndose en un disco de solos de guitarra, pero, Dios, me encantaba el resultado. La fusión de todas esas tomas tenía como resultado un producto delicioso (aunque también un problema, porque no era fácil de reproducir en concierto).

Richard Branson hizo una cosa increíble para promocionar *Never Mind the Bollocks*. Llenó todas las tiendas de Virgin con pósteres del disco (unos carteles amarillos hechos a base de letras recortadas), especialmente las de Oxford Street, en Londres, porque tenía dos tiendas en esa calle, una al principio y otra al final. Empapeló los escaparates con ellos de lado a lado. Algo fantástico.

Pusieron el mismo cartel en las tiendas del norte, pero allí reaccionaron de forma distinta, especialmente en Nottingham, donde se llevó a juicio a la tienda porque el escaparate se consideró ofensivo. Se les aplicó la ley de publicidad indecente de 1889 y tuvimos que ir a juicio. Bueno, nosotros no estábamos obligados a ir, pero yo me

ofrecí voluntario. También quería que testificara Malcolm. Íbamos a defender nuestro derecho a usar el término *bollocks* [cojones], que desde mi punto de vista y después de consultar el diccionario Oxford, era la palabra anglosajona correcta para referirse a los testículos. Malcolm desapareció, como era de esperar, así que allí me fui con los representantes de Virgin, que entendían la importancia del asunto. Contratamos a John Mortimer, un abogado de prestigio y miembro del Consejo de la Reina,[24] además de escritor de *Rumpole of the Bailey*, una serie de television sobre abogados.

El objetivo era demostrar que *bollocks* deriva de un apodo que se daba a los clérigos. Estoy en contra de que se prohíba cualquier palabra, así que estaba encantado de sentarme en la primera fila y oír los argumentos del juez sobre las palabras que se podían utilizar y las que no. Estaba deseando subirme al estrado y dar un discurso. Me lo había preparado, me lo había trabajado a lo bestia, llevaba días sin beber y había intentado mantenerme sobrio, pero no tuve ocasión porque el juez dijo: «A pesar de todo, lo declaramos inocente». Nos fuimos pitando a ver a la gente de la tienda de discos, que a su vez salió corriendo hacia la estación de radio local, donde la conversación fue genial. Para celebrar nuestra victoria en los tribunales, pinché otra vez mis discos favoritos. Y allí mismo dije: «¿Dónde está Malcolm? Menudo imbécil. Me gustaría dedicarle esta canción de Cliff Richard, "Devil Woman"». «Cargarme el punk» era cada vez más divertido.

Luego regresamos a Londres a toda velocidad en el Aston Martin de un colega de Branson. ¡Qué día más maravilloso! Y saber que contaba con el apoyo de Virgin. Para mí que no viniera ninguno de los Pistols fue una tragedia personal. Tampoco había venido su mánager. Supe que a partir de ese momento no podríamos estar unidos. No existía ni el arrojo ni el compromiso, así de simple. No valoraban a su banda, los Sex Pistols.

A principios de diciembre íbamos a celebrar el mayor concierto del grupo celebrado hasta la fecha en Londres y alrededores, en la Brunel University. Desgraciadamente, se convirtió en un despropósito gracias a imaginaos quién. Con el equipo que nos pusieron nadie nos oía, algo deprimente, y el rollo drogata de Sid hizo del concierto algo nauseabundo, difícil y hasta doloroso de soportar. Una cosa muycutre.

Esa noche había cientos de personas en Brunel y otras tantas fuera haciendo cola, así que por lo menos deberíamos haber tenido un buen equipo de sonido. No pienso que la culpa la tuviera sólo eso, pero una cosa es que no nos pudiéramos oír entre nosotros y otra muy distinta era que el público tuviera que hacer esfuerzos para escucharnos. Una falta de consideración imperdonable. Pero a Malcolm le gustaba generar escándalo y caos. Y, mierda, tampoco quería gastarse la pasta. No aprendía: si quieres cosechar, hay que invertir.

Nuestro único respiro fue el día de Navidad. Participamos en dos conciertos a favor de los bomberos en huelga de Huddersfield y de sus hijos: un espectáculo para

los niños por la mañana y otro para los padres por la noche. Fueron nuestros últimos conciertos en Inglaterra. Estuvo genial porque no tenían dinero y a nadie les importaban un pepino. Parecía que esa gente no iba a pasar unas Navidades en condiciones, así que echamos el resto e inundamos el local de pasteles y regalos para los niños.

Allí estábamos, supuestamente la banda más dura del mundo, jugando con niños de siete años en una sesión matinal. Para hacer eso, tienes que despojarte de muchas cosas. Para empezar, yo pensaba: «¿Cómo coño voy a cantar aquí “Anarchy” con integridad?». Pero los niños siempre te ponen en tu sitio. «Si eres como nosotros, un niño grande y estúuupido.»

Luego empezaron a volar trozos de pastel y se convirtió en algo loco y genial, como de película del Gordo y el Flaco. Nos permitió mostrar nuestro lado más relajado y se convirtió en una especie de «Hable usted con los Sex Pistols», con Steve en el papel de Sid James. Los niños tienen la capacidad de volver a ponerte los pies en el suelo. También hicieron que Sid abandonara su pose. Iba todo el rato de rockero duro, pero no puedes ir de duro cuanto tienes la cara manchada de tarta. Fue un toque de atención: quizás nos estábamos tomando las cosas demasiado enserio.

Ése fue el momento en que quizás estuvimos más unidos. Sin embargo, lo único que Malcolm quería es que la banda dejara de existir. Y nosotros que se fuera, pero siguió maquinando a nuestras espaldas y así no había nada que hacer. Estábamos a punto de disolvernos, pero no antes de…

¿Os podéis imaginar lo que fue para los Sexy Pissups tener la oportunidad de ir a Estados Unidos? No es como ahora, que cualquier desgraciado puede pagarse un billete. La mayoría no podía permitírselos y mucho menos gente como nosotros. ¡Madre mía, nos íbamos a JohnWaynelandia! *Y encima nos pagaban*: absolutamente alucinante. Es el mayor beneficio de estar en un grupo, el tener la oportunidad de hacer cosas que ni habías soñado. Sin duda, eso abre tu mente, os lo aseguro. Pasara lo que pasase allí, nos lo habíamos ganado.

Para nosotros, América era *Kojak*, *Ironside* e incluso me atrevo a mencionar *Starsky y Hutch*, una serie de la que sólo me acuerdo por el coche. En nuestra imaginación, América estaba llena de coches enormes, como en las películas. De hecho, ahora se han hecho más pequeños en comparación a los de antes, así que uno podría pensar que hay más espacio en las autopistas: pues no, lo que hay son más coches.

Sin embargo, el rock norteamericano necesitaba meterse un buen chute. Estaba harto de la banalidad californiana. Suave y azucarado como un merengue, tipo los Eagles, ¡qué asco! Me encanta la música, me encanta lo que es, su esencia. Me gusta todo en ella. A veces disfruto más de las cosas que me disgustan porque, de una extraña manera, son más gratificantes. Pero los Grateful Dead, por ejemplo, me parecían insufribles, eran algo mortífero y aburrido.

Pensar que nosotros pudiéramos conquistar Estados Unidos era para descojonarse. Antes de marcharme tuve muchos problemas para que me dieran el visado debido a una multa por exceso de velocidad. Lo único que tenía a mi favor era que, poco antes de irnos, una noche tonta había ido a un club con unos amigos (Linda Ashby y su pandilla) y había impedido que robasen la caja tumbándome en las escaleras. Al salir, los ladrones se tropezaron con mi pie, se cayeron de espaldas y se quedaron inconscientes y la prensa me elogió por haber evitado elrobo.

¡De repente, me convertí en un héroe! En aquel momento, me asusté un poco. No quería que se mencionara el asunto y negué cualquier responsabilidad porque pensaba que mis colegas no lo aprobarían, pero aquello influyó positivamente para el visado. Al final, el tipo autoritario que me entrevistó en la embajada estadounidense, me dijo: «Bueno, has hecho cosas de provecho para la sociedad». ¿Así es como lo veía? Pues, genial, había amortizado el incidente y me habían concedido el permiso de trabajo. Aunque entonces, sin haber siquiera salido, ya teníamos cosas de las que arrepentirnos…

Malcolm, en su sabiduría, había decidido que no tocaríamos en las grandes ciudades de la costa, como Nueva York o Los Ángeles, sino en el sur, para la «gente de verdad». Si había alguien que no entendía a la clase obrera, ése era Malcolm. Así que, siguiendo un calendario totalmente absurdo, a principios de enero de 1978 atravesamos Estados Unidos, a pesar del frío y el hielo, en lo que era prácticamente un autobús escolar. Muchos aspirantes a estrellas no lo habrían aguantado, pero yo sí.

El lujo y el gozo que implicaba poder mirar a través de la ventanilla del autobús y ver cómo Norteamérica vibraba ante mis ojos me parecía totalmente fascinante. Aquello era el sur. Me recordaba a las películas de vaqueros que mi padre me hacía ver de pequeño. Me sonaban los nombres de las ciudades de haberlos oído en la tele. Joder, era genial. Después de tantas intrigas, me sentía como un niño. El paisaje de Estados Unidos me impresionó profundamente y me enamoré del país. A pesar de la situación de mierda en la que nos estábamos metiendo, disfruté mucho delviaje.

Al mismo tiempo, era consciente de que no podía hacer nada con lo de Sid. Era un lío sin solución porque Malcolm estaba utilizándolo, precisamente, para que todo se viniera abajo. Con su megalomanía, quería destruir lo que no podía controlar, lo cual, visto con distancia, era algo tremendamente infantil. Pero es la pura verdad, así era el tío. Era muy celoso y, si alguien tenía una idea que le habría gustado tener a él, en vez de celebrarla y utilizarla, se dedicaba a boicotearla.

Entonces yo no sabía que estaba tomando clases de canto. Al verme debió pensar: «Yo también puedo hacer eso». Me habría encantado que se lo tomara en serio de verdad, entonces todo el mundo habría podido ver su falta de talento.

A pesar de que todo se estaba desmoronando entre nosotros y de que los conciertos eran horribles, intenté acercarme a Steve. De hecho, una noche nos lo pasamos muy bien juntos. Steve tenía una caja de zapatos llena de marihuana y me preguntó si me apetecía probarla. Le dije que sí y empezamos a descojonarnos, pero

teníamos que tener cuidado porque Sid estaba dos puertas más allá con una *drag queen* negra. Era un asunto feo, estúpido, que no tenía nada que ver con los Sex Pistols. Parecía un triste remedo de Lou Reed y su eterno dilema, «¿hay más caballo?».

Para todos era muy difícil luchar desde su propia esquina sin unir fuerzas. Nos dimos cuenta de que Sid no era el problema, lo éramos todos. No nos llevábamos bien y ya está. No tenía sentido continuar con el grupo porque las influencias externas siempre acababan envenenándonos.

Los medios de comunicación nos acosaron durante toda la gira. A Sid le hicieron una entrevista en *High Times*, que nos seguía a todas partes. Se suponía que era una revista prodrogas, aunque se rumoreaba de que tenía conexiones con la CIA. Lo que en realidad querían era enterarse de lo que hacías y con quién, quién te vendía, de dónde venía y adónde iba. Sid no entendía que era mejor no involucrarse en líos ajenos. Además, le encantaba ventilar sus historias, sus delirios de drogadicto, con gente más que dispuesta a publicarlos, y así acabábamos todos con fama de yonquis.

No había escrito esas canciones para terminar así y estoy seguro de que tampoco era lo que Steve tenía en mente cuando fundó la banda. Habíamos pasado de la imagen de ingenuos gamberros a la de putos yonquis a los que siempre engañaban. (Por cierto, a Sid la *drag queen* no sólo le robó todo el dinero sino que también le dio una paliza.)

En los conciertos, Sid quería ser más Rotten que Rotten. Competía conmigo en el escenario, intentaba plantarme cara y hacer ver que él era un tipo duro de verdad. Se peleaba con la gente que estaba más cerca del escenario. Lo triste es que yo entendía por qué lo hacía. Notaba el dolor de Sid. Era un subterfugio para no sentir su inadaptación. Él sabía perfectamente que no estaba a la altura, que carecía de aptitudes. La autodestrucción se convirtió en un emblema tras el cual podía esconderse. Era la salida más fácil, ¿no?

Es horrible ver que un amigo tuyo se está matando. Te da una pena horrible. Pero en ese preciso momento, estaba muy cabreado con él porque no se enteraba de nada: «Mira, tío, estás en la situación más privilegiada del mundo, la gente se moriría por tener el poder que tú tienes y estás echándolo a perder. Estás haciendo que tú y la gente a tu alrededor parezcamos imbéciles.» Era como un robot con mando a distancia. En esta vida, hay que aprender rápido y no olvidar nunca lo que aprendes. Tienes que ser tú quien mueva los hilos y no tener titiritero, pero las adicciones son precisamente eso, titiriteros.

Lo que me rompía el corazón es la gente que lo miraba y pensaba que ser yonqui era guai. Para mí, el comportamiento de Sid era un acto criminal contra la humanidad porque era un ejemplo de autodestrucción. ¿Cómo le puede parecer eso atractivo a nadie? Y luego estaban los medios, siempre dispuestos a empaquetarlo y venderlo porque desviaba la atención del contenido político de las canciones. De repente, ya no había un mensaje social serio, sólo un yonqui.

En medio de todo eso, Steve y yo nos habíamos reconciliado. Por supuesto, su opinión era que teníamos que echar a Sid, pero yo le decía que esa no era la solución. Desde ese momento, Steve y Paul decidieron viajar en avión de un concierto a otro. También se quedaban en hoteles diferentes, lo cual era una estupidez. Durante días, en medio de la gira, no podía hablar con ellos porque «Malcolm» no quería decirme dónde estaban, una actitud tan infantil y estúpida que ni un niño de cinco años la hubiera adoptado.

En una de las pruebas de sonido en San Antonio, quise ensayar una canción nueva, «Religion», y se negaron. Ni Steve ni Paul querían saber nada. Muy bien, vamos a dejar las cosas como están. Si te pones a pensarlo, no hay palabras para describir lo absurdo de la situación, con ellos poniendo caras e ignorándome. A Sid le apetecía hacer el tonto con la canción, pero eso no es lo que yo quería. Sid no tenía el talento necesario. Así que me guardé «Religion» para otra ocasión y la utilicé más tarde, con mi nuevo grupo, PiL.

Mejor no hablar de sacar un disco nuevo. Tampoco salía en la conversación como parte de nuestros planes. Me alegro, la verdad, porque habría sido otro motivo de estrés y ya estábamos al límite.

No sé si quería seguir haciendo lo que hacíamos. Tampoco me gustaba la forma de hacerlo. Evidentemente no, porque hasta hoy no vuelto a utilizar ese sonido ni a repetirlo. Lo encuentro aburrido, está mal, para mí ya no funciona. Sabía que si queríamos ganar dinero, lo más fácil era sacar una segunda parte idéntica a la primera, pero no dejé que el dinero me influyera. Si siento que algo desafía mi creatividad, continúo con ello a pesar de los problemas económicos que me pueda suponer. Prefiero correr el riesgo porque ésa es la única razón que tengo para hacer lo que hago. Sólo tienes una oportunidad en la vida y la mía eran los Pistols. Quería aprovecharla al máximo. O te pones a nadar o te ahogas.

Al parecer, Malcolm quería que Charles Manson (sí, el asesino loco de esa secta) produjera nuestro segundo álbum desde la cárcel. Yo leía esas cosas, pero nadie se atrevía a decírmelas a la cara. Circulaban muchos rumores como ése, como, por ejemplo, que después de la gira por Estados Unidos nos largaríamos a Brasil a trabajar con Ronnie Biggs, el ladrón del tren de Glasgow. Ese tipo de idioteces me parecían totalmente inaceptables porque no tenían más objetivo que conseguir titulares fáciles y diluir cualquier cosa seria o buena que pudiéramos hacer. Detrás de esa forma de ver las cosas (y no sé para vosotros, pero para mí era flagrante), estaba el mal rollo de Malcolm. Había perdido por completo el control de la situación, así que intentaba recuperarlo arrastrándonos a un mundo estúpido y sin sentido donde él sí tenía lugar. Un mundo de evasión.

Para el último concierto de San Francisco yo ya había perdido el interés. Me sentía incapaz de escribir canciones para el grupo y, además, ya no me importaba. Para mí era el punto y final: hasta allí habíamos llegado. Se había sacado todo lo que se podía sacar. Y así acabó, conmigo diciendo: «¿Nunca has tenido la sensación de

que te han timado?». Habíamos traicionado aquello por lo que habíamos empezado.

Desde mi punto de vista, en nuestro último concierto en Winterland, yo ya no le importaba a nadie una mierda. Sid no les importaba ni siquiera una mierda, si acaso para utilizarlo después, porque en ese momento Sid era muy fácil de manipular. Sid se hizo amigo de Malcom porque le pagaba las drogas. Y, por supuesto, no quería saber nada. La actitud de Malcolm era la siguiente: «Sí, Sid, te consigo lo que quieras», pero luego, aproximadamente un año después, lo dejó tirado.

Para mí todo estaba muy claro, no tenía nada que hacer con esa banda ni con esa gente. Cuando Steve y Paul se largaron a Brasil sin decirme nada, no me importó, me lo esperaba. De hecho, al principio fue un alivio, pero luego llegó el estupor: «¿Dónde está mi billete de vuelta a casa? ¿Por qué no me han dejado dinero? ¿Por qué la cuenta del hotel no está pagada? ¿QUÉEEE?». Llamé a la compañía de discos y me dijeron que, según ellos, Johnny Rotten había regresado a Inglaterra, así que pasaban de mí. El único que no lo hizo fue Joe Stevens, un fotógrafo amigo de Malcolm. Le dije lo que me pasaba y se quedó atónito y horrorizado. Al final me pagó un billete de avión para que me quedara con él en Nueva York y pudiera aclararme la cabeza. Qué tipo más estupendo, Joe Stevens, hizo una cosa tan fantástica…

Me costó aproximadamente una semana ponerme en contacto con Bob Regehr, de Virgin en Estados Unidos. Él también pensó que Malcolm se había portado de una manera demencial. Quedó conmigo en un hotel para intentar ayudarme y, allí mismo, alguien le entregó un mandato judicial por otra cuestión. ¡Loquísimo! Yo no tenía ni idea de qué iba la cosa, pero sin duda creó un vínculo entre nosotros, algo que dos años después daría sus frutos.

Hice una entrevista para el *New York Post* con mi versión de los hechos. En realidad, no me apetecía nada pero había que hacerlo. No tenía el estado de ánimo para hablar del asunto, pero Joe Stevens me hizo ver lo que Malcolm estaba diciendo de mí y que era necesario contestar.

Fue algo muy retorcido, muy malicioso. Malcolm quería asegurarse de que no tuviera ni la más mínima posibilidad de continuar con mi carrera. Quería darme la extrema unción en vez de dejarme en paz y que cada uno siguiera su camino. Y eso, claro, hizo que tuviera más ganas de devolvérsela a ese hijo de puta. Y a toda máquina: en cuanto volviera a Inglaterra, iba a ir directo a un abogado para arreglar todo aquello.

En mi opinión se habían cargado lo que había de brillante y glorioso de los Sex Pistols, su unidad. Se la cargaron con su egoísmo de mierda. ¿Y en qué había acabado? ¿En hacer la ola a un ladrón de trenes? ¿A mi costa?

Así que tenía que demandarlos a todos. «¿Es que yo no cuento? ¿Os acordáis de mí? Yo era el que escribía las canciones, por lo menos las letras, y, para ser sincero conmigo mismo y con los demás, no creo que nadie comprara los discos de los Sex Pistols por los solos de guitarra o por la batería o el bajo… Es cierto que no podría

haber escrito esas letras sin ellos, pero nunca recibí el cariño y el respeto que en mi opinión nos debíamos como banda. Así que comed mierda y moríos, hijos de puta.» Es mi forma de decir, educadamente, que podía haber estado bien.

¿Quién censura al censor?
Primera parte

Al parecer, circula por Internet la grabación de una entrevista que me hicieron en 1978. En ella digo que, aunque está prohibido decirlo, todo el mundo sabe que Jimmy Savile es un pederasta. No me acuerdo de la entrevista, creo que me la hizo Vivien Goldman, pero yo estaba hablando del asunto (temerariamente y sin pensármelo dos veces) mucho antes de que se hiciera público. Tienes que decir las cosas como son, como tú las ves; tienes que decir lo que hay que aguantar entre bastidores.

La gente me llamaba asqueroso Sex Pistol de mierda o lo que fuera. ¿Pero qué es eso? ¿Sabes lo que hacía ese tío, un viejo depravado que ahora está en la cárcel? Le dieron la Orden del Imperio Británico, se convirtió en sir Jimmy Savile, y no penséis que nadie dudaba de lo que se traía entre manos. De hecho, creo que aún queda mucho por sacar a la luz. Todo el mundo lo sabía, era un secreto a voces, pero nadie decía nada.

Desde que era un chaval, viéndolo en *Tops of the Pops*, me daba cuenta de que tenía algo raro. Siempre con esa sonrisita de suficiencia en los labios, para que «te enteraras». Lo podías ver en sus ojos, se podía leer en su lenguaje corporal.

Así fue como averigüé lo de Savile: lo vi en sus ojos. Me daba cuenta de lo falso que era y de que ocultaba algo oscuro y desagradable. Sonreía por lo que sabía y no decía. Su total descaro me enervaba. Eso es lo que hago, miro a la gente a los ojos y sé lo que les pasa por dentro. Para mí, los mejores actores y actrices son los que hablan con los ojos. Katherine Hepburn, Peter O’Toole, Charlotte Rampling. Dotan a sus personajes de gran profundidad porque trascienden las palabras. Se podría decir que es casi música.

Los locutores de las radios británicas de mediados de los setenta eran prácticamente dioses. Puede que no todos abusaran de los niños, pero abusar, abusaban: su poder era enorme y lo ejercían despóticamente. Se presentaban en BBC Radio como los árbitros del buen gusto y tu carrera dependía de sus críticas negativas.

La BBC tardó muchísimo en poner un disco de los Sex Pistols y dudo que desde entonces lo hayan vuelto a poner. A lo largo de mi carrera, esos árbitros del buen gusto me han evitado de todas las maneras posibles. Mientras, se han dedicado a corromper horriblemente todo lo que tocaban. No puedes más que enfrentarte a ellos y que te prohíban hasta el día del Juicio Final. Otra opción es ceñirte a sus normas, pero yo soy incapaz de hacer eso.

6. Soltando lastre

Por entonces, los ingleses deseaban vivir en habitaciones minúsculas que pudieran calentarse fácilmente en invierno. La habitación principal de Gunter Grove, por el contrario, era amplia y diáfana, prácticamente como un salón de baile, con dos dormitorios en el piso de arriba. Era exactamente lo que quería. Creo que la gente que antes había vivido allí había utilizado esa habitación como oficina, pero yo tenía otrasideas.

Podía poner un tocadiscos en la encimera y un televisor (con un percha que hacía de antena) entre las dos ventanas (que tenían un balconcito exterior), poner música todo lo alto que me diera la gana, y hacer que cupiera el máximo número de gente, por lo general entre trescientas y quinientas personas (ja, ja). En verano, subíamos a beber a la azotea, eso era lo que más les gustaba a los chicos.

Se corrió la voz: «Pásate por casa de Johnny. Si hace falta se pone a hablar con las paredes, porque el tío hablar, tiene que hablar…». Soy una persona bastante tranquila y solitaria, pero también me tiro a la piscina en cualquier momento y en cualquier sentido. Y me encanta la compañía interesante.

Gunter Grove era una especie de jornada de puertas abiertas permanente con un boyante espíritu comunitario. Tenía un montón de visitas muy interesantes, una colección de gente fantástica. Cada dos semanas, hacía una fiesta los viernes y avisaba a mis colegas y también a la gente de Virgin, porque allí me había hecho con un montón de amigos. A mi casa venía mucha gente relacionada con la música, personas a las que jamás habría esperado conocer y con las que no tenía nada que ver. Por ejemplo, había bandas disco e invitados inesperados, como Joan Armatrading, la cantautora folk, que resultó ser muy divertida.

También había mucha gente del cine, autores. Incluso un día apareció el cantante de los Bay City Rollers con (quién lo diría) John Barry, el compositor. Una noche espectacular. Luego, en medio de ese mogollón, se pasó el compositor japonés Stomu Yamashta. Fue una experiencia casi sobrenatural, cuatro personas muy diferentes con la música en común y una conversación fascinante. ¡Qué forma más maravillosa de abrirme los ojos! Sólo unos meses atrás lo había pasado fatal con los Pistols. Ahora, a medida que iba conociendo a gente de muy distinto pelaje y ocupación (musical o no), volvía a sentir que todo era posible. Quería conocer diversas perspectivas de la vida. Sabía que si no te abres a diferentes puntos de vista te condenas a seguir repitiendo los mismos errores que el resto de idiotas de estemundo.

Al principio sólo era mío el apartamento de arriba, es decir, las dos plantas superiores de una casa al final de una hilera de viviendas adosadas. Pero el vecino de abajo no podía soportar el ruido y poco después de mudarme me vendió su parte, la mitad inferior del edificio. Fue difícil conseguir el dinero debido a la demanda que había interpuesto contra Malcolm y los chicos.

Nunca viví solo del todo. No soy ese tipo de persona, no me gusta la soledad. Lo

que sí me gusta es la variedad, así que un desfile interminable de gente se fue quedando en mi casa durante distintos períodos de tiempo. El primero fue Dave Crowe, a quien había conocido en el colegio, en el William of York, y con el que seguía en contacto. También otro amigo de Finsbury Park, uno al que llamábamos Paul «Youngie» Young, ése al que la bruta de su madre le había planchado los pantalones sadomaso de Vivienne Westwood. Paul es un tipo elegante y descarado, un ligón en toda regla. Las chicas le adoraban porque con ellas era suave como la seda. Era el típico tío que, si querías ligar, lo único que tenías que hacer era ponerte a su lado.

Vivir con ellos era genial porque nos conocíamos muy bien. Me pasaba toda la semana con Dave y John Gray grabando cintas para el fin de semana. «¿Qué discos grabo? ¿En qué orden ponemos estas canciones?» Dave tenía una grabadora de carrete abierto, una Revox, así que en vez de estar pinchando discos toda la noche, grabábamos todas las canciones de la fiesta en una cinta y utilizábamos el doble eco de la Revox entre canción y canción. Llegamos a meter todo tipo de tonterías, incluso trozos de *Ben Hur*.

Una de nuestras canciones favoritas en esas primeras semanas de 1978 era «Uptown Top Ranking», de Althea y Donna, un tema bailable de música reggae que se había convertido en un éxito. Con frases como «un a mi khaki suit an t'ing!» [en mi traje kaki y tal], ¡era una maravilla! Una noche empezó a sonar la pista instrumental porque su versión dub[25] estaba incluida en las cintas que hacíamos con la Revox. No teníamos ni idea, pero Althea y Donna estaban en la fiesta, así que se levantaron de un salto y se pusieron a cantarla.

Pasaban cosas como ésas todo el rato, puro deleite: me encantaba la música, la gente y el interés que todos demostraban por todos. Eran tiempos que estaban muy bien y supongo que precursores de las *raves*. Cualquier persona con cualquier forma de pensar era bienvenida, excepto los celosos y los desagradables, no queríamos gente de ésa (aunque de vez en cuando eran difíciles de identificar). Te equivocas y piensas: «Le voy a dar una oportunidad». Yo soy así, le doy una oportunidad a todo el mundo, y si dan un paso en falso, bueno, pues ahí está la puerta.

Durante un tiempo se convirtió en una lucha entre Johnny y el vecindario debido a las quejas por el ruido. Los vecinos de al lado no oían nada a través de la pared hasta que los constructores, por algún motivo, la hicieron más delgada. Desde ese momento, el ruido se colaba directamente en su apartamento. Hay que tener cuidado con los constructores británicos, te lo digo yo. Eran penosos: se pusieron a sacar ladrillos de la pared contigua hasta tal punto que los podía ver trabajando desde el piso de arriba. «Eso es demasiado, hombre, pero ¿cómo vais a cubrir ese agujero? ¡Volved a poner los ladrillos donde estaban!» Os aseguro que no estaba bajo la influencia de ninguna droga, lo que vi era *real*.

Otra queja me pareció graciosísima. Unos italianos que vivían al otro lado de mi jardín trasero me dijeron: «No nos importa que pongas la música alta, pero no

aguantamos el reggae». Había que reírse, así que era una cuestión de gustos musicales… Y por supuesto después no hubo problemas: si alguien me dice que le molesta, soy todo oídos, así que les prometí que no pondría esa clase de música a las cuatro de la madrugada.

Lo que siempre me ha parecido curioso del reggae es que no era una música agresiva, su ritmo era bello, melodioso. Pero las letras… madre mía, los diálogos eran otra cuestión: brutales. La yuxtaposición era alarmante, clamorosa: canciones increíblemente tristes, llenas de dolor y sufrimiento, o que hablaban de la revolución, al son de alegres melodías. Sin duda, una forma efectiva de transmitir un mensaje.

Canciones como «Born For A Purpose (Reason for Living)» [Nacido con un propósito; una razón para vivir], de Dr. Alimantado, me cambiaron la vida. En mi opinión, la letra era genial, especialmente si ya no tenías razón para vivir: «¡No determines mi vida!», como dice la canción. *Guaaaaaita!* ¡Hola Jamaica! Qué buenas ideas. Para mí fue uno de esos momentos en que escuchas una canción y resuena en ti como una afirmación de primer orden. Sentía que estaba con gente a la que le importaba lo que hacía, que había reflexionado sobre ello y que era consciente de que había venido a este planeta a hacer algo positivo.

Todo el mundo del reggae se pasó por Gunter Grove antes o después, no sólo porque les gustaban las fiestas que montábamos, sino sobre todo porque allí ni se te encasillaba ni se te juzgaba. Bienvenidos, todos y cada uno, sin problemas. Jamás.

A principios de 1978, de hecho, estuve un mes en Jamaica. Me llevaba muy bien con Simon Draper, que era el segundo de Richard Branson en Virgin. Había estado en el Ejército de Sudáfrica pero era un tío auténtico, comprometido. Sabía que tras la separación de los Pistols yo podía acabar metido en todo tipo de líos, así que me dio algo que hacer: «Vete a Kingston, disfruta de la música que se está haciendo allí y ayuda al sello discográfico Front Line a firmar bandas». El sello (una filial de Virgin exclusivamente dedicada a la música reggae) me parecía una idea genial y sentía un enorme respeto por lo que Richard y Simon estaban haciendo por mí a nivel personal.

Cuando surgió la oportunidad, dije: «Mirad, no me voy a ir solo. Sé que allí habrá gente de Virgin, pero necesito un equipo de trabajo». El equipo al que yo me refería era gente que merecía estar allí. No es que pretendiera que se dedicaran a contratar a nadie: no esperaba que asumieran esa carga de trabajo ni tampoco pensaba que fuera su papel. Lo que quería era gente que estuviera relacionada con el lugar, y por eso se lo pedí a Don Letts, un DJ con rastas del club Roxy, y a Dennis Morris, un fotógrafo que tomó muchas fotografías de los Pistols hacia el final delgrupo.

Quería llevar a Don y a Dennis porque tenían familia en Jamaica y eso era importante. Me lo planteaba desde el corazón, no deseaba que el viaje se pareciera ni remotamente al del inglés egoísta que se va de vacaciones a España. Éstas no eran unas vacaciones y mucho menos en plan cateto. Podría haber llenado aviones enteros pero no quería abusar de Virgin ni tomármelo como un viaje gratis. Al contrario, me lo tomé muy en serio y de hecho los tres teníamos la sensación de estar embarcados

en una peregrinación musical.

Branson nos vino a buscar al aeropuerto en un Rolls-Royce descapotable de los años cuarenta. Atravesar Kingston en ese coche tan pomposo, como de marajá, fue alucinante. Los jamaicanos, siendo como son, gritaban mucho y nos dijeron algunas cositas. Era como si nos arrojaran montañas de ultrajes, cinismo e ingenio… Así fue mi primer encuentro con Jamaica, y siempre le estaré eternamente agradecido.

Trabajé lo suficiente para cerciorarme de que se prestaba atención a las bandas adecuadas. Resultaba muy emocionante visitar distintos estudios y escuchar diferentes estilos. ¡Y también ir a las tiendas de discos!… me encantaba, y también lagente.

En aquella época la simpatía de los rastas era asombrosa. En mi opinión, te daba una pista de lo que podría ser un nuevo orden mundial. Por entonces, como todo el mundo sabe por los discos de Bob Marley, allí tenían que soportar lo peor de lo peor, una pobreza y una violencia política extrema. Pero todos sonreían como si se tratara de un paseo por el campo, y a mí eso me parecía inexplicable y genial.

¡Cuántos problemas habían padecido simplemente para ser Jamaica, desde la esclavitud! Dios mío, a esos tíos los habían exprimido. Las luchas entre People's National Party (PNP) y el Jamaican Labour Party (JLP), o los JVC, como yo los llamaba, habían provocado una guerra civil. Una situación muy caótica. Cuando los jamaicanos dicen «paz», para mí tiene peso porque lo dicen de verdad. Saben cómo soportar la guerra, no son nada cobardes, son hombres, mujeres y niños muy valientes.

Nos quedamos en el hotel Sheraton, en el norte de Kingston, y enseguida nos dimos cuenta de que los músicos se habían enterado de que veníamos y estaban haciendo cola para vernos. Eso significaba romper muchos tabúes sociales en Jamaica, porque había un clima muy desagradable por el que los rastas estaban asociados a la suciedad, la mierda, la pereza y el vagabundeo.

Por entonces, había un tema fantástico titulado «Ain't No 40 Leg Pon Di Dread», de George Nooks, en respuesta a una leyenda urbana horrible que circulaba por ahí. Decían que un rasta había sido encontrado muerto en la playa y que tenía ciempiés en el pelo. Obviamente, el ciempiés no estaba antes de que se muriera, pero ya sabéis como son los periódicos: prefieren el sensacionalismo a la verdad. Así que en Jamaica todo el mundo asumía que la gente tenía el pelo lleno bichos asquerosos, y los rastas estaban obligados a cubrírselo. Sólo por enseñarlo te podían meter en la cárcel. En el hotel la gente se puso a dar gritos porque Don se tiró a la piscina y las rastas se quedaron en la superficie, flotando, mientras el resto del cuerpo se sumergía un metro bajo el agua. Pero cuando estos tíos venían a vernos no permitíamos nada de eso. «Claro que te puedes quitar la gorra… Mira, yo también me voy a quitar el abrigo.»

Hablando de abrigos, allí no tenía casi ropa. Me había llevado una gabardina, dos camisetas, unos zapatos boogies, un sombrero de ala ancha (a lo Lee van Cleef), una

chaqueta *bondage* de tela escocesa y poco más. No esperaba que hiciese tantocalor.

Como curiosidad, decir que la chaqueta bondage era de un traje que le había encargado a Vivienne para la gira por Estados Unidos. Le pedí que por favor hiciera la ingle más ancha. Tampoco quería que la cremallera fuera de detrás adelante; quería una cremallera de tío, delante. Y tampoco quería una mierda de toalla, sino un *kilt* de verdad, y también una chaquetilla. Desgraciadamente, para cuando nos fuimos a Jamaica, los pantalones se habían podrido (literalmente) a causa de la gira. Como no tenía ganas de lavar, todo lo que quedaba era la chaqueta. Hace poco se la envíe encantado al Metropolitan Museum of Art en Nueva York, así que a esa chaqueta no le han faltado viajes por elmundo.

Ir a la playa en Jamaica era una pesadilla. Yo era muy vergonzoso, todavía lo soy. No me gusta desnudarme y meterme en el mar a no ser que lo haga muy rápido y completamente vestido. Era plenamente consciente de lo blanco que estaba y de que la gente se partiría de risa, porque los jamaicanos no se cortan y te dicen todo a la cara. Pero estaba sudando como un pollo y ya no podía más, así que me quité la ropa y me metí en el agua, y las carcajadas, de hecho, no fueron tan horribles (si no te lo tomabas a mal incluso podían resultar simpáticas). Sabían perfectamente que yo me sentía como un idiota (y que lo parecía). Además enseguida me puse muy rojo por el sol, y eso que para ellos estábamos en invierno.

Inicialmente pensamos en estar sólo dos semanas en Kingston, pero decidimos quedarnos otras dos con nuestro propio dinero. Don y Dennis nos llevaron a ver a sus familias, así que fue también una aventura muy familiar y no sólo de trabajo. Una de las peores cosas que nos ocurrieron fue en la casa de la tía de Dennis Morris (¿o era la de su abuela?). Fuimos y, como podéis imaginar, era gente pobre, así que cuando nos ofrecieron un cuenco de estofado, nos lo comimos por no faltarles al respeto. Le echaron un montón de habanero, un tipo de chile que es la cosa más picante que he probado en mi vida. In-creí-ble. ¡Y encima estábamos a cuarenta grados! Después de eso no había otra: había que deshacerse de la gabardina. La novia un saxofonista, Dirty Harry, vino a vernos y dijo, «John no tiene ropa», y me compró una camiseta gris que llevé todo el tiempo que quedaba.

Fue guai darles la oportunidad a Don y a Dennis de ver a su familia. Por lo menos a Don le hizo muchísimo bien. Fue una manera de encontrarse a sí mismo, aunque durante el viaje tuvo que aguantar la animadversión de los rastas locales. Empezaban: «¿Un rasta comiendo langosta?» (porque eso es parte del rollo rasta, no comer marisco). Don se defendía. «¡Pues sí!», porque no comulgaba con un dogma para él sin sentido. Y luego estaban sus padres, que no aprobaban que fuerarasta.

Siempre resulta doloroso ver a tu familia en esas circunstancias pero hay que hacerlo de todas formas. Es muy difícil marcharse y decir adiós. Así que ahí me tenéis, al fondo de la reunión, con una pinta ridícula e intentando pasar desapercibido.

Los jamaicanos son muy graciosos. Como llevaba el sombrero, en la calle me preguntaban: «¿Eres pistolero? ¿De *Mai-hiii-koo*?». Pero luego U-Roy, DJ entre los

DJs, era igual que alguien sacado de una película de Clint Eastwood. Un tipo increíble, más loco que una cabra, pero totalmente comprometido con el rollo rasta. Tengo que confesar que el modo de vida rasta me dejó desconcertado en más de una ocasión. Por ejemplo, U-Roy tenía una hamaca en el jardín y cuando le pregunté por ella me dijo que era para que durmiera su esposa, porque cuando las mujeres tienen el período no pueden entrar en casa. Para mí eso fue determinante, me impediría hacerme rasta. Tuve más ocasiones para observar situaciones similares con otra gente, como que las mujeres tuvieran que caminar siempre detrás del hombre y guardando cierta distancia. Para mí era un sinsentido imponer esas diferencias y luego cantar contra la desigualdad, porque tú mismo la estabas infringiendo sobre otras personas. Lo rasta tiene muchos aspectos problemáticos. En mi opinión, deben colocar a las mujeres y niños en un plano de igualdad. Tienen que mejorar algunas cosas, y como soy peligrosamente capullo, no pude menos que soltarlo.

También fuimos a guetos muy pobres para conocer a gente como Tapper Zukie. Se sentía muy orgulloso de mostrarnos a su pandilla y sus pistolas, y de ir danzando arriba y abajo de la calle haciendo gala de ellas. Yo pensaba, «Dios mío, ¿qué estoy haciendo aquí? En cualquier momento puede empezar una guerra entre bandas». Así es Jamaica. Nos metimos en situaciones muy peligrosas, pero me he dado cuenta de que quizás la única manera de entrar y salir de ellas es ser completamente cándido y flexible. A veces, si eres demasiado consciente del entorno, no te pasan cosas buenas (por no hablar de las malas).

Nos llevaron a varias fiestas. Como era típico de Jamaica, no se animaban hasta las doce, y para entonces ya tenía un ciego tan gordo que no podía hablar (y a veces ni siquiera mantenerme en pie). Lo siento, pero esa pipa de agua me dejaba KO, no era fácil acostumbrarse. Como era el chico blanco de la pandilla no paraban de restregármelo por las narices, como si fuera una prueba de mi hombría. Además, yo lo mezclaba con Heineken, un tipo de cerveza que, para más inri, los rastas no miraban con buenos ojos. Pero bueno, también era una forma de ganar puntos: eran dos cosas que me dejaban igualmente tirado. ¡Bien hecho, John!

La gente que mejor me caía eran los Congos, un grupo vocal que había grabado uno de sus mejores álbumes en el Black Ark, el estudio de Lee «Scratch» Perry. Me encantaban ellos y sus familias y la generosidad que demostraban. Era muy inspirador ser honesto y franco con ellos. Desde el mismo momento en que te sentabas a hablar con esta gente, no existía ningún tipo de juicio. Para mí representaban la resistencia pasiva en su máxima expresión. No le deseaban mal a nadie: algo magnifico, el tipo de gente que a mí megusta.

Llegamos a ir a Black Ark. Incluso intenté grabar con Lee Perry, pero al final no lo conseguí: demasiado distraído, demasiado nervioso, demasiado ciego. Quería jugar con «Submission», la canción de los Pistols, y hacer una versión de inspiración jamaicana. Intenté cantar pero estaban pasando demasiadas cosas a mi alrededor.

Había un guitarrista, Chinna, que tenía uno de esos wa-wa de boca que ponía en

la guitarra. Era su juguete favorito y distraía mucho. No me gustaba el sonido. En muchas mezclas de Perry de aquella época se oye una especie de chirrido al fondo. Descubrí que era la puerta del estudio, que tenía las bisagras oxidadas, y que se debía a la gente que entraba y salía, lo cual parecía ocurrir sin parar. Su equipo (o falta de él) era muy primitivo, pero alcanzaba unos resultados alucinantes. Algo admirable, y en una sola toma. Poco después, cuando incendiaron su estudio, Perry se volvió loco. Por lo visto se peleó con Island Records por un tema de dinero, y al parecer pintó de verde los masters para que no se los quitaran. Antes que dejar que le robaran su música, prefirió destruirla.

Cuando yo estaba allí, cuanto más grande era la pipa de agua, más activo estaba. No sé cómo puede funcionarles. Todavía sigo sin entender cómo puedes fumar esa hierba sin destrozarte la voz. Yo me quedo afónico y lo único que emito es un chirrido. No tengo garganta para eso. Para ser sincero, la invitación al estudio de Perry me tomó por sorpresa. No me organicé, no estaba preparado, y al final tuve la sensación de irme con el rabo entre las piernas.

Los momentos más cómicos del viaje fueron con los maestros del bajo y la percusión, Sly y Robbie. Se les identifica totalmente con Jamaica, así que ir a verles fue una cosa más social que de trabajo. Son como los Nile Rodgers[26] de Jamaica. Se pasaron todo el rato burlándose de Don. De mí también: «Venga, hombre, ¿pero por qué llevas ese abrigo?». Al final del viaje ya iba siempre en chancletas, pantalones cortos y camiseta, que es lo que tenía que haber hecho desde el principio. Era muy consciente de lo blanco que estaba y de que parecía un cruce entre una víctima de un campo de concentración y Drácula.

En cuanto a la música, me atraía mucho lo que por entonces se llamaba *Dread In The Arena*, que tenía mucho éxito, y los discos que habían salido a partir de ahí, como las versiones dub de Johnny Clarke. Era fantástico. Luego, cuando Front Line sacó varios discos de Johnny Clarke, suprimieron esa faceta, que es precisamente lo que yo hubiera resaltado, es decir, la esencia del dub. Ésta consistía, fundamentalmente, en viajar, en viajar *mentalmente*. En liberarse, así de simple. No tenías que bailar bien o conocer los pasos adecuados, uno hacía lo que le apetecía. Lo único que tenías que hacer era pasarlo bien. Fantástico. Eso era el dub.

Crecí con la música reggae. Cuando era pequeño estaba en todas partes, así que fue genial sentirla como debía sentirse, en Jamaica. Jamaica me encantó, se convirtió en parte de mí.

Fue en Gunter Grove donde logré recuperarme y formar una nueva banda. En una de mis fiestas conocí Gloria Knight, que escribía para el *Sunday Mirror*, y estaba casada con el editor. La conocí por otra persona, a través de las típicas casualidades sociales. Me parecía cómico frecuentar a alguien relacionado con lo que yo consideraba revistillas de cotilleo. Me habían hecho la vida imposible durante al menos un año. Yo pensaba que no funcionaría, pero lo hizo. Y de esa amistad salieron

cosas buenas y otras no tanto. Me aconsejó que contratara a un abogado. En Jamaica habían pasado algunas cosas un poco raras. Para empezar, había visto a gente de McLaren merodeando por allí. McLaren los había mandado para que me filmaran y así poder incluirme en su estúpida película, *The Great Rock ‘n’ Roll Swindle*. Además, Branson había enviado a Jamaica a Devo, una banda electrónica de Ohio que había firmado con Virgin, por lo menos a algunos de ellos. Tal vez quería que yo me convirtiese en su cantante, no lo sé. Desde luego no recuerdo que me lo pidiera. Estos líos son una completa estupidez. Pillamos a uno espiándonos. Bajó a nuestro balcón y se puso a mirar a través de las cortinas, pero Denis lo asustó. Fue el único contacto que tuve con ellos. La idea de unirme a una banda como Devo como sustituto de su cantante era algo no me hubiera seducido en absoluto. De hecho, me habría enfurecido. Eso es lo que quería hacer Malcolm con los Pistols, reemplazarme. Pero en mi opinión nunca puedes reemplazar al cantante de una banda, porque la banda es, esencialmente, el cantante, especialmente en el caso de Devo.

Yo era muy consciente de la gente que quería aprovecharse de mí, como parásitos, utilizándome para que respaldara un talento o una implicación que, para empezar, ni siquiera estaba ahí. Malcolm quería reclamar como suyo mi nombre, Johnny Rotten, y eso había que impedirlo. ¿Qué sentido tiene robarle a alguien su apodo? ¿Eh? ¿Con qué fundamento? Sin duda nos íbamos a ver en los tribunales, tío. Y de verdad que antes ni me hubiera molestado, lo hubiera dejado pasar y seguido con mi vida. Pero ser lo bastante hijo de puta como para intentar quitarme mi nombre y mi carrera, expulsarme de mi propia vida… eso me parecía muy retorcido.

Gloria me puso en contacto con Brian Carr, un abogado especializado en el mundo del espectáculo. Poco después de eso, tuve un serio desencuentro con ella porque su periódico publicó que yo me estaba recuperando de mi adicción a la heroína. Dios mío, eso sí que era entenderlo todo al revés. Yo podía haberme puesto a divulgar meteduras de pata en plan social, pero lo mío no es sacar partido de la intimidad de las personas, no soy un cotilla.

Brian Carr, mi abogado, era tronchante. Cuando le conocí se parecía mucho a Abraham Lincoln: la misma barba, el mismo pelo ondulado y unos ojos azul zafiro. Tenía una pinta muy rara. Cuando hablaba siempre tenía perdigones de saliva en el labio inferior y en la barba. Me pareció tan desagradable que pensé que podría funcionar. Y de hecho, durante unos años fue excelente. Él fue el que encontró los abogados adecuados para solucionar el caso sobre el legado de los Pistols y consiguió arreglar las cosas tal y como yo deseaba.

No es que yo quisiera quedarme con todo el botín de los Pistols, como quien dice, pero sí asegurarme de que cuando llegara el momento de alcanzar un acuerdo, los restos del naufragio se repartirían equitativamente entre los miembros supervivientes. Aunque sentía mucho rencor hacia Steve y Paul por cómo habían actuado en mi contra, tampoco quería lo que en mi opinión era dinero sucio o manchado de sangre. Sólo quería lo que era mío, lo que Malcolm había intentado quitarme.

Fue divertido que mientras llegábamos a un acuerdo en Gunter Grove, nos diéramos cuenta de que Peter Grant, el mánager de Led Zeppelin, vivía enfrente, y Brian Eno al principio de la calle, en una iglesia remodelada. Enseguida se difundió el rumor de que Peter Grant se había ofrecido a ser mi mánager, uno de esos fabulosos rumores de la prensa (aunque, después de Malcolm, ¡qué rumor más delicioso! Yo incluso lo alimenté un poco: siempre tienes que considerar tus opciones).

A raíz de la gira de Led Zeppelin por Estados Unidos, Peter Grant se había ganado una reputación estupenda de tipo intenso y duro. Desde luego no era de los que se echan atrás, pero yo tampoco quería un bravucón en mi equipo. No me gusta que nadie me ponga ultimatums. «Haz esto o si no…» Nunca voy a aceptar una cosa así porque Johnny es un macho alfa. No hubiera funcionado. No funcionaría jamás.

A través de Dave Crowe me enteré de que Peter Grant era el propietario de la casa de enfrente. Teníamos un gato de mascota al que le había puesto el nombre de Satán. Era un gatito que habían abandonado, y Dave me dijo que «era del capullo ese, el mánager de Led Zeppelin, que vive en la casa de enfrente. Le ha echado y yo lo he salvado».

Cierto, salvó a Satán. Pero Dave lo metió en su cubículo y puso la arena del gato en mi lado, justo al lado de la cocina. Así que yo tenía que limpiarla a pesar de que el animal era suyo. ¡Pobrecito Satán! Era una cosita minúscula, negro como el carbón, un mini gato. Debía de tener algún problema de crecimiento. Parecía una cría, incluso de adulto, pero nunca llegamos a tenernos mucho cariño. Se iba debajo de la escalera y se ponía a maullar en la escotilla de Dave. Por entonces, Dave se había mudado al apartamento de abajo, que era independiente. Nunca lo integramos en el otro, simplemente hicimos un pequeño agujero y pusimos una escotilla para poder subir y bajar de uno a otro. Pero Dave nunca la abría, así que el pobre gato estaba abandonado.

Mientras, yo estaba intentando formar una nueva banda. Jah Wobble seguía siendo uno de mis mejores amigos, y a menudo cogía el bajo de Sid para probar (probablemente más de lo que Sid hizo nunca). Wobble era todavía un principiante, pero eso no importaba, yo quería meterlo en labanda.

Años más tarde, Wobble se ha inventado que lo que queríamos era hacer era una banda dub (y eso lo dice un bajista que por entonces estaba aprendiendo). Para nada. Es una visión del asunto totalmente distorsionada. Quizás está intentando engatusar a la nueva hornada de bandas de «blanquitos que hacen reggae». Pero no era nuestro objetivo entonces, por lo menos no el mío. Quería hacer algo completamente nuevo y refrescante, algo diferente de lo que con los Sex Pistols se había convertido rápidamente en una fórmula. Habíamos estado juntos muy poco tiempo, pero nos habíamos convertido en una fórmula, y yo estaba de ella hasta la coronilla.

Estar abierto a todo tipo de música era la lección número uno del punk, pero muchas de las supuestas bandas punks que nos sucedieron no parecieron entenderlo.

Era como si enarbolaran una especie de punk manifiesto. Me horrorizaba el estereotipo en el que se estaba convirtiendo.

Nunca ha habido, hay ni habrá demasiados discos punks en mi colección porque nunca me han llegado a gustar del todo. Buzzcocks, Magazine, X-Ray, Spex, los Adverts, los Raincoats, esos me gustaban. Eran bandas que experimentaban desde los márgenes, no los típicos grupos facilotes, que me ponían de los nervios porque todos sonaban igual y parecían buscar lomismo.

No me impresionan en absoluto las bravuconerías machistas. No tienen más contenido u objetivo que pavonearse de lo macho que es uno. Fracasados. Las bandas sólo de tíos se pasan la vida intimidándose entre sí. En mi opinión son como el mínimo común denominador. Había tantas haciendo exactamente lo mismo… todas estúpidas, sin entender la regla número uno, que es que no hay reglas. Por el contrario, esta pandilla se adhería a todo tipo de reglas y regulaciones. Yo digo: abajo losnazis.

Mi participación en todo esto es que había abierto la puerta a una nueva manera de entender la música, a un género completamente nuevo. ¿Y qué pasa cuando dejas la puerta abierta? Pues que se cuela todo tipo de basura, una basura que, por otra parte, estaba encantada de ser gilipollas.

Yo partía de una idea muy clara, deseaba compartir mis experiencias vitales, no aislarme, que era lo que estaba haciendo el punk. En mi opinión, su perspectiva se había hecho cada vez más estrecha gracias a la influencia del pobre Joe Strummer. Para él se trataba de un rollo punk político (que él lideraba) y quería que todos lo defendiéramos ondeando pancartas en plan solidaridad. Manda huevos. Si no haces nada por la pobre vieja que vive al lado y que no se puede permitir poner la calefacción en invierno, entonces mejor te callas. «Cazadoras de cuero para todos» no es un lema que me emocione.

Mi actitud era «yo esto no lo aguanto más». Yo quería formar un consorcio de chiflados con puntos de vista similares, dispuestos a saltar al siguiente universo sin ninguna herramienta, que encontrara su propio camino y se convirtiera en una posibilidad interesante. Y así fue, porque no seguimos ningún estándar o cliché musical. Una revisión retrospectiva de la banda sólo revelaría que nunca respondió a ningún esquema ni plan previo. No había esquema. Era una aventura sin formas ni reglas donde la inadecuación musical no importaba. Por lo menos a mí no. Yo tenía un parcela segura donde me podía haber quedado sin problemas y dedicarme a hacer johnnyrottens como churros, y sin duda hubiera funcionado, pero a mí no me interesaba. Disculpad, pero lo mío es el riesgo.

Yo fui el que los llamé, el que les pedí que se me unieran. A mí nadie se me había acercado con algo así. Y como estaban más o menos en el paro, ¡bingo!

No sin dificultad localicé a Keith Levene, que de vez en cuando se pasaba a ver a Sid cuando vivíamos en el edificio okupado de Hamstead y la anfetamina era la novedad. Desde entonces había estado con los Clash, muy al principio. Sabía que se

lo había currado con el grupo, pero que no había llegado a encajar. Su manifiesto era demasiado limitado. Una vez, en un concierto de los Pistols, entre bastidores, me comentó lo harto que estaba del grupo. Decía que él hacía todo, que escribía las canciones y que luego nadie le respetaba. «Menuda mierda, qué asco…, escúchales, aggrrrr.» Así que le tenía enmente.

Cuando te encontrabas a Keith nunca te hablaba bien de nadie. A mí eso me divertía un montón, yo nunca había estado tan desesperado en un trabajo. Cuando eres joven alguien así te puede hacer gracia, pero cuando llegas a la veintena deja de tenerla porque eso significa que no ha aprendido nada. Y también me lo aplico. A mí me encantaba la palabra «deprimente». «¿Qué piensas de eso? ¡Es deprimente, me aburro!» No creo que nunca lo dijera en serio, simplemente me dedicaba a perfeccionar el arte de ser un adolescente insatisfecho.

Después de los Clash, Keith había estado en un grupo que yo había fundado, Flowers Of Romance. Era una buena colección de gente, amigos que iban y venían y se divertían. Por eso les di ese nombre. En cualquier caso, me gustaban Marco Pirroni, de Adam & The Ants, al que conocía de salir por ahí, y Chrissie Hynde. Que formaran un colectivo para ver adónde les llevaba era una buena idea. Keith y Sid y Viv Albertine pasaron por ahí y cómo terminó es algo que se me escapa por completo. También tenían otro nombre, los Moors Murderers, pero la verdad es que no sé si ésa era una banda diferente. Era una cosa poco definida y sin ambición, pero el que intentaran evitar los clichés del punk demuestra su buena voluntad. Y eso, desde luego, era lo que pretendíaKeith.

Keith era un tipo áspero, básicamente como una botella de vinagre, que cuando lo echas en una bolsa de patatas fritas obtienes todo tipo de sabores. Su bagaje musical era interesante. Su pasado incluye sus flirteos con Wishbone Ash, de hecho aprendió a tocar con ese tipo de música. Nos contó que le había dado clase de guitarra Steve Howe, de Yes. Me fastidiaría mucho descubrir que es una mentira, aunque la verdad es que tiene sentido: Keith tenía una visión completamente diferente de lo que era habitual en nuestro entorno. No tenía nada que ver con los clichés del punk. Cuando nos juntamos, su forma de tocar me dejó alucinado. Lo que se pensaba entonces es que después de Jimi Hendrix no se podría tocar la guitarra de nuevo. Era como si ya no tuviese sentido, como si el instrumento estuviera acabado. Pero para mí, la forma de tocar del señor Levene demostraba que eso no era cierto. Era muy creativo y distinto, discordante pero al mismo tiempo decidido desde un punto de vista musical. Como en estado de trance. No se saltaba un compás, pero hacía que se expandiera en diferentes direcciones sin desenfocarse. Intenso, cautivador, extremadamente inspirador. Tocaba como un guitarrista rítmico, pero lo llevaba al extremo.

El panorama era mucho más amplio de lo que algunos puedan pensar (me refiero a los que se dedican a pintarse las uñas). Había lugar para una expansión increíble. Lo único que necesitábamos era un batería. Organizamos una audición y vimos a varios, pero Jim Walker era el mejor sin comparación. Encima el tío venía de Canadá sólo

para meterse en un grupo punk (por lo menos se metía en el mejor del mundo, ¿no?). Como venía de fuera no le conocíamos y nos dejó flipados. Las inflexiones de su forma de tocar me tenían cautivado, me parecían muy interesantes. «¡Joder, mis glóbulos se han puesto a dar botes!» Africano, disco, un poco de todo, casi un enfoque a lo GingerBaker.

Jim era muy flexible y no se ponía en plan músico. Estaba encantado con que todo fuera tan loco. De hecho, luego se demostró que él estaba como una puta cabra. No tenía donde quedarse, así que le cedí una habitación del sótano de Gunter Grove y le di dinero para que se comprara muebles. Se lo gastó todo en una cabeza de alce. La primera vez que entré en su habitación, no tenía nada excepto papel de periódico en el suelo y la cabeza de alce en la pared. No le interesaban las comodidades de ningún tipo. No tengo ni idea de cómo dormía o de lo que *hacía* allí dentro.

La casa de los PiL, en eso se había convertido Gunter Grove, porque Keith también se mudó allí. Todo giraba en torno a lo que se ponía en la tele y en el tocadiscos. Jim decía que no sentía la necesidad de estar con nosotros arriba porque ya oía la vibración del bajo a través de la tarima del suelo. Y se quedaba abajo a oscuras. Muy extraño. Como creo que he dejado claro, me atraen las curiosidades. El que el tío se largara totalmente solo de Canadá a Londres me recuerda a cuando salí del hospital y tuve que incorporarme al colegio. Apreciaba su sentido de la aventura.

No sabíamos de antemano cómo queríamos sonar, sólo que queríamos hacer algo diferente y no copiar lo que ninguno de nosotros había hecho en el pasado. Nos hubiera hecho sentir muy incómodos. El sonido se fue formulando en los primeros ensayos.

Muy pronto escribimos la canción «Public Image», que fue el momento de mayor libertad, como escapar de golpe de la trampa de los Pistols. Concebimos y escribimos la canción en una sala de ensayo cerca del puente de Londres. Wobble comenzó a experimentar con el bajo, Walker se trabajó ese ritmo de una forma sencillamente excepcional y Keith estaba ahí, totalmente concentrado, siguiéndolos, disfrutando a tope de lo que hacíamos. Estábamos inventándonos algo distinto que fluía de forma natural; todo parecía encajar perfectamente y las palabras simplemente brotaban.

Estaba muy orgulloso de la contribución de cada uno de nosotros. El resto del grupo me dio mucho espacio para que cambiara mi forma de cantar, para probar algo distinto que sintonizara con lo que estábamos haciendo. Quería declarar públicamente cuál era nuestro lugar en el mundo e intentar que no se me juzgase por lo que la publicidad decía, por las gilipolleces que había tenido que aguantar cuando estaba en los Pistols. Estaba a punto de distanciarme de todo eso y era consciente de que probablemente despertaría la animadversión del mundo oficial del punk, porque no respetaba los límites de su pequeño círculo. Pero la culpa era suya, no mía: para mí, el punk no acepta puntos de vista autoritarios. Lo que era importante es que yo no era el mismo que cuando empecé y que nadie me iba a tratar como si le perteneciese. ¿Quiénes eran ellos para decirme lo que era y lo que no era? Tienes dos opciones: o

abrir los ojos o quedarte atrapado en el mismo agujero y enterrarte tú mismo. Pues, si eso es lo que queréis, echaos encima otra palada. Adiós.

Era una canción genial, y por si acaso algún miembro de la banda se ha olvidado, «Public Image» es mía… ¡¡Nooo!! ¡¡Es una broma!! No me refería tanto a la banda como a mí mismo. Johnny Rotten, ése soy yo, y no intentéis arrebatármelo ni rescribir su historia.

Fue un poco atrevido empezar con un tema llamado «Public Image», que era también el nombre del grupo. El nombre lo había sacado de un libro precioso titulado *The Public Image*, de Muriel Spark, la autora de *Los mejores tiempos de Miss Jean Brodie*. Es un libro muy breve, pero con una argumento que está muy bien: cuenta cómo la publicidad transforma una actriz normalita en una diva monstruosa que destruye a todo el mundo a su alrededor. No quería que eso me pasara a mí o a mi imagen.

En Public Image Ltd (PiL) quería mantener a distancia mi faceta de Johnny Rotten. Me había instalado, completamente y de una manera muy cómoda, en la de John Lydon y no necesitaba el escándalo para promocionar el disco. Nos haríamos un hueco por la calidad de lo que hacíamos y no por volumen de ventas. La palabra «limited» se refería a limitar nuestra imagen pública, a no permitir que las revistas de cotilleo llegaran a nosotros, a que nuestra vida privada siguiera siendo privada, a trazar unos límites muy claros con la industria publicitaria y su avidez por los escándalos. Eso era exactamente lo que Malcolm había cultivado y que a mí me había parecido tan nocivo. Es perjudicial para la salud, de verdad quelo es.

El doble sentido era muy deliberado porque, con la ayuda de Brian Carr, nos organizamos como una sociedad limitada. Queríamos sentirnos libres de ataduras y órdenes, dirigirnos nosotros mismos. La idea era intentar meternos en todo tipo de áreas que pudieran generar dinero, pero ofreciendo productos de calidad. Y desprendernos del miedo a lo corporativo; crear nuestra propia versión, nuestra propia definición, de lo corporativo. Una cooperativa en el sentido de que todos trabajaríamos en ella juntos, haciendo cosas diferentes en favor del bien común. Un reino sin rey, una república sin presidente basada, lógicamente, en la prevalencia del sentido común.

Queríamos expandirnos y colaborar con gente creativa de otras áreas. Lo primero que hicimos en ese sentido fue invitar a Dennis Morris, que estaba involucrado en arte y en fotografía, para que trabajase con nosotros en la creación de un logo corporativo para PiL. Me inspiré en el logo de la empresa química ICI pero se transformó para que pareciera una aspirina. Muy gracioso. Era algo que recordaba de mi infancia, pasar delante del edificio de ICI de Millbank, en Londres, que tenía un gran logo circular en la fachada. Me impresionaba mucho el poder que transmitían esas imágenes corporativas, tan frías. Podría aportar un algo nuevo a la gente que lucha por la libertad.

Debido al contrato de los Pistols con Virgin, ésta tenía preferencia para

contratarnos y así lo hicieron. Al principio fue «¡buff, gracias a Dios!». No tenía energía para salir a la caza de otro sello discográfico. Eso lo habría retrasado todo por lo menos dos años. Para asegurarte un contrato, antes tienes que hacer giras y muchas otras cosas que te devuelvan tu reputación. Y eso, para mí, que había elegido un camino tan distinto al de los Pistols, habría sido un proceso largo y arduo. Cualquier oferta que nos hubieran hecho habría sido a condición de sacar una segunda parte de *Never Mind the Bollocks*.

Sólo después de que firmáramos con Virgin me di cuenta de que eso era también lo que ellos querían. Pero aunque fuera lo que querían, yo les iba a dar lo que en mi opinión *necesitaban*. Y desde luego no les faltaron éxitos.

Firmamos un contrato para hacer ocho álbumes y nos dieron un anticipo de setenta y cinco mil libras. Los costes legales de mi juicio con *esos* se me acumulaban (lo cual suponía retraso en el pago de la contabilidad y los impuestos), por lo que, desde un punto de vista financiero, mi futuro no pintaba nada bien. Pero perseveramos. Era cuestión de ir tirando con lo que teníamos, de seguir en ello e intentar hacer las cosas de la manera más divertida y barata posible. Cuando montamos la compañía con Brian Carr, le insistí en que todos cobráramos un sueldo semanal. La mayoría de las bandas no lo hacen así porque supone una gran carga económica, pero yo estaba convencido de que eso nos ayudaría a permanecer juntos. Trabajas y tienes dinero en el bolsillo. No creo que hubiera que aguantar lo mismo que con los Pistols, que teníamos que apañárnoslas con veinte libras semanales.

Antes de continuar, tenía que ir a Estados Unidos a cerrar un trato para PiL con Bob Regehr, de Warner Brothers, de quien me había hecho amigo. Les pregunté si podía llevar a alguien y se quedaron un tanto sorprendidos cuando aparecí con mi madre. Siempre había tenido ganas de ir a Estados Unidos y estaba muy enferma. Cuando alguien está malo, yo me convierto en doctor John. Es mi forma de ser por haber tenido que cuidar a mis hermanos cuando eran pequeños.

Necesitaba un respiro de la tensión que estaba sufriendo tras saber que padecía un cáncer de estómago. Los médicos la estaban atiborrando con un montón de medicinas horribles que la dejaban muy tirada. Estaba tan aturdida que chocaba con las paredes y los muebles. La intención era buena, evitar que pensara en su situación; pero se estaba volviendo loca, así que la saqué de todo eso y se lo pasó genial.

Pedí dinero prestado para llevarla a Canadá y que pudiera ver a su hermana en Toronto. Así que el viaje también tuvo una faceta familiar muy importante. Yo también gané mucho con ello. Tenía que encontrar de nuevo mis raíces antes de quemarme como una bengala en el maravilloso mundo del ego, en la vacua fama de la estrella del pop, en la infamia o como quieras llamarlo. Puedes perderte en ello y perder el contacto con lo que eres en realidad y los motivos por lo que haces lo que haces. Es el resplandor de una linterna, como un ciervo deslumbrado por los faros del coche. Cuando la prensa te rodea, es fácil enamorarse del momento y pensar que eres más importante y relevante de lo que eres en realidad.

Ese viaje fue muy necesario, aunque en ese momento no me di cuenta de hasta qué punto, tanto para mi madre como para mí.

Ya desde el primer día Levene y Wobble se declararon la guerra. Incluso durante el primer ensayo tuve que lidiar con Keith porque le fastidiaba un montón que Wobble no supiera tocar. Yo apoyaba a Wobble: «Bueno, ya lo pillará. Todos somos aprendices, ¿no? Aquí no hay lugar para un Glen que se pase el día menospreciando a los demás, así que para coneso».

Keith era una persona muy desagradable, difícil de entender y de tolerar durante mucho tiempo. Dios, debo de ser un tipo excelente porque encontré la manera de hacerlo. Había situaciones en las que Wobble quería matarlo. De verdad, matarlo, asesinarlo, destrozarlo.

Keith era muy inteligente y estaba constantemente poniéndose retos, lo cual me impresionaba mucho. Siempre tenía en las manos un artilugio con el que jugueteaba para aprender y hacerse útil. Lo que no advertí era que desde que lo conocí no había crecido en absoluto. Se expresaba de forma cobarde e impulsiva: maldiciendo, murmurando, poniendo cara de amargado, haciéndose el incómodo aposta en ambientes perfectamente agradables… En ocasiones, se levantaba de repente y se sentaba en medio de una habitación para hacer que los demás se sintieran mal. Una actitud muy infantil para llamar la atención.

Era una auténtica calamidad porque no conseguía otra cosa que ponerse en ridículo y que la gente se burlara él. Entre tú, yo y todo el mundo, lo que a ese chico le pasaba en realidad era la heroína. O se estaba envenenado con sustancias químicas o tenía un desequilibrio mental, pero el caso es que se convertía en un cabronazo rencoroso, un hijo de puta despectivo imposible de soportar. De otra forma no se explican las veces que se portaba como un auténtico niño mimado.

Vivía en la parte de atrás del piso inferior de Gunter Grove, de esa forma suya tan subversiva y malhumorada. Y encima por nada, yo no le cobraba un alquiler y él tampoco daba las gracias. Había perdido el control sobre sí mismo, pero eso no significaba que tuviéramos que aguantarlo. Un puto asco. Wobble tenía muchas cosas que decir. Una vez cayó en la cuenta de cuál era el problema de Keith ya no lo dejó en paz. Desde luego ahí no había ningúnsanto.

Tenía que estar mediando constantemente, hasta el punto que no me di cuenta del mal rollo que se estaba generando entre Jim Walker y Wobble, que era igualmente chungo, porque Jim se sentía intimidado. No estaba funcionando tal y como yo esperaba, es decir, como un entorno en el que la gente se apreciara. Salía del fuego para meterme en las brasas. Yo había elegido a esta gente, y les había dejado sin líder. Pensaba, «ya se arreglarán entre ellos». Desgraciadamente, las cosas no son así. En un determinado momento hay que plantarse y decirles que paren. Es así cómo se marcan los límites, aunque en la mayoría de los casos el resultado es que cada uno se va por su lado. Me pasaba lo mismo cuando era un chaval y cuidaba a los niños del

centro de día o a mis hermanos.

Al principio los mosqueos alimentaban las canciones y eso estaba bien. La creatividad crecía a raíz de las revanchas personales y la enemistad, ¡casi igual que en mi primera banda! Pero yo no quería que fuera así y no podía cambiarlo. Cuando la gente se tiene un odio feroz, hay que ponerle freno. Es cuestión de tiempo. Y, encima, mientras pasaba todo esto, la discográfica no cesaba de darme la brasa con que expulsara a mengano, que zutano no era bueno para mí, que tenía que trabajar con perengano… Y yo: «No, prefiero quedarme con mis amigos y ver si podemos encontrar una solución. Además no me gusta que una discográfica me ande diciendo que eche a la gente a tontas y a locas, sin dejarme ser leal con mis amigos». Aquellos tiempos fueron cabronamente difíciles.

En agosto, antes de lanzar el sencillo de «Public Image», teníamos que hacer nuestra primera aparición en la televisión, en *Revolver*, un nuevo programa musical de la ITV. Keith había decidido ir a los estudios por su cuenta, en Birmingham, con Jeanette Lee, su nueva amiga. Jeanette acababa de romper su relación con Don Letts, con quien dirigía Acme Attractions, una tienda en King’s Road cerca de la de Malcolm y Vivienne.

Al parecer, «no querían estar con toda la peña», y se fueron y yo me enfadé un poco porque ni siquiera se despidieron. Alguien grito: «En vez de eso, ¡vámonos a Camber Sands!». Y eso es lo que hicimos. No nos presentamos en el programa sino que nos fuimos y pasamos un día en la playa, frío y tormentoso. Nunca había estado allí, así que fue emocionante. Nos reímos un montón y nos lo pasamos bomba corriendo por las dunas y haciendo el loco.

Yo pensaba que alguien necesitaba que le dieran una lección de buenas maneras. Irse de esa manera sin la banda… mira, tío, somos una banda, así que jódete. ¿Quieres viajar solo? Pues nosotros nos vamos a otro lado.

Terminó siendo una de las mejores fiestas de priva que he tenido en mi vida. Estábamos, Wobble, Jim Walker y dos colegas míos, John Stevens, Youngie y yo. La tensión que sentíamos, ahí sentados y preocupados por un programa idiota de la tele, se había esfumado. De vez en cuando tienes que decidir que lo que realmente importa es el bienestar de la gente a tu alrededor, y no sólo el tuyo. En este caso era el de Wobble, un amigo que se sentía ofendido por lo que había sucedido y con razón. La actitud de Keith demostraba que lo había considerado «su programa» y que no quería tener nada que ver con nosotros. Una dinámica como esa no iba a funcionar en un programa en directo.

Francamente, como el desastre era inminente, mejor retirarnos. Probablemente son excusas… pero no, lo estoy contando como fue. Me encantó enterarme de que al final Keith había vuelto con el rabo entre las piernas. Cuando te portas como un niño mimado con nosotros, eso es lo que te espera. No te avisamos de que no vamos, simplemente no aparecemos ypunto.

En vez de acabar a tortas, que yo no habría intentado detener, esto resultó la

mejor estrategia: una resistencia pasiva a lo que se estaba convirtiendo en un serio problema para la banda, que era el ego de Keith. Cuando en octubre se publicó el sencillo *Public Image*, mucha gente cambió de opinión sobre mis aptitudes. No era el insolente chico de un solo éxito. Pero por alguna extraña razón Virgin decidió posponer el lanzamiento del álbum. Lo que en realidad querían era Sex Pistols-Segunda Parte y eso no iba a suceder. Decían que no sabían si había un mercado o un nicho para nosotros. Luego se filtraron casetes ilegales del álbum que circulaban por diversas tiendas de discos y que les forzaron a publicarlo enseguida.

Yo no tuve nada que ver con las casetes, lo digo muy en serio. De hecho, puso en peligro nuestro el lanzamiento porque el disco acabó saliendo dos semanas antes de Navidad. Es decir, en las fechas perfectas para que algo realmente novedoso en música pase totalmente desapercibido. Durante ese momento del año, lo único que quiere la gente son villancicos y colecciones de grandes éxitos. Todo lo demás queda sepultado.

Nuestra primera cubierta era una sátira de revistas «serias» como *Time*, que llenaban las estanterías de nuestro agente de prensa, caras de mirada fulminante. El álbum es, a mi parecer, sensacionalmente ácido: mordiscos y arañazos. Supongo que era la rabia acumulada de lidiar con la separación de los Pistols, con el juicio y con lo que estaba pasando en PiL. Eran canciones abrasivas, mordaces, que era necesario producir. Cosas como «Theme», con la guitarra de Keith sonando como si afilara cuchillas de afeitar, algo fantástico.

Al final, con los Pistols me sentía incapaz de escribir una canción para ellos, había llegado todo lo lejos que se podía en ese sentido. Sin embargo, eso me impidió seguir componiendo. No es como si de repente se hubiera esfumado la inspiración. No analizo lo que hago de manera preventiva. Mi motor no tiene frenos, funciona todo el tiempo a toda máquina. Y así será hasta el día en que memuera.

«Religion» es la única canción que antecede a PiL, la que había intentado trabajar con Paul y Steve durante la gira por Estados Unidos. Es la última vez que compuse un tema a la manera de los Sex Pistols. Entonces me había encontrado con una negativa, así que la usé con PiL adaptándola para hacerla mucho más innovadora. Desde pequeño he vivido en un ambiente católico, así que sabía de lo que hablaba.

En PiL podíamos separar la música de la voz, y eso es lo que hicimos en «Religion», entre los altavoces izquierdo y derecho, de manera que tenías la opción de escucharlas juntas o por separado. Mi voz suena con eco y parece que estoy dando un sermón. ¿No es eso lo que hacen ellos con nosotros? Sus prédicas son sin duda teatrales, pero funcionan como herramientas en contra de la congregación. Pero hay veces que puedes dar la vuelta a la pistola. Apuntar el cañón en la dirección contraria y ver si lo disfrutan. Azufre y fuego infernal.

Jesucristo y yo sabemos que en nuestra juventud nos gritaron que éramos unos sucios paganos, que nos íbamos a morir y a pudrir en el infierno. Así es como terminaban muchos de los sermones. Luego, unos cuantos himnos desafinados y a

casa ¡Menuda basura de domingo!

Todos los demonios provienen de la religión, y la católica es la religión con el demonio más espantoso de todos. «Annalisa» es una canción sobre una chica de una pequeña ciudad de Alemania que murió porque sus padres permitieron que la Iglesia católica le practicara un exorcismo. A esa pobre chica se la cargó un entorno profundamente ignorante, una pequeña ciudad de mente estrecha. Probablemente el problema de esa chica era que, simplemente, había entrado en la adolescencia e intentaba lidiar con lo que les pasa a todos los adolescentes: su sentido de individualidad, su sexualidad, su rebeldía. Sus padres, manifiestamente católicos, intentaron corregirlo y tras castigarla de innumerables formas, la dejaron morir de hambre para que «purgase» sus demonios.

El heraldo de su muerte fue la religión. Si te obligan a tragarte tales creencias, puedes llegar a convencerte de que alguien está endemoniado. Y en vez de lidiar con la realidad, hay personas que prefieren creer en dioses, fantasmas y demonios. Estoy totalmente en contra de la religión. Es pura necedad, un engaño, un fraude, un timo, provoca tragedias enormes. No veo nada bueno en ella. La gente se tiene que quitar la venda de los ojos, pero los poderosos adoran las vendas porque impiden pensar. Te mantienen en un estado de aceptación mecánica. Es lo opuesto a lo que yo soy, va en contra de mi naturaleza. Los temas que empecé a abordar en estas canciones le retuercen a uno el estómago, le rompen el corazón, pero para mí es bueno concederles tiempo y estudio porque al final me hacen mejor persona, me ayudan a ver las cosas desde la perspectiva de otra gente y a construir, simultáneamente, mi propia historia.

Hay mucha gente que piensa que el resto del álbum es una forma de ventilar mi mal rollo por la disolución de las Pistols. No es así, pero entiendo que haya gente que lo vea de esa manera. En «Low Life» había encontrado algo dentro de mí que no me gustaba, un fuerte deseo de que me hicieran caso, y quería eliminarlo totalmente. Fue una especie de «gritoterapia», aunque en ese momento no me daba cuenta. Me lo tomé como simple autoanálisis, una pelea conmigo mismo para encontrar lo que estaba bien. «Attack», por otra parte, va sobre Malcolm. «You who guarded all the loot… You who buried me alive» [tú que te quedaste con todo el botín… tú que me enterraste vivo]. Sí, creo que ésa está bastante clara. No doy puntadas sin hilo.

Habíamos recurrido a todo tipo de estudios para hacer el álbum, por lo general por la noche, tarde, cuando las tarifas de alquiler eran más baratas. Había un sitio en Chinatown llamado Gooseberry que utilizaban gran parte de las bandas soul, rock y reggae porque era barato, animado y muy sucio. Tenías que agacharte para bajar las escaleras y allí te lo encontrabas, con su asquerosa moqueta marrón y su olor a cerveza rancia. Era el lugar perfecto para lo que queríamos hacer. No lo habíamos elegido por la decoración. Ahí es donde hicimos «Fodderstompf», esa irritante canción que dice «We only wanted to be loved» [sólo queríamos ser amados]. Se nos ocurrió allí mismo. Nos dimos cuenta de que cuando pensábamos en el disco,

tampoco teníamos tantas canciones para grabar y que cualquier cosa valía. Cualquier idea que surgiera era un estímulo para elresto.

Como el álbum iba a salir justo antes de Navidad, teníamos muy poco margen para promocionarlo con actuaciones en vivo y así rescatarlo de lo impropio de su fecha. Teníamos un par de conciertos en Europa, pero en Londres yo quería tocar en el Rainbow como fuera, en Finsbury Park, en mi casa. El promotor nos dijo que sólo quedaban dos días disponibles, el 25 y el 26 de diciembre, es decir, el día de Navidad y el *Boxing Day*,[27] y que ya sabíamos que esos días no se podía tocar. «¿Tú crees?» Y con esas palabras mágicas el genio salió de la botella.

Es difícil de creer, pero entonces todo cerraba el día de Navidad y los domingos. Trabajabas durante la semana, llegabas a casa tarde, y el sábado, si ibas al fútbol, luego no encontrabas nada abierto, no podías comprar, no podías hacer nada y no tenías alternativa. Estabas apañado. El domingo era el día del Señor y era pecado vender nada. ¡Y en Navidad, doblemente pecado! Pero ¿quién lo había decidido?

Yo ya había dejado claro con los Pistols que no me iba a ceñir a ninguna regla hecha por idiotas para idiotas. Puedes ser todo lo religioso que quieras, nadie te obliga a comprar un Crunchie en domingo, pero no me digas que yo no tengo derecho. Así que de alguna manera ampliamos el horario comercial, porque, vamos a ver, ¿por qué no pueden abrir las tiendas en Navidad? ¿Por qué permitimos que nos limiten leyes medievales o una doctrina religiosa?

Muchas licorerías y tiendas de chucherías eran de inmigrantes cuya religión no era necesariamente la cristiana. Ellos abrieron camino y se enfrentaron a esas normas arcaicas. Era bueno para ellos y también para nosotros. Había gente que se ponía en plan racista, pero yo les decía: «Si me permite comprarme un Twix, yo me quedo con su religión». Así que con el concierto desafiamos las leyes que prohibían actuar o trabajar el día de Navidad o en el Boxing Day. Y eso cambió todo en Inglaterra ¡y Dios no nos castigó!

Nuestro debut, no obstante, fue en Bruselas, donde hubo disturbios porque Wobble le dio una patada en la cabeza a un guardia de seguridad. Fueron los porteros del local, que estaban fuera de control. Todo va bien si se están quietecitos pero les gusta chulear y utilizar su físico para ponerse delante de la banda porque piensan que así molan más. Pero lo que hacen es cargarse el concierto. Mira, tío, esto no es el «espectáculo del portero», y si es así, vende tus propias entradas.

Nunca he aguantado a los abusones. Gente que se te acerca en ese plan e intenta que hagas lo que él dice, pues no les va a salir nada bien… Así que, aunque no me acuerdo bien de los detalles, defenderé a Wobble hasta el final. Era nuestro escenario y se supone que ese tío no debía estar ahí, ¡que sufriera las consecuencias!

La noche siguiente, en París, derribaron a Wobble con una cabeza de cerdo. Las cabezas de cerdo son bastante baratas en esa parte del mundo, ¿no? Los franceses hacen juramentos ante cabezas de cerdo asadas. Mi única queja es: ¿y la manzana en la boca? Visto desde fuera es alucinante lo que teníamos que aguantar,

constantemente, y era todo puro resentimiento: uno, porque éramos tan diferentes; dos, porque no éramos los Pistols; y tres, para atacar todo lo que tuviera que ver con los Pistols. Fuera de lugar y de momento, sin entender al señor Rotten en absoluto. En eso se estaba convirtiendo el punk; en la voz de la ignorancia. Su auténtico mensaje y contenido estaba siendo dinamitado; unapena.

Cuando llegaron el 25 y el 26 de diciembre llenamos el Rainbow, pero el 26 tuvimos un verdadero problema porque los bestias futboleros del West Ham vinieron a reventarlo. «Pero, tíos, si esto es Finsbury Park, ¡somos todos del Arsenal!» Y si nos buscas nos encuentras…

Era la primera noche que «pre-Rambo» John Stevens se encargaba oficialmente de la seguridad del grupo junto con mi hermano Jimmy (es que, ¿sabes?, echas mano de la gente del barrio). Todos anticipábamos que habría lío. Lo que fue muy tonto por su parte es que no se dieran cuenta de que el local estaba lleno de los nuestros. Pero, bueno, por lo menos se dieron un voltio, ¿no? Nuestros enemigos no podían quejarse, los tuvimos bien entretenidos. La cosa acabó estallando y aunque no tenía nada que ver con el concierto de los PiL, cuando alcanzó los titulares de los periódicos parecía que se había montado por nuestraculpa.

Subimos al escenario muy tarde: «Lo siento, es Navidad, ¡que os jodan!» Nos trajimos un woofer que reproducía el bajo de forma tan grave que no es que lo oyeras, es que lo sentías, y si te ponías demasiado cerca, la posibilidad de cagarte en los pantalones era bastante grande. Por eso tardamos tanto en salir. ¡Woofers subsónicos! ¡Fantástico! El escenario zumbaba, temblaba, y lo sentías por todo el cuerpo. Algo genial, hermoso, que el sonido se convirtiera en algo verdaderamente amenazador. Pero no era el sonido en sí, era la vibración.

Era ilegal, nos enteramos más tarde, porque te puede hacer enfermar. Creaba tal acople en el escenario que estábamos mareados ya antes de salir. Era como ¡bvvvvvvvvvv! Se acoplaba y retornaba a las cuerdas del bajo que se apoyaban en elampli.

Wobble no tuvo el buen juicio de apagarlo. O, bueno, tuvo el buen juicio de no apagarlo, una de dos. Supongo que Can me rondaba la cabeza en ese momento, cuando los graves de los altavoces hicieron que el escenario del Roundhouse se viniera abajo. Una banda como PiL tenía que descubrir cuáles eran las consecuencias de la música extrema.

Entre bastidores, en la zona de vestuarios, los cristales de las ventanas se estremecían y sus marcos se desencajaban. Guai. Teníamos un problema de seguridad sin siquiera haber empezado la primera canción. (¡Dios, aquí alguien va a morir!) De puta madre. Pero, nada, allá que seguimos, ¡al trote! Fue un concierto loquísimo. Los fans de los Pistols no entendían una puta mierda porque nunca habían oído un sonido parecido. En el fondo era como el principio de los Pistols, «pero ¿qué coño eseso?»

Wobble era nuevo tocando el bajo. Ni se le ocurrió apagarlo cuando nos retiramos antes de los bises. La vibración era fortísima. Si hubiésemos seguido una hora más, el

edificio hubiera colapsado a nuestro alrededor. Hubo quejas, pero hay que ser un puto amargado para hacer una cosa así, ¿qué querían que hiciéramos? ¿Ponernos a ver el especial de Navidad de Ken Dodd?

7. Abriendo la caja de Pandora con martillo y cincel

Cuando arrestaron a Sid Vicious por asesinar a Nancy Spungen en el hotel Chelsea de Nueva York, Malcolm entró en pánico-pánico-pánico. Era a finales de 1978 y su sórdida historia salpicaba las portadas de todos los tabloides. Sorprendentemente, oí que fue Mick Jagger quien intervino y llamó a unos abogados para que ayudaran a Sid. Me quedé helado porque yo conocía a Sid desde hacía mucho tiempo, aunque en ese momento no teníamos mucho contacto, nos habíamos distanciado a causa de sus problemas con las drogas.

Una de las últimas veces que lo vi, se había presentado con Nancy, tarde por la noche, en Gunter Grove. Quería dinero para meterse. Cuando no le abrimos, pensó que podría echar la puerta abajo a patadas. Eso ya lo había hecho la policía y muy eficazmente. Finalmente, Paul Young bajó las escaleras corriendo y se puso a perseguir a Sid y a Nancy con un hacha. No queríamos correr ningún riesgo porque sabíamos que Sid siempre llevaba un cuchillo. Paul tenía un hacha porque era carpintero.

No me gustan los adictos a la heroína, pero mis amigos sí. Yo quería ayudar a Sid, pero Malcolm nos mantenía alejados. Me enteré por mi abogado, Brian Carr, de que Mick Jagger había llamado a unos abogados para que se encargasen del asunto y que estaba intentando protegerle. Le pregunté qué había hecho Malcolm y me contestó: «Nada». No creo que Malcolm moviera un dedo. No habría sabido qué hacer. Sid estaba metido en una situación horrible. Si tengo clara una cosa en la vida es que a los traficantes de drogas nos les gusta que les andes jodiendo. Y si les jodes, ellos te joden a ti.

Eso es en lo que Nancy Spungen le había metido cuando se fueron a Nueva York. Lo que imaginaba Sid, que allí llevarían una vida cool y molona, pronto se convirtió en el perpetuo y deprimente problema de dónde encontrar el siguiente chute. Y así es como mi amigo Sid, ese atolondrado chaval de Hackney, se encontró perdido y confuso en una tierra extraña. Tienes que saber muy bien lo que haces en este mundo, en todo lugar y en todo momento. Y sobre todo, tienes que saber lo que los traficantes de drogas esperande ti.

Escuchad, gentes, nunca os pongáis en la posición de deber dinero a ese tipo de camellos, porque tienen que cuidar su reputación. Sidney debería haberlo sabido. Yo sabía lo que le esperaba. Pero desde un punto de vista moral, de principios o de valores, yo no tenía ningún derecho a impedirlo porque se había pasado de la raya. Eso, en Nueva York, era un hecho. En ese momento, Nueva York era una ciudad mucho más dura que la mayoría. Gran parte estaba en manos de la mafia, de eso no había duda. No puedes mandar a esos tíos a la mierda con el argumento de que se te ha acabado el dinero, porque entonces van a hacer limpieza, van a ponerte en tu sitio. La verdad es que Sid nunca fue muy avispado para esas cosas. La calle no era su elemento. Tienes que tener cierta sabiduría callejera, no puedes sobrevivir sin ella.

Nunca te pongas en la posición de deber grandes cantidades de dinero por ese tipo de adicciones. En ese momento se encargarán de ti, porque estarás poniendo en ridículo a tus proveedores y eso no te lo van a consentir.

Su arresto fue tremendamente trágico y triste. Su única defensa era que no se acordaba de nada. A Nancy le habían clavado un cuchillo. Dios mío, Virgen Santa. Imaginaos. De verdad. Estaba metido hasta el cuello. Te avisamos. No te metas en cosas que te superan. Juega sólo a tunivel.

A Nancy la habían matado. Y a ese pobre chaval lo habían dejado allí, con el cuchillo en la mano, sin saber lo que había ocurrido. Para mí no tiene ningún misterio. Debes dinero. Te lo has buscado. Y la policía no te va a perseguir de forma diferente.

Ese chico se había arruinado la vida. Estaba en la cárcel de Rikers Island, en Nueva York, sin muchas opciones. En el momento que se salió bajo fianza, ¡zaca!, se volvió a meter por la vena, y adiós. Sale, ve a su madre y se muere de sobredosis. Supuestamente se suicidó de una sobredosis preparada por su propia madre. La hostia de guai, ¿no? Qué forma de vida tan genial. No hay ningún misterio. Sid encontró lo que andaba buscando. ¿Entendéis ahora la canción de PiL?

Su muerte fue muy dolorosa para mí. Durante una buena temporada estuve escribiendo canciones sobre él. Las tengo por ahí, en algún sitio. Los árboles no le dejaban ver el bosque. Y sin embargo todo tiene que ver con la educación. La educación no es lo que aprendes en el colegio, sino la habilidad de ser crítico y de reunir información de una forma correcta. Y Sidney no tenía esas capacidades. Siempre tuve la sensación de estar protegiéndolo, siempre. Le llevara donde le llevara sabía que, arrrrgghhh, seguro que se metía en líos. Pero, bueno, daba igual. Una vez que se pasó de la raya y se quedó solo, su vida se convirtió en algo totalmente estúpido, sin valores ni principios, sistema ni lógica. Por favor, no les jodas la marrana a los camellos. Van en serio. No les queda otra. Di «no».

Mientras pasaba todo esto, la otra cara de las Navidades, en Gunter Grove la crisis entre Wobbe y Jim Walker había llegado a su cénit. Nunca entendí por qué se peleaban. Bueno, más o menos sí, pero había algo de intimidación en esa movida. Supongo que Wobble se sentía inseguro por su falta de habilidad musical y tenía que pagarlo con alguien.

Jim dijo que se iba. Había visto lo suficiente. Y de repente, en menos de un año, no teníamos batería. Pensé que Jim seguiría haciendo cosas estupendas en música. Pero no, se fue a Israel a trabajar en un kibbutz; una cosa loca. De hecho ni siquiera es judío, así que fue una decisión muy radical. Creo que ahora está metido en cine.

Intentamos reemplazarlo con distintas personas, pero ninguna duraba. Uno era puro reggae, otro sólo música disco; ninguno parecía poder adaptarse a un estilo que no fuera el suyo. Otro simplemente no entendía el rollo que había entre nosotros. Durante un tiempo, Rambo y yo decíamos en broma que él sería nuestro percusionista. A Rambo le apetecía y podría haber funcionado, pero tendría que haber

aprendido a tocar en un mes. Demasiada presión. Me alegro (y creo que él también), la verdad, porque encontramos una forma de trabajar juntos que ha sido, a largo plazo, mucho más beneficiosa paraambos.

¡Así que se trataba de ver quién respondía al anuncio! *Exchange & Mart* era nuestro favorito en ese momento. Si lo intentabas en las revistas musicales, siempre te llamaba el tipo equivocado. Venían con una pinta estúpida y sin sustancia como seres humanos.

Estuvimos haciendo el tonto con Richard Dudanski durante un tiempo. Había sido el batería de 101, la banda de Joe Strummer, pero en realidad no le apetecía. Era demasiado suave y dulce para adaptarse a nuestra falta de miedo. Pobre Dudanski, era un poco hippie, pero al mismo tiempo no, porque se estaba quedando calvo. La calvicie anulaba su hippismo.

La mayoría no se encontraban cómodos. Notaban la tensión entre Wobble y Keith, yo y Keith, Wobble y yo, y entre los tres a la vez. Era muy difícil estar en medio. Entiendo su postura: Sid debe haber sentido lo mismo al unirse a los Pistols. Es como meterte en una jaula llena de leones, unos leones que ya se conocen. ¡Ay! Y escenas durillas de acusaciones mutuas.

Puede sonar raro, pero aunque estábamos solo los tres y nos faltaba el batería, al sacar nuestro primer disco, la cosa se estabilizó, los ánimos se calmaron. Nos habíamos acostumbrado a grabar en fragmentos, en trozos, de una forma desordenada. Nunca nos quedábamos en un sitio el tiempo suficiente. Estábamos una semana aquí, dos días allá.

Tuvimos muchas sesiones nocturnas en la casa de Goldhawk Road, Shepherd's Bush, y siempre nos avisaban en el último minuto. Los Jam lo utilizaban todo el tiempo. Cuando terminaban por la tarde, nos daban el soplo e íbamos a utilizar el estudio, aunque no podíamos tocar la mesa de mezclas. Los Jam tampoco la usaban. Era el mundo de todo a cien. Más que una mesa de mezclas, utilizábamos lo que se llamaban mezcladores. Cuando ya te metes con tecnología más sofisticada el sonido se depura de miles de formas, y hay un punto de dureza que desaparece y es imposible de remplazar. Por eso, las primeras de PiL tienen un sonido tan especial; la energía de una banda tocando en vivo en una habitación.

Fue un verdadero lujo que Virgin nos llevara a The Manor, la Mansión, su residencia-estudio en Oxfordshire. Era un universo distinto y absolutamente palaciego para nuestros estándares. Nos reservaban el estudio y durante esos días se ocupaban sólo de nosotros. Lo más guai de todo era su filosofía: «Haced lo que queráis». Había doce dormitorios, así que podíamos traer compañía, a nuestros amigos. Te encontrabas a un montón de gente metiéndose speed en el salón, y nunca faltaba la comida y la bebida. Luego eso cambió, pero al principio era como un cheque en blanco. Después empezaron a cerrar elgrifo.

Había chimeneas en todas partes, así que era mejor ir en las estaciones frías porque podías encender el fuego. Las cenas se componían de asados inmensos, estilo

cocina tradicional inglesa. No es que asaran un jabalí al espetón, pero la presentación iba por ahí. Patatas asadas y un buen roast-beef a la manera tradicional (no muy hecho en el centro); qué emoción. Engordé muchísimo.

Había televisión por satélite, que nadie tenía en Inglaterra en ese momento. Todos pensábamos que nos podríamos apalancar alrededor de la chimenea y ver películas sin parar. Pero, grrrr, eran todo el rato los mismos canales repitiendo lo mismo en español e italiano. Y canales sólo de anuncios y se acabó.

Me encantó la Mansión. Era un sitio absurdo, ridículo, que deseaba evocar épocas pasadas. Es como si de repente sintieras que eres un lord o algo así. Estoy seguro de que es lo que pensaba todo el mundo cuando estabaallí.

Casi siempre trabajábamos por la noche. Lo siento, no puedo pensar en meterme en el estudio a las diez de la mañana. Mi cerebro empieza a asimilar la idea hacia las ocho de la tarde. A las diez, más o menos, estoy completamente concentrado, es decir, en el momento en que todo el mundo se quiere ir a la cama. De todas formas, cuando surgía la ocasión, las ganas de grabar y el placer y la emoción de operar esa maquinaria y de pulsar botones, y de gritar y de tocar, eran la fuerza motora. Eso nunca se perdía, a pesar de lo feo que pudiera ser el sitio. Ése era el punto, la alegría, el propósito de estar en un grupo. Eso sí que no te lo puede quitarnadie.

Sabíamos que las primeras cosas que compusimos fastidiarían a la compañía de discos. Yo estaba convencido de que en la vida sólo tienes una oportunidad de decir y hacer lo que sientes de verdad, y no estaba dispuesto a renunciar a ella. No me importaba afrontar las consecuencias económicas que pudiera tener. Lo que cuenta, al final, es la calidad del trabajo.

Quizás nos podría haber sido útil componer un gran éxito comercial, que es lo que la discográfica quería. Yo sigo siendo el puto Johnny Rotten, diga lo que diga Malcolm, y *hago lo que me da la gana*.

Para mí el éxito significaba hacer algo completamente inesperado y que, al mismo tiempo, siguiera una progresión natural. El álbum que sería *Metal Box* no tenía nada artificioso. Lo artificioso hubiera sido escribir un éxito instantáneo. A pesar de nuestra forma de vida siempre en conflicto, de nuestros problemas personales y de la presión que Virgin ejercía sobre nosotros, logramos hacer un álbum muy coherente. Suena como si se hubiera grabado entero de una vez. Es un tapiz alucinante, muy hermoso, hecho de retazos de ansiedad. La intención era dejarte entumecido, paralizado, disolver tu resistencia, dejarte baldado con su omnipresencia. Y creo que lo conseguimos.

Gran parte del tiempo estuve jugando con un teclado Yamaha, que me encantaba. Era barato y asqueroso, uno de los primeros y si apretabas los botones tenía un montón de acompañamientos orquestales. Eraguai.

De hecho, lo tocaba tanto que me salieron quistes, bultos, en las muñecas, lo cual me llegó a preocupar. No sabía lo que eran. Cuando haces una cosa sin parar, una y otra vez, día y noche, el ácido láctico se acumula en las manos. Creo que fue

Jeannette Lee, que estaba todo el día con Keith, quien me dijo que para quitarme los quistes tenía que darme un golpe con un libro que pesara mucho o algo así. Entonces reventarían y desaparecerían. El único libro gordo que pude encontrar era la Biblia. Un buen mamporro y se me quitó. Pero me hice un daño…

Me di cuenta que tocar el teclado no formaba parte de mi futuro. Pero me lo pasé bomba y azuzó mi curiosidad, me dio ideas sobre cómo componer de otra forma totalmente distinta, de manera que podía entretejer las letras sacándolas y metiéndolas en la melodía como si fuera una serpiente. Me pareció increíble.

No ensayamos para *Metal Box*, no teníamos dinero, así que escribía mentalmente y pensaba en cómo podía hacer mi parte de forma diferente. Deseaba poner a prueba una estructura más suelta, con menos control a nivel vocal; desafiarme a cantar de forma completamente distinta y con una presentación también novedosa. En las grabaciones hubo que sacrificar la parte vocal y que así la música alcanzase su máxima potencia. Era una forma de declarar lo interesante que era nuestra música y que las letras no eran necesarias para ser directo, que era cómo la música pop había operado hasta entonces.

A veces cuesta oír la voz en algunos de los cortes de *Metal Box*, pero ése es el punto. Entro sigilosamente en vuestras mentes, casi sin que os deis cuenta o cuando tenéis una falsa sensación de seguridad (o una falsa sensación de *inseguridad*). En cualquier caso, llego hasta tu mente y afecto tu percepción del mundo. Al menos ésa era mi ambición: haceros pensar en cosas más trascendentes.

Éramos en gran medida responsables de nuestras propias producciones. Queríamos encontrar una profunda intensidad en los graves. Eso no se limitaba al reggae: el bajo de mucha música mod de los sesenta es muy intenso a ese nivel: los Yardbirds, los Animals…, tenían un sonido muy grave. También el funk y la música disco. Pero para conseguir ese tipo de graves, había que sacrificar algo, y ese algo, como soy tan listo, fue la voz. Bajamos la voz un grado para elevar el bajo, porque lo importante era el tapiz auditivo de todos los elementos; una *tour de force* a todos los niveles. No necesitabas que las voces resaltaran sobre la música. Queríamos producir una sensación abrumadoramente sugerente.

A menudo nos enfrentamos a obstáculos para alcanzar nuestro objetivo, como cuando Virgin envió a un productor famoso para que «nos ayudara». Había trabajado con los Rolling Stones, y eso fue un grave problema. Habíamos ido a la Mansión para hacer una o dos canciones, y se puso a decir que no podías meter tanto bajo en un disco. Ridículo. Pues claro que se puede. *Así. Así es como se puede*. El tipo siguió discutiendo con nosotros, así que me subí a la mesa de mezclas con mis botas de puntera de acero y me cargué todos los botones. Le dije que no estaba ahí para que me dijeran lo que tenía que hacer.

Intentar que nos acomodásemos a formatos que ya se habían usado y probado era el camino equivocado. No nos apetecía aguantar una cosa así, no queríamos ese tipo de incentivos ni de *desorientación*. Era la discográfica metiéndose en donde no le

llamaban. Una intrusión. Nos hablaban de una forma muy educada y agradable: «He pensado que no estaría mal traer a Menganito». «Vale, vamos a probar.» Y veinte minutos más tarde, «ya está, me he cargado su estudio».

Siendo inteligente como era, Keith estaba que echaba chispas. Aparte de la guitarra, le encantaba coleccionar piezas de equipos electrónicos relacionados con la música, por las que muchas veces se sacaba una pasta. Otras, sin embargo, le decían: «¿Pero qué nos has traído? Es imposible. ¿Qué quieres que hagamos con *eso*?».

En aquel momento éramos una banda claramente analógica, pero un día se trajo un Fairlight, un sintetizador digital (esto fue antes de que existiera nada con lo que pudiera funcionar). Era una cosa con aspecto de teclado con un ordenador, pero no teníamos nada para sincronizarlo. Era demasiado avanzado para su época en muchos sentidos. Creo que terminó con Kate Bush y sus Heathcliff.

Durante mucho tiempo esos cacharros parecían cosa de locos. Ahora entiendo lo que puedes hacer con ellos, pero entonces no teníamos ni idea de lo que era un ordenador. Y no teníamos la tecnología que necesitábamos para utilizarlo. Esta especie de instrumento era en realidad un panel de control. Muy avanzado para la época y sin ninguna relación con nosotros. Eso le pasaba mucho a Keith, que en realidad no sabía para qué podían servir las cosas. Si hubiera dependido de él, nos habríamos gastado hasta el último penique en hacer música para el tercer universo e invertir en telepatía electrónica. En sus manos, PiL habría sido el disparate de un cerebrito. A él le hubiera encantado pasarse el día hablando de esas cosas. Todo muy interesante, pero sólo teorías. No hay ninguna realidad que lleve a trabajar en ello.

Que se le ridiculizara por esas cosas le amargaba la vida. Con Keith era muy difícil sentarse y hablar de cosas normales. Y eso es muy importante porque hace que establezcas vínculos con los demás, una amistad, que luego te permite abordar temas más serios. Con Keith siempre había mucha tensión, lo cual también puede ser interesante, pero resulta frustrante cuando intentas evitar los extremos.

Vamos a ver, yo no soy inocente y eso lo he dejado claro. Si dependiera sólo de mí, el grupo hubiera sido una catástrofe. Por eso me interesa trabajar en equipo. Sé que si no, me paso por arriba y por abajo. Y soy el primero en decir, «no creo que me haya pasado», pero seguramente la gente a mi alrededor piensa lo contrario y así me lo dicen. Rambo a menudo me dice: «John, no sabes cuándo parar, le hinchas las huevos a la gente». Y tiene razón. Todo lo que necesitas es un amigo que te haga de perro guardián.

A pesar de las tensiones, teníamos momentos muy buenos, especialmente en la Mansión. Me refiero a las bromas, generalmente inocentes aunque a veces nos pasábamos un montón; y se las hacíamos a todo el mundo. Creo que fue Karl Burns, que era el batería de los Fall, que vino una noche y se quedó dormido después de meterse un tripi. Cuando se despertó, su cama estaba ardiendo. ¿Era él? No estoy seguro. Pero creo que sí.

Ese tipo de gilipolleces pasaban todo el rato. Estábamos de fiesta en la habitación

delantera y si eras lo bastante tonto para quedarte allí dormido, te la jugabas. Era en plan a ver quién se queda el último, y eso era divertido y también un reto, ver cuánto durabas. Y no me arrepiento al decir (incluso creo que me alegro al decirlo, porque las anfetas me encantaban) que era un mundo que, de vez en cuando, funcionaba gracias a las anfetaminas. No todas las noches o cuando teníamos concierto, pero sí que esperábamos la ocasión para soltarnos la melena. Si lo hacías, tenías que asumir las consecuencias.

Como contrapunto a esta alegre estampa, mi madre se estaba muriendo de cáncer de estómago, el peor y el más doloroso de todos. Pasaba todo el tiempo que podía con ella en el hospital, pero no tanto como hubiera debido.

Una vez fui a verla y el sacerdote local se pasó por allí. Era un jesuita muy friki que acababa de volver de África (una de esos que piensa que puede curar con el tacto). Que fuera de ese palo con mi madre ya era muy ofensivo, pero que encima dijera que la culpa de que no funcionara era mía, porque le desafiaba, me pareció despreciable. Me perturbó profundamente. No me gusta que me maltrate un timador. Todos los analistas, psiquiatras, espiritistas, cazadores de fantasmas, médiums o curas de este planeta sólo están ahí para perjudicarte.

Lo peor fue que cuando mi madre estaba agonizando pidió que un sacerdote estuviera a su lado y éste no quiso venir. Lo único que les interesa es el dinero. No hay forma de arrastrar a un cura fuera del pub y lejos de los jovencitos. Fue increíblemente doloroso.

Mi madre siempre había sido de una forma callada, muy amorosa. No decía mucho, pero es lo que necesitas de tus padres: la atención adecuada. Antes de morir, me pidió que le escribiera una canción. Ésa fue «Death Disco». Sólo llegué a tocarle un esbozo. Ella intuía lo que yo quería. Tuve que resumírsela un poco, porque lo que había escrito abordaba la muerte de una manera muy directa y yo quería que ella pensara que se trataba del desafío que supone una enfermedad. Era mejor enseñarle un esbozo con letras sin terminar que el tema en toda su crudeza: «Te estás muriendo».

Sólo te liberas si exploras esas áreas de tu mente. Si no separas la música de la ansiedad y del dolor, encuentras una solución. Nunca he llegado a comprender la muerte, sólo he podido lidiar con ella a través de la música. En canciones como ésa, me interrogo muy seriamente. Estoy a punto del colapso mental. Soy yo aullando de amargura y de dolor. Con una pena tremenda. Pero al mismo tiempo tienes que dar algo de alegría a las personas que amas. Evitar regodearte en la autocompasión y celebrar sus cualidades cuando estánvivos.

Cuando lanzamos «Death Disco» causó una gran confusión. ¿Era para bailar? ¿Qué era? Desde luego no significaba «muerte a la música disco», como interpretaron algunos. De hecho, cuando a Morrissey se le ocurrió «Kill the DJ» [Mata al DJ] pensé que si nos tomaba como referencia, se había equivocado. Yo había disfrutado como un loco en el Lacy Lady de Ilford, con toda la música que allí se oía, aunque

también es cierto que la música disco mediocre es horrible. No hay que imitar, repetir, duplicar. Avanzas o desestructuras o haces lo haya que hacer para adaptar el viaje al contenido. Johnny no canta estrofas de Michael Jackson.

Estaba encantado de que «Death of Disco» hubiera despertado una gran curiosidad por lo que teníamos entre manos. Me fascinó que *Record Mirror* nos pusiera en el número ocho de su lista de temas bailables. Pensé: «¿Qué coño van a pensar los grupos de soul cuando la oigan?» Se hizo muy popular en los clubes. A eso contribuyó que sacáramos varias versiones.

El mensaje para los seguidores punk era: «Chicos y chicas, qué hacéis acechando en las sombras. Salid de ahí y poneos debajo de la bola de espejos. ¡Es vuestra oportunidad! ¡Y llenaos de ella porque estáis bailando la muerte de mi madre, hijos de puta!» Son instrucciones muy *hardcore*.

No la pusieron en la radio, por supuesto. No salió en el programa de Tony Blackburn, ni siquiera en el de John Peel (a pesar de su supuesta apertura mental y su celebración del maravilloso mundo de la música, su visión era más bien limitada). En muchos sentidos, como dicen mis amigos jamaicanos, «dis free I up». No teníamos que hacer caso de las listas de éxitos.

No obstante, todavía había gente en Virgin que nos pedía que compusiéramos un éxito. Nosotros le decíamos que lo que nosotros escribíamos eran canciones, y que pasábamos de si eran éxitos o no. Todo lo que he hecho siempre ha dado un buen resultado. Es un hecho. Sólo no ha sido así cuando no ha habido el suficiente respaldo o la suficiente promoción. Ése es el motivo de que un disco no venda. Si no informas a la gente de que está a la venta, ¿qué más da que exista? Ésa es labor de la discográfica. No obstante, debido a la forma en que estaban cambiando las compañías de discos, cada vez lo era menos. La idea de externalizar, es decir, que la promoción del disco la pagara el artista y no la compañía de discos, empezó a estar a la orden del día.

Cada vez había menor respaldo y se me etiquetó de excéntrico, de lobo solitario, sin contacto con la mentalidad de la gente normal. Bueno, pues que os den. ¿Hay algún motivo por el que debería estarlo? Yo no voy por la vida en plan paternalista, no escribo mis canciones para eso. Yo hablo de las cosas que me importan, de los problemas que me afectan directamente y, que según creo, afectan a todo el mundo. En otras palabras, no le chupaba el culo a nadie. Sabía que no se lo tomarían muy bien cuando fuera a *Juke Box Jury*. Era un programa de la BBC, bastante viejo, en el que gente famosa y descerebrada repasaba las canciones pop más recientes.

Por un lado, todavía estaba lidiando con los aficionados punk que se habían quedado enganchados en lo de antes y no estaban preparados para ver más allá. Esos tíos me tenían mucha rabia: «Te has vendido, eso no es punk». «Mirad tíos, no me jodáis. Os he dado las botas y las lleváis puestas, así que a ver si aprendéis a andar con ellas. De hecho, ¿por qué no os las cambiáis? Ahí va un par nuevo.»

En el otro extremo, los de la BBC estaban esperando que provocara otro

escándalo de proporciones atómicas, pero yo no les iba a dar esa satisfacción. Al principio quería ir de buena gana pero luego me arrepentí. Las personas a mi alrededor me convencieron de que sería bueno para mí. También era consciente de que podría molestar a ciertos miembros del grupo que quizás pensaran que estaba intentando acaparar la atención. Siempre hay que tener eso en cuenta.

Soy bastante bueno en esos programas de debate, de verdad creo que se me dan genial. No obtenéis lo que esperáis (porque deberíais esperar algo mejor, y eso es lo que os doy). Me puse un traje de seda roja bastante alucinante. Tenía dos, uno en rojo y otro en verde, ambos de un amigo diseñador, Kenny MacDonald, que tenía una sastrería en King's Road. Me encantaba su ropa.

Era de ascendencia jamaicana, un tipo demente, duro de pelar, y su ropa era muy original y loca. Siempre que queríamos decir algo con nuestra forma de vestir nos poníamos algo de Kenny: el traje de cuadros gris que llevo en el vídeo de Public Image, por ejemplo, es suyo. También se inventó un abrigo de piel rojo que me solía poner y que la gente pensaba que era una bata. También me hizo uno blanco con el que parecía un oso polar. Hacía tweeds con cortes muy raros y cosas por el estilo.

En cualquier caso, su modelito de seda roja era bastante razonable menos por la tela, que era para cagarse. Muy divertido. Kenny me caía genial, pero creo que estuvo en la cárcel muchos años. Tengamos paciencia.

En ese momento, el presentador de *Juke Box Jury* era Noel Edmonds, es decir, el señor melindres, obsequioso a más no poder, un hombre cuya condescendencia llegaba hasta lo más profundo. Un gilipollas. Joan Collins estaba en el programa de esa noche (y yo me pregunto: ¿quién demonios es ella para decir nada sobre música?) También estaba Elaine Paige, que se sentaba a mi lado, y con quien, extrañamente, me llevé de puta madre. La gente como ella no es mi enemiga. A quien no aguanto es a la peña pretenciosa del pop. Ella canta en musicales y es muy divertida. «¡Eres muy gracioso, pero tienes razón!» Ese tipo de comentarios me pierden. Enseguida entendió que yo quería pasármelo bien y no tomarme tan en serio la frívola música pop.

Teníamos que enseñar un cartel con «Acierto» o «Fallo» para cada uno de los discos que ponían. Una vez lo puse de canto, porque no era ni acierto ni fallo, *era lo que era*. El imbécil del presentador de la barba esperaba que ese disco me hubiera gustado porque era de mis supuestos colegas, los punks (un tema de Siouxsie Banshee). «Pues no funciona así, no soy un cliché y no me vais a encasillar y obligar a hacer lo queráis. Voy a expresar lo que siento de verdad, y tú puedes hacer lo que te dé la gana.» Yo pensaba que me habían invitado para eso, para que dijera lo que pensaba. Al final, se suponía que tenías que dar la mano y saludar a la cámara. «¡No! Eso es muy falso. Eso le va a Joan Collins, pero no a mí.» No quería involucrarme en el aspecto social del programa. Me aislé y me largué. A veces me paso de la raya, pero a la chita callando dejo mella. Después de esa temporada quitaron *Juke Box Jury*. ¡Buen trabajo, John!

Quizás no sea ninguna sorpresa que el siguiente sencillo de Public Image Ltd, «Memories» no fuera bien comercialmente. La canción salta adelante y atrás entre diferentes texturas (crispada o cálida), de una manera, en nuestra opinión, bastante estremecedora. A mí me gustaba muchísimo, pero no pudo convertirse un éxito porque duraba cinco minutos y sabíamos que por eso no la pondrían en la radio. Keith y yo estábamos totalmente de acuerdo: ninguno de nosotros tenía ni idea de dónde cortarla y de qué cortar. Así que, ¿para qué hacerlo? Era precisamente su longitud lo que hacía que las emociones se transmitieran tan bien. No puedes cortar el último capítulo de una novela de misterio simplemente porque le sobran veinticinco páginas. Si haces eso, las listas de éxitos acaban alienándote. Yo nunca me las he tomado en serio. Que las canciones se fueran haciendo más largas fue un proceso natural para mí. «Vamos a seguir con ésta, todavía nos quedan ideas.» No era un proceso muy analítico ni tampoco que a priori nos propusiéramos hacer una canción de diez minutos.

«Albatross», la que va sobre la cobardía de Malcolm, terminó durando unos diez minutos, y eso porque era el máximo que se podía meter en el disco. Merecía esa duración. Dejamos que la canción sea lo que marque la cadencia y el tiempo, en vez de intentar domarla y controlarla y que sea una melodía perfecta. Creo que esa forma de trabajar es asfixiante, letal. No es como los seres humanos funcionan mental y físicamente. Cuando nos relajamos, cuando estamos nerviosos o en cualquier circunstancia, utilizamos la música como telón de fondo de nuestras divagaciones, de nuestros pensamientos. Nosotros hicimos algo en lo que no tenías que concentrarte ni contar los compases ni los pasos de baile, sino que tenía que ver con el estado de ánimo. Cada vez que volvías a escucharlo, sonaba de forma diferente y descubrías algo nuevo. No era una cuestión de precisión o de falta de ella.

Me encantaba el estudio de grabación de la Mansión. Cuando estaba dentro y lograba desprenderme de mis miedos y fobias, me podía pasar horas y horas allí metido. Lo que hacíamos era dividir el tiempo en secciones: cada uno de nosotros disponía de un período de tiempo para estar allí, prepararse y trabajar solo. Luego nos juntábamos y combinábamos esfuerzos. Era interesante escuchar lo que cada uno intentaba hacer, con lo que experimentaba, lo que ensayaba por su cuenta.

Yo no quería que me tocara hasta bien entrada la noche. A todo el mundo le pasaba lo mismo, porque podía hacer buen tiempo y estábamos en una especie de castillo con hectáreas de campos alrededor donde correr y con un montón de sitios y cosas que descubrir… Por ejemplo, una caminata de más o menos cinco kilómetros nos llevaba a un pub y eso era muy divertido. Y luego estaba la mampostería de piedra del edificio y el hacerse el lord todo el día y la comida y la bebida… En fin, que no podías evitarlo.

Como contrapartida, estaban los gritos de Keith y que Wobble podía controlar su mal humor sólo hasta cierto punto y que era bastante capaz de machacar a Keith, quien, para ser justos, era un cotilla chillón. Cuando Wobble se quedaba congelado y

en silencio, ya me imaginaba lo que se nos venía encima. Y tenía que hacer todo lo posible para impedirlo. Tengo la profunda convicción de que la violencia no soluciona nada. Y no puede haber violencia en el lugar de trabajo. Si alguien se pasa de la raya (y no es una regla, sino un principio absoluto) se han buscado la ruina.

Otras veces nos lo pasábamos bomba. Por ejemplo, poníamos ceniceros en las cuerdas del piano. Siempre me ha encantado la música para clavecín, desde que era pequeño (cosas que veía en la tele, Bach o Beethoven interpretados con los instrumentos originales). Ese sonido me volvía loco. En el estudio había un gran piano y me puse a buscar ceniceros de metal para conseguir reproducir ese gangoso zumbido metálico. ¡Qué jaleo! ¡Era mucho más divertido! Y sobre las teclas del piano, sólo se podía usar los codos.

A Keith, Wobble y a mí nos gustaba este tipo de experimentación. Todas nuestras diferencias eran personales, lo cual es una pena. Esas resonancias discordantes, esos tonos sonoros a la deriva, entretejidos, eran una maravilla. Casi destruían la melodía pero resultaban muy beneficiosos a nivel espiritual. Es necesario crear muchos lugares: no sólo para el que actúa sino también para que el espectador pueda pensar libremente. Por supuesto, estos experimentos no se consideraban trabajo de estudio. Pero conseguíamos resultados increíbles porque nos intrigaba el sonido. Por lo menos a mí sí. Es lo que tiene ser un ávido coleccionista de discos. Vas construyendo todo un repertorio de posibilidades sónicas en tu cabeza. No imitas ni copias, sino que lo llevas al siguiente nivel. O como diría un músico pop, lo *destruyes*.

Líricamente, yo también estaba haciendo cosas muy diferentes. Mientras Joe Strummer estaba ocupado viendo las noticias e intentando asimilar los titulares políticos, yo me fijaba en otras historias. Como la de una chica a la que habían violado. El elemento humano de todo ello me parecía mucho más interesante: intentar comprender la desgracia de esa chica. Dos hombres la habían capturado, le habían vendado los ojos y metido en el maletero. Luego, la habían llevado al campo y la habían violado. Si no se hubiera escapado igual la habrían matado. No se acordaba casi de nada porque el dolor era abrumador. Sí recordaba una canción que sonaba en el casete del coche y así es como descubrieron a los culpables: cuando encontraron el coche, la cinta seguía puesta. Fue la música. Nunca dijeron de qué canción se trataba pero averigüé que era una de los Bee Gees. Como me encantaban los Bee Gees y sentía una gran afinidad con ellos, me pareció muy interesante. De ahí proviene el verso «And the cassette played poptones» [y en el casete sonaba música pop].

A esta historia se refería nuestro tema más hipnótico y animado, con Keith a tope. Creo que es una forma magnífica de atraer al oyente a la canción, de hacer que entienda el dolor sufrido por la muchacha y de lograr que se identifique con ella. Lo mismo sucede con «Annalisa». Puede que os parezca tonto, pero deseo provocar en el espectador un sentimiento de empatía con todas las víctimas. A nadie le gusta ponerse en el lugar de la víctima. Puede ser triste y profundamente doloroso, pero no es nada comparado con la gravedad del daño que sufren las verdaderas víctimas.

Quería hablar de diferentes emociones humanas, especialmente de las que normalmente se ocultan. Es como si abriera la caja de Pandora con martillo y cincel. Rompo su candado y con él el miedo a lo desconocido.

«The Suit» trata de Paul Young, que me cogió un traje sin permiso para una cita que tenía con una chica de Totteridge Park. Luego lo puso donde estaba, pero claro, olía fatal. ¡Y a mí me encantaba ese traje! No me importa compartir la ropa, pero me parece demasiado que te cojan tu mejor traje, que te estás reservando para el momento adecuado, y que te lo devuelvan con manchas (y no precisamente de cerveza), como si hubieras estado revolcándote en una montaña de paja. Podía haberlo llevado a la tintorería. Que tipo más tramposo (ja, ja).

«No Birds Do Sing» alude a un poema de Keats, «La bella dama sin piedad», («¡oh! ¿Qué pena te acosa, caballero en armas, vagabundo pálido y solitario?», etc.). Es un poema un tanto fantasmal, así que pensé asociar ese sentimiento de amor perdido a la vida de barrio residencial burgués, a la típica urbanización de afueras. Es una canción bastante puñetera, pero intenta vivir en Tring y luego me cuentas.

No creo que nadie hasta ese momento hubiera usado sintetizadores para crear una atmósfera tensa, como lo hacíamos nosotros. «Careering» trata de los problemas en Irlanda del Norte. Las divisiones étnicas por la religión con el tiempo se habían convertido en una guerra entre bandos. No puedo apoyar a ningún grupo que sostenga que matar a otra persona es bueno para su causa. Para mí, si has matado a alguien ya no tienes causa.

Musicalmente, tuvimos que ser muy rigurosos para alcanzar nuestro objetivo, que era concienciar al oyente. Creo que en el pifostio entre católicos y protestantes, hay «parásitos» a ambos lados del río; no voy a elegir entre unos y otros. De hecho, cualquier cuestión que se alimenta de la religión o la política es letal.

Hay mucha manipulación. Quizás los adeptos de unos y otros no son muy conscientes, pero deberían. Tienes que saber cuándo te están utilizando. Esa canción me trajo muchos problemas en Irlanda, particularmente en el sur, donde pensaban que no tenía ningún derecho a hablar mal del IRA. Una pena. Pasó lo mismo con «Religion»: se metieron conmigo por atacar directamente a la Iglesia católica, pero era necesario. En la vida no puede haber temas sacrosantos ni intocables, porque ésas son las cosas que están en la raíz de todos los problemas. Una banda armada de asesinos nunca conseguirá mi voto. Nunca nos traerán la paz y la felicidad.

En «Radio 4» no pegaba que cantara y por eso no lo hago. Corté mi parte para dar espacio a la banda. Me parecía mejor distanciarme de la obligación de tener que cantar en todas las canciones. Hago un montón de cosas distintas, no sólo cantar. Hay que tomar muchas decisiones sobre la grabación y la producción, añadir cosas aquí y allá…, es un prisma con muchas piezas y bastante divertido.

Queríamos romper todas las reglas, todas las disciplinas. Era como abrir una juguetería a cuatro niños que nunca hubieran visto un juguete. Queríamos que el bajo bramara y que te destrozara los oídos. Hay partes en las que parece que estamos

utilizando algún recurso electrónico, pero en realidad es una grabación de la tele a dos pistas que hemos acelerado o ralentizado. Es un trabajo muy abstracto, pero siempre con cierta base bailable (aunque, como me dijeron varios amigos, uno necesitaba tres piernas para bailar eso).

Con cada tema nos poníamos, resolvíamos rápidamente y a por el siguiente. A menudo, alguno de nosotros tenía que enredar con la percusión: Keith en «Poptones» y Wobble en «Carrering». A mí eso me encantaba. Y el miedo que nos entraba. Era como si estuviéramos bajando una montaña sin frenos. Sólo esperábamos que el camino, al final, volviera a ascender.

Poco después de que los Pistols se disolvieran en 1978, participé en una audición para la película de los Who, *Quadrophenia*, porque Pete Townshend me lo había pedido. Quería que intentara hacer el papel protagonista, el que al final dieron el actor ese inglés moreno, bastante zarrapastroso, Phil Daniels. Por lo visto, yo no le gustaba al mánager de los Who y no pensaban que fuera capaz de terminar la película. Francamente, creo que tenían toda la razón porque hubiera necesitado algún tipo de entrenamiento o formación sobre cómo se hacía una película, y la verdad es que en ese momento no quería que nadie me diese lachapa.

A lo largo de mi carrera, Pete Townshend siempre me ha mostrado una actitud favorable y útil. Nuestros caminos se cruzaron por primera vez muy al principio de los Pistols, cuando ensayábamos en el estudio de los Who. El señor Townshed se enteró de quiénes lo estaban usando y nos dijo que no nos cobraría. No le tengo más que un profundo respeto. También le hizo un par de favores a la banda de mi hermano Jimmy, 4” Be 2”.

Es uno de esos personajes al que no se le entiende del todo, pero del lado de las bandas, hay mucha gente que, si se molestara en contarlo, te dirían que ha hecho todo lo posible por ayudarles sin que se enterara nadie. Hace que tengas acceso a estudios, habla contigo, repasa las canciones y te dice lo que falla. Cuando cuenta historias sobre los Who, te da la sensación de que es parte de la banda. No es, «entonces yo…», sino que te habla en tanto que miembro del grupo. Cuando conocí a Roger Daltrey, años después, fue la primera cosa que tuvimos en común. «¿Has estado con Pete? Oh, bla, bla, bla, bla.» Tuvimos una conversación a corazón abierto.

Es imposible de catalogar, sólo que cuando Pete está presente sientes su espíritu protector. Siempre es favorable y flexible y si no entiende tus ideas te lo dice. Incluso en eso te respalda, es una especie de figura paterna. Sé que le podría llamar si quisiera, pero soy un espíritu independiente y prefiero llevar las cosas de otra manera. Pero sin ninguna duda estaría disponible para cualquier cosa. Él es así.

En cualquier caso, mientras estaba en la audición de la película, filmaron algunos momentos conmigo, *sketches*, y luego me mandaron a Gunter Grove unas enormes latas de película. Al parecer, Dave Crowe, que todavía vivía conmigo, conocía la compañía que hacía esas latas en Inglaterra, porque la fábrica estaba en Borehamwood, donde había vivido de niño. Así que una cosa llevó a la otra y de

repente nos topamos con una nueva forma de presentar el disco: literalmente en una caja demetal.

Nos pareció muy buena idea presentar esos temas tan largos en tres sencillos de cuarenta y cinco revoluciones y doce pulgadas, pero la mayoría del presupuesto de *Metal Box* lo invertimos en su extravagante «envoltorio». Nos gastamos más en eso que en la grabación. Y Virgin no cubrió esos gastos: los asumimos nosotros.

Fue muy raro cómo salió lo de las cajas. Lo que al final nos dieron parecían dos bandejitas redondas de chucherías unidas entre sí. Era imposible abrirla y sacar el disco. Bueno, quizás era lo suyo, porque la música que luego uno iba a escuchar era intencionadamente desagradable: es decir, que el disco estaba hecho para consumidores que estuvieran dispuestos a esforzarse un poco. Luego, cuando uno lo ponía, el bajo era tan grave que hacía que saltara la aguja. Íbamos claramente por delante de la alta fidelidad de la época.

Cuando salió *Metal Box*, en noviembre de 1979, cosechó buenas críticas, pero me fío menos de ésas que de las malas. Su primera impresión se agotó pero su influencia fue creciendo a lo largo de los años. En las entrevistas lo defino como «música de estado de ánimo»: esoduele.

Tocar el álbum en concierto fue imposible. En septiembre de 1979 abrimos un concierto en Leeds llamado Futurama: esa actuación fue una catástrofe. Todo estaba tan mal organizado que nos mosqueamos. Fuera del sitio, cuando llegabas en coche, había un montón de tíos vestidos de nazi, haciendo «Heil» y repartiendo publicaciones del National Front. Para mí eso era completamente inaceptable. No había seguridad de ningún tipo, lo opuesto a tener una seguridad asfixiante. La gente entraba en todas partes y desenchufaba lo que le venía en gana. Mientras estabas en el escenario, sabías que te estaban birlando las cosas en los camerinos, así que tenías que tener un ojo en el fondo de la sala. Una cosa tonta, estúpida e innecesariamente caótica. Menos mal que habían venido amigos míos, como Rambo, que impidieron que la gente siguiera haciendo eso.

Desenchufar los equipos se hacía muchísimo en aquellos días. Había personas que se subían al escenario y se iban directamente hacia el primer cable que veían. Intentaban desenchufar lo que fuera y si lo conseguían lo consideraban un gran triunfo. Yo no diría que eran fans o gente a la que le gustaba la música. Eran pandillas que iban a los conciertos para intentar reventarlos. Especialmente si estabas de gira por el norte y eras del sur. «¡Te pillé!», ésa era su mentalidad. Hacía falta mucha valentía para plantarles cara y defenderse sin recurrir a la violencia. Hay que entender la mentalidad del público y controlar lo que haces en ese tipo de situaciones.

La gente quería que yo siguiera siendo un chico malo, pero también que me apease del burro. Sentía montañas de animadversión. Era un problema, porque cada vez que salía me topaba con esos monstruos prehistóricos que querían arrastrarme al pasado. Siempre va a ser así cuando te expones deliberadamente a situaciones límite de aprendizaje. Uno también se las puede tomar positivamente, porque, más pronto o

más tarde, esa gente que al parecer no te puede ni ver por ser «tan diferente», pillará de qué vas. Hicieron falta muchos años para que *Metal Box* se entendiera. Por entonces ya habíamos publicado dos o tres álbumes más que, por supuesto, tampoco se entendían. Siempre voy cuatro o cinco discos por delante.

En los conciertos se armaban broncas, pero yo siempre lo atribuía a circunstancias atenuantes en las que no habíamos pensado. A finales de los ochenta, Gran Bretaña parecía vivir en un estado de catástrofe permanente, con huelgas interminables, disturbios, violencia en el fútbol y demás. Fue una época muy violenta, y todas las bandas teníamos que asumirlo cuando dábamos un concierto.

A algunos periódicos les resultaba muy conveniente seguir acosándome y eso me hizo mucho daño. Muchos promotores no querían ni vernos porque pensaban que las exageradas versiones de la prensa a la larga crearían aún más problemas.

Todo siempre se reduce a los promotores, porque son los que reúnen el dinero. Pero sólo si tienen la seguridad de que tu discográfica te respalda, lo cual afecta gravemente a los bolos. Si, hagas lo que hagas, tu compañía de discos te cubre las espaldas, no hay ningún problema económico por parte de los promotores.

De repente nos exigieron que firmásemos cláusulas de seguridad antes de salir al escenario. Si las firmabas, te considerabas responsable de los disturbios que se pudieran desencadenar. En otras palabras: si te comprometes a no causar disturbios es que consideras que dependen de ti. Pero yo no puedo responsabilizarme de lo que hace una masa de gente, sólo de lo que hago yo.

Muy pronto, cancelaron todos nuestros conciertos en Inglaterra. La imposibilidad de conseguir bolos empezó a acabar con nosotros porque conducía a todo tipo de confrontaciones internas y a antagonismos centrados, por lo general, en el dinero. ¿Qué quieres? No teníamos otra cosa que hacer. Es una forma de reaccionar a la frustración bastante comprensible. Se convirtió en la manzana de la discordia, en una fuente de problemas difícilmente controlable que causaba divisiones entre nosotros.

Ya en la gira de PiL por Estados Unidos, en abril de 1980, nos llevábamos fatal. No tenía casi ropa, pero me enteré de que Wobble había utilizado a mi amigo Kenny MacDonald para que le hiciera unos cuantos trajes y que PiL se los había pagado. Por casualidad, hablé con Kenny cuando íbamos hacia el aeropuerto. Así que nada más llegar al hotel, cuando Wobble abrió la maleta, le dije: «Me voy a quedar con eso porque al fin y al cabo lo he pagado yo». Yo siempre me ponía lo de todos y viceversa: mi maleta estaba igualmente abierta a todo aquel que trabajara conmigo. Wobble no dijo nada pero me la guardó. No debería haber llamado a mis amigos para que le hicieran ropa sin decírmelo, y mucho menos cargarlo a mi cuenta.

A pesar de esos desacuerdos, nuestro perfil mediático era bastante beligerante. *High Times* nos sacó en la portada, con Willie Nelson en un lado y el puto Johnny Rotten en el otro. Debajo ponía algo así como, «Las dos caras de la música». Al menos eso implicaba. Guai. Yo pensaba que Willie Nelson no era el enemigo, y que, como siempre, no lo estaban entendiendo bien. Siempre he escuchado las letras de

Willie con atención. A su manera, es un rebelde. No quiere que nadie le ande diciendo cómo tiene que vivir su vida.

En otra entrevista, declaré que el rock and roll era una mierda y que tendría que ser abolido. Desde ese momento, Estados Unidos nos declaró la guerra. «Arrrrrggghhh, ¿cómo puedes decir eso?» Bueno, yo tenía razón, el rock and roll se había convertido en una cosa muy aburrida. Hacer algo nuevo, musicalmente hablando, dentro de ese género tan establecido me resultaba repulsivo. Se había convertido en unos grilletes de los que había que desembarazarse. Mientras, *Metal Box* salía a ambos lados del Atlántico con una nueva cubierta y un nuevo título (*Second Edition*) en forma de doble álbum «convencional». Hicimos un anuncio en la radio para el lanzamiento describiéndolo como «doce cortes de mierda absoluta de Public Image Ltd». «Mierda absoluta y total (para satisfacer vuestro dudoso placer).» Espero que la gente captara el humor. Usar la ironía fue un intento de conciliación y franqueza por nuestra parte, pero no creo que se entendiera en Estados Unidos.

Volvimos a firmar con Warner para América, pero de nuevo tuvimos problemas con ellos. No les gustaba mucho nuestro primer álbum y pasaron totalmente de publicarlo. No sabían qué esperar. Supongo que la «segunda parte» de los Sex Pistols, pero a esa misma peña no le había gustado la primera. Eso significaba que les llevaba ventaja y que no iban a lograr alcanzarme.

Dimos diez conciertos sobre todo en teatros de ciudades importantes, como Nueva York, Los Ángeles. También aparecimos en el programa de televisión de Dick Clark, *American Bandstand*; una actuación hoy legendaria. No empezamos con buen pie porque al llegar nos dijeron que tendríamos que hacer playback porque, por lo visto, nuestro equipo no había llegado a tiempo. Luego nos enteramos de que en cualquier caso tendría que haber sido así, que nunca habríamos podido tocado en vivo, lo cual nos enfureció. Hicieron dos versiones de «Poptones» y «Careering» y nos dieron la casete para que la comprobáramos con antelación. «¿Quééé?, ¿lo han reducido a *eso*? Pero dónde van a caer las letras… ¿Qué hacemos?» Ninguno sabíamos. Sólo pensar en intentar cantar como en el disco era… ¡Arghhhh! Puedes fingirlo con un instrumento, pero como cantante… «Mira, os habéis cargado la canción, su punto y su propósito. Es como si hubierais quitado los coros al himno nacional porque cabe mejor en el horario de la tele.» Qué putos retrógrados.

Justo cuando íbamos a salir, dije: «Vamos a intentar improvisar lo que sea, por favor, por lo menos para cubrirme». No hice ningún intento de hacer que cantaba, sino que empecé a moverme por el plató, me acerqué al público y les saqué a bailar al escenario. A pesar de que tuvieron muchos problemas por eso (ese tipo de espontaneidad no encajaba en su formato) Dick Clark, el presentador, que era una superestrella de la televisión americana, fue después muy agradable con nosotros (aunque Wobbles había tratado de jugar con sus pelucas). Encontramos el camerino de Dick en el departamento de maquillaje. Colgadas de unos ganchos había todo tipo de pelucas y peluquines, que sufrieron nuestro ataque. Pero al final salió todo bien

porque cuando Dick Clark hizo un programa compilando las mejores actuaciones de *American Bandstand*, la de PiL estaba entre las diez mejores. Y eso que el programa llevaba décadas en antena (casi medio siglo).

Sabía perfectamente que en ese mundo la gente era aduladora y rastrera y que se pasaban la vida chupándose el culo mutuamente, formando camarillas y esperando que los nuevos se adaptaran como si tal cosa. Algo similar es lo que la música quería que hiciera (en realidad lo que han querido siempre). Pero eso no va a suceder. En la vida. No necesito encontrar un hueco en ese tipo de sociedad. Cuanto más les molesta mi personalidad, mejor para mí. Francamente, no creo estar haciendo nadamalo.

En el avión de vuelta a Londres, a Levene le entró un mono horrible. No me acuerdo muy bien pero no me dio ninguna pena. Mi actitud era, «te lo mereces, gilipollas». Keith decía que no era eso, pero yo tenía muy claro que sí. No me gusta tratar con mentirosos. Soy muy indulgente con mis amigos cuando mienten e intento entender lo que les ha llevado a hacerlo, pero cuando se pasan el día, cuando se convierte en un espectáculo público, me pongo furioso.

A Wobble ya no se le podía aguantar. Su actitud intimidatoria con el batería era intolerable. Su animadversión hacia Keith provocaba muchas situaciones desagradables. No era una casualidad que estuviera metido en mil marrones. Su novia aparecía por casa preguntando dónde estaba e insistía en entrar por si estaba escondiéndose deella.

Se convirtió en un mercenario. Cultivaba una imagen de «machote» que sólo aparecía para cobrar. Quería dar esa imagen y que todo el mundo se enterase, así que se la estaba buscando. Durante el tiempo que estuvo en el grupo, nunca aportó ninguna solución ni respuesta. Simplemente se quedaba mirándonos con una sonrisita burlona en los labios sin participar en absoluto. Nunca quiso involucrarse ni hacer nada por lo que nadie pudiera juzgarle, fuera positiva o negativamente. Y eso no hubiera sido un problema en PiL, creedme. Pero la falta de implicación sí.

Equivocarse no es un problema; cometer errores tampoco. Lidias con ello y pasas página, pero la falta de implicación era un error muy grave. Saber que se sentía por encima de los demás me sacaba de quicio. No puedes estar en una banda que funcionaba como PiL y disociarte por completo de los problemas y del proceso de composición, y luego esperar que se te pague a fin de mes. Eso sienta como un tiro.

Todo el mundo se peleaba por dinero, todo el mundo quería más. Pero ¿qué haces cuando no hay más? Había pedido a un amigo mío, Dave Crowe, que era muy bueno en matemáticas, que nos hiciera de contable. Antes de PiL yo nunca había tenido una cuenta bancaria y una tarjeta de crédito, pero luego se hizo necesario. No quería tener acceso directo a los salarios, sino que Dave los controlara, para que no hubiera lugar para suspicacias y que nadie pensara que yo me estaba quedando con parte a sus espaldas. El dinero es la causa de todos los males. Si hay dinero, todo el mundo quiere más. Y me temo que no hay nada que hacer. Es el pecado original.

Desgraciadamente, más o menos entonces, Dave Crowe dejó de trabajar para mí

porque, ejem, él tenía sus propios problemas. Era demasiado arriesgado que se ocupara de la parte financiera un tipo al que se le olvidaba ir al banco el viernes y que nos dejaba sin pasta todo el fin de semana. Era lo único que tenía que hacer, porque había un Barclays Bank en la esquina, a 150 metros de Gunter Grove. Pero el tío no lo conseguía. Eso me dejaba como un idiota porque tenía que explicárselo a los demás. Había dinero en el banco pero nos había dejado colgados. Esto era antes de que existieran los cajeros automáticos, así que no había nada que hacer. Yo por entonces ni siquiera tenía chequera, no veía la necesidad. Me contentaba con diez libras al día; todavía hoy me bastan y me sobran, pero no puedes ser así cuando hay gente que espera su sueldo, tanto si se lo han ganado como si no. Es tu obligación, una responsabilidad muy seria y que debe asumirse con seriedad. Así que tuve que despedir a Dave y no le he vuelto a ver desde entonces.

Mi problema es que soy extremadamente leal a la gente con la que trabajo. Digo que a la tercera se van a la calle, pero al final hay una cuarta y una quinta y una sexta…, porque estoy convencido que la lealtad da mejores resultados que armar dramas y adiós muy buenas.

Con Wobble lo que pasó es que generó demasiados malos rollos. Era muy incómodo estar con él y ya estaba bien. Había hecho demasiadas maniobras a mis espaldas. Mientras grabábamos *Metal Box*, se llevó en secreto las pistas de acompañamiento para usarlas en el álbum en solitario que estaba grabando con Virgin. Le pillé in fraganti. ¡Uno de mis mejores amigos! Nunca llegué a perdonárselo del todo: Le dije: «Tenemos que separarnos. Eres amigo mío pero ya no puedes seguir en PiL. Se acabó, ya no funciona. Vamos a dejar de ser compañeros de grupo, y eso es una tragedia, pero podemos seguir siendo amigos». Y así es como lo dejamos.

Ya sólo quedábamos Keith y yo. No es que en PiL las cosas fueran genial, pero hubo algo que nos dio una alegría. Más o menos justo cuando volvimos de Estados Unidos, se estrenó la película de Malcolm sobre los Sex Pistols, *The Great Rock 'N' Roll Swindle*.

Yo estaba feliz, FELIZ, de que fuera tan increíblemente mala. Keith y yo estábamos en la gloria sólo de pensar en lo mierda que era (demasiado larga y llena de trozos con Malcolm pontificando). Salían varios trajes de nazi y máscaras de goma que para mí no estaban en absoluto justificados. La mejor escena es la primera, con las horcas y la quema de nuestras efigies. Eso estaba genial. Llegué a pensar, «madre mía, esto va por buen camino. Tiene un mensaje profundo y real y me voy a quedar horrorizado». Pero no. Luego la echa a perder. Se convierte en un ejercicio de vudú (contra mí). Me pareció inefectiva y ñoña porque no me había encontrado un sustituto. No tenía una comprensión profunda de lo que había sido la banda. Simplemente, se limitaba a trivializarla para aumentar su propia importancia. Los Diez Mandamientos de Malcolm eran yo, yo y yo. Todo lo había hecho él, todo se le había ocurrido a él… y con esa voz tan pomposa. ¿Quién crees que se lo va a creer,

Malcolm? Ya sabemos para qué te encerrabas en tu oficina: para perfeccionar *eso*.

Era todo lo que yo había deseado que fuese, sólo que ahora la gente de la calle se daría cuenta de la que me había librado. Y, por contraste, de lo que soy realmente capaz (así que, por favor, juzgadme sólo por eso). Y si pensáis que debería implicarme en semejante timo, os vais a tomar porculo.

Me daba la sensación de que la película explicaba todo del revés y lo convertía en una mierda. No estaba bien hecha, era banal, una burla malintencionada. El clásico ejemplo de Malcolm cuando se le dejaba solo: un desastre. La película, el álbum y todo lo demás no tenía ninguna buena intención; era un tripi superficial cubierto de purpurina.

Por supuesto, parte de mí pensaba, «estoy intentando que PiL salga adelante, pero inevitablemente me van a asociar con la idea de que todo lo que hago es una estafa». Me causó un enorme perjuicio porque la gente lo tomaba como cierto. No tenían más que leer mis letras, sólo dos frases, para darse cuenta de que para mí lo importante no era el dinero.

Había audiciones para ser Rotten (¡ja, ja, ja!), ¿y sabes dónde?, en el Rainbow de Finsbury Park, justo al lado de los bloques donde había crecido. Cómo nos reímos.

En general, estábamos bastante satisfechos. Fue un período feliz para Keith y para mí. Durante el verano de 1980, no obstante, Richard Branson me invitó a un barco que tenía en Little Venice, en el noroeste de Londres. Luego construyó un estudio dentro, pero en ese momento vivía allí (muy cool por su parte, mientras esperaba que terminaran el castillo que se estaba construyendo). Fui allí con buena voluntad, pero me quedé helado y muy molesto cuando me di cuenta de que lo que quería es que me uniera con Steve Jones y Paul Cook, que habían formado un grupo llamado los Professionals. Branson me puso una casete con canciones espantosas (du, du, du, du…). Esperaban que yo escribiera las letras. No tenían ni idea de componer, ni idea. Terrible.

Todavía tenía mucha tensión por el juicio. No sé ni cómo la aguanté. Y Steve y Paul todavía estaban de parte de Malcolm, quien, ni más ni menos, me había robado el nombre y quería acabar con mi carrera.

La reunión me dio mucha rabia porque me había dedicado a PiL con todas mis fuerzas. Comenzar un nuevo grupo fue la decisión correcta. Montar PiL había sido bueno para mí. Cómodamente incómodo. En ese momento estábamos ante una nueva encrucijada pero PiL seguía siendo una buena elección. No iba a volver atrás para hacer semejante gilipollez. Hubiera sido terrible: rabo entre las piernas. La respuesta, evidentemente, fue: «¡Ni de puta coña!».

¿Quién censura al censor?
Segunda parte: tiempos fraudulentos

Me preocupa que este libro sea demasiado lineal. Mi mayor miedo es que se convierta en una especie de conferencia muy larga. La palabra escrita es muy seca. No se siente el énfasis de las palabras. Yo pienso musicalmente y hablo musicalmente, y esa es la manera en que formulo mis canciones. Si lees las letras escritas en un papel no tienen la misma fuerza que cuando las cantas.

Me encanta la oratoria. Me encantaban las clases de Kingsway College en que te enseñaban a proyectar la voz, a leer de verdad y a proyectar el significado de las palabras. Hasta ese momento me había dado mucha vergüenza pero de repente me pareció fascinante. Me encantaba levantarme y leer lo que estaba escribiendo; o leer a toda la clase lo que estaba estudiando. Una cosa que me ponía muy nervioso, pero que disfrutaba muchísimo cuando lo explicaba bien.

Lo que me parecía más divertido era leer a Shakespeare con acento de pueblo. Entonces deja de sonar pomposo y retórico y se hace real. Parece una conversación de pub, que es lo que Shakespeare quería, no que fuese confuso para las masas. Cuando los de Oxford y Cambridge se apropiaron de él, lo transformaron en algo distinto.

Lo mismo ocurre con la música clásica. El clavecín ha sido sustituido por un gran piano, y se toca con los pulgares. Es una cosa que me enseñó un profesor de música: si quieres ser preciso al tocar una partitura, no puedes utilizar los pulgares porque no se utilizaban en el clavecín. De hecho, no hay lugar donde ponerlos. Fascinante, ¿no? Eso se me quedó grabado. Tocar me aburría, pero la parte teórica siempre me ha fascinado.

Y lo mismo con el arte. He escuchado a profesores hablar de pintura y lo encuentro mucho más interesante que ponerme a pintar furiosamente a la voz de ya. «Venga, todos juntos. ¿Tenéis listos los pinceles? ¡Furia, rabia!, eso es lo que quiero ver en ese cuaderno…»

Años más tarde, cuando fui a Colonia, en Alemania, me llevaron a una exposición que querían que viera. Fui y me encontré con un segmento de Captain Beefheart. Unos cuadros muy pequeños, pero enseguida capté en ellos la rabia y el estilo Beefheart. Ver las cosas en vivo en vez de reproducidas en la cubierta de un disco fue fantástico. Me apetecía tener una de esas pinturas y también una insignia de Blue Peter, del programa de niños de la BBC. Pero nunca he querido un lápiz Crackerjack. Todo el mundo quería esa insignia porque era guai. Creo que era de plástico y que llevaba impreso un barco de tres mástiles. El plástico entonces se consideraba una cosa muy moderna y por eso era muy emocionante. Parecía un escudo medieval, una cosa minúscula pero sorprendente. El que yo quería tenía el fondo blanco y el barco azul.

Quiero añadir que la idea de lo que debe y no debe ser la voz de un cantante me da mucho asco. American Idol, X Factor… en todos esos programas los profesores esperan que los cantantes sean capaces de hacer trinos y gorgoritos en plan góspel. Qué gilipollez. ¿Es que no puedes cantar lo que SIENTES? No es algo relacionado

con lo que se podría llamar «musical» sino con cómo te sientes es ese momento, con el deseo de comunicar algo.

El concepto de la melodía (o falta de ella) para mí es algo extraño. Sé que cuando oigo cantar a alguien no tiene por qué ser un perfecto mi bemol, pero sí debe ser preciso el énfasis de las palabras, el tono, el dolor del sonido que procuran, el mensaje. Si se transmiten esas cosas, lo desafinado no existe.

Donde la melodía es imprescindible es en los cruceros. Eso es exactamente lo que quiere conseguir American Idol: buenos cantantes de crucero. ¡Dios mío! ¡Ja, ja, ja! Me encanta una historia que me contaron sobre los Cure. Su cantante, Robert Smith, no puede soportar los aviones, así que fueron a Nueva York en barco, en el QE2. Corrió el rumor (no sé si es verdad) de que tocaron allí. No sé si es cierto o no, pero me encanta laidea.

No conozco a Robert Smith. Nunca he hablado con él o he tenido nada que ver con su grupo. Son completos desconocidos y de una extraña manera lo prefiero. Cada vez que me he acercado a gente cuya música me gusta me he dado cuenta de que ellos no me gustan tanto. Yo oigo todo tipo de música, de todo. Cuando pongo un disco, me encantan las emociones que suscita en mí. Incluso cuando me pongo a describirlo se me hace un nudo en la garganta, porque adoro la música. Adoro oír lo que otra gente hace pero no me gusta cuando la música se vuelve rígida y estricta, de acuerdo a una secuencia de notas y a la perfección de esasnotas.

De hecho adoro gran parte de la música clásica. Por ejemplo, a Mozart increíblemente. Pero no creo que Mozart estuviera más interesado en la precisión que en la emoción. Al parecer era un genio, y también un puto pirado. Bueno, lo que yo escucho en Mozart es a un puto pirado. Especialmente cuando lo pusimos en un pub del norte de Londres después del funeral de mi padre. ¡Guau! El Réquiem (dun-dun-nun, dun-dunnn). ¿Sabes por qué lo pusimos? No por la música, sino porque salía en Barry Lyndon, y mi madre era una Barry y mi padre un Lydon (tiene una n de menos). Pero fue divertido ver a los hooligans locales, a los gánsteres, los irlandeses… a todo ese ejército de gente que hemos acumulado como familia y como barrio a lo largo de los años, escuchar eso en vez de, ¿de quién era el éxito de entonces? ¿*No Doubt* [sin duda] o *In Doubt* [con dudas]?, en cualquier caso alguien dudoso.

Tampoco conozco a Gwen Stefani. Y aquí me voy a contradecir pero la verdad es que me gustaría. No tengo ni idea si es simpática. Quién sabe… además, desafortunadamente, en el mundo del espectáculo la gente se relaciona sólo con quien tiene el mismo dinero. Hay una razón: evitar que se aprovechen de ti. El dinero dicta con quién te relacionas, así que incluso las estrellas del rock tienen su corte. Sólo se ven con gente que también ha ganado Grammys. Lo ves todos los años en la gala de los Grammys. La brigada de Taylor Swift. Esperad un momento. Dada-da-nana-nana: ¡tequila! Ay, madre, que bebida más peligrosa. Alguien me trajo una botella el otro día y me vi un tanto perjudicado. De hecho, es mezcal. Dios mío. ¿Por qué no me das

una mescalina y acabamos antes?

Uno podría pensar que después de las alucinaciones de la meningitis una persona como yo nunca se acercaría a los tripis, pero la verdad es que cuando era joven los toleraba bastante bien. A los quince o dieciséis, cuando iba a festivales y a conciertos, me encantaban. Todo el mundo me advertía: «¡Te va a pasar esto y luego vas a sentir lo otro!» Pues no. Creo que debido a lo que me pasó de pequeño aprendí a distinguir lo real y lo que no está en mi cerebro. Sé cuando mi mente está jugando conmigo y tengo la capacidad de decirme, «para con eso, es una tontería». Es una referencia a los Monty Python. Solía tragarme su programa de cabo a rabo y aprendí muchísimo de la comedia. Norman Wisdom, todos los chistes: «A mí no me pasa nada».

Cuando era muy pequeño, en Benwell Road teníamos una televisión minúscula en blanco y negro. Me acostumbré al blanco y negro y luego me costó adaptarme al color. Nunca hubo una tele en color en casa de mis padres. Creo que yo les compré la primera. La primera que yo tuve en color, con mando a distancia, cuando me mudé a Gunter Grove, era Sony. El mando tenía tres botones, on/off, volumen y canal. Tremendamente complicado. El problema era que no conseguí una antena en condiciones, así que usábamos una percha, al viejo modo irlandés. Crecí pensando que no se veía la tele cuando alguien iba al baño. Nunca pensé que era porque la señal se bloqueaba, sino que se iba al tirar de la cadena.

Como he dicho en otro capítulo, me encantaba Dr. Who, pero sólo cuando salían los Daleks. El resto me parecía una estupidez porque se notaba que no era real. Por eso no me gusta la ciencia ficción. No me parece que aporte mucho. Explora ideas y eso está bien, pero al final el viaje se hace tedioso porque termina en una cosa asexuada que se llama Star Trek. No tiene que ver con cómo las personas evolucionan realmente, cómo funcionan las comunidades y por eso no vale mucho la pena. La ciencia ficción no parece entenderlo. Siempre utiliza el punto de vista del viajero solitario, lo cual me parece muy moralista. Así es como veo a Asimov: sentencioso. No genial. No hay un «nosotros» en su literatura.

Mientras que, nuevamente, en Shakespeare, que podríais pensar que me es ajeno, no lo es en absoluto. Utiliza palabras cuyo sonido, a veces, más que significado, tienen algo enteramente distinto y te ves simplemente siguiendo el ritmo poético. Y la pronunciación… obtienes tanto más que simplemente leyendo las palabras en un papel. Cuando se hace bien, me encanta Shakespeare recitado. Vi a James Earl Jones en *Otelo* hace años y me pareció increíble. Adoro entrar en un pequeño teatro y ver lo que en el cartel parecía un bodrio. Como el teatro alternativo. Es emocionante estar tan cerca de los actores y poder apreciar lo que están pasando para llevar el espectáculo a buen término. Me levanta el ánimo inmediatamente porque eso es, precisamente, lo que uno experimenta en un concierto en vivo. Así que entiendo su punto de vista y les escucho con más atención que la mayoría del público.

La pesadilla de todo eso es que el público no responda. Una vez, Caroline Cook, la periodista punk que por entonces salía con Paul Simonon, de los Clash, nos llevó a

Nora y a mí a ver el ballet *El lago de los cisnes*. Paul es muy afectuoso, me gusta, y esa noche los cuatro nos reímos un montón. Caroline decía que me pegaba mucho, que casi había un poco de *El lago*… en «Death Disco», que me iba a encantar. Fue una forma de controlarme.

Nora y yo acudimos, cogimos un taxi y llegamos al teatro. No sé si sabíamos qué íbamos a ver. Cuando nos dimos cuenta de que era un ballet… ¡qué putada! Era alucinante, pero yo me aburrí enseguida. No podía evitarlo, el bar me parecía mucho más atractivo. Cuando ves el ballet en televisión, y mira que es aburrido, ves sólo los saltos y las puntas y todo eso, y ya es difícil de aguantar, pero es peor cuando lo ves en vivo, con una orquesta en el foso que casi no se oye.

Cuando cuarenta chicas se ponen a saltar arriba y abajo sobre sus zapatillas, éstas suenan como botas con puntera de acero botando sobre una terraza. Parece un ejército invasor de hooligans. Se oye altísimo. El suelo de madera tiene eco y reverbera. Me pareció muy desagradable. Y eso es otra cosa para el espectador: contemplar el dolor que conlleva. No es fácil de ver.

Nora me ha contado historias. Su hermana fue a clases de ballet cuando era pequeña, pero no era lo bastante buena, porque, digamos, tenía los huesos ligeramente más grandes. Luego dirigió una escuela de ballet en Alemania. Es una cosa triste ver los pies de su hermana, con el dedo gordo totalmente deformado y convertido en algo muy feo. Y la artritis y el dolor durante toda la vida. Ahora, al menos, entiendo su ética de trabajo.

Pero la gente que va a estas cosas suele ser mala y esnob. Cuando son «muy guai» y están demasiado encantados consigo mismos y con el rollo entre bastidores no se enteran de nada. Aunque los que de verdad deberían llevarse el primer premio de no enterarse de nada son los punks. Se involucraron con la ropa pero no con el contenido. Desde luego no se enteraron del contenido político. Y la interpretación del punk en Estados Unidos… desde sus primeros días de recitales de poesía punk al punk ultraviolento. Ambas facetas son demasiado absurdas para mí. Ambos extremos son una simplificación y no me gustan. Prefiero absorber todo y conservar al mismo tiempo un sentido sólido del bien y del mal. Nunca te vayas al extremo: siempre sales perjudicado.

Sé que me he ido por aquí, por allá y por acullá, pero ésas son mis raíces, y al final es el procedimiento que toca. Es que esto no se puede hacer cronológicamente.

8. Sólo porque estés paranoico no van a dejar de perseguirte

El título de este capítulo viene de un póster que me regaló Poly Styrene, la cantante de X-Ray Spex, cuando yo vivía en Gunter Grove. De vez en cuando la encerraban en el manicomio. Entonces se escapaba y se venía directamente a mi casa. Una noche vinieron a buscarla cuando estaba conmigo en Gunter, y por eso me compró el póster, porque venía a cuento. Parece ser que, mucho tiempo después, Kurt Cobain aprovechó esta idea para escribir la letra de una canción. Igual vio el póster en alguna foto del salón de mi casa en esa época.

La verdad es que la frase tiene gracia, viniendo de ella: ¡La tía estaba totalmente pirada! ¡No te lo tomes a mal, Poly! Era el sistema de mierda que la rodeaba lo que no funcionaba. Para mí, ella rozaba la genialidad, en realidad: sus canciones, todo lo que tenía que ver con ella era desternillante. Puede que en su interior estuviera muy deprimida, pero por fuera te lo pasabas en grande, era una persona alegre. Hasta que llegaba la ambulancia y la policía. Y en esa época, además, mi casa estaba llena de tíos con rastas. Don Letts y algunos amigos suyos también andaban por allí, así que acabábamos todos aterrorizados. Se pensaban que era una redada. No, no, tíos, tranquilos. Sólo son los loqueros.

La madre de John Gray también estaba pirada. Me caía bien, pero él se avergonzaba de ella. Yo pensaba que ésa no era forma de comportarse, porque cada uno es como es, y siempre he creído que las personas que están un poco majaras son una buena compañía, gente brillante con la que te lo puedes pasar muy bien. Tienen una visión de la vida ligeramente distinta. Tienen que arreglárselas con dos zapatos del mismo pie, quizá, pero si es lo que te ha tocado, qué le vas a hacer. La gente que se plantea las cosas de una manera diferente me sirve de inspiración, y por eso considero que no hay que huir de la locura. Es fascinante estar en compañía de una persona lunática. Si tuviera que trabajar en una institución mental, sería el mejor oficio para mí, la emoción de mi vida. No sería capaz de decidir si soy el paciente o el médico. A veces no se diferencian demasiado, ¿no os parece? Me encantaba esa canción de Pete Hammill, «The Institute of Mental Health Burning». ¡En llamas!

La vida en Gunter Grove, sin embargo, estaba empezando a deprimirme. Estaba aburrido y harto de todo. Me sentía atrapado en mi propia casa. No tenía la sensación de que fuera mi casa para nada. Se había convertido refugio donde se juntaban todos los desperdicios de Londres. Era muy incómoda. No podía desconectar, lo único que podía hacer era pegar un portazo y largarme de vez en cuando.

Martin Atkins, que se había unido al grupo cuando el proceso de grabación de *Metal Box* ya estaba muy avanzado —creo que sólo grabó una canción y que luego nos acompañaba en la gira—, se dio cuenta enseguida de que todo aquello me estaba asfixiando. No es que tuviera sensación de claustrofobia. Me había encerrado en una

mazmorra yo solito. «Mira —me dijo—, vivo en un piso realmente aburrido en Kensal Rise —o en un barrio parecido—, ¿por qué no te vienes y te quedas una noche o dos, sólo para despejar la mente y librarte de esta presión constante?» Pero rechacé su oferta. Ojalá no lo hubiera hecho, pero lo hice. Me parecía muy sospechoso, en muchos sentidos.

Era incapaz de dejar de pensar que aquélla era *mi casa*. Aceptar que el problema era mi casa era difícil de digerir. Estaba claro que mi casa *era* un problema, y la gente que vivía allí, es decir, los demás miembros delgrupo.

Me gustaba la idea de que todos los de PiL viviéramos bajo un mismo techo. Siempre había dicho que cuando un grupo está grabando un disco, todos sus miembros —¡todos!— deben mantenerse unidos en un universo completamente abstracto, fuera de la rutina diaria. El resultado final, sin embargo, era que no tenía escapatoria. No podía librarme de los dilemas. Todos los demás tenían otros sitios adonde ir. Yo no, porque yo era precisamente ese lugar. No tenía nada más, y estaba muy orgulloso de haber llegado hasta allí. Pero la cosa se estaba empezando a estropear.

A Levene no le veía casi nunca. Se pasaba el día encerrado en el sótano. Podían pasar semanas. Un día, empezó a salir un olor asqueroso de allí. Casi me había hecho a la idea de que íbamos a encontrar un cadáver putrefacto, pero lo que pasaba era que se había olvidado de sacar el cubo de la basura. Nunca se ocupaba de las tareas domésticas. Estaba por encima de todo. Pero yo creía que estaba muerto. Por un momento, me preocupé y está claro que me pasé un poco: se armó una buena bronca.

Dave Crow también andaba por ahí abajo, bajo su escotilla, y llevaba un «estilo de vida» parecido, por así decir. Puede que la casa estuviera encantada: Dave ocupaba la habitación donde había vivido Jim Walker con el suelo cubierto de papel de periódico, una cabeza de alce y sin muebles. En esa habitación sucedían cosas muy extrañas.

Cuando Dave dejó de ocuparse de la parte administrativa, surgieron situaciones muy desagradables. Jeannette Lee también mariposeaba por allí, había venido con Don Letts, y aunque habían cortado, fue algo así como: «¿Podrías echarnos una mano? Necesitaríamos que alguien se ocupe del papeleo, de vez en cuando…». Pero ese apaño funcionó muy poco tiempo, porque empezó a hacer peña con Keith y les perdíamos de vista durante días enteros, y las cosas se quedaban sinhacer.

No sé si podría explicar a qué se dedicaba Jeannette exactamente. Estoy seguro de que ella misma estaba bastante confusa. He ahí el placer y la dificultad de pertenecer a PiL; uno no sabe muy bien cuál es su función, en realidad, porque no se asignan tareas específicas. Cualquiera que pueda manejar una situación en un momento dado, debe hacerlo. Jeannette nos aportaba algo de claridad. No podíamos ocuparnos de la parte empresarial ni acudir a esa mierda de reuniones financieras, porque estábamos intentando escribir canciones, y no podíamos afrontar ese tipo de cosas. Es un poco desquiciante, intentar llevar una oficina y escribir canciones. No se puede hacer. Si

estás todo el día contestando al teléfono no te queda tiempo para pensar en otras cosas. La estructura puede ser la antítesis de la creatividad. Necesitas una estructura para crear, pero no te puedes dedicar además a crear la estructura.

Jeannette y Keith tenían una relación misteriosa, pero estaban muy unidos, por lo que fuera. ¿Quién sabe? Jeannette podía ser una auténtica distracción en el lugar de trabajo. ¡Los tíos perdían la cabeza con ella! También los que trabajaban con ella, como Dave Crowe, que se enamoró perdidamente pero no le dijo ni una palabra, y daba por supuesto que ella estaba al tanto de todo. Dave estuvo sumido en el ridículo y en la miseria más absoluta durante una buena temporada. Joe Strummer también merodeaba por allí. Estaba claro que muchos tíos venían porque les gustaba Jeannette. Así es la vida en realidad, ya sabes: todo el mundo anda detrás de otra persona todo el rato. Así es la naturaleza humana. Lo que pasa es que a veces, si las situaciones en una relación de trabajo se complican demasiado, hay que parar, porque se forman grupitos y aparecen las divisiones.

Relacionarse con Keith era una pesadilla, en el mejor de los casos. Estaba empeñado, por ejemplo, en que tenía que salir en la portada de *Second Edition*, pero después decidió que no le gustaba la foto que elegimos, en la que aparecían dos imágenes reflejadas distorsionadas, una idea bastante buena; pero él no le veía la gracia por ningún lado. Tampoco le parecía bien el diseño gráfico. Lo que le pasa es que no soporta ninguna representación visual de su persona. Puedo entenderlo, pero tienes que superar esas cosas, chaval, librarte de tu enorme y maléfico ego, y reírte de lo tonto que eres.

Para la portada de nuestro disco en directo *Paris Au Printemps* utilicé uno de mis cuadros. Si te fijas, el de arriba soy yo, ese pedazo de mono, y Keith y Jeannette aparecen debajo, caracterizados como si fueran un par de caniches. A todo el mundo la portada le pareció desternillante, excepto a Keith, que se ofendió muchísimo al ver su caricatura. No debería haberse ofendido, me parece que reflejaba su carácter bastante bien.

Su problema con la heroína se estaba convirtiendo en un verdadero problema. Con su droga predilecta su egoísmo natural se agravaba. Hubo un incidente, e intenté convencerle de que pasara el mono, con la esperanza de que dejara esa mierda, evidentemente. Desde entonces, estuvo resentido conmigo. Parece ser que cuando ayudas a un adicto en esas situaciones, no se culpa a sí mismo por la posición en la que se encuentra, sino que te culpa a ti. Es una situación muy desagradable para el que se ha convertido en «víctima» por su propia voluntad —es decir para Keith— pero también es increíblemente duro para el que intenta ayudarle —o sea, para mí—. Y cuando un adicto consigue dejarlo, te trata con desprecio. Ay, la misma historia de siempre. Supongo que con un personaje como Keith, no puedes culpar a las drogas de todo. Era un tipo verdaderamente desagradable, en cualquier caso.

Hacíamos todo lo que podíamos —Jeannette, Dave, y todos los que andábamos por allí— por intentar ayudarlo, pero estaba todo el día cabreado.

El mundo que se extendía al otro lado la puerta de casa ya no me parecía nada acogedor. Era como si todo dios supiera que vivía allí. Aún tenía a los reporteros de los periódicos sensacionalistas subidos a la chepa, y era horrible. Siempre había alguien en los alrededores de Gunter Grove corriendo con una cámara. Y, puede que os parezca raro, pero yo salía de vez en cuando y me ponía a charlar con ellos, y acabé conociéndoles bastante bien. Gracias a eso la cosa mejoró bastante, porque pensaban «bueno, eres un tío normal, todos lo sabemos, y no vamos a hundirte». Así que podía seguir practicando mi estilo de vida con la misma intensidad. Cojonudo, pues Gunter no era precisamente un convento de monjas.

Lo de los fans era otra historia. Se dedicaban a grabar las letras de las canciones en la puerta principal, y a llenar de garabatos las paredes exteriores. Lo raro era que nuestra fama se había trasladado al resto del continente. El grueso de los fans, que al principio eran de Londres, pasaron a ser del Reino Unido y después eran chavales italianos que se ponían hechos unos energúmenos para que les dejáramos entrar en casa. Llegados a un punto, era demasiado. Con la tienda SEX a la vuelta de la esquina —ahora se hacían llamar Seditionaries— estaba claro que mi casa se había convertido en una de las principales atracciones de la ruta turística del punk.

En realidad, dejaba pasar a los fans todo el rato. «Hola», «Ah, hola, adentro.» Pero se convirtió en una chaladura, y cada vez venían más psicóticos, gorrones y tipos raros, egoístas y totalmente insoportables. Así son las cosas. Por mucho que te empeñes en dejar de lado tus prejuicios, en el momento en que se te mete en casa un hijo de puta que lo único que quiere es matarte, la cosa deja de funcionar. Les dejas pasar y se convierten en tíos repugnantes en un segundo, sin saber por qué. Para mí era algo increíblemente difícil de tolerar y de aceptar. Nunca es fácil encontrar la manera de darles una patada en el culo, pero todo se aprende.

Otra de las preocupaciones que teníamos en Gunter Grove era la guerra abierta con Jock McDonald, un amigo de mi hermano Jimmy. Habían montado un grupo que se llamaba los 4” Be 2”, y tenían un planteamiento caótico, algo relacionado con los hooligans del Arsenal. En esa época había un montón de facciones de grupos ultras que habían empezado a sacar discos: los Pistols habían abierto cantidad de puertas.

Jimmy y Jock sólo querían montar un grupo, y Rambo y Paul Young también se unieron a ellos. Yo les eché una mano cuando me percaté de que era algo más que una broma de mal gusto. Hubo un momento en que se lo intentaron tomar en serio, y fue entonces cuando les ofrecí toda la ayuda que quisieran. Mi propio padre se involucró… bueno, les dejó usar su nombre, para que pudieran decir: «Producido por John Lydon». Mi padre decía, «bueno, yo ya me llamaba así antes de que tú empezaras a usar ese nombre». «De acuerdo, papá, todo tuyo.» Por lo demás, no tenía una idea demasiado clara de lo que iban; lo único que me importaba era que cuando se presentaran los del fisco, les diría que yo no tenía nada que ver.

Sin embargo, sin darme cuenta me vi enredado con Jock y sus chorradas cuando se peleó con Paul Young, que todavía vivía en Gunter. Los hermanos de Jock eran

colegas míos, y Jock aparecía con ellos para intentar intimidarme, y ellos decían, «No, Jock, antes te vamos a atizar a ti, ¡John es nuestro amigo!» Y ese tipo de paridas.

Mi hermano Jimmy tiene un año menos que yo y estamos muy unidos. Somos increíblemente distintos, y quizá sea eso lo que nos mantiene tan unidos. Yo soy el hermano tranquilo, el mayor, el responsable. ¡Pero también soy Johnny Rotten! Jimmy es un tío bastante impertinente, está todo el día haciéndose el graciosillo, como si fuera un cómico. Es capaz de reírse de cualquier cosa. Supongo que en eso nos parecemos, será algo de los Lydon, aunque nuestros padres eran un auténtico muermo. A lo mejor aprendimos a utilizar las palabras para divertirnos, porque mamá y papá casi nunca hablaban. Lo que hacíamos nosotros era largarnos de casa y hacer todo tipo de maldades, y aunque yo soy el mayor, siempre que nos metíamos en un lío era culpa de Jimmy. Lo digo sin rencor, lo que pasa es que Jimmy tiene un don para las catástrofes. No lo puede evitar. Y el hermano mayor siempre estaba allí para solucionar los problemas.

Lo que pasó en Dublín es un buen ejemplo. Como decían en las películas del Gordo y el Flaco: «¡Vaya follón en el que me has metido otra vez, Stanley!». Allí estaba yo un día del mes de octubre con los 4” Be 2” y su ejército itinerante de amigos y familiares, todos dispuestos a pillarnos un buen pedo.

Quedé con un amigo para tomar algo tranquilamente por la tarde y me metí yo solito en un buen follón. Estábamos en un pub llamado Horse and Tram junto al río, al lado del hotel. Acababa de pedir algo de beber y me di cuenta de que el dueño parecía muy ofendido. Creo que no le gustaba demasiado mi aspecto, ni mi acento. Me imagino que daba un poco la nota. Alguien dijo algo y me quitaron la pinta de cerveza de un manotazo. Unos cuantos parroquianos —uno de ellos resultó ser un garda[28] fuera de servicio— decidieron que podía ser divertido unirse a la trifulca. Estaba claro que trataban de intimidarme, no les hacía gracia que fuera británico. Una cosa llevó a la otra y se armó una pequeña pelea. La gente gritaba mucho y blandía los puños. ¡Pero yo no! Ya he contado antes que una vez les aticé a dos policías en los puños con mi cabeza. Eso fue lo que sucedió, a grandes rasgos.

Volví al hotel para cambiarme de ropa y el poli que estaba fuera de servicio me siguió y me arrestó, acusándome de agresión. Todo parecía indicar que la cosa se iba a quedar en una amonestación menor, porque me soltaron con cargos. Pero no fue así. Me marché y me encontré con los 4” Be 2” en el Trinity College, volvimos al hotel para tomar algo, y de pronto llegó la policía y me arrestaron. En el ínterin, mi hermano Jimmy había salido en la radio y el grupo había dado el concierto. Al parecer, algún policía escuchó el programa y ordenó que me volvieran a detener cuando se dio cuenta de quién era yo. No sé. Todo era unafarsa.

A la mañana siguiente estaba en el juzgado acusado de «agresión común». No me fijaron una fianza, a pesar de que uno de mis amigos, Johnny Byrne, se había ofrecido a pagar la fianza de 250 libras. Además, se puso en contacto con mi

abogado. Jock McDonald también nos echó una mano. 250 libras era un montón de pasta en aquel entonces —¡gracias, Johnny, nunca olvidaré tu gesto!—, pero se negaron rotundamente a aceptarlo. Eso sin tener en cuenta que el tío que se había sentado en el banquillo antes que yo le había abierto a otro individuo la cabeza con un martillo en el concierto de los 4” Be 2” la noche anterior y le habían aceptado una fianza de 50 libras. El abogado de la acusación sostenía que yo había llamado al camarero «cerdo irlandés». Mi abogado explicó que yo era irlandés y que tanto mi padre como mi madre habían nacido en Irlanda. Mi caso se aplazó hasta el lunes, y me encerraron en Mountjoy, una cárcel con mala fama llena de terroristas del IRA y de la UDA, y de toda clase de psicópatas.

Cuando llegué, los celadores decidieron dar ejemplo conmigo. Me desnudaron, me sacaron al patio y me enchufaron con una manguera. Pero ya sabes, puedes desnudarme, llenarme de polvos antiparásitos y reírte de lo pequeña que la tengo, no pasa nada. No-pa-sa-na-da. Con los años, he aprendido que cuando estas instituciones te pillan por banda, intentan a toda costa que te avergüences de tu cuerpo desnudo y del tamaño de tu pene. Veréis, Johnny tiene un pene del que uno se puede reír perfectamente y no le importa. Eso nunca va a ser un problema.

La vida dentro de la cárcel era muy dura —realmente dura y difícil— un régimen muy severo. Intentaba seguir una rutina, pero me lo impedían continuamente. Por las noches, los celadores me despertaban constantemente con sus porras y me obligaban a incorporarme en la cama. A toro pasado, lo que aprendes es que cuando la institución te agarra con sus manos tienes que aprender rápidamente a adaptarte y a integrarte, e intentar confundirte con las sombras. Algo que es, por supuesto, imposible para mí. Así que no me hagáis ni caso y, básicamente, sed vosotros mismos. Eso fue lo que hice yo.

Nos dejaban ver la tele durante una hora y ¡adivina quién salía en las noticias! Después, emitían un programa de historia de la música y ¡adivina quién salía también en ese programa, mientras todos los presos me rodeaban y me observaban! ¡Qué vergüenza! Lo único que quería era que me tragara la tierra. Sin embargo, los presos eranmajos.

A los celadores no les caía bien por el mero hecho de estar vivo y por eso el resto de los presos me daban un respiro. «Dios mío, mira lo que tiene que soportar.» Muchos de los reclusos tenían la sensación de que si se acercaban a mí o charlaban conmigo, caerían bajo la penetrante mirada de los celadores que intentaban hacerme la vida imposible. Pero yo les decía: «¿Eso es todo lo que sabéis hacer? No vais a conseguir que me sienta incómodo por ser yo mismo, me da igual».

El lunes volví a presentarme ante el tribunal y el juez me sentenció a tres meses de cárcel. Afortunadamente, mi abogado apeló y esta vez me dejaron salir bajo fianza. Regresé a Inglaterra inmediatamente y al día siguiente me puse a trabajar en el álbum *Flowers of Romance*.

Cuando por fin, después de algunos meses, llegó el momento de comparecer en

Dublín para la apelación, comprendí que mi carrera estaba en peligro. Tenía que regresar. Fue un momento especialmente tenso. Si hubiera perdido el recurso de apelación, me habrían doblado la sentencia y habría tenido que cumplir seis meses. Como podéis imaginar, estaba bajo una presión enorme en aquel momento, pero el tribunal sobreseyó el caso en diez minutos. El juez se dio cuenta enseguida de que las declaraciones de los dos testigos eran contradictorias. Ni siquiera se molestaron en aparecer, al menos no hasta que el caso fue desestimado. Me absolvieron, no sin antes *pedirme* que hiciera una donación de cien libras para el «cepillo de los pobres». Para que os hagáis una idea de cómo funciona la justicia irlandesa.

A lo largo del año 1980 mucha gente se había divertido de lo lindo con la claustrofobia de *Metal Box*. Perfecto, pero cuando la gran mayoría de los fans deciden que quieren oír ese sonido en todo lo que haces, hasta el fin de los tiempos, es un problema. Si eso es lo que queréis, no soy vuestro hombre. Paso de eso.

En ese momento, ahora que Wobble ya no estaba, me parecía que lo mejor era suprimir el bajo completamente y experimentar con sonidos de batería, utilizando una colección de *loops*. Estaba realmente cabreado con el pesimismo de Keith Levene, su aparente desgana para intentar ayudarnos a sacar adelante el proyecto, una desgana que, por supuesto, se debía en parte a sus predilecciones. Se pasaba la mayor parte del tiempo en el piso de arriba, jugando a los vídeojuegos. Se había comprado la maquinita de Space Invaders y estaba completamente enganchado. Era imposible apartarle de aquello. No hacía otra cosa en todo el día, mañana, tarde y noche, que mirar embobado esos puntitos que se movían de arriba abajo en aquella pantalla. A mi modo de ver, era un comportamiento bastante obsesivo. Es incapaz de dejar las cosas; no tiene medida.

Así que seguí adelante grabando *loops* de batería con Martin Atkins. Se acababa de comprometer para una gira con su grupo, Brian Brain, por Estados Unidos, y por eso disponía de muy poco tiempo para trabajar con él. Una vez que se marchara, tendría que arreglármelas con esas cintas, trabajar con ellas y crear patrones a los que luego añadiría las voces. Me lo pasé fenomenal colaborando en esa tarea con Nick Launay, un ingeniero de sonido y de grabación que trabajaba como becario en los estudios Townhouse de Shepherd's Bush. Era el único que podía quedarse a trabajar hasta tarde por la noche, y fue una feliz coincidencia.

Cuando por fin conseguimos que Keith se incorporara… ¡Ay, Dios!… se portó como un auténtico divo. Tocaba un poquito y después desaparecía de nuevo, así que yo seguía avanzando por mi cuenta y terminaba el trabajo con Nick. Creamos un sonido basado en *loops* de batería y voces, y después empezamos a añadir otras cosas, fragmentos de piano, bajo y saxofón. Eso fue lo que tuvimos que hacer para sacar adelante el proyecto. No me considero ni mucho menos un saxofonista, pero toqué este instrumento para *Flowers of Romance*. La presión se puede convertir en una herramienta muyútil.

En el disco yo toco prácticamente todos los instrumentos. Keith estuvo un minuto

y estaba amargado. En ese momento me sentí muy orgulloso pues, por primera vez desde que me dedicaba a la música, había sacado adelante todo el trabajo sin ninguna ayuda. Grabé el disco yo solito, sin tener que compartir la carga con nadie. Demostré que *podía hacerlo*. Aprendí a desenvolverme instintivamente con diferentes instrumentos, con el cenicero sobre el piano, y todas estas armas disparaban en todas las direcciones: hacia la izquierda, hacia la derecha y hacia el centro.

¡Estaba lleno de ideas porque era libre! La idea de pasarme seis meses en la prisión de Mountjoy se me hacía un poco cuesta arriba. Si se hubieran probado los cargos, esa habría sido mi condena. Y encima, por acusaciones falsas, me atrevería a decir. Está claro que todo ese trauma quedó reflejado en alguna parte de mi música.

Hay una canción en particular que hace referencia a la situación, «Francis Massacre». Habla de las notas que me enviaban los presos del máximo nivel de seguridad para que se las pasara a la gente de fuera. Pero eso era imposible, pues sabía que me iban a registrar y tenía que tirarlas por el retrete. No podía arriesgarme. Me inspiré en una nota de un tipo llamado Francis Moran para escribir una canción: «Quédate para siempre, Mountjoy es divertido». La canción está basada en una combinación de todas esas notas.

Yo siempre relaciono directamente «Francis Massacre» con «The Cowboy Song», la cara B del single *Public Image*, pues es una canción que también está formada por un montón de ruidos: *yupi-ay-oh-cling-clong*. Todavía disfruto un montón tocando estas canciones, porque me hacen recordar la situación en la que me encontraba entonces, y ésa era la mejor manera de interpretarla: gritos de angustia y sonidos descarnados y cacofónicos.

«Flowers of Romance», la canción que da título al disco, se encuentra en el extremo opuesto. Le profeso el mismo amor que a «Sun», un tema que también compuse más o menos por mi cuenta para mi álbum en solitario *Psycho's Path*. Son *mis* himnos, y aunque tienen un formato pop bastante desenfadado, a mi modo de ver pertenecen a la misma categoría que la canción de T. Rex «Life's a Gas», por ejemplo, que siempre será un referente para mí. Esas dos canciones serían mi contribución personal para un festival de himnos musicales, y todo esto tiene su origen en el día que vi a los Who en el campo de criquet Oval en 1971, con los Faces y Mott the Hoople de teloneros. Aynsley Dunbar era el DJ que pinchaba entre un grupo y otro —me encantaba su trabajo, era un DJ buenísimo— y pinchó «Life's a Gas». Los tíos que habían acudido a ese concierto se consideraban los roqueros más duros y, ya sabes, estaban dispuestos a abuchear a cualquier cosa que tuviera que ver con los T. Rex, ¡Buuuuuuu!, pues pensaban que tocaban un pop asqueroso y que eran unos vendidos, pero el caso es que la canción les llegó. ¡Qué gloria poder escuchar ese tema a través de un sistema de megafonía! Es una canción abierta, alegre, como «Flowers». Puede que algunos piensen que hay algo oscuro en ella. Bueno, musicalmente soy una especie de gitano, no me gusta quedarme siempre en el mismo lugar.

«Four Enclosed Walls» tiene una onda que recuerda bastante a una llamada a la oración musulmana. El mensaje que quería transmitir con la letra de esta canción era que para culpar de cualquier cosa a los mártires actuales de la causa musulmana, hay que remontarse a lo que hicieron los cruzados cristianos hace siglos: invadir su país con un pretexto religioso absurdo, cuando en realidad habían viajado hasta allí con la puta misión de destruirlo y saquearlo todo. Así que se trata de un proceso muy largo que aún no ha terminado. Hay que remontarse a ese momento histórico para comprender el terrorismo, para entender que lo que hicieron los cruzados puede tener unas consecuencias muy trágicas. En los versos «estoy atento, empieza en Occidente, la nueva cruzada», me declaro en contra de la religión en general, porque, el pobre Alá, ¡Alabado sea!, se quedaría horrorizado si viera lo que han hecho sus seguidores actuales con su mensaje. Mirad, Alá es mi colega, y también Jesús. En serio, nadie me va a convencer de lo contrario, porque eso es lo que se suponía que ofrecían en un principio las religiones, un mundo de amistad. Las han tergiversado y ahora ofrecen un mundo de guerra y abusos y, como todas las guerras religiosas, eso sólo puede conducir a la destrucción mutua.

En este disco mi voz tiene un sonido hueco alucinante que se debe a la acústica de las salas de piedra de los estudios Townhouse and the Manor. El sonido podía llegar a ser muy nítido, sobre todo el de la batería. Siempre había admirado el sonido de la batería de Led Zeppelin, así que cuando me enteré de que iba a grabar *Flowers* allí me puse a dar saltos de alegría. Recuerdo haber leído en algún sitio que los Zeppelin lo grababan todo por separado, y John Bonham grababa la batería en su casa de campo, que era de piedra. Fantástico. A veces no es necesario que todos los miembros del grupo estén en la misma sala al mismo tiempo para montar una canción. Ni siquiera tienen que estar en el mismo continente.

Supongo que en ese momento podría haber disuelto el grupo, pero pensé «no pasa nada, puedo soportarlo… ¡Joder, acabo de salir de la cárcel!». Estaba rebosante de energía, en cierto modo. Pensaba que el disco había quedado muy bien. A día de hoy, aún me vuelvo loco de emoción cuando escucho esas canciones. Qué sonido más fresco y brillante. Nunca se ha grabado un disco así.

En la portada del disco presentamos a Jeannette como nueva componente del grupo y utilizamos su mejor foto. Parece una jovenzuela que estuviera en una fiesta desenfrenada en España, con una rosa entre los dientes. Una turista inglesa, o un rollo parecido.

El grupo, sin embargo, no pudo promocionar en directo el disco, que se lanzó por fin en la primavera de 1981. Las dificultades que siempre había tenido PiL para tocar en Inglaterra se habían agravado y estábamos totalmente paralizados. Así que empezamos a pensar en salir a buscar nuevos pastos, sólo para huir de esta situación tan absurda en la que los promotores no estaban dispuestos apoyarnos por miedo a que se armaran broncas en nuestros conciertos. Nos sentíamos excluidos, como si nos hubieran tachado de indeseables. De modo que, para poder sobrevivir, tuvimos que

echarle imaginación y convertimos el grupo en una unidad de artillería itinerante.

Además, estábamos madurando la idea de convertir a PiL en una organización paraguas que nos permitiera organizar actividades multimedia, pero cada vez que hablábamos de ello en público la idea no era bien recibida. El verano anterior Keith y yo habíamos estado en Nueva York y nos habían hecho un par de entrevistas en la tele, con Michael Rose y con Tom Snyder. Cuando sacamos el tema, estos tíos nos echaron un auténtico rapapolvo. Decíamos que queríamos vivir al margen de la industria discográfica, en un mundo de creatividad, sin tener que mendigar a las corporaciones ni a las instituciones, y que los Grammy nos importaban una mierda. La entrevista con Tom Snyder fue especialmente glacial.

Años después, me volvieron a invitar al programa de Tom Snyder. Me senté con él y tuvimos una charla realmente cojonuda, durante la entrevista y después. Llegué a considerarle un verdadero amigo. Me caía realmente bien. Empezó a enviarme todas sus entrevistas antiguas y otro material, y también algunos disparates musicales verdaderamente divertidos. Un par de años después, murió. Fue algo terrible, pues habíamos pensado en hacer algo juntos. Él *sí* supo comprender la idea de la organización paraguas. Cuando mantienes una conversación con un tipo así, te das cuenta de que la edad es irrelevante; que lo importante son las ideas. A veces hay que ser muy paciente hasta que se te presenta la oportunidad. Es jodido cuando eres joven pues no se dan este tipo de situaciones.

Keith tenía una idea muy egoísta del espíritu de diversificación de nuestra compañía, como siempre: su hermana había empezado a interesarse por el punto y la costura, y Keith quería meterla bajo el paraguas de PiL como fabricante de jerséis de punto. «¡A-a-ay, DIOS! ¡Sencillamente, *No*!» Es decir, a todos nos había parecido fatal que Vivienne Westwood vendiera sus jerséis de mohair a unos precios desorbitados en la época de la tienda SEX. Eran geniales, todo el mundo quería uno, pero estaban fuera del alcance de la mayoría de la gente. Mi madre me hizo uno, pero sin agujeros. «Mira, mamá, no me lo podría poner ni en Alaska, pasaría demasiado calor.» Un trabajo curradísimo, pesaba un huevo. «Los agujeros son una chorrada —decía ella—, ¿quién se va a poner un jersey con agujeros?» «¡Yo, mamá!»

Pero aun así, había que explicárselo. «No, Keith, no vamos a crear una sección de punto…» Así es como el nepotismo se abre hueco en una organización, cuando intentas meter a tu familia. Eso no puede funcionar porque genera todo tipo de problemas. No nos veía intentando fabricar imitaciones baratas de algo que ya estaba haciendo otra persona. No pasa nada si mi madre me hace un jersey, pero es muy distinto crear una línea comercial. Así era Keith. Nos venía constantemente con todo tipo de ideas extravagantes. No pasa nada, pero al final acabas pensando «oh, Dios mío, otra vez no, ¿podrías-*ca-llar-te*-de-una-vez?»

Lo de las redadas de la policía en Gunter Grove empezaba a ser ridículo. En la primavera del 81 hubo tres en un período de tres semanas; venían todos los viernes y era insoportable. Lo arrasaban todo, se cargaban la puerta de entrada, lo dejaban todo

hecho pedazos, y después se largaban… «Bueno, ¡gracias por todo!», y adiós. O me llevaban a comisaría por una u otra razón, y después me soltaban. Me llevaban a rastras, en pijama, descalzo. Y no te creas que luego me traían a casa. Como iba tal cual, no llevaba dinero, así que tenía que volver andando desde Fulham Road, descalzo, con mi pijama y mi bata roja. La gente se creía que estaba imitando al teclista del grupo de Bob Geldof, Johnny Fingers, que se paseaba por la calle de esa guisa. Pasaba una vergüenza horrible. «¡Hey, Fingers!», me gritaban, y yo, «¡Venga, hombre, por el amor de Dios!»

Luego, llegaba a casa y, por supuesto, la puerta de la calle tenía las bisagras arrancadas. La cosa llegó a tal punto que solía dejar un martillo y unos cuantos tornillos, clavos y pestillos nuevos al lado de la puerta, en previsión. Ahora existe un departamento de quejas al que puedes llamar y se hacen cargo de los daños. Pero en esa época, tenías que apoquinar de tu propio bolsillo. Por suerte, Paul Young todavía vivía conmigo. Había trabajado como carpintero en algunas obras y no le costaba ningún trabajo poner la puerta en su sitio otra vez.

La única explicación que me daban cuando invadían nuestra casa era que se trataba de una redada antidroga. Sospechosos de actividades ilegales. ¿En base a qué pruebas? «Habéis colgado una bandera del IRA en la ventana de detrás.» «Bueno, en realidad, es la bandera de Italia.» Mis vecinos me la habían regalado —los mismos que me habían pedido que bajara el volumen de la música reggae después de las doce — porque la ventana de detrás no tenía cortinas. «¡Vemos todo el rato lo que estáis haciendo, y no nos da la gana!» En los tiempos que vivimos, por supuesto, tendríamos cámaras pendientes de nosotros. Pero en esa época la vida era distinta, la gente se ayudaba, y por eso nos respetábamos los unos a los otros. Decías: «Perdona, no volveré a tocar así a las tres de la madrugada». O, en este caso: «¡Muchas gracias! ¡Colgaré la bandera para que no me veáis el culete!». No tenía ningún problema con eso. Los vecinos no despotricaban de mí, porque yo cuidaba de ellos y ellos de mí. Yo creo que eso es una parte muy importante de la vida.

La policía, por desgracia, tenía una actitud muy diferente. Llegué a un punto en que era capaz de reconocerles. Merodeaban por los pubs que yo frecuentaba. Se suponía que iban de incógnito, no sé, quizá esperaban encontrar a algún tipo armado o un alijo de droga. ¡Ay, por Dios! Digámoslo así: en esos días la policía tenía malas intenciones y sospechaba de todo aquél que se saliera de la norma, que fuera un blanco fácil y que no estuviera protegido por la sociedad de la época, y yo, desde luego, tenía todas las papeletas, al menos a juzgar por los escándalos que se difundían en los periódicos.

La última redada, la de «Johnny Fingers», tuvo lugar un lunes por la mañana, y eso resultó ser lo peor de todo. Perros alsacianos ladrando enfurecidos… el pack completo. ¿Y sabéis por qué me detuvieron? Cuando reventaron la puerta de entrada, yo bajé blandiendo una espada antigua que tenía y me lancé contra ellos. No me di cuenta de que iban de uniforme. Sin embargo, interpretaron que aquello había sido

una agresión contra un oficial de policía. Así fue como me la dieron en esa ocasión. Las leyes han cambiado bastante desde entonces y ahora el dueño de la casa está más protegido en estos casos, y de hecho debería de haber sido así siempre. En mi opinión, lo que hagas detrás de la puerta de tu casa es asunto tuyo. Absolutamente. Este tipo de redadas no se pueden justificar en ningún caso. En ninguno.

Era un lunes de madrugada, al romper el alba, y estábamos totalmente exhaustos, agotados, pero no teníamos nada ilegal en casa, excepto una tetera llena de hierba que no llegaron a encontrar, algo muy raro, porque incluso le dieron una patada a un altavoz que estaba detrás de la tetera. ¡No se coscaron! Y este descuido tuvo que ver con Satán, el gato. Satán salió disparado, aterrorizado por los ladridos, y uno de los perros salió detrás de él, le dio un golpe a la tetera, pero no se dio cuenta de que había algo dentro, porque sólo tenía ojos para el gato. Qué extraño: ¡ni siquiera sabían hacer su trabajo en condiciones! El pobre Satán estaba tan acojonado que se escapó y nunca más volvió.

La vigilancia policial era insoportable, agobiante. No podía, por ejemplo, ir a Finsbury Park y darme una vuelta con los colegas, porque incluso me seguían hasta allí. Y todo el mundo se sentía incómodo, y me reprochaban que me hubiera traído a esos tíos hasta su barrio. Una cosa así puede acabar con tu vida social. Y ¿para qué? No puedo imaginar la cantidad de dinero que costaba organizar una redada policial. Seguro que no era algo barato. Y el tiempo que se pierde, y todo para ponerme una multa de 40 libras por posesión de sulfato de anfetamina.

Era muy intimidante, y no había que ser un lince para darse cuenta de que querían echarme del país. Habían hecho tres redadas seguidas, y un par de ellas antes. Estaba claro que hasta ellos estaban aburridos. Me explicaron que se limitaban a cumplir órdenes: «No te lo tomes como algo personal, John». Nos hablábamos por nuestros nombres de pila; ya he dicho antes que dos de los oficiales que entraron en casa me habían estado siguiendo por los pubs de Notting Hill. Keith Burton, que por aquel entonces trabajaba en Virgin y que unos años después se convertiría en mi mánager, reconoció a uno de ellos un día que estábamos tomando algo en un pub cerca de las oficinas de la discográfica. Empezó, «¡Dios mío, mira, tu sombra te ha seguido hasta aquí!», dijo.

Simplemente me parecía que no tenía sentido permanecer en ese entorno desprotegido. Los medios de comunicación no me apoyaban, ni me salvaban, ni declaraban que aquello había sido un arresto injusto, o injustificado. Lo único que quería la prensa sensacionalista era contar cosas desagradables de mí, así que era hora de largarse.

Keith fue el primero que se marchó a Nueva York, más o menos en esta época. Todo giraba en torno a la idea de que teníamos de crear un paraguas de creatividad. Bueno, en vez de un paraguas quizá lo que creamos fue una red de pescar en la que quedamos atrapados. Ahora que ha pasado el tiempo, es evidente que Keith seguía los pasos de Sid; en esa época todo el mundo sabía que en Nueva York había heroína por

todas partes. En cualquier caso, se suponía que se había ido a Nueva York para pasárselo bien y una vez allí descubrió un nuevo sistema de cámaras y pantallas que habían instalado en un club llamado Ritz. Al final, todos nos mudamos allí para trabajar en esa historia, y nunca regresamos. En total, estuvimos en Nueva York tres años.

Los meses previos a mi viaje fueron como unas vacaciones. Estaba intentando poner mis ideas en claro y planear mi siguiente movimiento. Para ello, empecé a quedar con Rambo y me iba a mudar a su casa. Me dijo: «Gunter Grove te está matando. Mis padres están de viaje y estoy viviendo en su casa, vente para ordenar tus ideas». Había prometido ayudarme, porque se había dado cuenta de que estaba sometido a una enorme presión y quería que nos echáramos unas risas. Habíamos estado en Margate y nos habíamos agarrado un buen pedo en el autobús con algunos amigos. De regreso a casa, compramos unas cuantas cajas de botellas y estábamos dispuestos a estar de juerga toda la semana. La primera noche sonó el teléfono. Todavía no sé cómo consiguieron el teléfono de Rambo, y tampoco recuerdo quién me pasó la llamada, debió de ser alguien que estaba en Gunter. El caso es que era Keith, y sonaba muy animado al otro lado de la línea: «Vente a Nueva York, he conseguido una actuación en el Ritz, un espectáculo con cámaras». «Estoy en casa de Rambo, no puedo comprar un billete». «No te preocupes, te lo he reservado yo, lo puedes recoger en el aeropuerto.» Así que dejé colgado a John, porque habíamos planeado pasarlo en grande, y a la mañana siguiente me largué.

Aún no podíamos conseguir conciertos en ninguna parte, recordad, pero la gente de ese local, el Ritz, nos iba a dejar actuar durante dos noches seguidas en una especie de espectáculo de música-barra-vídeo. La idea era proyectar muchas imágenes sobre una pantalla en directo. Era un concepto interesante y me pareció que tenía muchas posibilidades, sobre todo porque Jeannette siempre llevaba consigo una cámara en la funda de un violín, y nosotros pensábamos todo el rato «¡filma, filma, filma!». Éramos conscientes de lo importantes que habían sido las imágenes grabadas para los Pistols, y sin embargo no estábamos filmando nada de lo que estábamos haciendo en ese momento. Queríamos que todo quedara catalogado, pero también buscábamos un planteamiento imaginativo para nuestras actuaciones en directo: no nos bastaba con el formato convencional, había que crear otro tipo de situaciones que se desarrollaran de forma paralela. Estábamos realmente abiertos a cualquier cosa y entonces… ¡Premio! Se montó una bronca. O no. No fue una bronca, en realidad, sino un fiasco, pero un fiasco bastante divertido.

La idea era que nos situáramos detrás de las pantallas mientras se oía la música que salía de un tocadiscos. Teníamos que hacer un poco de ruido y el batería tocaría en directo, para reforzar el sonido. Encontramos un batería en una tienda de música, un tío muy mayor que se llamaba Sam Ulano, con una sensibilidad jazzística. Lo que le gustaba era Frank Sinatra. Podríamos haber pinchado cualquiera de nuestros discos, pero yo insistí en que fuera *Flowers of Romance*. Sabía que eso le cabrearía

infinitamente a Keith, por la actitud despectiva y distante que había mantenido durante la grabación del disco. «En esta banda cada uno tiene lo que se merece, colega. ¿Qué? ¿No te sabes la parte de la guitarra? Es que no hay: no estabas ahí, estabas arriba jugando a los marcianitos. ¡Aquí lo tienes, a ver cómo te las arreglas!»

Así que el disco estaba girando en el tocadiscos, y allí estaba Keith con su guitarra, haciendo unos ruidos espantosos, brr twang bang, equivocándose aposta, y el viejo aquel a la batería, y todo encajaba bastante bien. Algunos tíos con cámaras se paseaban por allí y lo que filmaban se proyectaba en la pantalla que teníamos delante. Estábamos en el escenario, así que la gente veía la pantalla, pero a nosotros no: contemplaba una pantalla con montones de imágenes diferentes de cada uno de nosotros que se proyectaban a la vez, de dos en dos, de tres en tres… todas las combinaciones de cámaras que puedas imaginar.

El tipo que manejaba la mesa de mezclas de las cámaras era un americano muy gracioso que se llamaba Ed Caraballo. Procesaba todas estas imágenes en directo para que aparecieran en la pantalla y las combinaba con planos fugaces del público o de lo que fuera. Yo estaba detrás de la pantalla y lo veía todo al revés, y muy cerca, y he de decir que no veo muy bien. Todo aquello me recordaba a la portada de un disco de Tangerine Dream.

Y de repente… ¡vaya por Dios!, el disco salta, porque la gente que estaba apoyada en la parte delantera del escenario tiró de la lona donde estamos nosotros y le dio un golpe al tocadiscos. Los de la primera fila empujaban con los codos, hacían una presión enorme: casi como el agua que hace reventar una presa. Y de tanto empujar, la aguja del tocadiscos saltó, y empezaron los abucheos: «¡Buuuuuuuu! ¡No están tocando en directo! ¡Qué timo!»

Prácticamente me había puesto a tocar nada más bajar del avión. Yo no tenía ni idea de que el espectáculo se había anunciado en la radio como una verdadera actuación en directo. Eso no era lo que yo había acordado. De haber sabido que iban a vender esa chorrada como una actuación de verdad, no habría participado. Por un momento todo parecía indicar que nos iban a asesinar allí mismo. La gente rompía botellas, la refriega de siempre.

Estaba muy acostumbrado a este tipo de episodios. Puede que insultara un poco al público… ¡Joder, soy Johnny, es mi trabajo! «¡Sois un público de mierda, gilipollas!», les dije. Fue entonces cuando empezaron de verdad los pitos y los abucheos. Fue una reacción instintiva. Puede que ellos se sintieran engañados, pero yo también. Y entonces, por extraño que parezca, salió a relucir la famosa frase «¿Alguna vez habéis tenido la sensación de que os están engañando?»: la última actuación de los Sex Pistols en San Francisco.

En momentos así hay que tomar el control y expresar a través de una postura agresiva que a ti también te han engañado. Pero, por otra parte, «vamos, ¿no os parece *divertido*? Merece la pena pagar por ello. ¡Es diferente!». Es un experimento para el futuro, y en nuestros días, si te fijas, todos los grupos pop utilizan esas

enormes pantallas de vídeo, por no hablar de los tocadiscos, los platos, que se han vuelto a poner de moda. Ésa era la idea que nosotros empezamos a desarrollar. No digo que inventáramos las proyecciones de imágenes, pero sí que inventamos la versión graciosa de todo aquello.

Los de seguridad la cagaron y el público empezó a invadir los camerinos. La única persona que se las piró inmediatamente fue Keith. Nos dejó tirados, se desentendió de esa situación de la que estaba tan orgulloso y luego todo fueron sonrisas otra vez. Jeannette estuvo muy divertida esa noche, se quedó. La gente decía: «¡Es la mejor bronca en la que he estado en toda mi vida!».

Supongo que mi naturalidad fue una gran ayuda. «Por qué no os venís a la barra y os tomáis algo con nosotros?» Y ellos dijeron «buena idea», y funcionó. Entonces los encargados decidieron cerrar el club temprano porque decían que no querían que se volviera a repetir la catástrofe del principio. Cerraron el bar a las doce y media o a la una. Y después suspendieron la actuación del día siguiente por culpa de la presunta bronca.

Así que, después de todo, aquella gresca fue bastante divertida. Las cámaras y las pantallas no sufrieron prácticamente ningún daño. Los policías se partían de risa, se sentaron incluso y se tomaron una cerveza con Johnny Rotten. Decían: «Eh, ¿de verdad eres John, tío? Estás como una cabra, debe ser realmente frustrante para ti, ¡Esto no ha sido más que una bronca de nenas!». Mira por dónde, quizá fui el precursor de ese grupo de rock de chicas rusas, las Pussy Riot.

Nueva York era una gran ilusión y una gran decepción basada en la disponibilidad inmediata de sustancias químicas en cada rincón, pero esa no era ni mucho menos la razón por la que yo quería quedarme en esa ciudad. Quería estar allí porque todo era más barato, y existía la posibilidad real de conseguir actuaciones. Parecía muy fácil y podíamos ganar dinero.

Después del desastre del Ritz, estuvimos una temporada alojándonos en pequeños hoteles, bastante baratos. Compartíamos dos habitaciones entre todos, pero enseguida alquilamos un loft que estaba muy bien de precio. Nuestra choza estaba en la calle 19 Oeste, entre la Décima y la Undécima avenidas, casi enfrente del Roxy, el famoso club y pista de patinaje. No era Midtown, pero tampoco era Downtown. Era una zona anodina a la que llamaban con razón Meatpacking District, el barrio del matadero: estábamos rodeados de camiones cargados de carne que entraban y salían constantemente, las veinticuatro horas del día. Había un bar en la esquina llamado Moran’s en el que servían unas almejas rellenas baratísimas y tenían cerveza Guinness importada directamente de Irlanda. Deliciosa. Había incluso una cárcel de mujeres detrás de nuestro loft. En verano, las presas nos gritaban desde las ventanas de sus celdas. Los aparcamientos de camiones que había en los alrededores eran lugares de encuentro de gais. Era un lugar tranquilo.

Era un barrio sucio, barato e industrial, y estaba lleno de garitos gais de mala

muerte que no se parecían a nada de lo que habíamos visto en Inglaterra. Lo gais eran tíos de mediana edad, barbudos y con el culo escurrido. Se lo montaban detrás de los camiones, se la chupaban, una porquería en toda regla, una porquería decadente.

Debajo de casa había un desguace donde se dedicaban a soldar placas de hierro a las limusinas, Dios sabe para qué: nunca preguntes en Nueva York. Sólo sé que no era para el gobierno. Hacían un ruido increíble, pero era una ventaja para nosotros, porque no se quejaban de nuestro estruendo constante.

El loft era un espacio absolutamente increíble: casi 800 metros cuadrados y sólo un miserable dormitorio —el mío— y otro más grande detrás, que en realidad no era un dormitorio, sino más bien una oficina. Se lo dejé a Keith y a Jeannette. Me quedé con ese pequeño agujero que estaba entre su habitación y la cocina, porque siempre me ha gustado estar cerca de la comida. Cuando llegó Martin Atkins un par de meses después se quedó con la habitación de la entrada, que no era una habitación, sino un escenario. Seguramente había sido un local de conciertos, o algo por el estilo, porque había una habitación diminuta en medio donde debían de montar la mesa de mezclas.

Aquel sitio lo tenía todo para crear un espacio adaptado a las necesidades de Public Image. Pero nunca llegamos a hacerlo. Yo quería meter una cabina de pinchadiscos y una mesa de mezclas, para que aquel lugar no fuera únicamente el sitio donde dormíamos, sino una especie de entorno que fuera el local de ensayo/sala de conciertos de PiL. ¡Pero, qué vaaa! Era imposible conseguir que Keith se involucrara. Me pasaba días enteros sin verle, y Jeannette siempre decía: «Ay, ahora no puedes hablar con él, déjale que se recupere». ¡¡Aaaaaag!! Sobreprotegía a ese memo terriblemente. Era muy alucinante porque Jeannette era una tía dura. Volvía locos a todos los tíos. Estaba bastante buena, pero tenía una conexión con ese idiota que no tenía ningún sentido.

Debajo teníamos un garaje, y la idea era movernos desde allí a los Estados de los alrededores y tocar en un montón de clubes y salas. Al final, lo acabamos haciendo, pero tardamos bastante en «instalarnos». Cuando por fin lo conseguimos, nos pasábamos el día en la carretera, pero me gustaba, porque me recordaba a los primeros tiempos de los Pistols, cuando actuábamos en los alrededores de Londres o subíamos al norte. Ahora el problema era que, después del concierto, todos volvíamos al mismo sitio. Con los Pistols, por lo menos, cada uno se retiraba a su propio cuchitril. Ahora estábamos todos en el mismo cuchitril.

Aun así, estaba muy contento de estar allí. Estaba convencido de que no me iban a meter en la cárcel tan a menudo, y podría seguir haciendo lo que quisiera. No tenía ninguna disposición a entrar en contacto con la escena de Nueva York, y de hecho todos sabíamos que PiL no encajaría allí. Así que cualquier cosa que hiciéramos tendría que ser al margen de eso. Y, de hecho, nuestras predicciones se cumplieron. La gente que venía a casa para hablar con nosotros eran artistas locos que hacían cosas fabulosas, estúpidas, interesantes y diferentes. Nueva York está llena de ese tipo de gente, pero es una ciudad con muchos niveles. Suceden muchísimas cosas.

Por lo menos en esa época sucedían.

Jeannette tenía muchas ganas de empezar a desarrollar su actividad fílmica, porque aquello le interesaba mucho, y como a nosotros también nos interesaba, estábamos pendientes de ella. Teníamos la esperanza de que la cosa funcionara, pero no sucedió así. Después de la actuación en el Ritz, todo estuvo bastante parado en realidad. Todos éramos culpables, porque nos lo tomamos como unas vacaciones, y empezamos a dedicarnos cada uno a lo nuestro, pero sin compartir esos instantes, lo que no beneficiaba a nadie.

Jeannette tenía un carácter muy abierto: se hacía amiga de cualquier persona que se le acercara, y tenía un don natural para convertirse en un personaje importante en cualquier ambiente; en la escena de los clubes nocturnos, por ejemplo. Acabó conociendo a todos los porteros de las discotecas, Dios sabe cómo. Y nosotros la seguíamos. No me entusiasmaba demasiado la escena musical de las discotecas de Nueva York. No me impresionaba. El hip hop estaba empezando a despegar y había emisoras de radio en Nueva York que pichaban este tipo de música sin parar, pero nunca llegué a entenderlo. Me parecía que era una música un poco machacona, con esos espantosos teclados que me recordaban a «Crazy Horses», la canción de los Osmonds. Esos horribles sintetizadores.

La parte positiva era que en América había unos cien canales de televisión, cuando en Gran Bretaña sólo teníamos tres o cuatro. ¿Cómo demonios era posible eso? Y si te perdías un programa, lo repetían después en otro canal. Me lo planteaba como un trabajo de investigación. Me metí de lleno en la cultura americana, en la cultura de la televisión. Me alucinaban incluso los canales de anuncios, en los que te intentaban vender cualquier trozo de plástico viejo. ¡Una lección detrás de otra de cómo sacarles la pasta a los idiotas! Me encantaban y me parecía escandaloso que la gente se tomara eso tan en serio, que estuvieran tan desesperados que decidieran comprar la fregona Glo-Mop por 21 dólares, una fregona que brillaba en la oscuridad. ¿Qué necesidad hay de recoger la cocina a oscuras? ¿No es mejor gastarse esa pasta en electricidad?

Estados Unidos era un país muy adelantado. En Nueva York todo sucedía de madrugada. Para nosotros, que veníamos de Inglaterra, era alucinante porque era verdad que la vida seguía durante las veinticuatro horas del día. La única ciudad europea que se podía comparar con aquello era Berlín.

En las contadas ocasiones que volvía a Inglaterra me daba cuenta, ya desde el aeropuerto, de lo bajas que eran las casas. No había rascacielos y todo me parecía una cutrez comparado con el horizonte de Manhattan. Chocante. Me di cuenta de que podía dejarme llevar perfectamente por esa actitud tan típica de los americanos y exclamar: «¡Ay, qué pintorescos sois los ingleses!». Al menos ahora entendía lo que querían decir cuando utilizaban la palabra «pintoresco». Éramos una versión «demodé». Aun así, amaba mi lugar de origen, porque yo formaba parte de él.

En Nueva York, reviví mi vida londinense con el concierto de The Clash en

Bond's, en Times Square, donde tocaron durante tres semanas entre mayo y junio del 81. ¡Me habían seguido hasta Jamaica y ahora los muy cabrones me seguían hasta Nueva York! Yo intentando solucionar mis problemas con PiL y se presentan estos tíos… No recuerdo cuántos conciertos dieron —¿unos diecisiete?— y parece ser que llenaron todas las noches. Teniendo en cuenta que sus canciones no tenían ningún contenido, y que lo único que ellos representaban era esa especie de socialismo abstracto, era increíble que hubieran conseguido seguir adelante. Así que Bernie era un buen mánager, después de todo.

Fui dos noches seguidas, y podría haber ido todos los días si hubiera querido, pero, por Dios, me pareció un show malísimo: exactamente el mismo procedimiento las dos veces. Como grupo no tenían nada que ofrecer en lo que respecta al desarrollo de los personajes. Joe se acercaba al micrófono y gritaba, «¡aaaahhhhh!» con esa voz exasperada y estrangulada, noche tras noche, una y otra vez. Eran un grupo de bar, podrían haber pasado perfectamente por Eddie & The Hot Rods. Y, sin embargo, las masas les seguían en tropel. Así que, sea lo que sea a lo que yo he venido a hacer a este mundo, no es para las masas, eso está claro.

En mi modesta opinión, si tu única directriz es una idea imprecisa del socialismo, vas a acabar teniendo problemas porque el público pensará que no eres una persona fácil de tratar. Los Clash eran muy fáciles de tratar; no ofrecían demasiado. No te hacían reflexionar sobre tu propia persona ni sobre tu estilo de vida. En realidad, te hacían sentir a gusto. Ahí está el problema. Y el bueno de Johnny Rotten nunca te va a hacer sentir agusto.

En la escena neoyorquina circulaba mucha cocaína. Estaba en todas partes, a todas horas. Era imposible evitarla, fueras donde fueras. Había cocaína hasta en la barra del restaurante español de la esquina. Una ciudad muy abierta en ese sentido, Nueva York. Al parecer, gran parte de la droga estaba controlada por la mafia, así que la faceta criminal estaba bastante controlada. La cocaína provocaba pautas de conducta muy exageradas en todas las personas, y por eso he de decir, una vez más, que no es una droga que fomente la creatividad. En absoluto. En mi opinión te proporcionaba treinta segundos de ansiedad extrema y después tres horas de gripe… hasta que te metes otra raya. Entonces la ansiedad se duplica y lo mismo sucede con el bajón; y sigues y sigues hasta que te das cuenta de que te has metido tanta coca que no puedes bajar, y te pones a morir. No era mi droga favorita ni mucho menos, pero he de reconocer que estuve jugueteando con ella durante un año como mínimo.

La cocaína nos dejaba como atontados y nos impedía desarrollar la creatividad. Te hace sentir culpable, mientras que la heroína, parece que —bueno, lo sé porque he visto a mis amigos puestos de caballo— anula el sentimiento de culpa; la cocaína, en realidad, lo acentúa, te hace sentirte mal contigo mismo. No es una droga para evadirte. Es la mayor gilipollez del mundo. A menos que vivas en los Andes y necesites una dosis extra de energía para seguir adelante, no le veo la finalidad. Diré que, como la mayoría de las cosas en las que me he aventurado, lo he hecho hasta la

muerte. A la cocaína la sitúo en la misma categoría que el Southern Comfort, una bebida que no volveré a probar en mi puta vida. De vez en cuando me convierto en una criatura excesivamente estúpida. Conozco perfectamente los indicadores de alarma y, sin embargo, me meto de lleno y me dejo llevar y siempre me paso. La sutileza no es uno de mis rasgos distintivos. Puede que últimamente haya empezado a entender el concepto, el concepto de sutileza.

La heroína, sin embargo, es la droga que mata de verdad. Prefiero enfrentarme a las cosas que sacan el demonio que llevo dentro, que dejarme llevar por un falso sentimiento de seguridad y después sentirme desesperado hasta que me chuto de nuevo. Eso no va a suceder.

Vivimos muchas situaciones desagradables en nuestro entorno por culpa de la droga, situaciones que daban lugar a todo tipo de actos sin sentido que no conducían a ninguna parte. No se centraban tanto en la creatividad como en el egoísmo y en la búsqueda del placer. Siempre había drogas disponibles para mí, de diferentes formas y tamaños, pero yo sentía predilección por las que te llenan de energía. Nunca me gustaron las drogas que te dejan inactivo.

Conocía los gustos de Keith, por supuesto, antes de que le pidiera que se uniera al grupo. No tenía ningún prejuicio en ese sentido, pero cuando te das cuenta de que los síntomas de retraimiento afectan con regularidad a tu creatividad, hay que parar. Esperas que sepan darse cuenta por sí mismos, e intentas embaucarles poco a poco para que desarrollen una actitud mental que les permita tomar conciencia de que están imponiendo un hábito increíblemente egoísta a todos los demás. ¿Y ellos qué esperan?, que nos quedemos ahí sentados hasta que ellos despierten de ese afán de evasión holgazana que les impide mover el culo.

La gente que tiene dificultades a la hora de trabajar conmigo dice que soy un vago. Y lo soy cuando estoy cargando las pilas, pero en general no puedo soportar a los cabrones holgazanes. No hay que dejar de pensar, hay que utilizar el cerebro, porque sólo se vive una vez y ésa es la fuerza que impulsa constantemente. Mi cerebro no para nunca. Las ensoñaciones, otra vez. Es algo muy parecido a… bueno, el cuerpo deja de funcionar, pero el cerebro no. Todo eso forma parte de lo que soy.

Lo más parecido que he visto a esto de lo que estoy hablando fue un espectáculo en directo de Robin Williams, el gran cómico americano ya fallecido, que vi en Nueva York más o menos en esta época. Era un espectáculo improvisado e ininterrumpido. Absolutamente desternillante. En un principio no tenía ganas de ir, estaba solo, pero me habían reservado una entrada en la taquilla y, por otra parte, pensaba que igual merecía la pena. Detestaba la serie *Mork & Mindy*, pero decidí darle una oportunidad a Williams y resultó ser una maravilla en directo. Su forma de improvisar los chistes y cómo pasaba, sin orden, de una situación a otra; y después, de una manera u otra, todo parecía cobrar sentido; es exactamente como yo me veo a mí mismo, como creo que soy.

Ése era el tipo de espectáculos que iba a ver. Muchas producciones *off Broadway*,

por ejemplo. Una persona con la que quedaba mucho para salir, cuando se vino a vivir con nosotros era Ken Lockie. Siempre había estado merodeando en la periferia de PiL, pero en realidad yo no quería que se uniera al grupo. Me parecía que no era el tipo de persona PiL, demasiado tranquilo. No tenía el empuje necesario. Ken es un músico muy académico. Sabe manejarse con todas las notas y todos los formatos, pero para mí eso no es una herramienta demasiado útil. Era un músico bastante respetado y era amigo de Keith, pero en cuanto se mudó a nuestra casa, a Keith dejó de caerle bien, así que acabé juntándome con él.

Una de las cosas más raras que me llevó a ver fue una película de Rainer Werner Fassbinder, un director que estaba de moda en esa época. Así que después de irnos caminando hasta el Upper West Side, que era donde estaba el cine, resultó que la película iba sobre el mundo gay en Berlín. Era la vida de un hombre, un maestro de escuela, que describía cómo era el circuito del sexo gay en los aseos públicos, ¡y lo hacía de manera muy, pero que muy grrrrrráfica! Ya conocéis la expresión: «No sabía dónde mirar». ¡Pues todo lo contrario! Para nosotros fue una pequeña revelación. Siempre había conocido gente gay, pero fue muy estimulante para nosotros dos estar ahí sentados viendo una película así. No volvimos a sacar el tema una vez que salimos del cine, ¡había sido algo tan raro! Pero un par de semanas después, estábamos los dos en un contexto social totalmente distinto, acompañados por mucha gente, y alguien dijo algo, y de pronto sorprendí a Keith mirándome y los dos nos echamos a reír. Bien está lo que bien acaba.

También invité a mi amigo John Gray, que estuvo un par de semanas con nosotros (necesitaba unas vacaciones). Pillé un cargamento de cerveza. Y adivinad lo que nos tragamos en cedés… ¡*Aguirre, la cólera de Dios*! Y otra chaladura de película de autor, también de Werner Herzog, sobre un barco de vapor ¡*Fitzcarraldo*! ¡Joder, vaya nochecita de rarezas! Te volverías loco si no tuvieras un compartimento en el interior de tu cabeza para procesar ese tipo de negatividad humana. Esas películas tan enrevesadas… Herzog abusa de su público. Pero tampoco tanto, si las miras con perspectiva puedes aprender muchas cosas. Supongo que en realidad son estudios del temperamento.

En ese momento no podía imaginar que el mundo del cine de arte y ensayo pronto me llamaría para que me pusiera de nuevo delante de las cámaras.

¡Besos y abrazos, cariño!
Segunda parte

Aunque mudarme a Nueva York fue sin duda una experiencia apasionante, lo cierto es que me partió el corazón. Cuando tomé la decisión de marcharme no conté con Nora, pero mentalmente nunca llegamos a separarnos. Me sentía responsable del grupo, y todo parecía indicar que aquélla era una buena oportunidad para remontar el

vuelo. Durante todo ese tiempo, nunca la olvidé. De hecho, no podía salir con otras chicas. No tenía la más mínima intención y sólo con pensarlo me sentía fatal. Había conocido a la mujer de mi vida, y quería estar con ella para siempre.

En Nueva York las tentaciones eran constantes, y mi respuesta era invariablemente «no». No tenía el más mínimo interés. Me daba igual que la gente pensara que era un tipo raro. Tenía muy claro que había contraído un compromiso y que ese compromiso tenía un gran valor.

Soy un tío fiel, muy fiel. Me engancho a una relación y lo que quiero es que funcione. Nunca me he sentido cómodo en el papel del chulo mujeriego. No puedo soportar los rollos de una noche, me parecen muy superficiales. Al día siguiente me sentiría fatal… me parecería tan absurdo… pensaría: «¿A qué coño ha venido eso?».

Siempre busco vínculos, relaciones y contactos más profundos. Básicamente, me gusta estudiar a los seres humanos que me rodean, descubrir su forma de ser y quererlos tal como son, con todos sus defectos. Así disfruto mucho más que saltando de relación en relación sin ninguna razón en particular. No se aprende nada, no se saca nada en claro y, cuando quieres darte cuenta, descubres que te has quedado solo y te sientes como un imbécil.

Hay que aprender a dar, eso es lo importante, lo que hace que las relaciones funcionen: ésta es una situación en la que hay que dar. Y dar es mejor que recibir. Bueno, al menos ésa ha sido mi experiencia. ¿Conocéis a algún multimillonario feliz? Todas estas situaciones son relativas. Cualquier actividad humana te permite conocer al ser humano en general. Si sólo te dedicas a coleccionar trofeos, no consigues nada. Cero. Sólo los chismes que se te van acumulando en el cuarto de baño.

No estoy en contra de que cada uno actúe como le dé la gana; tampoco censuro ese comportamiento. Está bien para determinadas personas. De hecho, hay gente que no sabe vivir de otra manera. Puedo tolerarlo perfectamente. Pero la conversación, la charla, el calor de la cercanía, de los sentimientos: eso es mucho más importante que el sexo libre con la primera persona que te cruzas.

Nora me parecía absolutamente adorable, fantástica, diferente a todas las demás. La tía pasaba de las florecitas hippies y de las paridas de la tienda Biba. El rollo de Nora era el cine negro de los años cuarenta, porque vestía de una forma muy recatada que, sin embargo, resultaba tremendamente sexy y atractiva. Nada que ver con el universo de las sandalias y los vestidos largos y estampados.

A Nora le gustaban las faldas de tubo hasta la mitad de la rodilla. Desde mi más tierna infancia, ésa era la imagen perfecta de la tía buena de clase trabajadora. Y cuando Nora se ponía un vestido estampado, lo llevaba por encima de la rodilla, y «retozaba feliz por los prados en un día de verano». Ya sabéis, tenía muy claro que no era una *fashion victim* pero, al mismo tiempo, todo estaba calculado al milímetro. El estilo perfecto. La ropa es muy importante, pero tiene que parecer que no lo es. En cuanto aprendes a vestirte, ya no tienes que volver a preocuparte del tema; actúas con naturalidad y te vistes para la ocasión. ¡Si hace calor, no se te ocurra ponerte una

chupa de cuero con tachuelas, por muy punk que seas! En ese momento dejas de serlo y te conviertes en un payaso. A veces hay que adaptarse al clima y al entorno. Estoy hablando de la capacidad de adaptación. Pero estoy divagando. Disculpadme, pero mi cabeza funciona así.

Supongo que pensaréis que, con mis cadenas y mis cremalleras y mis trajes de Kenny MacDonald, Nora y yo no pegábamos ni con cola. Pero, mentalmente, somos almas gemelas, y todos los personajes sospechosos de nuestro entorno, los miembros de mi grupo, mis amigos y mis socios, eran incapaces de entenderlo. Saltaban chispas entre nosotros. No sé cómo explicar esta sensación. Digamos que es cuando el carisma se acaba convirtiendo en algo increíblemente seductor. No hay nada que pueda parar eso, nada de nada, y así es como yo entiendo el amor.

Es increíble que la gente siempre intente cargarse las relaciones que se basan en la sinceridad más profunda. Nosotros no nos mentimos jamás, y eso es lo más divertido; disfrutamos de la verdad. En realidad, nunca he sido capaz de compartir eso con nadie. Profesionalmente sí me ha pasado alguna vez, pero no de esa manera tan profunda, tan física y personal. Es inexplicable y supongo que por eso sientes que ésa es la verdadera razón de tu existencia. Si te sientes bien, todo acaba bien.

Estar separados fue muy difícil para los dos. Sin embargo, ella sabía perfectamente que podía confiar en mí. Cuando por fin pudo venir a verme a Nueva York, surgieron todo tipo de roces en el loft. Keith no lo aceptaba, y Jeannette estaba rara e indiferente. Fue muy violento. Lo único que quería era que funcionaran las dos cosas. Me di cuenta de que Nora era más importante para mí, y de que, en realidad, Public Image era tan importante para mí que no tenía por qué que aguantar las chorradas de un niño mimado como Keith.

Nora fue un estímulo y me ayudó a salir de ese callejón sin salida. Me di cuenta de que la situación en la que me encontraba se estaba jodiendo, iba para *abajo*. De vez en cuando, la gente que de verdad se preocupa por ti te da un toquecito. Me di cuenta de lo mucho que había sufrido por culpa de la separación. Al principio, había pensado que era demasiado joven para mantener una relación estable, pero en seguida supe que era exactamente lo que necesitaba.

Tienes que pasar por todo eso, tienes que encontrarte a ti mismo y escapar de la mediocridad. Si no hubiera probado suerte en otros pagos, si no conociera el mercado, si no hubiera visto la mercancía antes de conocer a Nora, no habría sido tan saludable comprometerme con ella al cien por cien, que es como estoy ahora, incondicionalmente. Tardé mucho tiempo en darme cuenta de eso, y en comprometerme, y «mi niña» me esperó.

Cuando me comprometo, es para siempre. Así es como éramos y como somos Nora y yo. Es genial que todo saliera así de bien. No me puedo imaginar la vida sin ella, en absoluto, y a ella le da igual lo que la gente le diga de mí; estamos juntos y lo estaremos siempre.

9. No hay nada mejor que cambiar

Parece ser que al estar afiliado al Sindicato de Músicos como cantante solista e intérprete, te conviertes automáticamente en actor. Tu nombre figura en una lista, una especie de reserva de actores dramáticos que están esperando a que les contraten, felices en su ignorancia. Algunas de las agencias que nos conseguían conciertos, también se dedicaban al cine, y las ideas podían surgir a través de estos canales. Así que, aunque no era algo que estuviéramos buscando, ni mucho menos, sin quererlo ni beberlo, me propusieron protagonizar una película italiana de serie B junto a un joven Harvey Keitel. El guion estaba basado en una novela de Hugh Fleetwood llamada *The Order of Death*, pero al final la película se estrenó con títulos diferentes según el país: *Copkiller* en Europa, *Corrupt* en los Estados Unidos, y *Order of Death* en Gran Bretaña, que es como siempre la he llamado yo.[29]

Era una oportunidad maravillosa para irrumpir en un mundo nuevo; un universo emocionante, fascinante y muy arriesgado. ¡Territorio desconocido a lo bestia! Estaba aterrorizado, obviamente, porque tenía que actuar, y no tenía ni idea de cómo hacerlo, sólo había hecho una prueba para *Quadrophenia*, y no había conseguido el papel. Así que pensaba todo el rato, «¡Dios mío, menudo compromiso!». No tenía a nadie que me apoyara. No tenía representante en esa época, y la única razón por la cual pude hacerlo, la razón por la que lo hice, era porque el grupo estaba inactivo. Totalmente.

No fue una decisión difícil. Conseguir los visados que necesitaba fue otra historia. Firmé el contrato, y antes de que empezara el rodaje, volé a Roma para conocer a los productores. Intentar regresar a los Estados Unidos fue una auténtica pesadilla. Me retuvieron en inmigración, y el contrato que había firmado en Nueva York estaba en mi maleta. Así que no podían hacer el papeleo necesario para concederme un permiso de trabajo. Fue una situación muy difícil de arreglar, pero saqué algo positivo, porque las dos personas que se encargaron de conseguirme los visados de inmigración, Bob Tulipan y Maureen Baker, se convirtieron en buenos amigos.

Maureen Baker es una superestrella. Ha hecho todo tipo de cosas interesantes a lo largo de los años; también solía hacernos fotos cuando vivíamos en Nueva York, pero durante mucho tiempo se dedicó a gestionar los permisos que necesitaban los artistas para trabajar en otros países. Consiguió los visados para todos los miembros del ballet Kirov, por ejemplo. ¿No os parece fascinante? Es un mundillo interesante. Hay tantas personas maravillosas en el mundo que hacen cosas tan diferentes… y si no eres una persona abierta de mente, no puedes comprender que este tipo de cosas te pueden ayudar a mejorar personal y profesionalmente. Eso no significa que quiera fugarme y convertirme en bailarín de ballet. Simplemente, me impresionan las motivaciones de Maureen, y eso, a su vez, me sirve de inspiración.

El caso es que entre mayo y julio de 1982, decidí tomarme unas vacaciones del grupo y me largué a Italia. La película se rodó entre Roma y Nueva York. Me lo pasé

fenomenal, y encajé a la perfección con muchas de las personas que participaron. Trabajé con Harvey Keitel y me cayó muy bien. Pero también hice buenas migas con el escritor del guion y del libro, Hugh Fleetwood, y con el director, Roberto Faenza.

Era fascinante ver cómo organizaban todo aquel tinglado. Lo que más me gustó fue Roma: las reuniones y la planificación de las escenas que teníamos que rodar al día siguiente, y la mujer del director, que cocinaba auténtica pasta italiana. ¡Italia en todo su esplendor! Y las peleas que tenían… el autor del libro me traducía las burradas que se gritaban… ¡Alucinante! La mujer de Roberto —pensé que era su mujer, podía serlo perfectamente, porque vivían juntos— era una de las productoras, y además cocinaba, pero ¡cómo se peleaban! Así que aprenderse el guion era algo totalmente secundario. Ni se me ocurría preguntar: «¿Por favor, podrías explicarme a grandes rasgos cómo debe comportarse mi personaje?». ¡No servía para nada! Las riñas personales estaban a la orden del día. Me encantan los italianos, pueden estallar en cualquier momento.

Y en ese ambiente, mi misión era interpretar a un personaje lunático, Leo Smith, un niñato rico y malcriado que tiene que aprender a arreglárselas por sí solo. Se suponía que había tenido una infancia solitaria pero colmada de caprichos, y al parecer todo aquello había acabado corrompiéndole. Podía conectar con esa idea hasta cierto punto, pero por otra parte no la entendía en absoluto. Era evidente que había recibido una educación que le hacía creerse superior a los demás, y esa era la idea fundamental que yo debía explotar, tenía que hacer que eso funcionara. Nadie me ayudaba, en realidad, pero daba igual. El mejor consejo de Harvey fue: «¡Venga, ponte con ello! ¡Y tómatelo en serio cuando las cámaras empiecen a rodar!». Fantástico, gracias. Y ahí estaba yo, luchando, intentando recordar los diálogos, que para mí era lo más difícil. Soy incapaz de memorizar un papel, porque no procede de ningún lugar íntimo y personal. Muchos actores me lo han explicado: si tienes una personalidad fuerte, te das cuenta de que es prácticamente imposible hacerlo. Hay que ser como una página en blanco.

Estaba claro que querían hacer algo parecido a la película *Performance*, una especie de inversión de papeles, «¿quién domina y quién manipula a quién?». La historia de un macho alfa: «¿Quién lleva la voz cantante en realidad?». Yo pensaba que Mick Jagger en *Performance* había hecho un papel increíble, una actuación que destacaba aún más gracias a la canción que interpretaba, ese blues de guitarra, «Memo From Turner». Él, por lo menos, tenía algo a lo que aferrarse, pero yo no. Lo único que pensaba en todo momento era: ¡Por favor, no acabes actuando como David Bowie! Está tan acartonado en todas sus películas…

Tal como se demostró, yo no tenía las tablas suficientes para saber cómo retratar al personaje en cuestión. Era incapaz de sostener la mirada a los demás actores y de pronunciar el texto al mismo tiempo, porque en cuanto nos mirábamos, el diálogo se esfumaba instantáneamente de mi memoria. Entonces decía: «Haaa—ar—vey, ¿qué hago ahora?»

Por supuesto, Harvey me intimidaba por completo. Venga ya, ¿cómo no iba a hacerlo? Qué actor tan cojonudo. Pero, por otra parte, estaba un poco cabreado con él, porque se tomaba su papel demasiado en serio. Salíamos a cenar juntos y seguía metido en el papel. Interpretaba a un policía, y en el restaurante se buscaba la pistola en la cartuchera constantemente. Estaba más pendiente de estos detalles que de divertirse. Un día, mientras cenábamos, le dije: «¡Venga, vamos a divertirnos!», y se dio la vuelta y me contestó: «¿Qué es la diversión?» ¡En serio! ¡Joder con la respuesta! Por una vez en mi vida me quedé sin palabras.

Parece ser que no sabía casi nada de mí, o al menos eso era lo que aparentaba. Después, en septiembre, cuando terminó el rodaje, vino a un concierto de PiL en el Roseland Ballroom en Nueva York, y empezó: «¡Ay, la hostia, no tenía ni idea de que te dedicaras a esto! ¡Qué pasada!». No sé qué veía en mí mientras rodábamos la película, pero está claro de que no estaba al tanto de lo que puede hacer el señor Rotten cuando se sube a un escenario… cómo me desmadro, cómo consigo meterme al público en el bolsillo… sobre un escenario soy completamente transparente, y quizás no fui capaz de transmitir esas sensaciones durante el rodaje de la película. Es una pena: Harvey podría haberme enseñado a canalizar esa energía y a volcarla en la interpretación. He coincidido con él alguna otra vez y nos llevamos bien.

Me sorprendieron las buenas críticas que tuvo mi interpretación en *Order of Death*. Barry Norman, el crítico de la BBC, dijo algo así como: «De momento, muy bien, pero habrá que esperar a ver qué hace en su siguiente película para decidir si es realmente un buen actor o si se limita a interpretarse a sí mismo». ¡Pues claro que no era yomismo!

Era consciente de que estaba fuera de mi zona de confort, pero tampoco me parecía una experiencia demasiado interesante. No me gustaba ese tipo de tensión. Puedo entender la tensión que sientes cuando te preparas para un concierto: cuando sales por fin y actúas puedes disfrutar de una hora y media de alivio. Pero en una película son quince horas de espera para hacer el trabajo en un minuto, y un par de planos laterales desde distintos ángulos. Es muy confuso, mentalmente. ¿Qué demonios se supone que puede uno transmitir? En el momento en que ruedas el tercer plano desde atrás, es cuando de verdad empiezas a hacerte con el papel, y es entonces cuando has conseguido expresar cinematográficamente toda la tensión y la ira y la angustia, y has desarrollado el personaje al máximo… precisamente cuando te ruedan de espaldas. Viven en un universo diferente, y yo soy incapaz de verle la gracia.

Me negaba a aceptar que la película que se estrenaría en los cines escapaba totalmente a mi control. Los recortes de película que acabarían tirados en el suelo de la sala de montaje podían ser perfectamente lo mejor de mi interpretación. Eso da miedo. Me conozco bien: sé que no puedo trabajar en un ambiente en el que no pueda opinar sobre el resultado final. Me gusta involucrarme en todo el proceso, desde el principio hasta el final, y no me sirve lo que han decidido de antemano otras personas, eso no funciona conmigo. No me veo como un instrumento más. ¡No soy

un instrumento! Los actores se dan mucho bombo y ganan premios, Oscar, lo que queráis; pero en realidad no son más importantes que los modelos en los desfiles de moda. Eso es todo lo que sois, colegas: una especie de percheros.

Así que decidí cerrarle la puerta a la interpretación, y entonces empezaron a lloverme las ofertas. Ay, Dios, ¿sabéis una cosa? Rechacé un papel en *Critters*, una versión barata y desagradable de *Gremlins*. ¡Cuánto me alegré! ¡De menuda me libré! ¡Cómo podía hacer una peli como ésa, luchar contra esas bolas de pelo marcianas!

Me propusieron muchísimos papeles, pero finalmente mi faceta interpretativa se fue reduciendo poco a poco. Rechazaba todas las propuestas automáticamente, sin tener en cuenta que algunas tenían un potencial enorme. No debía de haberme comportado de esa manera. Me equivoqué. He cometido muchos errores parecidos a lo largo de los años. Me veía interpretando un papel protagonista en una peli romántica, en plan Cary Grant. Eso es lo que les decía a los agentes y ¡errorrrr, puerta cerrada!

Bueno, pero mi ausencia sirvió para algo, porque —¡aleluya!—, Keith se decidió a salir de su depresión. Se le ocurrieron algunas ideas verdaderamente buenas para componer melodías y canciones para la película. Una de ellas, «The Order of Death», un tema en el que Keith invirtió mucho trabajo, era tan buena que decidieron incluirla en la película.

Por fin habíamos conseguido demostrar que podíamos trabajar en diferentes campos pero sin distanciarnos de PiL, aprovechando la misma fuerza centrípeta. Entregamos a los productores muchos temas musicales más, pero parecía que tenían miedo de que Johnny Rotten y su grupo se hicieran con el control de la película si la situación se les escapaba de las manos, así que rechazaron de plano nuestro material. Era una película con un actor famoso de verdad, Harvey Keitel, y no querían que un advenedizo como yo, que ni siquiera sabía actuar, se hiciera con la situación. Así que contrataron a Ennio Morricone para la banda sonora, un compositor que en esa época no era tan prestigioso como ahora. La gente pensaba que se limitaba a hacer basura para los *spaghetti western*… ¡Lo ridiculizaban, se burlaban de él! Y ahora, unas cuantas décadas después, se le considera una especie degenio.

Así que, para bien o para mal… ¡Guau! la bestia había despertado. Keith había vuelto a entrar en acción, y hubo una breve explosión de energía realmente positiva e interesante. Los celos nos habían estado acechando: Keith pensaba que me estaba convirtiendo en un personaje demasiado importante para la situación de la «organización paraguas de PiL», que fugarme para protagonizar una película italiana era el colmo, y entonces pensó que podía acabar perdiendo el control de una u otra manera. Quizá creyó que les había abandonado, sencillamente, aunque ése no es mi estilo, en absoluto. Pero soy capaz de entender esa inseguridad, porque yo también he estado en esa posición, mi banda me ha dejado tirado. Lo comprendo y no lo comprendo. Creía que nuestra amistad estaba por encima de esas cosas, y él tendría

que haber sido más sincero. Y, siendo justos, no había ningún otro proyecto en marcha.

Ah, y esto es lo más divertido de todo: cuando estaba rodando la peli en Roma, Jeannette apareció por allí con una amiga y se quedó un par de días: se presentaron sin más. Estuvo muy bien, porque parecía que empezaba a comprender la faceta multidisciplinaria de PiL. Habría sido una oportunidad perfecta para filmar la experiencia del rodaje, pero se olvidó de traer la cámara. O igual *sí* la trajo, y simplemente no volvimos a acordarnos de las imágenes que rodó. Creo que esto último se acerca más a la verdad.

Me gustaría que todo el mundo entendiera, cuando hablo de Jeannette, que lo mío con ella fue en todo momento una relación de trabajo. No soy demasiado dado a perder el culo por cualquiera, no es mi estilo. Por eso creo que nuestra relación profesional era tan buena. De todas maneras, cuando recuerdo aquellos tiempos, la verdad es que ella estaba en medio e intentaba salvar mi amistad con Keith, aunque era inútil, eso no podía funcionar. En realidad, no puedo recordar por qué dejamos de vernos. Creo que tuvo algo que ver con su enfado con Keith. Desde luego, no había ningún problema serio entre ella y yo; después de romper con Keith, seguía viniendo a los conciertos. Simplemente, fuimos perdiendo el contacto.

Los rencores de Keith eran absurdos, profundos e injustificados, y en aquel entonces, parecía que todo giraba alrededor de su problema con las drogas. Como he dicho antes, tenía demasiada sangre en la droga que corría por sus venas. Si lo estaba pasando mal porque no podía conseguir un chute, todos teníamos que padecerlo. Y ¿hasta qué punto se puede aguantar esa situación? Puedo tolerar cualquier cosa a una persona creativa, pero cuando se esfuma la creatividad, es realmente difícil de soportar. Para mí, la adicción es una de las expresiones más sofisticadas de la estupidez. La falta de disciplina y de autocontrol. Uno nunca debería llegar a esa situación.

No quiero que nadie piense que soy un hipócrita. Reconozco que no soy ningún santo, pero nunca he sido un adicto. La moraleja de todo esto es que no se puede perder el control, porque si no ¿qué sentido tiene? *No* debes perder el control.

En noviembre de 1982 a Keith no se le ocurrió otra cosa que casarse en Nueva York, y su matrimonio duró unas dos semanas; luego volvió a rastras al loft, solo. Fue una chaladura, una excentricidad, una decisión absurda: una situación que nunca llegué a entender del todo, y eso que fui el padrino. Ella se llamaba Lori Montana, y era la bajista de un grupo llamado Pulsallama. No sé dónde la conoció. Era una chiquilla encantadora, absolutamente inocente y desprejuiciada. Una especie de hippie chic. No le pegaba nada. No paraba de decir: «¡Ha conseguido que me desenganche, nos va a ir genial!». Bueno, pues se acabó enseguida. Fin de la partida.

En todo momento, mientras tuve que enfrentarme a esta situación, había una idea que no podía quitarme de la cabeza: este tío tiene un potencial increíble que podemos explotar. Pero llegó a un punto en que dejó de trabajar esa destreza. No sé por qué.

Creo que dudaba de sí mismo, y, sin embargo, yo nunca dudé de él. En cualquier caso, esa información jamás llegó a su cerebro, nunca entendió que podía contar conmigo, que estaba de su lado.

Tenía la impresión, cada vez que intentaba hablar con Keith en aquella época, de que pensaba que yo era un parásito que vivía de su talento. Ésa era la conclusión que sacaba de nuestras conversaciones, que eran siempre breves, secas, acompañadas de esa sonrisita de suficiencia. Pensar que yo estaba dispuesto a perder tiempo y dinero trabajando a sus espaldas en *sus* ideas, unas ideas en las que yo no pintaba nada, era el colmo del absurdo. En esos momentos, cuando la luz del amanecer te permite ver la verdad, resulta bastante doloroso.

No estaba dispuesto a renunciar a PiL. No quería que gente como Keith y/o cualquier otro componente del grupo se fugaran y se apropiaran de mi banda. Puede que esta comparación suene ridícula, pero era algo similar a lo que le sucedió a Ted Turner. Recuerdo perfectamente cómo era la CNN cuando él la puso en marcha, y entiendo la rabia que sintió cuando vio en lo que se había convertido. Y lo que más le sacaba de quicio era que los directivos de la compañía se hubieran desecho de él. Es una gran tragedia. En la actualidad la CNN es una auténtica farsa. No podía dejar que sucediera algo así con PiL, con «mi propia criatura».

Es cierto que consideré la posibilidad de grabar un disco en solitario. A través de un amigo, Roger Trilling, me ayudó a introducirme en la escena experimental cercana al sello ECM. Producían un montón de discos en los que un solista le sacaba sonidos extrañísimos a un violonchelo, pum, bing, twannnggg… secuencias eternas, lentas, melodiosas, algunas totalmente absurdas. En el loft, me gustaba escuchar ese tipo de música de fondo mientras me dedicaba a hacer mis tareas cotidianas. Me parecía una manera muy cómoda de utilizar esta música, en lugar de sentarme y pensar «joder, este colega se revuelca en su propia mierda…».

Llegué a la conclusión de que necesitaba hacer un trabajo en solitario que tuviera esa orientación. ¿Vanguardista?, ¡Oh, sí! Pero no en ese sentido, obviamente. Me alucinaba que esta gente tuviera semejante descaro, y recuerdo mantener discusiones con algunos musicólogos en conciertos de ese tipo de música que decían: «No, este tío ha estudiado en la Royal Philharmonic durante cuarenta años». Pero ha acabado haciendo esto… ¡boonggg! Y ¿por qué no? Estaba empezando a asimilar que aquello era lo que de verdad le apasionaba a esta gente; estudiaban la calidad tonal de un punteo abstracto y aleatorio, por ejemplo, o se tiraban un pedo por un instrumento de viento. Estaban tan enamorados del sonido que el virtuosismo musical y la estructura no tenían sentido para ellos. Una visión maravillosa del funcionamiento de la mente humana. Si vierais la colección de discos que tengo en casa… «Bueno, aquí tenéis un poquito de música de baile, pero dejadme que os enseñe el material serio…» Puedo despejar una habitación en cuestión de minutos con estos discos.

En cualquier caso, mi gran plan fracasó: mi aventura en solitario nunca llegó a materializarse. Estaba tan pendiente de la fragmentación del grupo que en realidad

era incapaz de encontrar el tiempo necesario para trabajar por mi cuenta.

Por otra parte, los de Virgin querían que escribiera un *hit*. «Vamos, Johnny, ¿por qué no nos escribes una canción de amor para que podamos forrarnos», y yo decía, «Después de todo lo que he hecho hasta ahora, ¿con quién o con qué os creéis que estáis hablando?» La esencia fundamental de mi persona es, en mi opinión, que puedo escribir canciones pop muy buenas, pero no las escribo cuando me piden que lo haga ni cuando me lo ordenan, lo hago de manera bastante instintiva y natural. Si intentas entrometerte en ese proceso no va a funcionar, nunca. Hago lo que quiero, y de vez en cuando se da la casualidad de que hago algo realmente bueno. No soy ningún un creído, es así y punto. No voy a faltarle al respeto a mi talento escribiendo horteradas.

Así fue cómo surgió la idea de «This Is Not A Love Song». Todo empezó con un derroche de energía, porque Keith se atrevió por fin a meterse en el estudio y hacer algo por su cuenta. Había decidido que yo no sabía cantar, pero no era capaz de decírmelo a la cara. En realidad, en ese momento, era imposible conseguir que hablara contigo directamente, de ninguna cosa. Sabía perfectamente que yo conocía su juego. En cuanto le miraba a esos ojillos enrojecidos y malhumorados, le decía: «¿Qué quieres?». Y por eso me evitaba.

A través de terceros me enteré de las cosas que decía en el estudio, así que bajé para hablar con él, pero no estaba allí, y dije: «Bueno, ¿dónde está la cinta?». Escuché la grabación y pensé «está bien, podemos hacer algo con eso». Así que escribí una letra para la canción, algo que no suelo hacer. Me gusta estar presente desde el principio, para involucrarme a fondo en el desarrollo de la canción, pero en este caso surgió así. No teníamos bajista, así que Martin Atkins se trajo a un amigo de Londres llamado Pete Jones, que tocaba el bajo. No era ningún genio, pero fue una ayuda, y nos salieron algunos conciertos.

Nunca hablamos de nada parecido a una «orientación musical». Cualquiera que haya trabajado conmigo sabe que lo hago todo sobre la marcha. Sin embargo, tuvimos muchos problemas con esta música que estábamos intentando grabar, porque Keith no valoraba lo que había hecho, creía que era una basura. Y no lo era. Sencillamente, él no había sabido apreciarla. Estaba convencido de que las frases de guitarra que había compuesto no se podían aprovechar, y *no* era así. Estaban muy bien pensadas. Había perdido el hilo. Al final, la mala bilis, el rencor y el resentimiento dejaron de tener gracia. Sentía todas esas cosas de verdad. Era como una mermelada de grosellas sin azúcar.

No sé qué pretendía Keith, pero en cierto modo no quería que yo participara, y pensaba que el grupo era suyo, así que tenía que parar eso de alguna manera. La separación no se puede atribuir a una sola razón, sino a una serie de incidentes que tuvieron lugar entre mayo y junio de 1983, más o menos. Lo más urgente en ese momento era que teníamos algunas fechas cerradas en julio en Japón. Habíamos tenido problemas para conseguirle un visado, pero él sabía perfectamente que no

podría sobrevivir a un viaje de avión. Ni siquiera habría aguantado un viaje en furgoneta desde Nueva York a Pensilvania, y sólo se tardan tres o cuatrohoras.

No me siento en absoluto culpable de haber roto mi relación con él. En aquel momento fue casi como si se me hiciera la luz, porque me liberé de la esclavitud en la que se habían convertido algunos exmiembros del grupo. Lo único que quería era seguir adelante y trabajar duro, coger tablas y enfrentarme a la tensión y al miedo de las actuaciones en directo, que es en definitiva la mayor recompensa de estar en ungrupo.

Sólo necesitaba una banda. Ya me había comprometido a tocar en Japón, y había que sacar la gira adelante. Me puse a buscar, valoré todas las posibilidades, y acabé contratando a unos tipos que encontraron Martin Atkins y nuestro productor, Bob Miller, después de mucho rastrear. Tocaban versiones de temas conocidos en algunos hoteles y bares de Nueva Jersey. Los demás músicos que estaban disponibles nos querían cobrar un dinero que no podíamos pagar, así que contratamos a estos tíos, que se presentaron con sus trajes resplandecientes y con el pelo corto por delante y largo por detrás, ese peinado que tanto se llevaba en los ochenta. Y pensé «¡guau, esto puede funcionar!». Su imagen era tan opuesta a la nuestra que hasta tenían gracia, y, como personas, me cayeron muy, muy bien.

Me fui hasta Atlantic City para conocerlos, y creo que tocaban en el Holiday Inn, porque eso es lo que yo le decía a todo el mundo: «Mirad, me he hecho con la banda del Holiday Inn». Y lo decía con respeto; estaba convencido de que sería un estímulo para mi público, para esos cabrones sentenciosos. Para mí, lo único que puede perjudicar de verdad mi imagen es dar un concierto de mierda. Y pensé «bueno, una mierda no va a ser», y de hecho todo el mundo se lo pasó demiedo.

Les hacía mucha ilusión viajar a un sitio como Japón, después de tanto tiempo sin salir de Nueva Jersey. En cuanto a talento musical, estaban a años luz por delante de mí, pero yo les llevaba una gran ventaja en otro sentido, porque eran incapaces de asimilar que mis canciones no tenían estructura y que estaban deslavazadas aposta, así que tuvimos que estudiar detenidamente qué temas tocaríamos. Y estuvo muy bien, porque en esa época me había dado por asesinar canciones pop —bien fuerte, además—, y experimentaba con las restricciones formales del estribillo para ver cómo podía convertir eso en algo emocionante.

Incluso tocamos «Anarchy In The UK». ¡Con los peinados que llevaban estos tíos! ¡Fantástico! El dilema era «¿se dedicará la gente a escuchar la canción o se fijarán sólo en los pelos?». A los coleguillas del Holiday Inn les aterrorizaba enfrentarse a «Anarchy», pero al mismo tiempo les parecía que la canción tenía un par de huevos y les encantaba. ¡Ahí estaba el guitarra solista, Joe Guida, con sus vaqueros ajustados y sus deportivas blancas, las piernas separadísimas, y aquel peinado, tocando un riff de guitarra realmente cojonudo! ¿Sabes una cosa? Si escribes una canción como «Anarchy», tienes que entender que no es una canción para unos pocos elegidos, es para todo el mundo. Hay que ser magnánimo y compartir el

mensaje.

Virgin nos estaba presionando para que grabáramos un disco en directo en Japón, pero me di cuenta de que si lo hacíamos saldaríamos la deuda que habíamos contraído con ellos. Y teníamos que velar por el negocio, para que la discográfica no perdiera el interés en nosotros. No voy a echarle a Virgin la culpa de todo; entiendo que soy una persona muy difícil de tratar. Cuestionaba su visión de la economía prácticamente todos losdías.

Además, nos ayudaron a que PiL se consolidara por fin como un grupo de directo, y la segunda mitad del año 1983 nos la pasamos en la carretera. No podíamos imaginar que, en realidad, nadábamos contra la corriente imperante en la música de la época. La pasta estaba ahora en la producción de vídeos, y a todos esos grupos impersonales que estaban de moda les daba igual tocar en directo. Ahora que te podían dar gato por liebre y venderte la música de esos grupos, era imposible saber cuáles eran las posibilidades de las bandas de verdad. Montaban un espectáculo de luces, ridículo y caótico, y te convencían de que, en realidad, la música se reducíaa eso.

Empezamos a trabajar con un escenógrafo que se llamaba Dave Jackson, que se encargaba de la iluminación, pero nuestro método era muy diferente del de los demás. Nos montó un «aseo» en el escenario, con un fondo de azulejos blancos y urinarios. ¡Un planteamiento verdaderamente limpio e inmaculado! ¡Qué vergüenza sentí cuando mi hermano Jimmy, después de un concierto que dimos en el Hammersmith Palais en noviembre se meó en uno de los urinarios… se creyó que eran de verdad!

De modo que también se me puede acusar de haber falsificado urinarios en esta vida criminal que he llevado. La idea era que el entorno aséptico de los baños públicos es el lugar ideal para que a uno se le ocurran grandes ideas. El cuarto de baño es un sitio increíblemente aburrido al que uno tiene que enfrentarse para deshacerse de sus excrementos, pero también es un lugar en el que puedes divagar y se te pueden ocurrir miles de cosas. O te pones a pensar, o te dedicas a meneártela. Quiero decir, algunas de mis mejores canciones se me han ocurrido cuando estaba sentado en el retrete. No os voy a decir cuáles son, porque me las cargaría; no quiero que nadie piense en un buen zurullo cada vez que escuche mis canciones.

Más o menos en esa época tocamos en directo en el programa de Channel Four *The Tube*. Recuerdo que tenía un gripazo horrible. Siempre que se te presenta la oportunidad de aparecer en la tele, suele ser al final de una gira difícil, dura, y yo siempre estoy totalmente agotado y acosado por la gripe. Eurythmics también estaban invitados y, al parecer, el guitarrista del grupo, Dave Stewart, era un poco borde: se definía a sí mismo como un genio. Bien está lo que bien acaba, porque Annie Lennox nos pidió que disculpáramos sus modales. Es una persona adorable, Annie. Le tengo un enorme respeto. ¡Es la mejor! Desde que escuché «Sweet Dreams», caí redondo a sus pies. ¡Yupiiii! ¡Déjame que me tumbe para subirme a la montaña rusa de tus perversiones, cariño!

En nuestros conciertos, descubrimos que había un uno por ciento del público que acudía para herirnos —en sentido literal— a nosotros o cualquiera que se interpusiera en su camino. No sé cómo definir a ese tipo de personas —acosadores, fanáticos, psicópatas— pero la realidad es que están convencidos de que tú no eres lo que ellos piensan que deberías ser. Pueden hacerte bastantedaño.

En el Paradiso, en Ámsterdam, un tío saltó al escenario con un destornillador e intentó clavármelo en la espalda. Afortunadamente, no estaba afilado, pero me dejó una buena señal. Y, por supuesto, subieron los Ángeles del Infierno, que se encargaban de la seguridad, y quedaron como unos auténticos gilipollas. No hay nada más desagradable que unos patanes con exceso de masa corporal corriendo por el escenario como si fueran personajes de la serie *Los nuevos ricos* y armando un buen cristo. En realidad, el verdadero motivo de que me apuñalaran en la espalda fue que uno de los guardas de seguridad se empeñó en sujetarme. Intentaba protegerme, pero al inmovilizarme las manos no podía defenderme, así que, sin querer, me convirtió en un blanco fácil: una diana de dardos. Menudo cabreo.

Es bastante grave que hayamos tenido que sufrir tantas agresiones en Public Image: muchas más que con los Pistols. La situación era la siguiente: yo estaba intentado evolucionar, desarrollarme, les enseñaba el resultado de mi trabajo… pero esta gente quería que me quedara anclado en el pasado. Siempre el mismo problema. Si no te gusta lo que hago, me parece muy bien, sigue a lo tuyo, circula, deja de acudir a mis conciertos para exigirme que retroceda diez pasos y me regodee en la seguridad de mi pasado. No te líes, no voy a hacerlo. Es verdad que han pagado una buena pasta por la entrada. Siempre insisto: a menos que se pasen de verdad, no los echéis, pero cuanto más generoso eres, más se encienden y entonces empiezan las broncas y la gente se forma una idea equivocada. «¡Sí, vamos a un concierto de PiL: puedes abuchear al cantante, tirarle cosas e intentar apuñalarle, es genial!»

Joder, ¿en qué clase de mundo vive esta peña? Ninguno de los tíos que se dedican a hacer este tipo de cosas son lo que yo definiría como radicales. Son unos cabrones solitarios que justifican sus actos asegurando que intentan salvar al mundo de gente como yo, con la maravillosa excusa de que me he «vendido», signifique eso lo que signifique.

Parece ser que el origen de esta idea de «venderse» se remonta al disco de los Who *The Who Sell Out*, esa gloriosa parodia de la publicidad. La fotografía que aparecía en la portada del primer disco de PiL era un guiño a ese disco: ¡Nuestra versión personal de la foto de Roger Daltrey en una bañera llena de alubias Heinz! Era una idea muy avanzada para la época, la noción de antipromoción. A veces los que nos movemos en este mundo de creatividad nos adelantamos a la capacidad mental de un sector del público. Y, como diría Shakespeare, sí, ahí está el obstáculo.

Las ironías me divierten muchísimo. «This Is Not A Love Song» era, para mí, una continuación de «Pretty Vacant». Ya sabéis, ni soy guapo [*pretty*] ni soy estúpido

[*vacant*]. Y «This Is Not A Love Song» es una canción de amor. La idea era criticar lo comercial y la codicia, de ahí la yuxtaposición dentro de la canción: «Feliz de tener, en lugar de no tener. / Hacer grandes negocios es lo más sensato / y yo estoy a favor de la libre empresa». Pero, en realidad, opinaba justamente lo contrario. Dices una cosa, pero en realidad significa otra.

Lo que de verdad me provoca una felicidad inmensa es haber conseguido escapar a los dictados empresariales de Branson y de Virgin. No había escrito las canciones que ellos querían que escribiera. No me había convertido en un artista gilipollas y comercial, que es lo que me habría pasado seguramente si me hubiera dejado guiar por ellos. Si les hubiese hecho caso, ahora sería otra persona. Mi carrera sólo habría durado dos años, y habría ganado tanta pasta que no habría tenido que negociar con nadie nunca más. Pero eso no me interesa. En absoluto. Sencillamente soy incapaz de hacerlo; no me sale del corazón.

Cuando escribí «Love Song» mi intención no era confundir a la gente, pero, después, por supuesto que disfruté muchísimo con el abanico de posibilidades que se planteaban, y con los mensajes ocultos que los periodistas son capaces de encontrar. Me entusiasman estas cosas, y siempre soy el primero en salir a la palestra y decir «¡sí, por supuesto!», cuando en realidad jamás se me habrían ocurrido según qué interpretaciones. Es una canción ¿qué problema hay? Todo el mundo sabe que las canciones estimulan el intelecto. Me encantan mis temas pop, si quieres saber lo que dicen, ahí está la letra, escúchala. No es más que un ser humano que intenta explicar cuál es su lugar en el mundo e interpreta el entorno inmediato que le rodea. Y la ironía siempre estará ahí, porque es el mayor logro de la lengua inglesa, y es algo que, por desgracia, no existe en otras culturas. Sé con certeza que no puedes traducir estas canciones directamente al alemán, por ejemplo.

La música se había convertido de pronto en una actividad profundamente empresarial. Duran Duran sacó un single con un vídeo que había costado en torno a medio millón de libras. Puede que me equivoque en la cifra, pero por ahí se andaba. Y se lo sacaron de la manga. Los vídeos y las grandes producciones estaban a la orden del día. No se aprendía nada de ellos, pero he de confesar que me encantaba «Hungry Like the Wolf».

Años después conocí a Simon Le Bon. Un tipo curioso: en 1995 inauguraron el Hard Rock Casino en Las Vegas e invitaron a todos los músicos del universo. El mánager que me representaba en aquel entonces había conseguido un montón de invitaciones y nos pagaban el hotel. Se llamaba Eric Gardner y, aunque entonces no lo sospechaba, en realidad lo que quería el tío era jugarse la pasta en el casino. Cuando llegué allí, había tanta gente que no se podía ni entrar. Simon Le Bon se dio cuenta de que estaba en apuros, y empezó «¿no sabéis quién es?», y eso bastó, me dejaron entrar. Pensé «¡hay que joderse, tener que echar mano de Duran Duran para que Johnny Rotten pueda entrar en un edificio!» Me gustaba como amigo, y me gustaban muchas de sus canciones. Por ejemplo, «Girls on Film», ¿Para qué voy a

fingir lo contrario? Nunca he odiado otros tipos de música, de hecho, estoy abierto a cualquier cosa. ¡Hostia, si hasta tengo dos discos de Alvin Stardust!

En todo caso, rodamos el vídeo de «Love Song» en pleno centro financiero de la ciudad de Los Ángeles. Lo que hicimos fue conseguir un par de miles de dólares, alquilar un coche, una cámara barata, rodarlo, divertirnos y gastarnos toda la pasta en una fiesta una vez terminado el trabajo. Es lo que hago siempre. Me encanta hacer vídeos baratos: disfruto como un enano. Pienso en otras cosas en las que podría invertir ese dinero y ninguna me parece ni la mitad de efectiva.

Lo que les pasó a los de Virgin con «Love Song» me supo a gloria. El caso es que no les dio la gana de sacarla como single. Tenían clarísimo que iba a ser un fracaso comercial, así que encontré una compañía en Japón que estaba interesada en comercializarlo, y, aunque sabía que me arriesgaba a enfrentarme con Virgin, bueno, si estaban tan convencidos de que no tenía ninguna posibilidad de llegar a las listas, sentía que tenía derecho a buscarme la vida por otro lado. Como es natural, arrasó en las pistas de baile de Japón. Así que le presenté de nuevo la canción a los de Virgin: «No sé lo que habíais dicho de la canción, pero estabais equivocados. Es todo un hit. Ahora, o la sacáis al mercado o me lleváis a los tribunales y perdéis el juicio, pues tenéis un éxito comercial delante de vuestras narices». ¡Premio! Entró en las listas, como tenía que ser, y acabó en el Top Five. También fue un gran éxito en toda Europa, y en Alemania llegó al Top Ten. Antes de que Virgin se decidiese a sacar el single, ya habían llegado a Gran Bretaña muchas copias de la versión japonesa. «Love Song» estaba en boca de todo el mundo antes incluso de que se comercializara. Para los de Virgin era un éxito caído del cielo. ¿Qué más podíanpedir?

Por eso, a lo largo de los años, nunca he dejado de hacer diferentes versiones y revisiones de esta canción: es un recordatorio para los que mandan, para que no se atrevan a decirnos que no se pueden hacer canciones como ésta. Es un arma de guerra, es tan importante para mí como «EMI» de los Pistols.

La relación con Virgin se enturbió aún más cuando Keith Levene intentó lanzar en secreto un álbum basándose en el material en el que habíamos estado trabajando antes de que abandonara el grupo. Se llamaba Commercial Zone, no estaba terminado, algunas de las canciones estaban hechas con retales y, a mi modo de ver, daba bastante vergüenza escucharlo.

Simplemente, pensé «¿qué van a hacer ahora los de Virgin al respecto? ¿Me van a decir: “Te lo advertí, eso te pasa por trabajar con pirados como ése?”». La verdad es que me ayudaron a solucionar el problema, y fueron muy eficaces. Y después se trataba de intentar recuperar las cintas originales, y eran un auténtico caos… tuve que grabar de nuevo todas las pistas de lo que sería el álbum *This Is What You Want… This Is What You Get*. Estaba convencido de que había que desandar el camino para meter en vereda a esas canciones y que no se me escabulleran. He de admitir, sin embargo, que no conseguimos captar toda la intensidad de las maquetas originales.

Me ayudaron Martin Atkins y unas cuantas personas más, y la mayor parte del trabajo lo sacamos adelante en los estudios Maison Rouge entre enero y febrero de 1984. Los estudios estaban prácticamente debajo de las tribunas del campo del Chelsea: Stamford Bridge. Iba caminando desde Gunter Grove, pues todavía no había vendido la casa, y las noches en que había partido no podía dejar de pensar, «¡ay, Dios, nosotros paseándonos por estas calles con todos estos instrumentos extraños… entre miles de hinchas de fútbol…» Y en esos días siempre había alguien que gritaba: «¡Rotten! ¿Tú no eras del Arsenal, chaval?». Nunca lo había ocultado: cada uno es como es.

Parte del disco lo grabamos en los estudios Eel Pie de Pete Townshend. A eso se redujo nuestra colaboración con él. Pete tenía ganas de involucrarse en el proyecto, desde luego. El local estaba en Twickenham, justo a la orilla del Támesis, y estuvo a punto de inundarse un par de veces, porque el río se desbordaba. Townshend quería participar, pero yo, en cierta manera, pasaba del tema: pensaba que igual se convertía en una distracción y que el trabajo perdería naturalidad. Cuando se presenta una oportunidad así, si consideras que es el momento oportuno, entonces tienes que hacerlo, pero si no estás del todo convencido, no lo hagas. Déjate llevar por tus instintos.

El problema era que Martin y yo habíamos aprendido a pasárnoslo bien, sobre todo. Me encantaba experimentar con sus loops, pero, a fuerza de tanto trabajarlas, las canciones acabaron destrozadas y perdieron frescura. Se podría decir que en este disco la acción está precisamente en los espacios en blanco. El uso correcto del vacío llevado hasta sus últimas consecuencias.

Yo quería seguir adentrándome en el universo de la batería y las voces, a todo trapo. Respetaba muchísimo el modo de tocar la batería de Martin: el tío tenía un ritmo perfecto, sencillo, directo, y… creaba muchos espacios. Pero no se sentía seguro como batería, y quería dejarlo. «Bueno, y ¿qué demonios vas a tocar entonces? ¿La flauta?» Martin es como yo, no es precisamente un estudioso, no se dedica a profundizar en los pormenores y los entresijos de los instrumentos. Para nosotros los instrumentos son accesorios, no son la fuerza motriz.

Las canciones tenían títulos como «Where Are You?» o «Solitaire». Supongo que sentíamos una gran soledad en medio de aquel desierto. El título del disco, *This Is What You Want… This Is What You Get*, una frase que aparece en varios momentos a lo largo del disco, una especie de consigna, era una auténtica diatriba en contra de lo que yo veía que estaba sucediendo en los años ochenta. La gente estaba obligada a tragarse a la fuerza una dieta a base de pop vacío y superficial, sin contenido, y era totalmente imposible escuchar música inteligente, con mensaje. Si las letras de tus canciones decían algo interesante, la MTV se buscaba una razón para vetarte.

En ese mundo, el aislamiento era increíble. La relación que teníamos con Virgin había entrado en una fase en la que no nos hacíamos ni puto caso. Fue una época muy dura. Hola, soy Johnny, soy una niñera por naturaleza, y no os preocupéis, que

siempre os voy a tratar como si fuerais niños y, en realidad, nunca he dicho nada que no fuera cierto. Había augurado lo que iba a suceder y mis profecías se habían cumplido. Tenía que armarme de valor para no quedarme sin energía y conseguir que PiL no perdiera o conservara su esencia, porque nos movíamos en un mundo en el que te podían soltar en cualquier momento «¡jódete! Éste es el último vídeo de…», y entonces, aparecía Simon Le Bon en un yate. Y no es que tenga nada en contra de Simon, es un tío legal, pero en ese momento todo se reducía al presupuesto del que disponías para rodar un vídeo, y a mayor presupuesto, más atención. Así que las causas, las ideas o los principios se fueron a la mierda, y lo único que valía era, «¡Mira qué guapo me he puesto!»

Puede que me hubiera pasado un poco. Pero ¿sabéis qué? Todavía me iba a pasar más. No me dedico a esto para conseguir un puesto en las listas de éxitos, lucho para convertir el mundo en un lugar mejor. Soy tan chulo que estoy convencido de que esto que hago, sea lo que sea, beneficiará a la humanidad. En realidad, soy incapaz de verlo de otra manera. Todas las decisiones que tomo están basadas en esos principios y en esos valores. ¿Soy un anacronismo? Me di cuenta de que, definitivamente, mi visión de la vida era como la de un dinosaurio en plenos años ochenta, porque nadie estaba dispuesto a pensar en otra cosa que no fueran ellos mismos. Qué lástima ver cómo el punk había evolucionado hasta convertirse en eso. Y la música pop se tragaba cualquier palabrería con tal de que saliera de la boca de un productor importante.

Con la portada del disco pasó algo parecido: la discográfica había pensado en un fotógrafo famoso —llamado Norman Seeff, que vivía en Los Ángeles— para que trabajara con nosotros, y no entiendo por qué la cosa salió tan mal. «Va a quedar fenomenal si este tío te hace las fotos…» Entonces, organizamos algunas sesiones y no disfruté en absoluto, no conectaba con el tío para nada, y sólo hay que ver los resultados.

En Estados Unidos, en esa época, no teníamos discográfica. Tenía un par de contactos en Atlantic, y había muy buena química. Uno de los puntos de fricción era que no les gustaba demasiado el pobre Martin Atkins, así que una vez más me enfrentaba a una compañía a la que yo les parecía bien, pero que no podían soportar a la gente que trabajaba conmigo, por la razón que fuera. Pero ésa no fue la razón de que Martin y yo tomáramos caminos distintos: nunca he permitido que nadie me influya de esa manera. No me gusta dejar tirada a la gente, pero, al parecer, se me da bastante bien perder amigos. Una puerta giratoria que no paraba de funcionar.

En el verano de 1984 decidí que estaba harto de Nueva York. Llevaba tres años allí y ya era hora de seguir adelante. Así que… ¿por qué no regresé a Londres? Es difícil de explicar, pero tiene que ver con la falta de motivación. La falta de querer cambiar. El conformismo y esa actitud general de malestar y de pereza. «¿Por qué molestarse? (gran bostezo). A la larga, va a dar igual.» «¡Uf! ¡Pues no, *no va a dar*

igual!»

Pero, después, le doy la vuelta a la pregunta. «Y, en realidad, ¿por qué te fuiste? ¿Por qué no vuelves?» Y la respuesta es: «¡¿Qué?! ¿Cómo se te ocurre pensarlo, siquiera?»

Había expresado mi opinión y tenía fama de rebelde, sólo por hacer pensar a la gente, y estaba molesto. Los medios de comunicación iban a por mí y me trataban como si fuera un chico malo al que hay que darle su merecido, y era una situación muy peligrosa. Francamente, sabía que si no salía de Gran Bretaña, acabaría en la cárcel cumpliendo una condena muy larga. Las interminables redadas policiales en Gunter Grove no tenían gracia. No les veía la parte divertida. Cuando van a por ti, tarde o temprano te atrapan. De vuelta al póster de Poly Syrene: no puedes ofrecer la cabeza al verdugo una y otra vez. No tenía ningún aliado. Nadie me apoyaba. Era perfectamente consciente de que se podían falsificar las pruebas, así que estaba claro: vamos, adelante, largo deallí.

Además, creo que por mis venas corre sangre gitana. Soy un culo de mal asiento. Es mi forma de ser: me levanto y me largo. Cuando se acaban las facilidades, busco un nuevo espacio para volver a cargarme de energía.

Los ingleses suelen viajar a Nueva York porque no está demasiado lejos y es como otro Londres. Cuando llegas es una ciudad muy emocionante, pero al cabo de un tiempo te agota. Todo el mundo está muy nervioso, parece una obra de teatro que se interpreta a un ritmo frenético, ridículo. Me había pasado toda la vida corriendo y, si no tenía cuidado, llegaría corriendo a mi propia tumba. Y, por supuesto, en esa época, el ambiente se basaba en las drogas. Te guiabas por la nariz, por decirlo de alguna manera. En Nueva York, el cielo está casi siempre nublado. Durante el día, si te mueves en la escena musical, te sientes amargado la mayor parte de los días. Vives para la noche. Y yo no soy un vampiro. Disfruté de ese estilo de vida durante una temporada, pero ya era suficiente, gracias. Al final, me parecía aburridísimo.

Bob Tulipan, que nos había echado un cable con la parte comercial y administrativa, se había largado hacía un año, y habíamos contratado a un nuevo mánager, Larry White, que influyó mucho en que la banda se trasladara a Los Ángeles. Larry era un encanto. Llevaba a muchos grupos de surferos que, según descubrí, pueden ser unos tíos muy desconfiados. Tenía todo tipo de problemas con ellos, y no entendían qué hacía Larry con un imbécil tan cabreante como yo. Pero, por cortesía de Larry, al final todo el personal de nuestro equipo técnico eran surferos. Cuando tocamos en el Cornwall Coliseum en St Austell, en noviembre de 1983, nos alojamos en una pensión con una vista alucinante de la bahía de Cornualles… y había unas olas de un centímetro de altura, más o menos. Lo que nos pudimos reír burlándonos de estos tíos…

Ante la insistencia de Larry, enseguida todo se centró en buscar un espacio para montar una buena oficina en Los Ángeles. En junio del 84 encontramos un local de alquiler realmente barato en lo alto de las colinas, a veinte minutos en coche de

Pasadena. Era un espacio diminuto que se llamaba La Granada: una estructura de madera con paredes de estuco, ventanas de plástico con marcos de aluminio y pantallas, y un techo voladizo para que la lluvia no desgastara las paredes cuando le diera por llover. Bueno, lo que pasaba, básicamente, es que la edificación en cuestión estaba sobre un precipicio muy peligroso, así que, como sucedía en muchas de las casas de los alrededores, cada vez que caían cuatro gotas, se iba acumulando el barro en la parte trasera y, de manera lenta pero segura, la estructura de hormigón se erosionaba, se agrietaba, y acababas rodando montañaabajo.

Compartí la casa con Martin Atkins durante los últimos seis meses que estuvo en PiL. Empezábamos a tener problemas, y entonces mi hermano Martin se vino a vivir con nosotros; con él los problemas se multiplicaron. A Martin Atkins no le gustaba mi hermano. Y el sentimiento era mutuo, por cierto. Martin empezó a comportarse de una manera extraña. Le molestaba que llevara gente a casa. Yo quería que mi hermano Martin aprendiera todo lo que pudiera de los aspectos organizativos —le encanta la parte técnica de la música, el sonido, los sistemas de amplificación y todo eso— pero surgieron algunas fricciones. Entendía el punto de vista de Atkins, pero, por otra parte, era mi hermano pequeño… venga, tío, no te va a quitar el puesto.

Lo que sucedió es que mi hermano acabó trabajando con ese famoso guitarrista sueco, Yngwie Malmsteen, al que yo llamaba Manigwee… ya no recuerdo cual era el chiste. Fue muy bueno para Martin, porque se ganaba la vida y no estaba dando la lata en casa todo el rato.

Una de las ventajas de vivir allí era que los estudios de la KROQ, la influyente emisora de radio anglófila, estaban en Pasadena, y como estábamos tan cerca, les resultaba muy difícil no pinchar los discos de PiL en la radio. ¡Bien, ése era un buen comienzo! Gracias a ese contacto, el grupo se metió de lleno la escena indie de Los Ángeles, y conseguimos algunos conciertos en los alrededores de la ciudad y en los condados vecinos. El éxito fue inmediato. Los conciertos se llenaban de gente hasta lostopes.

El concepto de Los Ángeles es inexplicable para la mentalidad inglesa. Todo el mundo que llega aquí por primera vez no se lo puede ni imaginar. Es enorme, descomunal; sólo hay casas bajas, y sigue y sigue hasta el infinito. La gente no lo considera una ciudad, sino un consorcio indefinido de pueblos que se extienden a lo largo de más de cien kilómetros: y es una imagen que lo define a la perfección. ¿Cómo decía esa canción de Dionne Warwick?, «Los Ángeles es una gran autopista». La única manera de moverte es a través de las autopistas que comunican las diferentes zonas. Es una chaladura. Para hacer cualquier cosa te tiras cuarenta y cinco minutos encoche.

Aquel lugar no parecía tener ningún atractivo. Estaba muy lejos, parecía imposible, absurdo… el lugar del que venían los Eagles. Y allí estaba yo, en Los Ángeles, en la playa donde Neil Young se paseaba descalzo con su guitarra acústica en sus buenos tiempos.

Pero, sin darme cuenta, se convirtió en «¿por qué no?». ¿Qué había de malo en ello? Al menos esta gente no parecía dispuesta a odiarse, a matarse y a despreciarse. La competencia musical no era tan despiadada. Igual un poco de paz y amor en el mundo, cuando son sentimientos sinceros, no era una cosa tan mala. Después de Nueva York, era como: «Bueno, ¿qué prisa tienes?». Era una mentalidad que sólo se podía asimilar poco a poco, pero enseguida me di cuenta de que había muchas cosas divertidas que se podían hacer de una manera completamente distinta, en un universo distinto. Esto no era la gran ciudad, no estaba lleno de clubes nocturnos; para todo había que viajar y había que estar al sol y había que levantarse temprano: simplemente, era una forma alternativa de explorar la vida.

Parece ser que la gente como Rod Stewart y Tom Jones vienen aquí para desaparecer, para pasar desapercibidos, y lo entiendo perfectamente. Está claro que el rollo de «empezar desde cero» está muy presente en esta ciudad: huir de la corrupción que sientes que te arrastra. Es una aventura. Pero Rodney lo hacía con una ingente cantidad de dinero. Yo no, y desde luego nunca me vine aquí para estar cerca de la escena de Hollywood. Sin contactos, no hay interés.

Quiero dejar claro que no huía de nada: se trataba de arriesgarse, de desplegar las alas y buscar nuevos pastos, nuevos desafíos. Creedme, hacer las maletas y dejar atrás tus raíces es un gran reto, no se hace por comodidad.

Al principio pensaba: «¡Odio el sol, qué asco!». Pero enseguida me di cuenta de que ya no estaba enfermo todo el rato, como antes; habían desaparecido los catarros y la sinusitis, y los dolores de espalda de la meningitis pasaron a la historia. Aquel clima me sentaba realmente bien, contaminación incluida. Tardé un tiempo en adaptarme a ese estilo de vida: en realidad, todo se reduce a madrugar, disfrutar del amanecer y de la puesta de sol, y eso es mucho más emocionante que cualquier cosa que pueda ofrecerme una sórdida discoteca de Sheffield.

Cuando estábamos en nuestro refugio en Pasadena, Atkins se puso manos a la obra para formar una nueva banda, y publicó un anuncio en la sección de «Se buscan músicos» del *LA Weekly*. Decía algo así como, «sólo si te gusta PiL y odias el heavy metal», una manera de mostrar nuestras cartas, aunque era totalmente falso, dicho finamente. En el pasado, era cierto que la frase «Odio el heavy metal» había salido de mi boca, pero como ya sabéis, a veces digo una cosa para conseguir lo que quiero cuando en realidad pienso lo contrario.

Me quedé estupefacto cuando se presentó Flea a las audiciones en Perkins Palace, era fabuloso. Tocaba el bajo con ese estilo tan característico, percutiéndolo, y no era precisamente lo que yo buscaba, pero… «¡Sí, quedas contratado!», pero después dijo: «Bueno, en realidad, no puedo…». Al parecer tenía algunos problemas con su grupo, sus compañeros de los Red Hot Chili Peppers, que en esa época empezaban a dar sus primeros pasos. Creo que sólo quería recordarles que podía largarse en busca de mejores rumbos, pero hizo lo que debía y se quedó con ellos, y los Chili Peppers siguen dando conciertos. Me habría encantado trabajar con él.

Gracias a esas audiciones encontramos a Mark Schulz (guitarra, 20 años), Jebin Bruni (teclados, 18) y Bret Helm (bajo, un poco mayor), y en octubre ya habíamos ensayado bastante y estábamos preparados para iniciar una gira por la Costa Este y por la CostaOeste.

Atkins y yo, sin embargo, no acabábamos de ponernos de acuerdo. Martin me cae fenomenal. De vez en cuando teníamos una sesión de gritos telefónicos, y el tío siempre sabía encajar el golpe. Pero también podía ser un chico muy malo. No podía confiar en él, porque era capaz de vender a su madre por dinero. Pero yo quería que siguiéramos siendo amigos.

En cualquier caso, nuestra amistad se fue al garete por un problema que surgió justo antes de comenzar nuestra gira por Australia y Japón, el día de Año Nuevo en 1985: la noche anterior me dijo que quería más dinero y yo le respondí: «Eso es imposible, Martin. Me has dado tu palabra». No le bastaba con compartir los beneficios, quería más, y sabía que, en ese momento, yo no tenía alternativa. Pero cuando se plantean este tipo de situaciones —y yo he tenido que enfrentarme a ellas en varias ocasiones, con distintos miembros del grupo— siempre se dan la vuelta y te contestan: «Bueno, yo no he firmado ningún papel». Y, cuando trabajas con alguien como yo, te la estás jugando si dices eso. En cuanto sospecho que se trata de un problema de codicia… ¡Se acabó! Intentamos solucionar nuestras diferencias durante la gira, pero ya no había nada que nos uniera, llegados a ese punto decidí aislarme de él.

Otro problema era que no había sabido entender la idea de que PiL era una organización que abarcaba otras cosas aparte de la música. Siempre que algún miembro de la banda crea un problema, lo primero que asegura es que quiere dejar la música y dedicarse a otra actividad, pero sin dejar de cobrar de PiL. Y lo que suele suceder en realidad es que tienen en mente formar su propia una banda, lo cual es una falta de respeto. Atkins también era de esos.

Nunca volveré a cometer el error de mostrarme abierto con la gente en ese sentido, porque entonces se creen que pueden saquear tranquilamente la caja fuerte. Tengo que arreglármelas para guardar el dinero suficiente en la cómoda para futuras operaciones, pero no soy imbécil y no voy a darles dinero por adelantado para que se lo gasten en algo que está claro que es un engaño. Ésa es la frontera que no han sabido respetar siempre que ha sucedido algo parecido.

Antes de partir hacia nuestra gira por el Lejano Oriente, Nora vino a verme. Casi sin querer, descubrió una casita preciosa que estaba a la venta en Venice. Al parecer, el banco se había quedado con ella, probablemente los dueños anteriores no habían podido pagar la hipoteca o lo que fuera. Nora la compró por una miseria. Apenas sabíamos cómo era la casa, fue un movimiento impulsivo. Entramos y nos encantó. Era pequeña, pero no somos ese tipo de personas que necesitan veintidós habitaciones. No organizamos cenas formales, no somos así. Con tres platos y unos cuantos cubiertos somos felices.

Nos mudamos y rompimos todos los lazos con Larry White y con Martin Atkins. ¡Desde entonces, la vida en Los Ángeles fue *fantástica*!

Mi hermano pequeño, Martin, es como una bandera, tiene el don de reunir a la gente su alrededor. Cuando era joven, era un tío muy grosero y —¡*joder*!— un auténtico alborotador. Pero de mayor, ha resultado ser un tío muy abierto y sociable; es capaz de hacer amigos allá donde va. Se le da bien todo aquello que yo soy incapaz de asimilar. Está abierto al contacto. Quizá es por la posición en la que me encuentro. Desconfío de la gente que se acerca para hablar conmigo. Me cuesta trabajo saber lo que buscan en realidad. ¿Buscan al Johnny Rotten del mundo del espectáculo —al personaje público—, o al ser humano?

Martin se vino a vivir con nosotros a Venice, porque la casa tenía una pequeña cabaña al lado. Era nuestro vecino y compartía aquella casita con nuestro guitarrista Mark Schulz y de vez en cuando con Jebin Bruni, el teclista y Bret Helm, el bajista… así que teníamos allí reunida a toda la escena musical de Los Ángeles. Era todo muy raro, algo parecido a la serie *The Young Ones*. Eran los chavales de al lado. Me encantaba Jebin, un personaje bajito. Llevaba el pelo de punta, moreno y con púas: parecía un erizo. Tenía un gran potencial como teclista. Un día se trajo un acordeón porque yo le había dicho tontamente que mi padre tocaba el acordeón y se imaginó que yo sabría tocarlo. ¡Error!

Cada dos por tres, decíamos «vamos a bajar al sótano» porque la casa tenía un sótano. Juntábamos los cabos sueltos de alguna idea insignificante para una canción y aporreábamos un rato los instrumentos allí abajo. Teníamos que imaginarnos cómo sonaría aquello con batería, hasta que nos hicimos con una caja de ritmos. Y, aun así, teníamos que adaptarnos a las limitaciones de la máquina, porque no hay nada que pueda sustituir a un buen batería. Así que, más que canciones, eran aproximaciones. Lo pasábamos muy bien. Salieron muchas cosas buenas de allí, buenas canciones como «Fishing», «Round» y «Ease».

Así fue como empezó a gestarse *Album*. Howard Thompson me había conseguido un contrato con Elektra en los Estados Unidos, y me estaban presionando para que grabara mi primer disco para ellos; por no hablar de los tipos de Virgin, a los que había que mantener tranquilos en la madre patria. Fue entonces cuando recibí una llamada de Bill Laswell, ofreciéndose como productor.

Lo había conocido a través de Roger Trilling, que también me había presentado a la gente de la discográfica vanguardista ECM. Con Roger había coincidido en los clubes de Nueva York. Me había escuchado decir por casualidad: «¡Odio el jazz! ¡Soy incapaz de pillarle la gracia!». Y me dijo: «bueno, se la pillarías si vinieras a echarle un ojo a mis discos…». Una oferta muy tentadora para alguien como yo. No había merca de por medio, se refería estrictamente a la música, y me encantó ir a su casa y no hacer otra cosa que escuchar todos esos gruesos vinilos de jazz. Hicimos muy buenas migas, y gracias a él conocí a Laswell, pues creo que en esa época Roger

era su agente.

Había sido él quien me había puesto en contacto con Afrika Bambaataa, y habíamos grabado un disco uno o dos años antes. La canción se llamaba «World Destruction», y el disco salió al mercado con el seudónimo conjunto de Time Zone. Corría el año 1984, el rap aún estaba en pañales. Creo que lo que Afrika Bambaataa buscaba en mí era un poco de *toasting* jamaicano, y yo no estaba seguro de estar preparado para adentrarme en ese mundo. Pero, en términos generales, se puede decir que Time Zone le dio un buen empujón al rap. Sonó mucho en las discotecas, y sirvió para que la gente dejara a un lado sus prejuicios, decían: «Guau, esto es interesante, nuevo y diferente».

Afrika, ¡qué tío tan encantador! Su idea de «nación» y de paz, todo era glorioso y maravilloso. He de reconocer que la letra era íntegramente suya —¡me da mucha rabia admitirlo!—, pero el estribillo era mío, eso sí; «¡Tiiiime zoooone!» Me di cuenta de que la canción necesitaba un eje central. En el vídeo absurdo y cutre que rodamos parecía que los ojos se me iban a salir de las órbitas, pero mi intención era subrayar la emoción y la excitación que había sentido al grabar este disco, no sé si acerté o me equivoqué.

Aprendí muchas cosas durante el proceso de grabación de esa canción: había un corista, Bernard Fowler, de los Peech Boys, que me enseñó a mantener un tono —técnicamente, a mantener una nota sin dejar que vibre, para darle más énfasis y más fuerza—. Había grabado otra canción más con Laswell, con un grupo llamado Golden Palominos, pero la habían compuesto ellos y creo que me precipité un poco al aceptar esa invitación. En cualquier caso, era trabajo, y me sirvió para aprender a adaptarme a otras situaciones, que es lo que estaba pidiendo a gritos.

El caso es que lo había conseguido ¡Premio! Bill sería el colega con quien trabajaría en el nuevo disco de PiL. A los de Elektra les pareció perfecto, así que llamé a Laswell de nuevo y le dije: «¡Sí, bien, perfecto, viva!» A Bill se le respetaba mucho en el mundo de la música: le respetaba la industria, le respetaban los músicos y, para mí tenía el peligro de que me llevaba mucha ventaja, era un músico de primera división. No fue una relación fácil. Contaba con el apoyo de un tío tan importante como Roger Trilling y yo era consciente de que la sensibilidad de Laswell podía convertirse más adelante en una fuente de conflicto.

El rollo de Bill era el de la boina y la barba, una estética que completaba con cierta afición a las chaquetas de cuero. Pero no me refiero a las chaquetas cortas, las de los moteros, sino a las americanas de cuero, como las que llevaban los gánsteres de Nueva York, los irlandeses sobre todo, y algunos tipos engominados de lamafia.

Era socio del famoso estudio The Power Station, y empezamos a trabajar allí en agosto del 85. Llegué con mi grupo de jovencitos de Los Ángeles —sin batería, por supuesto— y la cosa no funcionó. Mis pequeños mocosos se dejaron vencer por la presión. Les superó todo aquello de viajar en avión a Nueva York, las habitaciones de hotel, los locales de ensayo, las bandas que entraban y salían constantemente, lo

habitual en Nueva York —todo el mundo se relaciona contigo en los locales de ensayo, todos son tus amigos— y les venció el pánico.

Cuando llegó el momento de la verdad y se metieron en el estudio para grabar las pistas de acompañamiento, no estuvieron a la altura. Para ellos era muy difícil, por ejemplo, entender de qué iba «Rise». Me di cuenta de que, sencillamente, no tenían el nivel suficiente. A Laswell y a mí nos estaban volviendo locos, así que nos dijimos: «Mira, tenemos que sustituirlos, no va a funcionar. No nos va a llegar el dinero si tenemos que dedicar tanto tiempo a arreglar las grabaciones». En ese momento, yo también estaba aterrorizado, pero Bill Laswell dijo: «Ay, Dios, vamos muy retrasados; vamos a hacer unas llamadas a ver si encontramos a alguien que quiera grabar contigo». Porque pensábamos que nadie querría.

Y, además, se nos planteaba un dilema: «Mierda, necesitamos contratar a alguien, pero todos los que encontremos van a ser músicos conocidos y tendrán que aparecer sus nombres». Sin pensármelo un momento, decidí —y todo el mundo estuvo de acuerdo conmigo— que no figuraría ningún nombre en los créditos. Aparcaríamos el ego en beneficio del disco, que se juzgaría por sus propios méritos. Por eso lanzamos el disco con ese diseño tan aséptico.

Los músicos que intervinieron formaban un catálogo de cinco estrellas en el que figuraban, entre otros, Ginger Baker, de Cream, y el niño prodigio de la guitarra heavy Steve Vai. Me dejó totalmente alucinado que unos músicos de semejante categoría me respetaran. Creía que nadie me respetaba en el mundo de la música, así que fue una auténtica revelación averiguar que les gustaba mi trabajo.

A partir de ese momento, fue como empezar desde cero. Aquello iba a ser cualquier cosa menos una jam session. Teníamos las canciones, y aquellos tíos estaban allí para trabajarlas. El único punto de referencia era la melodía vocal que yo tenía en la cabeza, pues no había grabado ninguna canción con los mocosos, así que gran parte del trabajo consistió en cantar *a capella*; yo cantaba y Bill se hacía una idea general de cómo era la canción. Encontré una pandereta y la tocaba mientras cantaba de manera bastante libre el estribillo y las estrofas, y a partir de ahí elaborábamos la canción.

Dios, ¡qué feliz estaba de poder contar con esos musicazos! ¡Fue fantástico! Bien pensado, todos los músicos con los que había grabado hasta entonces eran unos novatos.

Nunca había entrado en una sala de grabación con ese canguelo. Sentía una presión increíble, y entendía por qué mi grupo de jovenzuelos no había podido soportarlo, pero ya no había manera de dar marcha atrás. Tenía que cantar este disco. Esta gente no se andaba con gilipolleces. ¡No podías decir que te habías colado porque el guitarrista solista había tocado una nota chunga! Tenía que dar la talla, y lo hice.

Nadie podía creerse que estuviera trabajando con Ginger Baker. Algunos años antes, la revista *New Musical Express* había publicado que estábamos trabajando

juntos, ¡El día de los inocentes! «¡Aviso a los que me despreciáis: tened cuidado con vuestros deseos porque pueden hacerse realidad!»

Ginger me encantaba. Menudo pirado. La gente podría pensar que es difícil que dos personalidades tan fuertes como las nuestras encajaran, pero yo sé de dónde ha salido este tío. Es un currante, se plantea la vida como un obrero, y yo le entiendo instintivamente. Y por eso hicimos buenas migas y conectamos inmediatamente. Si nos dejaran a solas en una habitación, nos pondríamos a parir, porque así es nuestra naturaleza, porque nos planteamos retos una y otra vez para mejorar y no dormirnos en los laureles. No me gustan los triunfadores, porque una vez han llegado a la cima, se quedan anclados, son incapaces de progresar. Me gusta la lucha y, una vez que alcanzas cierto nivel, hay que seguir luchando siempre. Ahí está la diversión para mí, y puedo ver reflejada esta forma de ver la vida en gente como Ginger.

¡Era increíble lo que había sido capaz de hacer este tío con la batería! El tío nació en uno de los barrios de Londres más perjudicados por los bombardeos. ¡Y en los setenta se largó a África para vivir con Fela Kuti antes de que nadie supiera lo que se estaba cociendo allí! Se tomaba la música muy en serio, porque amaba la batería y porque quería superarse. ¿Acaso no nos dedicamos todos a esto por esa misma razón?

Mira, aunque te asegure que no está tocando rápido, apenas puedes seguir sus movimientos con la mirada, y es admirable cómo ha aprendido a tocar la batería de una manera tan instintiva. Nunca olvidaré algunas imágenes del proceso de creación de *Album*: poder verle en el estudio, rompiendo parches, mientras los bombos se descuajeringaban, y los timbales se rajaban y se jodían. Os podéis imaginar la situación: entrar en la sala de grabación cuando Ginger estaba liado con una canción y decir: «¡¿Eh, qué pasa con mi estribillo?». Así era la cosa. Él y yo tenemos un planteamiento de la música *radicalmente* distinto: él es un estudioso a su manera y yo a la mía. Y los dos planteamientos funcionaban, encajaban, simplemente. Es un monstruo, violento, un pirado, pero pilla una idea y la toca, y supo crear las secuencias rítmicas que yo necesitaba desesperadamente. La rigidez flexible de ese ritmo me ayudó a situar las palabras en la perspectiva adecuada. Al mismo tiempo, contaba con los espacios que abría Steve Vai, que jugueteaba con un millar de notas por segundo, que inundaban la grabación pero al mismo tiempo creaban espacios abiertos. Era una combinación de circunstanciasideal.

Además, Steve Vai era una persona absolutamente abierta. Con gente así el esnobismo musical no tiene cabida, su reacción es «ah, lo que propones se puede hacer, y es diferente». Tienen una curiosidad insaciable y están libres de prejuicios, y te ayudan a evolucionar *sin darte lecciones*. El nombre de Steve era como un insulto en esa época, estaba muy mal visto: increíble, ¿verdad? Lo que había conseguido el punk. ¡Justo lo contrario de lo que yo quería explicarle al universo!

También intervino otro batería en el disco: Tony Williams, que por desgracia ha fallecido. Qué tío tan adorable. Había tocado con Miles Davis en los sesenta. Y me sucedió lo mismo que con los demás: antes de conocerle pensaba que se encontraba

muuuuuy lejos de mi alcance, a años luz por delante de mí en experiencia y en calidad, pero hay que vivir para aprender y para mejorar. No es una cuestión de edad, sino de experiencia, y lo que aprendes de estas fusiones a la larga te hace mejor persona.

También desfilaron por el estudio otros músicos, como Ryuichi Sakamoto, que grabó algunas frases de teclado; pero lo que más me rayó fue cuando se presentó un tío que no habíamos visto nunca, vestido con sus mejores galas, como cualquier macarrilla hortera maqueado para salir el sábado por la noche. Durante años estuve contándole a todo el mundo que era Miles Davis, pero hace poco me dijeron que quizá era Ornette Coleman. Era difícil enterarse bien porque entraba y salía gente constantemente. Sólo tocó en una canción, no pudimos hacerle un hueco. Lo único que dijo el colega fue: «*Estooooo*, lo que voy a hacer es tocar con mi instrumento las mismas notas que cantéis». Era un complemento increíble.

Cuando grabamos «Rise», Ginger estaba en una sala de grabación volviéndose loco él solito, liándose a porrazos con sus parches… ¡lo rompía todo! Nunca he visto a un batería que toque con tanta fuerza y tanta dureza. Sin embargo, no estoy seguro de que al final fuera él quien grabó la versión final de «Rise», quizá fue Tony. Y, después, entraba Steve Vai, y Jonas Hellborg, con su bajo, que retumbaba en la sala, y entonces dijimos, «buau, bueno, necesitamos un rollo folk», y llegó un tío indio llamado Shankar, y tocó una especie de violín indio que encajaba a la perfección. Le aportaba ritmo, movimiento y alegría, y la canción adquirió lo que yo definiría como un rollo sudafricano y zulú. Aunque, por otra parte, no desentonaría nada en una gramola irlandesa.

En realidad, estoy más orgulloso de este single que de cualquier otra cosa. Mi confianza se vio muy reforzada, sobre todo teniendo en cuenta las pullas que siempre había tenido que soportar. ¿Cómo ibas a criticar un disco como éste? Venga ya. Mira todo el trabajo que le dedicamos y mira el resultado. Es un himno a la libertad y, en medio de todo aquello, la frase concisa y definitiva que se me ocurrió: «La ira es energía».

Cuando Mark, Jebin y Bret se retiraron del caso, discutimos a fondo qué dirección debía tomar el disco. Y nos decidimos por el *hardcore*. Bill tenía bastante experiencia en el mundo del heavy metal —había colaborado con grupos como Alcatrazz— y gracias a esos contactos habíamos conseguido que Steve Vai se colara en el disco para abrir nuevos caminos. Grabar este disco había sido muy emocionante; una experiencia realmente dura. Y ése era mi punto de referencia cada vez que me acercaba al micrófono. Podía vibrar como el cantante *hardcore* más radical, pero dejando de lado todos los clichés de ese mundillo.

Era un constante derroche de energía, un disco violento, y sólo había que fijarse en mi manera de cantar: *no* era un disco de baladitas. Estábamos todos en el mismo planeta, colores de la misma paleta. Eso es lo que hay que hacer para que un disco funcione de verdad. Todos tienen que permanecer unidos.

Quiero decir: ¡hola, despertad, la época de «Love Song» se ha acabado! Me había dado el gusto de cantar con energía y de aprender a controlar las notas y entonarlas de una manera especialmente agresiva que no era ni mucho menos una imitación de lo que hacía con los Pistols. Era un planteamiento completamente distinto, y no supe que era capaz de hacerlo hasta que lo hice. Qué experimento másbueno.

Las canciones tenían estructura, pero, una vez más, esa estructura era radicalmente diferente de la de las canciones de los Pistols. Escuchad la complejidad y los cambios tonales de «FFF»… ¡Adiós a todos mis colaboradores fugaces de antaño! Esta canción sube y baja, y gira y revolotea; cambia de forma y se va abriendo camino a través de las bases rítmicas y de las estructuras.

Puesto que los nombres de los músicos no iban a aparecer en los títulos de crédito, decidimos adoptar un enfoque aséptico en el diseño gráfico del disco —vinilo, casete, cedé, lo que fuera—. El diseño estaba inspirado en los productos genéricos que había visto en los supermercados la primera vez que había viajado a Estados Unidos. En las latas de alubias ponía «alubias» y punto. Me encantaba. Pensé que era un planteamiento muy bueno para tratar el aspecto comercial. Un artículo sin marca, genérico. Sin rodeos, las cosas como son ypunto.

También puse dinero de mi propio bolsillo, hay que joderse, para recompensar con un regalo a las cincuenta primeras personas que compraran el disco. El regalo consistía en una lata de pintura que llevaba escrito «lata» y el logo de PiL en pequeño, en azul claro y azul oscuro, los colores genéricos, y dentro de la lata había una taza y boli y otras cosas en las que ponía «taza», «bolígrafo». Era una chulada. Por desgracia, la única lata que me quedé la perdí años después en un incendio. Me da mucha pena cuando me acuerdo.

En todos los niveles, *Album* es el disco que más me ha costado grabar de toda mi carrera. Lo que quiero decir es que fue como una bofetada en toda la cara. Por eso me pareció bastante divertido que tuviera una reseña entusiasta de Melvyn Bragg, ese cultureta que presentaba un programa de la tele inglesa. ¡Parece ser que Sting también escribió una reseña favorable en no sé dónde! ¿Por qué demonios se tomó la molestia de hacer algo así?

En Inglaterra, algunos tontainas también lo reseñaron, y decían que había intentado «integrarme en la cultura americana». ¡No, hombre, no! ¡No olvidemos, niños y niñas, que el heavy metal es algo completamente inglés, desde Deep Purple a los Zeppelin! La música de estos grupos era la más dura de este universo, y la más influyente, así que en ese aspecto no tenía por qué abrir mi mente a los americanos. No puedes enseñar a un bulldog inglés esos trucos idiotas. No soy un cantante de heavy metal, pero utilizo ese género, y lo pongo patas arriba para demostrar que se puede lograr un avance teórico, por decirlo de alguna manera.

Lo que quería era mandar a tomar por culo a ese sector del público que tenía una idea preconcebida de mí. He de reconocer que disfruto verdaderamente con esos momentos. No es que quiera provocar deliberadamente al público ni fastidiarle ni

nada por el estilo, pero si me salen con «esto no es lo que esperábamos», entonces, ¡viva! Voy a regodearme en ello, porque no deberían relajarse y decidir que el disco debe sonar de una manera determinada. Puedes decidir que te gusta o que no te gusta, pero si vas a odiarlo porque no suena como el disco anterior, no eres para nada un seguidor de John Lydon. No me entiendes. Yo no me sigo a mí mismo, así que, por favor: no-me-si-gas.

Album entró directamente en las listas del Billboard en Estados Unidos, y yo pensé que eso haría que Elektra tocara el cielo con la punta de los dedos. El tipo con el que yo despachaba en la compañía se llamaba Bob Krasnow, un tío tranquilo y retraído y con muchos prejuicios comerciales. La primera vez que entré en las oficinas de la compañía, pensé: «¿Qué coño es eso tan horrible que hay en el pasillo?». Y él refunfuñaba: «Mi mujer es coleccionista de arte». Así que tenían las oficinas atestadas de arte contemporáneo, y, a sus espaldas, todo el personal de la compañía decía: «Ya lo sé, es horrible, pero es que su mujer…». Supongo que en realidad compraban todos esos adefesios para invertir, para desgravarse impuestos.

Por fuera, la casa de Bob Krasnow en Nueva York era como la que aparece en la portada de *Physical Graffiti*, de Led Zeppelin. Por dentro, era una chaladura y muy incómoda. La había vaciado, había quitado varias plantas enteras y había instalado un ascensor que tardaba años en llevarte al lugar donde se encontraban los dormitorios. Todo era diáfano y descomunal, y te sentías un poco como si estuvieras en el Guggenheim de Nueva York, un museo que me encanta por su pasarela circular. Pero no, su casa no tenía pasarela circular, sólo un frío glacial y obras de arte contemporáneo por todas partes. No sé cuál será el mensaje que intentan expresar esos chismes, es un lenguaje secreto y selecto que estos artistas sólo comparten entre sí. Ése es el problema que tengo con los artistas contemporáneos: no quieren comunicarse con nosotros, los mortales.

Como no le habíamos facilitado a Elektra una lista con los créditos del disco, pues sabíamos que la imprimirían en la carpeta contra nuestra voluntad, no tenían ni idea de quién había participado ni de lo importante que era esta grabación. En esa época, les preocupaba más apoyar incondicionalmente a su último fichaje, Metallica. Cuando *Album* llegó a las listas, no encajaron bien que fuera un éxito, que sería lo lógico, sino que pensaron que era una amenaza para Metallica, su proyecto a largo plazo, así que me dieron esquinazo. Se quedaron horrorizados cuando averiguaron después que no sólo se habían deshecho de Johnny Rotten, sino también de Steve Vai, Ginger Baker, etc., etc. ¡Vaya por Dios, acabáis de despedir a los héroes de la música, idiotas!

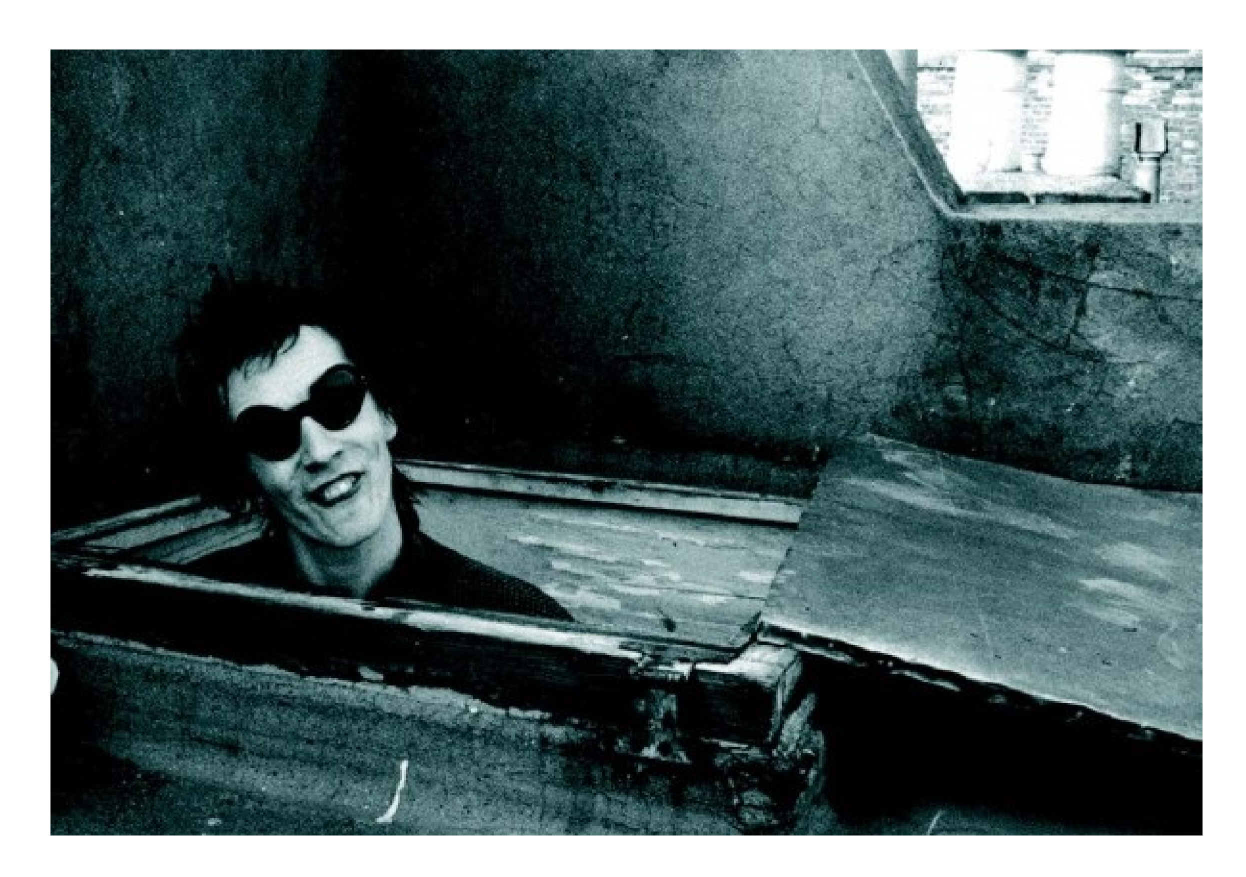
Si hubiéramos seguido con Elektra, podríamos haber organizado una gira con la misma banda que había grabado el disco. Pero nos retiraron todos los privilegios, y ahora era inviable económicamente. Así que me puse de nuevo a escarbar en busca de otra formación. Empezar desde cero otra vez… otra vez.



En Hellshire Beach, Jamaica (febrero de 1978).
Ignoro la exacta naturaleza del humo que sale de mi boca.



Yo y mis calzoncillos en el desván de Gunter Grove (1978).
Ése era mi disfraz de bandolero.



Asomando por la trampilla de ese desván, un lugar muy peligroso para andar borracho.



Primera generación de Public Image Ltd. (alias PiL) en la sala de Honeyfield (mayo de 1978).
De izquierda a derecha: Jah Wobble, Jim Walker, yo y Keith Levene. Mi hermano Martin aparece a la izquierda.
Adviértase la deliberada falta de armonía entre el sofá, el papel pintado y la alfombra.



Con Ari Up en Gunter Grove (1978). Tenía unos trece años y aún no pretendía ser jamaicana. Éramos más amigos de lo que algunos pensaban.



Con John Stevens en el Trinity College (Dublín, 3 de octubre de 1978).



Con gabardina y gafas estrafalarias en Gunter Grove (1978).



Siempre me ha gustado tener a mano un buen sistema de sonido (Gunter Grove, 1979).

© Sheila Rock



Ensayando con Keith en la época de *Metal Box*. Entonces nos llevábamos bien.

© Joe Stevens



Con un estupendo abrigo tras el lanzamiento de *Second Edition* (Gunter Grove, 1980). También tenía un abrigo blanco que me daba aspecto de oso polar.



Improbable foto de Keith y Wobble congeniando en Gunter Grove (soy el de la izquierda). Cuando estaban juntos saltaban chispas.



Llegando al tribunal de Londres para comparecer en el caso los Sex Pistols (1979).
El tipo de las gafas es Joe Stevens, un fotógrafo que me ayudó mucho tras la ruptura del grupo.



En el desván de Gunter Grove (1980 o 1981).
De izquierda a derecha: Bobby Lydon, yo, Martin Lydon y Paul Young.

© Kees Tabak



PiL en Toronto (16 de octubre de 1982).
De izquierda a derecha: Yo, Keith, Martin Atkins y Pete Jones.



La misma formación en el Brooklyn Zoo (29 de enero de 1982).

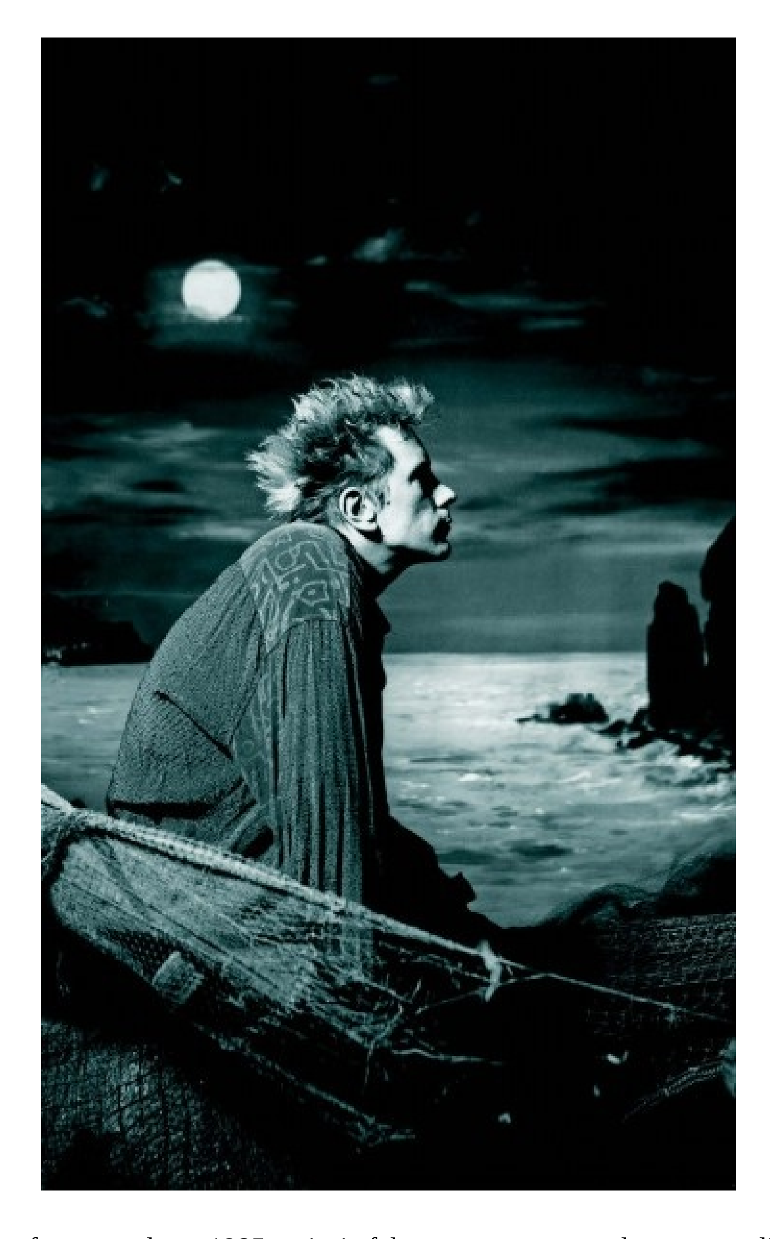


Actuación en 1983. Cuando interpretaba «Religion» llevaba un halo de neón sobre la cabeza. Más de uno pensará ahora que es el asiento de un retrete.



Rueda de prensa para promocionar *Order Of Death* y una gira europea
(hotel Royal Lancaster, 26 de octubre de 1983).

© Tom Sheehan



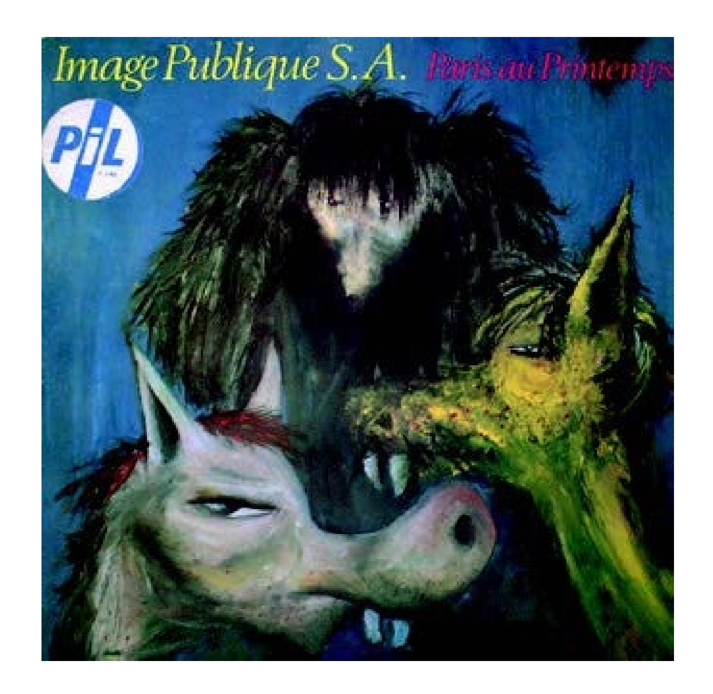
Curiosa foto tomada en 1985: paisaje falso, unas cuantas redes y yo meditando.
Me encanta el mal gusto de la imagen.



Nora y yo en la casa de Londres. Reconozco el sofá y los carteles. Los usábamos para tapar grietas.



Ilustraciones para carátulas de PiL hechas por mí. Una buena muestra del estilo absurdista que practico.



Ilustraciones para carátulas de PiL hechas por mí. Una buena muestra del estilo absurdista que practico.



Ilustraciones para carátulas de PiL hechas por mí. Una buena muestra del estilo absurdista que practico.

© Artwork John Lydon



Ilustraciones para carátulas de PiL hechas por mí.
Una buena muestra del estilo absurdista que practico.



PiL en 1986. **De izquierda a derecha:** John McGeoch, Bruce Smith, yo, Allan Dias y Lu Edmonds.
Estábamos como cabras, pero éramos un grupo muy serio.

¿Quién censura al censor?
Tercera parte: no permitáis que me malinterpreten

La BBC Radio me estuvo tentando durante una temporada para que participara en el festival Live Aid de Bob Geldof. Les hice algunas preguntas: «¿A cuál de los dos ejércitos se está abasteciendo de alimentos? ¿Sabe alguien que hay una guerra civil en marcha en Etiopía? ¿De qué va todo esto en realidad?» Y no les sentaron nada bien. Años después, las preguntas se plantearon por fin. «¿Por qué se habían interceptado los camiones que transportaban la comida en la frontera? ¿Dónde había ido a parar la comida? ¿Se había puesto en marcha algún programa educativo para enseñar a esta gente a cultivar sus tierras, en lugar de dejar que sus cabras se comieran todo y después preguntarse por qué no quedaba nada?»

Lo estoy simplificando mucho, y es evidente que se trata de un problema más grave, general y profundo, pero a mí me pareció que estas preguntas tenían cierta validez. Si me preguntan, eso es lo que diré. No me dejé engatusar para participar en esa historia de la Band Aid, porque quería saber hasta qué punto era un plan eficaz. ¡Y eso que Geldof es mi colega! Básicamente, si no te sometías a la disciplina de la Band Aid eras un cascarrabias. Pero no se pueden simplificar las cosas de esa manera. La caridad como un fin en sí misma no es caridad ni es nada; sólo un puñado de estrellas del pop que se dan ínfulas y se sienten muy generosas. Si se molestaran en rascarse sus propios bolsillos conseguirían mucho más dinero del que pueden reunir todos los fans delmundo.

Band Aid no era más que una montaña de vanidad, ambición descarada, palmaditas en la espalda y mojigatería. Era insoportable. No querían solucionar problemas para nada, sino, en realidad, darse bombo. Desde entonces, la gente del pop ha ejercido una influencia profundamente negativa en las organizaciones benéficas. Son un peligro para cualquier causa verdadera.

La verdad es que no me habría venido mal una Band Aid para mis propias obras benéficas. Publiqué un comunicado en el que decía: «Yo mismo soy mi organización caritativa predilecta, y soy la única causa a la que pienso que merece la pena donar dinero». Y lo decía en serio. Es una lucha bastante dura, pero no estoy dispuesto a subirme al carro de otro sólo porque a todo el mundo le haga sentirse bien. Para mí la caridad tiene que ser auténtica, ha de tener un *significado* verdadero, y un *efecto* verdadero.

Gran parte de mi labor está dirigida a los orfanatos. Esos chavales me dan mucha pena, y eso es algo que está a mi alcance, y trato de hacerlo sin que nadie se entere. Dono cosas y ellos las venden en eBay para conseguir dinero, pero mi nombre nunca aparece, así el ego queda al margen. Siempre hay alguien que dice: «Si nos dejaras utilizar tu nombre, reuniríamos mucho más dinero». Eso no cuela conmigo. Creo que es perjudicial y egoísta, y es un riesgo que no quiero correr. Ninguna persona debe ser más importante que la propia causa. Si sólo eres capaz de ayudar a unos niños

huérfanos o hambrientos o enfermos cuando una estrella del pop presta su nombre, es que eres una persona detestable.

Utilizar la fama para vender es una chorrada, una chorrada peligrosa, además. Cada vez que alguien mete la pata, una semana después aparece en la prensa una nota en la que se mencionan las obras de caridad que ha hecho el fulano en cuestión, y le sirven de coartada. Para las estrellas del pop es muy rentable recurrir a todo tipo de obras de caridad para su propio beneficio, y a mí me molesta muchísimo que hagan eso, porque es algo que no deberíamoshacer.

He dicho «deberíamos» porque me siento tan culpable como los verdaderos responsables, porque yo debería hacer algo más que limitarme a pedirles que no lo hagan. Pero cuanto más hablo, más me harto y me cabreo. Ahí lo tienes… ésa es la historia de mi viaje épico, una gran parte al menos; que me corten la cabeza por ser el primero en asomarla. Yo solito me lo busco, y joder si lo encuentro.

En estos días, en el mundo moderno de Google, las cartas que me llegan suelen ser de impostores. Gente que me cuenta que su madre se está muriendo de cáncer. Es demasiado, no puedo soportarlo. No puedo intentar solucionar los problemas de cada individuo ni pronunciarme en relación con todos los temas controvertidos. Es demasiado. Lo que hago es elegir mis propias causas. No puedo soportar que me toquen la fibra sensible constantemente. En los últimos años, he topado con un par de impostores y me he convertido en un escéptico. Por supuesto, me da muchísima pena que haya gente en el mundo que no tiene otra opción que recurrir al fraude, pero la responsabilidad que recae sobre mí es abrumadora. Y ¿qué haces para distinguir los casos reales?

Por otra parte, mientras sucede todo esto, la muerte se ha instalado en mi entorno más cercano: miembros de mi propia banda, mis propios amigos, mi propia familia, se mueren. Algunos por culpa de alguna enfermedad, como consecuencia de algún accidente o lo que sea, otros se suicidan. No soy ningún santo, y no quiero verme convertido en un macarra del buen gusto. Como no lo soy, no puedo hacerlo, no dispongo de la energía suficiente. Con un poco de suerte, igual soy capaz de ejercer cierta influencia en lo que piensa la gente, pero no he venido a este mundo para llenar la cartera ni las arcas de nadie, porque uno lee muchas cartas de fans, y descubre que son unos egoístas, en cierto modo, y no se dan cuenta de que no es nada satisfactorio hacerle algo así a otro ser humano, pedirme que le firme a alguien un autógrafo por su cumpleaños sólo porque el tío es muy punk y sería maravilloso. Por una parte, lo piensas y no te cuesta ningún trabajo, pero ¿qué sentido tiene? Entonces eres cada vez más selectivo. ¿Vas a seguir haciéndolo? Pues si te dedicas a ello, vas a tener que hacerlo a tiempo completo, y es un trabajo muy mal pagado; o puedes decir simplemente: «No, esto tiene que parar, es un despilfarro de energía».

Lo mismo sucede con los autógrafos que le firmas a la gente en los conciertos. Saludar a los fans es un auténtico placer para mí. Puede ser muy divertido, pues conocer a algunos personajes raros y disparatados. Los llamamos cariñosamente «la

pandilla Lollipop», por la canción de PiL «Lollipop Opera». A veces me paso horas, literalmente, charlando con la gente después de los conciertos; les dejo entrar en el camerino, incluso, para tomar una copa y hablar un rato. Pero de un tiempo a esta parte la cosa se está desmadrando. La gente *espera* que lo hagas todas y cada una de las noches, y cuando no es así me ponen a parir. No entienden que no es nada personal, ni por asomo: algunas noches sencillamente necesito subirme al autobús antes de agarrar un catarro tremendo que me obligue a anular el resto de la gira. ¿Dónde pones el límite con lagente?

También hay mogollón de *canallas* profesionales ahí fuera que sabes perfectamente que van a vender tu autógrafo directamente en eBay. Nos siguen a todas partes y luego pagan justos por pecadores; es una lucha sin fin. Y no son sólo los profesionales: hemos visto a algunas personas que se marchan del concierto antes de que termine sólo para esperar en la puerta del camerino. ¿Qué pasa? ¿Es más importante mi autógrafo que el concierto? ¿No erais fans del grupo? Qué absurdo. Le quitan toda la gracia: me agotan.

Vuelco toda la energía en las canciones, me comprometo a eso. Es mi trabajo, el servicio que le presto al planeta Tierra. No quiero dedicarme de lleno a las obras de caridad. Es una consecuencia de la fama, o de la infamia. Hay una frase de la película *The Great Rock 'N' Roll Swindle* que sí que se me ocurrió a mí: «¡Infamia, me la han reservado enterita para mí!» ¡Es una frase de Kenneth Williams! Le tengo un cariño muy especial a todo lo que tiene que ver con la serie *Carry On*. Cuando era un niño, esas películas me parecían divertidísimas. Para un chaval de esa época, eran gloriosas, porque ponían patas arriba las reglas y las normas de la sociedad. Así que muy al principio, cuando Malcolm empezó a trabajar en la película, mucho antes de que se convirtiera en *The Great Rock 'N' Roll Swindle*, éste era el tipo de cosas que yo aportaba.

Se pueden aprender muchísimas cosas del humor. ¿De qué puedo aprender más, de *Guerra y paz* o de Norman Wisdom? Me quedo con Norman, sin pensármelo. Está más cerca de mi experiencia cotidiana y por eso es más relevante. La angustia profunda del intelectualismo ruso se encuentra muy alejada de cualquier cosa que yo haya podido experimentar. Aunque, quién sabe, igual algún día… Si te estás muriendo de una enfermedad terminal en la planta de un hospital, entonces te conviene leer a Dostoievski. Es tan deprimente que sólo puede animarte.

Leí *Crimen y castigo* cuando era muy joven. También recuerdo la serie de televisión, protagonizada por el actor inglés John Hurt. Un gran actor, un poco ratonesco. También interpretó al famoso homosexual Quentin Crisp en *El funcionario desnudo*. Lo conocí años después de ver la película y me cayó realmente bien. Me recordaba a Keith Levene por su aspecto y porque también tenía el cutis graso. Pero no tenía esa mirada muerta. Me pareció un hombre inteligente, capaz de mantener una conversación realmente animada. Me gustó. Un tipo listo. Su mujer —o su novia — había fallecido ese mismo año y estaba realmente deprimido. Le costaba un

mundo aparecer en público. Sentí su dolor, y, de una u otra forma, ese dolor se refleja en mis canciones.

Aparecer en público cuando acabas de perder a un ser querido es muy difícil, y lo peor es cuando una persona que no conoces de nada se te acerca y te dice que «lo siente mucho». Lo único que consigue es recordarte precisamente lo que estás intentando olvidar por un momento. Al final, te das cuenta de que la vida puede ser una mierda, y de que siempre irá a peor, así que más te vale intentar mejorarla. Hay que plantarle cara. Yo me esfuerzo al máximo. En tu fuero interno, dentro de tu cabeza, cuando recuerdas esos momentos, eres consciente de que las personas que se te acercan lo hacen con buenas intenciones, pero te recuerdan algo que te hace sentir desprotegido y frágil, aislado en medio de un grupo de desconocidos. Es terrible tener que soportar eso. Sucede muy a menudo.

Pero, aceptémoslo, llevo una vida mucho mejor que cualquiera de las alternativas que se me ofrecían. No he tenido demasiadas opciones. Acabé convertido en el Anticristo por casualidad, pero no me lo había propuesto en absoluto. Siempre me ha encantado esa canción, «Don't Let Me Be Misunderstood» [no permitáis que me malinterpreten]. Mis intenciones son buenas. La versión de los Animals ¿verdad?, Eric Burdon.

También me encantaba la versión de Nina Simone. Y ella también me gusta, desde el punto de vista musical. Coincidí con ella en cierta ocasión, en un concierto de Peter Tosh en Los Ángeles, y se portó como una auténtica zorra conmigo. «¿Quién es ese chavalín blanco?», preguntó. «¿*Chavalín blanco*? Tengo cuarenta tacos, ¿con quién se cree usted que está hablando, señora?» Estaba claro que quería darme de lado. «No pegas nada aquí, con la gente negra». Supongo que todo el mundo puede tener un mal día, pero hay que tener cuidado, porque ese mal día puede provocar el mismo tipo de reacción en los demás.

Cosa rara, aquí me tenéis, hablando sinceramente, directamente desde el corazón, pero soy consciente de que hay que actuar con precaución cuando estás en público. Nina es una tía fantástica y jamás diré una palabra en contra de su música; pero «¡no me discrimines por ser blanco! ¡Todos luchamos por un mundo en el que seamos todos iguales, y tú te dedicas a decir todas esas chorradas! ¡Muy mal!».

Peter Tosh, que era uno de los componentes originales de los Wailers de Bob Marley y todo eso, se portó como un señor y no le siguió el rollo para nada. Intentó arregar la situación y le soltó un par de verdades. Peter y yo estábamos discutiendo, en cualquier caso: creo que la discusión tenía que ver con los Rolling Stones, en realidad. Mira, a cualquiera se le pueden subir los humos, a veces demasiado. Peter estaba trabajando con los Rolling y yo, en lugar de cerrar boca, le dije lo que pensaba.

Siempre había sabido, sin embargo, que a Keith Richards le encantaba el reggae de Pete. Es una de sus raíces. Musicalmente, no es un tío nada inculto. No le conozco en persona. No creo que hiciéramos buenas migas. Pero le pasa lo mismo que a Elton John, sí, otro que se preocupa por conocer el trabajo de otros músicos, y que no

pierde comba. Eso siempre me impresiona. Es una buena señal, un indicador fiable —¡no lo digo por echarme flores a mí mismo, no me refiero a mí!— para valorar a las estrellas, cuando descubro que son como bibliotecarios en su enfoque, que quieren saberlo todo acerca de cualquiera que trabaje en su mismo campo. Así es como debe ser.

Así que, bien por Keith, un apasionado del reggae. Entre transfusión y transfusión anual, ¿por qué no escuchar un poquito de reggae?

10. Ilusionado y feliz

«Nunca pensé que tuviera talento, siempre consideré que Sid era el genio». Esa era la triste, penosa y estúpida acusación que todavía tenía que escuchar en los círculos cercanos a Malcolm McLaren. Era la misma actitud que ya había adoptado Vivienne Westwood a finales de 1975, cuando me había negado a acatar los dictados de su moda. Mil gracias, zorra, te dedicas a vender la ropa que diseñaste basándote en mis ideas y todavía tienes la osadía de hablar así. Lo terrible es que mucha gente se lo tragó, se lo querían creer, y yo sigo condenado al ostracismo en lo que podríamos llamar la buena sociedad por un tipo de actitud que en esa época procedía directamente de Malcolm y de Vivienne. Te jodes, cariño. Aún sigo dando guerra.

Habían pasado ocho largos años y frenéticos años desde la separación de los Sex Pistols. Tenía la sensación de que en ese tiempo había logrado y demostrado muchas cosas, pero por fin la causa que había interpuesto contra Malcolm iba a llegar a los tribunales.

Desde el principio, mi apoderado, Brian Carr, me dijo que no tenía ni la más remota posibilidad de ganar y que no debía seguir adelante con el proceso judicial. Insistí en hablar con el abogado, que es lo mejor cuando te metes en un pleito en Inglaterra. Me dijo: «Ay, es muy arriesgado. ¿Estás preparado?». Y me tiré de cabeza.

El proceso judicial concluyó pocos días antes de que se produjera mi *verdadera* victoria: el lanzamiento del single «Rise». Esa canción estaba cambiando positivamente la imagen que la gente tenía de mí. Rodamos un vídeo muy bueno en el que se podían ver los tendederos de algunos de los barrios más desfavorecidos de Londres —imágenes conmovedoras del tipo de lugar donde yo me había criado— y conseguimos salir en la MTV. Lo emitieron incluso en *Top of the Pops*, y parecía que todo el mundo conectaba con la canción: ¡hasta la crítica! Enfrentarme con Malcolm me parecía historia antigua.

El «juicio» propiamente dicho, duró tres días, y Malcolm, después de pensárselo bien, pactó un acuerdo. Todo este asunto fue como un petardo con la pólvora mojada, y él se comportó como un auténtico cagueta. En realidad, habíamos llegado a un punto en que ni yo mismo sabía lo que quería. No quería hurgar en la herida ni quedarme con todo. Quería que «compartiéramos» la responsabilidad, y al final eso fue lo que conseguimos: llegamos a un acuerdo en virtud del cual los cuatros miembros supervivientes del grupo teníamos que compartirlo *todo*, desde el nombre de los Sex Pistols, hasta lo que quedaba en la cuenta corriente del grupo —una buena tajada se destinó a saldar una gigantesca deuda que habíamos contraído con el fisco —.

Con todo, me pareció una solución maravillosa: ya no íbamos a seguir arruinados para toda la eternidad. Lo único que teníamos que hacer era esforzarnos para impedir que las cosas no se volvieran a inclinar en esa dirección. El nombre de los Pistols no se podría utilizar de nuevo de manera inapropiada y, desde entonces, no sólo yo, sino

la gente con la que trabajo, hemos seguido luchando por conservar la integridad de lo que los Pistols fueron en realidad.

Es importante que todo el mundo entienda esto: a Malcolm nunca le interesó el dinero. Lo que le gustaba eran los elogios. Y eso fue lo que se decidió en el juicio: que él no había sido el único responsable creativo.

Una de las últimas veces que le vi fue en mayo del 81. Los Clash estaban tocando en Bond's, en Nueva York, y nosotros nos acabábamos de instalar en esa ciudad. Bernie Rhodes era el mánager de los Clash por aquel entonces, y sabía que Malcolm también andaba por allí, así que organizó una cena para que habláramos e hiciéramos las paces. Yo era incapaz de tomarme a Malcolm en serio, fue la velada más absurda de mi vida. Sucedió algo que os permitirá haceros una idea del tipo de persona que es. Va y dice: «es una tontería, Bernie, no nos vamos a caer bien nunca, ¿por qué haces esto?», y nos levantamos y salimos juntos. Cuando estábamos en la calle, se vuelve hacia mí y me dice: «bueno, por lo menos nos ha salido gratis». Para mí eso no tenía ninguna importancia, no podía considerar que fuera una gran victoria en la vida, pero define la manera asquerosa en que Malcolm se planteaba su relación con la gente. Siempre tenía que decir la última palabra, con su risita asquerosa y sus trapicheos.

Y la gente que se movía en nuestro entorno al principio, todos los «amigos de Malcolm» —como la pequeña Helen Wellington-Lloyd— se habían convertido en «los examigos de Malcolm». Habían pasado del éxtasis inicial de «oh, Malcolm está haciendo una cosa maravillosa» a darse cuenta de que *no* estaba haciendo una cosa maravillosa. En realidad Malcolm era muy destructivo, se destruía a sí mismo y a los demás, y le decía a la gente cómo tenía que vivir cuando él ni siquiera sabía manejar su propia existencia. Un desastre. Pobre cabrón.

Malcolm tenía cierta predisposición hacia la propiedad. En general, la situación era muy difícil para Paul y para Steve, porque el apartamento de Bell Street en el que vivían, en Marylebone, era de Malcolm, y eran perfectamente conscientes de que cualquier decisión que tomaran encaminada a cambiar de bando durante el juicio pondría en peligro su existencia. Al final, acabaron abandonando el barco cuando las cosas se pusieron feas para Malcolm.

Para mí no había sido ninguna victoria. Lo importante era que había arreglado las cosas con Steve y con Paul porque al final se dieron cuenta de que yo tenía razón. Malcolm nos la había jugado con los contratos. ¿Fue una reconciliación en toda regla, con champán y abrazos? ¡Pues no! En absoluto. Habían hablado pestes de mí y me habían hecho mucho daño. A día de hoy, soy consciente de que todavía hay muchas cosas que no he superado. Pero cuando me voy a la cama, no tengo ningún resentimiento, ningún odio hacia Malcolm, así que ¿por qué iba a odiarles aellos?

En la Brixton Academy, en mayo de 1986, había unas 100 o 150 personas que se habían reunido allí para *destruir*, literalmente. Estos retrasados pensaban,

equivocadamente, que yo era «el enemigo». Escupían, rompían botellas; ¡todo tipo de mierdas volaban por los aires y nos pasaban silbando los oídos! Unos cuantos intentaban constantemente subirse al escenario o a los altavoces apilados en el lado izquierdo. Los seguratas no estaban muy bien organizados, al parecer, o igual es que no eran suficientes, sencillamente. Estaba claro que algo no marchaba bien. Fue una batalla campal que se prolongó durante toda la noche. Lo único que escuchaba era «¡eres un hijo de puta!», «¡vendido!» y abucheos y silbidos, de todo. Patrañas que habían leído en los periódicos, que yo me había vendido porque había puesto en marcha PiL, había grabado *Album* con unos músicos cojonudos, y que ya no era un punk.

Había una onda siniestra y horrible dentro y fuera del edificio. Me contaron que habían atracado a algunas personas antes del concierto. En esa época, Brixton era un sitio peligroso. Para la gente del barrio, los tíos que habían ido al concierto eran presas fáciles. Dentro del local, la bronca parecía orquestada. Todo eran gilipolleces malintencionadas y desagradables que demostraban lo sencillo que es manipular a la gente a través de los medios de comunicación. Después de grabar *Album,* había tenido que hacer frente a una situación muy complicada: buscarme un grupo para tocar en directo mientras preparaba el juicio de los Pistols. Y ahora, estos zombies, por llamarlos de alguna manera, se habían tragado todo lo que habían escuchado en los medios de comunicación, lo habían hecho suyo y me estaban haciendo la vida imposible. Francamente, parecían perros guardianes pagados por el gobierno.

Fue una verdadera lástima, porque el espectáculo que habíamos preparado era realmente bueno, habíamos conseguido que PiL subiera un peldaño más, y la inmensa mayoría de la gente estaba de nuestro lado, incondicionalmente, y respondía a la energía positiva que manaba de «Rise» y de *Album*. Esta camarilla (punkies new age, okupas) eran los únicos que se habían posicionado totalmente en contra. Una nueva generación que no se enteraba de nada. Crearon una situación muy desagradable. La mayoría de los seguratas que esa noche estaban trabajando en Brixton eran del barrio. La verdad es que no eran gran cosa, aunque había algunos bastante auténticos, tipos legales. Uno de ellos, con el que hice buenas migas porque era hincha del Arsenal, me dijo: «Mira, John, también nos escupen y nos tiran botellas a nosotros, ¿qué quieres que hagamos?». Y le contesté: «¡Limitaos a *no* romper cabezas!».

Fue una situación muy complicada. No me dejaban hacer mi trabajo. En ese tipo de situaciones no es difícil que al final te acusen de haber iniciado una bronca. Pero, venga, ¡me cago en la hostia! El juego que se traían entre manos estaba muy claro. «¡Abajo con Johnny Rotten! ¡Quién se cree que es!» A lo que yo respondía: «¡Le estáis haciendo el caldo gordo al gobierno, gilipollas! A mí me da igual, no vais a conseguir detenerme nunca!». Pero cuando vi que los músicos de mi banda estaban preocupados porque pensaban que podían acabar gravemente heridos, bueno, entonces tuve que ponerme de su parte, rectificar, contenerme y comportarme de otra manera.

Todo estaba fuera de control, nadie escuchaba. La única solución era dejar de tocar. «No vamos a salir hasta que esto pare. Sabéis de quién estamos hablando ¡parad! Y, a los demás, si sabéis quiénes son, señaladles, y nosotros nos encargaremos de que paren». Entonces se desató una gran pelea y pusieron de patitas en la calle a unos cuantos.

En aquel entonces, PiL era un grupo demasiado avanzado para ellos. Qué pena. A pesar de todo, ¡*éramos* buenos! Era muy frustrante, porque estábamos empezando a acostumbrarnos a la disciplina de tocar en directo, y merecía la pena pagar por ver el espectáculo. Además, habíamos hecho un esfuerzo para que el precio de las entradas fuera lo más barato posible. Y por eso se nos colaron todo tipo de canallas, envidiosos, gente de baja estofa. Se puede decir que son como el perro del hortelano, por utilizar esa vieja expresión. Ni comen ni dejan comer. No tenían ninguna empatía. Es una actitud típicamente inglesa ante el éxito: odiar a cualquier compatriota que haya triunfado en lo que sea.

Desde luego no fue una situación nada fácil para los miembros de mi nueva banda: el retroceso punkie. Esto no favorecía nada a mis planes de poner el grupo en marcha de nuevo. En realidad, habría sido bastante sencillo diseñar la nueva formación. Esta vez, nada de anuncios en los periódicos. Habría tenido en cuenta el sonido que buscaba, la afinidad espiritual y la personalidad de cada músico para que pudieran encajar. La gente que conoces en los camerinos, los amigos que tocan en otros grupos, las personas con las que charlas y descubres que te llevas bien… son relaciones que se te quedan grabadas.

Así que, después de que *Album* saliera al mercado, regresé a Londres y allí encontré a John McGeoch. Había sido el guitarrista de Magazine, un grupo del que yo era un gran fan. Y ¿acaso no estaba increíble con Siouxie and The Banshees? Conectamos a la perfección; ya éramos buenos amigos. Por desgracia, John falleció en 2004, pero el tiempo que pasamos juntos fue muy divertido. Tenía un gran sentido del humor… «¿Dónde está el bar?», decía y, para empezar, se pedía un martini doble. Y, como comprenderéis, se la traía floja si estaba agitado o removido. A partir de ahí era imparable. A veces era difícil de tratar —era escocés, en realidad— y tenía un desequilibrio mental considerable, pero nunca me ha importado trabajar con gente problemática mientras tenga talento.

Siempre me pareció que John era el no va más; un guitarrista estupendo y con un estilo muy diferente a lo que yo conocía. Yo estaba acostumbrado a un estilo y a un planteamiento más rítmico. John prestaba más atención a las notas, y dejaba algún acorde de jazz de vez en cuando. Y, además, resultó ser una bellísima persona, era maravilloso trabajar con él.

A Bruce Smith le conocía de toda la vida. Lo había visto por primera vez en una actuación de su primer grupo —Pop Group— y, por alguna extraña razón, los Pistols pensamos que representaban una amenaza para nosotros. Y ellos también nos veían como enemigos, así que estaban aterrorizados, ¡y eso que eran como diecisiete!

Después estuvo tocando con los Slits. Se había formado como batería de reggae y había grabado algunos discos de soul, con incursiones ocasionales en el jazz: un tipo inquieto. Era una persona alegre, simpática, pero pronto descubrí que además estaba especialmente dotado para sacar el máximo partido a los ensayos. Muy estructurado desde el punto de vista rítmico, y con una personalidad capaz de combinar todas estas fuerzas enfrentadas y crear algo coherente, una cualidad que, en mi caso, he de confesar que no es precisamente una de mis virtudes.

Bruce se trajo al bajista Allan Dias, porque habían trabajado juntos como músicos de sesión y confiaba ciegamente en él. Allan es uno de los músicos que más tiempo ha permanecido en PiL: las cosas no siempre acaban mal. Allan también era una persona fácil de llevar, un tío muy divertido y un mujeriego en toda regla. Tiene esa confianza en sí mismo que hace que todas las chicas caigan rendidas a sus pies. Todo un bombón. Así somos en PiL, ofrecemos de todo y paratodos.

Lu Edmonds, en los teclados y la guitarra, se unió a la banda después de otro extraño encuentro en Londres. No recordaba en absoluto que había tocado con Damned, no le reconocí y tampoco se lo eché en cara. Allí estaba, con su gorra de pescador, liándose sus cigarrillos; el tío parecía un auténtico trabajador social. Es una de las personas más fáciles de tratar que he conocido, es imposible llevarse mal con él. Es un caso realmente extraño, porque su cerebro y su cuerpo están totalmente desconectados. Físicamente, actúa sin ninguna coordinación, es incapaz de seguir el ritmo, y sin embargo nunca he oído a un ser humano tocar de una manera tan extraordinaria. Le encantan las atmósferas, los ritmos sonoros, las fracturas, las tonalidades, el caos.

Con estos cuatro fichajes, habíamos conseguido reunir a un grupo de personas que eran increíblemente diferentes los unos de los otros, pero pensé: «Por fin esto puede funcionar». Ninguno intentaba imponer cuál sería el siguiente movimiento. Era una auténtica asociación de talentos, basada en la generosidad, nada de dictaduras. Para mí fue una enorme bocanada de aire fresco, pues hasta entonces todo me había resultado bastante asfixiante.

Lo que tuvieron que aguantar estos chicos en nuestra primer gira por el Reino Unido en mayo del 86 fue, sencillamente, terrible: muy, muy difícil, y no sólo en Brixton. La primera noche que tocamos en Hanley, un idiota me tiró una bola de billar. En Edimburgo, me arrearon en la cabeza con un zapato de tacón, de tacón de aguja. Joder, el cerebro echaba chispas del golpe. Para ser justos, lo cierto es que Richard Jobson, de los Skids, me explicó después que había hablado con la culpable y que estaba verdaderamente avergonzada. Sólo había querido decir, «¡mira, aquí está mi zapato!», no lo había hecho con mala intención, la pobre, no quería dejarme tuerto.

En Viena, a McGeoch le atizaron en toda la cabeza con una botella de vino de dos litros. Creo que al final le dieron como cuarenta puntos. También tuvimos problemas en un festival en Holanda. Habíamos acordado que cuando la cosa llegara a esos

extremos nos largábamos. Estábamos sobre el escenario, intentando tocar, con las manos ocupadas, y no podíamos entretenernos en agarrar todos los objetos que nos iban tirando. La verdad es que desarrollé una capacidad increíble para interceptar la mierda que nos lanzaban, y encima sin perder el ritmo. Pero no es un juego. Puedes acabar gravemente herido. Basta con que te intenten agredir un par de veces en uno de esos festivales multitudinarios en los que el escenario está más bajo y es muy, muy peligroso.

En Viena, habían sido los propios teloneros los que le tiraron la botella a McGeoch. Se fueron hasta el fondo del bar, mangaron unas botellas vacías y no se les ocurrió nada mejor que lanzárnoslas. Era como, ¿alguien va a parar a esos tíos? Yo decía: «Controlaros. ¿Quién coño está haciendo eso?». Por lo general, la gente les señala y desaparecen. Hay que hacer algo y plantarles cara.

En esa época, no me dejaban explicar en los medios de comunicación lo que había sucedido en los conciertos. No estaban en absoluto dispuestos a escucharme, y de esta manera fomentaban las sensaciones negativas, en mayor o menor medida. Yo era un blanco fácil. La compañía discográfica no me representaba, no me apoyaba, y la prensa gozaba de cierta libertad para atacarme. Sin embargo, si se publicaba en la prensa una reseña negativa de Madonna, por poner un ejemplo, la discográfica les amenazaba inmediatamente con retirar la publicidad. A mí no me brindaban ese apoyo y, por tanto, ¡era como cazar a un puto pollo de corral! Mi nombre era tan conocido y tan habitual, que, guau, todos pensaban «qué víctima más jugosa». Y ni siquiera me valoraban por eso. Ni por la música.

En esa gira, siempre empezábamos los conciertos con una versión de «Kashmir» de Led Zeppelin. Me encanta esa canción, de verdad. No me refiero a la versión que después grabó Puff Daddy. Estaba empeñado en cantarla, pero nunca encontraba el momento para hacerlo en los ensayos. Insistí mucho en que el grupo la ensayara, y en que empezáramos con este tema, pero siempre que comenzaba el concierto, la banda esperaba a que yo entrara, yo me quedaba a un lado, y nunca llegué a cantarla. Me cagaba. Era incapaz de decidirme —después de haber insistido tanto— y al final era ridículo.

En cualquier caso, es una canción genial para abrir un concierto, un tema musical magnífico, y me gustaba la idea de dejar que la gente la escuchara sin más, sin adornarla con presentaciones. «¡Hola, esto no es el show de Johnny Rotten, mirad qué banda!»

En mi fuero interno, creo que lo que quería era cantarla como Robert Plant. Adoro a Robert Plant, un tío genial. He coincidido con él en un par de ocasiones. Y todo lo que puedo decir de él es bueno. Es una persona sin ideas preconcebidas, no es nada exclusivista. Es un dios en el mundo de la música. Me cae realmente bien. Bueno, no me gustan los pelos que lleva, pero nadie es perfecto.

En los primeros días del punk, cuando todavía no estábamos organizados, se presentó un día en el Roxy. El Roxy era un auténtico tugurio, la guarida de la

iniquidad, pero tuvo los huevos de desplazarse hasta allí —creo que vino con Lemmy, de Motörhead— y fue genial. Les abordé directamente y les dije: «¡Hola, me alegro mucho de veros!». Y me alegraba de verdad. Se había acercado hasta allí para darnos ánimos, una palmadita en la espalda. Por supuesto, había algunos gilipollas que decían: «*Puf*, ¿qué haces hablando con *eso*? No pinta nada aquí…». «Hombre, ¿ahora vamos a empezar a decir quién puede y quién no puede estar aquí? ¡Hay que joderse con la actitud abierta de los punks! ¡Es increíble!»

Después de toda la violencia que habíamos tenido que sufrir, los *pilitas* nos sentíamos acorralados por ese sector idiota del público que provocaba esas situaciones. Sin embargo, gracias al éxito que había cosechado *Album* en Gran Bretaña, estábamos de nuevo en el radar de los posibles éxitos comerciales de Virgin. La escena del pop comercial en esta época era terrible, y no conectábamos con ningún grupo del momento. Igual que sucedía en la sociedad en general, fue una época dominada por el materialismo. Me sentía en la obligación de denunciarlo, y me odiaban por todo lo que hacía.

Intentaba escribir acerca de las emociones humanas y los problemas políticos en la era de Reagan y de los yuppies. En este momento, todo el mundo se había apuntado al «¡viva, el dinero es lo único que cuenta!». Muchos de mis presuntos compañeros, miembros de diferentes grupos musicales, me decían una y otra vez «¿por qué no escribes un buen hit?», exactamente la misma chorrada que llevaba escuchando desde el primer día que comenzamos los ensayos. *¡No!* Uno escribe lo que escribe, basándose en su experiencia, en su humanidad y en su manera de entender el mundo, y si intentas salirte de esa zona, bueno, sí, puede que te lleves algo de pasta, pero te convertirás en un cabrón imbécil y solitario.

Llamaba la atención la poca música con contenido o con mensajes políticos que llegaba a las listas. Para mí, alguien como Boy George era una rara excepción. Mis músicos favoritos son los que han sido capaces de crear una obra completamente original, con un toque de genialidad, y en esa categoría incluyo a Boy George. Se inventó algo realmente genial y estimulante. En un momento en que el punk se había convertido en una música formal y aburrida, apareció Culture Club. Fantástico. George vestía ropa india masculina con un estilo femenino. Tenía buena voz, y los dos veníamos de los mismos círculos: la misma basura *hardcore*. Es un tipo que no se deja pisotear, haga lo que haga, y es inteligente, y por eso me gusta. A más respeto, más poder. Es el tipo de artista que, a pesar de su talento, no consiguió hacer soportables los años ochenta.

Lo que a mí me atraía era lo que estaba sucediendo en los viejos clubes, como en Louise’s, donde se reunía la gente más variopinta sin crear problemas, sin juzgarse los unos a los otros, por muy diferentes que fueran sus preferencias sexuales.

Para mí los ochenta fueron muy negativos en ese sentido, pues todo se reducía a una competencia feroz por ver quién podía producir el vídeoclip más caro y darse más tono. Qué pena, qué vergüenza. Como he dicho antes, me encanta Duran Duran.

Adoro «Hungry Like the Wolf», pero ¿es necesario gastarse cientos de miles de libras en un vídeo promocional? Habían creado un monstruo, un mundillo de directores de vídeos, gilipollas sin excepción. Los dictados que intentaban imponernos estos tipos eran ridículos a más no poder. Nada importaba, ni la canción, ni el trabajo en el estudio de grabación, ni tu estilo de vida, ni el grupo. Todo se reducía a: «¡Tengo una idea, lo único que tienes que hacer es pagar por ella!». Los vídeoclips eran más importantes que la música.

Y lo más divertido en los años ochenta eran los pelos que llevaba el personal: corto por delante y largo por detrás. La idea era, de nuevo, «¡mira qué cachondeo nos traemos!», «¡muy bien, córtate el pelo como te dé la gana!». Pero era todo tan vacío y superficial. Dicho esto, he de reconocer que yo cambiaba de peinado cada dos por tres en esta época, pero no se puede decir que siguiera las modas, precisamente. ¿Cuántos peinados me habrá copiado Beckham después?

Empecé a pegarme trozos de pelo en la cabeza con Super Glue. Utilizaba alambre de fusibles para crear una especie de bolas de pelo que sobresalían bastante. No eran exactamente rastas, sino que parecían más bien colas de conejo. Llevaba tanto metal en el melón que montaba cada numerito en el aeropuerto… La máquina que hace ¡bing! no paraba de sonar: ¡bing-bing-bing!. En «Rise», cuando hablo de «los cables de encendido de mi cabeza» me refiero en realidad a este peinado, aunque la frase también hace referencia a los métodos de tortura que se estaban poniendo en práctica en Sudáfrica, donde se dedicaban a electrocutar a lagente.

Por omisión, supongo que lo que estaba haciendo era música de denuncia. No puedo evitarlo. Tengo que decir la verdad. Vivíamos en una época de falsedades. Increíble.

La política siempre ha estado presente en mis letras. Sencillamente, me siento inclinado por naturaleza a ayudar a los desfavorecidos, y siempre seré así. Conozco esas emociones. Nunca olvidaré lo que sufrí en mi infancia, por eso siento una gran empatía por la gente que lo pasa mal. Convertirse en un marginado de una sociedad inculta no es una experiencia nada agradable. Así que, aquí estoy. Me he propuesto cambiar la sociedad, la he cambiado, siempre lo haré, y siempre recibiré la primera bala por hacerlo. No pasa nada, no me importa servir de escudo, porque hay mucha gente en el mundo de la música, no hace falta buscar en otros lugares, que entiende esto, y por tanto tenemos una buena perspectiva de futuro. Es mi obligación levantarme y decir la verdad.

En 1987, cuando empezamos a grabar nuestro siguiente álbum, *Happy?*, estaba muy cabreado con el mundo, y tenía muchas cosas que decir. En lugar de cantar versos melódicos, pensé «voy a meter todas las palabras que pueda» y disfruté muchísimo.

Después de haber hecho una gira juntos, después de encajar tan bien, las sesiones de las que salieron las canciones del disco discurrieron extraordinariamente. Volví a recordar por qué había querido dedicarme a escribir canciones en un primer

momento. Por eso titulamos el disco *Happy?* —¡casi no nos podíamos creer que hubiéramos sabido dar con un título tan «acertado»!— y a la gente le sorprendió de veras, porque era un paso muy decidido en otra dirección.

Se impuso un ambiente de colaboración muy positivo, y se notaba que nos apasionaba nuestro trabajo. En Nueva York, había acabado hasta las narices de esperar a que la gente apareciera. Ahora teníamos una sala atestada de ideas brillantes que nos conducían a una especie de sensacionalismo pop.

«Seattle» fue una excepción, pues el grupo compuso el tema por su cuenta, sin mí. Eso no suele suceder, pero en ese momento yo estaba en Nueva York con un zumbido de oídos terrible, y no podía volar. La banda llegó a Seattle, que era nuestro destino y, para que no perdieran una semana entera, lo arreglamos todo para que empezaran a grabar sin mí las pistas de acompañamiento más básicas. Cuando por fin me reuní con ellos, me explicaron: «Bueno, hemos estado haciendo el chorra estos días y nos ha salido esto». Y cuando lo escuché me quedé alucinado. «¡Joder, pero esto es la hostia!» Todavía conservo aquella cinta. Sencillamente, aquello estaba cargado de energía.

Había cierta cadencia que me recordaba a una canción popular irlandesa, así que, ¡zas!, decidí explotarlo e incorporé esa sensibilidad a la canción. Mi parte favorita es la que dice «palacios, barricadas, amenazas, promesas cumplidas», que hace referencia a los disturbios que se habían apoderado del planeta a mediados de los ochenta, desde Broadwater Farm, en Londres, hasta lugares tan remotos como laIndia.

La parte que reza «el carácter se ha perdido y se ha encontrado en un terreno de juego desconocido», es una frase muy directa, pero en el fondo es un análisis de todos los *paradiddles* que intervienen en los procesos mentales. El *paradiddle* es uno de los rudimentos que utilizan los baterías para mejorar su técnica. Todos los baterías que conozco, se pasan el día en un rincón practicando con las palmas en las rodillas este ejercicio que les ayuda a desarrollar la independencia de ambas manos. Pero esto se puede aplicar también al intelectualismo. Y aunque sabemos que el intelectualismo es un gran fraude, y que algunos de los mayores embaucadores de la humanidad son intelectuales, es también una postura muy valiosa. *¡Piensa!* Y después, cuando creas que has sacado algo en claro, *¡piensa un poco más!* Eso es lo que dice la letra de la canción.

Creo que las canciones eran realmente buenas, y además tenían sentido. El mensaje de «Angry» es que «no hay que mirar la paja en el ojo ajeno». El de «Rules and Regulations» es «no me digas lo que tengo que hacer», ya sabéis, a ver si nos vamos a olvidar de que el señor Rotten sigue dando guerra. En «Hard Times», con su guiño a Charles Dickens, denunciaba que la identidad nacional se había corrompido para convertirse en un instrumento de marginación. Nosotros *somos* ellos. Todos nosotros somos ellos. Somos nosotros. Todos nosotros. Y ¡*vive la différence!*

«The Body» es una alusión casi literal a una película que rodó Ken Loach para la

televisión, *Cathy Come Home*. La vi cuando era muy joven y me impresionó muchísimo. Trata sobre los embarazos no deseados, y sobre el sentimiento de culpa, casi criminal, que experimenta una madre soltera, y todas las pruebas que tiene que superar: el abandono, la falta de apoyo familiar y el aislamiento. Experiencias terribles, realmente terribles. Aunque era muy joven cuando vi esta película, me afectó profundamente. Años después, cuando vivía en Gunter Grove, alguien me consiguió una copia grabada y la volví a ver, y una vez más rompí a llorar. Me daba tanta pena Cathy, que lo único que quería era estrecharla entre mis brazos. Así soy yo, y no tengo por qué pedir disculpas. Así es como me planteo la vida, básicamente.

La última canción, «Fat Chance Hotel», está basada en una experiencia real. Poco después de la separación de los Pistols en 1978, estaba en Los Ángeles y coincidí con la mánager de Gwen Dickey, componente del grupo de soul/disco Rose Royce. La mánager era inglesa, y tenía una hija a su cargo, pero el marido no estaba con ellas, y como Gwen no tenía nada que hacer, nos fuimos los tres con la niña de viaje a México, yo con mis mejores galas punk, mi traje *bondage* de cuadros, acompañado por una cantante de góspel negra, por llamarla de alguna manera, y una dama inglesa con una niña mulata. La verdad es que no pasábamos desapercibidos.

Por desgracia, tuve algunos problemas digestivos con la cocina local: los tacos grasientos y correosos. Ah, y otro consejo para cualquiera que visite este lugar: ni se os ocurra probar el agua. Así que, durante unos días, no pude salir del hotel deprimente y destartalado en el que nos alojábamos, y la letra describe con bastante crudeza lo aburrido que es no poder hacer absolutamente nada, sentado en el retrete «pintando con pistola». Para ser una canción en la que la única acción es la diarrea, quedé más que satisfecho con los resultados, cuando escuché la versión definitiva. Este tipo de episodios no tienen por qué arruinarte unas buenas vacaciones. Es una canción enigmática, plagada de insinuaciones. También se refleja el amor por el desierto. El silencio del desierto tiene algo… no es nada silencioso, es el silencio más estruendoso que puedes escuchar. Así que es un tema muy agradable; puedes cerrar los ojos y dejarte llevar por ese espacio.

En mi opinión, el álbum en su conjunto se apoya en una coproducción muy potente en la que participó Gary Langan, de Art of Noise, que nos permitió obtener unos resultados muy equilibrados. Gary estaba como un cencerro, una especie de genio, pero nunca dejaba de sonreír, y siempre acertaba en sus decisiones.

En esa época, Lu estaba obsesionado con la tecnología, y estaba empeñado en encontrar una manera de trasladar los teclados electrónicos modernos a través del ordenador al registro de la música de gamelán. Dedicó años y años a este proyecto, hasta que lo consiguió. «¡Vamos, qué necesidad hay! ¡Simplemente toca el puto cacharro!». Quizá se nos fue un poco la mano con los teclados en la producción, pero recuerdo que estábamos muy, muy sincronizados.

Era un problema realmente grave, para mí, todo este rollo de la tecnología. Los que mejor supieron aprovechar este recurso fueron Depeche Mode. «¡Your own

personal Jesus!» ¡La hostia, colega, lo clavaron! Utilizaban el efecto del Casiotone como eje e iban construyendo la canción a su alrededor, pero no dejaban que la máquina se apoderara de la canción. Es otro tema que adoro, incondicionalmente: me pareció admirable que tuvieran la valentía de abordar un tema como ése.

La portada de *Happy?* era un guiño al artista alemán Friedensreich Hundertwasser, pues su obra me había impactado realmente. No sé nada de él, no lo necesito. Sólo sé que me interesa todo lo que ha creado. También ha hecho alguna incursión en la arquitectura, y sus obras siempre tienen interés, por ejemplo el modo en que integra los jardines en las plantas de los rascacielos, y su manera de alterar la forma de un edificio para despertar el interés del observador: como en la portada de nuestrodisco.

Conocía a Hundertwasser gracias al trabajo que me consiguió Sid en Heal's en Tottenham Court Road, cuando nos encargábamos de limpiar el restaurante vegetariano. A veces nos aburríamos y disponíamos de una hora libre —porque estábamos obligados a permanecer allí un número determinado de horas, pero tardábamos exactamente un minuto en limpiar el local— así que nos paseábamos por la tienda. Descubrí los libros de Hundertwasser en la sección de librería y digamos que *me hice* con algunos.

Para mí, el arte de Hundertwasser es «arte para la gente», pues lo que le interesa es crear entornos imaginativos y cómodos en los que la gente pueda vivir. En sus pinturas retrata siempre escenarios urbanos alegres con colores luminosos. Absolutamente estimulante.

Cuando comenzamos la gira de promoción del disco, aprovechamos la idea del edificio multicolor para el escenario, y diseñamos parques de juegos y pasarelas, todo en colores luminosos, animados, atrevidos —diferentes tonalidades de verde, amarillo, rojo y naranja— y allí estábamos nosotros, corriendo alrededor como niños felices.

Durante el mes de marzo de 1988, hicimos una gira por grandes estadios de Estados Unidos como teloneros de INXS. Por extraño que parezca, me encantó su primer álbum: ¡Lo digo sinceramente! Me gustaba la simplicidad de la producción. Ni siquiera me di cuenta de que había un bajista hasta que los escuché en directo. En la música australiana siempre descubres algo emocionante; es un país verdaderamente interesante. Están en las antípodas y, por tanto, tienen un planteamiento diferente.

La gira se puso competitiva. Tocábamos en estadios con un aforo de 20.000 personas sentadas, pero no había más de 5.000 cuando nosotros salíamos al escenario. Era muy extraño. Puede que la MTV hubiera contagiado su apatía a la gente. En los comienzos de mi carrera, el público habría llenado el estadio desde el primer momento, y habría querido escuchar a todos los grupos y amortizar el precio de la entrada, pero el universo de los vídeoclips de la MTV había creado un ambiente diferente, y los estadios no se llenaban hasta que empezaba a tocar el cabeza de

cartel.

En Nueva Orleans todo se torció, porque Michael Hutchence me invitó después del concierto a sus «apartamentos», que estaban en el mismo hotel. ¡Menuda choza! Alucinante. Era un dúplex, con un equipo de sonido magnífico. Lo que quería era enseñarme un «ritmo de fiesta» en el que había estado trabajando. Pero yo no tenía tiempo para eso. Porque, entérate, me gusta salir de fiesta, pero no me gusta que lo analicen y lo interpreten y lo copien, y eso es lo que a mí me parecía que había hecho. Y tuve que decírselo. «Ah, pues a mí me gusta hacerlo», era su rollo, y nos enfadamos. Fue la última vez que hablamos. Y después al tío le dio por ahorcarse… Tiempo después, he de añadir; ¡a mí que me registren!

Cuando la gente te invita a su casa para que escuches lo último que han grabado, nunca sale bien. Se crea una atmósfera desagradable, incómoda, y yo no soy un tipo nada dado a los falsos elogios. Mi actitud es: «Me has hecho sentir incómodo. Igual me habría gustado esto en unas coordenadas espaciotemporales diferentes, pero ¡ha sido un mal movimiento!». Por otra parte, entiendo que intenten compartir la satisfacción de haber logrado algo. Está claro que lo hacen por eso, pero no es lo que te transmiten en ese momento. Acabas de bajar del escenario, el concierto ha terminado y no necesitas que nadie te impresione.

Hay algo que he de decir en favor del señor Hutchence: se dio cuenta de que tenía la voz bastante maltrecha después de tantos conciertos, ¡y ellos viajaban con un médico personal! Me dio algunos consejos realmente acojonantes, y me enseñó algunos truquillos médicos que hay que poner en práctica de vez en cuando. A saber, un chute de vitamina B12. Muchos médicos dirán que eso es un auténtico placebo, pero permitidme que disienta. He descubierto que me aporta la energía que necesito cuando estoy sobre un escenario. Te la pones por la mañana, en todo el pandero, que se te queda bastante dolorido. Después duermes cuatro o cinco horas y te sientes exhausto, y sin energía, pero en cuanto te acercas al micro… ¡*Bing*! ¡Funciona! Gracias de corazón, señor Hutchence.

Ese verano tocamos en un macrofestival gratuito en Tallin, en Estonia. Tenía la sensación de que había unas 175.000 personas allí reunidas, pero después me dijeron que eran unas 125.000. En esos casos yo me fío de dos cosas: de las estadísticas de los demás, *¡JA!*, y de mi propio instinto. Sé lo que me instinto me dijo cuando salí a ese escenario. Me quedé sin palabras ante la inmensidad de esa enorme extensión. Un océano de rostros interminable, infinito, seguía y seguía y se perdía en la borrosa lejanía. Y había tanques a ambos lados del escenario, todo un detalle, muchas gracias, y no apuntaban precisamente a esa muchedumbre capaz de armar una buena, aunque no la estuviera armando, sino a *nosotros*.

Debéis de tener en cuenta que en aquellos tiempos todavía existía el Telón de Acero, y este país pertenecía a la Unión Soviética, una época muy tensa de la historia de Estonia —supongo que de la historia en general—. Y el público era maravilloso. El concierto era gratis, así que todo el mundo encontró alguna razón para acudir. Sin

embargo, conocíamos la brutalidad del régimen soviético, y sabíamos que podían hacernos cualquier perrería a todos los que estábamos allí. Por fortuna no pasó nada; todo lo contrario, fue una actuación increíblemente especial, y poco después Estonia logró la independencia.

Fue alucinante, genial, pero también muy extraño. Cuando queríamos dar un paseo por la ciudad, siempre nos acompañaba una escolta oficial, y veíamos cómo se llevaban a la gente que estaba tranquilamente en cualquier esquina, en la plaza. No nos dejaban acercarnos a las personas del lugar para charlar con ellos. La policía secreta no era demasiado secreta.

Al final, conseguimos entablar contacto con algunas personas, justo antes de tomar el ferry de vuelta. En este tipo de situaciones, Lu siempre se comporta como un gran diplomático; es capaz de saltarse cualquier cordón policial; supongo que los guardias se piensan que es uno de los vagabundos del lugar. Esta gente no había recorrido decenas de kilómetros, sino cientos: venían de todos los países vecinos. Me encasquetaron como doscientos vinilos. Y son discos que guardo con mucho cariño, verdaderos tesoros, no tanto por la música, sino por la audacia y la energía de entregarme un material que en aquel momento era ilegal, según las autoridades. Este tipo de cosas te reconfortan y te conmueven: son el combustible que mantiene la llama encendida.

La razón de que tuviera que quedarme en Nueva York con ese horrible zumbido de oídos mientras el resto de la banda sacaba adelante la canción «Seattle», era la manía que tenía John McGeoch de poner los amplis a todo volumen en el escenario. Le encantaba apilar amplificadores, como suelen hacer los grupos heavies. Y nos creó problemas verdaderamente graves a los demás; era literalmente ensordecedor. Y el culpable no era John, sino nosotros. Un buen grito a tiempo y la cosa no habría pasado a mayores. Por lo menos nos ha servido para aprender: sobre el escenario, Bruce y Lu no se cansan jamás de decir: «Bájalo». Con un volumen moderado gozas de mayor libertad, pero comprendo que todos vivimos esa época atronadora y el heavy metal siempre va a estar ahí, en nuestro subconsciente; ese prejuicio absurdo de que más alto significa mejor. Y no es cierto. A Lu Edmonds le afectó muchísimo. Yo me recuperé, peroLu no.

Lu participó en el proceso de composición de nuestro siguiente disco, *9*, pero tuvo que tomarse un respiro y abandonó literalmente la música amplificada durante un tiempo. Se dedicó al formato acústico, y decidió bajar a los infiernos del mundo musulmán y de los antiguos países soviéticos: viajó por el Kurdistán, por ejemplo. Estuvo años desaparecido, y fue una triste pérdida.

Con el tiempo, me he dado cuenta de que habíamos entrado en una rutina de disco-gira-disco-gira. Empezamos a grabar *9* en Nueva York, con Bill Laswell. No fue la discográfica la que nos animó a trabajar con Bill, aunque estoy seguro de que les habría encantado que grabáramos un *Album II* en ese momento. Fue el propio Bill quien se ofreció. Después de un par de días en el estudio, dijo que el grupo era una

mierda y que odiaba todas nuestras canciones. Me explicó que había escrito algunas canciones y que debía mandar a hacer puñetas a toda esa gente y utilizar a sus músicos, y crear un producto tipo U2. Le mandé a tomar por culo, agarramos nuestras cosas y nos fuimos. Mi compromiso con la banda era incondicional.

Cuanto más pienso en este episodio, más consciente soy de lo que el pobre Bill tuvo que soportar conmigo. Siempre había estado convencido de que yo podía ser un buen solista, pero yo no quería presentarme en solitario, porque tengo mi propia manera de hacer las cosas. Me gusta aprender a mi aire. Es cierto que a veces me muestro receptivo y puedo aceptar una influencia, pero no puedo soportar que me aleccionen. Me pasa desde el colegio. No me digas lo que tengo que hacer, dime cómo tengo que hacerlo. Así es como funciono.

Siempre había tenido algún que otro encontronazo con Bill; somos muy diferentes. Pero mi único problema grave con él era que cada vez que me invitaba a su casa se empeñaba en enseñarme sus armas. Y eso me parecía muy desagradable. En esa época mi contacto con la cultura americana era todavía muy superficial, y aún no sabía que cuando la gente te enseña sus armas no significa que te estén amenazando, es como si te enseñaran su colección de arte. Pero en ese momento me pareció una provocación.

Ahora entiendo a los americanos perfectamente, creo, y estoy de acuerdo en que sí, una persona tiene derecho a comprarse un arma. ¡Sí! A mi modo de ver, a juzgar por la cantidad de armas de fuego que tienen estos tíos, podrían ser una panda de asesinos mucho más peligrosa. En muchos sentidos, pienso que los americanos demuestran una enorme capacidad de contención y, por supuesto, nadie va a invadir este país; están demasiado bien armados para permitirlo. Es muy divertido perderse en el monte, como descubrí años después, para pegar unos cuantos tiros. No es que quieran matar a ninguna persona, a ningún animal; lo único que buscan es esa sensación de control. Cuando le pegas un tiro a un melón desde una distancia de 50 metros sientes una gran satisfacción; controlas y eres capaz de apuntar correctamente. Se trata de desarrollar una habilidad, y a mí megusta.

Puede que a la gente no le inspire demasiada confianza saber que el señor Rotten anda armado por ahí, pero no os preocupéis, John no es ningún asesino. No me canso de repetir que soy un pacifista, hasta que alguien se pasa de la raya e intenta hacer daño a mis seres queridos. Entonces, estás listo. A mí puedes ponerme a parir siempre que quieras. Sin problemas.

De modo que la cosa no funcionó con Bill, y acabamos grabando el disco con Stephen Hague, que había colaborado con New Order.

También participó en la producción un tipo llamado Eric «ET» Thorngren. Digamos que, en ese momento, no nos pareció el complemento ideal. Al final todo se reduce a la personalidad. No es que tuviera ningún problema con Eric, pero me gustaba más el carácter apacible y discreto de Steve Hague, y su precisión técnica. Era un planteamiento totalmente diferente, que es lo que los productores son capaces

de crear. Hay que aprender a prestarles atención y a conocer sus puntos débiles. Steve tenía un carácter muy dulce y su tranquilidad se impuso sobre el inmenso alboroto de nuestra música, con resultados excelentes.

Quizá estábamos empezando a abusar de la nueva tecnología informática MIDI. El problema de este recurso es que le resta importancia al efecto analógico y desaparece la sensación de directo. Pero, a pesar de todo, creo que las canciones eran muy potentes y emotivas.

«Happy» es en realidad una respuesta a la pregunta que habíamos planteado en el título de nuestro disco anterior, *Happy?* Tenía la sensación de que en esta etapa habíamos conseguido acceder a una reserva de honestidad que se encontraba en un lugar muy profundo y habíamos sabido canalizarla. «Happy» es una canción reflexiva, una mirada al pasado, un examen de conciencia: y el resultado de ese examen era, sí, soy feliz… ¡Dios mío, es posible!

Una de las canciones que más me gustan de todas las que he escrito a lo largo de mi carrera es «Disappointed». Es espectacular, dramática, muy compasiva. Si se pudiera afirmar que una canción puede ser un amigo, ésa es «Disappointed». Como dice la letra, «para eso están los amigos». Habla de la em-pa-tí-a. Es una de esas canciones que se desliza lentamente hasta adentrarse en el alma del público, y, ¡guau, vaya si la comprenden! A veces, desde el escenario, puedo ver que la gente es incapaz de contenerse y empieza a llorar, a sonreír a abrazarse. Hay muchas razones para llorar en esta canción: espero que lloren de felicidad, sobre todo. Pero también hay tristeza en estos versos, la traición previa al perdón. Puedes ver los sentimientos reflejados en los rostros de la gente; saben de lo que hablas porque ellos mismos han pasado por algo parecido. Aíslas todo el mal, y lo estudias para extraer la mejor conclusión.

«Warrior», por su parte, es una canción que habla de defender una postura, de los momentos en que es *necesario* alzar la voz. Me apasiona el arte nativo americano. Disfruté muchísimo con las pinturas indias que pude contemplar en el desierto de Arizona: me llegaron al corazón. Es muy difícil de explicar, pero creo que encontré la manera de plasmar ese sentimiento en «Warrior». Cuando hablas de los indios de Norteamérica, estás hablando de conflicto, de traición, qué os voy a contar, es como «soy un animal, quédate con mis tierras y mátame». Eso fue lo que hicieron los colonos —genocidio, exterminio— y llega un momento en que hay que posicionarse. Yo soy un pacifista, pero el pacifismo es una postura que no se puede sostener ante el genocidio y el exterminio; a pesar de mis valores, si hubiera podido, habría intentado impedirlo.

El arte nativo americano refleja todo eso. Es el símbolo de una identidad, de una individualidad. Me identifico totalmente con la increíble sentencia del jefe Toro Sentado: «Es un buen día para morir». Es muy potente. Ningún hombre puede ser el animal domesticado de otro hombre. Y por eso, en este sentido: «Yo hombre guerrero». Nuestra canción es una constatación del valor de la resistencia. Se puede

aplicar a muchas otras situaciones similares.

En la canción encontramos frases como: «No os voy a dar cuartel, esta es mi tierra, nunca me rendiré». Habla de defenderse y de los verdaderos principios de una persona, no tiene nada que ver con el izquierdismo de banderita. Jamás defiendo a ningún partido político, y tengo buenas razones para ello. No pienso jugármelo todo a la carta de un político, porque el muy cabrón seguro que te deja en la estacada. La vida es dura, bonita, pero así es como funciona el mundo. Algunas de las remezclas de «Warrior» que grabamos alcanzaron un éxito increíble en las pistas de baile. En las giras, cuando llegabas a los lugares más inverosímiles, como Tombuctú o Japón, a menudo escuchabas esta canción de fondo en las tiendas de discos.

«USLS1» es una canción venenosa, como una serpiente de terciopelo. Cuenta la historia del avión presidencial, el Air Force One, que lleva una bomba terrorista a bordo, y de la inutilidad de ese asesinato sobre el hermoso paisaje del desierto, bajo la luna llena. Un episodio absolutamente triste y sin sentido. Escuchadla y veréis que vuestra mente no se limita a atender, sino que empieza a explorar, a tantear el terreno. Cerrad los ojos y deteneros en las texturas. Pensé que quizá era un tema demasiado pretencioso para tocarlo en directo, pero la verdad es que motiva a la gente. Observo sus rostros mientras la interpretamos, y puedo decir que se meten en la canción y la entienden. «¿Por qué nos dedicamos a matarnos los unos a los otros?» ¿Para qué? Si quieres matar a alguien, entonces acaba con tu propia vida y déjanos en paz a los demás.

Todas las canciones del disco tenían un mensaje, un propósito, una dirección, un significado y cierta humanidad. Nuestra música no tenía nada que ver con los chanchullos de los demás grupos del momento, y desde luego no era fácil pasar por alto lo que estaban haciendo en aquella época. Nos habría ido mejor desde el punto de vista comercial si hubiéramos mantenido otra actitud, pero ¡no, gracias!

Las canciones que escribí en esta época eran muy locuaces, pero pasaban tantas cosas por mi cabeza que tenían que ser así a la fuerza. Demasiado complicadas, incluso para mí. La música que escribes, si de verdad la amas, ha de servirte para limpiarte, para liberarte de tus demonios. Tratas de expresar unas emociones y de librarte de ellas, y al hacerlo evitas que arraiguen dentro de ti. Y en ese momento, la presión era increíblemente insoportable y me sentía obligado a actuar honestamente y mantenerme aflote.

La gira de *9* fue una buena experiencia, hasta cierto punto. En el verano de 1989 recorrimos los Estados Unidos compartiendo cartel con New Order y con los Sugarcubes. Lo pasamos de miedo, y el público podía escuchar a tres grupos decentes en una sola noche. El rollo en el backstage era genial: un grupo de personas anónimas que intentábamos llevarnos lo mejor posible sin pelearnos por ver quién encabezaba el reparto.

Por extraño que parezca, era todo tan abierto que empecé a experimentar un sentimiento cercano a la agorafobia. Apenas tenía tiempo de prepararme antes de salir

a actuar, y, para mí, esos momentos son muy valiosos, pues es cuando decido qué es lo que voy a reflejar sobre el escenario. Suelo estar de un humor de perros. Necesito silencio, pues de lo contrario no logro hacerme con la situación, salto al escenario «en plan informal», y de pronto siento una sensación de dolor, pues no estoy absolutamente concentrado, y es imprescindible estarlo.

El cantante de New Order, Bernard Sumner, tenía problemas psicológicos y estaba bastante hecho polvo. En uno de los conciertos, tuvieron que atarle con cinta americana a uno de esos carritos que se utilizan para transportar las maletas y lo llevaron así hasta el escenario, donde le apoyaron delante del micrófono. Cuando terminó la actuación, le dije: «Joder, Bernie, pareces la azafata que pasa el carrito de las bebidas». Un tío legal, aunque no llegamos a intimar.

Con los Sugarcubes, sin embargo, mantuvimos una relación muy estrecha; adoraba su música. Les había visto en concierto antes incluso de que empezáramos a compartir escenario. Creo que tenía casi todos sus discos. El trabajo de Björk en solitario no me gusta tanto. Me parece que tiene un afán de clasicismo bastante pretencioso: no me interesa. Con Einar, el otro cantante, tuve algún problemilla. Einar era mucho Einar, y me tiraba los tejos cada dos por tres. El tío me caía bien, de verdad, pero no podía soportar lo de «¡John! ¡Tienes que escuchar el último poema que he escrito!». En los camerinos, la situación era bastante complicada. Era un tipo genial: creativo y dinámico. Se le echa mucho de menos en la música de Björk, que ahora se dedica a disfrazarse de cisne y a dar esos chillidos tan pretenciosos.

Ese mismo año participé en un festival benéfico para ayudar a los enfermos de SIDA, «Hysteria 2», que tuvo lugar en Sadler’s Well, y compartí escenario con artistas como Tina Turner y Dave Gilmour. Por increíble que parezca, creo que fue Stephen Fry quién me invitó a participar.

Estaba previsto que hiciera un sketch con Stephen, pero dije, «imposible, soy incapaz de aprenderme los diálogos», así que, llegado el momento, salí al escenario y me lo inventé todo sobre la marcha. No recuerdo ni una palabra de lo que dije; lo único que sé es que cuando terminé, me decían: «¡Guau! ¡Ha sido graciosísimo!». Pasamos un rato genial, divertido y maravilloso. La única pega, el esnobismo del backstage. Joder, se suponía que estábamos allí para reunir dinero para una buena causa, pero los individuos de la ralea de John Cleese me señalaban y se decían: «¿Qué es *eso*?». ¡¿Cómo?! Y, sin embargo, se montó un gran revuelo cuando llegó Jerry Hall. A ver si me entero… si sólo es una tía a la que se folla Mick Jagger. ¡Un fuerte aplauso! Dios mío, qué tía más gansa, parecía un caballo. Muy tejana. Se presentó escoltada por un séquito interminable. A mí me arrinconaron en una esquina, y los supuestos famosos allí reunidos apenas me dirigieron la palabra.

Nora me había acompañado, y fue una situación realmente desagradable para nosotros; a ella le afectó profundamente la frialdad del backstage, así que nos fuimos enseguida. Nos sentíamos injustamente maltratados, y ese día decidí que no volvería a relacionarme con ese tipo de gente, porque no son auténticos… bueno, no todos,

quizá el ochenta o el noventa por ciento. Los pocos que sí lo son, como Stephen Fry, que es un cabrón majareta con el que te partes el culo, suelen estar muy ocupados, intentando organizar todo aquel tinglado, y no tienen tiempo para ti y, por tanto, el ambiente en el backstage es sumamente hostil.

A lo largo del año 1989, PiL se convirtió en una banda de directo bien curtida en la carretera; hasta tal punto que se nos fue de las manos. Dimos muchísimos conciertos, *demasiaaaaados*, y llegó un momento en que empezamos a distanciarnos. Al final, los músicos sólo pensaban en las travesuras que iban a cometer esa noche después del concierto. A veces las giras no sirven para estrechar las relaciones, sino para distanciarte. Y el pobrecito Johnny, que siempre ha sido un escuchimizado… no soy de los que salen de juerga después de los conciertos, no me quedan energías. Te vuelcas en el escenario y, por tanto, dejas de alternar con el resto de la banda y la brecha se va haciendo cada vez más grande.

En ese ambiente, algunos componentes del grupo empezaron a pedir anticipos al road mánager. Cuando te ves obligado a decir, «mira, no tenemos dinero suficiente para seguir así, has cobrado tu parte y, en realidad, siempre acabas la gira en números rojos, así que córtate», entonces es que tienes un grave problema.

No soy un empresario estricto y riguroso, no me dedico a esto por la pasta, pero alguien tiene que ponerse serio. Eres el cantante solista, pero al mismo tiempo tienes que hacerte cargo del timón y, si no quieres pasar apuros económicos, debes asumir ese papel, y a la larga esto puede afectar a tu trabajo y a tu relación con los miembros del grupo. No le estoy echando la culpa al bueno de Allan Dias —era el más discreto, en realidad—. El mayor problema lo teníamos con el pobre Bruce Smith. Y eso que en la actualidad sigo trabajando con él. Un chico muy malo.

Sé que dicen que el capitán de un barco no puede tratar a su tripulación como si fueran sus amigos… Bueno, yo estoy empeñado en cambiar esa imagen.

Con el paso del tiempo, los problemas que John McGeoch se creaba a sí mismo con el alcohol se fueron agravando. Tenía los nervios a flor de piel, mucho peor que los míos, incluso, y le obsesionaba la idea de llevar un horario estricto. Ahora bien: cuando vas de gira, las cosas cambian, lo autobuses no llegan exactamente a la hora que tenían prevista, los aviones salen con retraso, y todos estos momentos repercutían en sus fobias particulares y le hacían enloquecer, y empezaba a gritarle al mánager: «¡En el horario pone que a las 8.30 y son las 9.40, no puedo trabajar así… necesito un martini!».

Sé que todos lo hemos hecho alguna vez, pero para John se acabó convirtiendo en una costumbre, y al final era imposible trabajar con él. Cuando Lu todavía estaba en el grupo, se encargaba de las partes que John olvidaba o tocaba fuera de compás. Una vez, tuvimos una bronca tremenda en un concierto, porque se olvidó de unos compases de «Seattle», y dijo, «parad, empecemos de nuevo», ¡y ya íbamos por el segundo estribillo! Le lancé una mirada asesina. El mensaje estaba bien claro, y todos

los miembros del grupo lo sabían: *¡No se para!* Una vez que has empezado a tocar una canción, no puedes parar, jamás. La gente ha pagado por verte. Todo el mundo se equivoca, es inevitable. Pero te esperas, y te vuelves a incorporar más adelante, y la canción sigue. En una actuación en directo, puede incluso ejercer un efecto positivo, porque le añade sabor a la canción.

Después de la gira de *9*, Bruce Smith seguía con sus «actividades paralelas», y yo no podía pagarle una cantidad fija de su sueldo por adelantado, porque no nos llegaba el dinero. Así que acordamos una separación amistosa, aunque yo siempre le tuve en mente, como a Lu.

A estas alturas, andábamos verdaderamente cortos de energía. Había sido una gira muy larga, y los viajes te dejan hecho polvo. No tienes un punto de referencia, un hogar y entonces todo carece de sentido. La sangre gitana corre por mis venas, siempre he sido un vagabundo, pero necesito una especie de santuario, tierra firme a la que regresar, un sitio donde poder recargar las pilas. Llevaba quince años «en el mundo de la música», a falta de una expresión mejor, y lo más inteligente como ser humano era tomarse un respiro.

Por desgracia, en este negocio se tiende a olvidar a la gente enseguida, y si alguien desaparece durante un año, das por supuesto que ha muerto. Lo que nos mantuvo con vida fue «Don't Ask Me», un single genial que Allan Dias compuso prácticamente por su cuenta. Tenía la letra prácticamente terminada, pero a mí me pareció que necesitaba ese empujoncito extra. Estaba encantado con este tema. Ya sabéis: «¿De qué va todo esto? / Gritan y se desgañitan. / A mí no me preguntéis, no tengo ni idea. / Ningún OVNI nos va a salvar / y ¿crees que me importa?». Es una canción muy larga, desde el punto de vista vocal. Cientos de palabras, pero no sobra ninguna.

Se nos ocurrió una portada genial para este sencillo, que se inspiraba en la de Metal Box, la cajita metálica redonda. Y rodamos un vídeo que estaba muy bien, dirigido por el hijo de Bob Dylan, Jesse. Empezó a subir en las listas, pero Virgin la volvió a pifiar: pensaban que no llegaría a convertirse en un hit y se quedaron sin copias.

El gran plan de la discográfica consistía en lanzar un disco de grandes éxitos, una idea de Gemma Cornfield, que trabajaba en Virgin: una señora muy estrambótica, una amiga, se podría decir, que siempre me había ayudado a lo largo de mi carrera, desde los primeros álbumes. En su despacho tenía un póster, una broma navideña creo recordar, en el que se podía leer «Gemma Cornfield Greatest Tits» [las grandes tetas de Gemma Cornfield], en una fotografía trucada donde aparecía la propia Gemma con las tetas fuera. Y, por supuesto, yo quería que mi disco de grandes éxitos se llamara *Greatest Tits*, me parecía lo más oportuno. Y eso fue lo que acordamos hasta el último minuto, pero después cambiaron de opinión, un detalle que no me gustó nada y que me cabreó enormemente.

Con la perspectiva que da el tiempo, puede parecer una tontería, pero en aquel

momento se me quitaron las ganas de promocionar el disco. Además, coincidió con un período de inactividad total. Lo que nos hizo ponernos en marcha de nuevo fue una propuesta para componer una canción para la banda sonora de una película de Keanu Reeves, *Point Break*. La propuesta nos dejó completamente desconcertados. Dios mío, ¿qué podíamos hacer? Menudo reto. De una u otra manera, escribimos una canción, «Criminal», que se incluyó en la banda sonora. Mi problema era que cantaba demasiado alto. Quizá tenía la voz un poco oxidada, pero era capaz de proferir unas notas extraordinariamente altas que no se podían escuchar. Un infierno de mil demonios, un sonido agudo y penetrante capaz de romper un cristal, y lo combinaba con secuencias graves, con ladridos y golpes secos de fondo. En eso consistía el experimento. Y estuvo a punto de funcionar.

McGeoch no se involucró en ningún momento en el estudio de grabación. Se dedicaba únicamente a añadir capas y capas de sonido hasta formar esa masa sonora tan característica de él, de manera que la energía se dispersaba en esa canción.

Así que, después de esa experiencia, cuando nos volvimos a reunir en Los Ángeles para trabajar en las sesiones previas a la grabación del disco *That What Is Not*, nos propusimos reducirlo todo a la mínima expresión para crear una serie de silencios intermedios en los que la cabeza se te podía llenar de ideas maravillosas. A veces, menos es más. Ya sabéis, es absurdo enviar un ejército de 70.000 efectivos armados con ametralladoras para reducir a un grupito de Boy Scouts.

A mi modo de ver, no había sido tanto una reacción como una nueva etapa en el desarrollo de PiL. Había adquirido los conocimientos tecnológicos y lingüísticos necesarios para saber que no quería seguir profundizando. Disponía de los recursos suficientes para expresarme de la manera que quería en ese momento. La comunicación funciona así. Llega un punto en que te aburres a base de repetirte hasta el infinito, y acabas pensando: «¿Qué pasaría si cambio ligeramente la estructura de las frases?».

Escribí las letras y organicé la estructura general de las canciones de este disco en mi casa de Los Ángeles antes de empezar a grabar. No pudimos ensayar, porque cada uno vivía en un rincón diferente delmundo.

Trabajamos con un productor, Dave Jerden, que nos habían recomendado los de Virgin. A mí no me gustaba, y él me *odiaba* directamente. Se había hecho famoso gracias a sus colaboraciones con Jane’s Addiction y con Alice in Chains. Lo que yo no me podía imaginar es que el tío quisiera imponernos un sonido pop del estilo de Slick Rick. Tenía sus posaderas firmemente asentadas en el pop americano de la época, del tipo de «Jessie’s girl» de Rick Springfield, para que os hagáis una idea.

En cuanto nos pusimos a trabajar en las pistas de acompañamiento, surgieron los primeros roces, y acordamos educadamente, gracias a la intercesión de la discográfica, que Jerden tendría que hacerme un poquito más de caso. Me tomé una semana libre para alejarme del estudio mientras grababan las pistas de acompañamiento, una idea genial, porque esa fase del proceso de grabación puede

resultar muy aburrida. La semana se convirtió en dos, o más incluso, y cuando regresé, las canciones habían avanzado en otra dirección, habían cambiado los ritmos, habían alterado las pautas… algo distinto de lo que yo tenía en mente cuando las escribí.

Jerden quería que yo me limitara a observar. «Sí, qué buena idea, pero creo que si la grabamos en este tono…». Pero yo le dije: «Vale, ¿has pensado en algún momento que soy incapaz de cantar en ese registro, y que ahora sólo tenemos dos horas para grabar las voces de tres canciones, y has cambiado el tono?». Teníamos un problema jodido y bastante grave. Nos estábamos quedando sin tiempo y sin dinero, y en lugar de empezar desde cero con otro productor, que fue lo que yo propuse, aunque sabía que era imposible, tuvimos que aprovechar el material que teníamos. Así que Jerden se cargó mis canciones, les quitó toda la frescura que tenían al principio, y por eso el disco se titula *That What Is Not*. Es un disco muy comedido: un salvajismo estilo Abba.

Trabajar con productores de renombre siempre ha sido un problema. Intentas evitarlos y producirte a ti mismo, como hacíamos al principio, pero entonces surge la oportunidad de intentarlo con un nuevo productor, y piensas: «¿Por qué no? Tengo todas las papeletas para que esto salga realmente bien». Le das muchas vueltas, das el visto bueno, y entonces, cuando sales del estudio, ese batiburrillo que en mi opinión está acabando con la música moderna se cuela a hurtadillas en tu disco, casi sin darte cuenta, y se supone que tienes que adaptarte a eso. Es algo así como: «¡Joder, no he escrito esta canción para que se acabe imponiendo tu idea de ella!».

Tengo un recuerdo penoso de todas las discusiones que surgieron en el proceso de grabación del disco, pero, a pesar de todo, me encantan muchas de las canciones. Estoy orgulloso de ellas. Creo que no se han valorado como se merecen. «Cruel» es la canción de amor fatal más perfecta que he creado. Simplemente la adoro. Por supuesto que es un melodrama, pero eso es lo bueno. Me recuerda a esas canciones tan tristes de los sesenta, a las cosas que hacían los Bee Gees, en sus buenos momentos, o incluso a Roy Orbison. Es una canción muy triste: habla de una lucha de sexos, de todo tipo de engaños y traiciones. ¡Pero qué biensuena!

Mi otra canción favorita de este disco es «Acid Drops». Habla de como el capitalismo se ha descontrolado y ha dejado de estar al servicio de la gente. Me daba la sensación de que era un tema que todo el mundo evitaba; los grupos insulsos del momento pasaban de ello, incluidos esos predicadores profesionales llamados U2. También habla de la censura: «¿Quién censura al censor, puedo hacerlo yo también, maquillar mi mente como todos los demás?». Esa filosofía quedó sepultada por el propio proceso de grabación del disco, pero en este caso no sucedió porque al final el resultado es una canción excelente.

«Olvídame, no me olvides. / Cuando me recuerdes, piensa en gotas de ácido.» Creo que supe administrar con bastante habilidad el veneno contenido en estas palabras con mi forma de pronunciarlas. Era como si dijera, con la mirada clavada en

Jerden: «No me toques las pelotas y no juegues con mis sentimientos, porque no tengo». Al final de la canción, incluí el estribillo final de «God Save The Queen», «*nooooo fuuuuture*». Me pareció de lo más apropiado. Me produce una satisfacción enorme sacar esta canción adelante. Espero que cuando Jerden me recuerde piense en «gotas de ácido».

«Think Tank» habla del modo en que se estaba reescribiendo la historia con todos esos libros estúpidos que se estaban publicando sobre el punk, escritos por gente que reivindicaba un mayor protagonismo del que habían tenido en realidad y que por tanto alteraban la verdad. Sí, me refiero a *England's Dreaming* de Jon Savage. Es terrible para cualquier persona a la que le apasione el estudio de la historia —para mí, por ejemplo— asistir a la adulteración impune de su propia memoria.

Sinceramente, siempre que recuerdo esa época de principios de los noventa, pienso «¿cómo coño conseguí sobrevivir a eso?». Fue muy duro, cualquier cosa que quería hacer me costaba horrores. Las críticas y las traiciones, las puñaladas por la espalda eran incesantes. La imagen que se vendía de mí era la del eterno chico malo, en el peor sentido de la expresión. Se me acusaba de no tener talento, ni ideas, y se decía que era un pelele, que eran otros los que tomaban las decisiones por mí, lo cual era una gran mentira. En estas circunstancias, uno se pregunta: «¿Qué es lo que intentan decir en realidad? ¿Acaso tienen razón? ¿Debería ser un poco más crítico y hacer un examen de conciencia?». Y, por supuesto, siendo como soy, lo hice. Bueno, he de informar con satisfacción que salí bastante bien parado de aquel examen.

A principios de 1992, cuando salió al mercado *That What Is Not*, la respuesta de los medios de comunicación, si es que se puede hablar de una respuesta, fue mayoritariamente negativa. La vaga conclusión que extraje de todo aquello era que había sacado el disco en el momento menos oportuno, justo cuando el grunge se encontraba en pleno apogeo. En realidad, se me da de pena tomar el pulso a los acontecimientos y a las modas. De hecho, es algo que no me preocupa en absoluto. No soy en modo alguno consciente de la existencia de eso que llaman tendencias musicales. Siempre hay un par de mendas que tienen ideas originales y unos 200.000 grupos que quieren copiarles y que reivindican que esas son en realidad las nuevas reglas de la música y que todo el mundo debería acatarlas e imitar ese sonido. Por eso no me interesan las tendencias.

Por desgracia, yo mismo me he convertido en una especie de creador de tendencias a lo largo de los años, y es lo que más detesto de este oficio: tener que escuchar el resultado de la influencia que he ejercido. No es en absoluto gratificante. La imitación *no* es la mejor expresión del elogio. De alguna manera, indica que la gente que lo hace no lo ha entendido bien. Si fuera una persona dada a sermonear, os diría esto: buscad vuestro propio sonido, vuestra propia alma, vuestras propias palabras y vuestra propia visión del mundo, y después compartidla con nosotros. Es una buena enseñanza.

Hay que reconocer que muchos grupos norteamericanos han sabido absorber la

energía del punk y adoro ese espíritu. Por supuesto, también hay mucho monstruito, anclado para siempre en el universo del heavy metal, pero la influencia del punk no tardó en transformar el heavy metal en una música mucho más abierta de mente, y por eso le tengo un enorme respeto a los grupos que dieron ese paso. Los de la facción inglesa, por ejemplo Def Leppard, abrieron algunas puertas en este campo, e introdujeron la noción de unidad. Son buena gente, a veces vienen a nuestros conciertos.

Un año después, más o menos, un tipo llamado Tim Sommers —con el que había mantenido algunos contactos en Atlantic Records para grabar un disco en solitario— me organizó un encuentro con Kurt Cobain. Se suponía que iba quedar con él, con Courtney y con la niña en el Rancho La Brea. Bueno, hacía tiempo que había dejado de hacer turismo por Los Ángeles; llevaba una buena temporada viviendo aquí, y no estaba dispuesto a quedar en ese parque para ver huesos de dinosaurios. Me habría gustado charlar un rato con Kurt, por muchas razones, pero ¿de qué íbamos a hablar exactamente? Me olía raro, y me pregunté «¿no querrá esta peña sacarme algunas ideas y luego dejarme tirado?», y mi respuesta fue «seguro, eso es exactamente lo que va a suceder», así que dije, una mierda, y cancelé la cita. En realidad, creo que fueron ellos los que dijeron que no podían ir, lo cual me alegró muchísimo. Mentalmente, en mi fuero interno, yo no quería. No me gustan ese tipo decosas.

Aparecer en la tele y en la radio era aún más difícil que conseguir una crítica decente. Rodamos un vídeo muy bonito en blanco y negro para la canción «Cruel», y *The Chart Show*, un programa de la televisión británica que tenía unos índices de audiencia brutales, se negó a emitirlo, y el motivo que aducían era que lo habíamos filmado en blanco y negro. Aseguraban que su política era programar sólo vídeos en color. Y era tan fácil mirar atrás y decir: «Ejem, hace dos semanas incluisteis un vídeo en blanco y negro, y entonces no parecía que os molestara mucho…». Desde luego no había sido un inconveniente para U2 en la época de *Rattle and Hum*. Era una mentira como una casa. Podía seguir buscando razones y terminar en el dentista sacándome todos los dientes, pensando que ése era el motivo por el que me censuraban. Lo que pasaba era que los muy cabrones se oponían de manera prácticamente sistemática a prestarle atención a cualquier cosa que hiciera.

Creo que tenían miedo del contenido real o potencial de mis canciones, aunque ni siquiera las escuchaban. Después de todos estos años, las mismas sospechas, ¿no será que el mensaje que encierran mis letras es, en cierto sentido, una broma difícil de entender? ¿No estaré ridiculizando el maravilloso mundo de la música? Pues sí, eso es lo que hago. ¿Qué tiene de malo? Porque lo cierto es que, además, ofrezco un retrato fiel de la realidad. La *realidad*, y todo lo que hago, lo hago de manera sincera y veraz. ¿Algún problema? ¿Es eso tan malo?

Y siempre ha sido igual desde que grabé *Album*: «Hola, qué tal, somos PiL, somos un buen grupo, pero como nuestras canciones tienen cierto contenido social nos ignoran». De manera que, ¿qué es lo que ha sucedido con Johnny Rotten? ¿Ha

ido perdiendo relevancia con el paso del tiempo o se ha limitado a hacer lo que mejor se le da, y, por tanto, lleva demasiado tiempo «en la palestra»? Da exactamente lo mismo. Con toda sinceridad.

Todo el mundo apoyaba a Sting y nadie apoyaba a Johnny Rotten. Pero no pasa nada. Al final, cada uno tiene lo que se merece.

Nos salieron algunos conciertos realmente buenos, pero no recuerdo que lo pasáramos especialmente bien durante la gira del álbum. Mike Joyce, el batería de Morrissey, se nos unió durante una breve temporada, y McGeoch y él se pasaban el día discutiendo sobre religión. McGeoch decía: «Voy de azul de los pies a la cabeza». ¡Y Joyce no paraba de dar la tabarra con la ropa verde! Madre mía, ¿de qué iba todo esto? Y yo les decía: «En mis tiempos de skinhead mi prenda de vestir favorita era un traje de angora verde y azul». ¿Os acordáis de esos trajes? Eran de muy buena calidad, excelentes, en dos tonos, y unas veces reflejaban el verde y otras el azul. El mío era verde y azul. Pensad en eso…».

En las entrevistas, aprovechaba para quejarme de la falta de apoyo de Virgin. No me cortaba un pelo. Supongo que siempre me habían brindado un gran respaldo a nivel personal, pero habíamos llegado a un punto en que se notaba perfectamente que en las altas esferas ya no ponían tanto de su parte, y yo estaba en una situación muy incómoda.

Y de pronto me enteré de que habían vendido la compañía a EMI. ¡Ni más ni menos que a EMI! ¡Hay que joderse! Te despiertas una buena mañana y descubres que estás de nuevo en campamento enemigo, y encima el presidente de EMI era Ken Berry… A ver que me entere bien… ¿Cómo? En la fase final de la gira del 92, decidimos terminar los conciertos con «EMI». Para que quedara bien claro: «¡Esto ya lo he vivido antes!»

Habíamos cumplido el contrato de ocho álbumes que habíamos firmado en 1978 y lo habíamos renovado en 1987, pero enseguida nos dimos cuenta de que EMI quería librarse de nosotros. Así que estábamos en una especie de limbo. Es muy duro encontrarse en esa posición. Y te preguntas, ¿qué demonios ha pasado?

Así que gracias, compañía discográfica, y gracias a todos mis presuntos amigos de Virgin. Había sido divertido, pero ¿a cuántos directores de departamento había visto desfilar en esos años? Después de trasladarme a Los Ángeles, cada dos años cambiaban de presidente y de directivos, y yo era incapaz de aprenderme tanto nombre y tanto cargo. Sabía que no iban a durar demasiado.

Y luego, por supuesto, instalaron una centralita automática, de manera que ya no podía hablar con nadie. La gente que conocía desde el principio, como Simon Draper o Ken Berry —amigos de verdad— no se encontraban en condiciones de recoger el testigo, porque nadie quería asumir la responsabilidad de trabajar conmigo; muchos habían acabado en la lista negra por apoyarme. Al final, emigraron a tierras mejores y el contacto con los nuevos directivos era inexistente.

No estaba dispuesto a rendirme, pero, por supuesto, me sentía derrotado. Sin

embargo, había algo que tenía claro: con perseverancia y tenacidad, no importa a lo que uno se dedique, nadie te va a parar. Jamás.

11. Johnny Cuckoo

Mi vida, en ese momento, no pintaba demasiado bien: mi grupo, PiL, se desintegraba; la compañía discográfica me quería timar, cambiaba de mánager constantemente, y estaba harto de tener que preocuparme por el dinero. No soy una persona demasiado dada a la autocompasión, pero puede que ese sentimiento se hubiera apoderado ligeramente de mí. Por primera vez desde hacía mucho tiempo no era capaz de encontrar una salida. Lo teníamos todo en contra. Y para Nora era complicado afrontarlo.

A pesar de ello, no perdí mi vena creativa en ningún momento. No dejé de escribir. Siempre me deshago de las letras de las canciones si no las grabo al poco tiempo, pero todavía tengo muy presentes algunas de las ideas que se me ocurrieron por aquel entonces y os aseguro que eran totalmente esquizoides. Nunca he pensado en recuperarlas para trabajar sobre ellas, pero si alguna vez consigo céntrame lo suficientemente para retroceder y adentrarme en esa época… ¡Oooooooh, ja, ja, será apasionante!

Lo único que tengo claro es que fue una etapa dominada por el dolor. No sabría definir exactamente ese dolor, pero sentía una enorme preesssióoooooon. Presión, presión, presión. «Tienes que portarte como un hombre en esta situación, tienes que impedir que el grupo se rompa, tienes que dirigir el negocio, tienes que hacer esto y lo otro… ¡Jodeeeeer!»

Mi hermano Martin y yo montamos un estudio de grabación en nuestra casa de Venice, pero nos enredamos tanto con las nuevas tecnologías que se nos agotaron las fuerzas para seguir adelante. Una persona que se dedica a componer canciones no se puede dejar absorber por otra actividad: hacerlo, sencillamente, es imposible. Lo demás es complicarse la vida. Si te quedas atascado en la parte empresarial, la creatividad se contamina.

Te podías pasar el resto de tu vida intentando comprender ese sinsentido. Aclimatarse a Estados Unidos no había sido nada fácil. Despachar con los contables, los abogados y los mánagers cuyo cometido se suponía que era ayudar a que me abriera camino en este entorno extraño había sido una auténtica pesadilla. Si a eso le sumamos la falta de apoyo de la compañía discográfica, es alucinante que consiguiera sobrevivir y que mantuviera la cordura. Una sucesión interminable de mánagers —no tengo queja de ninguno de ellos— hicieron lo que pudieron. Confiaba en ellos y estaba convencido de que estaban capacitados para hacer su trabajo, pero, sencillamente, no disponían de las herramientas necesarias.

Hubo un momento en que estaba tan desesperado por encontrar un representante que llegué a considerar la posibilidad de proponérselo a Sharon Osbourne —¿sería capaz de velar por mi carrera?—, porque adoro a Ozzy. Pensé: «A Ozzy le va muy bien con ella». Esto fue mucho antes de que empezara a emitirse aquel famoso programa de televisión sobre la familia Osbourne. La gente hablaba muy bien de ella,

una chica dura, sensata, pero la cosa se quedó en nada. Hace algunos años, en una entrevista, dije que Ozzy era un «delincuente senil» o algo por el estilo y su familia se molestó. No lo dije con mala intención, simplemente me equivoqué. Siento un amor y un respeto increíbles por Ozzy.

Para mí, desde el punto de vista emocional, los ochenta y los primeros noventa, fueron una época increíblemente improductiva. Me fundía los mánagers como si fueran smarties. Estaba muy confundido. Necesitaba ayuda —simplemente, alguien de la industria—, pero no había nadie realmente preparado para asumir esa responsabilidad.

No conseguía ganar dinero, nadie me animaba, estaba aislado. Hiciera lo que hiciera, siempre había alguien de la banda que decía: «Oh, es un cabrón, sí». Empezaba a pensar que era cierto aquello de que el capitán del barco no se puede permitir tener amigos a bordo. Por aquel entonces, si no marcaba las distancias, la cosa no funcionaba, pero con el tiempo he descubierto que no tiene por qué ser así; ahora trabajo con personas a las que adoro y en las que puedo confiar de verdad, espero que el sentimiento sea mutuo. Pero es bastante increíble que haya tenido que pasar por todo eso para llegar a *esto*, a mi situación actual con PiL. Para que la gente capte la esencia de lo que yo soy en realidad, ¿qué haces para que te presten atención?, ¿de verdad que sólo les interesan los escándalos que la prensa le atribuye a un chaval de diecinueve años?, ¿no sería mejor dejar a un lado los prejuicios y juzgarme según sus propios criterios? Vale, no, prefieren los escándalos. No pasa nada.

En los años ochenta se impuso la maquinaria de la publicidad. Los peinados frívolos que todos padecimos en esa época tuvieron muchas, muchas consecuencias, y ahora todo se reduce a los titulares sensacionalistas y a la ausencia total de contenido. En mi caso, la verdad es que tiene gracia, porque desde el día que empecé siempre me han acusado de aprovechar los titulares sensacionalistas en detrimento del contenido, pero, en mi opinión, los Pistols eran *puro contenido*. En todas las canciones y, en realidad, en todas las palabras; aquello fue un buen trampolín para mí y, la verdad, he cambiado poco. Está claro que he crecido —a lo ancho sobre todo— y ahora cuento con un vocabulario más rico que me permite expresarme mejor, pero sigo siendo fiel a las verdades elementales de la vida.

A principios de los noventa empezaba a estar harto de todas las chorradas que se contaban acerca de la historia de los Pistols, pues una panda de listillos que no tenían ni idea —sobre todo Jon Savage— estaban interpretando de manera equivocada mi vida y todo lo que yo representaba. Le había echado una mano a Savage con su libro *England's Dreaming* y, en 1991, cuando se publicó, con el correspondiente bombo mediático, descubrí que había manipulado las conversaciones que habíamos mantenido y sólo había dejado el material que podía utilizar para justificar sus propias teorías. A ver, ¿quién coño eres tú, Jon Savage? No estabas en los Sex Pistols.

El libro era demasiado farragoso: para entenderlo, había que leerlo con un

diccionario de latín. Las palabras que empleaba desentonaban con el contexto y se presentaba a sí mismo como un experto en la materia. ¿Con qué autoridad? Era un auténtico desconocido, ajeno a los círculos más íntimos, tampoco tenía demasiado que ver con aquel mundillo en general.

Cuando se estaba documentando para escribir el libro, lo obligué a prometerme que no escribiría un libro convencional y me quedé horrorizado cuando descubrí que era precisamente todo lo contrario de lo que me había prometido. Era un libro estrecho de miras, mezquino, misógino y, por tanto, demostraba que no había sabido entender que la verdadera fuerza vital del punk residía en que, por primera vez en la historia de la cultura pop, había ofrecido a las mujeres la oportunidad de salir al escenario, de ser iguales que los hombres. Hasta entonces, las cantantes femeninas sólo se habían preocupado de sus peinados, estaban totalmente al margen de la composición de canciones: eran voces en off. Grupos como X-Ray Spex y The Slits irrumpieron con fuerza y dijeron: «¡Nosotras también somos vuestras colegas!». Fue un logro increíble, un cambio definitivo, eso es algo que hay que admirar y respetar. ¡Esas gloriosas tías punkies! ¡Tenían un montón de cosas fantásticas e increíbles que enseñar almundo!

La visión del mundo de Savage se reducía al intelectualismo arrogante y exclusivista de Gang of Four. Y todo esto era el resultado del talento verbal de un ex abogado. Se rumoreaba que había abandonado la carrera de derecho para dedicarse al periodismo musical. Visto lo visto, si hubiera seguido ejerciendo como abogado nos podría haber prestado un servicio mucho mejor a todos nosotros.

Este fenómeno se había apoderado de la sociedad en general. Me cabreaba enormemente que la gente me explicara lo que yo pensaba en aquella época, lo que yo había hecho y cómo era que mi opinión contara muchísimo menos de lo que se decía en *England's Dreaming*, pues se suponía que yo era la principal autoridad en punk: el objetivo de todos los grupos del momento —¡no sólo el de los Clash!— era superar a los Sex Pistols. Era un mundo feo, muy feo.

Hay que ser un poco idiota para no analizar tu propia imagen como personaje público. Eso no significa que tenga que dedicarme a leer absolutamente todos los comentarios hostiles que me dedica la prensa sensacionalista a diario. ¡Ni mucho menos! Pero estoy bastante al día. Cuando la verdad se tambalea, vencida por un odio que no se sabe muy bien de dónde procede, hay que salir a la palestra y alzarse en defensa propia. Y es necesario elegir los mejores momentos para reunir a tus ejércitos.

De modo que pensé que publicar en forma de libro mi crónica personal de los acontecimientos sería un buen punto de partida para contrarrestar esa situación general. Era una decisión que postergué bastante tiempo, hasta que alguien me hizo una oferta y coincidió con un momento en que me había tomado un respiro con PiL y, por tanto, tenía tiempo para hacerlo. Entonces pensé: «Sí, adelante con ello».

Sabía que aquello era meterse en camisa de once varas. Desde luego, sirvió para

tapar la boca a muchos de mis detractores. Titulé el libro *Rotten* y le añadí el subtítulo *No Irish, No Blacks, No Dogs*, pues, debido al juicio, llevaba poco tiempo disfrutando del nombre de Rotten y había estado centrado en PiL-PiL-PiL y, en este grupo, yo había sido siempre Lydon. Era como recuperar esa faceta de mi personalidad. Fue un paso muy importante en el desarrollo de mi carácter, pues desde que publiqué este libro ya no tengo tanto miedo de quién soy ni de lo que soy. Y, aunque la gente ha intentado mancillar ese aspecto de mi personalidad y apoderarse de él, aún me pertenece, es una parte integral de mi identidad, y me he dado cuenta de que es muy importante. *Soy* el elefante en la cacharrería.

Una parte importante del libro está dedicada a la opinión de otros personajes implicados. A pesar de todas las acusaciones, consideré que era necesario que gente como Steve Jones y Paul Cook contaran su versión. Quería demostrar la siguiente idea: no somos como vosotros pensáis; siempre nos ayudaremos, porque todo se reduce a contar las cosas como son, no como otros quieren que sean.

También incluí algunas declaraciones juradas del juicio contra McLaren. Insistí mucho en ello, porque creo que ayudan a entender mejor la situación: simplemente, léelas y juzga por ti mismo lo que crees que sucedió. Ahí tenéis a Malcolm, declarando que era un mánager competente —vaya, qué idea tan novedosa—. Y las incongruencias cargadas de odio de Vivienne… Esos eran los adultos que me rodeaban y no se enteraban de nada. No tuvieron el más mínimo escrúpulo a la hora de mandarme a tomar por culo y arrebatarme mi propia vida. Apostaron todo a ese ridículo juicio y salieron con el culo escaldado.

En esta época un tío de Virgin había contado que yo le profesaba a Malcolm un «amor homosexual no correspondido». El propio Malcolm había dicho en alguna ocasión —en una revista musical alemana— que yo siempre había estado enamorado de él, pero que él había tenido que «rechazarme» y que ésa era la raíz de todo el problema. En aquel momento, pensé: «Por mí, que siga con su pequeña fantasía gay todo el tiempo que quiera, me la trae al fresco». Pero cuando volvió a la carga afirmando que yo siempre le había visto como una figura paterna… Eso era demasiado: estaba seguro de que a mi padre no le gustaría leer ese tipo de cosas y creo que no deben tolerarse. No está bien. No me importa lo que diga de mí, puede tirarse todo el día mintiendo, pero es mejor no meterse en esos jardines. El rencor y la actitud infantil de esas declaraciones hicieron que el desprecio que sentía por él se multiplicara por diez. Pensé: «¡Santo Dios, qué razón teníamos cuando pensábamos que era un gilipollas integral!».

Para mí, es un libro genial, quizá un poco duro, pero hay que tener en cuenta que las situaciones que describía eran espantosas.

En *No Irish, No Blacks, No Dogs* se dice algo que quisiera corregir, un dato que la editorial cambió sin consultarme. ¡Decidieron que en lugar de haberme criado en Finsbury Park, yo había crecido en Candem Town! ¡Y lo hicieron porque sostenían algo tan disparatado como que la gente no sabía dónde está Finsbury Park, pero que

sí conocían Candem por el mercadillo! ¡Intentar cambiar el lugar de origen de una persona es totalmente absurdo!

Una de las consecuencias más fabulosas de la publicación del libro en 1994 fue que, a partir de ese momento, la calidad de los periodistas que me solían entrevistar mejoró bastante. Eran profesionales del mundo editorial y podíamos mantener conversaciones mucho más interesantes. Pensaba «joder, ahora sí que me gusta que me entrevisten» y, desde entonces, el nivel se ha mantenido. En lugar de sentir la obligación constante de adoptar una postura defensiva y agresiva, el plantea preguntas inteligentes, bien documentadas, en un clima respetuoso, podía tomarme todo el tiempo que quisiera para responder. Una vía de comunicación adecuada y la fidelidad a los hechos, la esencia del periodismo, en mi opinión.

En los años siguientes, me dediqué a buscar inversores para llevar *No Irish* a la gran pantalla. Conseguí reunir uno o dos millones, pero el proyecto se frustró cuando los guionistas entraron en escena. Estaban empeñados en escribir algo así como «La vida de David Cassidy en VH1», para que nos entendamos. «Vale, hay que desarrollar un poco el aspecto romántico; en el libro no profundizas demasiado en ello, vamos a inventarnos alguna historia.» «No, no nos vamos a inventar nada. ¡Lo contáis como sucedió y punto!» Y que quede claro, independientemente de lo que pasara realmente y de las aventuras que haya podido tener, que nunca venderé la vida privada de los demás. Y, desde luego, menos aún para vender libros o películas. No me gusta jugar con los sentimientos de la gente y, sinceramente, cualquier ser humano que haya mantenido una relación física conmigo ya tiene suficiente. Puede arruinar su reputación, convertirse en un apestado.

Se me ocurrió que la persona ideal para interpretar el papel protagonista era Justin Timberlake. Pensé: «Podría funcionar». Porque Justin en ese momento estaba en el candelero, pero daba la sensación de que había llegado al final de una etapa. Estaba aburrido y había empezado a hacer algunos pinitos en el campo de la interpretación, pero todavía no había conseguido ningún papel interesante. Era un papel hecho a su medida, ideal para un chaval suavito y majete, con un planteamiento vital bastante básico. Sería un auténtico reto para él, el papel de Johnny Rotten, y una oportunidad como cantante, las canciones no serían un problema.

Todo empezó como una broma, en las entrevistas, pero después me lo tomé muy en serio. Puede que simplemente estuviera construyendo castillos en el aire, pero pensé: «Si no apuntas alto, es imposible conseguir buenos resultados». En cualquier caso, los inversores no querían ni oír hablar de Justin. Decían: «No, bueno, quizá lo mejor sería utilizar actores desconocidos». «¡¿Cómo? Entonces ¿qué sentido tiene rodar la película?!» Lo único que les importaba era que no se les disparara el presupuesto y, aunque era un proyecto que tenía un enorme potencial, no pudo despegar. ¿Quién necesita otra película de serie B?

Ni siquiera llegué a conocer a Justin. Me limité a lanzar la idea a los cuatro

vientos para ver si se producía alguna reacción, pero aunque hubiera obtenido alguna respuesta, sabía que los responsables del proyecto, los inversores, se habrían opuesto. En cualquier caso, ¡qué telón de fondo tan excitante para esta historia!

Creo que ha quedado bastante claro lo que opino de la música de baile que se puso de moda a principios de los noventa, la música de evasión. Había bastante basura. La brigada de los sombreros hippies y la tetera estaba de vuelta; los de los pantalones de campana, los que jamás te prestaban una piqueta de sobra para clavar tu tienda de campaña en los primeros festivales hippies.

Existía, sin embargo, otra escena dance alternativa, la de los clubes underground donde se pinchaba una música más seria, con un ritmo más duro, cargada de potentes connotaciones urbanas, y esa música me apasionaba.

Conocí a Leftfield, por casualidad, por mediación de John Gray, porque uno de los miembros de este dúo, Neil Barnes, había trabajado en la misma guardería donde yo había estado a mediados de los setenta hasta que me echaron. De vez en cuando se presentaba con John en Gunter Grove. Me entusiasmaba la música que estaba haciendo con Leftfield, los sonidos que habían conseguido inventarse. Me presentó a Paul Daley, su pareja musical, y me cayó realmente bien. Tardamos bastante en conectar, pero un día me dieron una cinta y me dijeron: «Quizá podrías echarnos un cable e inventarte una letra para esto». Estaban haciéndose un nombre en la escena dance británica y, en esa época y esos círculos, los temas eran casi exclusivamente instrumentales. Así que allí que me lancé.

Lo que me más me gustaba de esta delirante escena dance era que estaba totalmente abierta desde el punto de vista racial y cultural. No se juzgaba a nadie. Parecía que había surgido de la nada. Era un universo independiente que había encajado realmente bien con el punk. Estaba deseando ver qué derroteros seguía, pero no quería apuntarme a esa tendencia ni imitarla, que era uno de los escollos que tuve que superar para trabajar con ellos. Les insistía: «No quiero que parezca que me estoy subiendo al carro». Y ellos me aseguraban: «No, no, John, nadie va a pensar algo así, eres el único que puede hacer esto…».

Como he dicho, era un universo musical basado en el ritmo y en las estructuras, pero no tenía una orientación vocal, porque era prácticamente imposible encajar una melodía cantada dentro de la rigidez de los compases. Bueno, nosotros sí encontramos la manera. Una solución muy buena y natural. Cuando consideré que estaba listo, los llamé, quedé con ellos y terminamos el trabajo en una sola noche. Fantástico. Yo estaba bastante preocupado, he de decir, porque no quería que se sintieran en un compromiso y que perdieran el tiempo, pero eran unos chavales bastante legales y decían: «No, no te preocupes. Si es una basura, John, no lo vamos a utilizar». Por extraño que parezca, ese tipo de palabras nunca resultan demasiado alentadoras.

Y, mira por dónde, así fue como nació «Burn, Hollywood, Burn» o, según el título

oficial de la canción, «Open Up». Se lanzó en noviembre de 1993, ¡la misma semana en que un incendio arrasó las colinas de Hollywood! Tuve que enfrentarme con la prensa americana, que me espetaba: «¿Cómo se te ocurre sacar provecho de una catástrofe natural?». ¡Ay! Y eso que eran periodistas musicales, que se supone que son conscientes, aunque finjan lo contrario, de que los discos se graban bastante antes de que salgan al mercado. Era una idea disparatada y retorcida: cabrones ignorantes juzgando a los demás.

El caso es que el incendio en cuestión empezó en las colinas. Por aquel entonces yo tenía una casa en Malibú, en la costa, y el fuego casi llegó hasta la puerta. Nora y yo pensamos: «¿Qué nos podemos llevar? ¿Qué necesitamos?». La policía nos había advertido de que el fuego estaba muy cerca y que teníamos que marcharnos, así que nos dijimos: «Venga, nos montamos en el coche y nos largamos». Llegamos a la otra casa y esperamos allí, pendientes de las noticias para ver cómo se desarrollaban los acontecimientos: para ver si lo habíamos perdido todo.

Es increíble, lo que se puede llegar a sentir en ese tipo de situaciones, uno piensa: «Bueno, si nos quedamos sin nada, qué pasa, por lo menos nos tenemos el uno al otro». Es una sensación enriquecedora, sobrecogedora y extraña el darte cuenta de que, al final, las pertenencias y los objetos personales no tienen ninguna importancia. Si te enfrentas a una situación límite, lo que te importa es tu parienta y tus hijos, ¿verdad? Jamás se te ocurriría deshacerte de tus pertenencias ni venderlas por dos perras, porque te arrepentirías, pero cuando te enfrentas con lo verdaderamente importante, es diferente. Sientes cierta perplejidad y estoy convencido de que se podría escribir una buena canción sobre este tema. Un día de éstos me pongo con ello.

Al margen de los incendios, la ciudad de Los Ángeles estaba viviendo un período de agitación debido a los disturbios que se habían desencadenado por el caso de Rodney King y, aquí en California, la imagen de la ciudad de Los Ángeles en plena ebullición no les hacía demasiada gracia. No puedo decir que las demostraciones de afecto se prodigaran por haber escrito una canción en la que se encadenaba una serie de acontecimientos catastróficos. No eran capaces de digerirlo. No es que me crea que tengo poderes psíquicos, no soy ningún adivino, pero tengo cierta capacidad para tomar el pulso a lo inevitable, siempre ha sido así. Hay que estar sordo, mudo y ciego para no ver venir ciertas cosas. Creo que el problema es que la mayoría de las personas que viven en este planeta están realmente sordas, mudas y ciegas. La gente no acostumbra a afrontar la realidad: por lo menos, no el común de los mortales y, desde luego, no la mayoría de los grupos musicales. De hecho, cuando necesitan una dosis de realismo, lo que hacen es subirse al carro de las obras de caridad y, si se puede enterar todo el mundo, mejor quemejor.

En concreto, la letra de «Open Up» habla de un actor en ciernes que intenta probar suerte en Hollywood. Es una canción totalmente autobiográfica, la verdad. Como he dicho antes, cuando me trasladé a Los Ángeles no había pensado ni por

asomo en dedicarme al cine, pero, inesperadamente en un momento en que PiL había entrado en un período de inactividad las cosas se habían orientado en esa dirección. Había hecho algunas pruebas, incluso, y me aprendía los guiones y me presentaba a los cástin. Me presenté a unos cuantos y todos ellos fueron, he de confesarlo, las experiencias más embarazosas y tediosas que he vivido jamás, pero pensé, «La verdad es que me gustaría ver si soy capaz de seguir adelante, porque es una buena perspectiva de trabajo». Me lo planteé como una especie de trabajo de investigación.

Pero lo único que conseguí fue una humillación descomunal. Es tan duro que lo rechacen a uno. La verdad es que cada vez que pienso en los grandes actores, siento una gran tristeza, pues ahora sé lo que tienen que sufrir para llegar adonde están. Ninguno lo ha tenido fácil. Es realmente complicado meterte en la piel de otra persona y entregarte incondicionalmente, darlo todo y después tener que afrontar que te rechacen. ¡Guau!

Una de las películas a las que me presenté era la historia de un chófer y un mayordomo que secuestran al perrito faldero del millonario para el que trabajan y de las calamidades que les ocurren después. La mayoría de las películas eran comedias como ésta. También estuve en el cástin de una película bélica. En la escena que tuve que aprender, mi personaje se moría. Y, sí, eso es exactamente lo que sucedió. Ay, era la hostia de difícil, y era incapaz de hacerme con ello. El instinto lo tenía, pero en esa época aún no disponía de la profundidad suficiente como para tomármelo en serio, porque una especie de diablillo saltaba en mi interior y me decía: «*Arrrggg*, actuar es de gilipollas». No era más que una excusa para defenderme. No me lo tomaba en serio y debería haberlo hecho. Tendría que haber aprendido a controlar mejor a mis diablillos.

Al ser cantante, eres perfectamente consciente de que van a ser más estrictos contigo. No sé si tengo talento para la interpretación. Me he sometido a un examen de conciencia, que es mucho más de lo que puedo soportar, pero si ahí hay algo, tengo que aceptar el reto. No puedo resistirme a los desafíos. Puede que sea muy duro para mí, pero siempre que pueda arriesgarme a caer en la humillación y la degradación total y absoluta, me lanzaré de cabeza. Así es la vida, una sucesión de retos formidables y en absoluto estoy hablando de vender mi alma ni de escurrir el bulto ni de negar mi pasado, mi presente o mi futuro. Estoy hablando de una dimensión metodológica. Una manera de expresar mi mensaje, sea cual sea, de diferentes maneras.

Supongo que eso era lo que me estaba planteando en esta época y por primera vez lo hacía en serio, pues la relación de PiL con Virgin había entrado en un punto muerto. Durante una temporada, los responsables de Channel Four, el canal de televisión británico, me estuvieron tirando los tejos para que presentara un programa cultural juvenil que se emitía los viernes por la noche, *The Word*, pero habría tenido que renunciar a mi faceta musical. Aquello habría sido como el beso de la muerte. Presentar un programa de televisión sobre música pop era a mi modo de ver como

contraer un cáncer terminal. ¿Qué puedes sacar en limpio una vez que se termina? Sé que soy capaz de enfrentarme a muchas cosas, pero, evidentemente, el programa *Celebrity Squares* no es una deellas.

Otro proyecto interesante que surgió ese mismo año y que me reportó unos buenos ingresos fue una serie de anuncios que hice para la marca de cerveza Schlitz. Me enviaron montones de cajas y, ¡sorpresa!, ¡sorpresa!, me encantó. No es que me pagaran un dineral, pero era suficiente. Hay una cosa que la vida me ha enseñado: a veces sucede algo que no te esperas ni por asomo y hay que ser lo suficientemente inteligente como para darte cuenta de que es una buena oportunidad y no dejarla pasar. Hay que saber acertar, en cualquier caso.

Los anuncios en sí tenían un planteamiento un poco repulsivo: un póster en el que aparecían algunas de las cosas que se podían encontrar en mi cubo de basura. Había una historia que circulaba por ahí, según la cual Bob Dylan había denunciado a un estudioso de la contracultura, A. J. Weberman, por hurgar en su cubo de basura. Ahí tienes el mundo moderno. ¡Gracias, hippie! Hay que poner candados hasta a los cubos de basura. Puede que sean objetos desechados, pero siguen siendo nuestros. Mientras siga pagando impuestos para que los basureros me recojan el cubo de la basura, esos desechos me pertenecen.

Y mientras me dedicaba a todas estas actividades secundaria, la idea de organizar una nueva gira de los Sex Pistols empezó a bullir lentamente. En teoría, me parecía bien. Nosotros cuatro no podíamos permitir que el grupo se separara definitivamente por motivos equivocados: las tretas, las indirectas, la cháchara y las bromas que habían tenido lugar fuera del escenario bajo la influencia de nuestro sarcástico mánager. Ya terminado el juicio, el grupo se había liberado de todo aquello, así que por fin disponíamos de cierto margen de maniobra. A mi modo de ver, era cuestión de zanjar el asunto definitivamente o de llevarlo hasta un extremo que fuera imposible continuar. Ambas opciones me parecían muy interesantes.

La primera persona con quien mantuve una conversación telefónica en serio fue Steve Jones y estuvimos hablando de Glen Matlock. Me enteré de que Glen estaba en Los Ángeles y de que ellos dos se habían visto. Steve intentó convencerme: «Oh, no, Glen ha cambiado mucho, ahora está bien. Ya no bebe como antes, se puede tratar con él. Al menos, ésa es la impresión que me ha dado». Así que dije: «Muy bien, ¿adónde quieres llegar?».

Steve me convenció de que quedáramos los tres en Los Ángeles. Vinieron a verme a Venice y estuvimos dando una vuelta por el paseo marítimo. Les enseñé los barcos, les hablé de las cosas que me gustaban de la vida y, por milagroso que parezca, ¡conectamos!

Pensé que si dos personas tan distintas como Steve y Glen podían estar dispuestas a colaborar en un proyecto, las perspectivas eran muy buenas para el resto de los miembros de la banda, porque estos dos tíos nunca se habían puesto de acuerdo en la

vida. Jamás. Steve siempre se había burlado de Glen y nunca le había caído bien. Siempre había sido así. Y el sentimiento era mutuo. Yo no era la única persona conflictiva: estos dos habían creado algunas tensiones que habían afectado a la relación profesional de todos los demás. Paul siempre se ponía de parte de Steve porque estaban muy unidos. Pero si el grupo se iba a reunir de nuevo, yo no quería que fuera con otro bajista. Puesto que no podíamos contar con Sid por razones obvias, yo apostaba por Glen.

Así que fue un encuentro muy positivo y, como siempre, fuimos muy sinceros. En este grupo no nos andábamos con trampas. El desdén era superficial y por eso no fue difícil librarse de ese sentimiento. Era una actitud mucho más saludable que enterrar todo y fingir que éramos buenos amigos. En estas situaciones prefiero tener una buena relación profesional que un amigo. Los amigos son importantes, pero no en estegrupo.

Intentamos ponernos en contacto con Paul, que estaba en Inglaterra, y le dejamos algunos mensajes en el contestador automático; luego salimos a comprar algo de comida y, cuando regresamos, era él quien nos había llamado y nos había dejado un mensaje. Cuando por fin conseguí localizarlo, uno o dos días después, estuvo muy simpático. Tuvimos largas conversaciones y volvimos a conectar, me di cuenta de que había algo que se podía salvar y rescatar.

La presión de los episodios desagradables que habíamos tenido que soportar en los viejos tiempos había desaparecido. Merecía la pena intentarlo. Pensé: «Estoy disfrutando de verdad, no quiero decepcionarlos. Esto se puede salvar, pero no para siempre: se trata únicamente de afirmar que aquella situación dio lugar a un producto de calidad y que el único responsable de la dificultosa evolución y de la separación de la banda fue el mánager, un personaje que ya no está involucrado».

De modo que se suponía que debía ser un momento de *free I-self up*, como dirían los jamaicanos, un momento de liberación. Aun así, con toda sinceridad la perspectiva me horrorizaba. Uno de los aspectos en que insistí en dejar claro durante estas conversaciones era que, sencillamente, no quería que la palabra «reencuentro» se mencionara en ningún momento. «Eso es lo primero que van a decir esos hijos de puta de periodistas, van a decir que es un reencuentro.» Así que empecé a rebuscar en mi diccionario personal para dar con una alternativa que nos permitiera evitar esa palabra. Yo no lo veía como un reencuentro. No era un re-nada. Cuando está funcionando, funciona. Cuando se acaba, se acabó. Los reencuentros no molan nada y, en nuestro caso, al escuchar esa palabra nos atacarían inmediatamente: «¿Cómo os atrevéis? ¿Por qué no desaparecéis y punto? El mundo ya ha aguantado lo suficiente a gente de vuestra calaña».

Y, por supuesto, los mocosos, engañados por la imagen negativa que se había creado a nuestro alrededor, vivían en un mundo de resentimiento: «¡*Aaargh,* vejestorios! ¡Pero si eso sucedió hace un huevo de tiempo!», y ninguno de estos cabrones se daba cuenta de que eran libres para expresarse como quisieran gracias a

nosotros, a nuestra lucha. Si no quieres escucharnos, cierra la boca, pírate y déjanos en paz.

¿No os parece una tontería discriminar a una persona por su edad? Mirad al pobre Pete Townshend. Es un tío tan majo, también y menudo escritor, pero esa frase suya, «espero morir antes de llegar a viejo», siempre lo ha obsesionado. Y se ha malinterpretado en muchas ocasiones. No creo que Townshend tenga problemas con el hecho de envejecer, pero los filósofos baratos se aferran a esa idea y después intentan perpetuar el mito de que «la música es sólo para adolescentes alelados», porque de esa manera, por supuesto, la cultura de las revistas musicales y de las discográficas puede meterte en vena el producto que le dé la gana, utilizando grupos artificiales y prefabricados. Cualquier artista con una larga carrera a sus espaldas puede destapar el pastel y eso no es lo que le interesa a la industria.

Así que no le pidáis a nadie que se largue, que se esconda y que abandone. No cuando ha creado una obra de calidad, aunque sea una sola canción que ha logrado hacerse un hueco en la mente de cualquier persona; no subestiméis ni censuréis a estos artistas. Estáis ante el talento de un ser humano, ¡hay que respetarlo! Yo mismo cometí ese crimen cuando era joven: «¿Qué piensas de los Rolling Stones», me preguntó Janet Street-Porter en una entrevista para la televisión que me hicieron en esa época. «No pienso», ésa fue mi respuesta. Era verdad, en esa época no pensaba en ellos. Estaba ocupado en mi propio proyecto: en los Pistols. No había ni un atisbo de odio en mis palabras y, desde luego, no quería que dejaran de tocar, aunque es cierto que pensaba que corretear por un escenario a los cuarenta era un poco absurdo.

Pero cuando yo mismo superé la barrera de los cuarenta pensé: «¡No, no tenías razón, estabas totalmente equivocado, John!». ¡Nunca te rindas! Es una idea terrible, muy presente en la cultura británica: «¿Por qué no te jubilas? A ver si actúas como corresponde a una persona de tu edad». ¡Chorradas! Una vez que entiendes esta idea y la analizas, te das cuenta de que es como si negaras tu vida. Y debes vivir tu vida de la manera más plena que puedas, hasta el mismo segundo en que tu corazón deja de latir. Y no dejes que nadie te niegue esa posibilidad.

Aquello fue fantástico. Como si le hubiéramos dado una patada a un avispero. Ningún otro grupo de este planeta tenía que lidiar con tanta negatividad como nosotros. Después de la relativa euforia inicial, todo se convirtió en una especie de carrera de resistencia. Por supuesto, eso nos unió aún más. En muchos sentidos, fue genial. Es decir, cuando te enfrentas a una negatividad tan nauseabunda, puedes ponerla patas arriba. Los Pistols no somos demasiado dados a la autocompasión. En ese sentido, éramos un grupo bastante saludable.

En la conferencia de prensa que dimos en el 100 Club en marzo de 1996 para anunciar nuestro regreso, los periodistas se habían puesto de acuerdo para machacarnos. Se respiraba hostilidad. En ese tipo de situaciones tienes que encontrar un proceso mental que te permita protegerte al menos por los flancos. Si me atacas, me defiendo por la izquierda, por la derecha y por la retaguardia. «¡Venga,

sinceramente, ¿no os habéis reunido otra vez sólo por la pasta?», gimoteaban. No quería repetir todo mi repertorio de respuestas, así que decidí adelantarme: «Estoy gordo, tengo cuarenta y he vuelto. Asumidlo. ¡Siguiente pregunta!».

Los periodistas preguntaban y nosotros les respondíamos. Estaba allí sentado con Steve, Paul y Glen y, a los treinta segundos, me di cuenta de que la situación les superaba. No eran capaces de contestar a las preguntas de forma adecuada, así que me veía obligado a interrumpirlos constantemente y eso no estaba en el guion. Tenía la sensación de que no estaban a la altura. Nos lanzaban preguntas agresivas y negativas y decidí atacar directamente a la yugular. Había que dejar claro que los Sex Pistols seguían teniendo fuerza. No es que hubiéramos vuelto: nunca nos habíamos ido y siempre seríamos importantes. Ya sabéis, ganar la partida.

«Ooh, pero ¿sólo hacéis por el dinero?», seguían preguntando estos idiotas. Me cago en la hostia, ¿cómo me puede acusar de algo semejante la industria del pop, que existe *únicamente* para hacer dinero? ¡Y nosotros teníamos la osadía de querer que nos pagaran por hacer nuestro trabajo! El grupo más influyente del mundo en ese momento. Bueno, en realidad, PiL había tomado el testigo después, pero sabéis a qué me refiero. Y seguían interrogándonos, como si estuviéramos en el banquillo de los acusados en Old Bailey y estos tres gilipollas se dedicaban a divagar. Espantoso. Su cobardía asustaba.

Cuando empezamos a ensayar, nos dimos cuenta de que en realidad no nos gustábamos… otra vez. Anita Camarata —la mánager de Steve Jones, que también representa a los otros dos en lo relativo a los Sex Pistols—, dijo: «Steve no bebe, así que no me parece sensato tener alcohol a mano». Y me presenté con dos cajas de cerveza. Eran para mí. Para mi uso exclusivo. Si quiero beber, bebo, y si tú no quieres y eres de Alcohólicos Anónimos, es tu problema. Creo que supe delimitar las fronteras con bastante claridad.

Empezaba a familiarizarme de nuevo con esa vieja sensación de sospecha: «Puede que no me haya dado cuenta, pero estos tíos acaban de hacer algo que acabaré descubriendo pronto». ¡Abracadabra, un problemilla! A la mánager de Steve se le había ocurrido la feliz idea de contratar a una asesora de moda que nos diría qué ropa debíamos vestir. ¡Ja-ja-ja, ja-ja-ja, ja-ja-ja! La recibimos con los brazos abiertos. Actué con bastante elegancia. Pensé: «Vale, esta pobre experta en moda no tiene la culpa. Igual, hasta le puedo sacar provecho». Y, ¡mira por dónde, se lo saqué! Era una ropa demencial y fue ella la que me consiguió lo que acabaría definiendo como «la chaqueta de trabajo de Paddy», una prenda de nailon de cuadros grises y blancos. También trajo una chaqueta roja sin mangas con la delantera de plástico —me encantaba—, pero se rompió en la segunda actuación.

Así que pudimos disponer de algunas prendas de vestir realmente chulas que utilicé hasta la saciedad. ¿Y qué puedo decir del resto del grupo? «¡Uf, ¿no hay ningún pantalón vaquero?» Una vez más, el mismo problema de base que había caracterizado a los Pistols desde sus comienzos: no tenían ni idea de cómo mostrarse

al mundo. Una falta total de confianza, con la excepción de Glen, por supuesto. Glen *lo tenía claro*, sin aspavientos. Que le gustaba la ropa de tía, pues se la ponía. Glen tiene estilo. Puede que no siempre acierte, pero lo tiene y es genuino así que lo supo, *es* estilo. ¿Pero qué decir de los otros dos? Básicamente, se habían quedado anclados en las camisetas de marca y los vaqueros. Ridículo.

Steve, por supuesto, era consciente de lo gordo que estaba. Lo que se le ocurrió —ay, qué chorrada— fue encargarle a Vivienne un cargamento de ropa, pero como estaba tan grueso, le había dado vergüenza decirle cuál era su talla de cintura real, porque Vivienne era una auténtica arpía para esas cosas. No se cortaba un pelo. Era la primera que te decía: «¡Yo no diseño ropa para gordos!». Así que Steve había mentido y le había pasado unas tallas falsas y no se pudo meter en ninguna de las prendas que le llegaron. Debió de costarle un riñón. Y lo único que podía ponerse era un estúpido sombrerito.

Así que, ahí lo tenéis, ésa era nuestra imagen. ¿Acaso se merecía el público tener que soportar al pobre Steve con esa facha, una montaña de mantequilla embutida en unas botas camperas con un sombrerito diseñado por Vivienne Westwood? ¡NO! No soy ningún dictador fascista, que cada uno se apañe como pueda y todo eso, pero cuando el motivo es la falta de consideración total y el colega se presenta con una imagen que roza el cinismo, por ahí no paso.

Una vez en la carretera, en uno de los primeros conciertos, sucedió lo siguiente: lo típico, llegas a tu habitación y descubres que se te ha perdido el equipaje. Bueno, pues a Steve le faltaba una maleta. Llamó por teléfono a todo Dios, preguntando por la maleta. Daba la sensación de que éramos los demás los que teníamos la culpa, se puso muy borde y se creó una situación sumamente incómoda. Al final apareció y, mira por dónde, ¡se la había dejado en el vestíbulo! ¿Qué esperaba, que se la lleváramos nosotros? Ese rollo marcó el tono de toda la gira.

La primera condición que puse para que hiciéramos la gira fue que Rambo se encargara de la seguridad. Había sido paracaidista del Ejército Británico, boxeador profesional y era una persona extremadamente organizada y metódica. Estaba harto de esos gorilas que son capaces de arruinarte un concierto y era bastante previsible que los tarados de siempre acudirían a los conciertos. Hay que vigilar a ese uno por ciento de individuos cargados de odio y tomar precauciones para defenderse de ellos, para evitar que hieran a gente inocente.

Llevaba años sin ver a Rambo, pero se había presentado en el concierto de PiL en el Festival de Reading en 1992 y se había dado cuenta enseguida de lo que estaba sucediendo con el grupo: no dábamos más de sí y nos habíamos distanciado mucho. La siguiente vez que lo vi fue aproximadamente un año después, cuando lo contraté para la firma de libros que organicé en Nueva York cuando salió *No Irish*. Se hizo cargo del acto y manejó la situación a la perfección. Me juré que la próxima vez que saliera de gira contaría con él.

Ahora estábamos de gira con los Pistols, necesitaba un hombre de confianza, no

una panda de moles de carne con *walkie-talkies*. Rambo no era ningún matón, Rambo era un colega y un aliado. Era mi guardaespaldas personal y, además, se encargaba de la seguridad del grupo cuando estábamos sobre el escenario. Se quedaba en el escenario hasta que terminaba la actuación. Estaba pendiente en todo momento de que los encargados de la seguridad de la sala no se propasaran con el público. Su cometido era evitar los problemas antes de que surgieran. Como ya he explicado antes, hay mucha gente que quiere hacerme daño. Me han atacado muchas veces sobre el escenario, así que no quería correr ningún riesgo: sabíamos que vendrían gilipollas en busca de camorra. Rambo se aseguraba de que los exaltados no se subieran al escenario para interrumpir la actuación: que nadie apagara ningún monitor, y que no tiraran al suelo los pies de los micros ni rompieran otros componentes del equipo para que la banda pudiera concentrarse en su trabajo y el concierto se desarrollara con normalidad. Con el tiempo, sus responsabilidades aumentaron y se encargaba también de controlar el volumen de los monitores para poder ajustarlo sin interrumpir la actuación. ¡Me gusta oírme cuando canto! Cronometraba el tiempo, canción a canción, para que termináramos a la hora prevista. Y mantenía el escenario despejado, no le gustaba que los técnicos anduvieran por ahí todo el rato. Era una sensación muy distinta, muy positiva, contar con él.

Creo que mucha gente piensa que sólo tocamos en Finsbury Park, pero dimos unos sesenta o setenta conciertos en Reino Unido, Europa, América del Norte, Australia, Japón y Sudamérica. Fue una gira muy importante. Se llamó «Filthy Lucre» [Lucro asqueroso], porque ésa había sido una de las acusaciones que nos habían dirigido los periodistas cuando nos pagaron para que abandonáramos EMI y A&M en 1977. Mi colega Dave Jackson, que había diseñado la escenografía de PiL, pensó que sería una buena idea montar un escenario en el que aparecieran todos los titulares sensacionalistas y hostiles que nos habían dedicado en una inmensa página de periódico. La página ocuparía el escenario entero y nosotros la atravesaríamos. Era una escenografía muy cara, pero ahí estábamos nosotros, destrozando todos esos titulares… ¿Qué parte no entendéis? Lo que decían los periódicos era mentira. Nosotros no, somos auténticos. Y, por último, sino habéis comprendido hasta qué punto han influido los Sex Pistols en la cultura moderna, por favor, que al menos os quede claro que hemos derrumbado la barrera de las putas mentiras. ¡Hemos sobrevivido a Maxwell *y* a Murdoch!

A pesar del cinismo de los medios de comunicación, la respuesta real a los primeros conciertos europeos fue sencillamente increíble. Por fin nos habíamos ganado el respeto. Nos sentíamos abrumados y muy emocionados. El público abarrotaba los conciertos y esperaba ansioso a que saliéramos al escenario, de manera que no parecíamos ni por asomo una parodia de nosotros mismos. Los fans estaban tan entregado como nosotros. Dábamos tanto como recibíamos.

El tercer concierto fue muy importante para mí. Fue una actuación al aire libre, en Finsbury Park, dentro del propio recinto del parque, ante unas treinta mil personas.

Para mí fue un concierto muy difícil, porque acudió toda mi familia y mis amigos más íntimos, también la gente del barrio, y tenía que atender a todos. También había por allí muchas estrellas del pop y futbolistas, que pasaban zumbando por el backstage. Todos querían hablar con nosotros.

Aun así, el concierto salió perfecto, fue uno de nuestros mejores días. Tuvo lugar en pleno mundial de fútbol del 1996, que se celebró en Gran Bretaña, y se presentaron un par de jugadores de la selección nacional, Stuart Pearce y Gareth Southgate. El seleccionador británico, Terry Venables, les había prohibido expresamente que acudieran al concierto y por eso les di todo mi apoyo, les pedí que presentaran el espectáculo y accedieron. Parte del público no se mostró demasiado entusiasta cuando aparecieron sobre el escenario, no entendían qué tenían que ver esos tipos con los Sex Pistols. «¡Hola, idiotas, os estamos enseñando la Inglaterra más auténtica!»

Todas las emociones previas al concierto me dejaron sin energías. En el momento en que salté al escenario, estaba agotado y no me había preparado como debía, pero salió bien. Mi frase «Gordo, cuarentón y de vuelta» había sido bien recibida, un guiño a esa adorable canción de la Tamla, «Young, gifted and black» [Joven, inteligente y negro], con un toque de humor. «¡Hola, no estoy intentando aparentar que tengo diecisiete. A ver si os enteráis! Pero me he dedicado y me dedico a esto, me siento orgulloso y nadie tiene derecho a intentar usurpar esta posición que hemos alcanzado.» Toda esa parida de la peli *Swindle* de Malcolm, que había intentado encontrar a alguien que además de imitarme, me robara la posición que yo me había ganado con mi propio esfuerzo, robarme mi obra… Nunca he podido soportarlo. Siempre buscaré venganza, y con razón. Soy como soy y, si intentas robarme mi manera de peinarme, de vivir, mis letras y mi música, tendrás que vértelas conmigo. No tengo tiempo para ti, así lo diré. Por lo demás, soy un tipo bastante fácil de llevar.

Fue divertidísimo volver a los escenarios para cantar esas canciones una vez más. Tocar «EMI» justo cuando precisamente esa discográfica acababa de frenar el avance de PiL, un tema que canté con toda mi rabia. Sin concesiones. En todos los conciertos, siempre estaba deseando que llegara esa parte: era como «¡uaaaaaaargggg!». Y lanzaba el grito más excesivo, un chillido que había estado reservando durante toda la actuación. Una interpretación agresiva y despiadada, absolutamente fiel a la intención original.

Cuando pienso en estas canciones con la perspectiva actual, no entiendo cómo conseguí grabar las voces en una única toma. Siempre me ha costado mucho cantarlas en directo y, cuanto más las trabajo, más me alucina que fuera capaz de cantarlas así al principio.

Un par de semanas después del concierto de Finsbury Park, tocamos en el Shepherds Bush Empire, un espacio mucho más reducido, y Alan McGee, que por aquel entonces era el mandamás de Creation Records, compró la contraportada entera de la revista *New Musical Express* y escribió un artículo en el que nos ponía por las

nubes. Fue idea suya, nosotros no tuvimos nada que ver; le había cabreado muchísimo que la gente intentara ponernos a parir o menospreciarnos ignorando nuestra influencia en la historia de la música. Me pareció un gesto muy bonito por su parte. Y no había ninguna relación profesional de por medio: jamás hablamos con él de ese tema, aunque sabía que era uno de nuestros fans más fieles.

Es irónico, también excitante, que tengamos tantos enemigos. He de reconocer que algunos nos los hemos ganado a pulso. Pero eso nos hace mejores a todos nosotros. ¿Qué pasa con nosotros, o conmigo, en particular? ¿Qué es lo que tanto molesta a la gente? Sencillamente, que decimos la verdad. Al final, todo se reduce a eso, ése ha sido mi crimen. Decir la verdad.

Una vez que comenzamos la gira propiamente dicha, empezaron las discusiones. Yo soy el cantante y no me monto en un autobús a no ser que me pueda sentar al lado de una ventanilla abierta. No puedo viajar en un autobús con aire acondicionado. Te jode por completo tu instrumento musical —la voz— y entonces hay que suspender el concierto. Me limito a constatar un hecho natural. El único instrumento que tengo que afinar son mis amígdalas. No puedo pedirle a un técnico que me las arregle cuando me he deshidratado después de doce horas en un viaje nocturno en autobús. Al final, desarrollas todo tipo de problemas de salud y te acaban operando de las amígdalas sólo por no tener una ventana abierta.

Por supuesto, esto me convertía en un niñato mimado. A algunos componentes del grupo les molestaba o les parecía una ñoñería. Sin embargo, los mismos que se metían conmigo insistían en contratar a un señor para que les cambiara las cuerdas a sus instrumentos. Muy bien, pues las cuerdas de mi instrumento son un autobús con ventanas.

Lo mismo sucedía con los hoteles: necesito una habitación con una ventana que se pueda abrir, preferiblemente una puerta que dé a un balcón, me da igual que haga un frío que pela. Para mí, es el tipo de detalle que me permite seguir adelante. De lo contrario, voy enfermando poco a poco, empiezo a agotarme y la faringitis se apodera de mí, entonces hay que llamar al médico y empezar con las inyecciones de vitamina B12. Se convierte en una espiral descendente y, físicamente, acabas exhausto. Una ventana que se pueda abrir no es la solución a todos los problemas, pero ayuda muchísimo.

Cuando te apropias del único asiento con ventana del autobús —vale, yo dormiré ahí—, poco a poco van surgiendo los celos. ¡Y nada de cháchara a mi alrededor! Os diré que, muchas veces, el problema es precisamente el ruido, porque los autobuses que se contratan para las giras no son precisamente silenciosos. Cuando llevas la ventana abierta, con el sonido del viento—y con el traqueteo y los baches—, sientes que viajas dentro del motor de un avión y es imposible dormir.

Éste es el origen de los jets privados de las estrellas del rock. Llegas a tu destino enseguida, te ahorras el viaje y te puedes sentar tranquilamente junto a la ventana

abierta de la habitación del hotel ocho horas. En lugar de pasarte diez en una autopista discutiendo.

La gira fue demasiado larga. Me di cuenta enseguida de que era incapaz de escribir canciones nuevas para ellos. No me salía con naturalidad y, cada vez que se me ocurría una idea para una canción, siempre pensaba: «¡PiL!». Quería desarrollar las ideas siguiendo la línea de PiL, no la de los Pistols, pues lo contrario era como retroceder diez pasos, una especie de reconstrucción y yo no trabajo así.

Disfruté mucho dándole un nuevo aire a las canciones antiguas. Y examinando de nuevo el antiformato que habíamos utilizado en su momento y la manera que teníamos de organizar las canciones. Buenos recuerdos: mientras cantaba las canciones en directo, siempre tenía presente cómo las habíamos compuesto. Fue fantástico, muy gratificante en ese sentido. Pero al poco tiempo, los rencores empezaron a aflorar. Una vez más. A veces, se negaban a indicarme cuándo tenía que entrar en la canción u otras cosas por el estilo, algo que suelen hacen los músicos normalmente. Entonces, me quedaba ahí parado, delante de miles de personas, preguntándome: «¿Cuándo se supone que tengo que entrar?». No fueron una ni dos veces. Miraba a mi alrededor y decía: «¿Cuándo entro?». Y ellos, Steve y Glen, me daban la espalda con esa postura gilipollesca, imitando a los Status Quo, meneando el culo delante de mí, de espaldas. Enzarzados en su numerito particular, su *jam session*. Ridículo de cojones.

En uno de los primeros conciertos de la gira, en París, estaba tranquilamente en la habitación del hotel, viendo en la tele ni más ni menos que a George Formby cantando aquello de «Cuando limpio vent-aaaaa-naaas». Empecé a oír unos ruiditos debajo de la puerta y pensé: «¿Qué será eso? ¿Será otra vez el servicio de habitaciones?». Porque cuando estoy en un hotel francés, siempre insisto en recepción en que me traigan sopa de cebolla cada veinte minutos. Es una de las mejores cosas que tienen los franceses. ¡Ummmm! Sopa de cebolla. Me apasiona. Pero no. Era una casete con una notita en la que ponía: «¿Crees que podrías ponerle letra a esto?». Así funcionaba todo, con esta gente. ¡¿Cómo?!

Se habían reunido con Chris Thomas, el productor de *Never Mind the Bollocks*, y habían compuesto unos acompañamientos muy básicos sin decirme una palabra y, después, me pasaron la cinta, pero no os creáis que me la dieron en mano: me la colaron por debajo de la puerta, en el hotel, hay que joderse. «Ponle letra.» Eso fue el colmo. No pude contenerme: «¿Qué os pasa? Después de todos estos años, ¿pensáis que no soy capaz de participar desde el principio en la composición de estas canciones? ¿Ni siquiera me invitáis?». No. «Anda, ponle letra.» Eso me dolió mucho, es una espina que tengo clavada. No es un sentimiento de odio, simplemente me entristece que pensaran que eso podía colar conmigo, porque me conocen perfectamente y saben que me iba a doler, mucho. Esa frialdad, eso no se hace, y esa actitud de «tú no eres de los nuestros». Engreídos, pretenciosos y, al mismo tiempo, «venga, vamos, que John firme esta escoria, que es quien nos hace ganar dinero».

Al final, Rambo me convenció para que la escuchara y era horrible. Espantoso, una basura. Absurdo. Un rasgueo facilón, pasado de moda… bum-bum-bum-bum-bum-bah. De lo más aburrido. Ni siquiera tenía que ver con las cosas que habíamos compuesto en el pasado y no entendía por qué me lo presentaban asíahora.

En ese momento comprendí que era imposible escribir canciones para ellos. A partir de entonces, la situación se fue agravando: «¿Quiénes os habéis creído que sois? ¿Cómo os atrevéis a cargar a Chris Thomas con esta tarea?». Chris había grabado el concierto de Finsbury Park para el álbum en directo y también iba a grabar el de París. Otra idea de mis coleguillas. Y yo pensé, ¿por qué no? Conoce el sonido de los Pistols, pero en realidad no lo conocía. Podían reunirse en secreto cuantas veces quisieran, pero, al final, la conclusión que sacaba de todo esto era: ¿cuánto dinero se van a gastar sin siquiera contar conmigo? No iba a salir de mi bolsillo.

Increíble, ¿verdad? Aun así, lo acepté, pero, por Dios, eso me dolió, profundamente. No fue un detalle muy bonito por suparte.

Algunos de los conciertos fueron geniales, excelentes, pero me seguía atormentando la idea de que en todo ese tiempo no había dado con el estado de ánimo necesario para escribir canciones para los Pistols en ese momento de mi vida. Había pasado el momento. Estaba más que feliz de poder celebrar esa etapa de mi vida, pero no estaba dispuesto a que formara parte de mi presente. No hay nada mejor para mí que subirme a un escenario con estos tíos: escribimos esas canciones juntos, así que lo correcto es tocarlas juntos. Cuando terminaban los conciertos, dedicaba gran parte de mi tiempo a *no* salir con ninguno de ellos. Pasaba las veinticuatro horas del día en compañía de Rambo. De otro modo, sinceramente no habríamos conseguido acabar la gira.

Nunca sentí la necesidad de utilizar pases de seguridad, sobre todo cuando iba con Rambo. Así es como lo veíamos: «Si no nos dejáis pasar con estos pelos, no nos interesa el concierto, gracias». Rambo y yo nos volvimos locos con las maquinillas para el pelo y los tintes. Nada de crestas, no es nuestro estilo.

Siempre me ha gustado dejarme una raya a un lado de la cabeza, de arriba abajo, pero a Rambo se le ocurrían algunas chaladuras increíbles, como construirme un «castillo» en la cabeza, de manera que parecía que llevaba la Torre de Londres, un dibujo ajedrezado, con cuadrados blancos y negros. Todo tipo de garabatos y dibujos diferentes: una masa maravillosa de colores mate. Rambo quería recortarse tres seises en la nuca y, al final, conseguí hacérselo con una maquinilla para los pelos de la nariz. Así que pusimos el listón bastante alto, nada que ver con lo que hace el peluquero de la esquina.

En un concierto que dimos en Italia, había una panda de mochileros, eran muchísimos e iban con niños y llevaban una pinta increíble, en plan punky, con los pelos de punta. Algunos elementos del público —creo que incluso pertenecían a esa misma panda— nos empezaron a lanzar botellas. Habíamos dejado que algunos de los mochileros se sentaran en el escenario, porque eran unos chavales, pero las

botellas de cerveza volaban por todas partes. Aquello te hacía preguntarte: «¿Por qué intentáis matarnos?». Rambo estuvo muy rápido y sacó a los chicos del escenario para que no corrieran peligro. Soy incapaz de entender ese tipo de violencia. Cuando el comportamiento gregario se apodera de una muchedumbre es difícil de controlar. Conseguí hacerlos callar e identifiqué a los cabecillas: «Eh, tú, pedazo de mierda. Eres tú, ¿verdad?».

El caos fue aún mayor en el festival de Axion Beach, en Zeebrugge, Bélgica. Era muy emocionante: aquélla fue la primera vez que viajaba en el tren de alta velocidad Eurostar y, además, era el cumpleaños de Paul Cook y había comprado unas botellas de champán. Cuando me enteré, compré algunas más —quería que fuéramos amigos, de corazón—, pero, por desgracia, tuve que bebérmelo casi todo yo. Me emborraché un poco, no perdí la cabeza ni me puse agresivo, sólo un poquito achispado. Así que después de un coñazo de viaje de dos horas desde el hotel hasta el lugar donde iba a celebrarse el concierto, tuvimos que esperar —¡puajj!— y luego subimos al escenario. Llevábamos un rato tocando. El escenario estaba en medio del público, una pasarela que se elevaba seis metros por encima de la gente y algunos gorilas del lugar empezaron a subirse a la pasarela, algo que estaba expresamente prohibido en nuestro contrato. Eran unos tíos tochísimos y sabíamos que lo único que querían era buscar camorra. La excusa era que «algunos fans están corriendo por el escenario», pero Rambo lo tenía controlado —sin malos rollos, no íbamos a pegar a nadie—, simplemente los acompañaba educadamente a que se unieran al resto del público, sin hacerlesdaño.

Rápidamente, la cosa derivó en una pelea, en la que estos tíos decidieron que Rambo no debía permanecer sobre el escenario: eso fue un error. Sin dejar de cantar miré a mi alrededor, y vi que estos tipos enormes y musculosos se dirigían hacia Rambo y después se juntaban para cargar contra él, así que me lancé contra ellos micrófono en mano e hice todo lo que pude para que se largaran de allí. A esas alturas, uno de esos zoquetes ya había caído noqueado. Aquello se había convertido en una invasión en toda regla. Y, en ese sentido, se puede decir que salimos victoriosos. Los echamos, el grupo siguió tocando y yo le dije al público: «¡Eso es lo que pasa cuando los de seguridad se toman en serio su trabajo!».

La actuación prosiguió, y pude ver que otros gorilas seguían intentando subir al escenario y, entonces, al parecer, la banda dejó de tocar. El concierto había terminado, la cosa se estaba poniendo muy fea y se largaron, pero yo no me enteré y seguí cantando… al menos eso es lo que creía que hacía, aunque, para ser sincero, lo cierto es que más bien estaba croando. Al final, Rambo me dio un golpecito en el hombro y me dijo: «Ejem, John, el grupo se ha largado del escenario, se han ido a casa». ¡Ah! Fin del concierto. Se habían vuelto al hotel, literalmente, y nos habían dejado tirados. Así que nos quedamos allí y vimos la actuación de Leftfield y estuvimos charlando un rato con Neneh Cherry y algunos otros artistas en el backstage. Cuando llegamos al hotel, a eso de las cinco de la madrugada, la policía estaba esperándonos. Querían

hacerme algunas preguntas en relación con el incidente. Les explicamos lo que se estipulaba en el contrato que habíamos firmado y ahí quedó la cosa, caso sobreseído.

Algunos de los conciertos fueron espectaculares. Otros, ridículos y extraños, con un público frío e indiferente. Siempre que tocábamos al otro lado del Telón de Acero, la experiencia era sensacional, pero era imposible encontrar ese tipo de alegría y esas ganas de fiesta en países como Suiza, por ejemplo. De vuelta al eterno «¿qué os creéis que estáis haciendo? Venga, vamos, a ver si soy capaces, entretenedme».

Con todo, la verdad es que pude lucir algunos atuendos maravillosos. En Japón, salí al escenario vestido de Pinocho. Me presenté con una chaqueta de color amarillo verdoso muy chillona, ceñida, muy fina —se me transparentaban los pezones—, tirantes rojos, unos pantalones exageradamente cortos del mismo color, unos zapatos con la puntera torcida, como los de Aladino, y un sombrero tirolés rojo dos tallas menor. Una locura total. Los del grupo decían: «¡Dios mío, eso no es punk!». «¡Si yo lo digo, lo es!» Y, luego, el público, también alucinaba. En Japón, iban todos «estilo punky», vestidos como pensaban que saldríamos nosotros al escenario. Pero la ropa es para divertirse. No me juzgues por cómo voy vestido, sino por la ropa que he elegido y por los motivos de mi elección. La ropa, al final, no tiene ninguna importancia, pero *es* muy divertida. Me parece muy gracioso que la gente sólo se fije en la ropa y no en lo que realmente sucede. Es una manera de distinguir el trigo de lapaja.

En Japón, me dio por lanzar al público plátanos con mi autógrafo y mis compañeros del grupo se lo tomaron muy a pecho, pues decían que estaba poniendo en ridículo el nombre de los Sex Pistols. Hay que joderse, sólo estaba divirtiéndome un poco. Al público le encantó. Se volvieron locos, literalmente. ¡Me contaron que algunos incluso buscaron alguna manera de conservar su plátano autografiado!

Algunos de los momentos más divertidos de mi vida los viví con Rambo en esa gira por Japón. Estuvimos allí cuatro semanas, mucho tiempo para un país tan pequeño. Y dimos un montón de conciertos, un par de ellos en el Budokan de Tokio, pero teníamos muchos días libres. No es que sea demasiado aficionado a pasear, pero Rambo me sacaba a recorrer las calles. Conocimos a una panda de skinheads japoneses. Sentí como «Me da la impresión de que esto se va a poner bastante feo», pero me equivoqué, eran unos tíos majísimos. A veces el idioma no es una barrera. Una sonrisa lo dice todo.

Nos movíamos siempre en tren de alta velocidad, un auténtico placer. Puedes disfrutar del paisaje y llegar a tu destino en un minuto. A veces, disponíamos de dos o tres días libres seguidos y el hotel de Tokio era muy agobiante. Miles de habitaciones repartidas en dos torres enormes. Era como vivir en una enorme ciudad subterránea, con tiendas y salones recreativos en la planta baja.

A Rambo se le ocurrió que podía estar bien alojarnos unos días en un hotel japonés tradicional, así que tomamos un tren a Kioto y reservamos habitación en un hotelito que llevaban unas geishas de mediana edad. Aquello, era como la casa de la

abuelita pero con tatamis. Parecía que habías viajado a otro mundo, a otro siglo. No había sofás ni sillas: todo se hacía de rodillas, en unas mesas bajísimas, y te atiborraban de sake *incansablemente*.

Y, una vez más, Johnny Rambo me obligó a salir y debían de ir ya un poco achispados, aunque el sake es una bebida muy energética. Te agarras un pedete creativo, por así decirlo. Así que salimos de paseo por Kioto y encontramos un club nocturno en el que todo parecía indicar que estaban celebrando la noche del punk. «Vamos, p'adentro», dijo Rambo. «No creo que sea una buena idea, John. Te recuerdo que estoy de gira con los Sex Pistols, no sabemos cómo puede terminar esto.» «Precisamente poreso.»

Fue fantástico, desde el principio hasta el final. Nada más entrar, nos dimos cuenta de que estaban viendo vídeos de los Sex Pistols, pero en un ambiente muy tranquilo, la gente era muy educada. En Japón, no se abalanzan sobre ti y te ponen un cuaderno en las narices para que les firmes un autógrafo. Te dejan que te tomes tu tiempo, esperan a que hagas un gesto… ¡y entonces se abalanzan sobre ti como una manada de búfalos japoneses! De pronto, al pinchadiscos se le fue la olla y se clavó un imperdible en la mejilla y todos enloquecieron en la pista de baile. Me pedían que les firmara autógrafos en el cuerpo, en las camisas, en la barra del bar.

En ningún momento me comporté como una estrella del pop, nada de fantasmadas. Fue todo muy divertido y natural. Una de esas noches en las que Rambo no tuvo que estar alerta, porque no había ni un solo canalla en la sala. Nadie quería clavarme un puñal en la espalda, ningún envidioso dispuesto a aguarnos la fiesta. La velada perfecta, el tipo de experiencias que te reconcilian con la vida.

Cuando regresamos al hotel, nos condujeron rápidamente a nuestras habitaciones, bastante separadas, y por la mañana nos dedicamos a recordar cómo nos había ido antes de acostarnos. Los dos habíamos tenido una experiencia igual de horrible. A mí me habían dejado prácticamente en pelotas y me habían zambullido en una bañera en la que por supuesto no cabía y lo mismo otra vez por la mañana. Seguro que estaban afuera escuchando con una trompetilla o tenían una cámara de vídeo, pues un segundo después de levantarte al cuarto de baño, entraban a toda prisa, te hacían la cama y, a correr, buenos días, desayuno a la japonesa.

Cuando tocamos en el Budokan el promotor organizó una cena después del concierto. Había elegido un restaurante de *fugu*, el famoso pez globo, pero tardamos un rato en darnos cuenta, porque la carta parecía lo que yo definiría como «el cáterin de los Motörhead»: patatas fritas revenidas y hamburguesas. El sushi no aparecía por ningún lado, pero, por fin, después de mucho investigar, encontré el *fugu*. Sabía que era un pescado muy peligroso, que puede ser venenoso y mortal si no lo prepara un cocinero experto. No lo había probado en mi vida, pero enseguida convencí al señor Rambo de que eso era lo que teníamos que pedir y dejarnos de hamburguesas correosas.

En todo caso, el problema de este pescado no es sólo que puede ser letal sino que

además está asqueroso. Y la cosa empeora cuando te lo tragas, pues te deja —¡puaj! — un regusto muy desagradable. No es que sea un sabor fuerte, pero es como comer barro. Así que dije: «¡Venga, Rambo, vamos a por el segundo!». No éramos conscientes de que iban sacándolos de una inmensa pecera e iban cargándoselos sobre la marcha, pero cuando nos dimos cuenta, Rambo se levantó y eligió a uno que se llamaba Lucky, un pez que llevaba años allí, el más veterano del corredor de la muerte. Tenían que poner pantallas de cristal alrededor cuando lo cortaban porque la sangre salía disparada y, si te toca la piel o se te mete en los ojos es mortal. ¡Mejor fiarse del cocinero!

Así que nos comimos el segundo y empezó a hacernos efecto. Al principio te sientes muy despierto, y luego, mientras volvíamos al hotel, empezamos a sentir primero un ligero hormigueo en los labios y en la lengua y después en la garganta. Más tarde, a las siete de la mañana, te despiertas lleno de energía, con ganas de empezar «a subirte por las paredes». Cuando bajamos a la calle, nos encontramos con una manifestación en contra de los extranjeros. Nunca había visto nada parecido en Japón. Había un templo sintoista cerca de allí y habían despejado la zona de mendigos y los habían escondido debajo de un puente, algo parecido a lo que habíamos visto en Estonia, donde tenían esa misma costumbre, antes de la caída del Muro. Japón también tenía sus miserias ocultas.

En el templo, vimos una imagen que nos pareció totalmente irreal: un montón de escolares japonesas, con sus uniformes de cuadros, perfectamente conjuntadas, todas tan pequeñas y formales que seguían a sus profesores en todo momento, sin salirse de la fila. Todas estas imágenes combinadas, con esos maravillosos árboles ornamentales como telón de fondo, transmitían una sensación apabullante. Y luego volvimos al hotel para intentar echarnos una siestecita antes del concierto. Si tuviera que quedarme con algún momento de la gira de los Pistols, sin duda me quedaría con éstos. Más que los conciertos propiamente dichos.

«¡Que le den por culo a la reina!» y «¡Argentina, Argentina!» gritaba la muchedumbre furiosa en Buenos Aires. ¡El sentimiento antibritánico siempre está presente en Argentina! Me aseguré de devolverles el saludo gritando «el presidente»[30] y «¡abajo la monarquía!». «¡Me alegro mucho de veros, Argentina!» Haciendo un alarde de diplomacia, Rambo puso un cartel en la puerta de su habitación que decía: «Manteneos alejados de mi habitación — Johnny Rambo, Dios Salve a las Malvinas».

La gira «Filthy Lucre» terminaba con esta etapa sudamericana y los argentinos no tardaron demasiado en animarse a corear con nosotros «God Save The Queen» y lo que prometía ser un montón de problemas acabó convirtiéndose en un momento de complicidad. El componente futbolístico tuvo un papel muy importante, pero conectamos a la perfección y entablamos una relación basada en insultos amistosos y demás. Dejando de lado la barrera del idioma, y la de la política, que tenía su origen

en esa estúpida, inútil y absurda Guerra de las Malvinas, descubrimos que teníamos bastantes cosas en común con el público. Fue una experiencia muy emocionante que nunca olvidaré.

La última noche en Santiago de Chile, sin embargo, se llevó la palma. Se podía mascar la tensión en el ambiente. Si te asomabas a aquella enorme plaza, podías ver muchos policías armados en fila. Cada hora salían con sus rifles, uniformados y desfilaban, con sus cornetas y sus banderas, y después desaparecían y cerraban la puerta a cal ycanto.

Nos preocupaba que no se presentara nadie al concierto. «¿Habrá algún chileno al que le interesen los Pistols?» Pues al parecer les interesaba. Tardamos una eternidad en llegar a la manzana en la que estaba el teatro donde íbamos a tocar y mucho más aún en acceder al edificio, pues una enorme muchedumbre de gente se había dado cita allí, algunos de los punks más radicales que he visto en toda mi vida. Eran punks «de pura cepa», con sus crestas, perfectamente caracterizados, y desafiaban a la policía, que les repelía a manguerazos. Daba la sensación de que iba a estallar una guerra civil de un momento a otro, pero, por extraño que parezca, sin perder el humor. ¡Me sentía como un observador imparcial en un escenario caótico del que yo era responsable enparte!

Estuvimos una o dos horas esperando en los camerinos y el ambiente era muy frío, pero después, cuando subimos al escenario, ¡guau!, ¡qué manera de rugir! Tíos y tías totalmente entregados, una colección de fieras increíble. ¡En una esquina, a mi derecha, la ferocidad, el calor de los gritos, ¡ESTUPENDO! Era, literalmente, como estar en un túnel de viento, pero cargado de humedad y con un calor abrasador. Gracias a Dios, nadie padecía halitosis. A la derecha había unos colegas que habían decidido quedarse en pelotas, o sea, que había nudistas, también tías buenas jovencitas que bailaban como si estuvieran en una discoteca, con minifaldas cortísimas y tacones de aguja, con el pelo muy largo y súper pintadas, y todos estos punkies de pura cepa y una especie de hooligans, todos muy jóvenes y gritando, con los ojos llenos de lágrimas de felicidad… ¡QUÉ PASADA!

Y allí estaba yo, con un modelito de Dolce & Gabbana que consistía en unos pantalones cortos, un chaleco plastificado muy ceñido, mis babuchas de Aladino… y el pelo como una cacatúa naranja y azul. Rambo me llamaba Johnny Cuckoo.

La gente esperaba un Johnny Rotten con sus mejores galas punk, pero tuvieron que enterarse de una cosa: *cualquier cosa que YO me ponga es punk*. Así que salí a jugar con este atuendo que ni la propia Miley Cyrus se atrevería a ponerse. Me sentía *de putísima madre* así vestido y estaba cantando las canciones con toda mi mala leche, sin perder el más mínimo detalle, con ese atuendo. Quiéreme a mí, no a lo que llevo puesto. ¿Lo pillas?

A la izquierda del escenario, había policías con escudos antidisturbios y porras, pero el problema principal era la policía local —en realidad, no sabría decir exactamente qué o quiénes eran—, que atacaban al público con unas porras

diminutas. Rambo tuvo que echar del escenario a algunos de estos elementos antes de que saliéramos a tocar. Pero el público pasaba de ellos. No se achantaron en ningún momento, se portaron de una manera realmente admirable. Yo insistía a los policías en que lo dejaran de una vez y, al final, me hicieron caso. Rambo no daba abasto, porque la gente se intentaba subir al escenario constantemente.

Nos dijeron que algunos fans que no habían podido acceder al teatro habían hecho un agujero en el techo y estaban intentando bajar por una cuerda para reunirse con el resto del público. ¡Qué idea tan genial! Puede que algunos lo consiguieran. Los consideraba capaces de hacerlo. Durante el concierto, puedo asegurar que vi caer algunos pedacitos de escayola.

Fue, desde la primera canción, un concierto loco, demencial, DEMENCIAL: uno de los mejores de mi vida. Las canciones sonaban bien. Había conectado a lo bestia con ese público: ¡la mejor versión de Johnny Rotten en escena, joder! La banda tocó de coña, además, música auténtica, con raíces.

Cuando la actuación estaba a punto de terminar, Steve tuvo un problema con la guitarra y desapareció. No nos dijo ni una palabra. Simplemente, dejó de tocar y abandonó el escenario. Uuuuuuu, ¿de qué coño iba? Nos dejó allí tirados delante de cientos de fans gritando, pero ¿sabéis una cosa? Que dio igual. El público seguía cantando, así que decidí unirme a ellos, a capela. Un coro acojonante. Parecía que Steve no iba a regresar, pero creo que se dio cuenta de que nadie lo echaba de menos y se subió de nuevo al escenario.

Después paramos, como siempre, antes de los bises, para recobrar el aliento y fumarnos un cigarrillo. Le preguntamos qué le había pasado. «Ay, me he cortado un dedo.» ¡Increíble! Entonces apareció Rambo, se levantó el pantalón y nos enseñó la pierna. Los monitores tenían un marco metálico alrededor y se había tragado uno mientras intentaba impedir que los fans se subieran al escenario. Se había arrancado la piel hasta el hueso, entre la rodilla y el tobillo: se levantó un enorme colgajo de carne y se le veía elhueso.

Steve mantuvo la compostura y dijo: «¡Ay, la hostia, no pasa nada!». Frankie, el encargado de la gira, le sujetó el trozo de carne con cinta americana y volvimos al escenario. Y los bises fueron mucho más demenciales que el resto del concierto. Fue una experiencia realmente increíble, de verdad.

El sentimiento de camaradería con el grupo y con el público era tremendo: habíamos logrado alcanzar el principal objetivo que nos habíamos marcado cuando decidimos poner en marcha todo aquello. Sucedió en un puñado de ocasiones en esta gira. He de decir, sin embargo, que en otras muchas, esta sensación brilló por su ausencia y parecía que la cosa ya no daba más de sí. Me habían hecho sentir un extraño en mi propio grupo, pero lo de Chile fue fantástico y fue una lástima que justo sucediera en el último concierto.

A la mañana siguiente, el avión de Steve, de Paul y de Glen salía antes que el nuestro y se largaron sin despedirse siquiera. Ese detalle nos dejó una sensación muy

amarga. Y no debería ser así, ¡sobre todo después de un concierto como aquél, por Dios! ¿Era necesario acostarse tan pronto y después desaparecer sin decir adiós? Parece ser que sí.

Rambo y yo viajamos juntos hasta Florida y allí yo tomé un vuelo hasta Los Ángeles y él otro hasta Memphis. Como tenía esa herida en la pierna, muy a su pesar, le sentaron en una silla de ruedas. Tuve que empujarlo un rato, incluso, y estaba cabreadísimo, pero, gracias a la silla, lo sacaron del avión en volandas. Cuando por fin conseguí llegar al aeropuerto, me lo encontré. Allí estaba, paseándose de un lado a otro sin la silla de ruedas, y nos partimos de la risa y nos pudimos despedir como nos merecíamos.

Debería haber podido compartir ese momento con los compañeros del grupo, pero estos tipos no te dan demasiadas oportunidades. ¿Qué puedo decir? Aquello fue un borrón en nuestra historia.

¿Quién censura al censor? Cuarta parte: ¿deseas mi cuerpo?

Siempre he tenido una dentadura malísima, desde que era un chaval. El dentista era el último lugar de la Tierra al que acudía cualquier miembro de mi familia. Era allí donde les habían sacado hasta el último diente a papá y a mamá. La Seguridad Social les había costeado una dentadura postiza que se suponía que solucionaría todos sus problemas el resto de su vida.

Esta política, cuya finalidad evidente era ahorrarse el dinero de un tratamiento dental en condiciones, creó un sinfín de problemas a los pobres pacientes que tuvieron que padecerla.

A las nueve o las diez de la noche, después de cenar, se quitaban la dentadura y la sumergían en un líquido nauseabundo llamado Steradent. Era la única higiene dental necesaria. Y mis padres no fueron los únicos que se habían acogido a esta solución: también lo hicieron mis tías, mis tíos y toda la gente que conocía.

Una vez que te extraían los dientes, sin embargo, las encías empezaban a gastarse y necesitaban todo tipo de cremas fijadoras, adhesivos, por así decir, para que no se les cayera la dentadura postiza, pues con el tiempo las encías quedaban reducidas a la mínima expresión. Cada vez que se reían, se les caían los dientes. Y el problema se agravaba aún más cuando papá y mamá organizaban una fiesta en casa. Si les daba por bailar, de tanto saltar arriba y abajo, la dentadura acababa en el suelo. En esas fiestas, no sólo me encargaba de poner los discos sino que además tenía que dedicarme a buscar las dentaduras y a averiguar a quién pertenecía cada una.

Y así fue como me lo plantearon a mí: no era necesario cepillarse los dientes, porque cuando creciera, el dentista me tendría preparada una dentadura nuevecita en su consulta para que pudiera perderla tranquilamente cuando bailara, como todo el

mundo. Por eso, lo lógico era evitar al dentista. Y por el dolor. En aquella época los dentistas eran unos animales. Sí, lo cubría la Seguridad Social, pero el coste de los traumas era incalculable.

Cuando tenía unos trece años, tuve una experiencia horrible. En el colegio me empezaron a doler las muelas hasta tal punto que empecé a gritar de dolor y los profesores me concertaron una cita con la dentista del barrio. Era una tía polaca y demente, con una estética tipo «Brünnhilde SS», con el pelo peinado hacia atrás y recogido en un moño. Bajita, regordeta, muy rubia, con un planteamiento muy germánico y muy, muy irascible. Si gritabas de dolor, hacía como que no te oía. Con los chavales como yo, no perdía ni un minuto. Tenía a todo el mundo aterrorizado.

El caso es que decidió que había que quitarme esa muela inmediatamente, pero cuando me la arrancó, se llevó por delante un vaso sanguíneo. Me puso una bolita de algodón y me dijo que la apretara contra la herida, pero aquello no dejaba de sangrar. La consulta estaba en la esquina de Holloway Road y Seven Sisters y tuve que coger el autobús para volver a casa, pero, nada más subirme, me desmayé. Pararon el autobús y el conductor me acompañó a casa: en realidad, me llevó a rastras, porque era como un cadáver. Había perdido mucha sangre, estaba bañado en sangre. Por suerte, mi padre acababa de volver del trabajo y me llevó corriendo al hospital, donde me dieron varios puntos en ese lado de la mandíbula.

Desde ese día, me quedó un hueco enorme en el lado izquierdo de la boca, un agujero entre los dientes, pues la dentista me había arrancado un buen pedazo de encía. Descubrí que podía imitar a un delfín si aspiraba el aire a través de aquel agujero. Al periquito le encantaba. Al hámster no tanto, pero a los perros y a los gatos también les gustaba. Así que aquello se convirtió en mi numerito particular. De hecho, lo utilicé en la canción de los Sex Pistols «Submission», ese sonido «*pffffmmmmmmwp-p-p*» que se puede escuchar al final de la canción. Después me lo arreglé, así que ya no puedo hacerlo.

Lógicamente, esta experiencia con Brünnhilde me produjo una impresión realmente negativa y mi aversión por la higiene oral se vio muy fortalecida. En el dentista siempre te ponían esa horrorosa máscara de gas que te hacía pensar que te iban a gasear hasta la muerte o te pinchaban, aunque la violencia de una extracción dental, al parecer la máxima ambición de estos profesionales, era suficiente para disuadirte de pisar la consulta. Poco después, se pusieron de moda los empastes. Te perforaban todas las muelas y después te las rellenaban de mercurio… ¡Para terminar arrancándotelas! Dolor sobre el dolor.

Así que siempre he tenido una dentadura muy mala. El concepto del cepillado no iba conmigo y no puedo culpar a papá y a mamá de ello. En casa había cepillos de dientes, pero mi padre sólo los utilizaba para limpiarse las botas que se ponía para trabajar. Tuve muchísimos problemas de salud debido a esta falta de higiene, yo era tan ingenuo que no me daba cuenta de que ése era el motivo de todos mis males. Tardé siglos en descubrir que los dientes eran una de las causas de mis enfermedades

crónicas.

En la época en que me uní a los Pistols, en cuanto sonreía, era como «joder, mira qué piños». Fue Steve Jones quien empezó con eso de «¡puuuuuajjj, estás podrido![31] ¡Mira qué dientes, los tienes podridos!». En las paletas se me había depositado una especie de película verdosa. No era como cuando se te queda una espinaca o cualquier otro alimento. Bueno, sí, pero era como si la espinaca en cuestión llevara allí una buena temporadita. Entre la encía y las paletas, tenía una línea verde, una especie de cieno, y en los demás, esa mierda horripilante y amarillenta que nunca podré comprender: elsarro.

En aquel entonces pensaba que era algo excepcional, una virtud. Pues no. No lo era. Y todavía me preguntaba, imagínate, «¿Por qué nadie querrá besarme?».

Así que todo el mundo me conocía como «Rotten» y el mote se me quedó… ¡para toda la vida! Sé que os parecerá raro esto que os voy a decir, viniendo de mí, pero lo digo de corazón: *¡Cuidaos los dientes!* En lo que a esto se refiere, *¡no se os ocurra jamás seguir mi ejemplo!* A lo largo de todos esos años de comportarme como un ignorante, estaba envenenándome y matándome de manera lenta pero segura.

Mucho después, cuando ya vivía en California, me gasté una pequeña fortuna en arreglarme los dientes. Ni te cuento lo que me costó. Es estado de mi boca era tan crítico que tuvieron que operarme varias veces. Al final, había decidido escuchar los consejos de los profesionales, pero lo hice sobre todo porque ya no podía soportar el dolor. Llegó un momento en que enfermé gravemente. Lo estaba pasando tan mal que llegué a la conclusión de que el dolor del dentista era mejor que el que atormentaba a diario.

La infección crónica estaba acabando conmigo y me dolía la cabeza permanentemente. Para remediar la situación, ya había intentado todo: coronas, lo que fuera. En 2012 me puse implantes de titanio, porque tenía el hueso de la encía tan afectado que tuvieron que reconstruírmelo entero. Me recolocaron el hueso. Y también la mandíbula. Una operación bastante complicada.

Había ido dejándolo durante mucho tiempo porque pensaba que afectaría a mi manera de cantar, al sonido de mi voz, pero decidí arriesgarme, porque quería seguir viviendo, a ser posible, sindolor.

Fue una de las mejores decisiones que he tomado en mi vida. Jamás imaginé que te pudieran hacer ninguna de estas cosas en la Seguridad Social en Gran Bretaña. Aunque deberían hacerlo. Lo único que sé es que me gasté una pasta de narices, por así decir —¡en la nariz fue precisamente dónde me pusieron la mayoría de las inyecciones, desde el interior de la boca hacia arriba!— y tuve que soportar dolores muy agudos.

Ahora me siento mucho mejor. No enfermo tan a menudo, no me agoto tanto y, en general, noto una gran mejoría física. Muchas de las enfermedades crónicas que padecía desaparecieron de la noche a la mañana. Estoy mucho más fuerte. Esa postura característica del joven Johnny Rotten, encorvado sobre el micrófono,

indicaba que me estaba matando. Y, además, había elegido el camino más largo, más lento y más doloroso para hacerlo.

Quizá estaréis pensando: «Sí, en California todo el mundo tiene una sonrisa perfecta». Pues yo no soy uno de ellos. No lo permitiría jamás. Mis dientes postizos y mis implantes son del mismo color gris que el resto de mis dientes y no lo hago por ir conjuntado. Como decía Rambo, mis dientes son como «piezas de Lego». Es bastante dado a los chistes fáciles.

A pesar de todo, todavía no me he acostumbrado a cepillarme los dientes. Sé que debería hacerlo, pero se me olvida siempre. Sólo me los lavo cuando Nora me obliga, antes de acostarme, o cuando estoy de gira y alguien del grupo empieza «¡Joooooooohn!». Y tampoco puedo decir que el enjuague bucal se haya convertido en un artículo imprescindible en mi neceser. Por lo general, me enjuago con brandy, sobre todo cuando estoy en el escenario, porque me ayuda a limpiarme por dentro antes de cantar, aunque soy perfectamente consciente de que no sirve para eso. La verdad es que no es una bebida demasiado saludable.

Desde que terminó nuestra última gira, tengo bastante olvidada la botella de brandy y he perdido algo de peso. Es un coñazo, porque es el único placer que le queda a uno cuando baja del escenario. Por mucho que yo diga que es un enjuague bucal, lo único que te limpia el brandy son las tripas.

Soy consciente de que, durante la gira, me propasé un poco y me puse como un globo. Estaba tan feliz y contento que engullía todo lo que se me ponía por delante. Y, por supuesto, lo peor de todo es que seguía con mis gárgaras de brandy en el escenario y después me terminaba la botella en el camerino, muchas calorías en total. Así que lo he dejado todo, he bajado mucho de peso y me siento mejor físicamente.

No soy una persona demasiado dada al ejercicio físico. En primer lugar, me aburre y, en segundo, es malo para el corazón. Tengo que consultarlo con mi médico, pero seguro que si le pago lo suficiente me dará la razón. Así es como funciona. ¡Qué tiempos aquellos en que los médicos te atiborraban de narcóticos a la primera de cambio! Hoy en día todo el mundo está obsesionado con la salud y es una auténtica pesadilla. Sobre todo donde yo vivo. Son realmente estrictos. O quizá sea el tipo de personas con las que me relaciono, depende de cómo lomires.

De todas maneras, tampoco creo que me vaya a dar por ahí. Es como «uf, ¿embriaguez autorizada?». Odio esa idea. Le quita toda la gracia. Mientras siga conservando esas connotaciones de insalubridad y mala conducta, los seres inferiores que son incapaces de controlar esos recursos químicos se mantendrán alejados. Por supuesto, atraen a otras personas, pero se trata de individuos que tienen como un imán para este tipo de cosas, ¿verdad? Si no les diera por las drogas, les daría por otra cosa. La política o la religión, que son mucho peor.

Durante un tiempo tuve un entrenador personal. Dios bendiga al pobre, no conectó conmigo en ningún momento. Creo que no tengo la motivación suficiente para fortalecer mis músculos. *Pffff*, a las tres abdominales, empiezo a pensar «¿para

qué sirve todo esto?». A mí lo que me gusta es disfrutar de la vida, no dejarme llevar por lo que otra persona piensa que debería ser mi forma física.

Por otra parte, es bastante discutible eso de que si te mantienes en forma físicamente tu mente funciona mejor. Debido al clima y a la humedad londinense, el único remedio que le queda a un ser humano que viva en ese entorno es alimentarte a base de comida casera. Te metes en el cuerpo cualquier cosa caliente… ¡Cómo echo de menos esas comiditas! Siempre que vuelvo a la madre patria, hago la misma broma: los ingleses siempre parecen deprimidos y enfermizos.

Pero, gracias a Alá, a Jesús o cualquiera de esos colegas, aquí puedo abrir la puerta, salir al jardín, arrancar un limón de un árbol y prepararme una bebida deliciosa en cuestión de tres minutos. Me encanta. Y lo mismo me sucede en Jamaica. La fruta crece en las cunetas de las carreteras. Maravilloso.

Antes sentía debilidad por los fideos chinos instantáneos, pero hace tiempo que me desenganché. En realidad, lo dejé durante la gira. Me los preparaba después de los conciertos. Ahora no puedo soportar las sustancias químicas que llevan, puedo saborearlas, literalmente. ¿Cómo he podido tolerar esas cantidades de sal y de azúcar? Y Dios sabe de qué están hechos esos polvitos que vienen en el envase.

Cuando estoy en casa, suelo cocinar, pero nunca preparo un primero, un segundo y un postre. Cocino lo primero que encuentro. Si se tarda más de diez minutos, no te molestes. No es necesario, porque si te cuesta más tiempo, da igual lo que cocines, porque te vas a cargar la materia prima. ¡Con la excepción de los nabos! Me encantan, de verdad. Y la naba. Es mi favorita, aunque antes pensaba que eran la misma verdura. Tardan muchísimo en cocerse, por lo menos cuarenta minutos.

Siempre he sido un enamorado de la col de Bruselas, mi padre me llamaba así cuando era pequeño, cariñosamente; ahora sé que era un auténtico cumplido. Me encantan el sabor y la textura, no necesito añadirle sal ni mantequilla ni ningún otro condimento. Mis hermanos siempre se quejaban cuando había coles de Bruselas. «¿Qué pasa? ¿No os gustan?» ¡Deliciosas! Yo las llamaba mini-repollos.

Después del calvario que tuve que pasar con la dentista polaca, el sabor de la sangre se me quedó grabado en la memoria. Sin embargo, me vuelve loco la carne poco hecha. Ahora como carne en contadas ocasiones, no por motivos de salud ni por mantener la línea sino porque me he dado cuenta de que no la necesito. De vez en cuando, mi organismo me dice «ay, comería un poco de carne» y, después, puedo tirar con esa dosis una buena temporada. Ahora me dejo guiar por el instinto y lo que el cuerpo me pide son cantidades ingentes de verduras, una comida que me encanta.

En el momento actual, estoy realizando algunos experimentos con mis verrugas. El año pasado me compré un iPad y estoy encantado con él. Estuve buscando en Internet información sobre las verrugas. Y encontré un remedio casero para limarlas y eliminar así la parte que sobresale. Por supuesto, lo he puesto en práctica —me he ensañado con una de mis verrugas, con papel de lija— y he empezado a sangrar como si me hubiera roto una vena. Ahora me echo todos los días un poco de vinagre de

sidra y parece que la cosa funciona. En el lugar donde estaba la verruga ahora tengo una cosa enorme, infectada y llena de pus. Me preocupa que se pueda convertir en un tumor. Ya sabéis, «¡Ay, la hostia la que he liado aquí!», pero pienso seguir hasta el final. Qué gilipollas, ¿eh?

¡Pero ni se os ocurra rezar por mí! Eso no lo tolero. Qué costumbre más horrible. Esperemos que siga con vida cuando se publique este libro. Si me dejan a mi aire, lo más seguro es que la palme. Por Dios, en internet no decían que iba a sangrar como un cochino. Es, literalmente, una vena abierta. Horrible. He tenido esa verruga en la cara toda mi vida, pero una noche, lo vi con claridad y pensé: «Ah, ¿por qué no librarme de ella? De verdad, ¿por quéno?».

El caso es que siempre he estado bastante orgulloso de ella. «¿Te molesta mi verruga? ¡Pues te jodes!» A Steve Jones le molestaba *muchísimo*. Siempre decía «*puaj*, es horrible, tienes que quitarte eso». «Pues no. ¡No pienso hacerlo!» No me deshago de las cosas así como así, por complacer a los demás. Soy una persona muy independiente en lo que respecta a mis verrugas y ahora he decidido que tengo que quitármelas. Sólo se puede tener una cara y no quiero una coliflor pegada a la mía. Ni un tocón, joder. Últimamente empezaba a parecerse a eso, al tronco de un brócoli.

Pero, sí, seguiré siendo Rotten hasta el final… y me negaré a lavarme los dientes. Sé que es una idiotez, pero es mi forma de ser. Os aseguro que no aparecerá un cepillo de dientes en mi lápida. De hecho, no quiero una lápida, todo ese rollo del entierro con el cadáver en un ataúd me acojona bastante. Creo que la cremación es la mejor solución, o donar mi cuerpo a la ciencia. ¡Toma nota de esto, cariño!

Parece ser que el hígado lo tengo bastante bien. Me he hecho todo tipo de pruebas médicas y, en ese punto, estoy sanísimo. Podríais pensar lo contrario, pero no. Físicamente, estoy muy, muy en forma. Será por cantar. Ayuda a ensanchar los pulmones.

12. Puedes mirar hacia el futuro si te sientes seguro

Me embarqué en la gira de los Pistols por muchas razones, pero una de las más importantes fue una promesa que me había hecho la gente de Virgin. Acababa de grabar mi disco en solitario *Psycho's Path* y la promesa era la siguiente: si participaba en la gira y no sacaba el disco hasta que terminara, ellos podrían volcarse por completo en los Pistols y, a cambio, me ayudarían a lanzar mi nuevo trabajo por todo lo alto. Parecía un buen trato. Como soy un estúpido, me lo creí.

Esto lo había acordado con un tipo que me caía realmente bien, el que llevaba mis asuntos en la oficina de la discográfica en Los Ángeles. Para mí, los dos proyectos eran complementarios, al contrario de lo que pensaba la compañía, pero me dije «Bueno, no pasa nada. Puedo esperar un año para sacar el disco en solitario». Por supuesto, cuando terminó la gira de los Pistols, me enteré de que mi contacto en la compañía había cambiado de trabajo sin decir a nadie una palabra de nuestro acuerdo. Era como si los que trabajaban en Virgin no me conocieran de nada. En realidad, habían remodelado a fondo la plantilla. Y tampoco se podía decir que se hubieran dejado el alma en la gira de los Pistols.

Me encontraba entre la espada y la pared. Nadie se hizo cargo de mi disco, así que en julio de 1997, cuando por fin salió al mercado, fue un lanzamiento bajo mínimos, con una cobertura mediática insignificante. Se puede decir que lo enterraron. Una locura. Pero, además, se cargaron el disco en directo de la gira *Filthy Lucre*, porque decidieron no promocionarlo. La mayoría de la gente ni siquiera se enteró de que existía.

Psycho's Path había sido el resultado de nuestra decisión de montar un estudio de grabación en nuestra casa de Los Ángeles. La colaboración de mi hermano Martin, que vivía en la casita vecina, fue absolutamente necesario, porque se le da muy bien todo lo que tiene que ver con la tecnología y prácticamente construyó el estudio él solito. En los tiempos de Gunter Grove, le había dado por las radios. Aparecía con un montón de radios viejas, les ponía un par de clavos, creaba una emisora de radio pirata y se dedicaba a parlotear con otras personas que compartían sus gustos. Empezó a interesarse por la informática desde muy joven. Le apasionaba cualquier cosa que tuviera que ver con la tecnología, cualquier aparato con un número de serie.

Yo ni siquiera soy capaz de recordar mi propio número de teléfono, pero él puede recitarte de memoria los números de serie de todos los ordenadores que han salido al mercado desde que se inventaron. Apenas sabe leer y escribir, pero, joder, entiende los libros de instrucciones a la perfección, y para eso hace falta una habilidad especial. Si yo le echo una ojeada a esos números de serie —20 megahercios, bla, bla, bla— mi cerebro se queda paralizado. Pero a él se le dan muy bien esos asuntos eléctricos intrincados y complejos.

Y le encantan todas esas cajitas que hacen «¡blink!», así que nos hicimos con una buena colección de chorradillas —efectos de sonido y una mesa de mezclas de 24

pistas—, una cutrez, para la mayoría de la gente, un equipo bueno, bonito y barato, por así decir, estilo «garaje», lo que a nosotros nos gusta.

Cuando empezamos a trabajar en *Psycho's Path*, habíamos digitalizado el estudio, porque yo estaba pensando en empezar a componer bandas sonoras, un trabajo para el que se necesita la más alta tecnología, evidentemente. La idea poner música a las imágenes siempre me había parecido interesante. Además de gozar de una situación geográfica privilegiada para dedicarme a este tipo de música, creo que estoy capacitado mentalmente, pues tengo una visión bastante artística de las cosas, una visión fotográfica y, además, me encanta pintar. Se podría decir que mi música es una especie de tapiz, no todo se reduce a las palabras. Las palabras pueden vaciarse de significado y pueden prestarse a todo tipo de malentendidos, sólo hay que ver lo que ha sucedido con el Corán y con la Biblia. Bueno y, la verdad, también con el periódico *The Sun*.

Este estudio tan magnífico también me sirvió para poner en marcha algunos proyectos bastante extravagantes e increíbles. Grabamos un anuncio de una bebida gaseosa llamada Mountain Dew en el que yo cantaba una versión de «Route 66». Como contábamos con un equipo tan moderno, pudimos realizar la grabación digital que nos pedían. Estos pequeños experimentos me resultaron muy divertidos. Además, doblé todo tipo de dibujos animados. Y monté un programa de radio diario que se emitió en algunas emisoras locales en Estados Unidos, *Rotten Day*, en el que ofrecía una visión transversal de la historia de la música. Y en los primeros tiempos de Internet otro programa de debate y entrevistas de cuatro horas de duración. En realidad, me metí en bastantes proyectos extraños que jamás habríais imaginado, pero siempre que se me presenta una oportunidad que considero que me puede aportar algo «nuevo» desde el punto de vista creativo, me lanzo de cabeza.

Martin había formado una familia. Había conocido a una chavala llamada Renée, de ascendencia mexicana. También tenía sangre japonesa, una chica muy internacional. Cuando empezaron a tener hijos, si he de ser sincero, el ambiente se cargó bastante: demasiadas personas haciendo ruido por toda la casa constantemente. No lo digo con mala intención —me encantan los chiquillos, adoro tenerlos alrededor —, lo que sucede es que intentar trabajar en ese entorno puede resultar un poco agobiante.

La gente de la discográfica también nos visitaba a menudo, me presionaban para que me embarcara en la gira de los Pistols y nos sentíamos profundamente incómodos y frustrados, porque en ese momento estábamos muy involucrados en la grabación del disco. Por tanto, se puede decir que *Psycho's Path* fue un disco muy difícil de terminar, un álbum cargado de problemas, aunque, al final, nos las arreglamos para sacarlo adelante.

Martin tocó aquí y allá en el disco, todos lo hicimos. El productor, Mark Saunders, también aportó su granito de arena. Un día apareció con una guitarra extrañísima. Era un tío bastante difícil, no era fácil entenderse con él. Para mí, su

principal atractivo era que había trabajado con Neneh Cherry, y Neneh y yo somos muy buenos amigos, desde antes incluso de que se casara con Bruce Smith, a principios de los ochenta. La primera vez que Neneh vino a Inglaterra estuvo viviendo en casa de Nora y quedaba a menudo con las Slits. Es como si se hubiera criado en casa —tan sólo tenía trece o catorce años— y, por tanto, siempre he considerado que es de la familia. Así que, si había trabajado con Neneh, tenía que ser bueno.

Cuando estábamos grabando el disco averigüé que un amigo mío conocía a Todd Rundgren. Todd me llamó y me preguntó si podía pasarse por casa. Fue una noche memorable. Estuvimos charlando, tomamos unas cuantas copas y me cayó de maravilla. Me encantan los discos de Todd Rundgren. Disfruté enormemente de su compañía, era genial poder charlar con él y compartir nuestros gustos musicales. Estuvimos escuchando todo tipo de música, le enseñé lo que estábamos haciendo y… ¡guau, vaya, ja-ja!… Aquello fue alucinante, me dio muchos ánimos, la palmadita en la espalda que tanto necesitaba, bien hecho, seguid así, esto es diferente, es lo que queremos. Todd Rundgren siempre se ha esforzado por salirse del molde.

Nunca pensé «¡deberíamos trabajar juntos!». Las cosas no funcionan así. Hay que ser precavido, porque este tipo de colaboraciones pueden acabar apoderándose de la situación. Ya había diseñado la estrategia que debía seguir para grabar el álbum, así que ni siquiera se me ocurrió planteárselo. Se me ofreció la posibilidad de trabajar con muchos músicos diferentes. Steve Vai me llamó y me dijo: «Mira, si me necesitas, estoy a tu disposición», pero yo quería un disco sencillo, austero. En realidad, sólo intervinimos nosotros tres —el productor, mi hermano y yo— y así fue como pudimos montarlo.

En más de una ocasión, creamos música a partir de situaciones que no tenían nada que ver con la música. La batería de «Sun», por ejemplo, la grabamos con unas cajas de cartón que encontramos en el cuarto de estar. ¡Cajas de cartón! ¡Me encanta ese sonido! Y también tiramos un acordeón por las escaleras, como si fuera uno de esos muelles de espiral con los que juegan los niños. Era el acordeón que me había regalado Jebin Bruni, aquel jovencito que había tocado en la banda a mediados de los ochenta y, a mi modo de ver le dimos un uso muy original, ampliamos sus posibilidades técnicas: un planteamiento musical totalmente diferente.

«Grave Ride» no es un tema nada musical, en ningún aspecto, sobre todo en la forma. Deliberadamente no tiene una melodía definida. Se trata de que el oído elija lo que más le interesa, pero no hay secciones definidas, como una batería o una «sección de guitarra». En ningún momento pensé «aquí es donde Steve Vai tocaría esa parte». No fue así, ni muchomenos.

Utilizamos numerosos *loops*: con ayuda de un sintetizador Kurzweil creábamos algunas secuencias de *loops*, las reproducíamos aleatoriamente y nos sentábamos en el estudio para escucharlas durante horas hasta que encajaban en el lugar adecuado. «¡Para! ¡Utilizaremos esa sección!» Todo muy propio de aficionados, pero ésa es la

forma más divertida de grabar un disco. ¡*la más divertida*! Si ignoras completamente las reglas de la musicalidad, obtendrás los mejores resultados.

El único problema era que la mayoría de la gente ni siquiera se enteró de que el álbum había salido al mercado. Ese disco podría haber llegado lejos. Me encantaba la canción «Sun». Para mí, que siempre barro para casa, es un auténtico himno, una de esas canciones que se pueden escuchar por megafonía en los festivales mientras los técnicos montan el escenario para el siguiente artista, como «Life's a Gas» de T. Rex o «Memory of a Free Festival» de David Bowie. Esa onda tan positiva y estimulante, la misma sensación que experimentas cuando vas camino de una fiesta y se está poniendo el sol.

En conjunto, el álbum se podría definir como una auténtica fuga de Alcatraz. Las letras son una miscelánea de curiosidades. La canción «Psycopath» está basada en John Wayne Gacy, el famoso asesino en serie, el payaso. Debió de asesinar a cientos de personas. En mis momentos más aciagos he llegado a pensar «De no ser por cierta sensibilidad interior, podría a actuar de esa manera. Podría dedicarme a matar gente porque sí, sin motivo alguno y obtener cierta satisfacción».

Miro en mi interior y veo que es posible convertirse en un asesino en serie, de la misma manera que cualquier ser humano puede transformarse precisamente en aquello que odia y desprecia cuando lo hacen otros. Cuando alguien censura moralmente este tipo de conductas, lo que hace es proyectarlas en su propia persona, porque es consciente de su potencial interior. Todos somos capaces de cometer las mayores atrocidades, pero nuestra capacidad para reflexionar sobre ello es lo que nos hace mejores.

Cuando el álbum salió por fin al mercado, reuní a una nueva banda y nos embarcamos en una gira promocional. Teníamos algunas fechas cerradas en América en agosto y, después, en septiembre, viajaríamos a Japón, donde *Psycho's Path* ya estaba en las tiendas desde hacía unos meses. Volví a contratar a Rambo para que se encargara de la seguridad. Cada vez estaba más implicado en el control diario de mi trabajo. Ensayamos durante tres semanas y, después, unas noches antes de volar a Nueva Orleans, donde celebraríamos el primer concierto de la gira, el batería, Robert Williams, me vino con la misma historia con la que me había salido Martin Atkins en 1984: «O me pagas más o me voy». Esta vez, en lugar de intentar limar las diferencias, le solté: «Pues hala, a casita: con un batería chantajista ya he tenido bastante».

Después, no sé por qué razón, parece ser que nos liamos a puñetazos. A mí me pareció más bien un intercambio de bofetones bastante afeminado, pero él se fue corriendo a la policía acusándome a gritos de «agresión criminal», cargos que las autoridades desestimaron inmediatamente. Después decidió denunciarme por lo civil. Parece ser que fue entonces cuando a los productores de *Judge Judy*, un programa televisivo de juicios de la cadena norteamericana CBS, les llegó el rumor de que andábamos en litigio y contactaron con nosotros. Al principio, recibí la propuesta con

bastante escepticismo, igualito que el señor Williams, que lo estaba deseando, por supuesto: te pagan y obtienes publicidad, precisamente lo que él andaba buscando. Pero lo que mucha gente de otros países no sabe es que el programa *Judge Judy* tiene el mismo valor que un juicio legal, es vinculante: el veredicto de la juez es el que se aplica. Parecía todo un poco raro, pero era demasiado divertido para dejar pasar la oportunidad. Y, ¿qué creéis que dijo la prensa? «Es un juicio amañado, lo único que busca John Rotten es un poco de publicidad.» Pues, no.

Este individuo, Robert Williams, me lo había recomendado mi hermano Martin. Había tocado con Captain Beefheart, algo que, por supuesto, me había conquistado. En la vida, te suceden cosas así todo el rato. Luego vas a la tele y piensas «¿qué coño le pasa al mundo?». Le salió el tiro por culata. Fue una idiotez por su parte presumir en la tele de que era cinturón negro de judo y experto en kárate y después declarar que el gordinflas de Johnny Rotten —uno de los más destacados pacifistas del planeta, un seguidor acérrimo de la filosofía de Gandhi— ¡le había dado de hostias en un aparcamiento!

Mi hermano Martin me dejó tirado, ni siquiera apareció por el programa, y mi mánager de entonces, Eric Gardner, encargado de la gira, me vacilaba constantemente. A los dos les daban mucho miedo las cámaras de televisión y nadie me defendió, ni apareció para explicar cómo se habían desarrollado los acontecimientos en realidad. Estos dos memos podían haber echado todo a perder. En cualquier caso, la juez Judy Sheindlin descubrió el pastel. Nuestro gatito karateca era un tío muy, muy avaricioso que había puesto en peligro el trabajo de los demás —la gira por Estados Unidos y Japón—, así que él perdió el juicio y yo gané. Concluyó que se trataba de una acusación falsa. Y pude alzar la voz y decirle al mundo: «pensad lo que queráis, pero la verdad prevalecerá».

En cuanto a la promoción de *Psycho's Path*, esta chorrada hizo que todo se fuera al carajo. Mientras esperaba que el «juicio» se resolviera, la gira comenzó. Por suerte, había conocido a un batería llamado Otis Hays que se pasaba de vez en cuando por el estudio, un tipo afroamericano, y lo fichamos inmediatamente. «Puedo tocar todo esto sin problemas», dijo, ¡y podía! En Japón, sin embargo, Otis se volvía loco cada vez que veía una japonesa. Y, cuando te invitan a cenar los de la discográfica, ¡córtate un pelo! Pero no lo hizo. En realidad, no le culpo. Era una experiencia totalmente nueva para él y estuvo muy bien a la batería.

Al final, tuve que mandar todo a la mierda. Fue difícil, porque Martin se había ofrecido para tocar los teclados en los conciertos y, definitivamente, no estaba a la altura, ni por asomo. Martin era genial para trabajar en el estudio, pero no para tocar en directo: le podía la presión y no recordaba las secuencias ni los patrones. A mí no me importa que alguien se equivoque, pero no puedo tolerar la ineptitud. Nunca hay que mostrar miedo sobre un escenario, no tiene sentido. Nunca retrocedas. ¡Nunca! No importan los errores que cometas, asúmelos, sigue, recupera y jamás decidas «no sé lo que está sucediendo, así que, fin de la canción». Mala jugada.

Lo cierto es que llegué a la conclusión de que ya había tenido suficiente. Pensé incluso en retirarme de la música para siempre. No sería la primera vez que sucede algo así. Cuando todo se reduce a la estupidez de las acusaciones falsas, los trepas y los que se aprovechan de ti, te quedas tocado, por desgracia. La alegría y el amor que pueda sentir por el resto de la humanidad desaparecen y acabo cortando a todo el mundo con el mismo patrón. Sé que es una visión equivocada de la vida, pero me afecta mucho. No entiendo a la gente.

Desde luego, nunca he pensado que fuera un error sacar un disco. Siempre me he sentido orgulloso de mi trabajo. He intentado sacar el máximo partido de la situación, teniendo en cuenta que tenía las manos atadas por culpa de los putos contratos que he ido firmando a lo largo de los años. A las discográficas nunca se les cae de la boca la expresión «amortizar la inversión», pero siempre he mantenido mi independencia, nunca les he permitido que me impongan el contenido de un disco y he tenido que sufrir y pagar por ello.

En esa época, entre 1997 y 1998, se había producido un nuevo cambio en la cúpula de Virgin y se había hecho con el poder una pareja de antiguos hippies, que, a pesar de su origen, eran empresarios hasta la médula, por mucha camiseta teñida de Grateful Dead que llevaran. Me viene a la cabeza uno de los disparates que se le ocurrió a uno de ellos: mandó traer un retrete victoriano de Inglaterra para instalarlo en la oficina de Los Ángeles, uno de esos retretes con diseños florales, muy fino, con forma de concha. ¿De verdad que merece la pena gastarse cientos de dólares para echar una meadita? ¡Vamos, anda! Por extraño que parezca me caían bien estos tíos, aunque les gustaran los Grateful Dead. Muchos de los seguidores de Grateful Dead son, en realidad, abogados y gestores que van a lo suyo y que piensan «yo ya he conseguido mi tajada, que te jodan». Y resulta bastante frustrante, cuando luchas por seguir adelante con tu carrera y todo eso y ellos se dedican a llenar la oficina de artículos de lujo, como el famoso retrete. Menuda manera de despilfarrar.

No me gusta la ostentación, no me gusta la gente que conduce coches llamativos y van cargados de joyas, porque pienso que en el fondo son un poco hijos de puta. Todo depende del público al que quieras dirigirte. Hola. Yo ni siquiera tengo carné de conducir, pero uno de los primeros coches que me compré se lo regalé a Nora y es un Volvo. Nos encanta, todavía lo utilizamos. Se cae a pedazos, pero es una bala y no se avería jamás: un T5R turbo, de color amarillo, con un alerón en la parte trasera. Cuando me hice con él, a mediados de los noventa, este modelo competía en todos los rallies. Los Volvo siempre conseguían muy buenos resultados en ese tipo de carreras. Me enamoré de sus líneas, ¡Parece un cochecito de niño! Nada de curvas aerodinámicas, sólo ángulos rectos, como una caja, construido alrededor de una cabina de acero reforzada, por seguridad. Es fantástico. Sólo hemos tenido dos accidentes graves con él, ninguno de ellos fue culpa nuestra: la última vez, a Nora se la llevó por delante una hormigonera. Sólo tuvimos que arreglar un poco la carrocería. Maravilloso. Éstas son las cosas que me impresionan de la vida, los

aspectos prácticos.

Cuando quiero conducir un Ferrari —que también me encantan— juego a *Real Racing 3* en el iPad. Supongo que alguien se comprará este tipo de coches. Yo, ni siquiera sé conducir. ¡Lo sé! Aún no me he decidido. Mi padre me obligó a matricularme en una autoescuela cuando era joven, pero fui tan gilipollas que me presenté a la primera clase con ocho pintas de Heineken en el cuerpo y estampé el coche directamente contra los bajos de un camión en Gunter Grove. A eso se reduce mi experiencia como conductor. ¡Joder, qué cabreado estaba el profesor! ¡La broma me salió por un dineral! Desde luego, algo aprendí. Una mala lección.

Lo peor es que la cosa no terminó ahí: el profesor pensaba que podía enseñarme a conducir por lo menos hasta la esquina y, de hecho, conseguí llevar el coche hasta la fábrica de gas que había en Chelsea. En aquella época, había un enorme descampado allí al lado. Se empeñó en enseñarme a maniobrar, pero era imposible. Yo no ponía *interés*. Todo me parecía absurdo. En aquel entonces, aún no sabía coordinar las manos y las piernas. Me cuesta muchísimo aprender en ese tipo de situaciones. Soy muy lento. Si me esfuerzo, al final, lo consigo, pero tiene que ser a mi ritmo. No se me puede agobiar, eso no funciona conmigo. Tengo un dispositivo de autorresistencia. No sabría decir cómo se pone en marcha; es una de las pocas cosas que estoy aprendiendo a controlar. Ya sabéis, soy un rebelde.

Pero, volviendo a Los Ángeles, ahora que no tenía que ocuparme de mi carrera musical, en lugar de aprender a conducir un coche, aprendí a navegar en barco. No nos quedaba otro remedio a Nora y a mí. Viviendo a la orilla del mar, la atracción era irresistible. Al principio, alquilábamos grandes yates, los llenábamos de amigos y pasábamos un par de días en las islas, en Catalina. En lugar de meternos en un club nocturno, organizábamos la fiesta en un barco con literas. Y lo pasábamos fenomenal. Nos encantaba.

Aaay, siempre me ha gustado el mar. Mi pasión se remonta a los tiempos en que mi abuelo me llevaba a pescar arenques. Mi abuelo materno, en Irlanda, siempre tenía alguna barca de remos en el patio, con la madera toda podrida, hecha un asco. Apenas me dirigía la palabra, casi nunca articulaba una frase completa, pero nos adentrábamos remando en el Mar de Irlanda —bueno, vale, en realidad era el Atlántico, porque mi abuelo vivía en Cork—, tirábamos unas cuantas migas de pan y esperábamos a que los arenques se acercaran. Luego echabas una red enorme y ya tenías la cena.

El mar te aclara las ideas. Si te quedas contemplando el océano, cuando estás en alta mar, totalmente rodeado de agua, la basura que tienes acumulada en la mente desaparece. Cuando era muy joven, a última hora de la noche, los canales de televisión dejaban de emitir y yo me quedaba mirando fijamente a la pantalla, contemplando la nieve, a pesar de las advertencias de mi padre y de mi madre, que me decían: «Te vas a quedar ciego, chaval». Lo mismo me pasa con el mar. Esa calma maravillosa. Te limpia el cerebro, en el sentido más placentero y positivo.

Al final nos compramos un barquito que se llama *Fantasia*. No es demasiado grande, menos de diez metros de eslora, ¡pero va a toda pastilla! Y nos encanta adentrarnos en el mar, cada vez más adentro. Y lo tranquilo que se siente uno gracias al GPS, que te permite saber dónde te encuentras exactamente, es *fantastisch für meine Pussy-Frau*. Nora es una mujer muy valiente, no se arredra ante nada. Soy yo el que tengo sacar a relucir mi sabiduría barata y decir: «Esa ola que vas a embestir es bastante grande, cariño, creo que sería mejor que viraras en la otra dirección». Pero ella sigue adelante, el agua rebota y nos golpea —ay, menuda impresión, y qué dolor —, ¡*bang*!: diez toneladas y media golpeando contra el agua, parece que el casco se va a partir en dos. Para un barco, no es demasiado peso.

Cuando nos compramos el barco, contratamos a un instructor, pero tenía unos ochenta y ocho años, el capitán no sé qué no sé cuántos. Chocheaba de lo lindo y, cuando llegamos a mar abierto —las aguas estaban muy agitadas, 12 pies de profundidad—, nos dimos cuenta de que no estaba demasiado acostumbrado a los barcos de motor. Lo suyo eran los veleros. Así que nos puso en una situación bastante comprometida. De hecho, se equivocó y paró el motor: estaba al timón, apoyado, señalando hacia dónde debíamos dirigirnos y, sin querer, apagó el motor, el barco se paró en seco y una *gigantesca* ola nos golpeó por detrás. Podíamos haber naufragado en ese momento. El barco podría haberse hundido y habríamos acabado en el fondo del mar. La verdad es que fue una experiencia muy instructiva: aprendimos que eso no podía volver a suceder.

Nada más mudarnos a la costa, me enamoré de Los Ángeles. Pasadena no me gustaba, porque es un desierto: calor abrasante, no corre la brisa y hay una gran acumulación de monóxido de carbono. Me recuerda mucho a Pekín, aunque no es tan horrible, claro está. En cuanto estuvimos instalados a la orilla del mar, supimos que habíamos encontrado nuestro lugar en el mundo. Me di cuenta —en serio, por primera vez en mi vida— de lo mucho me gusta el sol. Es maravilloso levantarse a las cinco o a las seis de la mañana. ¡El amanecer! Ejerce un efecto milagroso sobre mí. Me encanta estar despierto durante todo el día, pues a eso de las diez de la noche estoy cansado, exhausto y dispuesto a meterme en la cama. Me gusta ese estilo de vida. En realidad, no me va nada quedarme despierto toda la noche viendo programas de entrevistas en la televisión. Creo que no sirven para nada, me parecen todos iguales, increíblemente aburridos.

Los Ángeles se convirtió en el lugar perfecto, porque si lo analizas sobre el papel, piensas: «Ay, Dios, no hay ningún motivo para vivir en semejante entorno. No va a funcionar, es el último bastión de los hippies, del sosiego y de la cocina saludable *new age*». Pero me pareció genial, original, la idea de que no hay ninguna necesidad de quedarse despierto toda la noche. Levantarse temprano es igual de divertido o más. Por ejemplo, al amanecer es cuando puedes ver las mejores noticias en la CNN, porque todavía no han pasado por la tijera del censor y son noticias mucho más abiertas y detalladas que las de la tarde. Luego los censores suprimen lo que no les

interesa y hay menos información. Para mí, esto es una experiencia igual de satisfactoria que una buena comilona en un club nocturno.

Aquí la vida gira alrededor del océano. Me encanta el sonido del mar, la cercanía y la conciencia de su terrorífico poder. Cuando te adentras en el océano, todo cambia. Desde nuestras primeras excursiones a Catalina nos apasionan los barcos. No hay nada mejor, cuando sientes que todo te agobia, que embarcar, adentrarte en el mar, perder de vista la costa y luego regresar con el GPS.

Para mí es absolutamente necesario, porque mi vida se ha convertido en un cúmulo de presiones que a veces pueden ser asfixiantes. Te desquician. El cansancio físico está bien, pero la tensión y el agotamiento mental no puedo tolerarlos. Hay que recordar en todo momento que estamos aquí para vivir. No para trabajar, para *vivir*. El trabajo es una intromisión placentera: procura vivir así.

Aquí, el clima es demasiado agradable para andar por ahí fingiendo que estás cabreado todo el rato. Hay que reconocerlo: la ropa agresiva es para climas más fríos. Es verdaderamente difícil enfadarse en chanclas y en bermudas. ¡Y eso que odio las chanclas! Y no olvidemos las lanchas motoras y el sol: ningún chaval de clase obrera podría resistirse.

Fue aquí, en California, donde empecé a explotar mi faceta naturalista, el amor por la vida salvaje. Si te sientas, te quedas quieto, te tranquilizas y dejas de correr de un lado a otro constantemente, ¡puede que se te acerquen los conejitos! Y es muy agradable, porque, como no te molestan, no te entran ganas de cargártelos.

Y, además, me encanta pasear por el campo. Bueno, todavía me encanta ver la tele. ¡No me paso todo el día en el campo recogiendo dientes de león! No hay que pasarse. No conviertas tu vida en una cárcel y no te dejes atrapar por las rutinas, pues, si lo haces, se puede convertir en «¡Ay, otra vez a pasear por el campo!». Si lo haces una y otra vez, al final te tienes que enfrentar a una pesada obligación y pierdes la ilusión.

También he aprendido a esquiar, porque Nora ya sabía y me dijo: «Venga, deberías animarte». Tardé años en decidirme, pero, al final, un fin de semana estuvimos en Squaw Valley, en Nevada, y me encantó. He aprendido a bajar por una montaña a diferentes velocidades. No tiene sentido creer que vas a perder la dignidad sólo porque te caigas todo el rato. De hecho, haces reír a la gente y ¿qué tiene eso de malo? Me encanta, porque todo el mundo, no importa quiénes sean —incluso los esquiadores más experimentados, los que llevan siglos practicando— al final acaban cayéndose de culo en algún momento. Llevamos algunos años esquiando y no veo que mejore mucho, tampoco es que me importe, la verdad.

Con todas estas aficiones al aire libre, cuando abandonas la ciudad y dejas allí las tensiones de la vida urbana y todos esos problemas cotidianos que parecen tan importantes, las preocupaciones dejan de acosarte y encuentras algunas respuestas. De hecho, basta con estar totalmente a solas en plena naturaleza para que se te despeje la mente. Funciona. Puedo entender perfectamente, por ejemplo, a la gente

que comete la locura de irse a vivir a Alaska, a cientos de miles de kilómetros de la civilización. Puedo entenderlo, a pesar del clima. Comprendo qué es lo que les hace sentirse tan bien. Pero, por otra parte, si tuviera que permanecer mucho tiempo allí me volvería loco. A Nora y a mí nos basta con tres días de aislamiento, no necesitamos tres semanas. Nos lo quitamos de encima y volvemos al duro trabajo, que ya no es nada duro, en realidad, sino estimulante y emocionante.

Y, a pesar de todo ello, aún no he conseguido ponerme moreno. Me quemo y punto. Cuando llevo dos días al sol, pienso «anda, qué buen aspecto», pero entonces empiezo a pelarme y me lleno de pecas. Soy demasiado blanco por naturaleza. Supongo que por eso les gustaba tanto a los japoneses, por mi palidez mortecina. Creo que ése es su ideal de belleza, ¿no? La blancura inmaculada, totalmente exangüe. Supongo que las anfetaminas tampoco me ayudan a coger color. Mi único problema con las anfetaminas es que nunca tengo suficiente. Lo que me habré gastado en anfetas a lo largo de mi vida… «Es que me dejan una sensación de añoranza», digo riéndome. Todavía habrá algún idiota que se tome estas palabras al pie de la letra. Así es el mundo en que vivimos. Atestado de cabrones sin sentido del humor. La verdad es que casi mejor que se lo tomen al pie de la letra, así podré reírme durante horas y horas. Mucho mejor que una raya de *speed*, la verdad.

Pero, por Dios, no he conseguido librarme de los catarros. El vecino acaba de cortar el césped y mi sufrimiento se ha agravado más todavía. Me levanto temprano y lo primero que hago es abalanzarme sobre mi cargamento de medicinas. Porque en Los Ángeles, cuando sopla el viento, todo el polen del universo va a parar directamente a mi nariz. A veces los ojos me lloran y me pican tanto que no me queda otro remedio que rascarme y me destrozo la piel. Me gustaría arrancarme los ojos, literalmente.

He utilizado todos los aerosoles nasales que hay en el mercado, pero últimamente he recurrido a la solución salina, suero, directamente por la nariz. Eso o zambullirme en una piscina con mucho cloro es lo único que parece funcionar. El cloro que todo lo purifica. Teñirme el pelo también es un buen remedio, porque no puedes evitar inhalar la lejía y parece que algo ayuda. ¡Mis fosas nasales, con su blanca palidez! Las medicinas que me recetan no sirven para nada, sólo me dejan agotado y me entra una pereza tremenda. Y eso lo odio, porque ya estoy exhausto y soy perezoso por naturaleza.

Después de *Psycho's Path* llegué a la conclusión de que era absurdo seguir grabando discos, no le veía el sentido, pero puse en circulación bastante música de incógnito. Se trataba sobre todo de temas de estilo *dance*, instrumentales, y decidí mantenerme en el anonimato deliberadamente. No puse mi voz a ninguna de estas canciones: no quería que fuera como «espero que os guste el nuevo giro que ha dado mi música». En aquel momento, pensaba que mi nombre estaba contaminado. Pero me encanta salir a bailar, pasar la noche en una buena discoteca. Y me resultó muy

agradable escuchar en estos clubes algunos de los ritmos que había grabado. Sacudían la pista de baile, pero nadie sabía que los había compuesto yo, una sensación muy placentera. Hacía feliz a la gente. No creo que hubieran sido tan felices de haber sabido que mi nombre estaba detrás de esos temas. Puede que me equivocara, pero así es como lo sentía en ese momento.

No pienso decir los títulos de las canciones, ni voy a dar ninguna otra pista. No compuse ningún hit importante, pero sí unos cuantos temas que arrasaron en las pistas de baile. Me encantaba el anonimato. De hecho, era lo que más me gustaba de esa cultura *rave*. Es una pena que los DJS se hayan convertido en auténticas estrellas. En los primeros tiempos era fantástico, muy divertido. Y entiendo perfectamente a la gente que dice que este tipo de música tenía cierto espíritu punk, pues todo el mundo podía participar. Una gran verdad, pues, de hecho, *yo mismo* participé. ¡Hola!, puedo ser todo el mundo.

Era maravillosa la libertad que te permitía el anonimato, así que ¿para qué menearlo? Estaba convencido de que había cometido un error al grabar ese disco con los Golden Palominos, años atrás. No quería que nadie se enterara de que había colaborado con ese grupo: era una versión de los viejos discos típicos de la escena californiana. Cuando regresé a Londres y me encontré con Mick Jones, de The Clash, que siempre es una compañía agradable, me sentó fatal que me dijera: «He escuchado tu último trabajo». ¡Qué cabreo! No quería que se supiera. Creo que es una actitud totalmente saludable. Se había comprado el disco porque sabía que yo había participado en él y eso significa haber desvirtuado todo. Para mí, había sido un experimento, pero mi nombre había funcionado como un reclamo.

Me planteaba una especie de dilema: ¿debería presumir de nombre cuando saco un disco nuevo y recordar a la gente quién está detrás, quién soy y lo que he hecho? No lo tengo claro. La discográfica siempre insiste en que lo hagas, ¡los mánagers, sobre todo! Cuando empezamos a tocar con PiL en California y todo el mundo se creía que éramos un nuevo grupo de la escena local, era feliz, ¡y estuvimos así una buena temporada! Aquí nadie sospechaba que tuviéramos nada que ver con los Pistols. Era maravilloso. Pero cuando se destapó el pastel, empezamos a tocar «Anarchy» en los conciertos y ya no era tan divertido, porque pensaba que el público acudía por motivos equivocados. Es increíble que haya conseguido atraer a dos sectores del público totalmente independientes con los dos grupos a los que he pertenecido y que, durante un tiempo —sobre todo en Estados Unidos y en algunos países europeos—, la gente no supiera que el cantante era el mismo. Era Johnny Rotten y era Johnny Lydon.

Éste era el tipo de cosas que me traía entre manos. Encontrar una manera de «salirme con la mía». Esa frase aislada, precisamente, la ha explotado hasta la saciedad la prensa musical, pues creen que todo esto es un fraude o una broma retorcida que yo me he inventado. Bueno, pues si ése fuera el caso, la broma no la habéis pagado vosotros sino yo. No considero que lo que hago sea ninguna broma.

Es, desde mi punto de vista personal, una actividad que no sólo permite comprender mi comportamiento como ser humano, sino también el vuestro, a partir de vuestras reacciones. Y cuando hablo de vosotros me refiero a esa amplia extensión que llamamos la raza humana.

De todas las razones que me llevaron a dejar aparcada la creación musical, la más importante fue la llegada de Pablo y Pedro, los nietos de Nora. En 2000, de forma totalmente imprevista, se vinieron a vivir con nosotros por tiempo indefinido. Su madre, Ariane, más conocida como Ari Up, la cantante de las Slits, los había criado hasta entonces en Kingston, Jamaica, y se puede decir que había dejado que se educaran a su aire. Estaban hechos unos salvajes y necesitaban ayuda y cariño. Tenían catorce años y medio cuando llegaron y no sabían ni leer ni escribir, ni siquiera nadar. Su comprensión de la lengua era muy limitada y eran incapaces de construir una frase en condiciones.

Cuando Ari se iba de gira, se los llevaba a rastras de un lado para otro. Si se echaba un novio en otro país, hacían las maletas y se mudaban allí. Vivían en un estado de confusión permanente, no tenían nada claro dónde estaba su hogar. En Kingston, compartían su vida con un grupo de mujeres y de novios que no era nada estable: una situación muy confusa para unos chavales que intentan crecer.

Ya habían estado con nosotros antes, en muchas ocasiones, por eso no nos costó demasiado habituarnos a la vida en común. Nora y yo no podíamos ni imaginar que acabaríamos convirtiéndonos en sus padres adoptivos, pero lo que estaba claro era que los gemelos necesitaban ayuda. No puedes tener a unos niños en casa sin hacerles caso. Estos dos estaban especialmente necesitados. Así que les entregamos nuestra vida.

Todo surgió de la noche a la mañana. Ari se había mudado con los chicos a Nueva York y allí la situación estalló. Tuvieron una bronca tremenda por un dinero que había desaparecido de su casa. Creo que los novios y los amigos de Ari tuvieron mucho que ver, aunque lo cierto es que la actitud de Ari, que pasaba totalmente de los horarios de las cenas y de las comidas, en realidad de cualquier tipo de rutina, también contribuyó.

Ari llamó a Nora y le dijo: «¡No puedo con ellos, los voy a echar de casa!». Y Nora respondió: «¿Y yo que quieres que haga?». Estuvimos hablando un rato y, antes de que Ari colgara, dije, «Mándalos aquí inmediatamente, nos ocuparemos de ellos. No pienso tolerar que esos dos seres humanos queden abandonados porque a ti no te da la gana de cuidarlos». Tuvimos una discusión bastante fuerte con Ari. Mi relación con ella tardó mucho tiempo en arreglarse. Con Nora, Ari también siempre había andado a la greña.

Se me partía el corazón sólo de pensar en los tres: en los gemelos y en Ari. Los gemelos necesitaban una unidad familiar en ese momento y sólo Dios sabe adónde los habría mandado su madre si Nora y yo no hubiéramos intervenido. Se los habría

largado a cualquiera de los amigos que tenía repartidos por el mundo. Aunque parece ser que todos le insistían en que su estilo de vida era incompatible con la educación de los niños. Para una madre joven es muy duro, sobre todo en Jamaica, ser una estrella del pop —en el sentido amplio de la expresión—, intentar seguir adelante con tu carrera y, al mismo tiempo, tener que explicar a todo el mundo que en casa te esperan unos gemelos de catorce años. Ya no tienes veintiún años, por mucho que mientas a la prensa. Había muchas cosas que Ari era incapaz de reconocer y los gemelos, que aún eran muy pequeños, sufrían mucho.

Era muy duro para ellos, porque Ari vivía su sueño rastafari, se había convertido en una auténtica guerrera, «salvad a los delfines» y toda esa vaina, pero tenía dos hijos a los que no hacía ni caso. Sencillamente, no tenía tiempo para ellos: una madre soltera con apetitos sexuales. Era muy difícil digerir esa faceta de su vida. «Os presento a vuestro nuevo padre.» «¡No!»

Por muchas razones, ser madre soltera la superaba. Era incapaz de controlar a Pablo y a Pedro. Por ejemplo, los obligaba a llevar rastas. «Mamá, no puedo vivir con estos pelos, en el cole no paran de meterse conmigo.» Sí, a veces, Ari podía llegar a ser bastante dictatorial, implacable e inflexible.

Es muy difícil educar a un niño, hay que dejar que se encuentre a sí mismo. No puedes imponerle las rastas a un chaval de quince años. No va a funcionar, sencillamente, a menos que hayas conseguido lavarle el cerebro y tenerlo bien aleccionado y ése no era el caso. ¡Pasan totalmente de la religión! Es una de las cosas que más me enorgullece deellos.

Yo le decía: «¡Venga ya, Ari, la religión *rastafari* no acepta la igualdad de las mujeres!». Mucho rollo libertario, pero luego vivía de Nora. La libertad siempre la tiene que pagar alguien y, por desgracia, en este caso, la pagana era Nora: Ari era una sangría constante.

Los nombres de los gemelos eran otra de las ideas absurdas de Ari. Era totalmente contraria a los nombres bíblicos, así que se le ocurrió llamarles Pedro y Pablo, que, aunque son dos nombres españoles, son igual de bíblicos que Peter y Paul. ¡*Aaaayyyy*! Los padres hippies con ideas liberales pueden causar este tipo de problemas a sus hijos. Ha sido muy difícil para ellos, pues si vives en Los Ángeles, te llamas Pedro y Pablo y no eres ni mexicano ni hispano, tienes un auténtico problema, porque todo el mundo presupone automáticamente que sabes hablar español. *¡Nooooo!* Cuando se dirigían a ellos en español, ellos respondían en jamaicano y no les fue muy bien. Pero Ari no había previsto que podían surgir ese tipo de problemas.

Sin perder un minuto, los matriculamos en el colegio y les costó un mundo coger el ritmo, porque eran prácticamente analfabetos, iban realmente atrasados. Ari pensaba que la educación era un «sistema babilónico». Totalmente de acuerdo, pero para saber eso hay que haber alcanzado primero cierto nivel educativo. En muchos sentidos, negar a un niño el derecho a la educación equivale a *someterlo* completamente al «sistema babilónico» de nuestra sociedad, pues le niegas la

posibilidad de encontrar un trabajo. Y, en realidad, lo conviertes en un ser antisocial.

Para ellos fue muy difícil adaptarse al colegio aquí en Los Ángeles. En aquella época todavía llevaban rastas, porque su mamá seguía empeñada. Fue un auténtico suplicio manejarse con ese acento jamaicano en un colegio de Los Ángeles con un porcentaje muy elevado de inmigrantes mexicanos… Muy confuso.

Nora y yo no estábamos en absoluto de acuerdo con Ari en lo de las rastas. Una de las primeras cosas que nos pidieron cuando se vinieron a vivir con nosotros fue que les dejáramos cortarse el pelo. Estaban hartos de pasarlo mal en el colegio, porque sus compañeros los encasillaban y representaban algo que ellos no sabían justificar. No era un sistema de creencias que ellos hubieran elegido. Además, era incomodísimo, con este calor, llevar esa cantidad de pelo en la cabeza. Creo que, en lo que respecta a la religión, cada ser humano debe tomar sus propias decisiones, así que les dimos libertad total. ¡Les dimos permiso para darles un buen tijeretazo! Aquél fue el día más feliz de su vida. Tampoco tenían que vestirse ya como una muñequita victoriana, según los caprichos de Ari.

Por supuesto, Ari enloqueció, perdió la cabeza, se volvió majara. Estaba cabreadísima. Yo era el malo de la película, pero, ya sabéis, llega un momento en que hay que desobedecer a los padres. Era su vida. A los dieciséis años uno ya tiene derecho a tomar determinadas decisiones y la imagen que uno tiene de sí mismo es muy importante. Es el punto de partida para afirmarse como ser humano. Por supuesto que a lo largo de su juventud cometerán miles de errores y se vestirán como unos auténticos tarados, pero es un privilegio de la juventud y no puedes arrebatárselo. No puedes tratar a tus hijos como si vivieran en un monasterio. No te pertenecen, son seres humanos con voluntad propia, si tienen la suerte de que les ayuden a elegir el buen camino.

Pobrecitos, habían vivido un infierno, pero, a cambio, también nos lo hicieron vivir a nosotros. Les costaba mucho adaptarse al tipo de solidaridad que Nora y yo les ofrecíamos. Se sentían como leones enjaulados, porque estaban acostumbrados a corretear por el mundo, a su aire. Y nosotros teníamos que recordarles de vez en cuando: «Bueno, no os vamos a dar dinero para eso, así que no podéis hacerlo». Necesitaban límites, como todos los chavales.

Al poco tiempo, nos trasladamos a Malibú para que se matricularan en un colegio mejor y se pusieran al día. Hasta entonces, Pablo y Pedro habían estado sobre todo en escuelas libres y colegios Montessori, con métodos educativos de orientación más o menos hippy: «Ah, no os preocupéis, los niños tienen que trabajar a su ritmo, algún día les dará por aprender…». Eso-no-su-ce-de-ja-más. Así no pueden aprender a ser independientes ni a organizarse: todo lo contario.

Así que, ¡uf!, hice todo lo que pude. Dediqué bastante tiempo a estudiar matemáticas con ellos. ¡Yo, precisamente yo, que no sé cuánto son dos más dos! Y también gramática: eso se me daba mejor. Después, a medida que avanzaban en el colegio, empezaron a aprender cosas que yo no sabía y eso fue un gran acicate para

ellos. «¿Qué? ¿No sabías eso? ¡Pues yo sí!» Era como «¡Dios, eres mucho más listo que yo!». Y así aumentaba su autoestima. Lo más importante era que aprendieran a respetar a los demás.

En cierta ocasión, tuve que asistir a una reunión de padres y profesores, porque Nora estaba de viaje. ¡Ja, ja, menuda discusión tuve con el profesor de lengua! ¡El tío me aseguraba que la estructura de las oraciones no tiene importancia! «¡¿Cómo? Estás hablando con una persona que se dedica a *escribir canciones*!»

Los gemelos estuvieron en casa toda la década de 2000 y aún siguen muy unidos a nosotros de una u otra manera. Cada uno ha seguido su camino y ahora son personas diferentes, pero creo que todavía no se han realizado plenamente. A mi modo de ver, pasaron muchos años en un estado de ruina total, y es un problema que siguen intentado superar a día de hoy.

El hijo menor de Ari, Wilton, también se vino a vivir con nosotros. Tampoco es capaz de entender las normas, porque nunca ha tenido que respetar ninguna. «¡*Yo* quiero eso!» «Vale, ¿y los demás? ¿Tenemos que sufrir porque *tú* quieres algo?» Hemos intentado enseñarle a desarrollar la empatía con los demás.

Me gustaría dejar claro que nunca he sentido rencor, resentimiento o envidia en relación con Ari. Puede que para mucha gente fuera una artista alucinante, un ejemplo a seguir; pero lo que realmente cuenta es lo que sucede cuando bajas del escenario y vuelves a casa. Es difícil hacer entender esto a la gente, porque en este mundo absurdo de la música pop todo se simplifica. Es un monstruo que hemos creado entre todos los que estamos involucrados. Es culpa nuestra no haber sabido mostrar un lado más abierto, aunque hay que reconocer que es muy difícil, porque se nos juzga cada vez que nos subimos a un escenario, cada vez que nos entrevistan, cada vez que aparecemos en público. Se necesita tiempo para entender la experiencia en toda su dimensión y sólo dispones de tiempo cuando llegas a casa, a menos que te comportes como las Kardashian y las cámaras te sigan las veinticuatro horas del día. De hecho, las cámaras se acaban convirtiendo en tu realidad, una realidad totalmente irreal. Que es lo que les pasa a las Kardashian, precisamente.

Ari y yo siempre nos profesamos un profundo respeto, siempre. A lo largo de los años dijo muchas cosas de mí, pero ¿a quién le importa ahora? Para mí, fue muy importante ir a verla al el hospital en 2010, un día antes de que finalmente el cáncer se la llevara. Qué encuentro más maravilloso: estuvimos cantando juntos. ¡El personal del hospital fue muy generoso, porque los dos somos unos bocazas y cantábamos altísimo! «Four Enclosed Walls» fue el número principal de nuestro espectáculo, con ese «aaaaaaláaaaa». Tuve que esforzarme mucho para hacerme con las notas, pero Ari me ayudó: era una cantante buenísima, también una gran instrumentista. Clavó la canción, incluso en ese momento.

Para Nora y para mí, hacer de padres de los hijos de Ari fue una experiencia muy educativa, deprimente en cierto sentido: te obliga a tomar conciencia de que ellos son lo primero. Y tienes que dejar a un lado el egoísmo creativo característico de los

artistas. Porque es cierto que, como actividad, la composición de canciones tiene un importante componente de egoísmo. Te puedes permitir el lujo de decir lo que te dé la gana. Hay que adaptarse un poco más a las situaciones domésticas y aceptar la posibilidad de que puedes haberte equivocado. Cuando grito a pleno pulmón, hay otros aspectos que considerar… y los he considerado.

En todo caso, ahora me lo pienso mucho más cuando escribo una canción. Me encanta arremeter contra las instituciones, pero no contra las personas. Sí, he adquirido cierta capacidad de reflexión, cierta perspectiva. ¡Bastaaaaaaa! ¿Cómo puede uno decir «Soy una buena persona» sin morirse de la risa? Sinceramente, si tengo que esperar a que lo digan otros, me puedo morir de viejo. Hay que tener en cuenta que siempre hay alguien ahí fuera que se imagina que soy el hijo de puta más desagradable del mundo. ¿Y por qué no? Supongo que hay algo de eso en mí y doy las gracias a Dios por ello, puesto que ha sido él quien me creó. No me culpe a mí, agente, ha sido Dios. Es un arma de doble filo, veréis, eso de que «Dios me ha creado, soy así por naturaleza». «¡Gracias! Las culpas a Dios, que fue quien me creó…»

Nuestra casa era mucho más acogedora cuando los chicos andaban por ahí. Es una época que recuerdo con mucho cariño, porque parecíamos una familia. Me encantan los niños. Soy una de esas personas —bueno, no siempre, pero casi— a las que no les importan los gritos, los chillidos, el alboroto, la bulla… siempre que sean sonidos alegres. Sin embargo, la situación de tener a la familia de Martin viviendo en la casita que teníamos en nuestra parcela de la playa de Venice se volvió insoportable al cabo de un tiempo. A veces, intentar vivir con otros miembros de tu familia es una pérdida de tiempo. Porque, al final, las riñas se vuelven habituales y el exceso de confianza puede crear todo tipo de problemas. No lo digo con resentimiento, lo que sucede es que cuando la familia de Martin empezó a crecer a nuestro alrededor, a lo que se sumó la llegada de los gemelos, llegamos a un punto en que la casa parecía un zoológico. Imposible concentrarse en un entorno como ese. El estudio de grabación estaba entre la cocina y el cuarto de estar: intentar trabajar allí era como hacerlo en una estación demetro.

Así que la cosa fracasó en ese sentido y, al mismo tiempo, la necesidad de grabar discos en mi propia sala de estar cada vez me seducía menos. Al final se convierte en una actividad que se entromete en tu vida personal. No tienes escapatoria. En algunas ocasiones te quedas sin ideas y necesitas dejar a un lado la presión. Un momento de respiro que es imposible cuando estás rodeado de máquinas e instrumentos. No puedes refugiarte en ningún lugar, así que no es una buena idea eso de grabar en casa. A no ser que te construyas una caseta en una esquina del jardín, una estancia independiente del lugar donde vives. Quizá lo mejor es hacerse con una parcela, porque, de lo contrario, se va apagando el sentimiento que te animó a dedicarte a esto en un primer momento: el amor. El amor se convierte en algo difícil de manejar y eso no está bien.

Martin tiene dos hijos y los dos trabajan aquí en Los Ángeles en la actualidad. El propio Martin se dedica a hacer todo tipo de chapuzas, los trabajillos que le van saliendo. Desde hace muchos años, tiene la ciudadanía norteamericana. Decidió que no quería regresar a Londres nunca jamás. Allí no le ofrecían nada. Ya sabéis, «No Future». Literalmente, no había trabajo. Nada. Ningún interés. Es imposible escapar de la trampa. La monotonía de la existencia en los pisos de protección oficial: aquél es un universo increíblemente injusto, Gran Bretaña. Te ves abocado a una vida delictiva, sin quererlo, en contra de tu voluntad. Es la única manera de conseguir dinero.

Así que Martin no veía ninguna razón para volver y nunca lo ha hecho. Es feliz aquí y ha resultado ser un padre maravilloso. Es un auténtico placer verlo con sus hijos. En cuanto al mayor de mis tres hermanos, Jimmy, con lo tarambana que es, también es un padrazo, y lo mismo puedo decir de Bobby, el mediano. Últimamente, Jimmy se dedica a la pintura y a la decoración, cualquier trabajo le parece bien. Bobby vive ahora en Irlanda del Norte. Se casó con una chica irlandesa y allí se dedica a reparar alarmas; trabajó de fontanero y sabe algo de electricidad, un manitas, una persona muy tranquila, a pesar de su afición por los chistes desternillantes. El ingenio abunda en la familiaLydon.

Al igual que Martin, Jimmy y Bobby tienen unos hijos maravillosos. Chavales inteligentes, no les ha salido ningún zoquete. Estoy realmente orgulloso de que mi familia se perpetúe y siga trayendo al mundo buenas personas. Es una buena perspectiva para el futuro de la humanidad.

Nora y yo no hemos podido tener hijos por algunos problemas que tuvimos en nuestra juventud. Nora tuvo un parto muy difícil cuando nació Ari y, para abreviar la historia, diré que, simplemente, no ha podido ser. Volviendo la vista atrás, la verdad es que, con la vida que hemos llevado, nos habría resultado muy difícil. Por aquellos días yo estaba siempre de gira con PiL, demasiada actividad para poder atender las necesidades de un niño. Los niños necesitan que te entregues a ellos por completo.

Rambo siempre pensó que no tenía madera de mánager, pero yo siempre lo animé a que asumiera esa responsabilidad. Al principio, quería encargarse únicamente de la seguridad, pero, al final, más o menos en el año 2000, decidió dar un paso adelante. La situación evolucionó de tal manera que se presentaron nuevas oportunidades y yo siempre le insistía, porque sé que tiene lo que hay que tener. Una persona capaz de organizar un autobús lleno de hooligans puede hacer cualquier cosa. Para mantener a esos tipos bajo control, hay que tener una habilidad especial.

En el pasado, antes de fichar a Rambo, se me planteaban constantemente situaciones imposibles y yo decía «¡ésto me supera!», y no podía seguir avanzando. Me agotaba tener trabajar pensando en el dinero en todo momento. Descubrí que si lo haces todo a rajatabla, no funciona. En la industria de la música, las reglas establecidas no sirven para nada. Los problemas pueden cambiar en un segundo y

tienes que ser capaz de reaccionar, dejando de lado la pedantería. No quiero que parezca que estoy criticando a nadie, yo soy el único culpable: soy incapaz de meterme en el papel de un empresario estricto, el proceso se ralentiza muchísimo. Y se hace muy pesado.

Rambo es muy escrupuloso, ésa es una de las ventajas de trabajar con él. Yo tengo la costumbre de dar largas, de no decir las cosas claras. En una situación crítica, siempre me da por preocuparme por los detalles. Y eso puede llevar a la confusión. A veces, lo que a mí me parece importante no lo es en realidad. Cuando trabajas con una persona como Rambo, tiene que ser al cien por cien. Su energía y su compromiso son irrefrenables. Asume toda la responsabilidad, un concepto alucinante.

En lo que respecta a la seguridad, él es el mejor. Me ha enseñado muchas cosas. He aprendido, por ejemplo, que no conviene quedar expuesto por los cuatro flancos, que lo mejor es reducir el ángulo para poder defenderse mejor. En 1998, cuando participé en el programa de Skinner y Baddiel *Fantasy Football League*, en la televisión británica, se armó una buena. No estaba dispuesto a quedarme callado mientras esos supuestos cómicos, pretenciosos y creídos se burlaban de los futbolistas ingleses y convertían el fútbol en una farsa, que es lo que ha acabado sucediendo con el tiempo, por cierto. Al día siguiente, en la prensa, me acusaron incluso de haber agredido al productor del programa.

Lo que había sucedido en realidad es que me había negado a acatar sus reglas: no les gustó que dejara en ridículo a los presentadores. Cuando abandoné el plató en el intermedio, me encerraron en una habitación para que no pudiera intervenir de nuevo en el programa y mandaron a los encargados de la seguridad, unos zoquetes que se abalanzaron sobre mí e intentaron abrirme la cabeza. Rambo se hizo cargo de la situación inmediatamente: en el pasillo había una esquina y nos refugiamos allí, a salvo de esos tarugos profesionales. Defendimos nuestro territorio y nos mantuvimos firmes. Sólo podían atacarnos frontalmente y conseguimos impedirlo: no podían arriesgarse (en realidad *no se atrevían)*. Son trucos que se aprenden en la grada cuando uno asiste a un partido de fútbol, pero que se pueden teorizar para aplicarlos a otras situaciones. Tienes que enfrentarte a una realidad física y este tipo de recursos te permiten reducir las posibilidades de resultar herido. Lentamente, nos fuimos alejando del edificio y salimos de allí, después de despedirnos educadamente de los seguratas.

Rambo es un tipo difícil de tratar y de entender, pero os diré una cosa, una vez que lo consigues, lo quieres para siempre. Es un puto diamante, un hombre de palabra. No tiene ningún problema y es la persona más leal que existe. Para él, yo no soy Johnny Rotten, sino John, un ser humano. Hay un puñado de personas que consideran que Rambo es el embajador de los matones, pero no tienen razón. Es mucho más que eso. Es John Rambo.

Más o menos en la época en que Rambo empezó a trabajar conmigo, comencé a trabajar en el cine y en la tele cada vez con mayor asiduidad, mucho más, en realidad, que en los tiempos de PiL, cuando nos pasábamos todo el día hablando de ello. Me propusieron presentar mi propio programa en VH1, una especie de MTV para gente mayor. Ante semejante oportunidad, me tiré de cabeza, obviamente.

Lo primero era escribir el guion. El material que me enseñaron… ¡Ja! Todavía conservo esos guiones, porque eran tan estúpidos… Pero ahora, cuando lo recuerdo, pienso: «¡Dios mío, menos mal que me libré de aquello!». Eran tan elementales que se me ocurrió proponer a los mandamases de la cadena, en una solemne reunión de la junta directiva, que lo mejor era que trabajáramos sin guion. Los guiones no son lo mío, me limitan mucho. No me importa trabajar con una idea sin pulir, pero eso de escribir un diálogo y tener que expresarlo delante de la cámara. No pienso hacerlo. No funciono así.

El margen que me dieron fue éste: de acuerdo, haz lo que quieras, pero tendrás que apañártelas con poco dinero. «Vale, por mí no hay problema.» Puedo hacer un programa excelente con un presupuesto reducido. Me lo planteé como un reto. Además, estaba muy contento con la gente que había reunido para trabajar conmigo: Rob Barnett, un tío muy divertido, y Jay Blemenfield, que con el tiempo se convertiría en un importante productor y director. Juntos, podíamos pasárnoslo realmente bien.

Lo más difícil fue rodar el vídeo de presentación. Nos quedó muy pretencioso, sin nada de gracia, pues teníamos que filmarlo en un plató, una especie de almacén con una enorme pantalla multiusos al fondo. Se suponía que yo tenía que caminar delante de la pantalla, donde aparecerían diferentes imágenes, y soltar un rollo lírico para que al espectador le quedara bien claro que era un programa que no se pedía perder, aunque en realidad el programa en cuestión aún no existía. Aquello era como presentar una teoría antes de haberla formulado. Entiendo que el objetivo era que los inversores soltaran la pasta y que no se podía hacer el chorra y arriesgarse innecesariamente, así que no me voy a quejar. Me gusta tener que ceñirme a un presupuesto reducido, no es un inconveniente para mí, pero las restricciones de contenido no las soporto. Nunca me prestaré a algo semejante.

Y, después, empezaron a poner problemas con los diálogos. «¡Aquí tienes una lista de palabras que no puedes utilizar!» Lo típico: joder, mierda, coño, cabrón. En la televisión americana, decir «coño» es gravísimo, pero para mí es una expresión muy informal: «¡Venga, cállate, coño!». Aquí en Estados Unidos quiere decir «vagina». Bueno, en Gran Bretaña también, pero no hasta el extremo de que alguien pueda sentirse profundamente ofendido. El caso es que a los americanos esta palabra les provoca una tremenda angustia, lo cual me parece *ridículo*.

En el primer episodio, aparecía montado en un tanque y le disparaba a un muñeco cubierto de objetos que habían pertenecido a los Sex Pistols, ese tipo de recuerdos

valiosísimos que se suelen subastar. Fue uno de los mejores momentos. Siempre había querido subirme a un tanque. Utilicé como música de fondo un tema de Alan Stivell; me encanta la música de Alan Stivell, música bretona, un rollo muy tradicional y folclórico, pero con guitarras eléctricas. Las guitarras no siempre encajan bien, pero, en líneas generales, es un experimento muy interesante. Muy cinematográfico. Y era perfecta para la imagen de ese tanque gigantesco, os lo aseguro. Arrasar un prado con toda clase de vehículos acorazados fue un sueño hecho realidad. Por supuesto, nuestros disparos iban dirigidos contra *souvenirs* del pasado, infamias de los Sex Pistols, por ejemplo, la supuesta nota de suicidio de Sid. ¿Por qué no hacer saltar por los aires ese tipo de cosas? Si alguien puede hacerlo, ése soy yo.

La verdad es que me habría encantado contar con público en el estudio, pero al final sólo nos permitieron rodar en exteriores: escapadas interesantes en busca de personas que mereciera la pena entrevistar. Soy capaz de charlar con el propio Diablo, pero en cuanto la cámara empieza a rodar, ¡me sorprendo mirando a la persona en cuestión sin el más mínimo interés por cualquier cosa que pueda decir! Me niego a escuchar las respuestas de siempre, a oír cómo repiten las mismas historias que aparecen en mis notas. Me gusta el elemento sorpresa y, por desgracia, la gente actúa de una manera terriblemente artificial ante las cámaras. Soy consciente de que a mí también me pasa de vez en cuando. Acabas desarrollando todo tipo de fobias.

Por otra parte, se me ofrecía la oportunidad de volver las tornas: en vez de tener que soportar que me entrevistaran personas que yo consideraba imbéciles, como me había sucedido a lo largo de los veinticinco años anteriores, podía conducir yo mismo la entrevista. Era una inversión de papeles, pero descubrí que no me gustaba. En este tipo de situaciones, tienes que hurgar en tu interior en busca de motivación. Ahora soy una persona perfectamente cabal, pero por aquel entonces la presión me superaba. Cuando vuelvo la vista atrás, me parece una tontería, ¿qué tiene de complicado sentarse y hacer un par de preguntas a cualquier persona? Bueno, pues en aquella época, me resultaba muy difícil y lo único que me preocupaba era: «Dios mío, me ha salido un grano, se van a reír de mí». Y, bueno, «Si me sacan un primer plano se me van a ver unas orejas enormes».

Donde sí que me llené de granos fue en el Festival de Cine de Sundance. En aquella época tenía una alergia tremenda a algunos alimentos y creo que tampoco me ayudó demasiado pasar un frío de mil demonios en esa magnífica estación de esquí de Utah. Nos habían invitado para la presentación de *The Filth and The Fury*, el documental sobre los Sex Pistols, que se iba a estrenar en Sundance.

Había mucho trabajo detrás de aquella película. Rescatamos algunas imágenes antiguas verdaderamente increíbles y los componentes de los Pistols aparecíamos envueltos en penumbras, sólo se adivinaban nuestras siluetas, un efecto que creo que no era deliberado, sino que se debía más bien a que la iluminación era muy cutre. No, es broma. La idea era lograr una estética parecida a la de esos programas de crímenes,

del estilo de *Crimewatch*, en los que los delatores aparecen a oscuras para proteger su identidad, un concepto similar al de la portada de *Never Mind The Bollocks*, que parecía una nota de chantaje: coquetear con el crimen, sin caer jamás en la criminalidad. ¡Nuestro único crimen era la música que perpetrábamos! Pensamos que todo el mundo nos había visto miles de veces en los vídeoclips y sabían cómo éramos, así que ¿para qué darles más de lo mismo? Nuestra intención era darle un giro divertido, todo lo contrario de lo que había hecho Malcolm con su puta máscara de goma.

Creo que estuve bastante suelto en las partes en las que me entrevistaban. Cuando recordé a Sid se me saltaron las lágrimas y eran lágrimas *sinceras*. La muerte de cualquier ser humano me afecta, más, claro está, la de los amigos que siento muy cercanos. No tiene ningún sentido intentar fingir en esas situaciones. Soy así, lloro como un niño en los funerales. Me sucede incluso con personas que no conozco de nada.

No sé por qué al público le impresionó tanto. La gente intenta forjarse una imagen caricaturesca de mí. Quieren creer que Johnny Rotten es un cretino estrecho de miras y egoísta. El Sr. Irritante. Pero para muchas personas mis canciones contienen ecos de rebeldía rebelión y empatía y, desde luego, no son la obra de un mierdecilla desdeñoso y egoísta.

En cualquier caso, gracias a *The Filth and The Fury* nos colamos de gorra en el festival de Sundance y documentamos nuestra experiencia para *Rotten TV*, todo ello acompañado por el viaje de esquí más maravilloso que he disfrutado jamás. En el hotel donde nos alojábamos, la pista de esquí estaba en la misma puerta: te lanzabas montaña abajo y después subías en el telesilla. Tres o cuatro bajadas cada mañana y, después, a trabajar un ratito.

En el estreno, en contra de mis expectativas la película tuvo una acogida muy buena. Danny DeVito se encargó de las presentaciones. Creo que era uno de los inversores, había participado la producción. ¡Caramba, que tío tan inteligente! Es uno de los mejores actores cómicos del mundo. Qué divertido poder compartir el escenario con gente así. Estaba tan deslumbrado como el resto del público. Nunca pensé que podría llegar a codearme con personajes de esta categoría. ¡Y eso que no soy precisamente un tipo humilde!

Le hice una entrevista realmente graciosa para *Rotten TV*, pero lo único que de verdad me interesó, incluso hoy cuando lo recuerdo, fue la conversación que mantuvimos sobre los coches de juguete Dinky, esas réplicas de hierro fundido. Ambos compartíamos esa afición. Estuvimos hablando de los cochecitos Corgy, los Dinky y los trenes de la marca Hornby, de todas esas miniaturas.

En nuestras correrías por el festival, también entrevisté a Aidan Quinn y a James Woods, que estuvieron muy graciosos, y a Cindy Lauper y Christopher Walken, aunque de estos dos no puedo decir demasiadas cosas buenas. Ah, y se me pasó entrevistar a un actor famosísimo, que acababa de ganar un Oscar por aquel entonces:

Kevin Spacey. En aquella época, yo todavía no sabía quién era. Después he visto muchas películas suyas y me entusiasma. Dicen que tiene una memoria fotográfica, que sólo necesita leerse su papel una vez para recordarlo. Bueno, espero que no se haya olvidado de mí. Después, cuando estuvimos revisando las imágenes que habíamos rodado, la gente de VH1 me dijo: «¡Mira quién se te ha pasado, John!», así que añadimos un texto a las imágenes que decía «¡vaya, éste se te ha pasado, John!».

VH1 me pidió que hiciera un anuncio para promocionar la serie. El equipo de grabación se presentó en mi casa de Malibú, y venían con un guion. Les dije: «Muy interesante, atentos a lo que voy a hacer». Los acompañé hasta el jardín, donde crece mi limonero. Llevaba una naranja en una mano y un limón en la otra, se los mostré a la cámara y empecé: «¿Naranjas o limones?» y, después, espachurré el limón contra la cámara. «¡Limones!» Ya está, ése era el anuncio de *Rotten TV*.

Para el tercer episodio, realicé un estudio exhaustivo del sistema electoral americano. Estuve en la convención del Partido Demócrata y también en la del Partido Republicano y entrevisté a personajes como Newt Gingrich, que en ese momento era el portavoz de la Cámara de Representantes, y a Jesse Ventura, el gobernador de Minessota, ¡se había dedicado a la lucha libre y había sido buzo de la Marina! Esto sólo puede suceder en América, amigos. Ja, ja. Me encanta esa parte de la política y disfruté enormemente de la oportunidad de poder charlar con estos personajes cara a cara. Newt Gingrich era una persona culta, inteligente y retorcida, pero tened esto en cuenta: los políticos tienen que ser retorcidos, ésa es su naturaleza. ¿O acaso permitirías que un imbécil simplón asumiera cualquier tipo de responsabilidad?

En los premios de VH1, coincidí con Paul McCartney. Siempre había sido el héroe de Glen Matlock, por supuesto, un motivo más que suficiente para sentir cierto rechazo instintivo hacia este personaje. Lo conocí en una de las fiestas que se celebran después de la entrega de premios y me pareció genial, una persona verdaderamente abierta. Se me acercó y me dijo: «¡Hola, John!». Me conquistó inmediatamente con esa actitud. Siempre estoy abierto a la gente sincera y directa y me di cuenta enseguida de que él lo era. Tiene una mirada realmente franca, una mirada de niño. Igual que yo. Creo que ésa es la fuerza que mueve a muchas personas que nos dedicamos a esto de la música, que somos incapaces de corrompernos. Es lo que nos hace seguir avanzando. Es algo magnífico percibir esa inocencia absoluta en otras personas. ¿Cuánto tiempo llevará en el mundo de la música? Y sigue conservando la inocencia.

Algunos años antes, más o menos en la época en que grabé mi disco *Happy?*, correría el año 1987, Nora y yo habíamos tenido un encuentro con McCartney y su mujer. Íbamos camino de casa de mi hermano Jimmy, un sábado por la tarde, y nuestro taxi se quedó parado en un atasco, justo enfrente de Harrods. Paul McCartney y Linda se acercaron corriendo y empezaron a dar golpes en la puerta del taxi: «¡John, John! ¡Soy yo, Paul!». ¡Qué vergüenza sentí en ese momento! Me vi

superado. Le dije al taxista: «¡Rápido, gire a la derecha!». Y el taxista: «¡Qué me lleve el diablo! ¡Vivir para ver!».

¡Un tipo que tiene que esquivar constantemente a la prensa y a los fans persiguiéndome a mí! Lo había hecho con la mejor intención del mundo y yo me porté como un miserable y manejé la situación de pena. No sé en qué estaba pensando en ese momento. Tendría que haber bajado la ventanilla o abrir la puerta, pero no, instintivamente, hui. Y Nora se quedó alucinada: «Pero ¿qué haces?». Así que cuando me encontré con él en Nueva York años después, en la fiesta de VH1, estaba deseando pedirle perdón. Aproveché la oportunidad y se lo dije. «Venga, no seas tonto», me contestó.

Al final, sólo se emitieron tres episodios de *Rotten TV*. Luego VH1 echó el cierre. Es curioso, porque mientras estaba en antena, hicieron una encuesta para averiguar qué tipo de público veía mi programa y, por extraño que parezca, las personas a las que *realmente les apasionaba* no eran jóvenes rebeldes, como se podría suponer, sino amas de casa. Y aseguraban que les gustaba porque era un programa agresivo y descarado. Así que, ojo con las amas de casa, tienen bastante criterio. No todas se dedican a ver a Des O’Connor. Las madres me aman. Las amas de casa me prefierena mí.

Después, se sucedieron todo tipo de chanchullos, porque la MTV se abalanzó sobre mi programa. En la época se decía que prácticamente dirigían VH1 y estaban empeñados en utilizar el formato de *Rotten TV*, conservando el nombre incluso, pero querían sustituirme por Beck, y yo, como es natural, armé la de Dios es Cristo. No sé si el propio Beck estaba al tanto de esta maniobra, pero los de la MTV habían pensado en él. Y yo no estaba dispuesto a permitirlo. El nombre de Johnny Rotten estaba por todas partes: ¿cómo podían pasarlo por alto? Así que se metieron en una disputa legal que alcanzó cierto grado de virulencia pero que luego se fue apagando y entonces pensé. «¡déjalo!».

Descubrí que presentar un programa de televisión es muchísimo más complicado de lo que imaginaba. Las trampas y las miserias que se decidían en los despachos de los directivos eran un campo de minas muy difícil de atravesar. ¿La gente de la tele? Son una pesadilla, todos son muy indecisos, pero, curiosamente, no paran de darte consejos con una seguridad aplastante. Y, si sigues cualquiera de ellos, serán los primeros en despedirte. Son los primeros en aceptar los elogios cuando las cosas funcionan, pero ¡puaj!, no se arriesgan nunca, ponen tu cabeza en peligro y luego se sientan a ver qué pasa. Es un mundo muy falso. Lleno de cursis que te llaman «cariño» y toda esa vaina. Las puñaladas por la espalda están a la orden del día. Pensaréis que yo ya estaba acostumbrado a eso, pero no.

Desde entonces, muchos programas de televisión han adoptado ese formato con resultados espectaculares, aprovechando ese elemento de sorpresa, algo que está totalmente fuera del alcance de los programas de entrevistas convencionales. *The Daily Show* de Jon Stewart y *The Colbert Report* son buenos ejemplos. Son los

mejores espacios que se emiten en Estados Unidos en la actualidad. No digo que nos copiaran, pero siguieron la misma dirección. Esto demuestra que las grandes mentes piensan de la misma manera; al menos, eso me gustaría creer. Si de verdad tengo una gran mente…

¿Qué es lo que puede conseguir la gente como yo? ¿Qué sacamos en claro? Nadie nos pone las cosas fáciles, así que, si cualquiera de nosotros, los chicos del barrio, nos portamos bien, nos seguirán apoyando. Aunque… en el barrio suceden muchas cosas desagradables. La plebe, como el perro del hortelano, siempre te estará acechando. E intentará arrebatarte las mieles del éxito. Así es el odio y la envidia que genera el éxito en Gran Bretaña. Por el contrario cualquier gilipollas americano puede hacer una gira por los EE.UU., y lo consideran un genio.

En 2001, la revista *Q* me nominó al premio «Inspiration». No es que tuviera ganas de ganarlo, pero me pareció una buena excusa para organizar una fiesta y me llevé a mi padre y a unos cuantos amiguetes a la ceremonia. Reggie se puso a gritar, «más te vale ganar uno, Johnny» y Johnny lo ganó. Me presenté en un antiguo coche de caballos de trapero, con toda la chatarra que os podáis imaginar, bicicletas rotas, retretes. ¡Qué día tan maravilloso! Invadimos aquel lugar y causamos sensación. El premio se lo regalé a papá y él lo puso en el parabrisas de su camión. Estaba tan orgulloso… Me emociono cuando lo recuerdo. «¡Este premio lo ha ganado mi hijo!»

Los Sex Pistols seguían adelante. En julio de 2002, queríamos tocar con motivo del Jubileo de Oro de la Reina, pero el único lugar disponible en Londres era el Crystal Palace National Sports Centre, un estadio decadente donde se habían celebrado los Juegos Olímpicos de sabe Dios qué año. Quizá ni siquiera fuera un estadio olímpico sino sólo una pista de atletismo. En cualquier caso, aquel lugar se llenó hasta los topes con todos los supuestos maleantes y fans radicales de los Sex Pistols que había en Gran Bretaña y no se produjo ningún altercado. Éramos todos amigos. Sin embargo, durante todo el día, un escuadrón antidisturbios, con sus escudos y todo, estuvo de guardia en un lugar elevado, a la espera de que ocurriera algo. Pero—no—pasó—nada—de—nada. ¡Hola! No os necesitamos. Somos nuestra propia policía.

En el programa oficial del concierto, incluimos un anuncio que nos inventamos en respuesta a los rumores que aseguraban que me ganaba la vida como agente inmobiliario. La idea surgió de una conversación con Scotty Murphy, que había empezado a trabajar con nosotros y que después se ocuparía de nuestras páginas web junto con Rambo. Lo ideamos entre todos los miembros del grupo y nos divertimos bastante. Pensé: «Bueno, vamos a darles lo que quieren». Si observas las fotografías de las casas que se suponía que yo quería vender, en una aparece una caravana hecha polvo, en otra un par de estacas de madera en medio de una parcela vacía, al borde de un precipicio… lugares totalmente imposibles. Algunos canallas se lo tomaron al pie de la letra y se creyeron que estaban en venta. ¡Ay, si hubiera conseguido vender

alguna de esas casas, habría demostrado ser un agente inmobiliario buenísimo!

¡Besos y abrazos, cariño!
Tercera parte: Nora

Después de la meningitis, conseguí recuperar la memoria gracias a la ira. A la ira que volqué contra los médicos y las enfermeras que me habían hablado con tanta dureza en el hospital, también contra las personas de mi entorno que, siguiendo los consejos de los médicos, me hablaban con la misma dureza para que reaccionara, me rebelara y mi cerebro se reactivara, en lugar de acomodarme para el resto de mi vida en una plácida inexistencia. Así que la ira se convirtió en una importante fuente de energía para mí.

En mis canciones, siempre me propongo duplicar verbalmente el dolor, el placer o las emociones que siento dentro de mí. Cada vez que lo consigo —y esto es totalmente cierto— retrocedo en el tiempo hasta el instante en que me desperté por primera vez en el hospital incapaz de hablar. Creía que hablaba, pero sólo articulaba ruidos. Lo que salía de mi boca era un revoltijo, una yuxtaposición de sonidos, chillidos y borboteos. Había perdido la capacidad de hablar. Ésa era la penosa situación en la que me hallaba en ese momento y ésa es la sensación que intento recuperar cuando interpreto mis canciones en directo: ese momento de ansiedad. Mi vida gira en torno a esa horrible sensación. Y, por supuesto, a la timidez. Tuvieron que arrancarme las sábanas a la fuerza, joder: permanecía inmóvil durante horas con la esperanza de que nadie advirtiera mi presencia, porque pensaba que no pertenecía a este mundo y no reconocía ninguna de las cosas que me rodeaban, todo me parecía ajeno: «No sé por qué estoy aquí, no sé quién soy, no soy de aquí y no soy capaz de hablar la lengua que los demás parecen entender. ¿Qué otra cosa puedo hacer?».

Ésta es la característica esencial de mi personalidad y Nora comprende que es algo absolutamente inherente a mí. Ella lo *sabe* y por eso estamos tan unidos. Yo conozco los problemas que tuvo en su infancia y ella los míos. Son cosas que ni siquiera puedes explicar a tus mejores amigos. Y es aún más difícil explicárselo a uno mismo a estas alturas. No estaría aquí de no ser por Nora y por el respaldo emocional que siempre me ha ofrecido.

La diferencia de edad no tiene ninguna importancia para nosotros. Siempre estaremos juntos, en cualquier caso. Nuestras almas y nuestros corazones están en el lugar adecuado. Uno sabe perfectamente cuándo ha encontrado a su compañera del alma, es imposible equivocarse. Hemos tenido algunas de las discusiones más fuertes que recuerda la humanidad. Pero, después de insultarnos como locos, podemos reírnos de ello, porque sabemos que las discusiones son absurdas. ¡Cuando quieres a alguien de verdad, puedes ejercitar el odio de una manera muy placentera!

Tened esto presente: Nora y yo no tenemos los mismos gustos musicales. A veces

coincidimos. Pero yo no podría vivir con una persona que pensara exactamente lo mismo que yo y lo mismo le sucede a ella. Es bastante atlética, lo contrario que yo, y eso es una ventaja en cierto sentido.

Después de mudarnos a Los Ángeles, mantuvimos la casa de Gunter Grove una temporada, pero al final llegamos a la conclusión de que debíamos deshacernos de ella. La gente se amontonaba en la puerta y era agobiante, una situación muy difícil de manejar, así que nos largamos de allí para liberarnos por completo. Nos compramos un piso en Fulham y lo pagamos a medias. Yo puse el dinero que había sacado de la venta de Gunter Grove y Nora sus ahorros. Desde ese día somos una pareja con todas las de la ley y compartimos todo. Lo mío es suyo y viceversa.

De vez en cuando nos aburrimos en Los Ángeles y entonces volvemos a Blighty y pasamos allí una temporadilla sólo para cambiar de aires. A veces la vida aquí se nos hace un poco pesada, siempre pasa cuando hay niños de por medio, porque tu existencia queda reducida a ellos. Cuando adoptamos a los gemelos, las cosas cambiaron por completo: todo tenía que girar en torno a ellos. Por desgracia, a ellos les pareció perfecto: «Vale, de acuerdo, ¡todo tiene que girar en torno a nosotros!». Los niños te atan.

A Nora y a mí no nos va demasiado el rollito de la familia feliz. Los niños son maravillosos, siempre y cuando no sean tuyos. Quizá habría tenido una actitud diferente si hubiera tenido hijos, pero no ha sido así. Así que ahora nuestro lema es el siguiente «Somos el uno para el otro, y punto». Aunque he decir que a los dos nos *encanta* tener niños alrededor. Y yo soy famoso en el mundo entero por organizar las mejores fiestas infantiles. Me entusiasma.

Siempre que puedo me disfrazo, cualquier excusa es buena, no necesito salir del barrio. Ya veis, soy un niño de cincuenta y ocho años. A veces me compro una caja de Lego y lleno de niños el porche de casa. Y me encanta revolcarme en el barro o en el césped con ellos. Tengo una mentalidad muy infantil.

Me disfrazo de cualquier cosa, pero jamás me pongo un disfraz que pueda asustar a los niños. No se me ocurriría vestirme de fantasma, por ejemplo. El miedo es un sentimiento que procuro evitar. Quiero que sean conscientes de que se trata de una comedia. Soy totalmente contrario a la idea de enseñar a los niños a tener miedo de la oscuridad. La oscuridad hay que abrazarla y aprovecharla: es el mejor lugar para dormir. No hay fantasmas, solo seres humanos: cuidado conellos.

Nora y yo no somos partidarios de las mascotas, en eso estamos de acuerdo, porque se convierten en una obligación y te impiden viajar; si tienes una mascota, no puedes hacer las maletas de repente y largarte cuando realmente necesitas cambiar de aire para cargar las pilas. Es verdad que somos un poco gitanos, pero sin las limitaciones de tener que viajar con un carromato a cuestas.

Llevamos una vida muy activa. Se trata de no acostumbrarse demasiado al entorno, para que no pierda el interés y no se convierta en una prisión. No tiene nada que ver con el dinero: en realidad, no gastamos demasiado, porque Nora es un hacha

encontrando vuelos baratos. Ésa es una de las facetas que más admiro de Nora: no me deja gastar dinero a lo tonto. «¿Por qué vas a pagar más si puedes pagar menos?» Disciplina total, pero respeto mutuo e incondicional.

Otras veces, cuando las cosas se ponen cuesta arriba, navegamos en nuestro barco hasta que perdemos de vista la costa y, después, jugueteamos con el GPS a ver si con suerte conseguimos volver a puerto seguro. El motor se detiene, nos miramos a los ojos, ¿a quién le tocaba echar gasolina?

A pesar de lo felices que somos, hemos ido perdiendo a nuestros seres queridos —no sólo de mi familia, también de la de Nora— y hay que saber afrontar el dolor en estas situaciones.

El padre de Nora dirigía un periódico en Alemania, después de la guerra, llamado *Der Tagesspiegel*. Muchas veces, a las personas que han nacido en una familia acomodada les resulta difícil entender que la pasta de la familia no tiene por qué acabar en sus bolsillos. De hecho, por regla general, suele existir una relación proporcional entre la magnitud de la fortuna y el carácter dictatorial y malvado de los progenitores, sobre todo del padre. Si no te sometes a ellos y obedeces a pies juntillas, la ruina caerá sobre ti. Es una situación de opresión de la que hay que escapar y eso fue lo que hizo Nora. Es absolutamente increíble que fuera capaz de decir adiós a todo eso: «Que le den, quiero vivir mi propia vida». Y se largó. Y con el tiempo acabó recalando en Inglaterra.

Nora y el resto de su familia —su madre y su hermana— vivían en un infierno por culpa de su padre. Era un tipo brusco, saltaba a la mínima, un auténtico *führerbunker*. En mi opinión, mucho de lo que le pasaba era que no había aprendido nada de la Segunda Guerra Mundial, pues pensaba que podía dirigir un periódico de la misma manera que los nazis habían gobernado el país hasta 1945. Sus lectores eran la gente adinerada de Alemania. Tenía vínculos políticos con algunas personas que a mi modo de ver se podrían considerar corruptas.

El padre de Nora me odiaba. Había leído toda la basura que publicaban los periódicos sensacionalistas y, aunque él mismo se dedicaba a la prensa, se lo había tragado. No teníamos ningún contacto, nunca hablé con él, nunca hice el más mínimo intento de aproximación y dejé que las cosas siguieran como estaban. Esa situación podría haber sido un motivo de conflicto o de desavenencia entre nosotros, pero en esos momentos nuestra relación era tan sólida que todas esas cosas nos resultaban totalmente indiferentes.

Se rumorea que Nora heredó una cantidad de dinero inimaginable. No es cierto, la cantidad era bastante imaginable. En los medios de comunicación se suele decir que Nora es «una rica heredera» y ella se muere de risa cada vez que lo escucha. Nosotros siempre hacemos la misma broma con esta palabra y, en lugar de «heredera», decimos que en realidad es una «pelodera»,[32] porque se pasa todo el día peinándose.

Si Nora fuera más rápida haciendo maletas, habríamos acabado viajando en el vuelo 103 de Pan Am que estalló cuando sobrevolaba Lockerbie el 21 de diciembre

de 1988. Faltaba una hora para salir hacia el aeropuerto y no habíamos terminado de hacer las maletas ni sabíamos por dónde empezar, así que anulamos los billetes, decidimos posponer el viaje para el día siguiente y nos metimos otra vez en la cama, porque habíamos pasado toda la noche intentado organizar la ropa. Además, decidimos que no descolgaríamos el maldito teléfono en todo el día, habíamos pasado toda la noche en vela y estábamos agotados. Cuando colgamos el teléfono y encendimos el contestador automático —¡ay, Dios!—, estaba lleno de mensajes de familiares y amigos que pensaban que habíamos perdido la vida en ese avión.

Qué impresión, estuvimos a punto de tomar la decisión equivocada. Nos libramos por unos minutos de quedar reducidos a cenizas y, ¿para qué habría servido? ¿Qué sentido tiene acabar con la vida de otro ser humano? Mi opinión sobre el terrorismo es bastante radical: si están dispuestos a llegar hasta ese extremo, no es necesario encerrarlos en la cárcel, es mejor darles la muerte que ellos querían para los demás. Y no hay que perder un segundo, que sean los primeros de la fila. Ese salvajismo y esa maldad son inexplicables.

La primera persona con la que hablé fue mi hermano Martin, que estaba en Estados Unidos y se suponía que iba a recogernos en el aeropuerto cuando llegáramos. «¡Dios mío, gracias a Dios!», me dijo. «¿Se puede saber para qué me despiertas?» Y después me ocupé de los mensajes del contestador. Desperté a mi padre para devolverle la llamada. Me lo agradeció muchísimo, porque es terrible tener que soportar esa incertidumbre; luego llamé a mis hermanos y a todos mis amigos. Los dos días siguientes los pasé llamando a todo el mundo para pedir disculpas, literalmente, por no haber quedado reducido a cenizas y por no haberle contado a nadie que habíamos cambiado los billetes. Lo que saqué en claro de esta experiencia es que hay que contar a todo el mundo lo que vas a hacer en todo momento y que antes de subirse a un avión —o de no subirse— hay que informar a todo el mundo de tus movimientos, porque es una irresponsabilidad no hacerlo y puedes hacer sufrir a la gente. Es mejor saber a qué atenerse que dejar volar la imaginación.

Nos pusimos tan nerviosos que cambiamos de línea aérea. No estábamos dispuestos a volar con Pan Am a ningún destino, nunca más. En esa época viajábamos muy a menudo con esa compañía. Habían empezado a circular algunos rumores en la prensa: decían que Pan Am trabajaba para el gobierno de Estados Unidos y había transportado en secreto a espías americanos, a agentes de la CIA y a escuadrones asesinos. Toda la historia era increíble. No hemos creado este mundo, pero por desgracia tenemos que vivir en él. El rencor y las malditas ideas políticas de unos pocos. Desconfío mucho, muchísimo de las teorías políticas o religiosas radicales; las personas que defienden este tipo de ideas son las más estúpidas y peligrosas.

En la vida estás a merced del azar y, tarde o temprano, se te acabará la suerte y morirás de una enfermedad, en un accidente de tráfico o como te toque. O igual,

simplemente, te quedas sin fuelle y la diñas. Pero, hasta entonces, disfruta a tope. Todos los problemas que sufrimos no son más que problemas: nada que no se pueda solucionar.

Estamos todo lo unidos que pueden estar dos personas. No se puede expresar con palabras. Una situación muy difícil de describir. Lo he intentado a través de la música, en canciones como «Grave Ride», del álbum *Psycho's Path*: en esta canción utilicé la terrible guerra de Bosnia como telón de fondo para explicar mi relación. Si una guerra o cualquier otra catástrofe nos obligara a separarnos, el impacto sería tan profundo que no creo que pudiera superarlo. No estoy seguro de que sea la mejor canción que he escrito, pero me hace llorar y no creo que intente tocarla en directo porque estoy seguro de que me afectaría.

La idea de perder a Nora es insoportable. Y estamos llegando a una edad en la que hay que empezar a pensar en la muerte, porque es mucha la gente de mi edad que va desapareciendo… ¡Es como una plaga! Pienso en ellos y no veo que hayan llevado una vida mucho peor que la mía y, sin embargo, han doblado la servilleta bien rápido. Creo que soy una persona bastante resistente y estoy seguro que se lo debo a la profunda influencia que ha ejercido Nora en mi vida. Es una persona muy positiva.

Una de nuestras mayores preocupaciones es cómo nos las vamos a arreglar para morir al mismo tiempo, pues si uno de los dos abandona este mundo primero, va a ser como si asesinara al que sobreviva. La verdad es que, según las estadísticas, las mujeres son más longevas que los hombres, así que moriremos a la vez. Eso sería perfecto.

13. La naturaleza me descubre

Fue Rambo, mi mánager actual, quien me engañó para que concursara en el programa de televisión *I'm a Celebrity… Get Me Out of Here!* En realidad, ya me habían propuesto en alguna ocasión participar en este *reality show* de la televisión británica, pero les había contestado que no me interesaba, ni siquiera me lo había planteado en serio. De hecho, no me había molestado en ver un solo episodio. Mi propio subconsciente me estaba avisando: no era más un concurso para famosillos en horas bajas que querían salir en la tele a toda costa, algo parecido a lo que hacen los jurados de los concursos.

Después de muchas negativas, al final, me di por vencido y dije: «¡Vale, de acuerdo!». No era consciente de lo que hacía, sólo sabía lo que me habían contado mis amigos y familiares, que encerraban a un grupo de famosos de quinta categoría en la selva australiana. Rambo, el muy cabrón, seguía diciendo: «Nada, seguro que está bien, John, es algo distinto, así te tomas un respiro después de tanta gira». Así que, en mi ingenuidad, entré en el concurso confiado como un buey camino del matadero.

Por supuesto, la indignación fue inmediata y clamorosa: «¡Qué vendido, lo único que busca es la fama!». «¡No os equivoquéis, ya era un tipo *infame*! ¡Hago esto por mí y por amor por la naturaleza, pedazo de imbéciles!» Pero, gracias a Dios, existe gente como Johnny Rambo que, después de desgranar una buena cantidad de argumentos convincentes, al final te recuerda que lo que tienes que hacer es plantearte nuevosretos.

En enero de 2004, cuando Rambo y yo llegamos a Australia para participar en el programa, se había corrido el bulo de que había montado una escena en el aeropuerto de Los Ángeles y, finalmente, no había embarcado. Todo inventado, una afirmación ridícula. El aeropuerto de la Costa Dorada estaba atestado de paparazzi y, cuando conseguimos llegar al hotel, por supuesto, las habitaciones que nos habían reservado estaban ocupadas, así que no me podía alojar en el mismo hotel que el resto de los concursantes: el Hotel Versace, en la Costa Dorada. Bueno, tampoco me importó demasiado. Las estatuas griegas y romanas de plástico no son mi fuerte. Tardaron un día entero en conseguirnos un par de habitaciones y ¿qué podía hacer el pobre Johnny mientras tanto? Los bares estaban abiertos.

A la mañana siguiente, teníamos que acudir a una reunión, un día antes de que empezara el concurso. Esa primera reunión fue ridícula, porque a todo el mundo le incomodaba la compañía de los demás y, además, nos tenían que equipar con la ropa que necesitábamos para movernos por la jungla. Te puedes imaginar: nadie estaba dispuesto a decir qué talla utilizaba en realidad. ¡No había ninguna privacidad! Durísimo. Cuando les llegó el turno a las mujeres se empezaron a oír muchos cuchicheos. Una decía en voz bien alta: «¡Yo uso la talla 34!» y, después, susurraba: «Bueno, en realidad, es la 38». Y, por supuesto, la australiana que se encargaba del

vestuario gritaba: «¡¿Cómo?! ¡¿La 38?!».

Me explicaron que sólo podía llevar conmigo un artículo de lujo, así que decidí llevarme un bote de vaselina. Sabía que las hormigas pueden devorarte vivo si te descuidas, así que la idea era llenar de vaselina las patas de la cama para que no pudieran subir. Sabía que todo el mundo lo interpretaría mal y reaccionarían con sorpresa, pero era una idea tan buena que se la recomendaron a otros concursantes y algunos siguieron el ejemplo.

Enseguida me di cuenta de que todo estaba preparado. Apestaba a amaño. Me juntaron con personajes como la antigua corresponsal de la Casa Real para la BBC, Jennie Bond, o Lord Brocket,[33] la encarnación de la oveja negra de la aristocracia. ¡Al principio no sabía que era el colega que había escondido todos esos Ferraris en un lago! ¡Qué caradura!

No sabía a qué atenerme, lo único que tenía claro era que me sentía como gallina en corral ajeno, mi estado natural, por otra parte. Para entrar en el campamento, había que bajar con unas cuerdas que me dejaron unas buenas quemaduras. Pensé: «¡Hostias, ya es demasiado tarde para rajarse, porque esto va a ser la cagada del siglo!». Una colección de personajes quejándose constantemente de lo lamentable que era su situación. Gimoteaban, suspiraban, lloraban y rechinaban los dientes. «Por Dios, panolis, ¿nunca habéis pasado estrecheces? Vale, es un desastre, una farsa, pero el dinero se utilizará para obras benéficas. ¿De qué coño os quejáis?»

No hice migas con *ninguno* de ellos. Eran una panda de ineptos sociales que se las arreglaron para llevarse bien hasta que se vieron obligados a competir entre sí. Kerry Katona me caía bien, estaba llena de energía, pero la «glamurosa modelo» Jordan no me decía nada, ni bueno ni malo: me era absolutamente indiferente. Como dije en su momento, «*eso* no colaboraba». No movía un dedo: «Ay, no queda aguaaaaa». «¡Joder, pues hierve un poco!» «El fuego se ha apagado…» «¡Joder, estás al lado, enciéndelo!» No sabía hacer la *o* con un canuto. Era como si no estuviera, así que no había por qué preocuparse.

El chavalín con el que Jordan se lio en el programa, Peter Andre, el cantante pop, tampoco me caía mal. Su imagen pública es ridícula, pero es bastante auténtico. ¡Es ridículo de verdad, no se lo hace! Y es feliz, no hace daño anadie.

La música que había compuesto era un engaño total. Cuando se sentaban alrededor de la hoguera y, sin saber cómo ni por qué, alguien sacaba una guitarra, yo sentía pánico. «¡Ay, no, canciones de acampada!» Era lo último que me apetecía en ese momento, así que me perdía en la oscuridad de la selva. Aunque daba igual, porque la música se oía desde lejos: Jordan ensayaba su último hit, con la ayuda de Andre. Menudo montaje. Tenían una idea de la música totalmente disparatada; si pensaban que yo iba a prestarme a compartir ese momento con ellos, lo llevaban claro. Todo parecía forzado y artificial. ¿De dónde coño había salido esa guitarra? ¡Cámara 2, dentro instrumento!

Fue entonces cuando caí en la cuenta de que todo era muy bonito y muy salvaje y

lo que quieras, que los animales eran reales —sobre todo, los lagartos y los insectos, lo puedo jurar—, pero la situación no lo era y cada vez me interesaba menos. Aquello parecía una excursioncita estúpida.

Así las cosas, ¿qué podía hacer para pasar el rato en una situación en la que se supone que no hay nada que hacer? Pues salía a buscar leña, a buscar agua, mantenía el fuego encendido, hervía agua y me ocupaba de que el abrevadero siempre estuviera lleno. Para mí, eso era genial, porque me mantenía activo. Me considero una persona perezosa y ese tipo de actividades me ayudaban a seguir adelante. «¡Muy mal, Johnny! ¡Esta indolencia acabará contigo, levántate y haz algo!» Me dio por hablar solo y me di cuenta de que podía mantener conversaciones apasionantes.

El campamento en sí era bastante inhóspito y oscuro, porque estaba rodeado de árboles altísimos, así que era imposible saber qué hora era. Para mí, eso era muy frustrante. Me encantaba pasearme por allí, consciente de que cualquier animal podía picarme o pegarme un mordisco y causarme un problema grave. Me gustaba, era una faceta desconocida para mí. Fantástico: la fauna, las serpientes, y la conciencia de que todos estos animales podían acabar contigo, aunque los dejabas que silbaran a tu alrededor. Te miraban y sabías que te estaban diciendo: «No me toques las pelotas». Y eso era lo que hacía: en el fondo, nos parecíamosmucho.

Con las cámaras filmándote de día y de noche, sin embargo, aprendías enseguida a librarte de esa falsa percepción que uno tiene de sí mismo y no sentías la necesidad de protegerte. Podías ser tú mismo. No tenías otra opción. Nos grababan las veinticuatro horas del día. ¡Acabas acostumbrándote! Un entrenamiento buenísimo.

Aprendí a perder el miedo a la cámara. Hacía muchísimo calor y decidí que era imposible aguantar esa ropa todo el día. Quería tirarme a aquella charca y me la traía floja que estuviera llena de cocodrilos, de ratas o de lo que fuera, necesitaba refrescarme. Sabía que las cámaras me tenían controlado y, por supuesto, pensaba: «¡Por Dios, se van a reír de mis michelines y de mis tetas caídas!», pero hay que olvidarse de esas cosas y ser uno mismo. Es una lección muy positiva: nuestros complejos son mentira. El resto de la humanidad no percibe nuestros defectos si somos felices. A la gente se la juzga por la expresión de su rostro. Si percibes un gesto de debilidad en la expresión, todo se desmorona. Y no importa que estés en forma. Si eres feliz y te aceptas, así es como te verán.

Puedes ofrecer una imagen realista o puedes pasarte el día en el gimnasio como Peter Andre, pero ¿adónde te lleva eso? Músculos innecesarios en los lugares equivocados. Siempre me ha parecido ridícula la imagen que pretenden ofrecer los famosos. Tengo muy claro que no quiero ni un solo músculo unido a mi persona, porque se acaban convirtiendo en grasa. Prefiero ganarme los michelines a conciencia. Bebo como una esponja y me encanta. También me encantan las resacas del día siguiente, porque me recuerdan que no tengo que volver a emborracharme en un par de meses. Venga, soy Johnny, no soy un gorila levantador depesas.

No hay una recompensa mayor que sentirse a gusto con uno mismo. Adoro a las

personas que se sienten así y me encanta disfrutar de su compañía. Son la antítesis de los que viven obsesionados con su cuerpo. Consideran que, en la vida, el talento siempre nace en el cerebro: seres humano fantásticos e inimitables a pleno rendimiento. Modelar tu cuerpo es totalmente ridículo. A menos que te dediques al deporte profesional, ¿qué sentidotiene?

Me endilgaron una prueba que consistía en recoger huevos de avestruz en un corral lleno de avestruces, una prueba ridícula hasta la saciedad que, sin embargo, fue bastante peligrosa. Estas aves, como podéis imaginar, además de sus hermosas pestañas, tienen un cerebro diminuto. Las plumas de la espalda son mullidas y confortables, pero luego tienen unas patas de pavo horrorosas. ¡Joder, qué criaturas! En cualquier caso, te pueden destrozar a patadas y tienen unos picos que desgarran como cuchillos de sierra. Me dejaron la espalda llena de cardenales y de heridas. El poder del avestruz.

Una vez terminada la prueba, hubo cierta polémica. El médico del campamento aseguraba que había sido muy peligroso, porque era la hora de comer de los avestruces. Debajo de los huevos falsos, había alpiste. Y las pobres aves pensaban: «¿Por qué nos intentas robar nuestra comida?».

Evidentemente tenía la esperanza de que el público votara en contra de mí para abandonar el campamento cuanto antes. De hecho, estaba convencido de ello. Hasta que llegaba el momento de la verdad, no teníamos ni idea de cómo estaba reaccionando el público: ninguna pista de lo que pensaban de nuestro comportamiento. Al ver que los espectadores me seguían votando, les dije que eran unos «malditos hijos de puta» en directo. Esta vez, en comparación con lo que le sucedió a Bill Grundy, no hubo demasiadas quejas. Creo que, en realidad, el público británico interpretó que lo que quería decir era: «¡Oh, no! ¡Dadme más, gracias!».

Me caían todos muy bien y era incapaz de aceptar que cualquiera de ellos abandonara el concurso, pero, en mi fuero interno, lo que me estaba volviendo loco era que los productores no me decían si Nora había llegado a Australia sana y salva. Habíamos viajado por separado y ella había tomado su vuelo unos días después, porque los gemelos seguían a nuestro cargo y a veces no puedes hacer la maleta y largarte sin más. Antes de que empezara el concurso, los responsables de la cadena de televisión me habían prometido que me confirmarían que había llegado bien, pero no me habían dicho ni media palabra.

Y esa incertidumbre empezó a destrozarme los nervios. Yo decía: «¿Ha habido algún problema?» «No podemos contestar esa pregunta.» «Ah, no, y ¿por qué?» Una palabra de consuelo habría sido todo un detalle, porque, además, sabía que con otros concursantes habían levantado la mano.

Acudía una y otra vez a la choza para hablar con aquella maldita pantalla. A veces me respondían por un altavoz, otras no. Y yo insistía, «¿Por qué no me decís nada? ¡Estuvimos a punto de morir en Lockerbie, es realmente importante que me digáis si ha llegado bien!». Y la situación se prolongó durante días y días.

Por eso decidí abandonar. Lo único que querían era que sacara a relucir esa personalidad horripilante que según ellos se ocultaba dentro de mí. «Bueno, pues no, que os den por culo, adiós. Aquí no hay nada que ganar». En ningún momento me había planteado aguantar hasta el final como un reto personal. Desde el principio, cada vez que alguien tenía que abandonar, me daba mucha pena. Nada más entrar propuse que nos subleváramos para que no pudieran echar a nadie del campamento. Siempre dije que lo que quería era vencer al sistema. ¿Qué podían hacernos si nos negábamos a salir? No podían matarnos de hambre, porque ya lo estaban haciendo. Todos para uno y uno para todos, pero los famosos no funcionan así. O la vida es una fiesta o que cada uno siga su camino.

Así que me planté y les dije: «Me voy… ¡Ahora!» y llegaron dos tipos y me acompañaron hasta otro campamento que había arriba. Nora, por supuesto, estaba perfectamente. Al día siguiente, me llevaron de nuevo al campamento para entrevistarme. Los presentadores, Ant y Dec, decían: «¡Aaaayy, ¿por qué has salido, Johnny? Deberías haberte quedado, podrías haber ganado!». Son unos tipos encantadores.

Y después me enseñaron una pantalla de televisión en la que aparecía mi padre y me preguntaba por qué había abandonado. Pensé: «Me cago en la hostia, papá, ¿de verdad te interesa?». Era bastante evidente. Hablé con él mucho después y averigüé los motivos de su profunda desilusión: «¿Por qué te fuiste, Johnny? ¡Había apostado una pasta porti!».

Como es natural, Rambo estaba muy contrariado, Nora también, aunque ella sabía que estaba realmente preocupado por ella. Al final, me alegré de haber participado en el concurso, porque aprendí mucho de mí mismo. Soy un superviviente.

No sé qué talla de cintura tenía cuando entré, pero había adelgazado una barbaridad. ¡Me había quitado unos buenos kilos en muy poco tiempo! Estaba tan delgado que hasta entraba en la ropa de diseño, algo que no me sucedía desde los dieciocho años. Pensé: «¡Guau, tengo que mantenerme así para siempre!». Por supuesto, no lo hice. Lo primero que haces cuando sales de allí es atracarte de comida.

El concurso en sí fue una experiencia positiva, los problemas surgieron por culpa de toda la gilipollez mediática que lo rodea. Un periódico sensacionalista británico estuvo vigilando a Nora en Los Ángeles, antes de que se marchara a Australia. Los gemelos se acababan de mudar a su propio apartamento en esa época y Nora les hizo una visita. Un periodista la siguió y escribió un artículo en el que aseguraba que había quedado con su amante, un jovencito moreno. «¡Eh, que es mi nieto!» Cuando salí tuve que enfrentarme a ese tipo de chorradas.

Soy consciente de que cuando te metes en el mundo de la televisión, en cierto modo, estás buscándotelo, y, seamos realistas, a Johnny Rotten estos periodicuchos le van a dar su merecido, en todo el pandero, de todas las formas posibles. Siempre van a buscar mi lado desagradable, siempre será así. Pero cuando se trata de mi familia,

mis amigos y mi vida personal, están cruzando una frontera que creo que no tienen ningún derecho a traspasar. No me considero inocente, la prensa me busca porque me lo he ganado a pulso, ¿verdad? No me importa que pongan mi cabeza en la guillotina, pero no ejecutéis a mi familia. ¿Os imagináis lo que pensaron Pedro y Nora cuando leyeron esa mierda?

No creo que el público se lo tomara demasiado en serio, la verdad. Pero siempre hay alguno de esos mal llamados amigos que te llama por teléfono y empieza, «ay, es terrible, Nora se ha echado un amante negro» para revolver la mierda. El problema es que no puedes responder a estos periodistas, no puedes vengarte (¡sí, esa es la palabra!). En última instancia, lo que les mueve es la envidia, una envidia maliciosa. Espiar a la gente es imperdonable. Juzgar, frivolizar y tergiversar la vida de otro ser humano porque te molesta su popularidad es muy sospechoso. Acabas aprendiendo que si te mantienes al margen, te controlas y no te involucras en ese mundo y evitas aparecer en la portada de la revista *Hola*, la maldad acaba desapareciendo.

No suelo leer lo que la prensa dice de mí, tampoco he conseguido reunir las fuerzas suficientes para ver imágenes de *I'm a Celebrity*. Cuando regresé al hotel, habían preparado un breve reportaje para que le echara una ojeada. «No, John, estuviste muy bien, tienes que ver esto.» «¡No! No me da la gana de ver a John en la tele. Yo soy John y, sinceramente, me tengo muy visto. Me queda mucha vida por vivir y no pienso quedarme aquí atascado admirándome.»

Creo que estar pendiente de este tipo de cosas no puede reportarte nada positivo. Para empezar, puedes convertirte en una persona engreída y artificial. O llevarte un disgusto enorme y deprimirte. En el mundo real suceden muchas cosas que hay afrontar, no hay ninguna necesidad de dedicar una buena parte de tus recursos a esas idioteces.

A la luz de las informaciones que se han revelado en el Informe Leveson sobre el comportamiento inmoral de la prensa británica, estoy convencido de que en esa época tenían mi teléfono pinchado. Todos los teléfonos estaban intervenidos. Si te dedicas a escuchar mis conversaciones telefónicas durante todo el día, no vas a encontrar nada sucio. Ni siquiera lo utilizo para charlar. No me gustan los teléfonos. Me gusta hablar cara a cara. No hacemos negocios turbios; nuestra forma de trabajar es totalmente transparente. Así que me parece muy bien, ¡venid, venid todos! Enseñadles lo que hablamos por teléfono. Veréis cómo os aburrís. Nunca se han visto unas conversaciones tan castas. Como mucho, podréis escuchar alguna discusión sobre la distribución de las habitaciones en nuestra próxima gira por Europa del Este. Imaginaos a los periodistas metiendo las narices en este tipo de conversaciones.

Cuando salimos de gira, una de las cosas que aprendí hace mucho tiempo es que lo mejor es no despegarse de Rambo en ningún momento, así que en los hoteles siempre dormimos en habitaciones comunicadas. Estamos al corriente de todas esas chorradas de los escándalos sexuales en los hoteles, por eso yo no abro la puerta jamás, porque es la manera de que te sorprendan e intenten tenderte una trampa.

Además, con Rambo en la habitación de al lado no puedo llamar constantemente al servicio de habitaciones, porque John se enteraría y así mantengo la línea. Todo tiene su objetivo y su razón de ser.

Recuerdo un episodio que nos sucedió en un hotel, creo que fue en Hungría. Cuando estábamos a punto de llegar, el chófer que nos llevaba dijo: «¡Vaya, parece que los periodistas se la van a jugar a alguien!». Afuera, había una chica con un impermeable y se veía perfectamente, incluso a través de las ventanillas del coche, que no llevaba nada debajo. A su lado, había un tipo con una cámara de televisión: ella saldría corriendo y el otro filmaría el escándalo sexual. El tipo de aventura que nadie se puede permitir. Hay tantos montajes… En Londres hay algunos hoteles en los que sabes que te pueden suceder perfectamente ese tipo de cosas. Antes solíamos reservar habitación allí constantemente. Seguro que los volvíamos locos.

Hagas lo que hagas en la vida, tienes que ser consciente de que hay alguien pendiente de ti. Así que ve atento, porque ellos lo están de ti. Son muchos los supuestos famosos que disfrutan cuando escuchan chismorreos acerca de su persona. Intentan sacarle partido, porque les garantiza un perfil mediático.

Poco tiempo después de salir de la jungla, me reuní en Londres con los productores de *I'm a Celibrity* y me dijeron: «Todos los que han concursado tienen ahora su propio programa de televisión… ¿Qué podemos hacer por ti, John?». Mi respuesta fue ésta: «¡Oh, no… Nada, por favor!». Me propusieron hacer uno de esos programas de preguntas y respuestas en las que se presenta a un personaje muy famoso y un público integrado por otras figuras célebres analizan su vida y le plantean algunas preguntas. Querían que hiciera *An Audience With Jonhhy Rotten*. Muy bien, ¿y qué pensáis del contenido? «Bueno, si pudieras centrarte en tu experiencia en *I'm a Celebrity*…» «¡Hasta luego!» Creo que ha sido la cena más incoherente a la que he asistido jamás. Me acompañaron Nora y Rambo y nos limitamos a sentarnos allí y a escuchar una sarta de ideas disparatadas: tenían una imagen absurda de mí. Ni siquiera se habían molestado en analizar mi trayectoria. No tengo nada que ver con toda esa gente y no quiero dar la imagen de que estoy más necesitado de fama que de realidad, porque, de hecho, no es verdad.

Participar en aquel concurso también me permitió recaudar dinero para una organización benéfica y la que elegimos era una auténtica locura. Rambo y yo habíamos visto un documental sobre un santuario de chimpancés en Sierra Leona. En aquel programa, seguían los pasos de un chimpancé albino que había sido rescatado de la selva — al parecer, es muy duro para este tipo de chimpancés vivir allí—, pero, al final, el pobre animal moría. Nos quedamos destrozados, así que decidimos enviar el dinero que habíamos obtenido a este santuario, para que pudieran cuidar a los demás chimpancés.

La verdad es que, una vez terminado el concurso, no se puede decir que hubiera un intercambio masivo de números de teléfono entre los concursantes. Alguna vez, cuando recuerdo todo aquello, me digo que quizá debería llamar a alguno de estos

chicos para echarnos unas risas, en plan «¡Ay, ¿a que fue desternillante?!», Pero luego pienso: «¡Pues no, no lo fue!». Seguramente, después de charlar un par de minutos, acabaría diciendo «Ufff, ¿sabes? ¡No me importas un carajo!». Y lo digo en ambos sentidos, no nos importamos los unos a los otros, así que, ¿para qué fingir?

A los pocos meses de aparecer en este programa de máxima audiencia, me salió una medio hermana de debajo de las piedras. ¡Qué coincidencia que apareciera justo en ese momento! Según esta señora, mi madre la había tenido de soltera y la había entregado en adopción antes de casarse con mipadre.

Empezó avasallando. Primero contactó con mi padre, lo cual ya me parecía bastante extraño y, después, se coló por la cara en el funeral de mi tío Jim en Irlanda. Yo no había podido asistir porque estaba de gira, pero parece ser que se puso a hablar con mi tía Pauline. Así que había charlado con papá y con la tía Pauline, pero ninguno de los dos me había pasado esa valiosa información. Yo me enteré del asunto por los periódicos: acudió a los medios de comunicación con su «historia» antes de que yo tuviera la oportunidad de hablar con ella y eso no me pareció nada bien.

Cuando intentas hacer algo así a través de la televisión y de la prensa, ¿quién puede pensar que no andas en busca de dinero? Ni siquiera nos había dado la oportunidad de decirle, «¿Por qué no te lo piensas mejor y dejas de intentar entrometerte en nuestra familia?».

Más o menos en ese momento, la gente de *The Richard and Judy Show* contactó con nosotros. Me habían invitado al programa unos meses antes para promocionar no recuerdo qué —de hecho, creo que había asistido en un par de ocasiones— y Rambo y yo habíamos hecho muy buenas migas con Richard y Judy, los productores también se habían portado muy bien con nosotros, pero esta vez nos dijeron: «Odiamos tener que deciros esto, pero hemos hablado con una señora ayer y bla bla bla…». Querían que lo explicara en la tele, cuando yo pensaba que esta señora no debía haber llevado sus miserias a la tele, porque si yo no fuera el puto Johnny Rotten, la tele no habría pintado nada en esta historia: es obvio que aquí te comportaste de una manera un poco deshonesta, *cariño*. Y, por cierto, tampoco había intentado contactar con mis otros tres hermanos. No quería saber nada de ellos, porque no tienen dinero en el banco. Me sentía como «¿saldrá alguien más de debajo de las piedras cuando estire la pata reclamando mi herencia? Perdona, querida, no me he criado contigo, no te conozco, me da igual. Mi familia es mi familia y si no te importa nos quedamos con la pasta».

En condiciones normales, habría hecho una pausa para reflexionar sobre su situación, porque me identifico profundamente con los niños adoptados y soy consciente del dolor que uno puede experimentar cuando no sabe quiénes son sus padres ni de dónde viene. En nuestro caso, no se trataba de hacerse una prueba de ADN: parece ser que si las autoridades al cargo de las adopciones declaran que es verdad, no hay nada más de qué hablar. No sé hasta qué punto es sensato

proporcionar a las personas que han sido adoptadas información acerca de sus padres biológicos una vez que alcanzan la edad adulta, porque esto puede ocasionar un dolor terrible a sus parientes y generar todo tipo de dudas y de calumnias. Al final, acabas pensando: «¿Qué es lo que vende esta mujer? ¿Está diciendo que mi madre se divirtió antes de conocer a mi padre? ¿Es eso? ¿Es lo que estás diciendo? Mira, somos una familia católica irlandesa. ¿De verdad crees que vamos a aceptarlo?». Es algo muy difícil de asimilar.

Por otra parte, si observas la foto de la boda de mis padres, verás que la tía Agnes aparece con un bebé en brazos y, por supuesto, ése debo de ser yo. En esa época, a las madres solteras se las culpabilizaba hasta la saciedad: «¡Puaj, eres una indecente, te vas a imaginar tú sola!». Fue una circunstancia muy, muy dolorosa y, personalmente, no necesito que me lo recuerden. Seguro que ahora entendéis mejor por qué siempre colaboro con los orfanatos.

Cuando alguien te ataca desde la prensa estás totalmente indefenso. Para mí, si alguien hace eso es como un punto y final. Deja de existir. Pero, por supuesto, siendo como soy, me gustaría pensar que esta mujer no es tan mala persona y que es muy posible que tuviera razón, así que, ya conocéis la expresión, el tiempo todo lo cura. Nunca digas de esta agua no beberé y menos cuando se trata de algo tan importante como un ser humano en busca de sus orígenes. En cualquier caso, eso no va a suceder nunca en el programa *Richard and Judy*.

De manera que esta mujer se pasó de la raya y consiguió que ese momento fuera una situación muy dolorosa para toda la familia. Diréis que tengo poca personalidad, pero quizá dentro de unos años soy capaz de darle una oportunidad. De momento, me niego. Se comportó de una manera bastante agresiva y eso de acudir a la prensa fue realmente grotesco. Consiguió que todos los hermanos Lydon nos sintiéramos profundamente ofendidos.

Siento un amor profundo y una tremenda empatía por los niños huérfanos. Es terrible, difícil de entender, soy perfectamente consciente de ello. Ella no sabe quién es su padre y se cree que mi madre es la suya.

Me preocupaba bastante que esta situación acabara convirtiéndose en una pesada carga para mi padre en esta etapa de la vida. A partir de los años noventa nos fuimos acercando cada vez más. Creo que intentaba averiguar qué es lo que pensaba de su labor como padre, en plan «¿creías que no te queríamos?». Es una pregunta difícil de contestar. Pensando en la canción de PiL que he mencionado en el primer capítulo, «Tie Me To The Length Of That», es cierto que desde su punto de vista puede interpretarse como una visión bastante fría del papel que habían tenido al traerme al mundo, con todas esas imágenes de trauma posnatal. Mi padre siempre pensó que yo lo consideraba responsable de la meningitis. Sufrí mucho, pero siempre tuve la sensación —y esto lo hemos hablado en alguna ocasión— de que él se creía que las secuelas de la enfermedad eran fingidas, por ejemplo, la pérdida de memoria. Eso me sacó de quicio durante muchosaños.

Mi padre tenía el pelo muy rizado y a veces se peinaba con tupé. Mi madre estaba convencida de que la sangre española corría por sus venas, un heredero de la Armada Invencible. ¡Así son los irlandeses, se tienen que remontar a esa época tan remota, por lo menos! Vestía muy bien y los domingos cuidaba su aspecto al máximo: mi padre era un tipo muy elegante. Las mejores corbatas, trajes buenos; un tipo duro, fuerte, masculino, absolutamente impecable en los detalles, y se limpiaba tanto los zapatos que los llevaba *transparentes*.

Cuando era joven, su bebida preferida era el whisky. Una noche, estuvo a punto de pegar a mi madre. Creo que yo no tenía más de cinco años, pero me lancé sobre él y cambió de actitud radicalmente. Nos dijo: «Soy vuestro padre, os quiero, y no voy a volver a probar el whisky en la vida». ¿Y sabéis una cosa? Que nunca más lo volvió a probar, jamás. ¿No os parece una historia preciosa?

Imaginad lo doloroso que fue para mí superar la meningitis, perder la memoria y, de repente, recordar precisamente *ese* episodio, fue como si un relámpago me hubiera alcanzado en toda la cabeza… Estaba sentado en el pub con mi padre y lo recordé y sabía que era verdad, porque se lo pregunté y él me lo confirmó. Pensé: en ese momento, estuve a punto de perder a mi padre, podría haberse convertido en el típico borracho irlandés.

Todas las veces que creía que mi padre se había propuesto arruinarme el fin de semana, porque me obligaba a quedarme en casa para que le ayudara a arreglar sus coches, en realidad estaba intentando relacionarse conmigo. No se relacionaba con palabras, ése no era su estilo, sino que creaba ese tipo de situaciones. Podemos hablar del sentimiento de culpa católico, pero hay variedades de culpabilidad mucho más serias, relacionadas con la paternidad y la infancia y el significado real de la relación entre padre e hijo. Recuerdo estas cosas con tristeza, no con indignación, y me arrepiento de no haber sabido darme cuenta por aquel entonces.

Mi padre era muy joven todavía cuando yo nací, el pobre no tenía todas las respuestas. No soy nada dado a moralizar ni a predicar, pero creo que las parejas que tienen hijos a los dieciocho o diecinueve años no son capaces de entender del todo los problemas que se les presentarán en el futuro, porque no se han realizado plenamente como personas. ¡A ver quién era el guapo que se atrevía a decirle algo al joven Johnny Rotten cuando estaba en los Pistols! Ese cabrón no escuchaba jamás.

Al final, *I'm a Celebrity* resultó ser una auténtica farsa, pero saqué algo positivo: me sirvió para entrar en el mercado de la televisión. Cuando empezó el concurso, había dicho en broma que de ahí me podía salir un programa de naturaleza y eso fue precisamente lo que sucedió. Alguien me vio y pensó que tenía madera y, en realidad era cierto. Los programas que presenté entre 2004 y 2005 son para mí un motivo de orgullo y alegría, mis mejores trabajos al margen de la música.

La primera oferta vino de la cadena británica Channel Five. Me propusieron rodar dos documentales independientes en África, *John Lydon's Shark Attack* [El ataque de

los tiburones de John Lydon] y *John Lydon Goes Ape* [John Lydon se convierte en mono]. Nadar entre tiburones era una aventura que me apetecía muchísimo. Llevaba toda mi vida estudiando a estos animales, desde que vi la película *Tiburón* —¡para qué negarlo!— cuando era un niño. Bueno, se estrenó en 1975, así tenía diecinueve años, pero era muy infantil, ja, ja. Como he dicho en tantas ocasiones, si te pagan por hacer lo más te gusta, el éxito está garantizado y me alegra reconocer que esto me ha pasado unas cuantas veces a lo largo de mi vida.

El rodaje, con una duración prevista de cinco meses para los dos programas, comenzó en Ciudad del Cabo, Sudáfrica. Allí, Rambo y yo tuvimos que asistir a un curso intensivo de buceo. El objetivo era obtener el título de la PADI (Asociación Profesional de Buceadores) para poder nadar entre los tiburones blancos protegidos por una jaula. Si no superábamos el curso, no podríamos hacer el programa. He de reconocer que nos sentíamos muy presionados: ¿qué habría sucedido si no hubiéramos conseguido aprobar el examen? ¡Habría sido un programa muy corto! Tuvimos que aprender muchas cosas, pero pasamos la prueba y, sinceramente, me sentí muy orgulloso: aprobar el examen y poder disfrutar de la oportunidad de ver estas fantásticas criaturas en carne y hueso fue uno de los momentos más emocionantes de mi vida.

Nos habían preparado unos trajes de bucear de nuestra talla: era necesario que tuvieran un grosor determinado y que se adaptaran perfectamente a nuestro cuerpo, porque el agua estaba helada. Una cosa llevó a la otra y, en lugar de embutirnos en el típico traje negro y parecer una pareja de leones marinos, descubrimos en una habitación que había al lado unos retales de tela de color que se utilizaban para adornar. Yo acabé convertido en un abejorro, con rayas negras y amarillas, y Rambo se hizo con los colores de la segunda equipación del Arsenal: rayas amarillas y azules, los dos con bragueta. El tío que nos enseñó a bucear, un marine retirado, era un gran tipo. Me caía fenomenal, pero no parecía demasiado dispuesto bucear con nosotros vestidos de esa guisa. ¡Teníamos un aspecto increíble! Con el tiempo, la ciencia se ha puesto al día y ahora se venden trajes de neopreno para repeler tiburones con rayas de colores llamativos y está demostrado que son los que más efectivos.

Enseguida me acostumbré al océano, me encantó. Siempre había gustado navegar *sobre* el mar y ahora me entusiasmaba bucear por *debajo* del mar.

En el cursillo nos habían hablado de la narcosis de nitrógeno, un fenómeno que también se conoce como la enfermedad de los buzos. En una de nuestras primeras excursiones de submarinismo estuvimos en False Bay, a una hora escasa de Ciudad del Cabo. Nos sumergimos hasta una profundidad de 80 pies. Estábamos repantingados en el fondo del mar, pasándolo de miedo y, de pronto, tuve un ataque de narcosis: eso es lo más cerca que he estado de un viaje con LSD. Los colores adquirieron una intensidad deslumbrante y lo único que quería era sumergirme en las profundidades y nadar para siempre. Llegó el momento de ascender y se supone que hay que hacerlo muy poco a poco, para lograr la descompresión a medida que vas

avanzando, pero era incapaz de hacerme con el lastre, así que subí como un cohete. Si no llega a ser por Rambo habría tenido un problema grave al llegar a la superficie. Me di cuenta de que Rambo me tenía agarrado por una aleta y no me dejaba avanzar. Pensaba que se estaba haciendo el gracioso, pero lo que sucedía era que nos seguía un enorme tiburón blanco. ¿Cómo es posible que no viera a un bicho de más de cuatro metros con sus dientes y sus músculos?

Debo añadir que insistí mucho en que Rambo apareciera conmigo en el documental. Tenía que ser así y punto. No me gustan los espectáculos escenificados, prefiero la naturalidad. ¿Por qué fingir ante las cámaras? Dicho esto, ¡he de reconocer que cuando me estaban filmando me esforzaba por nadar con mi mejor estilo, como una sirena! El equipo del Channel Five suscribía mis ideas con alegría y entusiasmo. Enseguida descartamos la idea de utilizar un guion y lo que hicimos fue en realidad una especie de merienda de negros —una sucesión de desventuras, un desastre detrás de otro—, con el suntuoso telón de fondo de unos tiburones descomunales y extremadamente peligrosos.

Camino de una de nuestras primeras excursiones de buceo, alguien iba leyendo un periódico y la primera página recogía la historia de una pareja de pescadores furtivos que habían sido atacados por un gran tiburón blanco mientras nadaban. Sólo había sobrevivido uno de ellos. Fue una verdadera revelación para nosotros.

Localizamos al superviviente, que vivía en un barrio de chabolas de Gansbaai, y fuimos a entrevistarlo. Cuando llegamos allí, estaba sentado a la puerta de una de las chabolas jugando al dominó con sus amigos. No parecía un lugar demasiado seguro, así que todos los miembros del equipo —con la excepción del intérprete y del cámara — se quedaron en la furgoneta mientras Rambo y yo hablábamos con aquel tipo. En realidad eran muy simpáticos y nos recibieron con los brazos abiertos. El pescador nos contó que habían salido a pescar abulones. Se tardaban seis horas a nado en ir y volver, pero eran tan pobres que no podían desplazarse de otra manera. De regreso, el tiburón había atacado a su amigo. Él lo había visto venir y había intentado avisarlo, a gritos; le dijo que soltara la pesca y huyera, pero ya era demasiado tarde: el tiburón le pegó un bocado y luego regresó para terminar con su presa. Él había seguido gritándole, pero ya no había nada que hacer. Consiguió huir, pero tuvo que hacer todo el viaje de regreso sabiendo que su amigo había muerto. Menuda papeleta. Pobres diablos. Era una historia espeluznante, no puedo ni imaginar cómo debió de ser. Terrible. Nos juró que jamás volvería a pescar. Aquel episodio nos puso sobre alerta, porque aquello había sucedido muy cerca de donde teníamos planeado bucear nosotros con los tiburones.

En los días posteriores seguimos practicando en el océano y, además, me concedieron un permiso especial para nadar con los tiburones toro en un acuario. Tuve que meterme incluso en uno de esos trajes de buzo antiguos, con casco y botas. No entiendo que nadie pueda bucear en esas condiciones.

Para filmar la inmersión en la jaula con los tiburones blancos nos desplazamos

hasta «Shark Alley», justo al lado de Gansbaai. Rambo y yo estábamos como locos: ésa era la razón de ser de todo aquello, el momento álgido de mi viaje. Lo mejor de todo fue que me pusieron una máscara totalmente lisa con un micrófono interior para poder grabar las palabras que dijera debajo del agua. No sabía, por supuesto, que el puto aparato no funcionaba y yo estaba la hostia de contento cuando empecé a cantarles «Feelings» de Morris Alpert a los tiburones blancos. Cojonuda, la televisión. Salí y pregunté: «¿Lo habéis filmado?». «Oh, sí, mmmm.» No nos dijeron la verdad hasta que llegamos a la costa. ¡Estaba muy cabreado! Era la obra de mi vida, la cima de mi carrera, cantar «Feelings» a los tiburones en la tele. Bueno, igual estoy exagerando un poco.

El capitán del barco nos recordaba muchísimo al capitán de *Tiburón*. Fue bastante amable con nosotros, pero a veces se ponía un poco agresivo y se lo tenía muy creído: era realmente duro escuchar las cosas que salían de su boca. ¡Y qué decir del barco! Era como si lo hubieran pegado con escayola, parecía que la jaula no estaba muy bien atada, todo funcionaba mal a bordo, la verdad. Pero cumplió su función de manera admirable.

Después de rodar la parte realmente seria en alta mar, nos invitaron a cenar con todo el equipo, el capitán, su familia y sus amigos. Filmaron toda la velada y el capitán y sus amigos empezaron a darse tono delante de las cámaras. Durante la cena, metió su tenedor en mi plato y Rambo tuvo que sujetarle la mano. ¡Estuvo a punto de desatarse una guerra de tenedores! Al final, parecía un tonto de baba. Su propia hija se levantó y le dio una bofetada.

El problema era que el lugar era una cabaña de pescadores donde ellos solían reunirse para echarse unos tragos. Nos estaban esperando y, cuando entramos, me dio la sensación de que nos habían tendido una trampa. Había unos cincuenta individuos con cara de pocos amigos. Estaban bastante borrachos, sobre todo el capitán, y parecía que tenían ganas de camorra, pero nosotros no entramos al trapo. A medida que avanzaba la velada, la cosa se fue poniendo cada vez más desagradable, pero no nos dimos por aludidos. Y cuando, por fin, decidimos largarnos, no fue por todas esas chorradas, sino por el primer plato. No os lo podéis ni imaginar: *caracoles con salsa de queso*. Que les den a los caracoles, vámonos a otro sitio donde nos echen algo decente decomer.

En Sudáfrica había muchos peligros, pero disfrutamos de cada segundo que pasamos allí. Una tarde, aprovechando un descanso del rodaje, alquilamos un helicóptero y visitamos Isandlwana y Rorke’s Drift, los escenarios de las dos batallas decisivas entre ingleses y zulúes que tuvieron lugar en 1879, famosas por dos películas clásicas basadas en estos sucesos, *Zulú* y *Atardecer zulú*. Cuando aterrizamos en Isandlwana, el lugar estaba desierto, sólo había un par de turistas. Lo que más impresiona de este paraje es el silencio. Una quietud sepulcral que, prácticamente, te hace entrar en trance, mientras la imaginación se adueña de la situación.

Había un monumento dedicado a los soldados británicos y coloniales que habían perdido la vida en una de las peores derrotas que sufrió el Imperio Británico. Y rocas amontonadas en el lugar exacto donde había caído cada uno de ellos. Subimos hasta la cueva en la que uno de los últimos soldados británicos se había defendido hasta la muerte. Era todo muy impresionante.

Después nos dirigimos hasta Rorke's Drift, que estaba a unos diez minutos en helicóptero de Isandlawana. Allí, un ejército muy reducido de soldados británicos y coloniales había intentado rechazar el ataque de miles de guerreros zulúes. Ese día el imperio impuso en total once cruces de la victoria, el mayor número de distinciones concedidas en una sola batalla. Cuando llegamos, nos rodearon docenas de niños africanos: creo que no habían visto un helicóptero en su vida. Estaban muy contentos de vernos, pensaban que habíamos viajado en aquel cacharro desde Inglaterra. No había demasiado que ver allí, sólo un pequeño museo que visitamos y los restos de una misión y antiguo establecimiento comercial donde las fuerzas británicas se habían hecho fuertes para defenderse del enemigo. Nos unimos a unos colegiales que se habían sentado en la hierba para escuchar cómo uno de ellos describía y representaba la batalla. John y John de vuelta al cole y esta vez nos encantó. Después regresamos a Ciudad del Cabo para reanudar con el rodaje.

Desde allí, sin embargo, el plan era llegar hasta la selva para liarnos a hostias con los gorilas y eso me daba pavor, pues pensaba que era lo más peligroso que había hecho en mi vida. No tenía nada claro a qué carta quedarme.

En lugar de viajar en avión o en helicóptero, nuestra intención era hacer el trayecto en coche, pero no había carreteras propiamente dichas más allá de Ciudad del Cabo, sólo caminos de tierra muy peligrosos, con pasos muy estrechos y arriesgados en la cima de las montañas. Una locuratotal.

Antes de encontrarnos con los gorilas en la selva, nos invitaron al Santuario de Chimpancés de Ngamba, una isla en medio del lago Victoria, cerca de Entebbe, en Uganda. El acceso era bastante difícil porque el lago es la hostia de grande y se forma «alguna que otra ola».

La directora del santuario era Debby Cox, una de las discípulas de Jane Goodall, la conocida experta en chimpancés. Debby nos explicó que los humanos podemos aprender muchas cosas de los chimpancés. ¡Yo lo que aprendí es que son peligrosos de cojones! ¡Son los mayores gamberros que he conocido en mi vida! Si te descuidas, te arrean una pedrada, y no te quitan ojo ni un momento. Nos contaron que una vez que llegan a la edad adulta, cuando cumplen dos años, más o menos, ni siquiera te puedes acercar a ellos. No se los puede amaestrar, no se dejan. Así que quizá en este sentido sí que podemos aprender un montón. Porque yo soy igual: tampoco me dejo amaestrar.

Parece ser que la tensión que se mascaba en aquel recinto se debía a que todos los chimpancés que vivían allí habían sido rescatados de El Congo: los habían separado de su familia y sus madres no habían podido acompañarlos en su desarrollo.

No querían que se reprodujeran y una de las hembras, que tía más lista, se había dado cuenta de que había algo que le impedía tener hijos. Después de mucho intentarlo, consiguió quitarse un implante contraceptivo que le habían insertado en el brazo izquierdo. De vez en cuando tenían que cambiarles los implantes, así que me preguntaron si me gustaría ayudarles en la operación mientras me filmaban. Después, me pidieron que cogiera en brazos a la hembra en cuestión y la llevara al quirófano y pensé: «Ah, qué buena idea, fantástico». La habían sedado con un dardo, ¿qué riesgo había? Pesaba como una vaca en brazos. Están muy fuertes y tienen una masa corporal tremenda. No soy ningún cachitas y me costó horrores llevar aquel muerto hasta el quirófano. El cámara se meaba de la risa y yo, medio asfixiado, intentando sostener ese pedazo de chimpancé. Y entonces, por supuesto, se me meó en la espalda.

Los chimpancés jóvenes eran unos engreídos y se los veía muy contentos. Brincaban por todas partes y se movían como un relámpago, les encantaba columpiarse y mirarte fijamente a los ojos. Hubo algunos momentos muy emocionantes. Sentía que estábamos empezando a entablar contacto. Uno de ellos intentó imitarme, cuando hablaba con él, se esforzaba por pronunciar las palabras. Me pareció sencillamente increíble. Pero el elemento de gamberrismo de estos bichos siempre está latente y puede salir a la superficie cuando menos te lo esperas.

La noche anterior, Rambo había planteado la siguiente pregunta: «¿Qué pasa si uno me da una hostia? ¿Hay algún problema si se la devuelvo?». Me dio un ataque de risa al oír aquello. Se ofendieron muchísimo: «¡Pues no, *no puedes* pegarles!». Entonces, por supuesto, al día siguiente, cuando estábamos con los pequeñines, uno se acercó corriendo a Rambo y se le tiró a los brazos, una escena preciosa, adorable, pero otro lo vio, se puso celoso y le arreó un zurdazo: ¡le atizó en todo el ojo! Luego salieron corriendo y se refugiaron en las ramas de los árboles y se mearon en nosotros descojonados de la risa. ¡Menudos cabroncillos!

Nos dijeron que no se nos ocurriera meternos en el lago Victoria, porque estaba lleno de cocodrilos e hipopótamos, aunque lo peor era que el agua estaba infestada de microbios que te podían transmitir todas las enfermedades mortales que te puedas imaginar. Además, había un caracol extrañísimo que se te pegaba a la planta del pie o al pene. Al parecer, no sientes nada, pero, ya sabéis lo que pasa: con el tiempo, acabas arrepintiéndote. Así que, ¿qué podíamos hacer en nuestra tarde libre? Descubrimos una barca de remos allí amarrada y salimos a dar una vuelta por el lago, pero la barca tenía un agujero. Aunque estábamos muy cerca de la orilla, había un montón de chimpancés adultos con cara de asesinos. Así que se nos planteaba el siguiente dilema: caracoles en la polla o violación en grupo de chimpancés.

Para achicar el agua sólo disponíamos de dos tazas de té, pues llevábamos una pequeña cesta de picnic. Debbie Young, o «Dobbins», que es como la llamábamos cariñosamente, nuestra directora y productora, estaba a punto de sentir pánico, pero todo al final todo salió bien. Así es como hay que actuar en la vida: cuando se te

presenta una situación crítica, te ríes y sigues avanzando.

Después de abandonar el santuario de chimpancés, llegamos a tierra firme y nos desplazamos en coche hasta el Parque Nacional de la Selva Impenetrable de Bwindi, también en territorio ugandés. Llegamos hasta el campamento desde donde teníamos previsto iniciar la expedición de los gorilas cuando estaba a punto de anochecer.

A la mañana siguiente, emprendimos nuestra dura caminata. Teníamos un guía maravilloso que se llamaba Moses. ¡Era el mejor! En este viaje, además de pasarlo de miedo, conocimos a algunas personas increíbles. Decía: «A ver, ¿dónde están los gorilas? ¡Ah, muy bien, están aquí al lado!». Pero «aquí al lado» era a ochenta kilómetros de distancia, subiendo y bajando montañas, atravesando bosques y selvas: un auténtico reto para mí. Estoy en forma: puedo pasarme una noche entera cantando a gritos, pero esto era otra historia. Si lo conseguí, fue gracias a Rambo, que me animaba en todo momento: «¡Vamos, no puedes parar ahora, te están grabando!». No hay nada como el mundo del espectáculo. El orgullo fue lo que me hizo arrastrarme, literalmente.

El experto en gorilas que nos acompañaba, Ian Redmond, uno de los pupilos de Dian Fossey —la mujer de *Gorilas en la niebla*— era un tipo muy animado y no paraba de parlotear para demostrar su inagotable sabiduría, pero ¿sabéis? En realidad, el colega estaba reuniendo fuerzas para meter la pata hasta el fondo de la forma más estúpida. Estábamos cerca de un nido de gorilas abandonado: estos animales tienen que cambiar de nido todas las noches, porque su mierda está llena de fruta y atrae a montones de moscas y de hormigas siafu. Pues bien, estas hormigas son muy voraces, unas auténticas guerreras: te comen vivo si eres lo suficientemente estúpido como para quedarte cerca de tu mierda, por eso los gorilas tienen que desplazarse constantemente.

El caso es que este tío entró en el nido y, por supuesto —esto es lo más gracioso—, ¡no llevaba botas! Se paseaba por la jungla con su machete, con un enorme sombrero de ala ancha y con unas bermudas caqui. Con toda la parafernalia de Cocodrilo Dundee. Cuando entró allí, el nido bullía de hormigas y empezó a gritar como un poseso. Le llegaron hasta los pantalones, también, y creo que le dieron un buen repaso a sus partes íntimas.

En la frontera con Ruanda, donde estaban los gorilas de espalda plateada que queríamos filmar, nos retuvieron, no nos dejaban pasar. En África todo se rige por la incompetencia, así es como funciona todo o como *no* funciona. Básicamente, lo que quieren es que los sobornes. Hasta que no sueltas la pasta, no te dejan que te muevas de allí y esta situación se puede prolongar horas. De pronto, un grupo de chavales empezaron a rodearnos y, al cabo de un rato, se habían reunido unos cuantos y ejercían una presión considerable. Sólo querían *bolígrafos*. No pueden ir al colegio si no tienen algo con lo que escribir y, desde ese momento, decidimos comprar enormes cajas de bolis para regalárselos a todos los niños que nos encontráramos. A diferencia de los cabrones mimados de nuestro país, estos chicos quieren recibir una educación.

Quieren superar sus problemas, quieren mejorar, ay, es desolador. Vimos a algunos chicos con los brazos destrozados a machetazos. Una imagen muy difícil de digerir y, por desgracia, no podían acudir a un hospital a que les curaran.

Reunirnos con los gorilas de espalda plateada en el Parque Nacional de los Volcanes de Ruanda fue una experiencia increíble. Una *auténtica* reunión: te acompañan en todo momento y tienes que comportarte de manera educada, porque estás en su casa y son muy hospitalarios. Nos admitieron en su comunidad y el enorme macho de espalda plateada estaba allí sentado, a unos diez metros de distancia, con sus enormes manos en reposo.

Nos advirtieron de antemano que no los miráramos a los ojos, porque en ese caso se piensan que les estás retando. Todo eso está muy bien, pero cuando llevas el pelo con rayas multicolores, te van a mirar *seguro*. Quieren decirte hola. Siempre se te presentan situaciones en las que no puedes aplicar las teorías que vienen en los libros de texto. En muchas ocasiones, la gente que estudia la naturaleza de una manera tan minuciosa se pierde muchas cosas.

Antes de marcharnos, organizamos una barbacoa para todos los niños del lugar y les dijimos que avisaran a la gente de los pueblos de los alrededores. Lo que no sabíamos es que estos pueblos habían estado en guerra entre sí, ese pequeño detalle se nos pasó. Afortunadamente, en aquel momento los hutus, los tutsis y los twas, tres tribus acostumbradas a liarse a machetazos entre sí, habían alcanzado una especie de tregua. Tampoco sabíamos que mi traje de preso de rayas blancas y negras era en realidad el atuendo que llevaban todos y cada uno de los miembros de una de las tribus. Yo había pensado: «¡Ja, esto seguro que no lo lleva ni Dios!». ¡Pues lo llevaban ni más ni menos que unos doscientos niños, John! Por suerte en ese momento las hostilidades habían cesado. En cuanto se dieron cuenta de que Johnny Rotten era Johnny Rotten, les dio la risa floja. Empezamos a cantar a coro y todos los chicos empezaron a improvisar.

Fue magnífico, cantaban como si fueran seres de otro mundo: sonaban tan bien que daba vergüenza. Entonces alguien me agarró y me sacó al centro, se suponía que tenía que cantar. «¡No puedo! ¡Después de todos estos años y no puedo, sinceramente!» Y, por si eso no fuera suficiente, después vinieron los bailes y, por Dios, cómo se movían. Aquello parecía el Ministerio de Andares Tontos,[34] y cada vez que yo desafinaba se oían grandes carcajadas. Al final, me hicieron perder el control y los resultados fueron magníficos. Un cántico se elevó y empezó a retumbar por toda la selva: «Salvad a los gorilas». Un mensaje saludable. Mejor que comérselos y vender sus manos a los chinos, que consideran que tienen efectos afrodisiacos. Ése es el destino que muchas veces les espera.

La gente que rodó *Shark Attack* y *Goes Ape* formaba uno de los equipos humanos más maravillosos con los que he trabajado en mi vida. Personas alegres, encantadoras, sin jerarquías; todo el mundo intervenía y las ideas fluían

continuamente.

Trabajar para Discovery Channel en mi siguiente proyecto documental, sin embargo, fue muy distinto. *John Lydon's Megabugs* [Los megabichos de John Lydon] era una serie de diez capítulos que se rodó principalmente en el sur de Estados Unidos y, aunque disfruté muchísimo, tuve que superar el escollo de esa ridícula obsesión por «ceñirse al guion», un estilo que no va conmigo en absoluto. Es un programa de naturaleza, por el amor de Dios: la naturaleza es imprevisible, nunca sabes lo que puede suceder. Puedes utilizar una idea general como punto de partida, pero después la naturaleza encontrará la manera de hacer lo que le dé la gana… ¡Naturalmente!

Si voy a ser el narrador en uno de estos documentales, es necesario que actúe con naturalidad, pero estos tíos me pasaban un guion unos minutos antes de empezar a rodar y decían: «Por favor, silencio en el plató». «¡Pero si no es un plató, joder, esto es una ciénaga!» «¿Puedes repetir eso que acabas de decir, pero siguiendo el guion?» «¡Vete la mierda!»

Con ese estilo inexpresivo y deprimente, ¿en qué querían que me convirtiera? ¿En un David Attenborough de tres al cuarto? ¡Ni decoña!

En mi opinión, lo que hay que hacer con las cámaras en estos casos es no apagarlas nunca y asegurarte de que tienes película para poder filmar dos horas seguidas. No apagues la cámara por nada del mundo y enfoca siempre, no te distraigas, da igual lo que esté sucediendo, ¡*fílmalo*!

Mirad, por ejemplo, lo que nos sucedió en la Universidad de Florida. Un profesor totalmente disparatado nos enseñó algunas de las arañas más venenosas del mundo. Tenía un ejemplar de araña reclusa. Si te pica un bicho de éstos, la piel se te pudre y se te cae y se te forman unas heridas que nunca se vuelven a curar. El profesor me entregó dos cajitas de cristal con dos arañas, yyyyyyyy… ¿qué fue lo que se le ocurrió a Johnny? Me acerqué una de las cajitas a los ojos y la incliné como si fuera una lupa. La araña se salió y empezó a pasearse por mibrazo.

Se suponía que el cámara tenía que filmar aquello, pero no se le ocurrió nada mejor que dejar la cámara en el suelo para sacudirme la araña del brazo. ¡Menudo cabreo! ¡Habría sido una escena maravillosa, la típica imagen que hace que los espectadores exclamen «¡ay, Dios mío!».

Tuvimos otro encontronazo mientras planeábamos la filmación de las tarántulas en el desierto. Querían manipular la escena, preparar todo de una manera artificial. Yo me negué de plano. Insistía en que fuera algo auténtico.

Descubrimos que los expertos en insectos tienen todo un negocio montado alrededor de este tipo de programas y no queríamos ser partícipes de ello en ningún sentido. Me puse hecho una furia y se armó una buena con los productores, pues nos negamos a filmar un solo plano hasta que se solucionara aquel problema. En algunos documentales se manipulan las escenas y se venden como si fueran reales. Lo siento, pero a mí me parece que es igual de fácil hacerlo de verdad. En cualquier rincón del

desierto de Arizona puedes encontrar un nido de tarántulas. Está atestado de estas arañas.

Reconozco que tengo un sistema de valores muy rígido y no pienso cambiarlo por nada ni por nadie, por mucho dinero que me ofrezcan. Por este motivo, me ha costado mucho encontrar una cadena de televisión que quiera trabajar conmigo. Bueno, es una pena, porque no acepto otra alternativa. Me habría sentido como un criminal, desde el punto de vista emocional, si hubiera seguido adelante con eso.

Por suerte, gracias a la parte científica de este proyecto, se me olvidó que nuestra tarea consistía en hacer un programa de televisión. Disfruté muchísimo con los expertos, investigadores y profesores de universidad, que están como una cabra. En el episodio de los mosquitos me lo pasé de miedo. Para conseguir que el programa no perdiera el ritmo, teníamos que inventarnos cosas constantemente, así que Rambo me dijo: «¿Por qué no te metes en esa jaula?». Era un enorme cercado de en el que había unos seis mil mosquitos y los mantenían en ayunas para estudiar su comportamiento.

Así que, como es natural, me metí, y Rambo dijo: «¿Por qué no te bajas los pantalones?», y también lo hice y seis mil quinientas picaduras después, me estaba cagando en todos sus muertos. Pasé una noche infernal. Cuando regresamos al hotel, se había desatado un huracán y yo no podía hacer otra cosa que llamar al médico a voces. El único remedio que tenían en la farmacia era una especie de papilla de avena. Así que estuve seis horas sentado en una bañera llena de papilla de avena mientras el huracán azotaba las paredes delhotel.

A la mañana siguiente, el oído me dolía a morir —mucho más que el resto de mi cuerpo, un dolor insoportable— y por fin se presentó un médico y me dijo que tenía el tímpano perforado. Se me había metido un mosquito, me había perforado el tímpano y se había quedado allí: estaba muerto, pero lo tenía en el oído y había que sacarlo.

Lo primero que pensé fue «¡Dios mío, no podré volver a cantar!» o más bien «¡podré hacerlo, pero no podré disfrutar del privilegio de escucharme!». Estaba gafado, ¿qué había hecho yo para merecer eso? Menuda estupidez. También me habían picado en la nariz, pero no me dolía demasiado y tampoco me molestaba el picor constante que tenía en las partes bajas. En realidad, estaba encantado, porque se me habían hinchado y por primera vez tenían un tamaño proporcionado, pero el oído me dolía a morir y tardó bastante en curarse.

Fue muy gracioso, porque se hizo justicia y Rambo se llevó su merecido. Bajábamos por el río en una lancha motora impulsada por unas hélices enormes. Era medianoche, estaba muy oscuro y un mújol salió del agua y le pegó un bofetón en toda la cara. ¡Primero el chimpancé y luego el mújol!

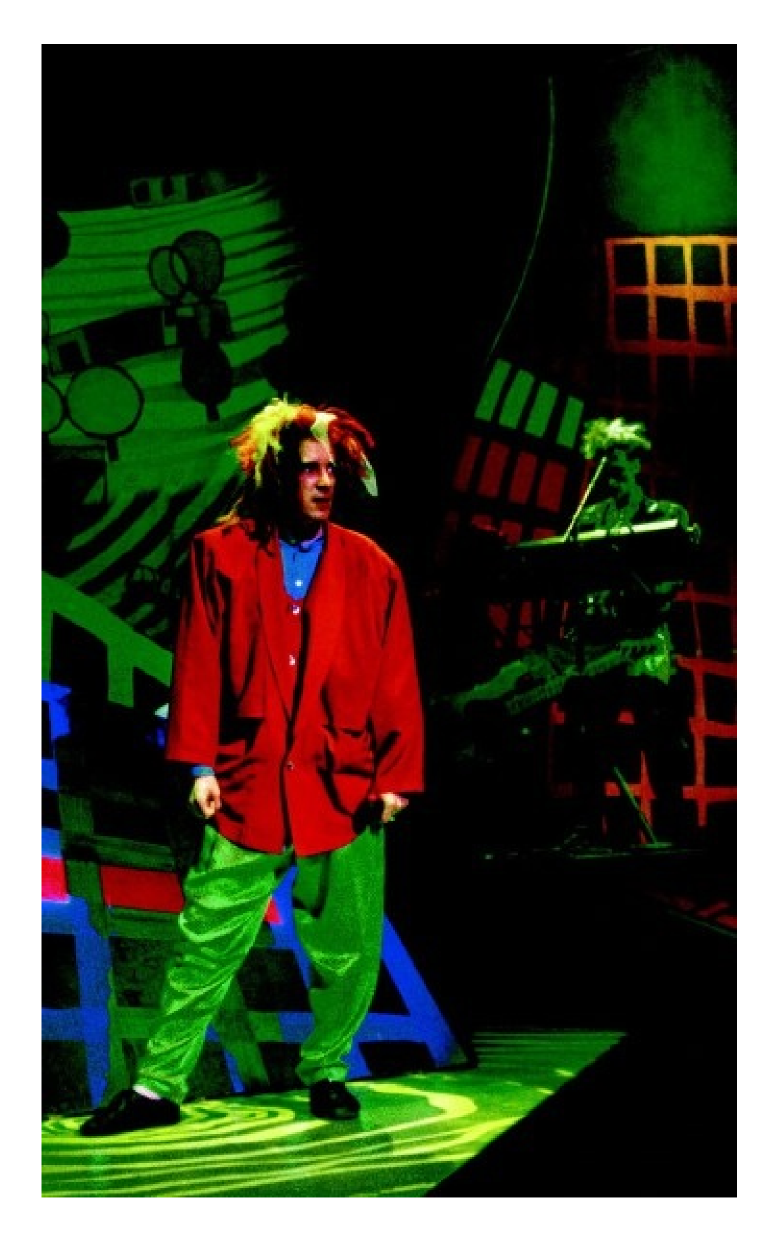
Otro momento bastante divertido fue cuando cometí la tontería de presentarme en las ciénagas de Florida con mi traje de presidiario de rayas blancas y negras. Era un traje auténtico, el que llevan los presos de verdad, me lo había conseguido la mujer de Rambo, Laura, y los guías decían: «¡Espero que no nos encontremos con el sheriff,

John!».

Recorrimos todo el sur de Estados Unidos filmando estos documentales. Os aseguro que esta región está plagada de insectos. Los pantanos bullen de vida y hay una nube constante de mosquitos. Después de haber alimentado a miles de estos bichos, ya no me afectaban las picaduras. Creo que una vez que te pican todos los mosquitos del mundo a la vez, puedes tolerarlos perfectamente en pequeñas cantidades, que es como se presentan normalmente. Antes, intentaba por todos los medios que no me picara ninguno, pero ahora me trae al fresco. Mi fobia a los insectos ha desaparecido por completo.

Puede que al lector le sorprenda saber que mi serie *Megabugs* se utiliza en las universidades de Inglaterra. El hijo de mi hermano Jimmy, Liam, que estudió en la Universidad de Leeds, me llamó por teléfono emocionado un día para contarme que la habían visto en clase. ¡Qué gran satisfacción! Es toda una hazaña poder participar en el proceso educativo, que es lo que siempre he intentado hacer a través de mis canciones.

Estoy totalmente convencido de que mi música y mi faceta televisiva se complementan a la perfección. Existe una relación directa entre «Anarchy in the UK» y *Megabugs*, pues son dos obras que se enfrentan a la corrupción. Sin querer ser pretencioso, tienen el mismo ritmo poético elemental, el ritmo de la vida. Cuando te detienes para escuchar cómo el viento susurra a través de las hojas de los árboles puedes apreciar el ritmo del devenir de las cosas. Te están diciendo algo. Simplemente, abre tu mente y averigua lo que es, pero tampoco te vayas a creer que eres Hiawatha. No funciona así: no es tan cursi ni tan evidente. Limítate a hacer el bien y a dejar que tus instintos te guíen un momento.



En el Massey Hall de Toronto (23 de noviembre de 1987).
Llevo una langosta y dos calamares sobre la cabeza. Lu parece una palmera.



Tocando con Allan Dias frente a 125.000 personas en el Rock Summer Festival de Tallin, Estonia (26 de agosto de 1988).

Exquisita imagen publicitaria de PiL en 1987. ¡Menuda selección de atuendos!



Los Sex Pistols en Finsbury Park (23 de junio 1996). Me gustaba la idea de presentarme rasgando un periódico gigante al empezar el concierto, pero transportar tanto papel en el autobús del equipo era bastante problemático.



Aquí tenéis la peculiar chaqueta que usé durante el concierto de Finsbury Park.
La diseñó un japonés llamado Issey Miyaki. No lo conozco, pero su ropa me encanta.

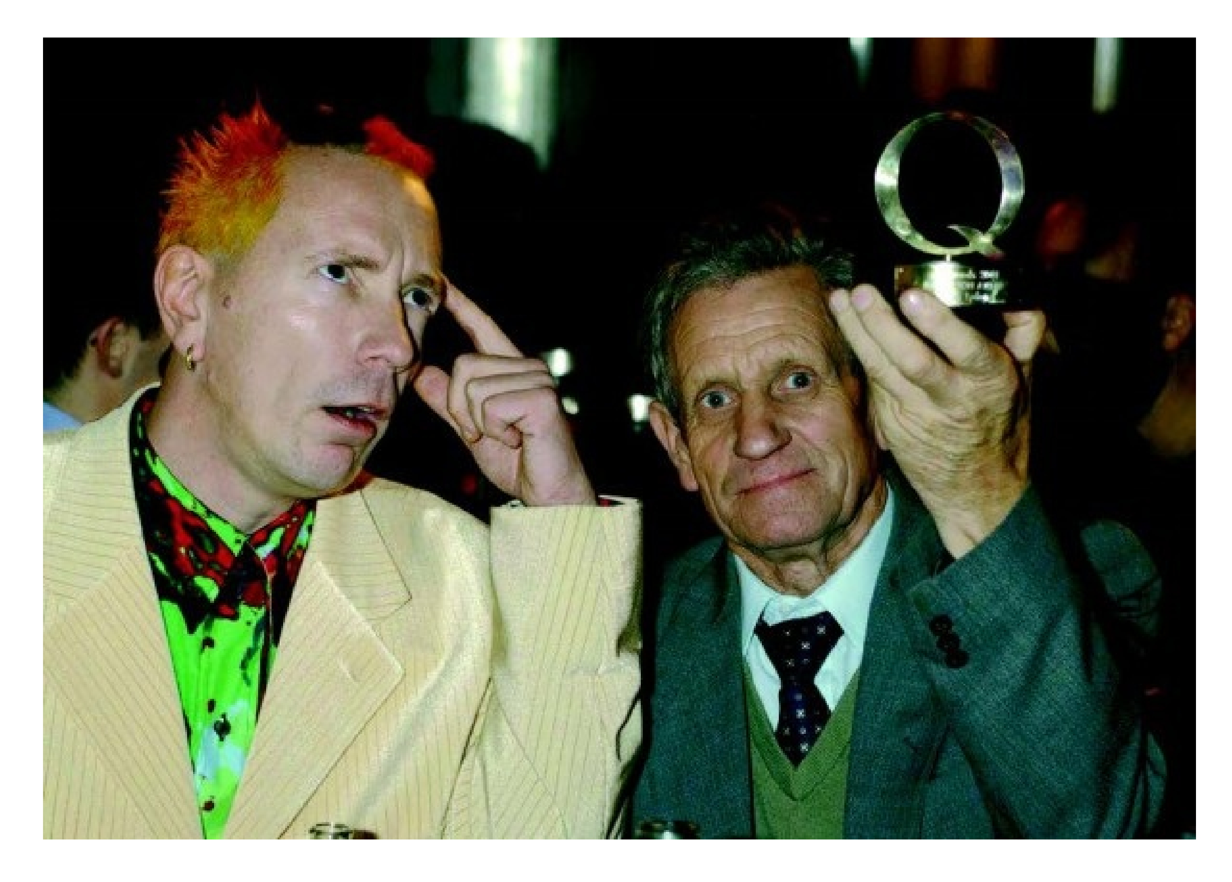
© Redferns



Disfrazado de Pinocho. Solía vestir así en lugares tan disparatados como Yugoslavia.
Lo grotesco fascina a la audiencia.



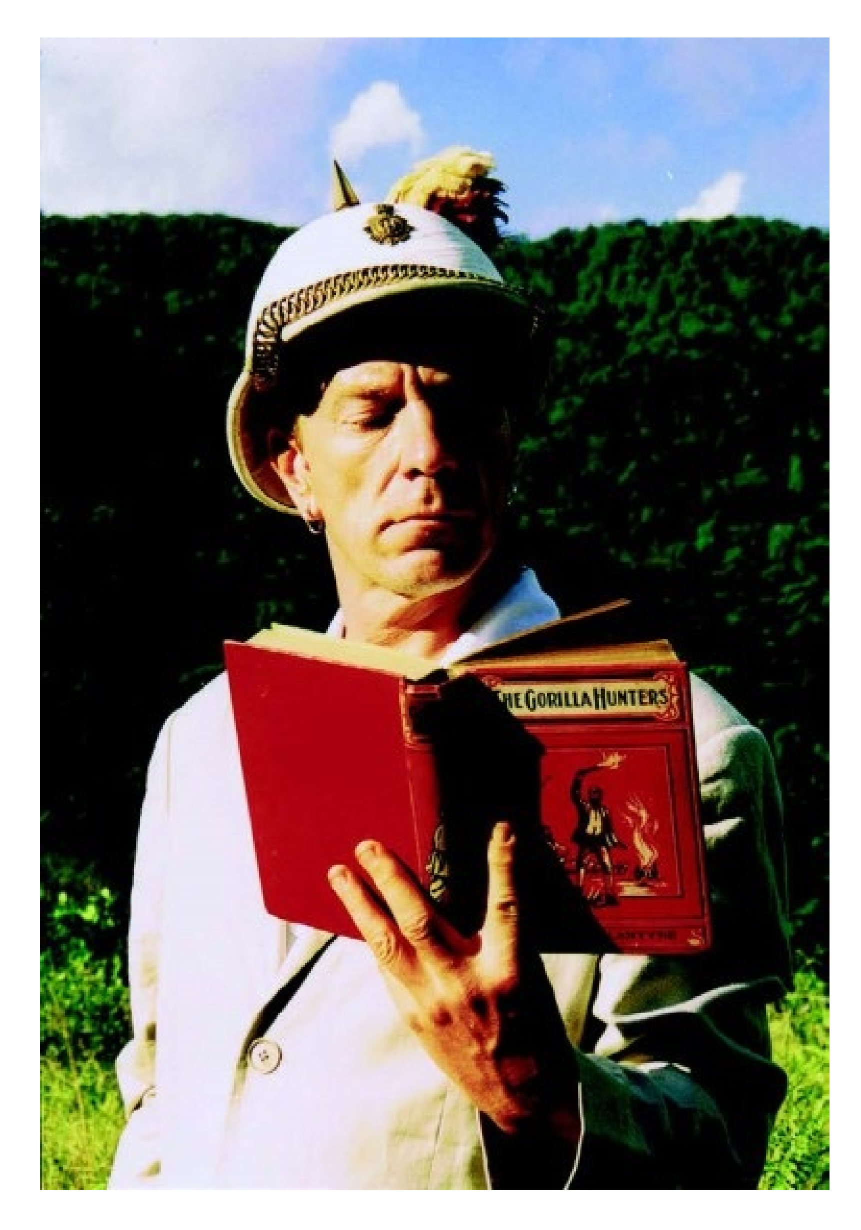
Foto del público japonés tomada por Johnny Rambo (noviembre de 1996).
Me gusta conectar con la gente, pero a veces corres el riesgo de que su cariño te triture.



Con mi padre en los Q Award (29 de octubre de 2001). Estaba tan orgulloso de ese premio que lo puso en el salpicadero de su camión: no hay sitio mejor.



A merced de las avestruces en el programa *I'm A Celebrity… Get Me Out of Here!* (27 de enero de 2004). Me untaron su comistrajo predilecto para que me despedazaran, pero no contaron con el efecto disuasorio de mi hedor natural.



John Lydon Goes Ape (Channel 5, África, 2004). Un poco de diversión antes de caminar diecisiete kilómetros hasta la selva.

© Debbie Young



John Lydon’s Shark Attack (Channel 5, Sudáfrica, 2004). De esta guisa íbamos Rambo y yo cuando nadamos con tiburones. Nos tacharon de locos, pero yo sabía que los colores chillones desconciertan a los escualos. La prueba es que seguimos vivos.

© Debbie Young



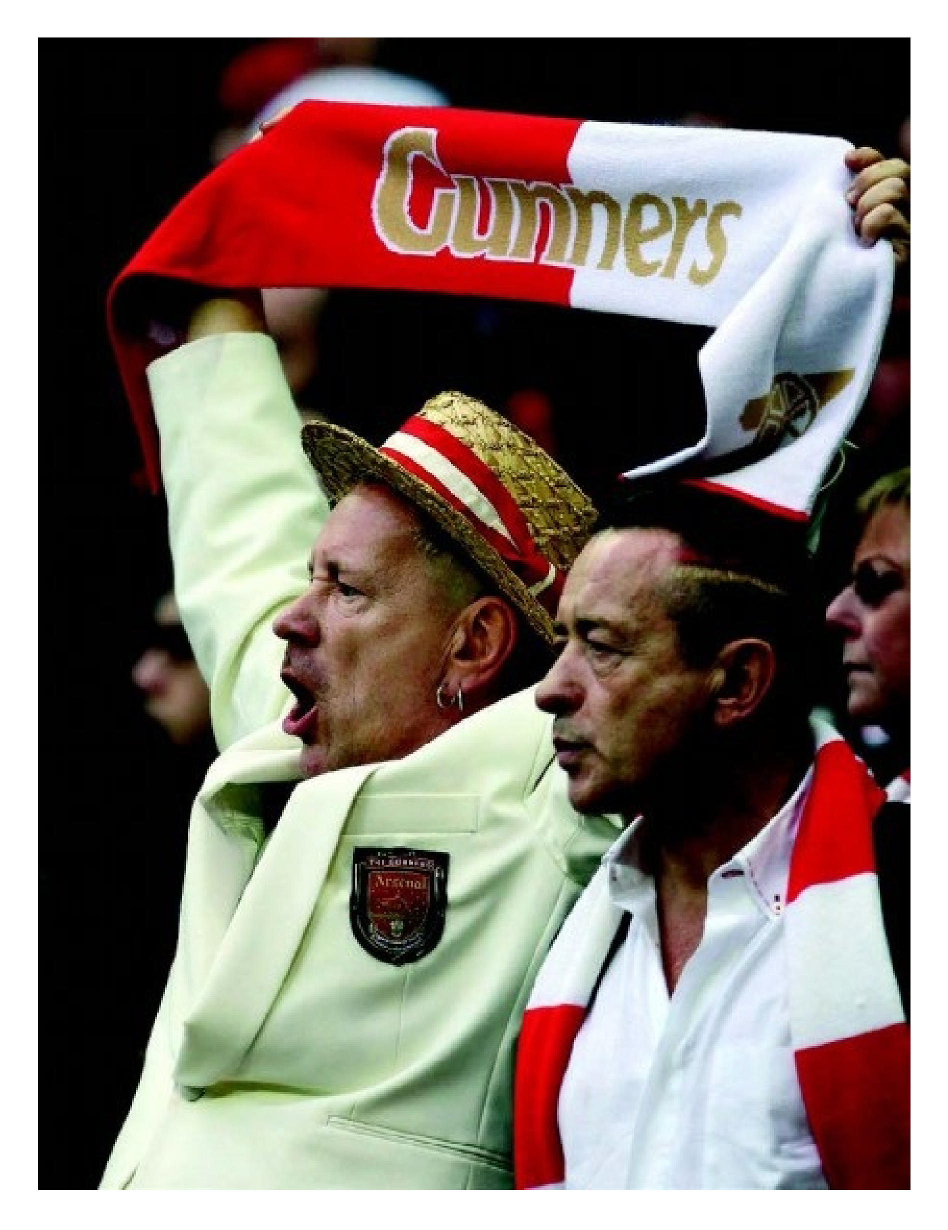
Con Rambo durante el rodaje del anuncio para Country Life Butter
(Lugarshall, 27 de agosto de 2008).
No se nota, pero estábamos rodeados de bailarines.



Nora y yo en nuestro barco. No tiene muchos lujos, pero nos gusta.



Lu, el guitarrista de PiL, me regaló ese instrumento tan raro.
De vez en cuando le mando una foto para probar que estoy aprendiendo a tocarlo (mentira).



Con Rambo en la final de la League Cup entre el Arsenal y el Birmingham (Wembley, 2011). Ésa la ganamos.



Probándome la ropa para *Jesucristo Superstar* (Nueva Orleans, mayo del 2014). Iba a interpretar a un personaje repulsivo, un auténtico matadioses.

© Edmund Fountain



El equipo de *Jesucristo Superstar* el día en que se canceló la producción (30 de mayo de 2014). Yo en el centro, Ben Forster a mi derecha, JC Chasez a mi izquierda y Brandon Boyd a su izquierda. Nos reíamos a pesar del despido.



Los PiL hoy en día. **De izquierda a derecha:** Bruce Smith, yo, Scott Firth y Lu Edmonds. Nos cuidamos unos a otros. Tenemos buenas ideas, pero ningún ego compite por imponer la suya. Es el sueño de mi vida.

© Andy Cantillon



Montaje para una foto que saldría en el *Wall Street Journal* (abril de 2013). Dave Jackson hizo el logo gigante de PiL con madera y planchas de acero. Es completamente inamovible y lleva treinta años en mi jardín de Los Ángeles. Montaje para una foto que saldría en el *Wall Street Journal* (abril de 2013). Dave Jackson hizo el logo gigante de PiL con madera y planchas de acero. Es completamente inamovible y lleva treinta años en mi jardín de Los Ángeles.



Con PiL en el Hammerstein Ballroom de Nueva York (13 de octubre de 2012).
En momentos así pienso que nací para esto, que lo llevo en la sangre.

14. La historia y el dolor son un regalo

No estoy dispuesto a tolerar que los Sex Pistols se conviertan en una basura. No puedo permitir que nadie haga eso con una etapa de mi vida. Invertí una gran cantidad de trabajo y de energía en esas canciones: no quiero que se utilicen para vender alfombras ni detergentes. Ahora, en el mundo moderno, las compañías discográficas firman «contratos globales» que permiten hacer todo tipo de disparates con las canciones y hay que mantener una lucha constante. Puedes ganar mucho dinero si acatas los mandatos de la publicidad, pero, en mi opinión, la publicidad es una herramienta que hay que saber utilizar con inteligencia.

La conclusión es que, si te descuidas, puedes cargarte el producto original. Ése es el término que hay que emplear, en definitiva: los Sex Pistols son un producto, un bien de consumo, y todo el mundo quiere llevarse un pedazo. Hace algunos años, se nos presentó la oportunidad de utilizar nuestras canciones para un anuncio de vehículos de alta gama. En estos casos, Rambo se esfuerza al máximo por mantener nuestra integridad, una labor impagable, por mucho que se le lleven los demonios a Anita Camarata, la representante de los otros tres componentes delgrupo.

Anita tiene una visión muy distinta de la mía de lo que beneficia y perjudica al grupo. No es una Sex Pistol y nunca lo será. No puede entender de dónde venimos, lo que hemos alcanzado y cuál es nuestro papel en el panorama actual. Sólo tiene una vaga idea de lo que hay que hacer para vender y para hacer dinero. Y eso puede llegar a convertirse en un problema.

En 2006, por ejemplo, el grupo tuvo que afrontar la perspectiva de pasar a formar parte del Salón de la Fama del Rock and Roll. La nominación nos pilló totalmente desprevenidos, a pesar de las sospechosas indirectas de algunos amigos que trabajaban en la industria de la música: «Bueno, estaría bien que os incluyeran en el Salón de la Fama». Ya me había parecido bastante ofensivo que incluyeran a los Ramones —¡e incluso a los Clash, que Dios nos asista!— antes que a nosotros. En ese momento, decidí que no quería saber nada de esa gente. ¿Los Sex Pistols el tercer grupo más importante del punk? ¡No me fastidies!

Entonces nos nominaron y en mi cabeza se activaron todo tipo de señales de alarma. Te nominan unos desconocidos, es una votación secreta, pero patrocinada por la industria discográfica, la misma industria que ha tenido endeudados hasta las cejas a mis dos grupos, PiL y los Sex Pistols, durante tantos años. ¿Por qué demonios debería estar agradecido?

Además, se nos planteaba un problema económico, pues nos iba a costar una pequeña fortuna asistir a la ceremonia. Era una maniobra complicadísima. Calculamos que nos iba a costar unos diez mil dólares y si, además, queríamos que nos acompañara la familia y los amigos, unos veinticinco mil. Sencillamente, no estaba dispuesto a aflojar tanta pasta. Era inviable. Debería ser totalmente gratis. Si tantas ganas tienen de nominarte y de quedarse con un trocito de los Pistols, que

echen una mano algrupo.

A Anita, por supuesto, le parecía estupendo y estaba dispuesta a sacar la billetera inmediatamente, pero yo me negué. No quería que la industria se apropiara del nombre de los Pistols de esa manera. Me daba la sensación de que la nominación era una forma de acabar con nuestra carrera, una palmadita en la espalda: «Bien hecho, chicos, ahora calladitos y puerta». Sobre todo en mi caso. Ya sabéis, sólo porque estés paranoico… Gracias de nuevo, Poly Styrene.

Estaba realmente cabreado con las notas que la gente del Salón de la Fama del Rock and Roll había empezado a enviarnos. Habían sacado toda la información de páginas web que sólo decían chorradas y ni siquiera se habían molestado en contrastar los datos. Así, lo único que conseguían era echar aún más leña al fuego. ¿Para qué demonios nos nominaban, si ni siquiera conocían la historia delgrupo?

Por ejemplo, en la guía del museo que nos enviaron se decía que en el único concierto que ofrecieron los Ramones en el Reino Unido, el 4 de julio de 1976, los Sex Pistols habíamos estado hablando con ellos para que nos explicaran cómo formar una banda. Bueno, pues esa misma noche nosotros tocamos en Sheffield. Estábamos en activo, ya llevábamos unos meses dando conciertos.

Me enteré por Anita de que Steve Jones quería ir de forma lenta pero segura, acabé convenciéndolos de lo contrario, a todos salvo a Glen Matlock. Este tipo de situaciones pueden convertirse en un punto de fricción en un grupo musical. Para algunos de ellos, la nominación no representaba una amenaza para nuestra reputación, porque en realidad *nunca* habían tenido las mismas prioridades que yo. Así que decidí actuar de la siguiente manera: «Vale, si queréis ir, id, pero yo no pienso moverme de aquí» y, por tanto, el plan fracasó.

Al final, acabé perdiendo los estribos y escribí la legendaria nota de la «orina en el vino» en la que declaraba que nosotros estábamos «fuera de esa mierda de sistema» y que declinábamos la invitación. Rechazarla fue un auténtico golpe de gracia. Nadie lo había hecho hasta entonces. Ahora, todos los años, algún capullo dice: «Bueno, si Johnny Rotten lo ha hecho, yo también puedo».

La famosa nota está expuesta en el museo y ahora es una de las piezas más valiosas de la colección del Salón de la Fama de Cleveland. *¡Puuuufff!* Es como el Hard Rock Hotel de Las Vegas, con sus chaquetas de Elvis y ese tipo de cosas. Odio ver cómo las leyendas acumulan polvo en una vitrina. Me da escalofríos. Me encantan los museos, pero no quiero convertirme en un objeto de exposición. Para mí, la historia pertenece al pasado, dadme unos doscientos años, pero ahora dejadme en paz, no quiero ser una pieza de museo en vida.

Un par de años después, me vengué personalmente cuando participé en el programa de televisión *Bodog Battle of the Bands*. El Salón de la Fama fue uno de los escenarios que utilizamos para hacer las audiciones. Nunca me han gustado los concursos musicales, pero éste no era el típico concurso de talentos en el que la gente canta las canciones de otros en un karaoke. En este programa los grupos escribían sus

propias canciones y yo era uno de los miembros del jurado. Y la primera ronda de audiciones, que se pasó por televisión, tuvo el Salón de la Fama como escenario. Pensé que era una manera de darle algo de vidilla a ese *panteón*.

Por extraño que parezca, todo este descalabro del Salón de la Fama no hizo ningún daño al grupo. En realidad, todos pensábamos lo mismo. Es una sensación muy desagradable ser un plato de segunda mesa. No habíamos tocado juntos desde septiembre de 2003, la gira se había parado en seco, pero en los meses posteriores estuvimos madurando la idea de celebrar el trigésimo aniversario de *Never Mind the Bollocks* con algunos conciertos.

En realidad, nos habíamos vuelto a reunir en unas circunstancias inesperadas y francamente absurdas. Las canciones «Anarchy in the UK» y «Pretty Vacant» iban a incluirse en el vídeojuego *Guitar Hero 3*. El plan, por supuesto, era utilizar los masters originales, pero en ese momento la gente de Virgin era incapaz de encontrarlos. Ya habíamos firmado el contrato, pensando que no habría ningún problema en localizar las grabaciones, pero, mira por dónde, «¡no las tenemos!». Así que nos gastamos el anticipo que nos habían pagado los de *Guitar Hero 3* en grabar de nuevo las dos canciones. Glen estaba trabajando en un proyecto en solitario, así que Steve, Paul y yo nos metimos en un estudio de grabación de Los Ángeles con Chris Thomas y las grabamos en unos días. Lo pasamos genial.

Ya teníamos planeado hacer algunos conciertos en Londres, así que esas sesiones nos sirvieron para ensayar. En un principio, pensamos que tocaríamos una o dos noches en la Brixton Academy, pero al final fueron cinco y después, por si fuera poco, también estuvimos en Mánchester y en Glasgow.

Los conciertos de Brixton, en noviembre de 2007, fueron una maravilla, todo un placer. Acudió bastante gente y sonamos de miedo. Había un ambiente de diversión imponente. Ahora que lo recuerdo, incluso intentamos hacer una presentación teatral, bastante graciosa. En lugar de subir caminando al escenario por los laterales, que es como se hace normalmente, se me ocurrió que sería genial si entrábamos por las salidas de incendios que había en la pared, detrás del escenario, el acceso que utilizan los técnicos para descargar el equipo. Normalmente, se pueden ver los coches y los autobuses que circulan por Brixton Road. ¡Daría la sensación de que acabábamos de llegar en autobús!

Después de tanto tiempo trabajado en televisión, para mí fue genial tener de nuevo la oportunidad de actuar en directo. Me sentí muy bien. Me había propuesto no caer en los gestos típicos del estereotipo clásico de Johnny Rotten, de pie en el escenario con esa mueca de desprecio, pues no estaba dispuesto a convertirme en una caricatura de mí mismo. Quería demostrar que las canciones tenían otra lectura —cercana al vodevil, al cabaré, al music hall británico—, una idea muy coral, muy próxima a la clase obrera: expresar ideas descaradas, cuestionar la realidad, pero siempre con una *sonrisa*, sin gruñidos.

Conectamos a la perfección en el escenario y supimos dar en el clavo. Los Pistols

en su versión más auténtica: el único objetivo era disfrutar. El dinero no tenía nada que ver y por eso funcionaba. La gira acababa de empezar y por eso podíamos experimentar esos sentimientos. Me gusta jugar con el público y conseguir que todos pasemos un buen rato, porque yo salgo al escenario para disfrutar. Me entrego incondicionalmente. No hay que olvidarlo.

Tocar ante ese público era como hacerlo ante la grada norte del estadio del Arsenal en Highbury. Era una marea humana en constante movimiento, como en el fútbol, con las manos levantadas, y un gran colorido. Cientos de personas se balanceaban hacia un lado y otras tantas hacia el lado contrario. La muchedumbre formaba unos remolinos impresionantes. Y el *clamor*, alucinante. Nunca había visto a un público inglés vibrar de esa manera. Era un auténtico placer para la mirada.

Recuerdo que en los primeros tiempos de los Pistols lo único que podías escuchar era a algún tarado que gritaba «¡Pírate!». Imagínate, pasar de eso a *esto*. Desde mi posición en el escenario, era una sensación absolutamente maravillosa y, a pesar de todos los altibajos que había tenido con los Pistols, había logrado esta recompensa. No era una recompensa económica: aquello era el placer de haber escrito las canciones, de interpretarlas y de ver cómo el público se había convertido en un elemento esencial en cada una deellas.

Había merecido la pena volver, lidiar con todos los problemas de los Pistols y canalizar de manera positiva una energía que se podía considerar negativa.

Por desgracia, a la espera a que surgieran nuevas ofertas, tuvimos que afrontar algunos parones importantes, y fue entonces cuando comenzaron las discusiones. El siguiente concierto fue en el verano de 2008, seis meses después, y en ese tiempo la energía positiva se dispersó. Las puñaladas y las críticas maliciosas se convirtieron en un pasatiempo. Ya sabéis que no me importa que me insulten, me parece muy bien, pero no puedo soportar las mentiras. Si alguien dice que no aparezco por los ensayos y encima lo suelta en la prensa, sabe que me voy a lanzar a su cuello. Esas cuestiones me molestan.

Cuando llegó el verano nos salieron conciertos aquí y allí, por todas partes: en Las Vegas, por toda Europa, en Japón y de nuevo en Europa. Decidimos que se llamaría la gira de las Cosechadoras. En la portada de «Pretty Vacant» aparecían dos autobuses, en uno ponía «A ninguna parte» y en el otro «Aburrimiento». Así que, ¿por qué no podíamos utilizar dos cosechadoras para separar la paja del heno?

Uno de los primeros conciertos fue el del Festival de la Isla de Wight, un auténtico reto. El promotor, John Giddings, nos había hecho una gran promesa: «Esto es lo que necesitáis: por fin vais a tener un gran éxito». En los ensayos, una semana antes, habíamos estado trasteando con una versión country de «Pretty Vacant». Creí que sería una buena broma para provocar al público, con vistas a metérnoslo en el bolsillo, pero en el escenario, la noche del concierto, Steve Jones y el grupo se negaron a tocar la canción con ese arreglo y me dejaron con el culo al aire, como uno de esos payasos que salen en los rodeos.

Fue un concierto muy bueno, pero el público era un poco raro. Daba la sensación de que estábamos actuando ante un grupo de ancianos en el muelle de Brighton, pues todos estaban sentados en tumbonas, con sus sombreros de ala ancha. Después me dijeron que a la gente le había encantado, pero la verdad es que no gritaban ni chillaban. ¡Se habían quedado estupefactos!

Pero tuvimos otros conciertos bastante alborotados. En Grecia, donde tocamos con los New York Dolls de teloneros, una pandilla de tipos que se definían como anarquistas —aunque creo que la expresión «gilipollas empedernidos» sería más acertada— empezaron a correr entre el público totalmente fuera de control. Llevaban cascos de moto, lanzaban gas lacrimógeno, blandían sus bates de béisbol y se llevaban por delante a todo el que se pusiera en su camino. «Así que esto es la anarquía para vosotros, ¿verdad?» He de aclarar ahora mismo que yo no soy un anarquista, porque he visto cometer todo tipo de atrocidades a la gente de esta ralea. Suelen ser niños mimados de clase media que están amargados: como los de la brigada vegetariana «Meat is Murder»: no puedo tolerarlo.

En cualquier caso, al rato me atizaron en toda la cara con un misil y me hicieron un buen corte. A Rambo le gustaba cómo me quedaba: decía que era muy visual. Las reglas eran éstas: nadie sobre el escenario salvo el grupo y el equipo de sonido, así que, de pronto, vi como entraba en mi campo de visión un palo de unos ocho metros de longitud con una esponja húmeda. No sabía de dónde había salido esa esponja, parecía que estaba empapada en grasa. Alguien gritó «¡no, es un desinfectante!», así que abrí los brazos de par en par, como si me hubieran crucificado, y dejé que me restregaran la esponja, como si fuera el mismísimo Jesucristo. Mi intención era burlarme de aquello y quitarle hierro al asunto, con la complicidad del público. El público lo entendió, pero los de mi grupo, no, qué tristeza. Algunos murmuraban: «Deberíamos largarnos de aquí de una puta vez, se puede armar la de Dios…». Pero yo dije: «¡Yo no me voy *a ninguna parte*!».

El problema de esta gira fue que duró demasiado, hasta tal punto que acabamos hartándonos los unos de los otros, no podíamos ni vernos. Lo mejor de la gira fue que por fin llegué a una conclusión: «¡Nunca más!». Es verdad que siempre pienso «nunca digas de esta agua no beberé», pero sentía con todo el corazón que ya no pertenecía a este grupo. Un concierto aislado, quizá, pero tenía claro que no volvería a salir de gira con ellos, ni escribiría canciones nuevas, que era lo único que podía hacer que nos mantuviéramos unidos. Nunca pienso en los Pistols cuando se me presenta la oportunidad de escribir una canción. Los Pistols son un hecho histórico y eso no se puede negar. Fue una hazaña increíble. Y quiero que se recuerde así. No quiero grabar *Never Mind The Bollocks 2*, porque eso arruinaría todo.

Hacia el final de la gira, dimos un último concierto en Londres, en el Hammersmith Apollo, y fue estupendo. Había una onda muy hogareña esa noche, porque la sala estaba a la vuelta de la esquina de mi casa de Fulham. Además, al día siguiente Steve Jones cumplía años. Él no sabía que yo estaba al corriente y conseguí

que el público le cantara «Feliz cumpleaños, gordito». Fue un momento de nuestra relación que recuerdo con cariño. Puede ser una persona bondadosa y divertida, pero también tiene ese lado de «forúnculo supurante». Supongo que todos lo tenemos, somos humanos. Esa noche, tocó de miedo, se convirtió en el Steve Jones que te pone los pelos de punta, el Steve Jones que lo borda. A veces puede ser un guitarrista excepcional.

Después de este concierto, los promotores nos hicieron algunas promesas de futuro, bastante vagas todas ellas, pero todo quedó en agua de borrajas. Por fin, hablé por teléfono con Paul Cook y me dijo: «Supongo que es el momento de darle carpetazo al asunto, John, ¿a ti qué te parece?». Y dije: «Sí, estoy de acuerdo». Básicamente, ya no me sentía bien. Miraba al grupo y pensaba: «Todavía no estamos demasiado desfasados. No creo que nos vaya a ir demasiado bien en el siglo XXI». La perspectiva parecía bastante aburrida. Y Paul estaba de acuerdo conmigo, creo que los demás también: no queríamos retroceder para plagiar nuestras canciones antiguas.

Habría sido muy bonito pensar que podíamos ser amigos al margen del grupo, pero, cada vez que nos juntamos nos convertimos, por alguna extraña razón, en enemigos mortales. Es difícil de explicar, pero llegó un momento en que había demasiadas presiones. Supongo que nos metíamos demasiado en la vida de los demás y, cuando eso sucede, todo se vuelve muy infantil. Siempre he dicho que trabajar en la industria musical te rejuvenece. En el caso de los Sex Pistols es una verdad como un templo. ¡Es el mundo más infantil que conozco!

En las Navidades de 2013 estuve en Londres, fui a ver a mi hermano Jimmy y a su familia y llamé a Paul por teléfono. No estaba, así que hablé con su parienta y con su hija. Les dije que me llamara cuando volviera, pero no lo hizo. Ahora la pelota está en su tejado. Cualquier gesto es importante.

Soy consciente de que es bastante difícil trabajar conmigo. Ha debido de ser una pesadilla para Steve, para Paul y para Glen tener que enfrentarse a una persona como yo, pues no soy «producto en venta». Estoy convencido de que el origen de todos los problemas es que ellos ya tenían un grupo antes de conocerme y que siempre han pensado que cuando yo llegué yo todo se fastidió. Es una conclusión a la que he llegado después de escuchar lo que han dicho los tres en entrevistas a lo largo de los años. Según ellos, los Sex Pistols habría sido una banda de rock realmente buena de no ser por mí. Bueno, a las pruebas me remito.

De una u otra manera, creo que habría desarrollado cualquier otra actividad creativa si ellos hubieran pasado de mí al principio. Igual había otras opciones mejores en ese momento. Podría haber conectado con personas que aspiraran a lo mismo que yo. ¿Quién sabe? Se me presentó esta oportunidad y me lancé de cabeza. Lo cierto es que tenemos una relación: no sabría describirla. No se puede definir el carisma. Pero es evidente que estaba ahí, y sigue estando, en mi opinión. Hay una chispa que aún se mantiene encendida en sus cabecitas. Quizá uno de los inconvenientes es que Paul y Glen siguen viviendo en Inglaterra: Inglaterra es el

lugar del mundo que más envejece.

Me gustaría que fuéramos amigos, lo digo de corazón. Me gustaría que nos respetáramos, pero no he conseguido que rompan esa barrera, ese muro que siempre se ha interpuesto entre nosotros, individualmente y en conjunto. Nunca han sido sinceros conmigo y creo que eso es injusto. Me imagino que tendré que aprender a asumirlo. Durante años lo he sobrellevado y nos fue bien, aprendes a desarrollar cierta capacidad de aguante y de resistencia. Pero, al final, siempre que le doy vueltas a este tema acabo llegando a la misma conclusión: he hecho todo lo que podía con estos tíos y siempre los querré y los respetaré. Y punto. Fin.

Ese mismo año, 2008, no fue nada bueno para mí. A principios de año perdí a mi padre. Murió de repente. Parece ser que tuvo una discusión con la mujer con la que vivía, Mary Irwin, y con su hijo. Resbaló, se rompió la cabeza, tuvo un pequeño infarto y murió. Lo bueno es que cuando le hicieron la autopsia, el patólogo dijo: «Sé que esto que te voy a decir es terrible, pero casi mejor que tuviera una muerte rápida, porque estaba invadido por el cáncer y, de lo contrario, habría muerto de forma lenta y dolorosa». «Pfffff, qué buenas noticias ¿no?» Bueno, parece ser que sí. Lo que está claro es que fue muy doloroso.

Mary Irwin, la novia de mi padre, tenía cierta relación con sus primos: todo tenía que quedar en familia, supongo, al más puro estilo Lydon. Mi madre había muerto hacía treinta años y yo nunca he sentido la más mínima animadversión hacia las novias de mi padre. Era algo normal, era humano, pero esta mujer en concreto nunca me había gustado, porque me daba la sensación de que no tenía buen fondo. Era muy avasalladora y mezquina. Los problemas comenzaron cuando dijo: «¡Ahora soy tu mamá! ¿Te das cuenta?». «Vamos, hombre, soy un señor mayor, no nací ayer. ¿Te crees que soy gilipollas?» Creo que, en el fondo, tenía la esperanza de haber sido el auténtico amor de mi padre, no sólo una pajarraca con la que le dio por encamarse cuando se hizo viejo. Es lo que suelen hacer los irlandeses y estoy seguro de que también sucede en el resto del mundo. Estás viejo, ¡no quieres morir solo!

Mi padre nunca habló demasiado conmigo, pero supo guiarme bien y me educó en la subversión. Como he dicho antes, en sus últimos años nuestra relación se había estrechado mucho. Dos años antes de que muriera, había declarado en una entrevista que era uno de mis mejores amigos, por eso me afectó tanto cómo y por qué murió y por eso le echo de menos. Me partió el corazón. No pensaba que fuera a reaccionar así, pero lo hice.

Cuando me enteré de que había muerto, tomé un avión a Londres y fui directamente a casa de mi hermano Jimmy. Estaba tan agotado que me quedé dormido en el sofá. Luego me sentí fatal, porque sabía que Cathy, la mujer de Jimmy, le tiene mucho cariño a ese sofá y yo llevaba dos días sin ducharme. Después me fui a nuestra casa de Fulham, puse una silla en el centro de la habitación y, sencillamente, intenté hablar con mi padre. «Hola, papá, bla, bla, bla.» Lo que se le

suele contar a unpadre.

La gente a la que quieres, cuando muere, se va para siempre. Nunca tengo la sensación de que sigan entre nosotros. No regresan, han desaparecido, no están. Es algo muy difícil de asimilar. Lo mismo sucede con los enemigos: cuando se van, los echas de menos. Quien dice lo contrario es porque no es humano.

Lo que quería contaros es que a veces «veo cosas». No se trata en ningún caso de personas concretas, sino de energías, sentimientos que percibes. Pero con mi padre, sabía que se había ido para siempre, su energía se había desvanecido y me sentía profundamente solo, un sentimiento que no experimentaba desde que murió mi madre. Allí estaba yo, sentado, en una silla, sin más, en el cuarto de estar. La coloqué deliberadamente en el centro de la habitación, para lograr un efecto casi dramático, supongo. Iba a poner un disco, escuchar música. Encendí el equipo, pero al final no llegué a hacerlo. Así que me senté allí en silencio y permanecí así una eternidad. Después me di cuenta de que habían pasado unas dieciocho horas. Mi hermano Jimmy vino a recogerme. «¡Sé que estás ahí, sé lo que estás haciendo, déjanos pasar!» Y tenía toda la razón.

En el funeral de papá, lloré tanto que estuve a punto de perder el conocimiento, algo que no me había sucedido con mi madre. Se suponía que tenía que pronunciar una especie de discurso, pero no pude. No supe encontrar las palabras. Me levanté y me largué cuando me dio la gana —el parloteo del cura me parecía realmente aburrido— y me incliné sobre el ataúd para besar en la mejilla el cuerpo sin vida de mi padre. Lo miré y dije: «¡Es mi papá!», y me derrumbé. Lo echaba muchísimo demenos.

Afortunadamente, la prensa no hizo acto de presencia. Quizá decidieron respetarme, pues muchos de los periodistas que en condiciones normales me apuñalarían por la espalda se portaron realmente bien y me dejaron en paz. Quizá exista cierto poso de amabilidad, la conciencia de que hay unas fronteras que no se pueden cruzar, porque los he visto reventar los funerales de otros personajes famosos. La perspectiva de que te aborde un periodista corriendo con una cámara y te pregunte «¿qué sientes por la muerte de tu padre?» es terrible, no quiero ni pensarlo. Todo se ha vuelto *tan* grotesco.

Después del funeral, para homenajear a papá, nos reunimos en un pub del norte de Londres, muy cerca de nuestra casa de Benwell Road. Acudió muchísima gente. Fue todo un acontecimiento para la comunidad, por eso se acercaron tantos vecinos para presentarle sus respetos. Nos conocíamos todos, aquello fue un sorprendente acto de afirmación de la comunidad, de la manera más dolorosa que os podáis imaginar. La muerte de mi padre había afectado a mucha gente. Fue una auténtica reunión de clanes, lo habitual entre la gente de clase obrera. Y precisamente en este pub, un local que suelen frecuentar los gánsteres.

Estuve charlando con algunos personajes importantes que se habían reunido allí para decir adiós a mi padre, todos del Arsenal, como debe ser. Lo querían porque era

del barrio, por lo que somos y por el espíritu de comunidad. Y, hasta ahí, todo se desarrolló con normalidad. Los problemas empezaron cuando los primos lejanos de Galway empezaron a dar la nota. Gente escandalosa y desagradable. Ahí estaba yo, intentando sobrellevar la situación de la mejor manera y una de las hijas de mi primo se para delante de mí, se levanta la falda y empieza a bailar. «¡Mira cómo bailo! ¿Me compras un tebeo?» Y le dije: «¡No!». A lo que respondió, «¡Eres un gilipollas!».

No sabían comportarse. ¡Qué horror! Algunas personas están verdaderamente enfermas. Es como si los irlandeses estuvieran empeñados en dar la nota cada vez que salen de su país y se comportan de cualquier manera excepto como lo hacen en Irlanda. Tenía la sensación de que estaba dirigiendo un cástin en el funeral de mi propio padre. Y esa niña no fue la única que no supo comportarse. Otros dos se pusieron delante de mí y empezaron a cantar «Danny Boy», una canción que me revienta bastante.

Jimmy, en aquel entonces, estaba recuperándose de un cáncer: aún no sabíamos si se iba a curar del todo. ¡Ay, menudo golpe! Y, además, por partida doble. La pérdida de mi madre, cuando apenas tenía veinte años, había sido muy dura, pero cuando murió mi padre sentí durante una buena temporada que nada tenía sentido. Estoy seguro que no habría conseguido superarlo de no ser por Nora, que me recordaba en todo momento que ella también había pasado por este trance.

Siento una tristeza inmensa cada vez que hablo de estas cosas y soy consciente de que estoy aburriéndoos. La gente que no quiera leerlo, que se vaya a la mierda, porque esto-es-la-vida. El que quiera que se vaya a hacer puñetas con su ideología punk, pero que sepa que no conoce para nada al ser humano. Para mí, el punk *es* humano, no es una chorrada vacía, sin sustancia, no todo se reduce a ponerse el último modelito punk, por Dios. Toda mi obra está basada en mi gente, mi comunidad, mis amigos y mi familia. Y he perdido a parte de mi familia, sólo me quedan mis hermanos. Me gustaría que entendierais que en la vida suceden este tipo de cosas. Gracias por escuchar.

He descubierto que la verdad es mucho más interesante que todos los chismorreos que aparecen en los libros de historia. La realidad nunca es tan sencilla como les gustaría a los que mandan. La Guerra Civil Americana no se libró para liberar a los esclavos. Eso es una tontería. Nunca se ha hecho una guerra por motivos morales. Las causas son siempre económicas. Basta con echar una ojeada a la historia.

Es fascinante averiguar, por ejemplo, que los americanos llamaban «negros» a los irlandeses. En esa época, los identificaban con los afroamericanos. Era el término que utilizaban para designar a los seres inferiores.

Mi asociación con Bodog se prolongó más allá de *Battle of the Bands*. Poco después estuve trabajando en el proyecto para una serie que iba a llamarse *Johnny Rotten Loves America* [Johnny Rotten ama a América] que nunca llegó a realizarse. La idea era sacar a la luz los trapos sucios de la historia de Norteamérica o

profundizar en algunos episodios poco conocidos. Queríamos seguir la pista de los «soldados búfalo» —soldados de caballería de ascendencia africana de los que nunca se habla en los libros de historia—, pero Rambo pensó que era mejor centrarnos en los soldados negros del ejército confederado, porque casi nadie se cree que existieron en realidad.

Localizamos a un maestro de escuela jubilado que se llamaba Nelson Winbush. Su abuelo, afroamericano, había luchado en la Guerra Civil contra los ejércitos del norte. Nelson es una de las personas más interesantes que he conocido en mi vida. Recordaba perfectamente a su abuelo y había asistido a su funeral. Parece ser que habían cubierto el ataúd con una bandera confederada. Nelson nos enseñó la bandera y algunas fotos de su abuelo. También nos mostró la libreta de la pensión que le había concedido el Estado del Sur. No solían conceder pensiones, pues la región había quedado totalmente arrasada después de la guerra y apenas disponían de dinero, pero, a pesar de todo, le asignaron una pensión por los servicios que había prestado.

Me quedé patidifuso, porque no había oído hablar en mi vida de estas cosas. La historia de Estados Unidos no es tan sencilla de explicar como parece, ¿verdad? Está rodeada de misterios. Soy un entrometido por naturaleza e intentaba averiguar qué había sucedido en realidad. Estuvimos considerando la posibilidad de hacer un programa dedicado exclusivamente a la verdadera historia de la Guerra Civil desde el punto de vista de los negros, pero sucedió algo muy extraño, Bodog paró todo y, por desgracia, el programa nunca llegó a realizarse. Me encantaría retomar este proyecto algún día.

Recibí otras propuestas para trabajar en televisión, pero eran inviables, porque me exigían que firmara contratos de larga duración y que trabajara en exclusiva para una sola cadena. Tampoco me dejaban elegir los contenidos de los programas. Básicamente, querían atraerme utilizando como reclamo un contrato estable y eso no me interesaba en absoluto. Tendrían ciertos derechos sobre mí y tendría que hacer lo que ellos me dijeran. ¡Y eso, para mí, es *imposible*! Puedo hacer programas aislados sobre un tema que me guste de verdad, también una serie completa, pero no estoy dispuesto a convertirme en la marioneta de un canal de televisión durante años y a presentar toda la basura que me endilguen. Soy bastante selectivo. Me niego a limitarme de esa manera.

Como había participado en *I'm a Celebrity*, creyeron que no me importaría salir en un programa llamado *Celebrity Circus*. No me gustan nada los circos: conducen inevitablemente al maltrato animal. También odio a muerte los zoológicos, esas cárceles pa-ra animales salvajes. Era como si no hubieran prestado la más mínima atención al contenido de los programas de naturaleza que había hecho hasta entonces. Por una parte, te sientes profundamente indignado, pero, por otra, te sientes obligado a reunirte con esta gente para explicarles que están equivocados. Y sabes perfectamente que, al final, no se van a enterar de nada. Te responderán con algún comentario ridículo del estilo de «bueno, podemos ofrecerte más dinero». Lo siento,

no, lo que digo, lo digo con el corazón.

Y tampoco voy a dedicarme yo mismo a reunir dinero para producir un programa de televisión, porque, evidentemente, si lo consiguiera, lo destinaría a la música.

Fue entonces cuando me propusieron hacer el anuncio de la mantequilla Country Life para la televisión británica. Comprendía que aquello tenía un gran peligro y me tomé mi tiempo antes de decidirme: la verdad es que me parecía una chaladura. La situación era la siguiente: «¿Cómo? ¿Esta gente piensa que va a conseguir vender mantequilla utilizándome a *mí*?». Desde la primera reunión, la agencia de publicidad y la propia marca Country Life me mostraron un respeto casi abrumador. Habían decidido asumir un riesgo real al apostar por mí, y estaban dispuestos a darme carta blanca, con algunas restricciones, por supuesto, sin utilizar demasiados guiones. Se portaron de una manera honesta, correcta y profesional, los modales que tanto había echado de menos en el trato con las discográficas. Ninguna falsedad, ningún engaño, ningún soborno. No tenían la más mínima intención de obligarme a hacer algo que yo no quisiera hacer. Ninguna triquiñuela en la redacción del contrato. Daba gusto, la verdad.

Después, me puse en su lugar y le vi la parte divertida. Empezaba a perfilarse como un plan perfecto, absolutamente alucinante y acertado: la idea más anarquista que me habían propuesto jamás: ¡una campaña publicitaria de mantequilla! ¡Guau, menudo reto! ¿Quién era capaz de afrontar algo semejante? Pero, luego, después del shock inicial, lo analizas y piensas: «¿De qué va esto exactamente? Vale, yo *consumo* mantequilla, *me gusta* la mantequilla, no se puede hacer un buen curry *sin* mantequilla —o sin mantequilla clarificada, si nos ponemos en plan puntilloso—. ¿Alguna vez has intentado comerte unas alubias con tomate en una tostada sin untarle mantequilla?». Mmm. Por Dios, estos tíos me habían convencido.

Aquello no tenía nada que ver con utilizar una canción antigua de los Pistols para vender cualquier mierda, algo que arruinaría la canción para siempre, porque muchos fans dejarían de tomársela en serio. Estaba felizmente convencido de que conseguiríamos promocionar la industria ganadera británica. De hecho, eso fue exactamente lo que hicimos, ¡Levantar la industria británica! En los anuncios se animaba al consumidor a comprar productos británicos y disfruté un montón haciendo el bobo en la campiña inglesa enfundado en un traje de tweed. De hecho, es un atuendo mucho más práctico para protegerte del clima helador y lluvioso de Gran Bretaña que la ropa de esquiar de nailon. La relación con el resto de las personas implicadas fue muy abierta, lo cual favoreció un estado de ánimo muy positivo, aunque sabíamos que nos enfrentábamos a una posible debacle comercial. Creo que transformamos toda esa energía en algo impresionante. Por suerte para la industria ganadera británica, el anunció funcionó de maravilla.

Los anuncios tuvieron tanto éxito y fue todo tan rápido que a veces me daba la sensación de que había perdido las riendas, pues aquello se convirtió en un auténtico fenómeno de masas. Por supuesto, generó reacciones negativas, odio y, una vez más,

la eterna frasecita de «te has vendido». Había tenido que hacer frente a esa chorrada desde los comienzos de mi carrera musical. Siempre tendría que aguantar a mis eternos detractores. Sin embargo, hay que reconocer que el señor Rotten consiguió incrementar las ventas de mantequilla británica en un 85%. «¡Así que tengo mi público!» La gente me conoce y me respeta.

A continuación, sin quererlo ni beberlo, me vi envuelto en una auténtica «guerra de la mantequilla», cuando los responsables de la marca New Zealand Anchor empezaron a insultarme en Internet. La marca de mantequilla Kerrygold también arremetió contra mí: «Si te precias de ser irlandés, deberías haber anunciado la mantequilla Kerrygold». Bueno, veréis, ninguna de estas marcas me lo propuso. ¡De pronto me había convertido en un valioso artículo de consumo!

Todo empieza con una decisión arriesgada y, después, una cosa lleva a la otra. De pronto, se te presenta una oportunidad muy buena para desarrollar tu creatividad y, de la noche a la mañana, todo el mundo vuelve a prestarte atención. Mi relación con las discográficas seguía en un punto muerto y, cada vez que intentaba sacar adelante un nuevo proyecto, me topaba contra una barrera económica que era imposible superar.

Así que dediqué hasta el último penique que gané con esos anuncios a poner de nuevo en marcha Public image Ltd. Tenía dinero suficiente —no era una cantidad desorbitada, pero sí una suma interesante— para reunir a unos cuantos músicos y empezar a ensayar. Luego, la verdad es que, a base de trabajo, conseguimos vivir de las giras y, después, grabamos un disco sin tener que acudir a una discográfica. Al final, todo salió bien: ahora tenemos nuestro propio sello, PiL Official Ltd, y nuestra propia compañía de publicidad. Y toda esta libertad la conseguí gracias a esos anuncios.

¿Quién censura al censor?
Quinta parte: resistencia pasiva

Gente a la que admiro: Christiane Amanpour, la periodista de la CNN. Me encanta porque es capaz de interrumpir la corrupción de la historia sobre la marcha. Todas sus intervenciones en la televisión me parecen fascinantes. David Attenborough, por su pasión por la naturaleza, «naturalmente». Gandhi es mi héroe, por encima de todos los demás. Si hay que quedarse con uno, que sea un héroe cuya única arma es la sabiduría.

Para mí, lo que cuenta es el esfuerzo, no los resultados. No importa ganar copas o ligas: desde el punto de vista emocional, los luchadores superan a los triunfadores. Admiro de verdad a las personas que luchan, me identifico con ellas, con los que intentan cambiar en lugar de dormirse en los laureles de la victoria. Ese valor está presente en todas las personas que acabo de citar. Te ayudan a pensar, a hilvanar ideas, y eso es maravilloso.

Tengo una mentalidad abierta para los políticos, pero el corazón, cerrado. Y, desde luego, he cerrado la puerta a todas las religiones, sobre todo a la basura new age. No lo puedo soportar. Esa tendencia al psiquismo me saca de quicio, porque me parece un despilfarro absoluto de energía. No son más que agencias de publicidad que nos venden la misma mierda regurgitada. Esta veneración por una energía superior que toma todas las decisiones en tu nombre. Es una idea castrante y yo les tengo un gran aprecio a mis testículos.

Todo aquello que me ayude a poner en acción los engranajes de mi cerebro, incluso las ideas negativas —*en particular* las ideas negativas, a veces— se traduce al final en un incremento de mi poder y me beneficia. Conoce a tu enemigo: cuanto más lo conozcas, antes comprenderás que, en realidad, es tu amigo. Empiezas a desarrollar la empatía —esta palabra, una vez más— y, en ese momento, la amargura del antagonismo desaparece y acabas descubriendo que tenéis cosas en común.

Por supuesto, hay algunas teorías que nunca podré defender. El racismo es una de ellas. Es absurdo: todos venimos del mismo atasco primigenio. A las personas hay que juzgarlas por sus actos y lo demás no cuenta demasiado. Lo que hay que tener en cuenta es lo siguiente: ¿es una buena persona o una mala persona? ¿Es un mentiroso, un tramposo y un impostor o es auténtico?

Crecí en un barrio muy heterogéneo y nunca he tenido esa sensación de: «Ay, míralos, son diferentes». Allí éramos todos diferentes, pero todos iguales. Los mismos problemas, los mismos colegios, las mismas viviendas. ¿Qué sentido tenía pelearse con otro por esas cosas? Lo que habría que hacer es prestar atención a los capullos —por decirlo suavemente— que nos han situado en esa posición, a los responsables de la falta de oportunidades. Porque la culpa no es nuestra, a nosotros nos gusta trabajar, gracias. Queremos progresar, salir adelante.

Por supuesto, siempre corres el riesgo de que te envíen a la brigada que se ocupa de «devolver a la gente a su lugar». Eso no ha cambiado demasiado, ¿verdad? ¿Y a quién hay que devolver a su lugar? Decidme: ¿quién puede asegurar que es cien por cien británico y definir qué significa exactamente ser británico? Esta isla ha estado abierta a todas las razas, credos y colores desde que el hombre puso el pie en ella por primera vez. La propia lengua inglesa es una adaptación de otras lenguas europeas, mezclada con un poquito de esto y otro poquito de aquello. ¿Hasta dónde hay que remontarse en realidad? ¿De qué estamos hablando? ¿De Albión? ¿De los sajones? ¿Y qué pasa con los anglos, que vivían aquí antes que ellos? ¿Y los celtas? ¿Y antes de los celtas, quiénes eran los pobladores de esta isla? ¿De dónde vinieron todos estos pueblos?

Siendo el mundo como es, la gente se dedica a cambiar de sitio. La sangre que corre por mis venas es la misma que la de cualquier otro ser humano de este planeta. La misma. Una sangre, eso es lo que somos, una especie. No hay ningún rasgo específico que nos impida mezclarnos y emparejarnos. No somos como los chimpancés y los gorilas, por poner un ejemplo. En la medida en que podemos

mantener relaciones sexuales los unos con los otros, somos iguales. Y si quieres decir que somos unos mestizos, pues me parece muy bien, eso es lo que somos, como los chuchos. Es la variedad infinita de la especie lo que nos permite seguir adelante, pues el acervo genético se renueva constantemente. No puede ser de otra manera. Sólo hay que fijarse en la absurda endogamia de las familias reales para ver los resultados opuestos: toda una colección de individuos cortitos de mente. Sobre todo los varones.

Pero nuestros monarcas también tienen un poco de alemanes, pasando por Grecia. Y por Rusia. Hola, Habsburgo, ¿qué tal os va? Gracias por ser tan poco ingleses. La pureza racial no tiene sentido en cuanto indagas un poco. La pureza de clase, menos aún. Lo único que revela es la codicia de los que no quieren compartir su parte del pastel: un sinsentidototal.

Me resulta mucho más fácil entender a mi gente que comprender la actitud de la aristocracia terrateniente. Lo único que distingue a la clase trabajadora de la clase media es la maldición de la educación. En los principios educativos se encuentra implícita cierta prepotencia que favorece el desarrollo de los sentimientos de superioridad y de inferioridad. No hay muchas más diferencias que ésa. No se puede afirmar que se trata de una cuestión económica. Por lo que he visto, la clase media no es mucho más rica. ¿Quién crea estas brechas entre nosotros y fomenta estas falsedades? Eso es lo que me gustaríasaber.

No me gusta hablar de inmigración, prefiero hablar de migración. Creo que es muy saludable para nuestra especie esa costumbre que tenemos de movernos constantemente de un lado a otro del planeta. A veces, determinados grupos de personas se ven obligados a hacerlo por motivos económicos. Nadie lo hace con malas intenciones. Todo el mundo ama la idea de patria. Yo antes también, pero ahora tengo una visión más amplia. El planeta es mihogar.

Me emociona lo mismo estar en Shangái que en cualquier otro lugar de la Tierra, me siento como en casa allí y en cualquier otra parte. Me encanta la vitalidad de Shangái y me siento orgulloso de pertenecer a la raza humana cuando veo cómo se ha desarrollado este país. En China hay muchas cosas negativas —creedme, no soy tan ingenuo—, pero creo que la energía, la motivación que fomentan en esta nación es muy interesante. En este aspecto, Gran Bretaña va a la zaga. El entusiasmo ha pasado a la historia. Se ha impuesto la indolencia, la pereza. No puedo soportar a la gente que dice «no puedo hacer nada». Por supuesto que se puede. Eso es una chorrada.

En marzo de 2013, estuvimos en China cerca de una semana con PiL. ¡Qué ansia por aprender tienen los chinos! El gobierno les raciona la información de lo que sucede más allá de sus fronteras, así que cuando estás allí es muy emocionante intentar comunicarte con ellos. Son muy habladores, amables y abiertos y lo único que quieren es *saber*: conocer las partes de la película que ellos no pueden ver. De manera lenta pero segura les haces entender que están manipulándolos, y eso sin duda es positivo. Abren su mente, empiezan a pensar por sí mismos como individuos, cuando descubren que la censura les ha negado muchas cosas. ¿Cómo es posible que

en Oriente no se conozcan las payasadas que yo hago en Occidente? Me parece increíble.

Los funcionarios del gobierno que nos tenían que conceder el visado, analizaron cada una de las palabras de cada una de las canciones que íbamos a cantar. Y ¡sorpresa! Decidieron que sí, que podíamos actuar. El problema era que muchos de nuestros discos y del resto de mi obra eran totalmente desconocidos en este país, de manera que lo que intentamos fue presentar nuestro último álbum, *This Is PiL*, y dar a conocer el resto de nuestro repertorio. Así que el concierto fue un catálogo completo de la historia de PiL. Eso los sorprendió muchísimo. Pero cuando escucharon las canciones de PiL, conectaron enseguida. Es muy difícil resistirse a las texturas, las tonalidades, las progresiones y la amplitud y el placer y el dolor de la música.

Apenas pudimos dormir de lo emocionados que estábamos. Es mi forma de ser. Aprovechamos para ensayar allí mismo, porque era el primer concierto de la gira. Pekín, he de decir, no me dejó precisamente con la boca abierta: había tanta contaminación que ni siquiera te atrevías a abrirla. No entiendo cómo la gente puede vivir en ese ambiente. Aquí, en Los Ángeles, todo el mundo se queja de la polución constantemente, y con razón, pero, a ver si os enteráis, no es nada en comparación con la de Pekín. Allí es una exageración, no tiene nada que ver.

Cuando estás en el escenario, es imposible, literalmente, hacer llegar a los pulmones el aire suficiente para cantar una canción en condiciones. Es como si te asfixiaras lentamente. Te asustas, además, cuando no puedes respirar, sobre todo en plena actuación, porque el lugar donde tocamos en Pekín estaba hasta los topes. ¡Había aún menos oxígeno del habitual y encima todo el mundo fumando, yo incluido!

Una de las cosas que hay que hacer en China, también en Rusia, es no obsesionarse con los discos piratas, porque es la única manera que tienen de descubrir tú música, a través del contrabando. Aunque es cierto que las mafias se lucran con este tipo de prácticas, ésa es la única manera de hacerles llegar la información. Hay que sonreír y apretar los dientes. Te están estafando, pero al mismo tiempo estás pasando información y eso es mucho más importante. Si me dedicara a esto sólo por el dinero, bueno, no iría a China ¿verdad?

Supongo que China y otros países similares son la nueva frontera de la música occidental y la inocencia con la que se acercaban a nosotros era mutua, porque yo desconocía totalmente su cultura. Es en ese punto cuando se puede empezar a hablar. Sientes la misma perplejidad que ellos, pero también curiosidad y fascinación y, en este contexto, a veces se producen situaciones maravillosas en los camerinos. Por lo general, suelo evitar este tipo de situaciones, pero cuando tienen lugar en territorios nuevos e inexplorados, me apunto enseguida. Y puedo aguantar toda la noche. Porque ese ejercicio de asimilación de información te aporta la energía necesaria para el siguiente concierto, más aún que el sueño y el descanso: ser capaz de renunciar al descanso y saber que has hecho algo bueno y que has aprendido muchascosas.

Me alegra que las autoridades chinas rechazaran a otros grupos de rock. A todos esos músicos que se unieron a las asociaciones de estudiantes que pedían «libertad para el Tíbet» o lo que fuera. Bueno, creo que antes de exigir la libertad para otros pueblos, deberíamos liberarnos nosotros. No considero que la sociedad británica se caracterice precisamente por la libertad. Aún tenemos que enfrentarnos a la censura y, por si eso no fuera suficiente, hay que hacer frente a las burlas de la prensa. Desde hace mucho tiempo se ha impuesto una cultura mediática que ha logrado convencer a la gente de que la música ya no sirve para cambiar las cosas, así que ¿para qué molestarse? Lo único que os pido es que comprobéis quiénes son los dueños de esas publicaciones. ¿Es necesario que siga hablando? Todos los periódicos y canales de televisión que apoyan esta teoría lo hacen porque están forrados, ¿no es cierto? Así que se trata, una vez más, de mantenernos en la estupidez, una religión que se presenta con otro envoltorio. Nunca os rindáis. No hay nada por lo que rendirse.

Creo que se pueden cambiar las cosas, pero no a costa de nadie. En 1989, cuando la gente se levantó en contra del impuesto de capitación de Margaret Thatcher, me pareció perfecto. Estaba de acuerdo con ellos, pero no entiendo por qué los manifestantes asaltaron un McDonald's. ¿Qué demonios significaba eso? Los motivos de la protesta estaban muy claros: «Levantémonos e intentemos solucionar los problemas específicos que tenemos con el impuesto capitación». ¿Qué pintaban los *cheeseburguer* en esa historia?

Los disturbios de Tottenham de 2011 fueron igual de absurdos. La muchedumbre olvidó cuál era la causa y el objetivo del levantamiento y se puede decir que aquello se les fue de las manos. Pero en este tipo de situaciones siempre hay algún manipulador que intenta favorecer sus intereses particulares. Siempre que te encuentres rodeado por una multitud, no sigas a cualquiera. Asegúrate de que sabes quién es y de que estás de acuerdo con sus ideas. Para mí, es de sentido común, pero es algo que aprendes cuando has crecido con el fútbol. Nosotros no nos dejábamos guiar calle abajo por el primer gilipollas que nos decía «¡por aquí, colegas!». Para que lo siguieras, se lo tenía que haber ganado.

Por tanto, estoy en contra de todas esas manifestaciones sin sentido, sobre todo cuando, al final, mueren personas inocentes. En los disturbios de 2011, por ejemplo, sucedió algo totalmente absurdo: ¿Por qué demonios les dio a esos idiotas por destrozar la insignificante peluquería de aquella mujer? La violencia se puso al servicio de otros fines y ninguna de esas personas pretendía solucionar problema alguno. Insisto: creo que la violencia no conduce a nada, sólo sirve para que la gente de la peor calaña manipule a la muchedumbre a su antojo y el resultado final siempre es la estupidez. Siempre. En ese momento, el motivo inicial de la manifestación ha pasado a la historia para siempre.

Así que al final acabaron saqueando las tiendas para robar televisores con pantalla de plasma. Una vez más, estamos ante el poder de la publicidad. La parte fea de la publicidad: el mensaje es «Todo el mundo tiene que tener una de esas teles». Y todo

el mundo se hizo con una. Como no podían comprársela por medios legales, la consiguieron por las malas. Una invitación a los ladrones y eso no tiene nada que ver con la causa que desató la protesta.

La policía disparaba a la gente en la calle: Dios mío, eso fue una de los principales motivos que desencadenaron los disturbios de Tottenham. Dice mucho de Gran Bretaña que los disturbios se propagaran porque el resto del país se dio cuenta de que la policía daba palos de ciego, de que nadie se responsabilizaba y de que carecían de los medios necesarios para frenar aquello. Una información muy valiosa para alguien como yo, pero, una vez que se enteraron las masas… «¡Quiero unas Adidas y un teléfono Samsung!».

En los últimos tiempos, cada vez que vuelvo a Londres puedo percibir ciertas tensiones raciales que no tienen justificación alguna. El pobre polaco que acaba de bajar del avión viene para trabajar y para ganar dinero. Tiene la actitud típica de la clase obrera. No considero que esté quitándole el trabajo a nadie. No es el enemigo. El enemigo es el gobierno que ha creado esa situación y al gobierno le interesa que nos enfrentemos con este pobre señor. En realidad son como nosotros, sólo quieren lo mejor para su familia.

No quiero que esto se interprete de manera equivocada, pero Rambo y yo siempre decimos en broma: «¿Cuántas cornisas de los edificios georgianos de Londres se habrán cargado a estas alturas los albañiles polacos?». ¡Ha desaparecido por completo la ornamentación de los edificios! ¡La ornamentación ya no está de moda!

Además, la arquitectura moderna de Londres me parece lamentable. Me gustan algunos edificios, pero, en general, me resultan fríos, indiferentes y aburridos. Tuberías de acero en la fachada exterior de un edificio, templos de cristal: es todo muy impersonal. Soy incapaz de encontrarle la gracia a esa arquitectura que no me parece acogedora en ningún sentido. Es cierto que la arquitectura georgiana también transmitía una imagen imperialista de superioridad, pero era hermosa. Por lo menos, era un ideal al que se podía aspirar. El labrado de la piedra implicaba un esfuerzo y se prestaba atención a los detalles, algo que siempre resulta fascinante. De alguna manera, tenía ciertas aspiraciones artísticas.

Pero, por Dios, ¿habéis visto ese edificio que parece una cafetera eléctrica? ¿Cómo se llama, el Gherkin? ¡Dios mío, ¿cómo pueden hacer eso? Y esa nueva mole de cristal, el Shard, es altísima, un auténtico rascacielos. Me parece una obra totalmente antisocial. Estropea y desgarra el cielo. Es diabólica. Me gusta lo moderno, me gusta estar al día y me gusta superarme, pero no veo la necesidad de fastidiar a la gente que tiene que vivir en ese entorno. Prestad atención a nuestras necesidades y hacednos la vida más cómoda, para que nos sintamos orgullosos de vivir allí. Pero eso no es lo que está sucediendo. La arquitectura contemporánea se encuentra completamente aislada de las personas, lo mismo que el arte contemporáneo en general. Ha quedado reducido al arte por el arte. Nadie se implica.

Quizá estos edificios sólo se construyen para desgravar impuestos. No me

parecen monumentos que conmemoren con orgullo las hazañas de una nación.

En lo que respecta al mantenimiento del orden público y la vigilancia de las calles, todo se reduce a la protección de los ciudadanos más ricos. Si cometes un asesinato, te caerá una condena mucho más leve que si atentas contra la propiedad privada de la gente pudiente. Este tipo de fenómenos demuestran a la perfección hacia dónde se dirige la sociedad. Eso anula la creatividad y, cuando la gente no puede ser creativa, pone su gran talento al servicio de otros fines. Si se deciden por el crimen, imaginad hasta dónde pueden llegar. Cuando te cierran todos los caminos, sueles tirar por el de en medio.

Parece ser que el sentimiento de vecindad ha desaparecido. No puedo hablar por los jóvenes, pero sí puedo hablar con ellos. Los tiempos han cambiado. Hemos tenido un gobierno insensible y despiadado del Partido Conservador: una coalición, en teoría, pero, en la práctica, dos gilipollas por el precio de uno. Antes habíamos podido gozar del gobierno del Partido Laborista de Blair, aún más distante. Combinados, estos dos presidentes han dado pie a una serie de problemas bastante graves. Gran Bretaña se está desintegrando poco a poco, y no es una imagen agradable de ver.

En muchos sentidos, cuando pienso en los Sex Pistols, me doy cuenta de que fuimos, con diferencia, los primeros heraldos de la fatalidad. Sin embargo, también supimos ofrecer esperanza, pues una vez que descubres estos problemas y a sus responsables, al menos tienes la oportunidad de cambiarlos. Y, de nuevo, volvemos a la censura. La censura conserva su vigencia, tan nociva como siempre, o incluso peor. Gracias a los Pistols y a otras figuras similares, han aprendido a cerrarnos las puertas. Los medios de comunicación son una buena herramienta para ello. Según las últimas investigaciones que se han hecho públicas sobre las escuchas telefónicas y demás, el gobierno estaba implicado en estas actividades y lo mismo se puede decir de la policía. Es una verdad bastante extravagante, pero no se puede pasar poralto.

No sé en qué acabaran todas estas investigaciones y procesos judiciales. Hace poco vi en la televisión a Rebekah Brooks, la antigua directora de *News of the World*. Los americanos se partían de la risa. En el juicio declaró que no era consciente de que lo que estaba haciendo fuera ilegal y, al final, la declararon inocente. Venga ya, entonces, ¿qué posibilidades tenemos el resto de los mortales? En esa época salía con Ross Kemp, el actor de la telenovela *EastEnders*. ¡Madre mía, qué relaciones más retorcidas y enmarañadas!

Después, se supo que le habían *prestado* un caballo de la policía un par de años y que David Cameron lo había montado en alguna ocasión. ¡Por Dios! Me pregunto si ese caballo se utilizó alguna vez en operaciones antidisturbios. Es increíble. ¡Hasta dónde pueden llegar los tentáculos de la corrupción! La corrupción, en cualquier país, siempre es vertical, comienza en las altas esferas, no al revés. Así que no arrestéis a los de mi clase social por mangar unos cuantos cachivaches en un callejón. Decid, mejor, qué os parecen los que manejan el dinero que se utiliza para importarlos, no

nos toméis por bobos. O, más sencillo todavía, simplemente, secundad el grito de guerra del *Daily Mail* y echadle la culpa a los paletos. En este sentido, todos somos unos paletos, *todos* nosotros.

15. Mar adentro

Siempre quise reactivar PiL, pero no tenía claro con quién. Cuando pensaba en los comienzos del grupo, Jah Wobble me venía inmediatamente a la cabeza como alguien que estaba ahí en cuerpo y alma. No me parece raro, tengo buen recuerdo de él. No de Keith Levene, evidentemente. No puedo evitarlo. Comprendo perfectamente que Wobble no pudiera trabajar con él. Pero también soy consciente de que el perfeccionismo de Keith impedía que trabajara con Wobble. No podían estar ni en la misma habitación y no era fácil elegir entre los dos.

Pero no me apetecía nada que Keith volviera a entrar en mi vida. Lo tengo clarísimo: es un capullo. Tiene mucho talento, pero no está muy cómodo dentro de su propia piel y lo paga con los demás. No se puede negar la potencia y la belleza de su guitarra en «Poptones», es realmente maravillosa la yuxtaposición de los altos y los bajos. ¡Es flora, es un tapiz! Es un capullo que toca muy bien, increíblemente bien, pero un capullo al fin y alcabo.

Así que llamé a Wobble y le pregunté si le apetecía que trabajáramos juntos de nuevo. Por teléfono parecía que todo estaba más o menos bien, pero cuando surgió la cuestión del dinero… Su mánager pensaba que Wobble era súper especial y súper importante para el proyecto y que tenía que cobrar más que nadie. Lo siento, pero eso no es PiL, adiós muy buenas. Si vais a empezar con esos juegos después de tantos años, no me compensa. ¿Y lo que yo he invertido en este grupo desde el principio no cuenta? ¿Y encima quieres que te pague más?

Wobble era mi amigo y siempre lo será, a pesar de las broncas y los chismes sin consecuencia que ha habido entre nosotros. Eso no cambia nada. Éramos amigos antes de la banda y lo deberíamos ser después. Con la mano en el corazón, no volvería a trabajar con él, pero eso no significa que nuestra amistad deba terminar. Ésa es su decisión y le deseo buena suerte, pero para mí, la gente que ha sido colega mía en algún momento y que yo he respetado como tal, sigue siéndolo a pesar de sus defectos. Hay que perdonar a los amigos. Para eso estamos.

De todas formas, cuando en 2012 me enteré de que Levene y Wobble (notorios archienemigos) habían decidido enterrar el hacha de guerra y trabajar juntos, me pareció descojonante, surrealista. Y, además, decían que yo no sabía cantar. ¿Pues sabéis lo que hicieron después? Me rindieron tributo contratando a un Johnny Rotten versión X-Factor, un tío calcado a mí, para su nueva banda, una especie de PiL de pacotilla. ¡Justo lo que decían que no aguantaban de mí, van y lo copian! En mi opinión, aquello fue una parodia de ellos mismos. No habían evolucionado nada.

A quien de verdad quería en PiL era a Lu Edmonds y a Bruce Smith, que habían estado en el grupo a finales de los ochenta como guitarrista y batería respectivamente. Llamé a Bruce, no había hablado con él creo que en veinte años. Al instante me dijo «¡Hola, John!» y yo empecé a reírme. Es raro, porque cuando había hablado con Wobble al principio no reconocí su voz al teléfono. Parecía un anuncio informativo

intentando decir muchas cosas lo más rápidamente posible. Me dio un poco de mal rollo. Pero con Bruce sentí que no había pasado el tiempo y enseguida me di cuenta de que había sido una buena decisión.

Después de los zumbidos de los oídos, Lu había dejado de intentar convertir el gamelán a los ordenadores de Occidente y se había dedicado a la música acústica. Se hizo una especie de embajador cultural en las antiguas repúblicas soviéticas, en lugares como Kurdistán. Viajaba a diferentes comunidades, llevaba con él instrumentos de la región y enseñaba a los locales su propia cultura, ya perdida. Le rogué que trabajara conmigo y todo lo que me dijo para rechazarme fue esto: «Pero, por favor, John, que no sea con tu dinero». ¿Qué os parece? Qué persona más encantadora. ¿Cómo no voy a querer trabajar con alguien al que le importo tanto? No quería verme perder y se veía como un riesgo y una carga. Le supliqué que intentara verlo de otra manera y, bueno, aquí estamos, los PiL de vuelta.

Después de eso nos fuimos a la caza del bajo y, a través del que era nuestro tour mánager, Bill Barclay, encontramos Scott Firth. Su curriculo incluía desde las Spice Girls a Steve Winwood. Eso sí que es ser flexible, al menos alguien que sabe que a veces tienes que trabajar con quinquis y bacalás. Sabes que hay ética en su trabajo. Hablamos por teléfono y me cayó genial. Desde fuera parecía perfecto para nosotros: ama a su mujer y a sus hijos, esa área de su vida está resuelta, y todo gira en torno a ello. Fantástico, estoy hablando con un tipo estable.

Llegué tarde al primer ensayo de PiL y la verdad es que me alegro. Cuando entré estaban tocando «Albatross», de *Metal Box*. Yo no la había propuesto ni por asomo, pero estaban ensayándola. La puerta del estudio y el micrófono estaban perfectamente alineados. Les pregunté a la gente del estudio si el micro estaba conectado, me acerqué, me puse de cara al batería, y, ¡bingo!, y empecé a cantar directamente. Al instante supe que podíamos funcionar comogrupo.

Fue un momento excelente, mucho mejor de los que yo recordaba: más sólido, más deliberado e incisivo. Eso se lo debemos a Scott. Él ha aportado esa claridad al bajo. Al principio de la banda, era algo más disperso y abrupto porque el chaval estaba aprendiendo.

En cuanto empezamos a tocar juntos, poco antes de las Navidades de 2009, la melodía se hizo más compacta y eso nos permitió dotar la parte vocal de una gran flexibilidad. En el pasado, la flexibilidad tenía que ver con la instrumentación, que iba por donde le daba la gana, pero así es cómo funcionaba. Ahora era mucho mejor, los sonidos eran más duros y las palabras caían donde debían. Se me daba más espacio y eso me permitía cantarmejor.

Me parecía mágico volver a cantar esas canciones. Son la historia de mi vida. Temas como «Death Disco», sobre mi madre. Casi todas las noches acababa con lágrimas en los ojos. En «Public Image», Lu metió un saz turco y lo enchufó como hacía con la guitarra eléctrica. Se trajo un buen repertorio de instrumentos porque se había aburrido de la guitarra normal. Le permitían llegar a donde él se sentía más

auténtico desde un punto de vista musical.

Hacíamos lo que se podría calificar de números más arriesgados, como «USLS1», para ofrecer al público otros espacios mentales que explorar y demostrar que yo no era un poni de un solo truco. Y tampoco todo se redujo a ir en autobús a toda pastilla por la carretera. Cuando viajo me gusta hacer un poco de turismo y parar en sitios que valen la pena.

Realmente, llevamos al límite una de las canciones, «Flowers of Romance», a la que Scott añadió un contrabajo, y «Religion», a la que metimos un crescendo diabólico, un bajo especialmente intenso y mis sermones sobre el papa y la pedofilia en la Iglesia Católica.

Tocábamos más o menos dos horas por actuación, cerrándola con «Rise» o con «Open Up». El único problema con esos primeros conciertos es que al final me dolía la garganta (¿y a quién no durante el mes de diciembre en Inglaterra?). Qué idea más brillante: programar nuestra gira de relanzamiento en esas fechas.

Continuamos el año siguiente y nos fuimos de gira por todas partes: Estados Unidos, Japón y todos los rincones de Europa. Me alegra decir que todo el mundo estaba encantado de vernos. En el Bush Empire de Shepherd, salimos del escenario antes de los bises y nos encontramos con un tipo con una mascarilla de oxígeno al que estaban intentando reanimar porque había tenido un ataque al corazón durante el concierto. Ahí estaba, con el oxígeno, y se quita la mascarilla y dice «Johnny, por favor fírmame un autógrafo». Me acerqué y los paramédicos pensaron que quería matarlo o algo parecido: «John, vete».

Me metí en una controversia porque no quise cancelar mi participación en un festival en Tel-Aviv. Todos los grupos hippies y Elvis Costello decían que tocar en Israel era como apoyar el *apartheid*. He sido acusado de muchas cosas en mi vida, pero ésa las superaba todas. «No vayas a Israel, Johnny, es un Estado fascista.» Pero cómo puedes llamar eso a los judíos después de la Segunda Guerra Mundial. Menuda ignorancia.

Antes de que fuéramos a Israel, algunos detractores asistieron a nuestros conciertos. Qué gente más rara. No manifestaban ninguna violencia. Probablemente eran los mismos que llevaban manifestándose desde los años sesenta y ya tenían sesenta años. Me recordaban al Ejército de Salvación. Era gente en zancos y vestida de fruta. Como un carnaval con las pancartas más *Blue Peter*[35] que te puedas imaginar. En Liverpool se organizaron en una especie de coro eclesial y comenzaron a cantar fuera: «Oh, no John, no John, no». Para partirse de risa. Pero gente agradable.

No era el Gobierno israelí el que nos patrocinaba sino un promotor. Íbamos allí para cantar a la gente, no a los políticos. Según mis normas, es un acto de cobardía negar a la población acceso a algo que puede poner en funcionamiento la rueda del cambio en esa parte del mundo. Así es como se sucede: a través de la comunicación directa. Seguramente es mucho mejor que la gente oiga mis ideas y no sólo oírme

decir que me niego a tocar allí. Los motivos no importan, lo que haces es negarlos como seres humanos. La culpa y la responsabilidad no es de la población sino de las políticas que se les imponen.

La ironía es que por entonces nuestro repertorio incluía «Four Enclosed Walls», que como estribillo tiene un «Aaaa-aaaa-láaaaa», una llamada a la oración. Desde luego, el Gobierno israelí *no* patrocinaba *eso*. De hecho, me encantaría ir a Palestina y poder tocar para ellos, pero nunca me han invitado.

Estuvimos de gira dos años enteros en el ambiente más genial y feliz que he experimentado en mi vida. Musicalmente y desde cualquier punto de vista, nuestros ADN parecen sincronizar a la perfección. Esto, para mí, es PiL; por fin, un sueño hecho realidad: una unidad de gente cohesionada que se llevan realmente bien y que no deja que las tonterías lo estropeen. No nos guardamos rencor. Consume demasiada energía. Sácalo, grítalo y desaparece. Es como siempre quise que fueran todas las bandas en las que he estado. No lo consigues mediante la intimidación, el sarcasmo ni las murmuraciones. Ni con exigencias salariales. Se logra gracias al respeto y al amor de los unos por los otros.

Durante el verano de 2011 volví a Inglaterra para comenzar a trabajar en el primer álbum de PiL en casi veinte años. Había hecho mis deberes, pero, al parecer, Dios tenía otros planes. Tenía bastantes ideas, pero todas se quemaron en un incendio horroroso en mi casa de Fulham. Lo único verdaderamente importante es que Nora no murió en el fuego. Eso habría sido el final de mi vida. Si se hubiese acabado la suya, se hubiese acabado también la mía. No hubiera sido capaz de soportarlo.

El fuego fue provocado por un fallo eléctrico de la secadora. Sabíamos que tenía un problema, pero nunca se nos ocurrió que podría incendiar la casa. Destruyó la cocina por completo, hasta el día de hoy casi no tenemos una en condiciones, porque tres meses antes habíamos decidido cancelar la póliza del seguro de la casa porque lo creíamos un gasto inútil. La vida te muerde en el culo.

Ahora ya no tenemos ni tiempo ni ganas de reconstruir la cocina. Nos hemos dado cuenta de que podemos vivir bastante bien con una placa eléctrica de dos quemadores y una mini nevera. El único problema es que nos gustaría poner una pila, porque usamos una bacinilla que hemos puesto en el baño de abajo y cada vez que viene alguien ve que hay platos y no puede lavarse las manos.

Perder todo ese trabajo fue en cierto modo una tragedia. Lo tenía en cedés y en cuadernos que estaban literalmente encima de la mesa de la cocina, pero eso es una gilipollez en comparación de lo que podría haber sido la muerte de un ser humano, uno especialmente valioso para mí. Quizás fue lo mejor porque supuso comenzar de cero para todos nosotros. Empezar otra vez. Y nos pareció muy estimulante. De repente te estalla una granada en la cara, pero de las esquirlas surgen nuevas ideas. Al final, si eres lo suficientemente flexible como para adaptarte, siempre es todo paramejor.

Con el desastre gané en confianza y me di cuenta de que hacía tiempo que sabía escribir canciones y que no necesitaba esos viejos apuntes para sentirme seguro. Podía empezar de nuevo y la alegría de saber que Nora no había perecido en el incendio me dio el impulso y la energía para decidir que el disco tendría la vida comotema.

Habíamos reservado un estudio en lo que había sido una antigua granja. Estaba en Cotswolds y se llamaba Wincraft. Pertenece a Steve Winwood (¡otra vez él!). No es que fuéramos allí por las ovejas y los arbustos, pero tampoco queríamos estar en el centro de Londres, en medio de los atascos. Es una distracción y encima te cansa. Allí podíamos entrar y salir cuando nos apetecía. Se trataba de que los cuatro nos comprometiéramos con nuestro futuro y estuviéramos concentrados al cien por cien. Nora se quedó en Londres. Le habría encantado venir, pero no hubiera estado bien. Eso habría significado que después del trabajo me habría centrado en estar juntos y no en el proyecto al cien por cien. Todo el álbum que acabaría siendo *This Is PiL* se escribió y se grabó allí mismo. Cuando compusimos las canciones, no surgieron cuestiones de ego. Era como experimentar todo a la vez, sobrevolando el principio básico de una canción y expandiéndolo por todos los caminos alucinantes que la música te ofrece. Alegría y libertad en estado puro. De eso va nuestra canción favorita «Deeper Water» [Mar adentro]. Su tema es cómo se puede sonreír ante la adversidad: «*Face the storm, / I will not drown*» [afronta la tormenta, / no me voy a ahogar]. Para nosotros es el himno de la banda. Está inspirada en una breve melodía que Lu tocaba a la guitarra y un montón de conversaciones que, durante la gira, habíamos tenido en el autobús. Yo ya había salido al mar en barco y el árbol genealógico de Lu contaba con varios almirantes. Cuando era un niño, su familia se compró un yate y navegaron por todo elmundo.

Con esa base escribí allí mismo las letras y nos pusimos a trabajar todos juntos la melodía, directamente, dentro un formato muy en vivo, enfrente de un montón de periodistas a quien Rambo (y nuestro maravilloso agente de prensa y responsable de la relación las emisoras de radio, Adam Cotton) habían traído para que vieran a PiL en el estudio de grabación. La presión era increíble, pero nos crecíamos ante el miedo a cagarla. Así nació «Deeper Water». Algo fantástico. Ese día supimos lo bien que nos podían salir las cosas. Es una canción que a todos nos emociona mucho. Nunca hemos intentado reproducir ese momento. Ya sabemos cuál es nuestro potencial, no hay que forzarlo. Cualquier cosa es posible. Cuanta más presión acumulas, mejor sale el trabajo. Y cuanto más profundizas en ti mismo, mejor lo proyectasfuera.

Todo el álbum es una producción en vivo con algunos detalles más complicados añadidos más tarde. Algunas canciones están influidas por el entorno, como, por ejemplo, «Terra-Gate». Comenzó con algo que Lu me había contado. Una tarde estábamos viendo cómo se separaban los corderos de las ovejas en los campos colindantes. Se podía oír a las madres balar, como diciendo «¿Dónde está mi pequeño?». Algo terrible, y Lu me explicó que balaban así al cruzar la puerta del

cobertizo. Los separan para llevar a los pequeños al mercado o a las madres cuando ya han tenido suficientes crías. La puerta del terror. Nosotros, como población, recibimos básicamente el mismo trato: nos dividen, nos separan y nos enseñan a no gustarnos.

Compuse «Human» un precioso día de verano en Costwolds, bebiendo sidra. Pensé: «Tengo que reflejar este ambiente», porque me recordaba a los días cuando era pequeño y hacía calor, cuando nos divertíamos entre las ruinas de los bombardeos. Qué bien se lo pasa uno cuando no tiene preocupaciones y cómo cambian las cosas. Ya no tengo cinco años y soy consciente de los problemas que existen a mi alrededor.

Los niños de cinco años que viven ahora en las grandes ciudades inglesas ya no tienen el mismo sentimiento de libertad de principios de los sesenta. No había casi coches en la calle, sólo un montón de niños corriendo por todas partes. Ahora, a la gente le da miedo ir a la compra porque hay bandas juveniles en las esquinas. ¿Pero qué van a hacer esos chicos? Con un Gobierno «que se preocupa» totalmente institucionalizado, con cámaras de vigilancia en cada esquina… se ha creado una situación muy tensa. No hay trabajos, ni futuro ni sentido de la comunidad. Sólo división, escarnio y caos. No es muy sano.

Supongo que eso es lo que percibo cuando vuelvo. Por ejemplo, odio con toda mi alma la adulteración de los pubs, me parece despreciable. Eran nuestros centros comunitarios y se han transformado en putas vinotecas y gastrobares. Pueden estar bien, pero hay demasiados. Y son tan fríos e indiferentes. Esto explica el verso «*I think England' died*» [creo que Inglaterra ha muerto]. Y hay una verdadera nostalgia por el lugar que recuerdo de la infancia: «*I miss the roses*» [echo de menos las rosas].

Hay otras canciones que tratan del Londres que adoro. «One Drop» tiene como fondo Finsbury Park, crecer allí, mis experiencias de niño y cómo ves que eres parte de ello, cómo hay cosas que esculpen la perspectiva que tienes de la vida, para bien o para mal. Como se dice en la canción,«*We come from chaos, you cannot change us*» [venimos del caos, no puedes cambiarnos].

La canción trata de empezar con buen pie y aprender a disfrutar de la vida. No tienes que estar todo el tiempo corriendo de aquí para allá provocando desastres. Puede ser divertido ocasionalmente, pero si de verdad quieres resolver los problemas importantes de la vida, tienes que comprender el flujo de la naturaleza y aprender a dejarte llevar y a no estar constantemente nadando contracorriente.

Siempre creeré en el multiculturalismo en el que crecí. «Lollipop Opera», para mí, es la banda sonora de mi juventud. Es una yuxtaposición de todas las músicas que me rodeaban mientras crecía en Finsbury Park: desde la jamaicana y la africana a la griega y la turca. Todas esas influencias, sonidos, ruidos; lo caótico que era, lo divertido que era.

Hay una sobre Reggie, mi colega de Finsbury Park. Mis padres eran irlandeses, los suyos jamaicanos y eso nunca nos importó a ninguno de los dos. Era una

comunidad muy mezclada y nadie nos sentíamos ni especial ni diferente por ir todos juntos. Reginald recuerda Finsbury Park como el Jardín del Edén, lo cual es tronchante. Por eso se merece una canción, por su estilo de vida y la forma en que la vive. No deja que esos cabrones lo machaquen. Con él siempre te lo pasas bien. Es el epítome de lo que hace de Gran Bretaña un gran país. Bueno, mejor me callo porque no le gusta mucho que se fijen en él.

Hicimos *This is PiL* con toda el alma. Creo que es el trabajo más serio en el que he participado con músicos absolutamente serios. Todos nosotros sentimos que el sistema de mierda nos ha estafado.

Aunque somos nuestra propia discográfica, utilizamos distribuidoras externas para asegurarnos de que los discos lleguen a las tiendas y estén disponibles online. No tiene sentido hacer un disco si la gente no puede comprarlo. Cargo, nuestro distribuidor en Reino Unido, hizo un gran trabajo con *This Is PiL*. Los distribuidores en Europa, Japón y Australia también eran buenos, pero por alguna razón, en Estados Unidos aquello se convirtió en una ardua lucha. Casi nadie podía encontrar el disco, ni siquiera en tiendas independientes o en los grandes almacenes. Los distribuidores con los que terminamos, cuyo nombre no voy a mencionar, la cagaron bien, pero siempre se aprende algo. Tener nuestro propio sello nos ha hecho aprender muchísimo. Ha implicado mucho esfuerzo, pero en los últimos tiempos ha resultado profundamente gratificante.

Quién sabe lo que quiere el público, pero a mí me ha llegado el momento de decir lo que *yo* quiero. PiL es un pozo sin fondo en el que meto mi dinero. No tengo ningún hobby o hábito caro (excepto PiL). Sé que las canciones tienen un verdadero significado. Siempre lo han tenido, pero ahora son mucho más positivas. Ahora no nos limitamos a denunciar las cosas a gritos, sino que buscamos respuestas.

¿Existe todavía una generación de gente que escucha música, que le presta atención? Yo creo que sí. Hay un montón de jóvenes que vienen a los conciertos de los PiL y que están deseando formar su propia banda. Ésa es la recompensa, no el dinero ni la posición en las listas de éxitos. Eso significa que en los próximos cinco, seis o diez años habrá buenos discos que comprar. Fantástico.

Todavía soy de los que compra discos. Si como pollo, quiero comer pechuga y también muslo. Así es como veo yo la música. Siempre busco la variedad. Soy un comprador coherente. No les pido a las compañías de discos que me den muestras gratis. De hecho, me molestan un montón. Me gusta pagar con mi propia cartera y me gusta saber que ese dinero llegará a la banda de una manera o de otra. Que, aunque sea en un porcentaje ínfimo, estoy contribuyendo. Me gusta sentir que soy parte de todo eso.

No estoy a favor de las descargas ilegales. Si quieres disfrutar de cosas maravillosas que hace la gente creativa, por favor, págales, porque de otra forma no podrán continuar haciéndolas. Una canción alucinante te inspira a hacer cosas alucinantes. Eso es lo que recibes a cambio de tu inversión. Así declaro.

Lo que ha pasado con Internet, que ha hecho que desaparezcan tantos pequeños sellos discográficos, tan creativos, es una catástrofe. Por eso, si ahora ves los Grammys, siempre aparecen los mismos: Taylor Swift o Jay-Z. Y no tiene pinta de que vaya a cambiar. Han monopolizado los puestos principales. Eso es exactamente lo que pasaba cuando empezaron los Pistols. Los mejores sitios estaban ocupados y la industria no permitía que nadie pusiera en peligro su dictadura.

Beyoncé, Rihanna, Jay-Z… son tipo Las Vegas: grandes producciones, luces y fuegos artificiales. En realidad, no hay mucho más detrás. Bailarines. Espectáculo. Los he visto en vivo (a Nora le gustan esas cosas) y las canciones suenan muy vacías y pretenciosas. Y lo más alucinante: está totalmente asumido y aceptado que nadie canta en vivo. Yo ahí no veo ninguna cultura ni ningún aprendizaje. Desde luego yo no. Me dejafrío.

La música en los setenta fue tan emocionante porque había cosas muy distintas, *extremadamente* distintas, no como ahora. La música moderna suena como una mezcla falsa, como música de ascensor. Creo que eso no beneficia a la música del futuro. Es un pudín bastante feo.

Casi todo se limita a metrónomos de un ordenador sin personalidad, humanidad ni implicación personal. La actitud es ésta: «La música no puede cambiar nada, así que para qué molestarse». Forma parte del mismo plan para arrebatarnos la música y su poder. Sigo pensando que si escribes una letra la hostia de buena y la unes a una melodía la hostia de buena, consigues una respuesta la hostia debuena.

Por ello, he tocado los mejores conciertos de mi vida en los últimos años (las dos noches en el Heaven de Londres fueron alucinantes, especialmente la segunda). Vino mucha gente al de Glastonbury en 2013 y allí arrasamos. La gente que viene a vernos ahora se lleva música de primera.

PiL es un compendio de culturas. Lu aporta muchas cosas que entiende en profundidad, como el mundo islámico y el antiguo bloque soviético. Mi herencia irlandesa me dota de un gran sentido y apertura en la parte vocal. Bien podría ser un árabe con un trébol. Lo que yo compraba cuando era joven era música folc griega y turca y reggae y mezclaba con un poco de Alice Cooper para que no faltara de nada. No es que te tengas que pasar años estudiando. Es algo intuitivo que proviene de la infancia. Yo no sé nada del «do-re-mi», pero hago un «aaaaaaa-aaa-láaaaa» que no has oído en tu vida y eso tampoco está mal.

Así que, como dice la canción, si te sorprende una tormenta en el mar, vete mar adentro, así estarás a salvo. El peligro está en acercarse a la costa. Ahí te quedas atrapado. Johnny Rotten se adentra cada vez más en el maravilloso mundo de la música.

Me siento orgulloso y feliz de PiL. Es una especie de culminación de mi vida. Sigo quedándome alucinado cuando veo las listas de éxitos de todos los tiempos y *Never Mind The Bollocks* aparece entre el número diez y el quince, incluso el veinte.

¿Quéeeee? ¡Pero idiotas…! No es que esas listas me importen, pero, por favor, ese álbum cambió la vida de todo el mundo de un modo o de otro, a favor o en contra. Alteró nuestra percepción. Tuvo repercusiones sísmicas sobre la cultura británica y, luego, en todo elmundo.

Ha afectado a la familia real hasta el punto de que no puedes mencionarlos sin que, inconscientemente, resuenen los Sex Pistols. Es difícil de negar y de evitar. En muchos sentidos, tenemos una relación muy fría, aunque muy personal y sentida, con los Windsor. Estamos unidos de por vida. Yo casi les tengo cariño. Han nacido en una jaula de oro y no pueden escapar de ella, tener que soportar eso es horrible. Dios los bendiga.

¿Y sobre lo de ser anarquista? Bueno, hay tantas variantes de la palabra «anarquía» que es ridículo. En Estados Unidos hay un montón de organizaciones que son anarquistas-esto o anarquistas-aquello, pero todas terminan con «punto.org», lo que indica que están subvencionadas por el Gobierno. Todas ellas alimentan teorías y embustes fantásticos sobre cómo desmantelar la sociedad y empezar de cero. Colegas, a mí eso no me interesa nada. No deseo el poder de intimidar con la pistola más grande y eso es exactamente lo que sucedería. Lo que quiero es que se note que hay razón y emoción en las cosas, que la gente comience a reflexionar sobre lo que hace y por qué lo hace y que se dé cuenta de que cada acción tiene una reacción directamente opuesta.

Si piensas en ti como individuo, empiezas a respetar a los demás como individuos. Hay que aprender a quererse a uno mismo antes de poder amar a los demás. No tengo un objetivo moral: lo que tengo son valores. Valoro a todos y cada uno de los seres que vivimos en este planeta.

No utilizo la palabra «legado» porque todavía estoy vivo, pero hay que cuidar lo que hicimos los Pistols. No dirigimos un museo sino un lugar donde la exactitud es importante. No queremos que se nos vaya de las manos y termine malinterpretándose. Sucede todo el tiempo.

Los premios no me interesan. Curiosamente, el otro día oí que el ayuntamiento de Tunbridge Wells, un barrio pijo, está pensando en poner una placa en honor a Sid Vicious. No tenía ni idea, pero por lo visto vivió allí de pequeño. Si está mirando desde arriba, imaginaos lo que se estará riendo, porque es totalmente absurdo. ¡Y también perfecto y hermoso! Me encantaría estar allí cuando la descubran. Espero que sea una ceremonia seria, con joyas antiguas y abrigos de visón. Una cosa de traje y corbata. Me descojono. Será como la inauguración de un supermercado.

Lo que pasa con nosotros es que cuanto más gritan y se angustian nuestros detractores, más nos empecinamos. «¿Y por qué no?» Gente como yo y como Sid tenemos, automáticamente, un montón de problemas con ese tipo de cosas, pero como se pongan a decirnos que no, nosotros vamos a decir que sí. ¿Y viceversa? En efecto. Si ese tipo de cosas no sirven para valorar tu esfuerzo y tu trabajo en la vida (y, ojo, que estamos hablando de Sid, pero, en cualquier caso), ¿de qué sirven? Mejor

no hacer el tonto con eso. Pero una placa es desde luego mucho más de lo que yo he conseguido. Hace años se sugirió en Finsbury Park, pero el Ayuntamiento se negó en redondo. Y yo también me alegré.

En octubre de 2013, fui al hotel Dorchester de Londres para recibir el premio Icon de BMI (Broadcast Music Inc.), que se ocupa de recaudar los derechos de autor de músicos y compositores. Es el premio más importante que se otorga a los compositores de canciones y es la única vez que he recibido un premio de la industria musical que me haya hecho sentir comprendido. Hasta el momento de entrar en el salón donde se celebraba la ceremonia, tenía mis dudas. Generalmente los premios se los llevan gente que no se pasa de la raya y que hace cosas predecibles y según las normas. Un tipo como yo no es así. Soy incapaz de respetar esos límites porque tampoco tengo la paciencia para entender dónde se supone que están.

Aparecí con parte de mi familia y un grupo de buenos amigos de la antigua mansión y nos lo pasamos en grande. Ser agasajado en una sala llena de otros compositores significó mucho para mí. Incluso llegué a cantar «EMI», cambiando una de las letras, al jefe de BMI, Del Bryant. Para él era una noche importante porque iba a jubilarse. Era un tipo genial. Se acercó a nuestra mesa y se sentó con Nora y conmigo y charlamos los tres, cosa que no estaba obligado ahacer.

¿A qué cosas te prestas y a cuáles no? El verano anterior, invitaron a los Pistols a actuar en la ceremonia de clausura de las Olimpiadas de Londres 2012. La idea era que nos subiéramos a un camión y diésemos vueltas alrededor del estadio olímpico. Querían decorar el camión como si fuera el Marquee club y hacer que saludáramos a la peña mientras tocábamos «Pretty Vacant». Era una pantomima casposa que nos convertía en una atracción deferia.

Para ser sincero ni siquiera estaba seguro de las Olimpiadas. Me parecían un increíble derroche que podía haber sido invertido en la sanidad pública, por ejemplo. De todas formas, yo no quería tocar en vivo con los Pistols, no quería hacer nada con ellos porque estaba muy implicado en el álbum y en la gira de *This Is PiL* y no quería que nadie pensara que había vuelto con ellos. Ese capítulo estaba cerrado.

Sí que me interesé muy seriamente cuando supimos que el director de la ceremonia de apertura de los juegos, Danny Boyle, quería hablar con nosotros. No creo que la gente que nos llamó para la clausura hubiera entendido nuestro rollo en absoluto. Danny tenía muchísimo interés en incluirnos y no cejó. Como gran fan de los Pistols, era consciente de la importancia cultural del grupo, así que al final nos reunimos. Me cayó muy bien y me explicó cuáles eran sus planes para rendir tributo al Servicio de Sanidad Pública. A mí me parecieron estupendos. «Si quieres meternos en el vídeo que vas a hacer para la apertura, por nosotros genial, de hecho sería estupendo.»

Nuestra condición era que tenían que incluir «God Save The Queen». Ellos querían sólo «Pretty Vacant». Nosotros nos plantamos y dijimos que las dos. Volvieron con la idea de utilizar sólo la guitarra del estribillo de «God Save The

Queen». Nuestro argumento era que sin la letra no tenía sentido. Francamente, es así. Luego nos dijeron que querían que sólo utilizásemos las palabras «God Save…». Se estaban poniendo un poco nerviosos porque sabían que la reina estaría allí, pero es que tenía que ser «God Save The Queen» o nada. Nos costó un poco pero ganamos esa batalla. Quizás también deberíamos haber sugerido «Bodies», como había apuntado Rambo en la reunión inicial con los tipos de la clausura. Luego me dijo que, mientras lo proponía, Anita Camarata le daba patadas por debajo de la mesa (ja, ja, ja).

Al final fuimos el primer grupo en salir en el vídeo. Había un estallido, rápido y agudo, de «God Save The Queen» en que se pronunciaban esas palabras mientras la cámara hacía una panorámica del Támesis. Un guiño a nuestro viaje en barco. Demuestra lo mucho que han cambiado las cosas. La BBC, que estaba transmitiendo la ceremonia, se había negado a admitir la existencia de «God Save The Queen» en 1977. Y ahora la incluían en la inauguración de las Olimpiadas. A «God Save The God» le sucedió un pequeño fragmento de «Under The House», de PiL. Incluirla fue idea de Danny, porque era una de sus canciones favoritas. Tengo que admitir que casi ni se oía, pero me alegré de que estuviera allí, en alguna parte. «Pretty Vacant» era la canción perfecta porque toda la familia real estaba ahí sentada viendo a Johnny Rotten llamarlos «*vay-cunt! Nice to see you!*» [¡hola, capullos! ¡Me alegro de veros!]. Y quizás es posible que lo hayan disfrutado. Porque así es como somos los británicos: estamos un poco locos. Podría haberse interpretado perfectamente como «mmm, ¡qué ingenioso!».

Así que, en esta ocasión, un minuto y treinta segundos de proyección de vídeo fue mucho mejor que verme en directo. En Estados Unidos cortaron nuestra parte. La NBC, que lo transmitía, puso anuncios durante ese segmento.

Vi la ceremonia en la habitación de un hotel en Polonia. Fue bastante complicado porque necesitábamos que el hotel enchufara un cable y resultó ser un lío tremendo, pero me encantó verlo en la cama, estaba muy cómodo. Me gustó el aspecto político de la ceremonia y el que, en su celebración de la cultura británica en toda su extensión, aquello tuviera algo de dickensiano. Lo que hace Gran Bretaña lo que es no son únicamente los bailarines y las orquestas clásicas.

Se presentó al Servicio Nacional de Salud como un gran logro de la sociedad británica y sin duda así es. Una creación alucinante. Debería ser accesible sólo a los británicos, no a cualquiera que se baje de un tren o de un avión porque eso es lo que está llevándolo a la ruina. Se ocupa de gente de todas las naciones y luego no queda dinero para ocuparse de las personas que de hecho lo sostienen.

Por favor, no confundáis mi postura con las de ese memo, Nigel Farrage, el líder del UK Independent Party. Las connotaciones de lo que dice abren el discurso al racismo y del nacionalismo, que no es a lo que me refiero en absoluto. A lo que me refiero es: no te vayas a Corea para operarte de corazón gratis. Eso lo hacen los oportunistas y eso es lo que son los políticos, saltan sobre un asunto cualquiera y lo

adaptan a sus intereses. Farrage es hostil a todo lo que viene de fuera, *Ausländer*, como lo llamarían los alemanes. Es una puta vergüenza. Lo que digo es que hay que cuidar a los ciudadanos británicos primero. E insisto en la palabra «ciudadano». Si has sido bienvenido y estás aquí, con eso basta. Eres británico: «Hola, ¿cómo estás?».

Cuando era joven había mucha gente de Europa que venía a Inglaterra con un visado de turista y luego solicitaba el subsidio del paro y eso nunca se ha cuestionado. Ahora sigue pasando lo mismo. Jamás se ha establecido claramente que eso no se puede hacer bajo ningún concepto. Es un abuso y un robo. Ha venido sucediendo demasiado tiempo y nadie parece estar dispuesto a ocuparse de ello por cómo podría interpretarse, es decir, equivocadamente, como racista. Es un campo deminas.

¿Qué Primer Ministro se atrevería a hacerlo? Bueno, yo. Lo dejaría bastante claro porque la situación está muy clara. Debido a que existen tantos tabúes sobre lo que se puede y no se puede decir, los problemas se convierten en un lío sin solución. Nadie se atreve a decir lo que pasa en realidad.

En julio de 2012, la BBC me invitó a *Question Time*. Para ser sincero, llegué muy nervioso porque estábamos en medio de la gira. Cuando estoy de gira me cuesta concentrarme en cualquier otra cosa. Es un cambio muy grande pasar de una actuación en vivo a un programa en directo. Necesitas reenfocar la mente. Estaba muy contento de hacerlo, pero también preocupado.

Había visto al presentador, David Dimbleby, desde que era pequeño. Estaba emocionado por poder conocerlo, pero también tenía que ser cauto porque era un tipo muy listo y pensaba que me la podía meter doblada. Pero luego resultó un tío encantador, tuvimos una conversación estupenda después del programa. Si quieres encontrar a alguien con un punto de vista político muy similar al mío, ése es David. Me pareció una persona que sabe separar el trigo de la paja.

He conocido a unas cuantas excepciones a lo largo de los años, pero en general no me gustan los políticos. Sé que al mayoría de ellos están ahí para medrar y que al final acaban en el sector negocios o dirigiendo empresas. No son el tipo de personas que me interesan. Hacen que el país no avance.

En el programa coincidí con el diputado laborista Alan Johnson y con la diputada *tory* Louise Mensch. Al principio no estaba muy seguro de Alan. No llevaba un traje muy elegante y me pareció el típico listillo. Pero a veces yo también puedo ser así (ja, ja). Hablé con él y con su mujer fuera de cámara y la verdad es que nos llevamos genial. La mujer tory era inofensiva, pero no estaba muy convencido por sus referencias a las drogas. ¿No os parece muy raro que cada vez que un político menciona su experiencia con las drogas siempre lo haya pasado fatal y se haya arrepentido? Una vez que comenzó el programa, no creo que me pasara en ningún sentido ni que dijera tonterías. Dije las cosas como son, la necesidad de educar los jóvenes sobre las drogas y el mal que causan los banqueros de altos vuelos (los innombrables dictadores de la política económica del país). Sólo me enzarcé en una

discusión con un tío con aspecto de trabajador social sentado en primera fila que estaba intentando aleccionarme sobre lo nocivas que son las drogas para la gente joven. Pero lo que yo estaba diciendo es que los jóvenes deben tener acceso a la información más imparcial y desprejuiciada posible. Tienen que aprender por ellos mismos.

En general, aquélla fue una experiencia muy positiva. Al día siguiente, cuando nos fuimos del hotel, Rambo, nuestro agente de prensa y amigo, Adam Cotton (Dios le ayude), y yo, decidimos ir de pub en pub hasta Londres, ¡y el programa, por cierto, había sido en Derby! Había habido una tormenta enorme en Derby y se había inundado. Debió de ser el agua lo que nos inspiró. Vamos a ver, ir a *Question Time* como el puto Johnny Rotten había sido duro, necesitaba un respiro. La gente había visto el programa en todos los pubs en los que paramos. Es increíble lo popular que, al parecer, lo habíamos hecho. Lo habían visto porque se habían enterado de que yo iba a salir y querían oír lo que pensaba. Todo tipo de gente, de todas las clases sociales, todos estaban a favor. Nadie nos dijo nada en contra.

Desde el momento en que me puse el nombre de Johnny Rotten, sin concesiones, me pinté una diana en la espalda. Lo he sabido siempre, da igual que cambie de tipo de ropa o de peinado o de lo que sea, la diana sigue ahí.

Salí del prado como un caballo desbocado y se creó mucha confusión a mi alrededor, mucha animadversión. ¿Quién es este principiante? Todavía siento que mucha gente tiene esa actitud, todavía me ven como una amenaza para la idea, tan cómoda, que tienen de la realidad musical. Y, por supuesto, ni que decir tiene que yo soy quien me voy a llevar todas las tortas. Joder, soy como un yunque: me puedes dar golpes todo el día pero no me sacas ni una muesca.

De hecho, me gusta la atención que provocan el rencor y los celos. Cuando la gente los lleva tan lejos, mis esfuerzos se ven compensados de alguna manera. ¡Es un cumplido!

Hasta el día de hoy recibo cartas de odio. La mayoría (muchas, muchas, muchas) son cartas favorables, pero siempre hay una de ésas, «quiero matarte», en el correo. Todavía me mandan cartas así. Muchas y del mismo tipo de gente. Pienso que no pueden evitarlo y que al final les sirvo de entretenimiento o que les doy una razón para vivir, aunque pueda llegar a suponer mi destrucción y mi ruina. Sea como fuere, no tengo más remedio que pensar que por lo menos soy un medio para un fin. Hay un montón de cosas que aborrecer en este mundo. Y no creo que yo tenga que ser una de ellas. Hay blancos mucho mejores, pero no me importa asumirlo.

A veces es muy demencial. Ha habido mujeres que se han inventado verdaderas fantasías. Mandan cartas de odio y dejan cosas en la puerta de tu casa. Inaceptable. Oyes de los acosadores de Madonna, pero a mí también me pasa. Sucede bastante. Hay uno en cada país y hay que protegerse de ellos. Ahora mismo hay varios casos en activo y otros que de momento parecen haber desaparecido. Había una chica en

particular que se volvía muy, muy loca. Mandaba cartas diciendo que ella era la auténtica heredera alemana y que Nora era una farsante y tenía que sustituirla. Entonces ella y yo nos enamoraríamos muchísimo y seríamos felices y comeríamos perdices. ¿Cómo te quedas?

De hecho, terminó trabajando en un programa musical de televisión. Hablé con ella y consiguió liberarse de su delirio. Su trabajo requería tanta energía y esfuerzo que ya no tenía tiempo para pensar en eso y empezó a verlo como algo estúpido. Gracias a Dios es lo que sigue pensando. Parece una locura, pero cuando encontró una carrera para sí misma, encontró la solución.

El problema del ser humano moderno es que tiene más tiempo de lo que es recomendable, así que se vuelve loco. ¡Espero que nadie malinterprete esto como que tenemos que volver a los campos de esclavos, donde no habría tiempo para ese tipo de conductas! Antes éramos plebeyos, pero ahora nos las tenemos que componer con nuestros propios medios. Y a algunos se les ocurren cosas que no están nada bien. Por ejemplo, si hay clubes nocturnos, hay delincuentes, pero quizás estamos dispuestos a aceptar un cierto nivel de delincuencia porque lo que sucede en esos clubes es genial e inspirador y artístico…

Así que, como ya he dicho, nunca abro la puerta de mi habitación en los hoteles. Necesito que siempre haya un testigo. La posibilidad de abrirte al público se ve comprometida por la existencia de un lunático que, si se atreve a intentarlo, va a meterte un tiro (si es que ésa es la herramienta de su elección). John Lennon es un buen ejemplo. Pasa. La gente se engancha a los famosos y es peligroso. He hablado de esto con mucha gente, con actores e incluso con un dramaturgo, y me dicen que lo entienden. Alguien decide que tienen que matarte porque lo has decepcionado, porque ya no haces la música que deberías. Y ellos, en tu lugar, bla, bla, bla…

Tengo un sentido premonitorio muy fuerte, también de miedo y empatía con Adam Ant, por ejemplo, que ha tenido que sufrir este tipo de cosas y sé lo que es. Se hace muy, muy peligroso. En un momento dado desaparece sólo para emerger de nuevo sin motivo aparente. Tienes que ser muy consciente de que cualquier cosa que digas o hagas puede ser malinterpretada por personas con tendencias psicóticas (que no son muchas). No sé qué les hace sentirse tan solos y amargados, por qué son tan retorcidos… ¿Por qué se pasan media vida adorándote y amándote y la otra media, Dios sabe por qué razón, odiándote y deseando matarte?

Me encanta firmar autógrafos y hablar con los fans en los conciertos, pero tengo que ser consciente de que eso encierra cierto peligro y que siempre acecha la propensión a la ultraviolencia. Ni siquiera entienden lo que se hacen a sí mismos. Se sienten completamente legitimados. ¡Qué psicópatas! No sé de ninguna fórmula más que ser yo mismo para alejar esos rollos de mi vida. Mirad lo que le pasó a Adam Ant, que se tuvo que ir de Los Ángeles. Dios mío. Y no es ningún gilipollas.

En el otro extremo, las llamadas «autoridades» llevan dándome la murga durante

años, especialmente las de inmigración. Cada vez que entraba a Estados Unidos, me llamaban aparte, aunque tenía el estatus de residente extranjero y la Green Card, es decir, el permiso de trabajo. Se me veía con malos ojos. No estoy diciendo que soy un caso especial, pero me hacían esperar horas y horas y eso me frustraba enormemente.

No puedo dormir en los aviones. Estoy incómodo, me duele todo. Da igual lo que haga o lo que me tome: no funciona. Me molestan todas las cosas que en teoría te relajan y te ayudan a conciliar el sueño. Sólo me cansan muchísimo y me ponen de muy mal humor cuando tengo que enfrentarme a un agente de inmigración. Entonces, empiezan a hacerme preguntas estúpidas y las cosas se pueden poner feas. Tienes que morderte la lengua y soy el tipo de tío que no sabe hacer eso. Te meten en un cubículo y empiezan: «Si vives aquí, ¿por qué no has solicitado la plena ciudadanía?». Luego descubrí que en parte se debía a mi condena de 1977 por las anfetaminas, que seguía apareciendo a pesar de tener ya la Green Card.

Inmigración, en Estados Unidos, me ha hecho la vida imposible. Siempre me hacen esperar dos horas junto a otros «indeseables», la mayoría de los cuales no saben hablar inglés. El agente de inmigración me dice: «Bueno, es porque los británicos no han eliminado el expediente de su condena». La ley puede ser tediosamentecruel.

Un día me harté y solicité la ciudadanía americana. Así es cómo me enteré de que tenía un expediente abierto, pero aun así y a pesar de haber tardado tanto en solicitarla, me dejaron seguir con el proceso. No fue una decisión fácil. Me preguntaba si estaba huyendo de algo. En realidad sí, estaba huyendo del abuso innecesario. Soy la misma persona pero con unas pistolas más grandes. Me considero un pacifista pero tengo que saber defenderme. Si es tu única alternativa, no tienes más remedio que tomarla. Lo siento, pero mis días de exploración anal han terminado. No voy a permitir que ya nadie abuse de mí ni física ni mentalmente.

Ahora, a veces tengo problemas al otro lado, en Londres. La vez que lo pasé peor fue cuando se murió mi padre. Yo estaba consternado. Cogí el primer avión y, por supuesto, a mi llegada, me pararon para registrarme. Yo estaba hecho polvo y ellos se portaron como auténticos hijos de puta. Malvados.

Después de eso llegó un punto en el que empecé a pensar que si no me dejaban volver a Inglaterra que se fueran a tomar por culo. Me daba la vuelta por donde había venido y se acabó. No había nada en esa sociedad que defendiera mis derechos. Obviamente, todo esto se remonta a «Anarchy In The UK» y a «God Save The Queen»: ¡claro que sí! Sería estúpido si dijera lo contrario. Y aunque todo el mundo piensa lo mismo, parece que lo que hay que hacer es matar al mensajero. Cuando regreso y los veo en la tele pasarse a saco con la familia real pienso: «¿Y dónde estabas tú cuando realmente importaba?». Son una panda de comediantes de medio pelo. Ahora se ceban en plan personal. Yo nunca he hecho eso. Lo repito una y otra vez: no son las personas sino las instituciones.

Así que mi libertad personal se ha visto asaltada y vulnerada continuamente por

cada una de las cosas que he dicho y hecho. Inglaterra se dedica a humillarte hasta que te mueres. Mata y reprime la creatividad. Se supone que tienes que morir a los cuarenta y el resto de tu vida pudrirte en la miseria. La cantinela de siempre es «para qué molestarse si ya se ha hecho antes» o «actúa según la edad que tienes». Y ésas son frases que acaban con la pasión. Es miedo al cambio, miedo a cualquier cosa que sea nueva y emocionante. Menos mal que existe California. Johnny Rotten siente verdadera admiración por este lugar. Aquí, a los ochenta y cinco, se ponen a hacer *puenting*. Se tiran desde lo alto de las montañas. Es una actividad muy cañera que mantiene vivo el cerebro. Parece que a Inglaterra no le gustan ese tipo decosas.

Me costó mucho tiempo hacerme ciudadano americano. El proceso finalizó a finales de 2013. Ahora me siento como si hubiera nacido aquí. Los derechos y las libertades son de todos y la convicción de que todos nacemos iguales forma parte de la ideología americana. No es perfecta en su funcionamiento, pero es mucho mejor que la mierda que he tenido que aguantar toda mi vida bajo en Gobierno británico.

Nunca he tenido ningún problema con Estados Unidos. Siempre les he gustado. A pesar de que el Gobierno sea tan absurdo y no quiera que nadie sea antinorteamericano y esas cosas, aquí puedo decir lo que me da la gana. Se considera vital para la Constitución, así que en muchos sentidos ha sido un éxito ser aceptado en Estados Unidos.

Éste es el país que combatió la corrupción de la monarquía y el imperialismo británico, así como los problemas que habían creado en todo el mundo. No es que Estados Unidos sea totalmente inocente en ese sentido, pero es un sitio fantástico paravivir.

Una vez, Nora y yo, los dos solos, condujimos de Nueva York a Los Ángeles durmiendo en moteles. Tardamos más o menos una semana en recorrer el territorio. Fue toda una aventura. Me encanta no sólo lo impresionantes que son las ciudades de este país (lo diferentes que son Nueva York, Los Ángeles, Nueva Orleans) sino también el paisaje. Atravesar el país en coche y ver cómo cambia de estado en estado. Cada mil quinientos kilómetros el clima cambia por completo. Es fascinante pasar de los bosques de pinos próximos a San Francisco a los desiertos de Utah y Nevada. Arrrrggggghhh. Y las ciénagas del sureste, ¡increíbles!

Dios mío, este país está como una chota. Los desastres naturales no tienen la misma escala. No es como en Inglaterra, aquí las dimensiones son industriales. Los terremotos, los incendios… son mucho mayores y más graves. Es un lugar tan extenso geológicamente que esas cosas pasan. Mi salud mental y física ha mejorado mucho y también mi perspectiva de la vida: ha desaparecido el desaliento. Añoro la cultura británica de muchas maneras distintas, pero de muchas otras no necesito añorarla porque está en mí. Firmemente enraizada, la parte buena. Conozco a mucha gente inglesa que no ha llegado a adaptarse y al final ha vuelto. Hay una importante comunidad británica en los alrededores de Santa Mónica y su problema es que intentan ser ingleses en una situación no inglesa. Gran error. Cuando estés en Roma,

haz como los romanos. Eso no significa que vayas a perder tu identidad. Si te vas a vivir fuera y te niegas a reconocer, aunque sea como posibilidad, ideas que son más novedosas o mejores o simplemente diferentes, construyes tú mismo tu propia prisión y tu fracaso.

Nora y yo no salimos con expatriados. Nuestro círculo de amigos es muy pequeño, yo diría que uno o dos, no más. Aparte de eso, hacemos lo que a Nora y a mí nos apetece. Lo hacemos todo juntos. En realidad, no me apetece ni quiero tener una larga lista de conocidos.

Lo que es graciosísimo es que cerca de nuestra casa de Malibú vive Herb Alpert, el trompetista de jazz latino que también era la A de la discográfica A&M. Nuestras propiedades son de tamaños muy diferentes, de eso no hay duda. Él tiene media montaña. Pero sé que le molesta un montón que yo viva tan cerca. Me lo han dicho los vecinos. Te lo mereces, capullo.

Durante la última década, Londres ha sido sobre todo trabajo, pero las dos últimas Navidades hemos ido a ver a mi hermano Jimmy, cuyo cáncer está ahora en remisión. El año pasado hicimos una preciosa fiesta de Navidad en su casa. Nos encantó. Vinieron sus hijos, Katie y Liam, con sus parejas. Es una casa llena de gentefeliz.

Somos gente tranquila de una forma ruidosa. La tranquilidad para mí, tengo que ser justo, es bastante intranquila. Ahora lo puedo ver, pero sólo porque estoy en un momento de contemplación, trabajando en estelibro.

Cuando estoy ante el ojo público, soy John el súper cañero. La única cosa que me gusta mantener en secreto es mi vida doméstica, sobre la que no pienso que nadie tenga derecho a saber nada. Siempre he hecho todo lo que ha estado en mi mano para mantener a mi familia a salvo de las revistas de cotilleo, los *¡Holas!* de este mundo. Tienes que tener una realidad que te espere al final del día, no un equipo de televisión.

Las páginas precedentes, creo, han arrojado un poco de luz sobre mi vida. Si no es así, con todos mis respetos, cerraremos otra vez las contraventanas. No somos mala gente. Solemos ser amables y no deseamos al mundo más que alegría. Hasta donde yo sé, creo que no he aportado más que alegría.

Cuando me ofrecieron hacer de rey Herodes en una producción estadounidense de *Jesucristo Superstar*, mi reacción inicial fue «para ya, Rambo, ya estás con tus bromas». Y luego, conmoción y terror: «Este cretino, este instigador, me está volviendo a provocar como en *I’m a Celebrity*». A bote pronto dije que eso no iba a funcionar ni de coña. «Pues yo creo que sí», y Nora dijo lo mismo. Fue su sentido común lo que me llevó a pensar: «¿Sabes qué? Creo que podría hacerlo». Con el guion y la dirección, me obligué a mí mismo a obedecer órdenes. Muy seriamente: aquello para mí fue la prueba defuego.

Si hago un musical, ¿qué mejor que *Jesucristo Superstar*? Ay, detesto el correo. Mis detractores ya habían decidido qué pensar. Como dice Forrest Gump, la vida es como una caja de bombones. Todos ellos son deliciosos en el centro. Ser

estigmatizado por los ignorantes es una recompensa. ¿Sabes?, no hay nada malo en un musical rock. A mí me encantó *Quadrophenia*, bueno, por lo menos la primera hora. El supuesto shock de la película a mí no me pareció nada especial. Lo que me interesaba era lo que podía sacar como ser humano. Es mi viaje de aprendizaje por la vida. Me encanta el compromiso, los retos y sentir como chirrían mis nervios.

No conocía al resto del reparto, pero no los subestimé en absoluto. Era un grupo muy diverso. Brandon Boyd, de Incubus, iba a ser Judas; Michelle Williams, de Destiny’s Child, María Magdalena; JC Chasez, de *NSYNC, Poncio Pilatos, y Ben Forster ya había hecho de Jesucristo en la producción británica. John Rotten Lydon sería el rey Herodes. Iba a cantar como rey de los judíos, no se podía pedir más.

En abril de 2014 se hizo una presentación para la prensa en Nueva York. Un día antes fueron las pruebas de vestuario y algunos de nosotros fuimos invitados a una comida, Rambo, Ben, JC, Brandon, el promotor, Michael Cohl y yo incluidos. Me presentaron a Tim Rice y a Andrew Lloyd-Webber justo antes de entrar en la rueda de prensa. En el evento había un ambiente un poco raro. Cuando acabas de conocer a los demás y nadie sabe muy bien qué pinta ahí, cierto tipo de personalidades pueden ofenderse por cosas perfectamente inocentes. Dijeras lo que dijeras. Con la gente de Tim Rice y Andrew Lloyd Weber era todo «superideal», algo muy forzado y teatral. Todo el reparto estaba bastante nervioso y se intensificó algo que yo siempre he sospechado: que nos regodeamos en el miedo, no podemos evitarlo. Lo buscamos y luego nos es difícil soportar la tensión. Nos hemos vuelto adictos a una tortura autoinflingida.

Sentía lo mismo que cuando estoy de gira. Todo el mundo estaba muy emocionado. Íbamos a hacer entre seis y ocho actuaciones a la semana: un currazo increíble. Yo sólo saldría al escenario para mi canción, pero eso casi añadía más presión: no podía salirme mal de ninguna manera.

Desde ese momento, me involucré por completo en el proyecto. Los ensayos comenzaron en junio en Nueva Orleans en una maravillosa estación de bomberos remodelada. Era el sitio perfecto después del ajetreo de Nueva York. Dejé mi ego en la puerta. Entré en un género y en una forma de cantar sobre la que no tenía más que opiniones negativas y me encontré con un mundo generoso y gratificante donde la gente sabe compartir.

Fui lo suficientemente cauto para no ver otras interpretaciones de la canción de Herodes. Rik Mayal (RIP) la había cantado en una versión teatral en el Reino Unido. Utilizó un montón de rottenismos muy del principio, así que podría haber terminado parodiándome a mí mismo, por defecto, sin darme cuenta ni pretenderlo. En los ensayos, la profesora de canto me dijo que no me preocupara, que no nos íbamos a molestar con los «do-re-mis». He cantado durante casi cuarenta años y estaba muy preocupado por desafinar incluso antes de cantar la canción. Y no podía hacer lo que suelo, que es no hablar con nadie y sentarme temblando de los nervios, porque eso hubiera sido injusto con los demás. Estábamos ensayando en un lugar que tampoco

era demasiado espacioso.

Pero, sobre todo, lo que yo quería era entender el teatro, y no desde fuera, de una forma cínica o distante. Era una oportunidad de la hostia para experimentar de verdad. Tuve muy buenas conversaciones con Laurence Connor, el director, quien me resultó muy útil y una persona con la que trabajé muy bien. Ben Forster, el tío que hacía de Jesús, también se ofreció a ayudarme, una persona súper simpática. Todo el mundo te animaba para que sacases lo mejor de ti. Nunca pensé que eso pasara en el mundo del teatro. Existía un gran vínculo entre los actores, un *ensamble*, palabra que siempre me ha traído a la mente imágenes de pianos cayendo por las escaleras.

Te impide ser tímido, lo cual ha sido siempre un problema para mí, también te impide ser ególatra, lo cual también soy. Y un rasgo es, tristemente, consecuencia del otro. Al dejar ambos de lado, la experiencia del aprendizaje fue una delicia.

En dos días me encontré dando botes de aquí para allá, aprendiendo pasos de baile y disfrutando mucho. Me sentía encantado de adaptarme a una canción que no era mía, de ser capaz de adaptarla a mi estilo y de contar con toda la libertad para hacerlo. Me decían «bueno, ahora puedes añadirle tu estilo si quieres, John». Una generosidad y camaradería fantásticas.

Querían que interpretara al rey Herodes como si fuera el obsequioso presentador de concurso de la tele, pero con el toque Rotten. El vestuario era una parte importante del personaje y por eso quise participar en el diseño. Me encanta la ropa. Necesitaba sentir que yo era el que llevaba la ropa y no al contrario. Y tampoco quería nada que se hubiese llevado en producciones anteriores. Trabajé muy estrechamente con los equipos de producción y de vestuario para hacer algo especial. Debí de volverlos locos, pero tenía que acertar. Al principio jugué con la idea de vestirlo como un rocker muy elegante de los años cincuenta, pero al final nos decantamos por la imagen de un hacendado sureño del siglo XIX. ¿Queréis más detalles? Johnny os los dará. La chaqueta era un brocado de amebas color mandarina, morado y malva, adornadas de lentejuelas de cristal de Swarovski, y el cuello y los puños son negros. Camisa blanca de esmoquin, un pañuelo de un morado oscuro anudado al cuello y chaleco naranja-dorado. Pantalones negros y unos zapatos calados de Prada. El traje nos lo hicieron en Nueva Orleans y, cuando lo vi a mi llegada, era exactamente como lo había imaginado. En cuanto me lo ponía, me metía de inmediato en el papel. Todos los días casi corría a los ensayos. Todo el mundo estaba ya preparado, listo para empezar. Y justo entonces, ¡catapum!, Michael Cohl, el promotor, decidió cancelar toda la gira.

Estaba en mi cuarto dando entrevistas un poco enfadado porque quería irme a ensayar: quería practicar con la profesora de canto y el pianista antes del ensayo de verdad. Entré en la habitación de Rambo y lo encontré reunido con el equipo del tour mánager. Estaban todos callados y yo los saludé como si nada. Rambo se levantó y me dijo que tenía malas noticias, que el espectáculo se había cancelado. Pensé que no hablaba en serio. Sí, sí hablaba en serio. Me quedé con la boca abierta. Qué tristeza.

Rambo dice que casi se me saltaron las lágrimas. Me contaron lo que pasaba y de repente me maree un segundo. Lo primero que pensé fue «tengo que reunirme con el equipo y el repertorio para saber lo que piensan». Estaban todos en el vestíbulo del hotel y nos fuimos al bar para hablar. Era algo muy triste, pero luego rompimos el hielo con chistes de humor negro y nos fuimos a comer por ahí.

Al final, la productora nos llevó una tarde a una especie de merienda-cena, la Última Cena, como la llamamos, y luego se propuso que nos fuéramos de marcha y no hay lugar en el mundo mejor para eso que Nueva Orleans. Nos lo pasamos en grande, una peña entera de actores a la que yo estaba más que contento de pertenecer. Fue como en esas películas musicales en las que la gente se levanta y se pone a bailar en la calle: eso es más o menos lo que hicimos. Bailamos en los clubes y bailamos mientras íbamos de un club a otro.

Fue una verdadera tragedia porque estaba convencido de que esa gira iba a ser genial para mí. No tenía la responsabilidad de ser le líder, sólo era uno más. Una sensación estupenda. Era consciente de cuál era mi papel fuera y dentro del espectáculo y sabía cómo hacer ambos sin decepcionar a nadie, sin alardear ni convertirme en un personaje ridículo. Y de repente nos quitaban todo. Alucinantemente catastrófico.

También había conocido a gente fantástica. Dios mío, lo siento mucho por ellos, porque todos nos habíamos comprometido al máximo, habíamos rechazado un montón de trabajos y otras muchas cosas que podríamos haber estado haciendo. Y, de repente, te quitan ese dinero y en algunos casos lo que te espera es a ruina. Algunos de ellos habían alquilado su apartamento y no tenían adonde ir. Así es la vida. Podía haber sido una producción sensacional. Habría funcionado. Y puedo asegurar que la culpa no fue *nuestra*.

Por el momento eso despeja el camino a un nuevo álbum de PiL, que esperamos empezar más o menos cuando este libro llene las estanterías de las tiendas. Es una pena que suceda como consecuencia de una decepción, pero no voy a usar eso como telón de fondo. La desilusión ha sido una constante en mi vida. Pero el trabajo que he invertido y todo lo que he aprendido no se echará a perder. Pienso aprovecharme de las cosas positivas de esa experiencia.

Ahora tengo un concepto completamente diferente de lo que es actuar. Todo aquello me dio confianza para aceptar ese tipo de retos y trabajar desde dentro en los guiones de otra gente. Creo que tengo suficientes ideas y que puedo asumir esos desafíos sin desafiar al desafío.

Me encanta mi vida. Consigo meterme en todo tipo de fregados, por lo general creados por mí. Nunca me quedo sin recursos porque llevo mucho tiempo siendo Johnny Rotten, pero, aun así, tampoco quiero que Johnny Rotten sea sólo un montón de rottenismos aplicados a otro campo. No es así como va a funcionar. Es lo mismo que cuando participé en *Shark Attack*, *Goes Ape* o *I'm a Celebrity*, que tuve que dejar el ego en la puerta, hacer lo que tenía que hacer, ser yo mismo y aprender a gustarme.

Escribir este libro ha sido una investigación estupenda y he descubierto muchas cosas sobre mí. Tengo que dejar de dudar de mí mismo, eso sigue ahí: el miedo a decepcionar a las personas. Es una especie de yunque que me he atado al cuello, aunque también me da la energía de continuar avanzando. Por ejemplo, si de esto surgen nuevas ofertas loquísimas en el futuro, estaré encantado de aceptarlas.

Es el perpetuo reto de «¿y ahora qué?». Ya sabes: «Eso ya lo he hecho, ¿y ahora qué? Vengaaaaa, ¿Y ahora quéeeeeeee?».

La nota final

En esta vida lo que deseo para mí, como persona, es llegar a alcanzar la nota más alta. Si eso significa que me estallen las venas y las arterias y que el cerebro me salga por las orejas, sea; para mí, ésa sería la muerte más maravillosa. No me refiero necesariamente a estar sobre el escenario, o en un teatro o en un auditorio. Eso podría suceder en mi lecho de muerte, pero por fin llegaría a esa nota que conecta con Dios, God (que al revés, en inglés, significa «perro», *dog*).

Pero eso es serio, ¿verdad? Sé que con este cierre podría parecer que se me ha ido la olla o algo así, pero yo he hecho que mi trabajo sea el de cantante, el de comunicador (en realidad, traductor). Es algo que aún persigo. Esa nota final. La siento dentro de mí. Se trata de alcanzar por fin algo que va más allá de lo humano, más allá de tus supuestas capacidades, algo que no sabes lo que es pero sí sabes que lo andas buscando.

Creo que eso es lo que todo el mundo persigue. Como dice esa canción de Andy Williams: «To dreeeeeeeam the impossible dream» [soñar el sueño imposible]. Como idea parece una locura, francamente, pero no conozco a nadie que no esté un poco loco. Todos perseguimos algo que es de por sí inalcanzable. Para mí, es llegar a esa nota que sólo un silbato canino puede emitir o la nota más grave que harían tus entrañas al caer. Nadie tiene esa capacidad, pero si sientes que has llegado allí, es el momento perfecto paramorir.

Y el epitafio sobre mi tumba será: «Esa última nota fue inaudible…».

Agradecimientos

Nunca he entendido las listas de agradecimientos, pero, al margen de los títulos, llevo años luchando contra los impostores y la gente que se apunta todos los tantos. Las personas que menciono a continuación merecen reconocimiento por el incesante y duro trabajo que han invertido en este libro.

Edición adicional e investigación: John Rambo Stevens y Scotty Murphy. Gracias por vuestro genio creativo, acertadas opiniones y creatividad. Tenéis un sentido de la realidad auténtico que no sólo habéis compartido conmigo sino que también me habéis enseñado. Gracias.

También me gustaría dar las gracias a Adam Cotton por su brillante ingenio y su habilidad para lograr que el camino más fácil siempre lleve a los mejores resultados. Es la definición de lo que debería ser un agente de prensa. Gracias.

Gracias a los tres por vuestra continua lealtad y confianza. Gracias.

También quiero dar las gracias al «Eastender» y a todos los trabajadores de Simon & Schuster por darme la oportunidad de contar mi historia. Gracias. También gracias al «agente Pocklington». Gracias.

También me gustaría dar las gracias sin seguir orden alguno:

Todos los mánagers con los que he trabajado por los diferentes aspectos que me han ayudado a incorporar a mi carrera. Me han ayudado a comprender cosas que de otra forma no habría considerado jamás. Gracias.

A mi gerente, Harish Shah. Gracias, Harry, por tu lealtad y tu dignidad. Gracias.

A todos los abogados que he necesitado a lo largo de estos años. Gracias, especialmente, Alexis Grower, por tu comprensión de lo que es ser artista. Gracias también a Pierre Alexander. Gracias.

Quiero dar las gracias a todo el mundo que ha trabajado o trabaja en Virgin. A todos ellos. La gente tiene que entender que nunca tuve ningún problema con los empleados de las compañías de discos, sólo con los gerentes anónimos. He trabajado con gente muy creativa que verdaderamente apreciaba a los artistas: Simon Draper, Ken Berry, Keith Burton, Jane Venton, Sian Davies, Sue Winter, Kaz Utsunomiya, Sarah Watson y Paul Bromby, por nombrar sólo unos cuantos. Gracias.

También me gustaría hacer una mención especial a Michael Alago y a Howard Thompson por su apoyo en Elektra Records y por hacer de la industria discográfica algo divertido. Gracias.

También me gustaría dar las gracias a todo el mundo en Universal, a la que ahora pertenecen Virgin y EMI: hay gente muy creativa, de la vieja escuela, como Johnny Chandler, que se toma la música muy en serio. Gracias.

Perdonad si me falta alguien de las compañías musicales, pero, seamos sinceros, erais muchísimos…

Si me pongo a pensar, los fotógrafos más originales cuyas fotografías han

resistido el paso del tiempo son Ray Stevenson y Joe Stevens. Ambos tienen un ojo increíble y todavía tengo una relación muy personal con sus fotografías. Gracias.

Quiero dar las gracias a todos mis compañeros de banda a lo largo de los años. A todos y a cada uno de vosotros. Sí, a todos vosotros. En especial, quiero dar las gracias a los miembros actuales de PiL, Lu Edmonds, Bruce Smith, Scott Firth y a todo nuestro equipo. Esto es PiL. Que la integridad continúe… Paz, amor y respeto. Gracias.

Hola, Murray Mitchell, antiguo técnico de la guitarra de PiL. Gracias.

Mi respeto incondicional a todos los diseñadores de moda japoneses, especialmente a Issey Miyake, Yohji Yamamoto y Comme des Garçons. Gracias.

No tengo muchos amigos, no es el rollo de Nora ni el mío. Tengo billones de conocidos, la lista es larguísima, gracias, pero los amigos que tengo son para toda la vida. Gracias.

John Gray, gracias. Paul Young, gracias. Reggie Williams, gracias. A todos los tíos de Finsbury Park, no-hay-un-lugar-como-casa-donde-está-tu-corazón. Gracias.

Mi amor por *Real Racing 3* se lo debo a Tony Rackley de Los Ángeles. Intentó que me interesara por los coches. Lo consiguió, pero no del modo que pensaba (ja, ja). Loco del claxon. Gracias.

Scotty Murphy, que ha sido la integridad personificada a lo largo de quince años. Gracias.

Dave Jackson, el escenógrafo más maravilloso del mundo. Un tipo fantástico con el que da gusto trabajar y un buen amigo. Gracias.

John Stevens. Rambo. Sin quien nada de esto hubiera sido posible. Todo cambió cuando nos conocimos. Conseguimos llevar nuestra amistad a una relación profesional que funcionara de una forma excepcional. Gracias. Señor John y señor John. Gracias. Mi mejor amigo en el mundo. FIN. Gracias.

Andrew Perry, gracias por trabajar conmigo. Hay toda una lista de gente que ha hecho de ti lo que eres hoy. Ha sido maravilloso ver a un periodista romper los moldes. Gracias.

Andrew Perry desea dar las gracias a las siguientes personas: John Lydon, por darme una de esas oportunidades que te cambian la vida, por toda la música tan inspiradora que me ha electrificado y me ha educado desde los doce años. A Rambo por incorporarme al equipo y organizar todo; Rambo y Scotty Murphy por su infatigable atención a los detalles a la hora de aprobar el texto. He aprendido que la investigación es una tarea que implica las veinticuatro horas de los siete días de la semana. Y a Adam Cotton, por dejar que fuera su primer entrevistador en 2007 y ser una joya.

También a Kevin Pocklington, mi agente en Jenny Brown Associates, por sacarme del mundo del periodismo y a la vez ser un fanático de los PiL; y a Kerri Sharp, mi editor en Simon & Schuster, por involucrarse en el proyecto y dejarme

seguir con él, y ser de los Torquay United. ¡Arriba, gaviotas!

Todo mi respeto a Jonathan Wingfield, cuya desconcertante publicación, de treinta y cinco mil palabras, es una protobiografía de Lydon que me resultó vital para poder conseguir una autoría a larga distancia.

Ésta es mi primera oportunidad oficial de dar las gracias a todo el mundo de *Mojo*, *Q*, *Daily Telegraph* y *eMusic*, sin quienes podría haberme pasado todos estos años archivando pólizas de seguros. Cuanto más lo pienso… Mil millones de gracias.

A mis colegas Declan, Andy (¡el viejo punk!), Leon, los Diskos of Pembrokeshire, Sophie, Rhys, Super Anna, Glad y Mark, Rockin' Harry, Sherry, Toddy, Amber, Padfield (qué, ¿sin sandwich?) Sompey Paul, Hannah y Paul, Chilli y PV, TSOOL (RIP, sniff) y toda la gente increíble que no cabría en una lista: espiritualmente, estáis siempre ahí, en algúnlugar.

Mi parte en esta aventura está dedicada a mi familia: mi padre, ya fallecido, quien se opuso al punk tan categóricamente como Bernard Brook-Partridge, aunque en el fondo era más Rotten de lo que nunca llegó a imaginar; mi madre, que acaba de cumplir ochenta años y ha sido un faro para todos nosotros; mi hermano, Jimi, que en su doble papel como abogado, todavía me debe dos caladas de éter; y Sheillah, Bumble y Abs; los fuera de la ley, Gill, Ange, Ian y Samuel, y, finalmente, a mis chicas: Lisa, mi amor, y Rose y Georgia. Papá os quiere y va a volver a casa vestido de tigre…



JOHN LYDON, alias *Johnny Rotten*, (Londres, 1956) saltó a la fama a mediados de los setenta como vocalista de los Sex Pistols, un grupo que, a pesar de su corta trayectoria, revolucionó completamente el panorama de la música y popularizó el movimiento *punk*. Sin pretenderlo, Lydon se convirtió tanto en el icono de una generación cansada del mundo y los ingenuos optimismos cultivadas en los sesenta como en la contrafigura de la moral neocapitalisa exhibida por los *yuppies* en los ochenta.

Desde la disolución de los Pistols, Lydon lidera PiL (Public Image Ltd.), un grupo que se caracteriza por la constante investigación musical y por un directo con una energía desbordante.

Notas

[1] Juego de palabras con *public* [público] y *pubic* [púbico]. *(Todas las notas son de los traductores.)* <<

[2] En el original, juego fonético intraducible entre *old fella* (literalmente «tipo viejo») y *owl fella* («tipo búho»). <<

[3] Gachas de avena. <<

[4] Fue alcalde de Londres a principios del siglo XV y pasó a la historia por una canción folclórica, *Dick Whittington and his cat*, que narra la historia de la fortuna obtenida gracias a las habilidades de su gato. La historia se ha adaptado como musical, película de dibujos animados, libro infantil… <<

[5] Supuestamente, Ricardo III era jorobado y cojo. <<

[6] Serie sobre misterios paranormales. <<

[7] Actor de comedia sudafricano que murió en escena en el Reino Unido. <<

[8] James Wilson Vincent Savile (Leeds, 1926-2011) fue pinchadiscos y el primer y último presentador del programa *Top of the Pops*, de la cadena británica BBC. En enero de 2013, un informe publicado conjuntamente por la asociación británica de prevención de abusos a niños, NSPCC, y la Metropolitan Police afirmó que cuatrocientas cincuenta personas habían denunciado a Savile por abusos realizados entre 1955 y 2009. <<

[9] Bailar dando botes con los brazos pegados al cuerpo, arqueando la espalda y moviendo la cabeza. <<

[10] Versos de la canción «Hijack» (1975), de Herbie Mann. <<

[11] El Wigan Casino era un club de Wigan (Gran Mánchester) que estuvo abierto desde mediados de la década de los sesenta hasta 1981. Se convirtió en el local donde actuaba la mayor parte de las bandas de soul del norte de Inglaterra. En 1977 se filmó un documental sobre el Wigan Casino titulado *This England*. <<



[12] El violador de Cambridge actuó entre octubre 1974 y junio 1975. Iba vestido de mujer y llevaba una máscara decuero. <<



[13] Alusión a «Silence Is Golden», una canción de la banda de rock estadounidense The Four Seasons. Fue lanzada en 1964 como cara B del sencillo *Rag Doll*. <<

[14] Otro equipo que también ha bajado y subido de división constantemente. <<

[15] El Contingente de Bromley era un grupo de jóvenes ingleses que inicialmente fueron seguidores y fans de los Sex Pistols. Deben su nombre a Bromley, un barrio de Londres ubicado en el condado de Kent, donde algunos de ellos vivían. Este grupo sería el pilar del desarrollo del movimiento punk británico y sus posteriores transformaciones en ámbitos no sólo musicales, sino también estéticos y visuales. <<

[16] Por Ayuntamiento de Londres nos referimos al Greater London Council (GLC), o Consejo para Gran Londres, el más alto cuerpo administrativo de la ciudad de Londres entre 1965 y 1986. Sustituyó al London County Council (LCC), que abarcaba un área mucho más pequeña. El GLC se disolvió en 1986 y sus competencias fueron asumidas por los distintos distritos de Londres y otras entidades. <<

[17] El autor se refiere a un famoso héroe irlandés de la Edad Media. <<



[18] Lydon se refiere a una conocida serie de novelas escritas por Enid Blyton cuya acción transcurre en un internado femenino, Torres de Malory. <<

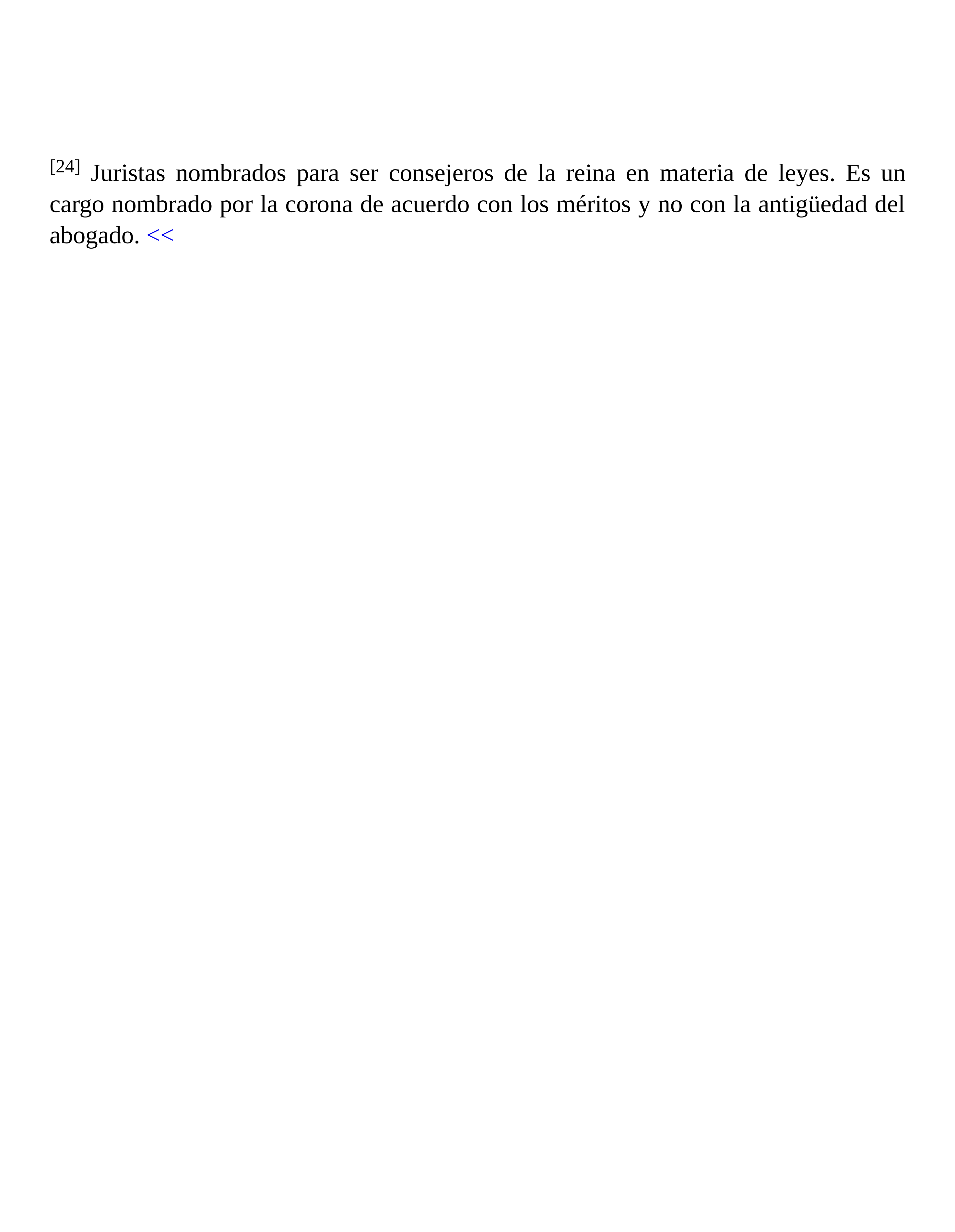
[19] Nombres de producto para la limpieza doméstica. <<

[20] Aquí se relaciona *assume,* «asumir», con *ass*, «culo» o «burro». <<

[21] Guy Fawkes (1570-1606), también conocido como Guido Fawkes, fue un conspirador católico inglés. Sirvió en el ejército español de los Países Bajos y perteneció a un grupo de la Restauración Católica que planeó la Conspiración de la Pólvora con el objetivo de volar el palacio de Westminster con explosivos situados debajo de la Cámara de los Lores y asesinar al rey Jacobo I de Inglaterra, a sus familiares y a loslores. <<

[22] *Pretty Vacant* es el título del tercer sencillo de la banda. Significa, literalmente, «muy vacío» o «muy insulso». La palabra *pretty* se puede utilizar como adverbio o como adjetivo. Como adverbio significa «muy» y como adjetivo «bonito» o «guapo». De ahí el juego de palabras que sigue a continuación en el texto. <<

[23] Se refiere a un verso de la canción de los Clash «1977». <<



[24] Juristas nombrados para ser consejeros de la reina en materia de leyes. Es un cargo nombrado por la corona de acuerdo con los méritos y no con la antigüedad del abogado. <<

[25] El dub es un género musical que surgió a partir de la música reggae en los años sesenta. Por lo general, está considerado un subgénero del reggae, aunque su desarrollo supera ampliamente el espectro de éste. Musicalmente, el dub consiste fundamentalmente en la versión o remezcla instrumental de grabaciones previamente existentes. Estas versiones se logran mediante la profunda manipulación y reelaboración de la toma original, normalmente a través de la eliminación de las vocales y enfatizando las partes de batería y bajo (a esta forma desnuda de una canción se la conoce en ocasiones como riddim). <<

[26] Nile Gregory Rodgers (1952) es un músico, productor musical, compositor, arreglista y guitarrista estadounidense conocido por haber sido cofundador del grupo Chic junto con Bernard Edwards (1952-1996). <<

[27] El *Boxing Day*, «Día de las Cajas», es una festividad que se celebra el 26 de diciembre principalmente en el Reino Unido y en otras naciones que pertenecieron al Imperio Británico. A lo largo del día se anima a la gente para que haga donaciones a los pobres. <<

[28] Garda es el nombre de la policía irlandesa. <<

[29] En España se estrenó con el título *Orden de muerte*. <<

[30] En español en el original. <<

[31] En inglés, *rotten*. <<



[32] Juego de palabras con *heiress*, «heredera», y *hairess*, neologismo vinculado a *hairdresser*, «peluquera». <<

[33] Lord Brocket saltó a la fama en el Reino Unido cuando se le consideró como uno de los más insignes playboys del país y acabó encausado y condenado por fraude a una compañía de seguros. Fue condenado a cinco años de prisión y, cuando los cumplió, volvió a hacerse popular por su participación en todo tipo de concursos y por su colección de 48 ferraris clásicos. <<

[34] Alusión al título de un sketch del grupo de humoristas británico Monty Python. <<



[35] Programa infantil de la BBC con una ambientación marcadamente marinera. El autor probablemente se refiere a la ingenuidad pueril del programa. <<